

**JOSE MIGUEL
CARRERA**

SU VIDA SUS VICISITUDES SU EPOCA

MANUEL REYNO GUTIERREZ

**“USO EXCLUSIVO VITANET,
BIBLIOTECA VIRTUAL 2003”**

JOSE MIGUEL

CARRERA

P R E F A C I O

El Directorio del Instituto de Investigaciones Históricas JOSE MIGUEL CARRERA acordó reimprimir este apasionante libro que viera la luz, con una tirada de 800 ejemplares, hace dieciocho años.

Considerarnos de vital importancia para la educación de nuestra juventud, desorientada en un buen porcentaje y pasto de vicios e ideas foráneas, el que ésta conozca

nuestro glorioso pasado junto con las virtudes de nuestros próceres que, como el General José Miguel Carrera, todo lo sacrificaron por darnos una patria organizada,

libre y altiva, consciente de su grandeza y su destino.

Es difícil querer lo que no se conoce. Vemos con preocupación cómo muchos de nuestros jóvenes prefieren viajar al extranjero en circunstancias que apenas conocen la zona central de nuestro interesante y bello territorio.

Nuestros Institutos históricos, que son el antídoto contra la falta de ideales, no tienen asegurada su existencia ya que la ayuda que reciben, salvo honrosas excepciones, no es suficiente ni programada ya que su monto y oportunidad está sujeto a la voluntad de la autoridad de turno.

Creemos que durante muchos años los programas educacionales han ido restando importancia a ramos que

son pilares en la formación espiritual de un buen ciudadano, tales como la Religión, la Historia y la Geografía Nacional. No quisiéramos que estas líneas fueran tomadas como un reclamo a los esfuerzos de diferentes gobiernos por mejorar la educación en nuestro país. Es más bien un regaño a Chile, como diría nuestra insigne Gabriela Mistral.

El iniciador de nuestra estructura republicana independiente, el que nos entregó nuestros primeros emblemas, el impetuoso combatiente en las luchas de los españoles contra la invasión napoleónica, el primer Inspector General de Caballería, el organizador de nuestro Ejército y su primer Comandante en Jefe en la titánica lucha de la Patria Vieja, el errante guerrero de las pampas, orientales, admirado por nuestro pueblo y personalidades como Benjamín Vicuña Mackenna, Arturo Alessandri Palma, Pablo Neruda y tantas otras; a nuestro entender, ha sido alejado del conocimiento público.

Convencidos de lo anterior, hemos querido reeditar la obra del Coronel Manuel Reyno que nos sumerge en la vida de un patriota que sacrificó lo más preciado para un hombre: su tranquilidad, familia y fortuna, incluso su vida, por los sagrados fueros de la tierra que lo vio nacer.

Instituto de Investigaciones Históricas
JOSE MIGUEL CARRERA,
en sus 41 años de existencia.

-

-

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION DE

JOSE MIGUEL CARRERA

Su vida, Sus vicisitudes, su época

Hace diecisiete años os que la Editorial "Quimantú" dio a la publicidad esta obra sobre la vida del General don José Miguel Carrera y -en la cual el autor trata extensamente sus actuaciones en Argentina, llamada en ese entonces Las Provincias Unidas del Rio de la Plata y cuyo mandatario, cabeza de la famosa Logia Lautarina, de acuerdo con San Martin y O'Higgins, persiguió, en forma inhumana, a este prócer, a su familia y a cuantos tuvieron la "desdicha" de ser sus amigos. El General Juan Martin de Pueyrredón hizo apurar el cáliz de la amar a Carrera y fue bien secundado por la inicua actuación de Monteagudo y Luzuriaga en Mendoza.

Muchos de los cargos que se han imputado a Carrera hoy están desvirtuados y la figura, pese a sus detractores, se ha ido clarificando en las páginas de la Historia Nacional.

Hace algunos años Carrera era tildado de bandido en Argentina y sus <'fechorías", muchas de las cuales eran acciones cometidas por los propios nacionales, se le achacaban a él, sin embargo su actuación es pálida si se compara con las de hombres como Quiroga, Bustos, López o los mazorqueiros que Rozas tuvo a sus órdenes y que cumplían la voluntad omnimoda del tirano, cómo Santa Coloma, Cuitiño y su gavilla de facinerosos.

Carrera en su vida fue un señor y este mismo señor para tratar a los demás, entre los que se cuentan Irisarri o el cordobés Manuel Arias, le causó su ruina. En tiempos en que los traidores eran pasados por las armas, Carrera tuvo la magnanimidad de perdonar y este perdón no le alcanzó a él. Hubo saña para perseguirlo y más tarde para borrar su obra y se ha necesitado que pasara más de un siglo para que la verdad saliera a luz y su figura se reivindicara ante sus conciudadanos. Sin embargo, falta aún mucho por hacer y en este sentido hay trabajos muy adelantados en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, cuya dirección corresponde a uno de sus miembros más distinguidas, su Secretario General don Armando Moreno Martín.

En 1973, los acontecimientos ocurridos en el país variaron la dirección de la Editorial "Quimantú" y, junto con numerosas obras, fue condenada al fuego la vida del General Carrera. En ese entonces se me llamó desde la editorial y se me propuso que, para salvar la obra, permitiera que se quitaran de ella el Prólogo y la Introducción y bajo esa condición aceptada por el autor como único medio de que se conociera la vida del prócer en su mayor extensión, se continuó vendiendo y logró éxito en los lectores nacionales.

- Cedidos mis derechos al Instituto de Investigaciones Históricas "General José Miguel Carrera" y completados algunos de sus capítulos con nuevos datos obtenidos luego de publicarse la primera edición, aparecen novedades, como los sucesos del Salto, cuya barbarie fue obra de los indios pampas y completada más tarde por los propios habitantes de la región sur de Buenos Aires. Martín Rodríguez, el Gobernador de Buenos Aires, conocía la verdad, pero necesitaba un telón de fondo para cubrir el panorama que dejaron sus salvajes ejecuciones y matanzas en la pampa y nada mejor que culpar al chileno y descargar sobre su cabeza toda furia de los hombres.

Las obras de Carrera lo hacen el precursor de nuestra independencia y tiene la gloria de "ser el primero que se opuso a España" como lo dice Matta en sus estrofas.

Constitución, prensa, bandera, escudo, educación, sanidad, ornato de Santiago, llevan su sello, pero sólo el tiempo se ha encargado de quitarle el polvo con que sus detractores lo cubrieron para empequeñecer su memoria. El hombre que desee, sin apasionamiento, escudriñar esta vida, tendrá que llegar, sin ningún género de dudas, a convenir con el General argentino Tomás de Iriarte, que una de las mayores inteligencias surgidas de la Revolución americana fue la de José Miguel Carrera.

Por sus obras lo conoceréis, está escrito en el Evangelio, como expresión de Jesús y Cervantes puso en boca de don Quijote esta frase genial: “La verdad ha de andar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua” y es por esta razón que desde el fondo del océano de calumnias y mentiras que se han escrito sobre las actuaciones del prócer, ese aceite de verdad ha aflorado, aunque con dificultad, para dejar en claro la realidad de lo ocurrido.

A través de la obra que se ha querido hacer lo más objetiva posible, conocerá el lector la vida del General José Miguel Carrera y, al mismo tiempo, el ambiente de la época en que le tocó actuar. Será el lector quien haga el juicio sobre este hombre, cuyo mayor pecado, según las palabras de Encina, fue su amor a Chile, amor por el cual entregó su bienestar y su existencia, porque antes que todo fue un CHILENO.

INVIERNO DE 1990

I

EN LA COLONIA

En la mañana del 6 de octubre de 1802, los alegres sonos de las campanas llamaban a la misa en las iglesias de Santiago. A lo largo de la Cañada y de Las calles pobladas de árboles, que la primavera comenzaba a cubrir de hojas, marchaban a paso rápido hombres y mujeres que se dirigían a escuchar el sagrado oficio, antes de dar comienzo a sus labores.

La ciudad despertaba al bullicio y los sacerdotes esperaban para iniciar su ministerio que los fieles súbditos del rey don Carlos IV concurrieran, como de costumbre, a exteriorizar su fe. La diafanidad de 18 mañana convidaba a la oración y, en los Andes el sol de primavera quebraba sus rayos sobre los nevados picachos en un diluvio de colores. Hacia Apoquindo, Las Condes y los llanos que circundaban la ciudad, la bruma matinal extendía un ligero manto y bandadas de tórtolas, jilgueros y chiriguas llenaban con sus arrullos y trinos el ambiente. El campo chileno despertaba al trabajo, los peones hacían oír sus gritos tras las vacadas que, lentamente, se dirigían a los establos, mientras, con alegre murmullo, el Mapocho se deslizaba en su cauce y sus aguas se estrellaban cantarinas contra los tajamares o las bases del puente de Cal y Canto.

En la iglesia de San Francisco, sita al costado sur de la Cañada, y no lejos del cerro de Santa Lucía, la concurrencia era especialmente numerosa. Aquella mañana debía predicar el sermón fray Pedro de la Puente, el mejor orador de la congregación franciscana, y este acontecimiento bastaba para llenar de fieles la nave, del templo. Sólo los domingos era dado, escuchar la palabra

de este célebre sacerdote peninsular, cuya oratoria lo consagraba el favorito de los santiaguinos y el blanco de las iras de algunos colegas religiosos; de modo que el anuncio, hecho por la congregación, señalando el viernes 6 para -un sermón sobre costumbres, y ciertos murmullos que se escuchaban en los corrillos referentes a la infidelidad de una dama con un mozuelo de la sociedad, daban a este acontecimiento un sabor especial y nadie quería perder la trascendental ocasión de allegar un dato a los pelambrillos de familia o a los corrillos de café.

El severo sacerdote fustigó las costumbres disipadas de La época, el poco fervor religioso y la tolerancia de los padres y autoridades en perjuicio de' Dios, pero defraudó a sus oyentes, cuando se cuidó de dejar en tinieblas a los cazadores de noticias, reservándose los nombres esperados.

Terminada la misa los fieles abandonaron la iglesia y un grupo de caballeros marchó junto por La Cañada, conversando con animación:

—Ve usted, don Manuel decía uno, dirigiéndose a un elegante personaje—, lo que puede la cabeza verde de un muchacho a quien su padre, por falta de carácter, no ha sabido educar en las santas costumbres de nuestra religión.

—Pero don Luis si hasta este momento estoy ayuno de la noticia que ustedes—dicen que hace- suceso en la ciudad —contestó don Manuel de Irigoyen.

—No- puede ser —replicaron a coro sus amigos en tono de duda—. Señor oidor, usted muy bien sabe de quién se trata.

—No, no y no... —replicó con terquedad don Manuel—; por otra -parte, no soy hombre que conozca de chismes, - y cuando sucede algo contra las buenas costumbres y que llegue a mis - oídos, entonces lo denuncio para que se haga justicia conforme -a los santos mandatos de Nuestra Madre Iglesia y de nuestro amado soberano el rey.

—Ta. . ta... ta —murmuraron los acompañantes, y don Joaquín Baltra le observó maliciosamente:

—Mi amigo don Manuel, es usted un buen discípulo de nuestro santo padre San Francisco Usted dice por

aquí no ha pasado —y señala la bordada manga de su casaca— y se queda muy conforme con su afirmación... Usted es amigo, como yo, del padre del calavera que nos preocupa a todos en la ciudad y sabe muy bien de quién se trata: ¿verdad?

Don Manuel se puso colorado y lanzó una mirada de enojo amigo, contestando secamente:

don Joaquín no sé de quién se trata. —Pues, el hijo de don Ignacio de la Carrera.

—¿De cuál de tres ..?

—¡De cuál va a ser! José Miguel..., el pícaro José

.—¿Pero qué ha hecho ese niño de diecisiete años? Lindo niño quien Dios guarde! Imagínense ustedes que el niño tuvo la desvergüenza de penetrar el; lunes en la noche en casa de don Pedro González y seducir a la esposa de este caballero, provocando con su actitud un verdadero escándalo.

¡Qué barbaridad! —exclamó don Tomás de Rojas ¿Y el marido? ¿Y el marido?

Todos observaban de reojo al oidor, a quien sabían en gestiones para acallar el bullado suceso, y don Joaquín de Baltra continuó:

—Don Pedro se había dirigido, esa tarde, a su fundo en Maipo e iba a permanecer ausente de Santiago por algunos días, circunstancias que aprovechó Carrera para Llegar hasta la casa de su víctima. Por fortuna, el coche de don Pedro se descompuso y hubo de regresar a su domicilio donde llegó cerca de las diez de la noche, y como golpeará, en vez- del criado salió el propio José Miguel y..., ¡ parece increíble!, lo injurió groseramente y amenazó con darle de palos si insistía en entrar.

—¡Dios nos libre de este angelito! ¿Qué hizo don Pedro?

—Dio tales gritos de socorro y favor, que los vecinos llegaron hasta él y ayudaron a que el intruso se fugara, amparado, naturalmente, por la inocente doña Catalina y la obscuridad. De este modo, impidió el justo castigo del agraviado marido, pero no el escándalo provocado por su insólita conducta.

—¿Qué le parece, don Antonio?— preguntó don Tomás.

—Que este mocito que dio tanto que hacer a don Ignacio durante su permanencia en el Colegio Carolino, lo veremos un día en la cárcel pública condenado por el Santo Oficio como corruptor de las costumbres, con lo cual se manchará el ilustre nombre de su casa y causará la muerte de su noble padre.

—Mi hijo fue condiscípulo suyo —agregó otro—, y me ha contado que no había diablura en que no se encontrara mezclado el tal José Miguel, hasta que un día fue condenado a una buena tanda de palos por el rector del colegio y el bribón la eludió, fugando en forma espectacular por los techos y, como es natural, no regresó más a él.

—Don Ignacio perdonó esa falta, pero doña Paula le propinó una severa sanción... ¡ Ah..., doña Paula debía ser el amo en esa casa! ¡ Sí, señores, doña Paula tiene más carácter y ánimo que un corregidor! —observó el señor Ovalle en tono sentencioso.

—El carácter de los Verdugo, señores... —le replicó el oidor.

El grupo se alejó de la iglesia de San Francisco y tomó por la calle del Rey, donde se dispersó. Don Manuel de Irigoyen encaminó sus pasos hacia el Tribunal de la Real Audiencia para conocer la opinión de sus colegas en el bullado asunto que hacía ruborizar a las recatadas señoras de Santiago y sonreír a los traviosos jóvenes de la sociedad.

Amigo íntimo de don Ignacio de la Carrera y de su familia, don Manuel de Irigoyen conocía mejor que nadie los pormenores de la aventura amorosa de José Miguel, mozo de diecisiete años, con doña Catalina de González, señora que entregaba por entero sus favores el apuesto y audaz mancebo. Lamentaba que la inexorable justicia religiosa y civil saliera en persecución del culpable, con las consecuencias para el hogar de don Ignacio y de

su esposa, doña Francisca de Paula Verdugo, matrona de carácter enérgico y acentuadas creencias religiosas.

La opinión que recogió fue desfavorable. La justicia cobraba la deuda al joven libertino y el obispo de Santiago deseaba hacer un solemne escarmiento para impedir que se continuara por tan nefasto camino. Por otra parte, el ofendido exigía la reivindicación de su mancillado honor, conduciendo ante los tribunales a Carrera. Lo curioso era que tan pundonoroso caballero no daba muestras de castigar la infidelidad de su esposa, joven de gran hermosura y muchísimos años menor que él, contentándose con enviarla fuera de la ciudad y dejar a la justicia el encargo de satisfacer sus exigencias de marido y encomendar las faltas contra las rígidas costumbres de la sociedad colonial.

La injerencia de la Iglesia en la vida privada, aceptada por todos y sancionada por las disposiciones reales, daba al obispo una autoridad difícil de igualar en materia de persecución de las faltas a la moral, de suerte que las aventuras galantes eran severamente sancionadas, máxime cuando éstas trascendían al público y amenazaban las buenas costumbres para convertirse en objeto de escándalo. Los tribunales civiles apoyaban la acción de la autoridad religiosa y era el propio presidente y capitán general del reino el encargado de poner a su servicio los medios para que sus mandatos se cumplieran en todo su rigor. Es de imaginar cuál sería la reacción de aquella sociedad ante el campanazo que significaba la conducta de Carrera y doña Catalina. Los moralistas pusieron el grito en el cielo pidiendo justicia e hicieron presión ante las autoridades, en forma reservada, para que no se

dejara impune tan grave delito, con lo que complicaron las gestiones que el buen oidor Irigoyen realizaba en bien de los amantes. Por fortuna, la amistad de don Ignacio con el presidente de Chile, don Luis Muñoz de Guzmán, el recuerdo de sus servicios al rey como oficial de las milicias de la frontera, y la mano de Irigoyen resultaron eficaces para inclinar, con el peso de la benevolencia, la acción de la justicia y, pasado algún tiempo, don Ignacio pudo enviar a su hijo fuera de la capital, a la hacienda de San Miguel, cerca del pueblecito de El Monte.

Previa una solemne promesa de enmienda, José Miguel partió muy de mañana y, al caer la noche, entraba en la hacienda. La vieja esclava, a cuyos cuidados se encontraban las casas patronales, recibió al amito con las mayores muestras de cariño. Lo había tenido en sus brazos de pequeño y celebrado sus diabluras, cuando corría con sus hermanos por las avenidas del parque. Frisaba Catalina en los sesenta años, todos vividos en las posesiones de la familia en El Monte, y sólo de tarde en tarde había viajado a la capital para atender el servicio de su señora, a la que tributaba una abnegada devoción. Doña Paula retribuía su afecto, y desde que la familia se instaló en Santiago y don Ignacio cambió la vida del campo por la ciudad, llevado por sus obligaciones y edad, “ña Cata”, como se la llamaba en confianza, se hizo cargo de las casas de San Miguel, administrándolas con el mismo celo con que cuidaba la propia en vida de su difunto marido. Ña Cata era una mujer ágil a pesar de sus años, y en su ensortijado cabello y sus gruesos labios mostraba claramente la ascendencia africana de parte de su sangre. Corpulenta, de pómulos abultados y ancho cuello, imponía respeto al resto de los sirvientes, para quienes era el signo vivo de doña Paula en la hacienda de San Miguel. Esta mulata, cuya vida pertenecía a la familia Carrera, sentía cariño casi maternal por el joven y se esmeraba en atenderlo con obsequiosa solicitud.

Don Miguelito representaba sus desvelos, y cuando en las tardes el aturdido mancebo se retrasaba en la hora de llegada, ña Cata prendía velas al santo patrono del día u ofrecía una plegaria a las benditas ánimas para que lo preservaran de todos los peligros. Con ternura se acer-

caba hasta él, mientras comía, y apoyada en el alto respaldo de una silla, le contaba una historia de salteos o la aparición de Satanás a algún viandante nocturno en cualquier recodo del camino Carrera reía de la seriedad de ña Cata y sus disparatados cuentos y, para tranquilizarla, le aseguraba que aquélla era la última vez que se atrasaba y, como excusa, culpaba a su caballo o a alguno de los mayordomos de su tardanza en regresar.

Pasaban los días para el joven en la soledad de la hacienda y las faenas agrícolas, pero no demostraba ningún interés por éstas. Los mayordomos no lograban interesarlo en las labores de la tierra y tropezaban con su indiferencia y apatía.

Sin preocuparse por la marcha de los trabajos, corría veloz, como los pájaros, en brioso caballo por los caminos polvorientos, mientras los álamos, mecidos por la -brisa, se quejaban dulcemente sobre su cabeza y miles de diucas y chincoles levantaban el vuelo desde los trigales vecinos. Libre de trabas, dueño de sí mismo, soñaba al galope de su montura con alguna moza que conociera en sus andanzas y con su silbido una tonada o la última melodía venida de España, dejaba en el aire la alegría de su juventud.

Apasionado jinete, gustaba mostrar su habilidad en el uso de los más indóciles caballos de la hacienda, y cuando los domingos las ramadas de El Monte se animaban con arpas y guitarras, lucía su gracia en una zamacueca, en la cual con el tintineo de sus espuelas de plata se prendía el corazón de alguna adolescente muchacha campesina. La ramada era el punto de término de las carreras que se celebraban en el pueblo y que, por lo general, eran el resultado de la intervención de JoséMiguel. Allí llegaban los mejores caballos de la hacienda y de las vecinas a competir en ligereza y los huasos, diestros en el manejo del lazo, entretenían a espectadores y curiosos con sus hazañas en ese arte. La noche daba fin a las entretenciones, y cuando sobre los cerros de la cordillera se borraban los últimos celajes, el mate reunía a los inquilinos y al patroncito alrededor del fuego, donde, bajo el rescoldo, las tortillas se cocían para deleite de los huéspedes.

La bonhomía campesina soltaba sus alas y más de una guitarra lanzaba a la noche sus notas, acompañada por la voz de una muchacha o de un fornido peán, entre los palmoteos de todos, el tibio vaho de los mates y el aromático olor de los cigarros. Viejas historias de la tierra salían a relucir en los labios de los ancianos; ya un hombre que contaba sus entradas a las tierras de infieles con “El Camarón”, como llamaban a don Ambrosio O’Higgins, o una mujer que, santiguándose, refería una anécdota de la Quintrala o la Calchona, heroínas de maléficis leyendas; brujas y chonchonas que se remontaban en noches oscuras y de luna “para hacer mal” y el diablo corriendo por las lomas con sus peludas patas de cabrío tras el alma de algún impenitente animaban la charla de esos sencillos lugareños.

Olvidado de sus promesas y lejos de la tutela materna, José Miguel dio riendas a los impulsos de su corazón y renovó en El Monte la vida de cortesanía y devaneos, persiguiendo a algunas agraciadas campesinas del fundo y los alrededores, prendadas de su gallarda apostura, belleza, conversación chispeante y carácter mordaz, con lo cual, bien pronto, se ganó renombre de mujeriego en la comarca.

El encargo que recibiera de su padre para vigilar las tareas agrícolas se esfumó en el viento y en su preocupación por el manejo del caballo y el lazo. El fracaso de sus inclinaciones agrícolas no le preocupaba, ni las murmuraciones de los campesinos las quejas de algún padre por las continuas rondas que realizaba cerca de sus hijas. Habíase formado un voluntarioso deseo de vivir su vida libre de toda traba, y llegaba tan lejos, que escandalizaba a las sencillas gentes de El Monte con sus conversaciones sobre materias religiosas, de manera que muchos rehuían su persona para no comprometer la suerte de sus almas. Allí, sometido a su voluntad, nació su vigorosa personalidad de rebelde y alejó con fastidio y repulsión cuanto significó restricción a sus deseos.

Cinco meses transcurrieron desde su arribo a San Miguel. De la aventura amorosa que le valió la persecución civil y religiosa ya nadie se acordaba y justicia.

dejaba dormir en sus polvorientos archivos el expediente, cuando un nuevo traspié puso de actualidad su nombre.

En una de sus tantas salidas por El Monte, la suerte colocó a su frente a una agraciada muchacha y ésta correspondió a sus galanteos, de lo que resultó una pendencia con un campesino que también buscaba los amores de la Nina. Insultado con grosería y desafiado a defender con el puñal el favor de la dama, Carrera aceptó el duelo en media calle y en presencia de un numeroso grupo de curiosos. El cuchillo, arma que en aquella época usaba el pueblo en sus continuas pendencias, y que hasta nuestros días no ha caído en desuso, salió a relucir en manos de los rivales. La rueda de mirones seguía con ojos ávido la lucha de estos mozos que, con la manta envuelta en el brazo izquierdo, paraban golpes o los lanzaban en busca del corazón del adversario. Más feliz, o más ágil, José Miguel hizo rodar a su contrincante con un golpe seco. Los espectadores huyeron y la justicia intervino y por segunda vez, don Ignacio logró aplacarla, pero su hijo tuvo que abandonar el territorio de Chile y marchar al Perú. Con dolor lo vio alejarse de su lado, aunque con la esperanza de que la capital virreinal lo cambiara, sentara su cabeza y se dedicara al comercio, profesión que en aquellos días era la mejor para alcanzar fortuna. En Lima residía el hermano de doña Paula, don José María Verdugo, hombre de carácter duro, heredado del padre, el oidor don José Antonio Verdugo.

Lima no era la ciudad a propósito para curar al gallardo y audaz José Miguel de su inclinación a las mujeres. Allí las iba a encontrar en abundancia y, lo peor, de una belleza y elegancia superiores a cualquier otra parte de América española. Era conocida la afición de las limeñas por la apostura y belleza masculina, lo que abría un campo propicio a las inclinaciones del chileno. No tardó en venir la realidad y, en los salones o a hurtadillas, salió a la superficie el apasionado corazón del joven y se enredó en líos sentimentales que le trajeron serias reprimendas del irascible tío. Como los consejos nada consiguieran, y cansado de hacer observaciones que se perdían en una testaruda indiferencia, don José Antonio Verdugo recurrió, a la autoridad del virrey y ob-

tuvo un arresto en la fragata *Castor* al ancla en la bahía del Callao, haciendo valer el grado de teniente de milicias de Chile que ostentaba el porfiado sobrino.

Colocado bajo la vigilancia de los oficiales de la fragata trabó conocimiento con ellos, y su carácter alegre y el recuerdo de sus bribonadas de muchacho, conversadas entre risas en la intimidad de la cámara inclinaron todas las voluntades a su favor y, a pocos días de permanencia en su flotante prisión, todos eran sus amigos, siendo el más cordial y obsequioso el alférez de navío don Felipe Villavicencio. Sin trabas para transitar por el buque entretuvo sus ocios en planear su libertad e interesó por su suerte a don Francisco Javier Ríos, rico comerciante a quien conocía y, una vez que se le permitió regresar a tierra, se acogió a su residencia después de negarse en forma rotunda a volver a la tutela del terrible tío.

Pero don José Miguel no iba curado de su enfermedad y solicitó en préstamo algún dinero para costear sus entretenciones, de modo que, al regresar a Chile, a mediados de 1803, adeudaba a su protector la suma de 2.000 pesos, que fue preciso que don Ignacio satisficiera antes de otorgársele el permiso para embarcar.

Sus hermanos Juan José y Luis recibieron alborozados la noticia de su vuelta y en especial Javierita, la hermosa e inteligente hermana, casada con el abogado español don Pedro Díaz de Valdés y Galán, que sentía hacia él un cariño especial, y durante su vida se lo dispensó sin limitaciones, con preferencia a los otros dos. Javiera se convierte desde su retorno al hogar en ángel tutelar y mentora, y José Miguel escucha sus consejos y a menudo sigue sus inspiraciones. La sombra del rígido oidor Verdugo se proyectaba a espaldas de esta inteligente pero orgullosa mujer, y la personalidad de los Lisperguer, de quienes descendía por línea directa de sangre, influenciaba su poderoso carácter.

La permanencia del joven en la capital fue corta y, al término de ese año de 1803, cumplidos los dieciocho años, regresó a la hacienda de San Miguel con el firme propósito de dedicarse a la agricultura. Esta vez tomó en serio su papel y participó activamente en las faenas, ob-

servando con atención los trabajos. e imprimiendo su voluntad en la marcha del fundo. La vida del campo comenzó a penetrarlo y con buen sentido encauzó la administración. Los pasados días de disipación eran un recuerdo prendido en las arboledas, pero continuaba rindiendo culto a la mujer, sin llegar a la forma escandalosa de su primer viaje. El contacto con la naturaleza acentuaba sus rasgos y su belleza varonil y él sabía aprovechar cuanta ocasión se le presentaba para hacer llevadera su permanencia en el campo.

Pero hay algo en la vida de este hombre que le niega el sosiego que guarda para otros y, así, un día notó la desaparición de varios animales e indagó su paradero *sin éxito*. Como el hecho se repitiera, llevó más adelante sus investigaciones y logró averiguar, en las huellas dejadas por los cuatreros, que las reses eran conducidas hacia las pertenencias indígenas existentes al sur del río Maipo.

Acompañado por su mayordomo Manuel Araos y algunos peones bien montados, cruzó el río y penetró en las tierras del cacique Estanislao Placencia, al que se sindicaba como autor y cómplice de los abigeatos. Al llegar al rancho de Placencia, éste en compañía de otros indígenas se dedicaban a la tarea de carrear una vaquilla robada en San Miguel, lo que originó una agria disputa, y los ladrones, descubiertos, atacaron con piedras a Carrera y los suyos hiriendo al joven en una mano. Los agredidos repelieron la acción disparando sus pistolas, de lo que resultó Placencia herido en un brazo y un menor en el cuerpo.

Llevado preso a El Monte, el cacique, que desempeñaba en la región el puesto de juez de distrito, entabló querrela contra don José Miguel ante el protector de indígenas, barón de Juras Reales. El asunto se ventiló en el seno de la Real Audiencia y ante el gobernador y capitán general de Chile, don Luis Muñoz de Guzmán, quien dispuso la prisión de Carrera el 16 de febrero de 1805.

El fallecimiento de doña Paula, hondamente sentido en la sociedad colonial, impidió el arresto y, más tarde, la muerte de Placencia en el hospital San Juan de

Dios, a causa de viruelas, puso término al asunto, previo pago de multas a favor de los herederos del cacique.

Cansado con estas dos experiencias en San Miguel, aceptó gustoso los consejos de su padre de que marchara a España, y a mediados de 1807 se hizo a la vela, premundo de un valioso cargamento de recomendaciones para algunos influyentes personajes de la monarquía.

Apoyado en la borda de la nave, ve alejarse la costa de la patria. Los cerros de Valparaíso se dibujan a lo lejos con su silueta gris, semivelados por la bruma de la mañana, y la brisa del oeste riza las olas y juega desordenando los cabellos del pasajero. En sus oídos suenan como un eco las emocionadas palabras de despedida de don Ignacio y sus hermanos, pero se desvanecen para dejar el paso al recuerdo de Rosita, la dulce niña de El Monte, a cuyo lado pasó sus últimos momentos de felicidad en el campo. Con los ojos cerrados, recorre mentalmente la alameda del fundo cuando, al galope de su caballo, sembraba en la tarde los tintineos de sus espuelas campesinas. El sol oculto detrás de los cerros del Rosario proyectaba sombras en las rinconadas donde las vacas mugían llamando sus crías y los potros galopaban tras las yeguas reunidas en los potreros.

Entrada la tarde, llegaba José Miguel hasta la casa Rosita. Conocía de memoria la tapia y las rejas blancas tras las cuales multitud de claveles abrían sus perfumadas flores. Frondosos acacios daban sombra a la entrada y bajo un pequeño puente corría la acequia cantarina que llevaba las aguas de riego. Con un silbido delataba su presencia y la niña corría a su encuentro como un pájaro alegre. Largas horas de conversación, bajo la mirada cariñosa de doña Rosario, se esfumaban con la velocidad del viento y José Miguel, el calavera santiaguino, se dejaba mecer en sus sueños de felicidad junto a la tierna criatura.

La última tarde contemplaron la cordillera suavemente plateada por la luna creciente. Como nunca esta. ba bello el campo, y en la tranquilidad del crepúsculo se escuchaban las orquestas de grillos y el croar de las ranas en las charcas. Tibia brisa envolvía el ambiente, y como lluvia descendían de los árboles los blancos pétalos

de las flores desprendidos de sus corolas. Rosita suspiraba ahogando sollozos, mientras a él se le oprimía la garganta y humedecían los ojos.

La tarde tocaba a su término y era necesario partir..., partir..., pero ¡ cuán difícil era resolverse a dejar la tierna niña que por primera vez amaba de verdad! En su interior se juraba no olvidarla nunca y hacerla su esposa... ¿ Acaso no lo merecía Rosita? Hija del administrador de un fundo vecino a San Miguel, no poseía, como su familia, una encumbrada posición social. pero sus padres eran descendientes de antiguas familias de la zona y, según contaba el abuelo, sus antepasados llegaron a Chile con Pedro de Valdivia y sirvieron a su rey en las largas campañas de la Araucanía.

Evocaba los claros ojos de Rosita, sus lágrimas cayendo lentamente por sus sonrosadas mejillas en esa despedida y sus palabras de adiós resonaban aún en sus oídos:

—Te vas, José Miguel...; algo me dice que no te veré más...

—Te juro; niña mía, que volveré por ti... Sí, Rosita, regresaré a buscarte, aunque tenga que venir del fin del mundo —había contestado él.

Cuando regresaba a San Miguel las estrellas pestañeaban en la altura. Grillos y ranas continuaban su agreste serenata. Los álamos murmuraban pausadamente, mientras los cascotes del caballo golpeaban la tierra, como si quisieran estampar en ella su eco para siempre.

—Volveré..., volveré. ..., —se repetía, contemplan. do a lo lejos la costa chilena, mientras las velas desplegadas hacían rechinar los mástiles de la nave que se balanceaba cortando las aguas del Pacífico.

ESPAÑA

Tres meses duró la travesía, hasta que por fin aparecieron ante sus ojos las costas de la Península, promisorias de vida nueva en el corazón de las Españas. El puerto que tocaban era Cádiz, donde permaneció el resto de 1807 incorporado al servicio de las fuerzas auxi

liares españolas estacionadas en la plaza Pronto trabó amistad con algunos americanos, entre los que se encontraba el ayudante del general Solano, capitán de infantería don José de San Martín y Matorras. Solano desempeñaba el cargo de gobernador militar de la ciudad y tenía a su servicio muchos jóvenes venidos de las colonias, a quienes el capitán San Martín dispensaba su protección y generosa ayuda contra los abusos cometidos por los oficiales peninsulares que no desperdiciaban ocasión para hacerles sentir su superioridad social, causa de malestar y no pocos agrios incidentes.

Comprendiendo que nada ganaría con permanecer en Cádiz, y que, perjudicaría sus intereses y propósitos, emprendió viaje a Madrid a comienzos de 1808. El servicio era realizado por las llamadas diligencias, carruajes tirados por mulas que iban de posta en posta por los malísimos caminos de la Península. Hombres armados acompañaban a los viajeros para defenderlos de las gavillas de salteadores que infestaban algunos lugares y hacían peligroso el recorrido.

Sin contratiempos arribó a Madrid y se instaló en una pensión de la calle de Alcalá. Comenzaba la segunda etapa de su vida, y apoyado en el alféizar de la ventana de su habitación contemplaba el ir y venir de los transeúntes, y su mirada se detenía en los jóvenes, cuya gracia y viveza atraían poderosamente su atención. El panorama de la calle cambiaba a cada instante, y qué distinto era todo aquello con la pequeña y pacata ciudad de Santiago o Lima, orgullo de la América española y de los virreyes del Perú. Aquí todo era animación: grupos de hombres conversaban y reían en las esquinas; pregoneros de mercancías montados en mulas vistosamente ataviadas sufrían el asalto de las domésticas; carros cargados cuyas ruedas chirriaban sobre el empedrado pavimento soldados de paso marcial, algarbes de línea de apuntados bicornios, húsares de bordadas pellizas y vagabundos o alegres manolas de hermosas mantillas, daban colorido a la calle. Hacia el norte, la sierra de Guadarrama mostraba la altura de sus cimas en la claridad de la mañana y los edificios de la urbe emergían majestuosos, heridos por el sol de invierno. El viento frío de la cor

dillera azotaba los desnudos árboles de los parques y calles bajo un cielo límpido y sereno.

Con los ojos medio cerrados, volvía sus pensamientos a la lejana patria: la campiña chilena llena de sol en esos días y los lomajes cubiertos de doradas espigas, escuchaban el canto de los campesinos mientras desarrollaban sus labores. Los peones montados en sus pequeños y ágiles caballos, herederos de los potros andaluces que soportaron en sus lomos el glorioso peso del conquistador español, corrían tras los rebaños libres y alegres de vivir. Prisionero dentro de su habitación, el inquieto mozo traza las líneas de su futura conducta en Madrid. Por ahora se encuentra bien. La dueña de casa es una excelente mujer, de carácter alegre y comunicativo, que ha tomado afición al huésped. Dispone de dinero como para permitirse algunos gustos y ha logrado hacer amigos entre los parroquianos de la pensión.

Su primer cuidado fue conocer la ciudad: paseó a lo largo de sus anchas avenidas y paseos centrales y sus estrechas calles de arrabal; admiró su arquitectura, sus palacios y monumentos; visitó tiendas y tabernas y detuvo.

sus pasos delante de las viejas iglesias, recuerdo vivo donde duermen las glorias españolas; cada sitio es la en-carnación de un pedazo de historia, y en cada nombre que lee emerge del fondo de una tumba el grito de la raza. España empieza a penetrar en él;

le hace sentir el peso de su sangre y el orgullo instintivo del varón castellano.

Carrera no tiene necesidad de ese llamado a su estirpe:

sabe sentirla y valorarla a su manera, y lo único que le disgusta es la tranquila ociosidad a que lo obliga la de-mora de su solicitud para ser admitido en el servicio del rey.

¡ Cómo anhela vestir el uniforme en esos días en que imberbes oficiales españoles y franceses cruzan las calles de Madrid y rivalizan en bizarría El es más apuesto que muchos de ellos y, sin lugar a dudas, logrará eclipsarlos en el servicio de las armas. Su destreza la probó en El Monte, cuando jinete sobre brioso corcel, competía. con los huasos en el manejo del lazo y la brida.

Pero los días pasan sin que sus recomendaciones le

abran las puertas del triunfo, y llega a su término el primer mes del año 1808...

Por los caminos de España marchan largas columnas del ejército francés rumbo a Portugal. El bloqueo continental ordenado por Napoleón para obligar a Inglaterra a adherir a la paz concertada en Tilsit es rechazado por la monarquía lusitana, y el mariscal Junot, con 25.000 soldados, debe clavar las garras del águila en Lisboa.

El rey de España, Carlos IV, consintió en el permiso para atravesar su territorio y, aun más, se comprometió a ayudar al aliado con alojamientos y vituallas, ordenando recibir y fraternizar con los vencedores de Austerlitz. Pero no todo sale bien: rezagados de las fuerzas de Junot son asaltados por paisanos; más de 50 de ellos sucumben al filo del cuchillo, y sus cadáveres despojados de sus uniformes yacen botados en la ruta desafiando la cólera de Napoleón. El emperador lo sabe y su violencia se desata en improperios contra el mariscal - Por fortuna, Junot está lejos y no escucha los terribles graznidos del águila en su nido de Fontainebleau. "Ese pueblo de bandidos y frailes ignorantes", como lo llama el gran Corso, comienza a llamar su atención - La monarquía española agoniza en las débiles manos de su rey, y un favorito inescrupuloso, don Manuel Godoy y Álvarez de Faria, ex guardia de corps y ahora príncipe de la paz, está convertido en el amo de sus vastos dominios, amparado por la voluntad de la reina.

El francés reputa a Carlos IV de mentecato y de simple al príncipe de Asturias, don Fernando, y piensa alejarlos de gobierno para luego colocar en su lugar a un príncipe de su sangre, que consolide la situación de Francia en su lucha por la hegemonía de Europa.

La empresa presenta muchas posibilidades de éxito y su oro y favores se derramarán con generosidad para comprar la conciencia de Manuel Godoy. Este ambicioso será atado a su carro triunfal, concediéndole una corona en un pequeño territorio desmembrado de Portugal. El pueblo español hará su voluntad y la conquista será un paseo de gloria para sus banderas. Más tarde España le agradecerá haberla libertado de sus imbéciles monar

cas. Napoleón olvida las lecciones de Numancia y Roncesvalles y el aleteo de la victoria no le deja escuchar el cuerno de Rolando...

La suerte parece inclinarse de su lado, y en el seno de la familia real estallan discordias que terminan con el proceso del príncipe de Asturias y el motín de Aranjuez. Carlos IV, temeroso por su vida, abdica y el heredero sube al trono como Fernando VII, mientras Napoleón descubre su juego y ocupa por sorpresa las plazas fuertes españolas. Nombra comandante del ejército francés en España a su cuñado Joaquín Murat y retarda maliciosamente el reconocimiento de la voluntad popular.

La abdicación del rey devuelve la normalidad al país, mientras una sorda cólera contra los franceses comienza a incubarse en el alma rencorosa y apasionada de los peninsulares. Los disturbios que siguieron a la abdicación preocupan al mariscal Murat, pero, más que ellos, ensombreció su espíritu la alegría popular ante el advenimiento de Fernando. El nuevo soberano cuenta con la adoración de sus súbditos y éstos se colocaban a su lado para defenderlo contra la reacción de los partidarios del monarca destronado o su favorito. Frente a las planicies castellanas, Murat analiza la jugada, y el tablero se le presenta difícil para encontrar la movida precisa que le permita el triunfo.

Inspirado por el embajador de Francia, Carlos IV apela ante Napoleón, exponiendo que se le ha forzado a abdicar, y éste ve propicia la ocasión para intervenir, ordenando a Murat, detenido a algunas leguas de Madrid, en el castillo de El Molar, que entre en la capital, lo que realiza el 23 de marzo.

Para el día siguiente, 24, estaba fijado el arribo de Fernando a Madrid, y el pueblo, al tanto del magno acontecimiento, esperaba desde la víspera el paso del monarca. Con las primeras luces del día, la multitud invadió las calles por las cuales debía pasar el cortejo real. Carrera, junto con el joven bonaerense Carlos María de Alvear, presenciaba el aspecto incomparable de la ciudad en aquel día; de pronto se volvió a su acompañante, y dijo:

No te parece extraña la presencia de tantos franceses en carácter de' curiosos y la absoluta ausencia de una formación del ejército aliado que represente a, Napoleón en el homenaje que se tributa a nuestro soberano?

Sí, es extraño, y hace pensar que son ciertos los rumores que corren por plazas y cafés sobre las intenciones de Napoleón para con Fernando

—Te refieres al desconocimiento de su autoridad real, amparándose en las quejas de su padre.

—Más que eso.

—¿Cómo..., más...?

Sencillamente a que lo destrone y nos coloque en su lugar a un príncipe francés —contestó Alvear.

La multitud se agitaba alrededor de ellos, y balcones, ventanas 'y hasta los techos de las casas se velan, repletos de hombres. y mujeres, que vestían sus mejores galas para dar realce a la presentación.

Obedeciendo a las disposiciones del Ayuntamiento, para que la entrada del nuevo soberano resultara una ceremonia impresionante, todos participaban en la alegría, y los vivas atronaban el espacio en aquella espléndida mañana de primavera. Para los noveles dirigentes de la política española no pasaban inadvertidos los designios de Napoleón, confirmados por los agentes secretos en París, y comprendían la necesidad 'de demostrar en forma ruidosa la adhesión del pueblo a la causa de Fernando y la voluntad de la nación de convertirlo en su rey desentendiéndose de los lamentos 'de Carlos IV y su torpe protesta ante un soberano extranjero para torcer los deseos manifestados en la tarde del 16 de marzo por la guarnición de Madrid y las representaciones populares de Aranjuez

Boletines especiales habían circulado para dar a conocer a todos el traslado de la Corte a la capital. En Aranjuez, Fernando estaba radiante de felicidad al subir al carruaje que lo transportaría hasta las afueras de Madrid. Había llegado allí desterrado por orden de su padre y salía convertido en rey por mandato de su pueblo. En la puerta de Atocha descendió y montó a caballo, seguido por los oficiales de su Corte y sus guardias de corps. La aparición del soberano hizo explotar el entu

síasmo en manifestaciones delirantes a lo largo del hermoso paseo del Prado y la calle de Alcalá. Un mar de pañuelos flotaba a su paso sobre las cabezas de los espectadores, mientras las mujeres sembraban de flores el pavimento y los hombres extendían sus capas bajo los pies de su caballo o agitaban al aire sus puñales, jurando morir en su defensa. El entusiasmo no tenía igual y acompañé a Fernando hasta la puerta del palacio. Los corazones rebosaban con la esperanza de mejores días y el júbilo hizo olvidar la presencia de los soldados extranjeros.

Pero en el corazón de la ciudad, el gran duque de Berg, príncipe Joaquín Murat, sentía oprimírsele el alma. Esposo de Carolina Bonaparte, y al tanto de los manejos de su cuñado, ambicionaba para sí la corona de España y estas manifestaciones oscurecían sus proyectos. Sombrio y malhumorado, permaneció encerrado en su palacio. Su descortesía no escapó a Fernando, y el vacío de la embajada de Francia le hizo temer la realidad.

Carrera vio por primera vez al rey de las Españas. La pompa y majestad tradicionales con que los soberanos tomaban posesión de su cargo no se presentaban en esta ocasión; pero las frías muestras de respeto eran reemplazadas por la delirante aclamación de un pueblo que cifraba en su príncipe todas sus esperanzas.

La fortuna pareció sonreírle, y algunos días más tarde el marqués de Villapalma, uno de los personajes a los cuales venía recomendado, le expresaba la esperanza de ser admitido pronto en el servicio del rey.

Los acontecimientos retrasaron otra vez los deseos del chileno. La marcha de Fernando VII, el 10 de abril, para entrevistarse en Bayona con Napoleón, postergó todos los asuntos del reino. No tardaron en llegar noticias alarmantes. El emperador de Francia retenía prisionera a la familia real y ordenaba a Murat conducir a París a los príncipes que aún permanecían en Madrid. La restitución de la corona a Carlos IV hecha por Fernando y la abdicación de aquél en favor de Napoleón, descorrieron el velo y pusieron en claro las torcidas intenciones del conquistador. La indignación subió al rojo blanco y la reacción se hizo inmediata en todas las provincias de España.

En un ambiente cargado de odios llegó la mañana 1 del 2 de mayo de 1808, día fijado por Murat para hacer salir de la capital a los infantes españoles, que irían a reunirse en Francia con sus padres. El pueblo se congregó para darles su adiós, y cuando el pequeño infante don Francisco de Paula rompió en amargo llanto, negándose a partir, estalló la-chispa. Los madrileños corrieron a las armas y dieron muerte a cuanto soldado francés cayó en sus manos. En pocos minutos la revuelta tomó tal violencia, que los disparos de fusil y cañón se escuchaban por toda la ciudad. Murat, que hasta ese momento no creyó en una actitud de rebeldía recibió pálido la noticia de uno de sus edecanes que entró precipitadamente en su despacho, gritando:

—¡Revolución!... ¡ El pueblo de Madrid está matando nuestros soldados en las calles

Las fuerzas francesas, acampadas en las afueras de la ciudad, concurrieron a sofocar la revuelta y la lucha se concentró en la Puerta del Sol, sitio donde los mamelucos de la guardia napoleónica sablearon sin piedad a civiles y artilleros españoles concentrados en ese sitio. Dos horas más tarde, 150 franceses y 500 madrileños yacían tendidos en las calles, y frente al palacio del duque del Híjar se amontonaban los cadáveres que soldados de la guardia francesa arrojaban por las ventanas para escarmiento del pueblo. En la noche, Murat ordena pasar por las armas a los prisioneros, y los pelotones de fusilamiento del invasor cumplen en las -tinieblas la inútil y desatinada orden

La noticia de los sangrientos sucesos se esparce por España con increíble velocidad y en las provincias se constituyen juntas para luchar contra el usurpador que entregaba la corona a su hermano José, en ese momento rey de Nápoles - La guerra de la independencia comenzaba.

Napoleón arroja sobre España 240 .000 hombres para aplastar la insurrección, mientras los españoles sólo pueden enfrentarle 120 .000, mal instruidos, deficientemente equipados y peor armados, pero resueltos a expulsar al invasor. “Frailes fanáticos e ignorantes”, según la expresión del agresor, se unen al pueblo y predicán la

guerra santa contra los “herejes”, contribuyendo a darle el tinte de odio y de exterminio que es su característica. Napoleón quiere aplastar a los españoles con golpes fulminantes pero los resultados no corresponden a sus esperanzas; sus mariscales son detenidos: Bessières no consigue abrirse paso hasta Santander; Moncey fracasa ante Valencia, y Dupont, obligado a retirarse en Córdoba, es forzado a capitular ante el general Castaños en Bailén, el 22 de julio de 1808.

Los fracasos obligan al rey José a abandonar Madrid después de una corta permanencia. Napoleón recibe en Burdeos las nuevas de España, y “el dolor que experimenta, la humillación que Bailén significa para las armas francesas, hacen que los estallidos de cólera a que se entrega sean indescriptibles”. Aprecia de inmediato las consecuencias que la derrota acarreará para la moral de sus tropas y su política en Europa. El enemigo batido en Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland recobrará sus bríos, y “la pérfida Albión” atizará el fuego en su contra.

“¡ Ah, Dupont..., Dupont!” exclama, paseándose a grandes pasos por la sala que le sirve de despacho, y agrega, dirigiéndose al grupo de generales y cortesanos que le contempla en silencio. “Han manchado nuestro uniforme, pero será lavado con su sangre... Dupont y sus comandantes serán procesados..., ¿ me escuchan? Serán entregados a la Alta Corte de Justicia de Francia y arrestados tan pronto se presenten en nuestro territorio Mis águilas rendidas y mis valientes desfilando desarmados frente a una gavilla de bandidos... ¡ Los vencedores de Europa humillados por culpa de un ‘estúpido general ¡’”.

Napoleón desahoga su cólera y su impotencia contra su lugarteniente, en circunstancias que él es el único culpable. Talleyrand observa la escena. Como francés, le duele la desgracia de su patria, pero, en el fondo de su alma, comprende que la ambición del emperador pone a Francia al borde del abismo.

Las noticias que llegan de España son cada vez peores. Su hermano le escribe, y entre otras cosas expresa: “No tengo un solo español adicto a mi causa. Felipe V no tenía sino un competidor que vencer; yo tengo a

la nación entera... Renuncio, pues, a reinar sobre un pueblo que no me quiere por rey... El dardo penetra profundamente, pero su orgullo no le permite echar pie atrás y resuelve tomar en persona la dirección de la guerra en la Península.. Comunica esta decisión al rey José, y lanza a sus mariscales su amargo reproche: “Parece que mis tropas en España no están mandadas por generales, sino por directores de correos”.

Bailén levanta el entusiasmo popular en España. Nadie quiere quedar ocioso ante el invasor, y don José Miguel Carrera insiste en ser admitido en el servicio. Por fin sus deseos son satisfechos, y, radiante de felicidad, se presenta ante el vencedor de Bailén, general Castaños.

—Estoy informado de que usted desea servir a Su Majestad, como todo buen súbdito; lo felicito.

—Gracias, excelencia —contesta Carrera.

—Usted es americano, ¿verdad?

—Sí, excelencia; soy chileno y súbdito muy amante de Su Majestad; por eso quiero ser destinado a su servicio, como mi deber y mi honor de español lo exigen.

—Muy bien..., muy bien esta causa pertenece a todos: españoles peninsulares y americanos. Usted, señor Carrera, será admitido inmediatamente en el ejército y será destinado como ayudante en el nuevo regimiento de milicias de Farnesio que se organiza en Madrid. Espero que usted sabrá comportarse como un bravo.

—Descuide, excelencia; sabré comportarme como buen español.

El 15 de septiembre recibía sus despachos de teniente y se incorporaba al servicio: sus anhelos estaban cumplidos.

Sentado sobre la cama de Carrera, Carlos María de Alvear, también en servicio, contemplaba a su amigo arreglarse el uniforme ante un enorme espejo.

—Ese uniforme te viene de perlas, José Miguel, y creo que vas a causar más de una envidia si te atraes la mirada de las guapas de Madrid.

—¡ Calla, hombre de los diablos!, que me suena a burla lo que dices —contesté Carrera, riendo—. Sabes que mi deseo era ingresar en los Húsares.

—Ya tendrás ocasión más tarde.

—Así lo espero —dijo, mientras continuaba el arreglo de su uniforme, y el argentino, que observaba sus movimientos, le manifestó:

—Cómo te envidiarían en Santiago si te vieran convertido en oficial de Su Majestad, ¿no es cierto?

—Sí, Carlos; pero. créeme que daría cualquier cosa por compartir este momento tan feliz con los míos. Mi padre se sentiría orgulloso y olvidaría mis niñerías de colegio... ¿ Cuándo regresaremos a la patria? Sólo Dios lo sabe; y ahora que la guerra envuelve a España puede ocurrir que nuestros huesos queden para siempre enterrados aquí... ¿ Te has preguntado alguna vez sobre las posibilidades de que te maten en un campo de batalla y nadie en Buenos Aires sepa de tu sepultura para enviarte una flor? Tu familia, como la mía, tienen influencias sobre las autoridades que nos gobiernan, pero la distancia entre América y España es muy grande y, además, esta guerra se presta en forma admirable para una muerte anónima ¿ verdad? Entonces, ¿ qué se sacaría en limpio si te quisieran buscar entre miles de muertos, si se ignora hasta el sitio preciso donde has caído?

Alvear escuchaba sonriendo a su amigo y cuando terminó de hablar exclamó, aplaudiendo:

—¡Lindo discurso! y muy a propósito para bautizar tu nuevo uniforme. Aún no has visto las balas y ya piensas en morir cualquier día como un héroe...

¿ Y por qué no pensarlo? —contestó, suspirando Carrera—. Como me sé impulsivo, no podré resistir el deseo de demostrar que soy valiente y cargar sobre los franceses tan pronto se presente la ocasión. ¿ ¿Entonces? ¿me aseguras tú que una bala no pueda mandarme a mejor vida?

—Tonto, piensa mejor en que esta noche vamos al baile de los oficiales en el palacio del Ayuntamiento y que las mujeres de Madrid nos esperan. Tú no has tenido ocasión de verlas vestidas para nosotros, pero cuan-

do las veas no querrás volver a tu Chile sin llevarte una de esas lindas muchachas que hay aquí.

—Puede ser, porque, a juzgar por lo que miramos en la calle, la gracia de las madrileñas no tiene igual en nuestra América. Imagínate que en días pasados me he quedado como un bobo contemplando a una señorita cerca de la Puerta del Sol y, como ella lo notara, quiso alejarse, pero luego permaneció inmóvil y aun me sonrió a través del abanico.

—¿Y supiste quién era?

—Sí, al cabo de un rato, viéndome cerca y preocupado de observar su actitud, me dirigió la palabra para preguntarme: “¿ Llamo a usted la atención, señor ?” “Señorita —le contesté—, perdone usted si le digo que su belleza y actitud han, causado mi admiración; sobre todo su actitud, ya que parece usted rezar”. “¿ Es usted americano ?”, me preguntó antes de contestar. “Sí”, le dije. Mis palabras sonaban huecas y sentía una profunda emoción frente a aquella criatura encantadora cuya voz dulce tenía una expresión de profundo dolor; y ¡ admírate!..., cuando miré sus ojos, el ángel que tenía a la vista, lloraba.

—¡Ah, José Miguel..., no cambiarás nunca! —exclamó Alvear.

—Espera el final de mí relato y no me interrumpas, majadero —dijo Carrera, riendo—. Luisa, que así se llama la hermosa niña, es hija de un acaudalado comerciante de Madrid, don Fernando Antonio Espinar, y su hermano, teniente de artillería, cayó bajo los sables de los marranos mamelucos de Napoleón el 2 de mayo. Luise amaba tiernamente a su único hermano y, desde aquel aciago día va por las tardes hasta el lugar donde murió don Fernando en defensa de su rey. Allí la vi todos los días por espacio de un mes y fui recibido en su hogar, donde pasé horas inolvidables en compañía de esa encantadora familia, hasta que su padre, teniente coronel de voluntarios, marchó con el ejército del Ebro y ella y su madre fueron a reunirse con el resto de la familia en Sevilla.

—¿Y no has vuelto a saber de ella?

—Sí, me hizo saber que no regresaría a Madrid hasta el término de la guerra y que su padre había sido herido en Espinosa y luego trasladado a Sevilla, donde permanecía a su cuidado. Desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas y ahora, que debo partir con mi regimiento a campaña, creo que me será difícil obtener datos de ella; pero cuando termine esta guerra la buscará por toda España, si es preciso.

—¡ Bravo, muchacho! —exclamó Alvear, levantándose de un salto—, la buscaremos juntos. Ahora te dejo para que termines de vestirte, y esta noche nos reuniremos en el Ayuntamiento para celebrar la salida de Madrid del rey intruso y asistir a la presentación de los nuevos oficiales de los regimientos de voluntarios.

—Estaré allí a las siete.

—Convenido... Hasta la vista, José Miguel.

El argentino salió y Carrera continuó su tarea de vestirse.

La situación se había tornado embarazosa para las fuerzas francesas diseminadas en la Península. Los españoles, acostumbrados a sacar partido de su suelo montañoso, les hacían una implacable guerra de guerrillas, dirigida en forma preferente contra su retaguardia, lo que obligaba a los comandantes a distraer buena parte de sus tropas en defensa de los convoyes de víveres y municiones. Las comunicaciones entre los cuerpos se hacían difícil y los ayudantes de campo estaban obligados a marchar en compañía de fuertes escoltas. Aquellos que se aventuraban a caminar solos y tenían la desventura de caer en manos de los guerrilleros eran implacablemente sacrificados. Se combatía con el ensañamiento que produce el odio, y ambos bandos cometían atrocidades a modo de escarmiento.

Así la situación, el emperador entró en campaña y con golpes fulminantes hizo cambiar las cosas a su favor. Vencedor en Somosierra, entró en Madrid y restableció en el trono a su hermano José, el 4 de diciembre.

En la noche del 3 al 4, mientras se efectuaban las conversaciones para la capitulación de la ciudad, las fuerzas de línea y de voluntarios que mantuvieron las de-

fensas se retiraron bajo el mando del marqués de Castelar hacia la provincia de Toledo. Con ellas marchó don José Miguel Carrera y le tocó en suerte batirse en las acciones que se produjeron a continuación. El 9 de febrero de 1809 participó en la ocupación de la ciudad de Mora, y el 23, en la retirada de Consuegra. El 24 de marzo, en el combate de Yébenes, y en la retirada de Santa Cruz de Mudela, acciones libradas por la posesión de los pasos del río Guadiana.

En la retirada de Santa Cruz de Mudela se batió bizarramente en entreveros de caballerías con su nueva unidad, el regimiento de caballería de voluntarios de Madrid.

La guerra había cobrado nuevos bríos con la salida de España del emperador, el 17 de enero. La alarmante situación con Austria lo había obligado a volar a París y los españoles redoblaron sus esfuerzos para sacudirse del yugo extranjero. Wellington había desembarcado en Portugal y entraba en España, avanzando hacia Madrid, para efectuar en conjunción con las fuerzas españolas, lo que se realizó el 22 de julio. El 26 los aliados chocaron con las fuerzas francesas mandadas por el rey José, en Alcabón, y el 27 y 28 libraban la gran batalla de Talavera de la Reina. En esta acción la caballería española, comandada por el general don Manuel Freire, hubo de apoyar a las fuerzas inglesas, y en los choques con la brigada ligera del general Strolz se produjo el aniquilamiento del 13º regimiento de dragones ingleses y un gran número de jinetes españoles. Carrera, comandante del escuadrón, tuvo la honra de ser citado en el parte de batalla por su valor y serenidad y que se le otorgara; “por acción distinguida”, la medalla de Talavera. Cuatro días más tarde, en una nueva acción en las riberas del Tajo, Carrera cayó momentáneamente prisionero al rodar su caballo muerto por una bala. Conducido hacia la retaguardia francesa logró escaparse en la confusión que produjo o una fuerte carga de la caballería española. Incorporado a su regimiento participó en la retirada de Extremadura y se encontró en los combates de Camuñas, Madrilejos y Villarrubia y posteriormente en el ataque a la ciudad de Mora.

El 18 de noviembre las fuerzas españolas que mandaba el general don Juan de Areizaga marchaban en dirección NE. para interceptar al mariscal Soult los pasos del río Tajo. Hacia el mediodía sus efectivos de caballería, fuertes de 4.000 hombres bien montados y equipados, cubrían en la extensa llanura - de La Mancha el avance de la infantería por el camino Santa Cruz-Ocaña. Los franceses la atacaron por el frente y un flanco y el regimiento de húsares, al que ahora pertenecía don José Miguel Carrera, soportó el peso de la lucha, dejando sobre el campo las dos terceras partes de sus efectivos y nueve oficiales.

Al día siguiente, muy de madrugada, se dio comienzo a la batalla de Ocaña. El chileno ostentaba el grado de capitán, e intervino en el ataque contra el flanco izquierdo de la línea de Soult, que fue rechazado por éste. A media tarde los españoles batidos se retiraban bajo fuerte presión francesa. El repliegue de los bagajes protegidos por la caballería dio lugar a sangrientos combates, y en ellos Carrera recibió una profunda herida de sable en una pierna, debiendo ser recogido del campo.

La larga y fatigosa marcha desde el campo de batalla hasta Sevilla, en las incómodas ambulancias del ejército, redujeron las fuerzas físicas del chileno, que llegó a esta ciudad en lastimoso estado. La pérdida de sangre, que había sido muy grande, y su debilidad acentuada movieron a los médicos que reconocieron la herida a recomendar absoluto reposo y fijar un plazo de cuatro meses antes que pudiera abandonar el lecho.

Don José Miguel elevó una solicitud de licencia para atender a su restablecimiento y tuvo la fortuna de encontrar en Sevilla a un compatriota, don Ramón Errázuriz, avecindado en Cádiz. Este caballero le prestó sus servicios, y cuando la presencia de las tropas francesas hizo necesaria la evacuación de la ciudad y la junta de guerra determinó su traslado a Cádiz, Errázuriz lo llevó a residir en su domicilio, dispensándole los cuidados que el servicio sanitario del ejército no podía proporcionarle.

El año 1810 se presentaba sombrío para los españoles. Las derrotas sufridas habían entregado casi toda la

Península en manos del rey José 1 y las dificultades surgidas en el seno de la Junta de Gobierno amenazaban co destruir la resistencia. Las dificultades se salvaron con 1 constitución del Consejo de Regencia de España, qu asumió los poderes reales en ausencia del rey Fernando.

VII. Los franceses ocupaban Granada, Sevilla, Nueva Cádiz, Badajoz y otros puntos en el sur de la Península y el mariscal Víctor sitiaba a Cádiz con 20.000 hombres

Durante su convalecencia, Carrera estaba al corriente de los sucesos de España por boca de los compañeros d armas que lo visitaban. La herida había tardado más de lo previsto en cerrar y sólo al finalizar agosto pudo dar algunos pasos.

El 20 de septiembre el Consejo de Regencia le otorgó el nombramiento de sargento mayor de los húsares de Galicia, de guarnición en el norte de España, y con tal motivo recibió los parabienes de sus amigos y se impuso de los últimos acontecimientos ocurridos a los sitiados.

—La situación se torna por momentos desalentadora para nuestras, armas —le expresaba el capitán don Luis Fernando de Venegas—. “Pepe Botella” está de nuevo en Madrid y las fuerzas del mariscal Massena invaden Portugal..

Para colmo surgen ahora dificultades en el seno de las Cortes Extraordinarias, convocadas por el Consejo de Regencia, y en América se ha iniciado un movimiento separatista. Buenos Aires instaló una Junta de Gobierno que depuso al virrey. Hidalgo de Cisneros. lo que -hace temer que se renueven los incidentes del Alto Perú —expresó otro.

—¿ Cuándo ocurrió esto? —preguntó Carrera.

—El 25 de mayo último y se ha mantenido en reserva para no alarmar a la población con tan graves noticias. Los despachos del virrey del Perú no son nada tranquilizadores, y aun cuando todos los americanos protestan su fidelidad a nuestro amado soberano, se teme que llegue un momento en que lo olviden y se declaren por su independencia —contestó Venegas.

—Esto es lo que faltaba para completar nuestra ruina. Si los americanos llevan adelante este nefasto sistema de Juntas es probable que se encienda la guerra civil

en las colonias y nuestra situación nos impida reforzar las tropas con que cuentan los gobernadores españoles en esas alejadas regiones —expresó un capitán de húsares

Carrera escuchaba con atención a sus amigos y su corazón latía con fuerza, presintiendo el giro que los acontecimientos podían tomar en América. Su condición de chileno le imponía ser reservado en aquellos instantes y disimular sus opiniones. Sentía los ojos de sus camaradas clavados en él y que, a pesar de la amistad que le dispensaban, sus palabras no iban exentas de reproche.

Para salir del paso, manifestó:

—A mi juicio, la situación que se está creando en América es la resultante de los sucesos que vive España y el deseo de los americanos de mantener su adhesión a nuestro soberano. Lo que ocurrió en el Alto Perú es una prueba, ya que la junta se apresuró a declarar que llegaba al poder para mantener los derechos de don Fernando VII y resistir a los agentes extranjeros que solicitaban el reconocimiento de José Bonaparté como rey de España. Entonces, ¿por qué creer que América vuelve las espaldas a su rey? Hasta ahora no hay motivos suficientemente justificados que nos hagan temer en una sublevación de tipo separatista.

—¿Quién sabe qué pueda ocurrir más tarde, cuando los americanos se sientan capaces de gobernarse a sí mismos? —objetó Venegas—. Los sucesos del Alto Perú dejan dudas de la sinceridad de los noveles gobernantes indianos, y su resistencia a las tropas del general Goyeneche es un síntoma desalentador. Si estos males continúan, la guerra se hará inevitable en las colonias.

La conversación resultaba mortificante para Carrera, y por fortuna los sucesos de Cádiz la desviaron en un nuevo giro.

Cuando quedó solo meditó sobre los acontecimientos de América. La forma como España mantenía el coloniaje era un campo propicio para desarrollar entre los pueblos americanos el deseo de libertad. Por lo menos de obtener un trato de igualdad con sus hermanos peninsulares y alcanzar el derecho de pensar en el destino de sus hijos. Recordaba las restricciones a que los sometían

tía la metrópoli, el oscurantismo civil y religioso en que estaban sumidos y el papel insignificante que representaban en la administración colonial. El desprecio de los mandatarios y de los españoles por los “indianos” hizo hervir su sangre, y el sentimiento de superioridad que observaba en torno suyo se le representó insufrible desde ese momento. Delante de él vio abrirse un nuevo camino, y con placer miró elevarse las volutas de humo de su cigarrillo.

Pasaban los días y el año 1811 encontraba a don José Miguel casi repuesto de su herida. El marqués de Villa-palma lo visitó a mediados de enero y le informó de los sucesos de la guerra y los de Chile.

—Tenemos noticias desagradables de América, José Miguel —dijo el marqués, dando a sus palabras un tono pausado y grave.

—¿Cuáles son, excelencia?

—Chile.

Carrera sintió un golpe de sangre en las sienes al escuchar el nombre de su patria, y preguntó:

Qué ha ocurrido en Chile?

—El virrey del Perú, general don Fernando de Abascal, informa que el 18 de septiembre pasado se instaló una Junta de Gobierno en Santiago, presidido por el conde de la Conquista, con lo cual se ha dado término al gobierno del brigadier don Francisco García Carrasco

—contestó el marqués—. Esto significa que el fuego se esparce en América y la situación se torna desagradable.

¿Cuándo llegaron estas noticias?

—En el último correo llegado de América. Según el virrey, desde el mes de julio se había hecho cargo del gobierno del reino el brigadier don Mateo de Toro y Zambrano, en reemplazo del brigadier García, y en septiembre se ha constituido la Junta, en la cual figura el nombre de su padre como vocal.

—¿Mi padre? preguntó con interés el joven.

—Sí, su padre, don Ignacio de la Carrera.

El marqués observaba con estudiada indiferencia la reacción que iban a producir en el chileno sus palabras, pero éste no dejó traslucir sus inquietudes y, por el contrario, respondió:

—¿Qué acogida tuvo en el Consejo de Regencia la noticia que proporciona su excelencia el virrey del Perú?

—El consejo ha contestado que no se opondrá a la instalación del nuevo gobierno de Chile, como tampoco a la reunión de un congreso del pueblo de Santiago, siempre que los individuos sean de lealtad, virtud y prudencia reconocidas, que se conserven el orden y la tranquilidad del reino y se mantenga fiel y sumiso a nuestro amado soberano señor don Fernando VII y a las legítimas autoridades que gobiernan a España y sus dominios.

—Vaya..., vaya... —exclamó Carrera— mis paisanos no saben lo que quieren, ni a dónde van. Hablan de juntas y congresos porque no tienen en qué pensar y sin saber lo que dicen. Nada hay que temer de ellos y yo me comprometo a ponerlos en orden. Pienso partir para Chile y los haré entrar en vereda de un modo u otro.

—Quién sabe si esto sea tan fácil como usted lo supone, mayor. De la obediencia a la rebelión hay muy corto espacio cuando los pueblos deciden gobernarse por sí mismos. No debe olvidar lo que ocurrió en Estados Unidos y Santo Domingo. Pienso que hay una mano oculta que mueve los sentimientos americanos en contra nuestra, pues es muy rara coincidencia que todas las colonias traten de formar gobiernos propios cuando el peligro está tan lejos, y nadie mejor que sus mandatarios actuales pueden velar por los intereses de Su Majestad.

—No es extraño lo que usted dice, excelencia, y aun se justifica conociendo, a mis paisanos y a otros americanos. Yo he vivido en el Perú y creo no equivocarme si estimo que sus pueblos no entienden de gobiernos y otras patrañas que les pueden predicar algunos audaces.

—Ojalá que no nos equivoquemos; pero, a mi modo ‘de ver, las cosas van mal para nuestra España y si, por desgracia, los dominios se nos separan, tendremos otro saldo que cargar a la cuenta de Napoleón.

—Por ahora, no hay que pensar en eso. América seguirá siendo española.

—¿Piensa usted seriamente en regresar a su patria, José Miguel?

—Sí, excelencia; he meditado estos días en la necesidad de volver junto a mi anciano padre cuando mis servicios ya no sean necesarios a España. No puedo permanecer aquí abandonando a mi familia y mis intereses en Chile. La guerra toma ahora un nuevo giro con las operaciones de Wellington en Portugal, y es posible que los franceses sufran un descalabro que los obligue a evacuar el reino. Usted sabe que Massena tuvo dificultades en Torres Vedras y se conocen sus urgentes pedidos de socorros para alimentar a sus tropas. Además, las relaciones entre los mariscales de Napoleón se han trizado, y ése puede ser el fin.

—Es muy difícil vaticinar en este momento cuando el tirano está en el apogeo de su poder y Europa se encuentra dominada por su voluntad.

—Es usted pesimista, excelencia— contestó Carrera.

—Puede ser que -le parezca así, pero estimo que la guerra está muy lejos de su término, y por otra parte las luchas que se desarrollan en el seno de las Cortes, me hacen pensar. que el partido del rey José ha ganado algunos adeptos solapados en Cádiz.

—¡Cómo...!, ¿cree usted que existan afrancesados entre los diputados de las Cortes?

—Mucho. me temo, José Miguel, y como español devoto y amante de su rey me duele profundamente de tener que pensar así. Por ahora las cartas de triunfo están en manos del invasor y si no ocurre lo imprevisto Fernando VII habrá perdido definitivamente el trono de sus mayores. España saldrá empequeñecida de esta guerra y Napoleón anexionará a Francia nuestras provincias de Aragón, Cataluña, Navarra y Vizcaya, fijando la frontera en el Ebro.

—¿Qué lo hace pensar así, excelencia?

—La conducta de Napoleón. El rey José ha dictado algunas providencias referentes a la distribución del reino en prefecturas semejantes a las existentes en Francia, lo que, parece, disgustó a su hermano, y desde París dispuso una nueva distribución del territorio al este del Ebro, en las cuatro regiones que he nombrado, dando a sus generales la autoridad civil y administrativa dependiente de su persona. Esto significa que ese hombre

prepara la mutilación de España, como indemnización por los gastos que le ha significado la guerra. ¿Comprende usted ahora lo triste de nuestra situación? Si a esto agregamos la voluntad de América de negar su obediencia a José Bonaparte, el resultado será la emancipación de nuestros dominios de ultramar.

—Tiene usted razón, excelencia —asintió Carrera—, pero debemos esperar el resultado definitivo antes de pensar en tan tristes consecuencias. Los españoles americanos sienten verdadero amor por España, a la que están unidos por sangre y tradición.

—Quién sabe si estos lazos sean tan fuertes como para retenerlos unidos a una monarquía que repudian. Repito a usted que nuestra situación es muy comprometida, y hay indicios de que el rey intruso gana terreno en nuestra población.

—¿Se refiere usted a las demostraciones de afecto que le tributaron los pueblos en su visita a Andalucía en abril pasado, excelencia?

—Efectivamente, y a otros que no carecen de importancia. Los afrancesados conspiran públicamente en favor de José, hasta en el seno, de las Cortes; nuestras fuerzas están reducidas a núcleos aislados de resistencia, no tenemos armamento suficiente para el ejército y la producción es cada vez menor, amenazando con el hambre a la población civil. Si los ingleses son arrojados de Portugal, lo que parece probable, la guerra habrá terminado para nosotros por falta de recursos y la destrucción de las fuerzas españolas que aún mantienen la resistencia será cuestión de tiempo. Para entonces España será sometida a la voluntad del conquistador y desaparecerá su imperio...

Carrera escuchaba en silencio a Villapalma. Sus palabras, llenas de emoción, dejaban traslucir el dolor de su alma de patriota, y, comprendía que el marqués tenía razón para juzgar de graves las circunstancias por que atravesaba en esos momentos España. Don Ramón Errázuriz le había informado de las divergencias entre liberales y afrancesados que se observaban en las sesiones de las Cortes, y otros americanos, de los trabajos realizados por una de las logias que funcionaban en Cádiz, “más

afecta al rey José que al gobierno nacional”, lo cual manifestaba un quebrantamiento de la voluntad de resistencia al gobierno de José Bonaparte.

Las palabras del marqués sobre los acontecimientos de Chile y la figuración de su padre le producían una extraña satisfacción, y mentalmente recorría las calles de Santiago, tratando de imaginar las escenas que el cambio de gobierno había motivado. Su impaciencia por conocer mayores detalles lo impulsaba a escribir a su familia, pero la prudencia y don Ramón Errázuriz le aconsejaban lo contrario, puesto que, si interceptaban su correspondencia, podía estar seguro de que las autoridades españolas pondrían toda clase de trabas a su viaje

La herida había cicatrizado y su salud, restablecida, le permitía reintegrarse al servicio del rey, pero esto no entraba en sus futuros planes.

El regimiento de húsares de Galicia se encontraba por ese entonces sin jefes y era necesario proceder a su reorganización; por lo que el 10 de febrero de 1811 el general Miguel Darcacol remitió a Carrera la siguiente comunicación: “Las noticias particulares que recientemente he recibido de los escuadrones de húsares de Galicia exigen la más pronta incorporación de usted en aquel reino, para que su autoridad arregle y organice el cuerpo como conviene; y habiéndome anunciado usted su restablecimiento - y marcha próxima, le prevengo que la aceleraré todo lo posible y me avise el éxito que tengan sus diligencias para marchar”.

Mas su resolución de volver a Chile era irrevocable. Su clara inteligencia captó enseguida el ambiente favorable a la libertad de su patria, de modo que su decisión era el fruto de su anhelo de contribuir a ella y poner su espada al servicio de una causa más noble, para él, que la que hasta ese momento defendía. Chile resultaba un campo virgen para desarrollar sus aptitudes y demostrar sus conocimientos y, desde ya, se sintió llamado a jugar un papel de importancia que cuadrara a sus deseos y satisficiera sus ambiciones. Todo estaba a su favor:

Posición social, fortuna, inteligencia, rango militar. Lo demás sería obra suya y él sabría abrirse paso hacia la cumbre, pasando sobre cualquier obstáculo.

Consecuente con su pensamiento, a fines de febrero eleva una solicitud al Consejo de Regencia, pidiendo su baja del ejército y la autorización para regresar a Chi

Le. En ella hacía valer su mala salud y la necesidad de atender sus intereses; pero el Consejo, al tanto de sus relaciones “con otros criollos jóvenes cuyo espíritu revolucionario era público, temió que el viaje obedeciera al propósito de promover en Chile un trastorno” y dictó contra él orden de arresto, al tiempo que dispuso la revisión de sus documentos y papeles. Carrera protestó por escrito ante el marqués de Compigni, y ayudado por Jorge Corkburn y Carlos Elphistone Fleming, marinos ingleses de los buques surtos en Cádiz, obtuvo su libertad.

después de permanecer algún tiempo en prisión. El registro no dio resultado para que se sospechara de él, y el 14 de abril recibía un oficio del Consejo, satisfaciendo sus deseos, en el siguiente tenor: “El rey don Fernando VII y en su nombre el Consejo de Regencia de España e Indias: Por cuanto habiéndose presentado don José Miguel Carrera, mayor del regimiento de húsares de Galicia, que la falta de salud y el atender al cuidado de sus intereses en Santiago de Chile le impiden continuar en su servicio, he venido en concederle licencia absoluta para retirarse de él, con uso de uniforme de retirado y goce de fuero militar. Dado en Cádiz el 14 de abril de 1811. Yo el rey. Pedro de Agar, presidente. José de Herrera, secretario”.

Libre de molestias y suspicacias, arregló su viaje, junto con don Ramón Errázuriz y su cuñado don Pedro Díaz de Valdés a bordo de la fragata inglesa Standart, cuyo comandante era don Carlos Elphistone Fleming. Esta nave debía tocar Chile y Perú en comisión del Consejo de Regencia ante la Junta de aquel país y el virrey Abascal.

El 17 de abril la embarcación largaba sus velas frente a la isla de León, y después de tocar las costas del Brasil y atravesar con felicidad el estrecho de Magallanes se acercaba a Valparaíso, el 25 de julio.

EL REVOLUCIONARIO

Amanecía sobre el mar cuando Carrera salió a la cubierta de la Standart El viento del sur impulsaba a la fragata a seis millas por hora y sus velas hinchadas semejaban las alas extendidas de una inmensa gaviota, rozando la superficie del océano. La bruma de la mañana ocultaba la costa y los marineros de turno se dedicaban a la faena de baldear la cubierta para presentar limpio el buque en Valparaíso que arreglaban los aparejos del velamen. La nave avanzaba con lentos cabeceos sobre las olas grises del Pacífico y multitud de aves marinas seguían sus movimientos graznando y posándose sobre las puntas de los mástiles y antenas. Sobre el puente el oficial de guardia vigilaba y el timonel hacía crujir la rueda, siguiendo los movimientos de la brújula.

Sentado sobre la cureña de un cañón, don José Miguel trataba de descubrir por entre la niebla los contornos de la costa.

—¿Medita, José Miguel?

—¡Ah, don Ramón, es usted! No. creía que nos encontraríamos tan temprano —dijo Carrera.

¡ Oh!, estamos tan cerca de Valparaíso que no habría podido permanecer en cama, sabiendo que muy pronto voy a pisar el suelo de la patria.

—¡ Qué hermoso es volver al suelo de sus padres, don Ramón, y tener la satisfacción de abrazar a la familia en el seno del hogar! Muchas veces se me figura que mi permanencia en España fue un sueño: ¡ Madrid!, ¡ Sevilla! ¡Cádiz!, la guerra con sus mil azares; las noches de vigilia en los campamentos, y luego ... el horror de la batalla en que la vida está pendiente de un hilo... ¡ Ah, don Ramón, aquí todo será distinto! Volveré a ver las calles de Santiago y la silueta del Santa Lucía recortarse sobre el claro cielo. Visitaré nuestra hacienda de San Miguel para recordar tantos momentos agradables que viven ahora en mis recuerdos.

—Ojalá se cumplan sus deseos, José Miguel, y que la situación que encontremos aquí no nos impida dedicarnos a nuestros negocios e intereses. Se me ocurre que la vida apacible que dejamos antes de ir a España ha

cambiado y los sucesos políticos absorben las actividades de los habitantes de Chile.

—Puede ser; de todas maneras no se habría operado un cambio tan sustancial que todo lo encontremos distinto y desconozcamos nuestra patria —replicó, riendo.

A mediodía la bruma había desaparecido y un tenue sol de invierno alumbraba el mar. Los cerros de la costa se divisaban a los lejos cuando la Standart enfilaba su proa a Valparaíso, donde arribó a las cuatro de la tarde.

El puerto se había conmovido desde que la silueta de la nave apareció en el horizonte, por creerla un barco de guerra español, y la tranquilidad no reapareció hasta que se divisó sobre el palo de mesana la bandera de Inglaterra, aliada de España en la lucha contra Napoleón. A bordo se presentó el teniente del resguardo don Juan Prieto para recibir el barco y entonces se conoció el objeto de su llegada, que no era otro que recoger los caudales existentes en arcas fiscales en Chile y Perú, para trasladarlos a la Península y entregar correspondencia oficial a la Junta de Gobierno.

Los viajeros desembarcaron al anochecer. Ningún familiar los esperaba, por haberse perdido sus cartas, y sólo encontraron en el muelle al gobernador de la plaza, comandante don Juan Mackenna; quien los hizo objeto de cariñosas atenciones y los llevó a su casa. Después de la comida éste invitó a Carrera a pasar a su dormitorio, donde sostuvieron una larga entrevista y se hicieron mutuas preguntas sobre España y Chile. Mackenna le informó sobre el estado de efervescencia que reinaba en Santiago desde la reunión del Congreso; le pintó las rencillas que dividían a los patriotas y las acaloradas reuniones de la corporación al tratarse algunas reformas de interés nacional, y que, por encontrarse en pugna con las normas seguidas hasta entonces por los gobiernos españoles, sugerían crudas críticas al partido realista, al que el pueblo daba el pintoresco nombre de “sarracenos”. Perdidas sus prerrogativas, los realistas trabajaban en forma subterránea por reconquistarlas y su mejor aliado era el clero, cuya prédica esparcía el temor entre los ignorantes. Presentaban las reformas como atentatorias a los derechos del monarca; colocaban su in-

fluencia al servicio de la intriga para desbaratar los planes de los gobernantes criollos, hasta crear un clima de suspicacia y provocar reacción por las medidas que adoptaban.

El joven captó la situación que vivía el reino y con-firmó la apreciación que se hizo al escuchar a don Juan Prieto a bordo de la Standart De la conversación dedujo el peligroso plano en que se encontraba su familia en todos Estos asuntos y, con discreción, llevó a Mackenna al terreno de las confidencias, tratando de descubrir, hasta donde fuera posible, sus verdaderas ideas y juicios. No tardó en percatarse de que sus hermanos eran objeto de atracción hacia un movimiento revolucionario en favor de un determinado grupo, y como insistiera en conocer el pensamiento político de éstos, el gobernador lo tranquilizó, expresándole que eran partidarios de la patria y a ello debían su colocación en puestos públicos y cargos militares: Juan José era sargento mayor de granaderos, y Luis, capitán de artillería, indicación de que merecían confianza.

Luego satisfizo las preguntas de Mackenna sobre la presencia de la Standart en Valparaíso y narró en forma extensa los últimos acontecimientos de España, para terminar poniéndolo al corriente de un altercado que tuvo a bordo con un español de apellido Aguirre y con el oidor Caspe, destinado a Chile.

Impaciente por estar en Santiago, arregló su viaje para esa misma noche y a las doce partió con don Ramón Errázuriz, que también tenía urgencia, y a la medianoche siguiente desmontaba frente a la puerta de su casa en la capital. Su inesperado arribo alegró a todos y, terminada la cena, se retiró a su habitación en compañía de Juan José y éste lo impuso en detalle de los hechos de Chile desde su partida a España.

De todo quedó en claro que el 23 de junio se había constituido el nuevo Congreso en un ambiente de intranquilidad que culminó con el motín de don Tomás de Figueroa y se preveían disturbios en la próxima elección de los miembros de la Junta de Gobierno, que, a petición del Cabildo de Concepción, debía componerse de tres personas, en representación de cada una de las tres pro-

vincias del reino. Don Juan Martínez de Rozas, prestigioso abogado que actuaba desde los primeros días de la revolución, era el mentor de la moción penquista, y, dotado de audacia, inteligencia y resolución, unidas a una cultura poco común entre los hombres de su tiempo, esperaba imponer su voluntad a los diputados del Congreso, del cual había quedado excluido, mediante la agitación popular. Rozas y la aristocracia se apoderarían del poder con el apoyo de la fuerza, y para ello actuaría con sus tropas el comandante de granaderos don Juan José Carreras, anulando las fuerzas del comandante don Francisco Javier de Reina, que militaba en la corriente realista de opinión.

Rozas y sus partidarios se habían reunido en casa de don Diego Larrain en la noche del 26 de julio y acordaron los nombres de las personas que integrarían la Junta que presidiría aquél, y fijaron el día 27 para dar el golpe.

La víspera del movimiento coincidió con la llegada de don José Miguel, y de la conversación con su hermano sacó en limpio que la aventura era seria e imprudente.

—¿Te has dado cuenta del papel que vas a jugar en este asunto?

—Naturalmente —contestó don Juan José—; mi acción será decisiva para imponer el respeto al Congreso y elegir la Junta de Gobierno que nos interesa para felicidad de la patria.

—¿A quién interesa? A ellos, pero tú haces el papel de comparsa y te embarcas en una situación peligrosa sin provecho ninguno. A mi juicio, cuando se juega una carta tan difícil como ésta, no es para hacerlo en beneficio ajeno, sino en el propio.

—¿Qué quieres proponer, José Miguel...?

—Nada por ahora, pero quiero llamar tu atención a lo siguiente. Imagínate que tus granaderos no sean suficientes para contener las fuerzas del comandante Reina y las milicias y se repita el caso del motín de Figueroa. ¿Has pensado en eso? ¿A quién crees que van a culpar del movimiento sedicioso: a Rozas y sus partidarios o a ti?

—Seguramente a mí.

—Así lo creo, y con ello comprometerás la situación de nuestra familia ante la causa de la patria. Si no tienes absoluta seguridad de triunfar, una actitud precipitada te puede arrastrar a consecuencias muy duras, que es necesario meditar con calma antes de actuar. Tú me dices que a nuestro padre se le considera como simpatizante de la causa del rey, por sus relaciones con las familias sarracenas, y esta misma opinión me la expresó en Valparaíso el teniente del resguardo don Juan Prieto, de modo que sería muy fácil echar toda la culpa sobre ti y nuestra familia. ¿Crees que Rozas y esos señores Alvarez Jonte, ‘Argomedo y la pandilla de que hablas se culparían de lo ocurrido llegado el momento del fracaso y el pueblo pidiera el castigo de los responsables? No, Juan José; conozco bien a los hombres que se disputan el poder y cómo actúan en estos casos. !Ah..., si tú los hubieras visto en España...

—Es que no podemos hacer nada, José Miguel. Dentro de pocas horas comenzarán a reunirse los partidarios del movimiento frente al Congreso y he dado mi palabra de colaborar con los granaderos.

—¡ Qué palabra ni nada! Insisto en que no puedes colaborar con ambiciosos que tratan de apoderarse del mando y que tarde o temprano te acusarán de haber traicionado los intereses de la patria, entregándola en manos extranjeras. Rozas y Alvarez Jonte son de la otra banda y a ellos debe interesar que este reino forme parte de la Confederación de Provincias de la Plata. Si Chile debe ser libre, lo será sin sujetarse al dominio de otro pueblo; de lo contrario, mejor es quedarse bajo la tutela del rey de España, sin darse a manos criollos que resulten peores que los que nos han gobernado hasta la fecha.

Don Juan José suspiró largamente, colocó su cabeza entre sus manos, apretando las sienes, sin responder.

—¿Me encuentras razón, hermano? —preguntó don José Miguel.

—Sí; ¿ pero qué podemos hacer ahora?...

—Escucha, Juan José: por ahora deja de pensar en este asunto y olvídate de esos caballeros que quieren derribar el -Congreso con tu ayuda. Si alguna vez obras como revolucionario y posees la fuerza, hazlo como jefe y

no como subalterno de otros que quieren aprovechar tu buena fe. Tus amigos son unos ambiciosos, de modo que te darán las gracias si triunfas y te ascenderán para tenerte grato; pero si fracasas, te volverán la espalda y tú maldecirás tu ingenuidad. Si aplazas este asunto, la semilla que ellos han sembrado estará a punto de germinar y entonces seremos nosotros los que recogeremos el fruto y juntos haremos la felicidad de la patria y el reino tendrá que agradecer a nuestra familia su bienestar futuro. Ahora te ruego que no hagas nada, que te alejes de Santiago por algunos días y me prometas no mezclarte en asuntos revolucionarios hasta mi regreso de Valparaíso.

—Está bien, José Miguel, te lo prometo.

Sobre los nevados cerros de los Andes la aurora entreabría con sus rozados dedos el velo de la noche y con luz opalescente teñía el cielo hacia el oriente. En su palmatoria de bronce la vela que alumbraba la alcoba de los hermanos se consumía lentamente cuando éstos termina ron su conversación y se durmieron.

A las diez de la mañana los conjurados se reunían en la plaza en espera de don Juan José y sus granaderos. Todos llevaban sus armas ocultas bajo las capas, de modo que no fueran notadas por el pueblo que empezaba a concurrir. No pasó desapercibido el movimiento, y cuando alguien dio a conocer los motivos y sus temores en el Congreso, “algunos diputados que veían engrosar por momentos el número de los tumultuarios, se apresuraron a dejar la sala”,- pero uno de ellos, don Manuel Díaz Muñoz, corrió a avisar al comandante Reina, quien conjuró la tempestad apareciendo al frente de sus tropas en la plaza. Desde ese momento, la asonada había fracasado y “los facciosos se, dispersando con el sentimiento de no haber logrado su propósito”.

La mano de don José Miguel se mezclaba por primera vez en los destinos de Chile y el mal éxito obtenido por Rozas y los suyos le pertenecía. Nadie sospeché su actuación en el espinoso asunto que acababa de abortar y los revoltosos cargaron a la cuenta de don Juan José su fracaso. Don José Miguel no pudo menos de sonreír

cuando en la tarde conoció de boca de algunos diputados la milagrosa salvación del Congreso y se abstuvo de adelantar nada que pudiera comprometerlo. Nombres de oficiales de la guarnición aparecían mezclados en el asunto y el Congreso no se atrevió a proceder contra ellos por temor a una reacción violenta del elemento exaltado que dirigía Rozas; pero dejó traslucir sus temores y debilidad al aplazar el nombramiento de la Junta de Gobierno.

El 29 se impuso el Congreso de una nota hecha llegar por el capitán Carlos Elphistone Fleming, quien solicitaba a nombre del Consejo de Regencia de España la entrega de los dineros depositados en arcas fiscales para llevarlos a Europa. La comunicación causó una tempestad y se acordó invitar al inglés a pasar a Santiago y discutir el asunto, a lo que se negó, al tiempo que pedía que se le informara “si existían caudales pertenecientes al real erario, que estoy pronto a transportar, pues sabe V. E. que éste es el agente general con que España y sus aliados deben sostener la justa guerra que han emprendido”. Gran parte de los diputados, pertenecientes al partido contrario a Rozas, aceptaron la entrega, pero la minoría se opuso con calor, y el diputado Bernardo O’Higgins, indignado, se levantó de su asiento y gritó a la asamblea:

"-! Aunque estemos en minoría sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente a la salida de este dinero, tan necesario a nuestro país amenazado de invasión. Las palabras de don Bernardo sonaron como campanadas de duelo a los oídos del partido realista y el espectro de otra conspiración se presentó en su mente. En tal caso, el movimiento de opinión levantado por los patriotas encontraría eco en el pueblo y las tropas y serían barridos del Congreso. O’Higgins lo advertía en sus palabras, y, virando en redondo, aceptaron la resolución de oficiar a Fleming que “a pesar de los mejores deseos” no se disponía de caudal alguno que poder enviar. El inglés comprendió que nada podía esperar de los chilenos.

Don José Miguel había comprometido al capitán de la Standart para que visitara Santiago, y el 30 tomaba el camino de Valparaíso, llevando un carruaje y los elementos para que Fleming viajara con comodidad, pero tropezó con la negativa del inglés, en quien pesaban los consejos del español Aguirre de no aceptar las atenciones de un pueblo que a su juicio no reconocía a Fernando y su regencia.

Acompañado por el oidor Caspe, Aguirre visitó a los residentes españoles de Valparaíso, de quienes recogió alarmantes noticias, exageradas, como es de suponer, y teñidas de los más negros colores sobre las ideas sustentadas por los criollos. Los pormenores del fusilamiento de Figueroa presentaron a sus ojos un odioso crimen cometido en la persona de un defensor del monarca prisionero. Hombre de carácter terco y violento, Aguirre participó a Fleming sus conversaciones y exageró los hechos, y, cuando Carrera se presentó a bordo, el rencoroso peninsular rehusó su saludo y manifestó su desagrado, volviéndole la espalda.

El inglés había cobrado afecto al chileno, cuyas cualidades de inteligencia y caballerosa conducta apreciaba, y, comiendo juntos en la cámara, le representó con franqueza sus puntos de vista en la situación por que atravesaba su patria y dio a conocer sus gestiones ante el gobierno del país para obtener la entrega de los caudales que solicitaba la Regencia. Carrera se guardó de exteriorizar su opinión y manifestó desconocer el estado de la hacienda pública de Chile. No deseaba perder la amistad de Fleming, deudor como era de importantes servicios en Cádiz, con una respuesta imprudente y le pareció más atinado cambiar el curso de la conversación, sobre todo cuando escuchó al capitán expresar con claridad su desagrado y enojo contra el Congreso, del que había recibido el oficio que dio a conocer a su amigo.

—Observe usted este papel —le dijo, alargándolo a Carrera—. Por él verá usted que los chilenos no desean contribuir con nada para la guerra de España.
Carrera disimuló el agrado que la respuesta del Congreso le produjo.

—¿Qué le parece, señor Carrera? Bonita manera de mentir, cuando existen en arcas más de un millón de pesos, según me ha asegurado el señor Aguirre.

— ¿Cómo lo pudo saber el señor Aguirre con tanta exactitud?

—Por los españoles residentes en Valparaíso —contestó el capitán.

—Yo desconozco el estado de las arcas fiscales, como he expresado hace un momento, y mi padre, que pudo informarme, está alejado por ahora de los asuntos de gobierno, pero se me ocurre que puede haber mucho de verdad en lo que se manifiesta en este oficio. Los gastos que demandan las tropas y los servicios del gobierno pueden haber agotado los escasos recursos del Estado.

—Note usted que se habla de levantar un ejército contra la fuerza armada del usurpador, sus maquinaciones e intrigas, en circunstancias que la lucha está tan lejos de este reino y nadie lo amenaza. Se me ocurre que estos caballeros piensan en otra cosa, pero se equivocan si creen engañarme.

Carrera devolvió a Fleming el oficio y preguntó:

—Bueno, ¿qué piensa usted hacer ahora, capitán?

—Irme de este puerto a cumplir mi misión en el Perú y dejar aquí a estos revoltosos —contestó con enfado Fleming—. Nada tengo ya que hacer. De todas maneras, a mi regreso tocaré Valparaíso; y a propósito, ¿por qué no viene usted conmigo al Perú y regresa a España, donde le aguarda un brillante porvenir? -Usted, don José Miguel, es joven e inteligente y con seguridad hará carrera

en el ejército español. Aquí, tarde o temprano tendrá que intervenir España y entonces veremos qué harán estos señores.

—No puedo dejar Chile, por ahora, capitán Mis asuntos personales me lo impiden; mi padre necesita de nosotros para atender sus intereses y a ello obedece mi presencia aquí.

—Tenga usted cuidado y no tome parte en estos asuntos que me huelen a revolución. No se comprometa contra España, porque puede ser perjudicial.

—¡ Oh!..., no se preocupe, capitán; seré juicioso, y espero que a su regreso tendré el placer de presentarlo

a mi familia en Santiago, y verá usted cómo cambia de opinión respecto a los chilenos — replicó riendo Carrera.

—¡Muy bien..., muy bien! Regresaré dentro de algunos días y entonces lo convenceré de marchar conmigo a España.

En tierra, don José Miguel visitó a don Juan Mackenna y le informó de su conversación con Fleming. Dos días más tarde retornó a Santiago.

El fracaso de la intentona revolucionaria no escarmentó a Rozas; por el contrario, su firme voluntad pareció robustecerse y aflorar con más fuerza su deseo de reconquistar el poder, perdido en las votaciones de mayo. La designación de la Junta de Gobierno se encontraba pendiente, y la minoría estaba al tanto de que sería elegida entre los miembros de la fracción moderada y realista. Se preveían momentos difíciles, dada la tensa situación reinante, temiéndose que los hombres del partido exaltado, cuya audacia y decisión eran públicas, hicieran estallar la bomba que se presentía bajo los pies del Congreso. Rozas y la aristocracia no dormían y buscaban el hombre de confianza que les permitiera llevar adelante sus planes revolucionarios. En la noche del 9 de agosto se realizó una primera tentativa destinada a apoderarse ‘por sorpresa del cuartel de artillería, pero el primer grito de alerta y un disparo hecho por un centinela fueron suficientes para que los conjurados se dispersaran como asustadas palomas.

Descubrir el hombre adecuado y colocarlo al frente del movimiento que los llevaría al poder era problema de urgente solución. Se necesitaba encontrar esta especie de gato con cuya mano se esperaba sacar del fuego la espinosa castaña. Juan José Carrera los había defraudado; Mackenna se encontraba en Valparaíso, y O’Higgins era desconocido en los cuarteles. Todo parecía perdido y el mismo Rozas lo juzgó así, marchándose a Concepción el 14 de agosto.

Pero el destino había dispuesto las cosas de otra manera; cuando Rozas salía de Santiago, entraba don José Miguel Carrera de regreso de su viaje a Valparaíso. Ignorado por todos, nadie habría pensado que el joven via

jero llevaba en sus alforjas la varita mágica con que abriría la nueva senda de los destinos de Chile, aventando, como paja al viento, a los mismos que lo iban a colocar en el camino de la revolución. Esta especie de bumerang que la aristocracia encontró en su afán de adueñarse del poder representa una lucha de cuatro años llena de pasiones e intrigas, que degeneró en odio hacia el que fue para ella “un demonio parido de su propio seno”.

Presentado una noche, por don Juan José, en casa del doctor Bernardo Vélez, encontró un numeroso grupo de personas que conspiraban contra el Congreso. Entre ellos destacaba el representante de las Provincias Unidas de la Plata, Antonio Alvarez Jonte, de quien su hermano le había proporcionado extensas referencias, y que con calor criticaba las medidas de la corporación como tibias e inadecuadas en los manejos del gobierno. Carrera escuchaba con atención a este orador cuyas opiniones compartían los contertulios del doctor Vélez y se maravillaba del ascendiente que parecía tener y su empeño en dar impulso a los asuntos de Chile, con una petulancia que irritaba los nervios - del chileno. ¿Qué escondía Alvarez Jonte detrás de su careta de patriota?, Se preguntaba. ¿Por qué tanto interés por un gobierno más activo que podía despertar recelos al virrey del Perú y desencadenar una invasión para la cual no se estaba preparado? ¿No buscaría este caballero envolver a Chile en una guerra contra el virreinato, para aliviar la presión que el ejército de Abascal ejercía en el norte de las Provincias Unidas? Su vibrante nacionalismo despertaba en una marcada antipatía hacia Alvarez Jonte y por extensión se le hacía odioso el nombre de Martínez de Rozas. Sí, ya no lo podían ‘engañar; el representante trasandino buscaba la intervención armada del virrey en Chile en beneficio de las fuerzas argentinas, y ése era el verdadero objetivo en el cacareado cambio de gobierno.’ Don José Miguel “conoció claramente las intenciones de Alvarez Jonte y

procuró en el acto sacar a sus hermanos y retirarse para que no se comprometiesen en cosa alguna de las que proponían”.

De regreso a casa meditaba las palabras oídas a Alvarez y se afirmó en la convicción que tal individuo era perjudicial a los intereses chilenos. Desde ese instante, se puso en guardia contra los pretendidos conspiradores, cuya ignorancia los llevaba a ser obedientes comparsas de los más audaces. Reconocía la superior inteligencia de algunos, como el presbítero don Joaquín Larrain, pero desconfiaba de la buena fe y trató de “tocar todos los medios posibles para evitar un paso perjudicial por cualquier aspecto”.

La revolución era aceptada. sin recelos por la mayoría y en casa de don José Manuel Astorga nuevamente Alvarez Jonte llevó la voz cantante y expuso la necesidad de realizarla cuanto antes. Carrera, que aún no estaba completamente enterado de los acontecimientos del país, procuró informarse con detención de la justicia o injusticia del paso que se pretendía dar” y solicitó que se le explicaran las razones que se invocaban para esta grave de terminación, y uno de los presentes contestó:

El Congreso y parte de las tropas están en poder de hombres ineptos y enemigos de la causa. Toda la parte sana del pueblo desea por remediar este mal y no se puede porque no hay libertad; es preciso acudir a la fuerza que mandan los buenos patriotas, que es la única esperanza que queda. Todos sacrificaremos nuestras vidas por salvar la patria.

Me parece justo —contestó Carrera—, pero el modo mas racional de remediar todos estos males, sin comprometer y corromper la tropa mezclándola en un motín de cuartel, sería reunirse todos los patriotas en el cuartel de granaderos que manda Juan José y hacer desde allí las peticiones que se juzguen necesarias.

—No lo juzgo acertado —replicó Alvarez Jonte—, porque siendo el pueblo tímido no se atreverá a reunirse para pedir al Congreso las reformas que se consideran urgentes.

—Si es así —respondió Carrera—, lo más sencillo es que nos pidan por escrito y con las firmas de todos los que deseen el cambio de régimen que salgamos a la plaza con las tropas para apoyar el plan que aquí se propone.

—Bien, yo me encargaré de recoger las firmas y las traeré “para otra noche” a esta reunión —dijo Alvarez Jonte.

Carrera sonrió maliciosamente ante la enfática afirmación del trasandino. Le parecía muy difícil que los conjurados tuvieran el valor necesario para estampar su firma en semejante solicitud, pero si ella no se presentaba, entonces contaría con una razón para no entrar en un complot que comenzaba a repugnar a sus ideas sobre el futuro de Chile. Hasta ese momento no se había comprometido ni avanzado opinión alguna que hiciera suponer simpatías hacia la causa de los exaltados, pero, conocedor de sus manejos, éstos estaban en sus manos y no darían paso sin consultarlo. Por otra parte, él era un ciudadano- cualquiera, sin representación civil o militar, de modo que a nadie podían llamar la atención sus actuaciones.

Comenzaba a mirar con malos ojos la aventura en que se habían comprometido por la capacidad con que la Casa Otomana, nombre que Carrera daba a los miembros de la familia Larrain, se repartía los puestos de la próxima Junta de Gobierno. Por desgracia, el presidente del Consejo, don Manuel Cotapos, quien confió sus pasos y arrancó algunas promesas para hacer más realizable el plan revolucionario, defraudó sus esperanzas en una imprudente conversación con sus adversarios. Contrariado por el engaño de qué era víctima, lo visitó y le dirigió palabras amenazadoras antes de abandonar su casa:

“—Usted me ha comprometido —le dijo—, tema los resultados de tan imprudente paso”.

El viraje de Cotapos advirtió a Carrera que se debía realizar el golpe antes que sus adversarios tuvieran tiempo de tomar medidas.

Las últimas reuniones resultaron cargadas de suspicacias, y como don José Miguel dejara traslucir sus temores que el movimiento fuera aprovechado en beneficio de una determinada familia o individuos, se apresuraron a

darle seguridades que tal pensamiento era absurdo y que el deseo de todos era sacar a la patria de la situación embarazosa en que la había colocado la influencia de los partidarios del antiguo régimen. Fingió darse por satisfecho, pero, demasiado inteligente para ser engañado, vio el egoísmo de una familia, cuyos miembros buscaban, a su parecer, su propio interés por sobre los de la patria y el pueblo a quienes protestaban servir. Su desconfianza fue notada por fray Joaquín Larraín y desde ese momento ambos revolucionarios se separaron en la amistad que la actuación común les inspiraba.

Se fijó el 4 de septiembre, y Carrera toma con minuciosidad las medidas para que no falle el golpe anulando al enemigo más peligroso, que era el regimiento del rey, acuartelado en el palacio del obispo. El plan comprometió a la mayoría de los oficiales subalternos de los cuerpos de tropas en que tenían mando sus hermanos y se aseguró la actuación de los comandantes de otros para una vez que se vislumbrara el éxito.

Como lo previera, nadie quiso prestar su firma en el documento que debía presentar Álvarez Jonte; por el contrario, los complotados hurtaban el cuerpo para no comprometerse en caso de fiasco. Con tino trabajó los detalles, que dio a conocer sólo a los más comprometidos y resueltos. En tanto en la calle el descontento se agudizaba y los pasquines con insultos circulaban libremente, predisponiendo a la opinión pública en contra del Congreso. Se explotaba en forma intencionada los nombramientos militares recaídos en personas adictas al monarca, como el conde de la Marquina y don Ramón Jiménez Navia, designado primero y segundo comandante del batallón de veteranos de la frontera. Las quejas públicas formaban parte del plan, y a pesar de que todo el mundo esperaba de un momento a otro el estallido del movimiento sedicioso, el Congreso no parecía darse cuenta de ello. El nombre de don José Miguel estaba en boca de los soldados en los cuarteles, popularizado por los conspiradores, de manera que comprometía su libertad si el gobierno tomaba la resolución de desbaratar los manejos rebeldes.

Llegó por fin la noche del 3 de septiembre. Sólo Javierita conocía en el seno de la familia los planes de los tres hermanos y los preparativos que se hacían dentro de la casa para ocultar parte de las fuerzas con que se daría el golpe. Don José Miguel no confiaba gran cosa en los jefes comprometidos y cifraba los resultados en la actuación propia y de sus hermanos. Conocía, a Juan José y Luis, cuya resolución era garantía segura, pero ¿y los otros actores? La gran interrogante se presentaba en esa noche cuando ya no era posible volver atrás. Los dados estaban sobre la mesa.

Con las primeras luces del 4 de septiembre un alba rosada tiñó de colores el oriente. Don José Miguel abandonó su lecho y se dirigió al interior de su casa para inspeccionar las armas y municiones que se habían conducido y ocultado en los cuartos de la servidumbre. El fondo del patio tocaba con el fondo del cuartel de artillería y pronto se presentarían los 70 granaderos encargados de tomarlo por la espalda. Don Juan José se encargaría de prevenir a estos soldados que artilleros y milicianos del regimiento del rey fraguaban siniestros planes contra ellos y era necesario demostrar la valía de los cuerpos de línea, reduciendo por las armas, si era necesario, a los malos compañeros. La ignorancia de la tropa se explotaba sin reserva en beneficio del motín, de modo que bastaron pocas palabras para convencerla de que los altos intereses de la patria y del ejército exigían su sacrificio. Pero esto no era todo, faltaba anular al oficial de guardia y al retén de artillería y de ello se encargó don Luis con los sargentos Ramón Picarte y Pablo Duarte. Estos se reservaban los centinelas, a quienes quitarían sus fusiles para impedirles dar la señal de alarma.

Para entretener la atención de los soldados, don José Miguel ideó un pintoresco ardid, del cual se encargaría cuando fuera el momento de actuar. Se fijaron las doce del día para accionar, y a esa hora, vestido con su uniforme de húsar, jinete en brioso caballo, se situó en la esquina poniente de la Casa de Moneda, comenzando una serie de evoluciones que congregaron a los artilleros a presenciarlas. La destreza del jinete, su vistoso uniforme de parada y la apostura marcial de quien conocían por

referencias como un bizarro oficial de la guerra de la Península, les hicieron mirar regocijados un espectáculo novedoso y, entre aplausos y admiraciones, sonaron en las iglesias de Santiago las campanadas de las doce. La hora fijada llegaba envuelta en la claridad de los últimos días de invierno y el murmullo cantarino de las aguas de las acequias en las calles. El toque del ángelus, que hacía santiguarse devotamente a las piadosas gentes, con el recogimiento augusto de la fe, entre aleteos de esperanza, era la señal.

Al instante, los granaderos de don Juan José entraron en el cuartel por una puerta excusada, mientras los sargentos arrancaban los fusiles de manos de los centinelas y don Luis encerraba al oficial de guardia, valiéndose de engaño. De allí corrió a colocarse delante de las armas, espada en mano, y amenazaba con la muerte a quien las tocara. El golpe habla resultado, cuando el sargento Ambrosio González levantó su fusil y apuntando sobre don Juan José dió el grito de: ¡ Traición! El granadero Manuel Fredes cubrió con su cuerpo al comandante y recibió el disparo, mientras éste hería a González con un tiro de pistola.

La revolución había triunfado y se envió a apresar al comandante Reina y al capitán Ugarte, para impedir que su presencia pudiera entorpecerla. Los Carrera eran dueños del cuartel de artillería y, con ello, árbitros de la situación. Sin embargo, el plan no estaba consumado por falta de cooperación de los otros complotados y era de temer una reacción de los milicianos reunidos en el palacio del obispo, por lo cual se tomaron rápidas medidas para impedirla. La captura del parque de artillería daba la posesión de los cañones, arma terrible y temida con la cual se podía vomitar metralla contra el regimiento del rey, de modo que sus componentes aceptaron el hecho consumado.

El Ejecutivo y el Congreso, cogidos de sorpresa, conocieron la situación al ver cerrar las puertas de palacio al oficial de guardia. Cincuenta granaderos se apostaron frente al edificio para evitar desmanes del pueblo que comenzaba a reunirse y se reforzaron con seis piezas abocadas contra la sala del Congreso.

Previas estas disposiciones, se presentó don José Miel ante la asamblea y dio a conocer los móviles de la revolución. Como se le pidiera que el pueblo hiciera por escrito sus peticiones, bajó a la plaza y en voz alta repitió los deseos de la corporación. De inmediato se acercaron el presbítero Larrain, don Francisco Ramírez y don Carlos Correa y le entregaron “una cuartilla de papel que contenía las peticiones”. Carrera les dio lectura en alta voz y cada una fue recibida con vivas por el escaso público. A continuación, “pasó al Congreso con aquel pasen que se pedía la separación de los sospechosos por contrarios al sistema”, se designaba una Junta de Gobierno exigía la reducción de diputados por Santiago y otras peticiones por el estilo. Algunos diputados quisieron resistir las exigencias, pero la fuerza los persuadió lo inútil de sus deseos y en la noche, después de retirarse Carrera, disgustado, la Casa Otomana, autora de imposiciones, cantaba victoria al quedar constituida Junta, de acuerdo a sus deseos, en las personas de Juan Enrique Rosales, don Juan Martínez de Rozas, mi Juan Mackenna, don Gaspar Marín y don Martín Calvo Encalada. Suplente de Marín se designó a don Joaquín Echeverría, y como secretarios, a los señores José Gregorio Argomedo y Agustín Vial.

De esta manera se daba término a la labor del Congreso instalado el 4 de julio y se procedía a reformar la corporación, reduciendo la representación de Santiago a la proporción de las otras provincias y dar entrada al Congreso al presbítero Larrain y a don Carlos Correa para contar con una mayoría que perteneciese al tido exaltado”. Las reformas y designaciones eran la a de una familia a cuyo frente se encontraba el inteligente y enérgico presbítero Joaquín Larrain y repesentación la entronización de un clan en los asuntos directivos la patria. Razón tuvo Carrera para llamar “pastel” a peticiones sancionadas con vivas por el pueblo que nada entendía de todo aquello. La Casa Otomana se apodó del Ejecutivo y del Congreso, colocando a sus representantes en los puestos llaves que le permitían perpetuarse en el poder; don José Miguel , ejecutor del golpe, estaba burlado..., pero los nuevos gobernantes ascendían las

gradas del mando, colocadas sobre la movediza arena que él se Por la noche concurrió a casa de don Juan Enrique Rosales, y allí se encontraba el presbítero Larraín, “para acordar como absolutas las reformas necesarias”, junto con las personas que tomaban los cargos directivos. El sagaz fraile llevaba la voz cantante en la distribución de los puestos y prebendas públicas y, como es natural, todos recaían en parientes y amigos, por lo que don José Miguel expresó:

—No me parece bien que, habiéndose nombrado un ejecutivo, haya necesidad de efectuar tantos cambios e la administración. El resultado de todo será que los agraviados atribuirán esta obra a los Carrera y nuestra familia se llevará el odio de una porción de familias que va a reducirse a la miseria. No creo conveniente meter 1 mano sobre la Casa de Moneda, administración de taba cos, aduanas y esos otros empleos que usted propone, si no contentarse con lo que se ha hecho hasta este momento.

Fray Joaquín Larraín no contestó, limitándose a dirigir al mozo una mirada en la que expresaba su molestia, pero éste fingió no advertirla para no provocar una situación peligrosa. La trizadura llegaba con la misma facilidad que el triunfo entre el caudillo de la revolución y los que se aprovechaban de ella.

Los exaltados ocupan ahora el poder y su primera preocupación es afianzarse en él. Para congraciarse con los que los ayudaron a triunfar, dirigen oficios de agradecimiento a don Juan José Carrera y a los comandantes Guzmán y Vial, cuya tibia actuación fue notoria; pero intencionadamente olvidan a don José Miguel; ni una palabra de estímulo, con lo que hacen sentir en carne viva sus temores. Este guarda silencio y oculta con habilidad sus sentimientos en espera de cobrarse el desquite. Estrecha su amistad con Mackenna, a quien el gobierno ha entregado el mando de la brigada de artillería y le presta algunos servicios con motivo de su recelo sobre la fidelidad de la tropa, pero en el fondo persigue tomar contacto con los soldados y ganar su confianza. Critica sus desaciertos entre sus subordinados y prepa-

ra su desprestigio, ablandando el terreno para sus futuras actuaciones.

El 10 de septiembre se conoce en Santiago la organización de la nueva Junta de Concepción, que preside el teniente coronel de milicias don Pedro José Benavente, consolidando la situación de los gobernantes de la capital. Rozas forma parte como vocal, de suerte que resultaba elegido en ambas provincias.

Un mismo partido es el triunfante, “uno mismo el hombre que parecía imprimir el movimiento. Chile y Penco, como entonces se decía, debían marchar acordes mientras estuviesen preponderantes los principios. Desde el momento que la cuestión se hiciera personal, en que la ambición de un hombre y no el sentimiento de una idea operase un cambio gubernativo, la ruptura era inevitable, y este mal, por desgracia, no estaba muy lejos”. Veremos por qué cuando la ascensión al poder de don José Miguel Carrera ponga a ambas provincias al borde de la guerra civil.

El golpe revolucionario del 4 de septiembre juntaba a dos grandes ambiciosos: Carrera y Larrain, y colocaba frente a frente dos familias. El carácter de ambos personajes se asemejaba como gotas de agua en aspiraciones, orgullo, soberbia y nepotismo. Ambos inteligentes, decididos, emprendedores, audaces, pero faltos de tino político. ¿Qué de raro tiene entonces que, desde que uno excluye al otro, choquen? Lo lógico es lo que ocurrió. Fray Joaquín se dio cuenta pronto de la necesidad de alejar a Carrera para que no estallara el polvorín y se le ofreció un puesto fuera de Chile. Sin embargo, el envanecimiento del triunfo llevó a los vencedores al peor paso que era posible dar en esos momentos: desairar a don José Miguel, y por ello hubieron de pagar caro su falta de tino. La distinción que se hacía a otros era una banderilla clavada en el lomo del peligroso toro y la embestida no se haría esperar.

Pero no era éste el mal mayor, sino el nacimiento de dos bandos que pronto se harían irreconciliables: los carrerinos y la aristocracia. El primero encontró eco en la oficialidad y tropa del ejército, seducidos por el brillo de su personero, y el segundo agrupó los hombres de ma

yor valer que en aquel momento figuraban en la vida pública. Mientras la guerra hizo necesaria la unión de todos por el miedo que inspiraban las represalias españolas, las pasiones durmieron, pero, tan pronto la confianza alejó el fantasma, asomé la cabeza la discordia, hasta hundir la revolución y entregarla en las manos de Osorio.

A esta división de la familia chilena se sumaba el partido realista o “godo”, como se le llamaba en esa época, lo que hacía frágil la plataforma en que se cimentaban los pasos para llevar a Chile a su emancipación.

Las primeras medidas del gobierno conducían a asegurarse la fuerza, y para ello organizó las milicias urbanas, llamadas “de pardos” y creó un batallón de “patriotas”. Los jefes y oficiales se eligieron entre los miembros del partido y se designó capellán a fray Joaquín. Juan José y Luis Carrera mantenían sus rangos en las tropas de línea, lo que permitía a don José Miguel libre acceso a los cuarteles, convivir con los oficiales y popularizar su persona entre los soldados.

No tardaron los miembros del gobierno en darse cuenta de las intenciones del húsar, cuando, convidado a un paseo por fray Joaquín, éste, “sintiendo que se le soltaba la lengua después de algunas botellas de ponche”, le dijo con satisfacción:

—Amigo mío, no se imagina usted nuestra alegría ahora que “todas las presidencias las tenemos en casa:

yo, presidente del Congreso; mi cuñado, del Ejecutivo; mi sobrino, de la Audiencia, ¿ que más podemos desear ?“

Don José Miguel, molesto con el orgullo que fray Joaquín demostraba, le contestó:

—¿Y quién tiene la presidencia de las bayonetas fray Joaquín?

La respuesta cortante e intencionada demudó al religioso y le amargó el paseo que con tanto gusto había comenzado. Desde ese momento cambió su amabilidad con el imprudente y prefirió no hablarle. Por la noche el enconado sacerdote criticó duramente esa actitud y expresó la necesidad de tomar precauciones con este adversario si no querían verse envueltos en una desagradable situación.

En esos días don Manuel Barros hizo circular un escrito contra fray Joaquín que produjo escándalo por sus atrevidas expresiones y la advertencia que hacía al pueblo sobre lo que le era dado esperar de sus mandatarios Don Baltasar Ureta entregó una copia reservada a don José Miguel y éste la llevaba consigo en casa de don Enrique Rosales, cuya esposa era hermana del sacerdote. En conversación con la señora, ésta preguntó:

—¿Ha visto usted un pasquín miserable que apócrifo en contra de mi santo hermano Joaquín Miguel?

—Sí, señora, y tengo en mi poder un ejemplar llegó a mis manos por casualidad...

—¡Cómo... usted lo tiene! Le ruego que me haga el favor de mostrármelo.

—Siento no complacerla, señora, porque no se su agrado lo que se dice de fray Joaquín y temo darla.

—¡ Oh..., no! Ruego a usted que me lo lea para que juntos nos convenzamos de las mentiras que esos intrigantes escriben. -

—Repito a usted que no es conveniente que imponga de estas cosas desagradables y por tanto le ruego que no insista en sus deseos.

—¡No..., no..., no!, léalo usted y yo sabré guardar la calma y ser discreta.

La insistencia de la señora decidió a Carrera a satisfacer su imprudente curiosidad y comenzó a leer. Mercedes escuchaba cambiando de colores y exteriorizaba su indignación con repetidos: ¡ Oh..., qué infamia!, pero cuando oyó llamar a su hermano: “El apóstata Larraín, fraile intrigante y ladrón”, su enojo estalló ruidosamente y, llamando en alta voz a su esposo, le dijo:

—Juan, el señor Carrera tiene en su poder el infame escrito que circula contra nuestro hermano y me lo acaba de leer. Ruego a usted que exija ante el gobierno que este caballero dé a conocer el nombre de su autor.

Rosales llevó al joven a su escritorio y le solicitó en nombre de su amistad que le revelara el autor y, éste se negara, entró a las vías de las exigencias, sin ob

tener mejores resultados. Carrera, acalorado con la insistencia, respondió con tono áspero:

—Pero... qué se ha creído usted, don Juan, que soy señor; si alguien ha confiado en mi persona, usted ni el demonio ni toda su familia me hará declarar una barbaridad. ¡ Soy hombre de honor y no un felón! Permítame usted que me retire.

Al día siguiente Rosales se encontró con Carrera y corteses y aun cariñosos, sin mencionar el desagradable incidente de la noche anterior. Aparentemente la armonía no se había quebrado, pero la familia guardaba el callado rencor, y a fin de alejarlo se le hizo proponer por Mackenna una comisión en el extranjero como representante de Chile y posteriormente el empleo de mayor en los dragones. Carrera se negó a ambas cosas con fútiles disculpas, pero, en el fondo, la razón que lo impulsaba a obrar así era no ligarse a Mackenna en agradecimiento desde que sabía que sus manejos revolucionarios lo derribarían junto con su odiada familia.

Mackenna, confiado, estrechaba su amistad con el húsar, tratando de adivinar sus pensamientos, y éste se guardaba muy bien de exteriorizarlos. Sin embargo, en una conversación. Carrera le manifestó:

—Amigo, el descontento aumenta por momentos y amenaza la ruina de los actuales mandatarios, a los cuales usted está ligado, y usted se verá envuelto en la desgracia de ellos cuando el pueblo se canse de su tutela y sus desaciertos.

‘—No tenga usted cuidado, José Miguel; poseemos la fuerza y contra ella el pueblo no se lanzará en una descabellada aventura. Por otra parte, estamos unidos a Rozas en Concepción, de modo que no tenemos nada que temer.

—¿Quién sabe?... “El día que el partido opuesto a ustedes encuentre un hombre que se ponga a su cabeza, a ustedes se los va a llevar el demonio

—¡ Hum!, no me dan cuidado esos caballeros —respondió Mackenna, encogiéndose de hombros.

Carrera comprendió que sus palabras habían hecho mella en el ánimo de su amigo, cuando éste le preguntó:

—¿Sabe usted algo al respecto?

—No, y le aseguro, por mi honor, que cualquier cosa que se intentase en contra del gobierno o su familia la pondré en su conocimiento si llega a mis oídos.

Carrera engañaba a Mackenna. Conocía muy bien cómo se encauzaba el descontento y el trabajo que se realizaba para ganar adeptos, pero era necesario fingir. El revolucionario que llevaba adentro le repetía las palabras de Maquiavelo: “El fin justifica los medios”, y el oficio que con fecha 28 de septiembre le enviaron los miembros del Ejecutivo agradeciéndole sus servicios resultó una tardía reacción que no logró apaciguar sus rencores. “Exagerado en su ambición, no tenía la suficiente sangre fría para olvidar ese desprecio, ni el necesario desprendimiento de sí mismo para perdonar aquellas faltas, a trueque de ver la regeneración de la patria”. El único arbitrio que le quedaba para satisfacer su orgullo herido era la revolución y a ella se consagró con todo ahínco.

El gobierno había tomado -algunas medidas acertadas y entraba por las vías de las reformas útiles que, para desgracia suya, se consideraron, por muchos, contrarias a los intereses de la monarquía. Carrera observó el fenómeno y creyó ver en estos descontentos, que componían los godos y realistas criollos, el cimiento sobre el cual levantaría la nueva revolución. Para ello era necesario engañar y fingir, pero qué le importaba truncar esperanzas y deshacer ilusiones a trueque de conseguir su objetivo. Durante un mes maduró en su poderosa cabeza el plan que seguiría y lo midió hasta sus últimas consecuencias, con tino y sagacidad sorprendentes. Su confidente era doña Javierita, herida en sus pretensiones por el Congreso, que rechazó el nombramiento de su esposo, don Pedro Díaz de Valdés, para el cargo de procurador de la ciudad de Santiago. La orgullosa señora se tomó enemiga abierta del gobierno y alentó las pretensiones de su hermano para derrocarlo.

Las proscipciones decretadas por el Ejecutivo habían afectado a personas de figuración en el partido desplazado, creando multitud de descontentos; los comerciantes godos, atemorizados por las reformas y las perspectivas de que sus negocios se arruinaran, si se llegaba a la

ruptura con el virreinato del Perú, murmuraban y conspiraban. ¡ Allí estaban los elementos posibles de utilizar Ellos reunirían a sus partidos y darían animación popular a la asonada.

Con astucia se vinculó a los españoles y realista criollos y sopló en sus oídos la idea de designar a don Ignacio de la Carrera gobernador interino del reino, mientras se hacía cargo el titular nombrado por el Consejo de Regencia, brigadier Gaspar de Vigodet. Los sa rracenos acogieron la idea con entusiasmo, pero tuvo un pequeño fracaso que lo puso en guardia, cuando quiso atraer a su causa al partido de don Agustín Eyzaguirre que, más cuerdo, temió la entronización de los motines

de cuartel en el gobierno y se negó a prestar cooperación.

Don Ignacio se encontraba en su hacienda de San Miguel y hasta él llegaron los rumores del movimiento revolucionario en gestación y con tal motivo escribió a don José Miguel, rogándole no inmiscuirse él ni sus hermanos en esos asuntos, a lo que éste contestó:

“Amado padre: En los pueblos hay bandos, es verdad; pero son bandos que en un momento se destruyen, si seguimos el sistema justo el sistema de libertad y el sistema único que puede traer la libertad a nuestra patria. Seremos eternos en la historia si lo seguimos; y si el contrario, seremos infelices y nos llenaremos de oprobio, Las obras cuando se empiezan es menester concluir las. Los hombres a quienes la Providencia ha dotado de un alma grande, deben ser superiores a todo. No veo nuestra ruina como Ud. me la pinta. Todas las cosas tienen un medio y todo hace conciliarse después de dado el gol-Con un buen gobierno hay armas, dinero y cuanto se necesita para el logro de nuestra libertad. Ha llegado la época de la independencia americana; nadie puede evitarla. España está perdida, y si nos dejamos llevar de infundados recelos, seremos presa del primer advenedizo que quiera subyugarnos. Si este pueblo pone en Ud. el bastón, seré contento y viviré en él mientras no vengan jefes españoles. Sucedido esto, me marcharé a buscar mi descanso en países en que (si es posible) ni remotamente sepa las atrocidades que indispensablemente.

han de cometer aquellos caribes...Juan José y Luis me dicen estar poseídos de los mismos sentimientos; pero los tres ofrecemos mantenernos quietos y retirarnos, dejando obrar libremente al pueblo”.

Esta carta era un nuevo sondeo agregado a los que se realizaban cerca de don Ignacio para inclinarlo a aceptar el mando. La débil voluntad del caballero vaciló largo tiempo hasta que, para decidirlo, se comisionó al canónigo don Agustín Urrejola, quien, con toda claridad, debía ofrecer, amén del mando, 1.500 hombres armados para cooperar a la revolución. El anciano, constreñido por los ruegos de Urrejola, terminó por ceder, rogando que no se le hiciera tomar parte activa en los sucesos y no se impusiera a su hijo Juan José de lo conversado. Esta segunda petición cayó mal entre los españoles, porque se creyó que obedecía al deseo de ocultar al comandante de granaderos los pasos de sus hermanos por estar disgustado con ellos.

A pesar de estos recelos, los trabajos para el movimiento sedicioso siguieron adelante y los realistas entraron de lleno en el terreno de la audacia, haciendo circular un escrito que se distribuyó profusamente en Santiago y las provincias y que, conocido por el gobierno, debió poner en guardia a sus personeros, pero éstos estimaban que debía ser mucha la audacia de los hermanos para lanzarse en una aventura en la cual las fuerzas penquistas les serían adversas, en el supuesto que las de la capital se declararan en su favor. En esta creencia descansaban tranquilos y desdeñaban los rumores que, a cada momento, llegaban al palacio sobre las actividades de los realistas. Se creía firmemente que don Juan José no participaría en el motín, lo que significaba contar con los granaderos, dando por fracasadas las esperanzas de don José Miguel y de los godos.

Pero mientras la Casa Otomana y los exaltados dormían confiados en su poder, Carrera trabajaba activamente, preparando su ruina. En compañía de Javiera trazó las líneas que seguirían; era necesaria la presencia en la capital de don Ignacio para dar confianza a

Los godos ,y para obtenerla se trasladaron a la hacienda de

San Miguel e impusieron al anciano de una grave e inesperada enfermedad que aquejaba a don Juan José y “que éste le deseaba ver y hablarle, que acaso sería la última vez por la gravedad de su achaque”. Alarmado con tan triste nueva, don Ignacio partió inmediatamente y a las ocho y media del 14 de noviembre llegaba al cuartel de granaderos para visitar a su hijo enfermo. Don Juan se encontraba en cama, fingiendo estar mejor, y a las diez el padre regresaba a su hogar, “donde encontró un complot de sarracenos que, congratulando su suerte y principalmente la del Estado, ponían en manos de don Ignacio con absoluta deferencia sus caudales y sus personas.

Tal como lo previeran Javierita y José Miguel, la presencia del anciano brigadier, difundida en la ciudad, impulsaba a los tibios y convertía en certeza para los rea listas su vuelta al poder.

Mackenna, engañado con la enfermedad de Juan José, lo visitó en su dormitorio y, al retirarse, del cuartel, fue acompañado hasta la puerta por sus hermanos, y allí José Miguel le dijo, riéndose, al referirse a la presencia de su padre:

—Ahora, con la venida de mi padre, dirá el pueblo lo vamos a poner de presidente.
—‘--No haga caso de hablillas, José Miguel —contestó Mackenna, golpeándole afablemente el hombro.

Al amanecer del 15 de noviembre la artillería se pronunciaba, con don Luis a la cabeza, e inmediatamente envió comunicación a don Juan José, que esperaba vestido en su habitación, para apoyar el golpe con los granaderos. A las tres de la mañana los Carrera eran dueños de la situación e imponían respeto al regimiento de patriotas y al batallón de pardos. Sus comandantes, don Juan de Dios Vial y don Joaquín Guzmán, contestaron que no harían oposición a la revuelta.

La ciudad se impuso con sobresalto de los acontecimientos de la noche y durante el día el Congreso trató de pactar con los amotinados, hasta que, por la tarde, don Juan José resolvió la cuestión presionando con amenaza de las armas sobre los diputados. Desde ese momento los congresales, que sabían que las intimidaciones del comandante no quedaban en palabras, abandonaron to-

da resistencia y a las cinco se convocaba al pueblo por bando. Los realistas cantaron victoria y la plaza se llenó de arracenos y curiosos, los que luego pasaron en número de 300 al patio del Cabildo y acordaron nombrar una comisión, compuesta por el licenciado don Manuel Rodríguez, el doctor don Juan Antonio Carrera y los capitanes Manuel Araos y José Guzmán, para que presentaran al Congreso las peticiones del pueblo. Este se encontraba reunido, presa de temor ante la vuelta de los godos al gobierno y las represalias que, necesariamente, debían tonar por las medidas realizadas por el gobierno patriota. Mientras la comisión cumplía su cometido, los realistas reunidos frente al edificio del Congreso intentaban penetrar en su interior para imponer por la violencia su voluntad; pero el capitán Santiago Muñoz Bezanilla, encargado de la custodia del local, hizo formar sus granaderos y los contuvo, gritándoles:

—¡ En vano pretende el sarracénismo levantar bandera; sólo podrán conseguirlo cuando no quede un solo granadero..!

La noticia de los desórdenes, hizo concurrir a don Juan José al frente de un batallón, al que hizo colocar las armas en descanso, y luego entró al Congreso con fingida indiferencia para protestar ante los diputados por los atropellos que los godos habían cometido y sus torcidas intenciones sobre el movimiento. Un suspiro de alivio se escapó de los pechos de los representantes provinciales, mientras afuera la venda caía dolorosamente de los ojos de los realistas: ¡ Estaban burlados...!

Terminó el día sin acuerdo para la formación del nuevo gobierno y a la mañana siguiente, muy temprano, un bando invitaba a los ciudadanos a reunirse en el patio del Cabildo; pero se prevenía que serían aceptados sólo “los de notorio patriotismo”. Por la tarde, los 300 concurrentes designaban una nueva Junta, en reemplazo de la que acababa de renunciar forzada por los sucesos, en las personas de don Gaspar Marín, por Coquimbo; don José Miguel Carrera, por Santiago, y don Juan Martínez de Rozas, por Concepción. Suplente de Rozas se eligió a don Bernardo O’Higgins.

Marín y O'Higgins pertenecían al partido exaltado y no aceptaron los cargos, sino después que se les convenció de que, dentro de los males que les habían ocurrido, era lo mejor que podía acontecerles, conservar dos de sus miembros en el gobierno. El interés de partido primó (ad aeterno) y convinieron en “sacrificar su voluntad y aceptar el puesto que se les ofrecía”.

En esta forma don José Miguel Carrera entraba a participar en el gobierno del país y cumplía sus aspiraciones de mando. Contaba en ese entonces veintisiete años e iba a comenzar su vida pública distanciado de la aristocracia y de los realistas, y el resto de la opinión no le era del todo favorable. Sus pocos partidarios comenzaban a formarse en la juventud y en la oficialidad subalterna del ejército, deslumbrados por las narraciones de sus hazañas en la Península, su gallarda apostura de soldado y la brillante condecoración que lucía sobre su pecho, fruto de su valor en la batalla- de Talavera.

PRIMER GOBIERNO

El 17 se recibía del mando la nueva Junta y Carrera observó desde el primer día la resistencia de sus colegas a su voluntad. La sombra de Rozas daba apoyo a su desabrimiento y nublaba el horizonte con perspectivas poco halagadoras.

Al día siguiente publicaba una exposición sobre el cambio de la autoridad ejecutiva, llena de amenazas, que no convenció a nadie, pero aumentó el temor que la juventud, inexperiencia y carácter del presidente acarrearía mayores males que los soportados hasta entonces. Los más afectados fueron los realistas, y se inició un éxodo a las poblaciones rurales, con ocultación de bienes que se creían amenazados con las declaraciones del gobierno de aumentar los fondos públicos hasta la suma de 3.000.000 de pasos. Noticias alarmantes comenzaron a circular y se afirmaba que pronto comenzaría una ola de allanamientos de propiedades. El pánico lo invadió todo y en diez días la capital cambiaba de aspecto por la fuga de sus habitantes.

En vista de tanta alarma, el presidente del Congreso y los comandantes de los cuerpos desmintieron bajo sus firmas Los tendenciosos rumores y protestaron contra ellos, sin conseguir calmar los ánimos. El partido desplazado era el autor, con vistas a posibilitar una contrarrevolución y recuperar el poder. La mayoría de los diputados eran simpatizantes de Rozas y les convenía mantener la agitación en espera de su negativa a formar parte de la Junta, que se daba por descontada. Así llegó la noche del 27 de noviembre. Don José Miguel se encontraba en el cuartel de granaderos cuando entró atropelladamente don Luis y, alargándole una pistola, le dijo:

—¡ Cuidado, José Miguel...!

La presencia del capitán José Domingo Huici sorprendió a don Luis, que disimuló su actitud, para luego informar a su hermano de una conspiración contra ellos en que tomaba parte la Gasa Otomana y los capitanes José Domingo y José Antonio Huici.

—¡ Hum...! La Casa Otomana otra vez... Vamos a desbaratar a estos caballeros antes que tengan ocasión de mostrar los dientes y les enseñaremos que no resulta tan fácil apoderarse de nosotros con el plan que tienen en sus pobres cabezas —contestó don José Miguel, después de oír el relato de su hermano.

Con rapidez y oportunidad aseguró su partida y cortó las medidas de sus adversarios, y al amanecer del día siguiente se encontraban detenidos los comandantes Mackenna, Vial, don Francisco Ramón Vicuña, don Martín y don Gabriel Larrain, don José Gregorio Argomedo, don Francisco Berguecio y el teniente Francisco Formas, ayudante de artillería; salvaron únicamente los dos Huici, que se fugaron a Concepción.

Santiago amaneció vigilada por las tropas de línea y los vecinos conocieron los hechos por boca de los exagerados que pintaban a su sabor escenas. espeluznantes de la conjuración contra los hermanos Carrera, los que debían ser asesinados por los conspiradores.

Los hilos del complot se comenzaron a coger con gran actividad por el propio Carrera, tomando declaración a Formas y su criado, hechos prisioneros por él y don Luis mientras los seguían por las calles de Santiago.

Para don José Miguel había resultado desagradable sorpresa ver el nombre de Mackenna mezclado en un intento de asesinato de su familia, pues era una persona por quien tenía afecto real, a pesar de las críticas que le mereció como militar y miembro de la familia rival. Pero no pararon aquí sus desagradados: O'Higgins y Marín le reprochaban haber tomado medidas militares sin consultarlos, motivándose un ingrato altercado. Las cosas se ahondaron cuando el presidente se presentó ante el Congreso a dar cuenta de los sucesos. La corporación le era contraria y censuró acremente su conducta en los movimientos de tropas alegando que la convocatoria de milicias iba a gravar inmotivadamente los gastos del erario, Carrera escuchaba temblando de ira y difícilmente se contenía de dar riendas a su indignación. Como oyera a los diputados repetir que el país no estaba en condiciones de soportar gastos inútiles, contestó:

—Si vuestras señorías creen que está sofocada la conjuración, están en un grave error, y si las medidas tomadas por mí para colocar sobre las armas los tres regimientos de milicias los asustan por los gastos que significarán al erario, yo me adelanto a asegurarles que no se desembolsará un real, pues yo pagaré lo poco que sea preciso.

El ofrecimiento no calmó los ánimos y varios diputados hablaron a la vez, produciendo un tumulto, hasta que don Antonio Mendiburu, levantando la voz, expreso:

—¡ Nos iremos a nuestras provincias si no hemos de ser abedecidos!

—~¡ Para lo que hacen aquí, mejor sería que se retirasen! —les contestó Carrera, rojo de ira.

Pasada la borrasca del Congreso se dirigió al cuartel de granaderos y visitó a Mackenna, sosteniendo con él una larga conversación, en tono amistoso pero frío, y en la que éste trató de sincerarse y probar su inocencia:

—¿Me cree usted capaz de ser un asesino vulgar —preguntó Mackenna—, para asegurar que esta conspiración está dirigida por mí y su fin era dar muerte a usted y sus hermanos? ¿ No le he demostrado mi amistad desde el día en que desembarcó en Valparaíso, para que pueda usted pensar en forma tan equivocada?

—Me es duro creerlo, pero de las expresiones del teniente coronel Muñoz Bezanilla se deduce que usted acepto citarnos a la sala de la autoridad ejecutiva junto con jefes de los cuerpos y allí tener escondidos 30 hombres armados que nos acometieran de improviso para darnos muerte y luego ocultar los cadáveres.

—¡Eso es infame...!

—Puede ser, pero el teniente coronel José Vigil asegura lo mismo, y parece que no quedan dudas de los deseos de los Huici de asesinarnos, sobornando para cumplir sus inicuos fines a la tropa de granaderos y artillería.

—Repito a usted, don José Miguel, que esto es una especie calumniosa y quiero que se convenza de que no y un asesino...

—Séalo usted o no lo sea, yo soy el mismo y mi alma no puede inclinarse a odiar a usted — contestó Carrera—; ojalá pueda vindicarse de los cargos que se le Llegan. No tema usted el resultado de su causa, sea ¡al fuere su delito; desde este momento, aunque no se tomado ninguna declaración, queda comunicado con 1 mujer; avíseme de cuanto usted necesite y le serviré con el interés del amigo que lo fui y lo soy.

—Agradezco su interés, don José Miguel, pero yo sabré defenderme de estas calumnias delante del Consejo. Al salir impartió órdenes para que Mackenna y don Martín Larrain se reuniesen en una misma sala y crecieran la visita de sus familias dándoles oportunidad de concretar las respuestas que darían al tribunal.

En la noche se suscitó un segundo y acalorado debate en el Congreso, motivado por el nombramiento de jueces que debían juzgar a los acusados y el temor que repitiera un hecho semejante al fusilamiento del coronel don Tomás de Figueroa. Carrera estaba lejos de pensar en ello, pero, por desgracia, sus seguridades se estrellaban contra la desconfianza de los diputados Finalmente se dejó resolver al Ejecutivo y fue designado juez de apelaciones don Domingo Villalón, y como asesor el escribano sustituto don Pedro José Cousiño. Carrera dejó obrar libremente al tribunal y éste dictó sentencia, absolviendo a algunos y condenando a otros a destierro.

El saldo más grave dejado por la fracasada conspiración era la tirantez entre Carrera y el Congreso, y aquél pensó seriamente en resolverlo y llamar a nuevas elecciones. El problema era ponerse de acuerdo con sus colegas de gobierno, pues se daba cuenta de que ambos se opondrían tenazmente a sus deseos. Con prudencia comenzó a sondear la opinión de Marín y O'Higgins y ambos estuvieron de acuerdo en rechazar la idea.

No se arredró por ello el coronel Carrera, y en la mañana del 2 de diciembre hizo uso de sus prerrogativas de inspector general de caballería para citar a los cuerpos de esta arma a revista, "formándolos en la plaza junto con la tropa veterana y parte del pueblo". Dispuso que la artillería abocara seis cañones contra la sala de sesiones del Congreso y la corporación recibió un oficio con la firma de los comandantes, exigiendo su disolución a pedido del pueblo. Tan insólita actitud recibió el más enérgico rechazo, pero la fuerza obligó a los diputados a marcharse.

El golpe de Estado fue celebrado en la ciudad con tres noches de iluminación, festejos, ventas en la Cañada y misa de acción de gracias. El pueblo, inconsciente de lo que tal paso significaba, se unió a la alegría demostrada por los parciales de Carrera; pero los más sensatos comprendieron que el grave acontecimiento significaba la entronización de la dictadura militar en el país y, peor que esto, la amenaza de una guerra civil si Concepción desaprobaba lo obrado. Desde Juego, O'Higgins y Marín renunciaban en forma indeclinable a sus cargos, quebrando la unidad del Ejecutivo. El presidente aceptó la de Marín y retuvo a don Bernardo, cuya presencia estimaba necesario para enfrentar la lucha con Concepción, que juzgaba inevitable. La insistencia de O'Higgins en su alejamiento hizo que se le aceptara la renuncia a mediados de diciembre, designándose en su lugar a don José Nicolás Cerda y don Juan José Aldunate, a quien reemplazó en enero de 1812 por don Manuel Manso, elección premeditada para calmar la agitación de los realistas en los momentos que las fuerzas del sur se acercaban a la línea del Maule.

Los agentes confidenciales despachados por Carrera a Concepción lo habían mantenido al tanto de las actividades de Rozas y el repudio que sus medidas contra el Congreso causaban en el sur. La certeza sobre sus intenciones la tuvo cuando cayó en sus manos un oficio reservado de fecha 3 de diciembre, en el cual la Junta de Penco solicitaba del Congreso autorización para enviar tropas que le permitieran sostenerse frente a las medidas del Ejecutivo. La indignación del presidente contra Rozas subió de grado y se aumentó al conocer otro dirigido a la Junta de Gobierno, en el que se le hacía presente “las desgracias que traería al Estado la opresión y degradación en que tenía al Congreso, manifestando enérgicamente que aquella Junta y toda la provincia están en ánimo de preparar un ejército que restablezca la autoridad del Congreso”. En ese momento se desconocía en Concepción su clausura, y Carrera comprendió, que, al saberse, debería fatalmente, sobrevenir la guerra civil. Larga meditación produjo este segundo oficio, pero calmó su temperamento vehemente y buscó con tino y cordura una salida decorosa que le permitiera ganar tiempo y colocarse en estado de defensa frente a los medios, poderosos para él, de la provincia de Concepción. La violencia traería la violencia y no estaba en condiciones de sostener una lucha en la que terminaría por sucumbir ante sus adversarios. El triunfo de Rozas significaba el término de su obra de aniquilamiento de la Casa Otomana, su descrédito y calda irremediables: entonces había que contemperizar, y con astucia soslayó la grave situación, mostrando, en ese momento, que sabía obrar como político frente al adversario.

Llamó a O’Higgins; sostuvo con él una larga entrevista para solicitar su mediación; le hizo presente los males que la guerra civil acarrearía y apeló a sus sentimientos de patriota para decidirlo a aceptar. Cuerdo, mesurado, amante de su país, honrado de procedimientos, con gran prestigio en Penco y escuchado por Rozas, O’Higgins era el hombre indicado para confiarle la difícil misión. Finalmente, aceptó el encargo y salió de Santiago premunido de poderes firmados por Carrera para tratar pacífi-

camente las diferencias surgidas entre las provincias y, además, la promesa de éste de restablecer el Congreso.

Como el resultado de la mediación le pareció incierto, y el temor de que Rozas interpretara sus pasos como dictados por su débil situación, llevando sus exigencias hasta hacer imposible un acuerdo, empezó a reunir los medios para hacer frente por las armas a las pretensiones de su rival. El orgullo de la capital comenzó a explotarse, y conseguidos algunos recursos pecuniarios para levantar los cuerpos de tropa al estado de campaña, comenzó sus aprestos militares con actividad y fijó la línea del Maule “para oponerse ‘a cualquier mira militar de Concepción’”. Pisando los talones de O’Higgins partieron hacia Talca 300 granaderos, con dos piezas de artillería, al mando del capitán don José Diego Portales; se reformaron los regimientos de milicias dependientes de la Inspección General de Caballería; se aumentaron los granaderos hasta completar 1.200 hombres y se disciplinaron otros 500 para la guardia nacional. El vestuario y equipo de la tropa se fabricó en abundancia, y se confeccionaron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, municiones para, todas las armas y otros artefactos militares. Así pudo terminar diciembre con la línea del Maule asegurada por tropas y un cuartel general, a cuyo frente colocó a don Ignacio de la Carrera, graduado de brigadier de milicias por la Junta de septiembre.

El acuartelamiento de las tropas era un problema que había que resolver y lo zanjó quitando a “los frailes de San Diego el convento y se levantó en él un famoso cuartel de caballería”. Esta medida colmó de ira a los religiosos, que se sumaron a los descontentos, pero él, atento sólo a las necesidades públicas y reputando ‘a los sacerdotes de “sarracenos”, no hizo caso de sus airadas protestas, ni de los sermones con que vapulearon su actitud. La caja del ejército se llenó mediante algunas ‘alzas de impuestos y derechos de importación, que le permitieron sufragar los gastos y mantener la puntualidad en los pagos de oficiales y soldados. La disciplina de las fuerza que iban a acompañar al brigadier Juan José Carrera no la descuidó, y bajo su dirección se realizaron ejercicios de batalla en el antiguo ‘llano de Portales, hoy estación

Yungay, lo que le permitió contar pronto con una respetable división de 1.200 hombres, bien equipados y con antes municiones, a la que apoyaban las milicias, cuyo escaso valor militar representaba más inconvenientes que ventajas.

Mientras Carrera hacía sus preparativos, en Concepción se desarrollaban las conversaciones de O'Higgins Manuel Vásquez de Novoa para llegar a una solución pacífica. Animados de los mismos sentimientos, ambos se entendieron y redactaron un tratado de veinticinco artículos que llegó a Santiago el 21 de enero de 1812. Carrera citó a la Junta de Corporaciones u estudio, al mismo tiempo que dilataba el pronunciamiento de los miembros de la Junta de Gobierno y aceleraba las medidas militares.

El cielo se nubló inesperadamente en el sur, amenazando desencadenar la tormenta, 'a raíz de una proclama del comandante de infantería veterana de Concepción don Francisco Calderón, "anunciando a los pueblos que la resolución de aquella respetable fuerza era la de librarlos de la esclavitud y que se disponía a marchar la capital". La guerra pareció inevitable. O'Higgins, sospechó los deseos de Carrera de ganar tiempo y entretener a Concepción hasta completar sus preparativos cortó con su representado y tomó el partido de distinguiéndose por su vehemencia en solicitar que se comenzaran las operaciones.

Pero cuando O'Higgins clamaba por la guerra la situación era diferente a la que dejara en diciembre. Carrera contaba ahora con el apoyo de la aristocracia y de los de la provincia, fuerzas de línea marchando sobre el Maule y dinero con que pagar las tropas, de modo que podía buscar un entendimiento sobre la base de su militar, sin llegar a la ruptura de las hostilidades. fines de abril salieron para Talca, premunido de amplios poderes otorgados por la Junta de Santiago, "para r con Rozas, jefe de las tropas enemigas, amistosamente todas las desavenencias

El ejército del sur, con Rozas graduado de brigadier general en jefe, tenía su cuartel general en Lina-

res y allí le remitió los oficios de la Junta de Santiago y una invitación para entrevistarse, que Rozas aceptó.

Dos veces concurrió Martínez de Rozas al cuartel general de Carrera, sin que sus entrevistas llegaran a ninguna conclusión, hasta que las suspicacias de los jefes subalternos de ambos ejércitos hicieron que la tercera conferencia -se realizara en un campo neutral, fijándose la isla que se encontraba situada entre los dos brazos del río. El 27 de abril, muy de mañana, salió de Talca el coronel Carrera, acompañado por 4 oficiales y 3 ordenanzas, y fue a situarse al lugar denominado Fuerte Destruído, y allí esperó. Vestía su elegante traje de húsar, y sus oficiales y soldados, los nuevos y vistosos uniformes verdes de los húsares de la gran guardia: deseaba impresionar bien a los oficiales de Rozas. Este llegó a media mañana acompañado por numerosa escolta y la banda de músicos de sus dragones, cruzando el brazo del río a los alegres sonos de una marcha militar cuyos ecos se perdían en la claridad del paisaje. La conversación resultó cordial desde el primer momento; almorzaron juntos y se separaron en la tarde en perfecta armonía. Las bases de un arreglo estaban echadas y, desde ese instante, conjurada la guerra.

Santiago y Concepción recibieron con alegría el término de la tirante situación. Pero en ambas provincias reinaba malestar, y sus caudillos tenían razón suficiente para sentirse intranquilos. En el norte la aristocracia volvía a agitar la opinión pública, buscando el desquite, y en el sur la falta de fondos que mantenía impagas las tropas levantaba el fantasma de un pronunciamiento.

Carrera no había dejado inexplorado este campo y sus agentes se movían para dar por tierra con Rozas y los suyos. No tardó en producirse lo que se esperaba: el sargento mayor Juan Antonio Díaz Muñoz y el presbítero Julián Uribe, que obraban a su servicio, influyeron en el ánimo del coronel don Pedro José Benavente y éste produjo el golpe que terminó con sus adversarios. Benavente sometió la provincia al gobierno central y tomó el título de gobernador-intendente.

Terminaba para don José Miguel el dolor de cabeza que le significaba la presencia de Rozas en el sur. Ven-

cido, abandonaba Concepción y marchaba preso a disposición de su adversario. Carrera evitó su presencia en Santiago y le fijó como residencia la hacienda de San Vicente, en Melipilla, propiedad de su sobrino, don José María Rozas. Se cuidó mucho de hacer que su viaje fuera rodeado de todas las consideraciones que merecía su persona y evitó toda medida policial cerca de él. Pero los realistas no perdonaban al caído la muerte del coronel Figueroa y encontraron a su hombre para hacerlo salir del territorio: éste fue don Juan José. El presidente transigió con su hermano y dispuso su marcha a Mendoza. El 26 de noviembre celebraba su última tertulia con sus amigos en San Vicente y allí expresó:

—Toca a los jóvenes dar cima la empresa que he me acometido. La suerte de la revolución de Chile que da en manos de Carrera; a él corresponderá la gloria de haberla llevado a término o la responsabilidad de haberla perdido.

Enfermo y moralmente deshecho, no sobrevivió a su desgracia sino algunos meses, y el 13 de marzo de 1813 cuando en Chile y Valdivia el brigadier Pareja organizaba su expedición y reclutaba tropas, falleció en Mendoza, su ciudad natal, el ilustre campeón de la independencia. Había nacido en ella cuando la provincia de Cuyo pertenecía a Chile; estudió leyes en la Universidad de San Felipe en Santiago y allí se tituló de abogado.

El 7 de septiembre de 1784, otorgando el título de la Real Audiencia de la capital. Su vida y sus actividades las ejerce en Chile, su patria, y no en las Provincias Unidas de Plata, a las cuales no estuvo nunca vinculado. Sobre su tumba una inscripción latina, digna de los antiguos héroes de Roma, anuncia al viajero su postrera morada:

jacet Johannis de Rozas, pulvis et cinis". Desaparecía uno de los grandes luchadores por la emancipación política de Chile. Su inteligencia y destacada ilustración llevaron desde un puesto de escribiente a la secretaría de los presidentes-gobernadores de Chile. Su voluntad y espíritu de lucha lo convirtieron en el guía de la revolución y su salvador en el momento de crisis. Marcó el camino del destierro que va de Santiago a Mendoza, mientras Carrera, dueño de la situación, era el brillante sol de los des-

tinios de la patria. Una tarde de marzo lo encontró con los ojos fijos en el más allá y su figura se perdió en la sombra del infinito a esperar la cita con el general Carrera, que, se cumpliría en Mendoza ocho años después...

A mediados de 1812 don José Miguel Carrera parecía estar en la cúspide de su fortuna. Valdivia había aclamado su nombre el 16 de marzo, y, ‘al saber la noticia en su cuartel general de Talca, exclamó satisfecho:

—Hoy ha sido un día feliz para Chile y precursor, seguramente, de mejores sucesos para la patria.

¡ Cuán lejos estaba de la verdad! La Junta de Valdivia era realista y el virrey contaba con un punto de apoyo para organizar la lucha contra Chile.

Hasta ese momento no había podido dedicarse a las reformas que creía indispensable para dar al país una organización: la lucha contra la aristocracia y la crisis del sur absorbieron su tiempo.

El 13 de febrero de ese año apareció el primer periódico nacional: la Aurora de Chile, celebrado en Santiago como un paso decisivo hacia la libertad de opinión y adelanto de la cultura popular. El gozo que causó su aparición fue indescriptible, y “corrían los hombres por las calles con un Aurora en la mano y, deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad”.

La imprenta que serviría para publicar el periódico habla llegado a Chile en la fragata Galloway consignada al ciudadano sueco Mateo Arnaldo Hoevel, y el gobierno de Carrera la adquirió en el convencimiento de que era una necesidad de primera urgencia contar con una publicación en la cual esparcir la semilla de las nuevas ideas sobre el futuro del país. Este paso significaba el golpe más rudo a los ideales de los realistas criollos y chapetones, por aunar las voluntades en el camino de la independencia. Camilo Henríquez fue su primer redactor, y en sus columnas colaboraron hombres como don Manuel de Salas, Bernardo Vera e Irisarri.

El 4 de junio la Aurora lanzó, sin velo, la idea que había ido deslizándose con disimulo al oído de sus lectores:

“Comencemos declarando nuestra independencia —dice—. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos

da la tiranía. Ella sola puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece, darnos aliados entre las potencias o imprimir respeto a nuestros enemigos; y si tratamos con ellos será con la fuerza y majestad propia de una nación”. La sombra se disipa y los españoles ven amenazada la obediencia de los criollos a la regia persona de Fernando VII. La consternación cunde y no descubren otro medio para terminar con este deplorable estado de cosas que la intervención del virrey del Perú. Las cartas vuelan hasta las manos del representante del monarca, solicitando su pronta acción, y emplean las tintas más oscuras para pintar cuadros aterradores del estado del reino. En la sombra se agitan los godos y soplan el fuego de su ira en una cabeza de limitados recursos y un corazón carcomido por la envidia: los de don Juan José Carrera.

Las providencias de don José Miguel, “jefe único y absoluto de la política: sus colegas no tenían imperio sobre él, ni habrían podido hacerlo desistir de sus propósitos una vez emitidos”, encaminadas a dar estabilidad al gobierno y organizar la nación, eran bien acogidas por los patriotas, que veían en el presidente un hombre moderado, diferente del atolondrado joven que pintaron sus enemigos. La prudencia, de la que hacía uso, comenzaba a devolverle la voluntad de 1-a opinión, y su buen sentido para realizar reformas provechosas reducía lentamente la resistencia. Son - “suyas todas las providencias gubernativas dictadas en este -período”. “Deben contarse entre éstas un decreto por el cual se mandaba refaccionar y mejorar los hospitales; reconocer los grados militares, a fin de que los oficiales usasen sólo los distintivos correspondientes a su graduación; 1-a corrección de las cartillas que debían formarse para las tropas; la instrucción pública le mereció también especial atención, obligando a los conventos a que estableciesen escuelas gratuitas para niños de ambos sexos y echando las bases de un colegio central, que sólo vino a plantearse al año siguiente”, y hoy es el Instituto Nacional

Con estas y otras medidas había logrado imponer cierta fisonomía de gobierno moderado a la dictadura militar y era aceptada por el pueblo, pero los partidos políticos, que ya empezaban a asomar la cabeza, las olvi

daban ex profeso, produciendo un grave daño al gobernante y a la causa común. Los godos no se conformaban con la pérdida de sus prerrogativas y soñaban con restaurar el antiguo régimen, mientras algunos patriotas, moderados o exaltados, murmuraban, haciendo sorda resistencia. En la aristocracia, desprovista de todo sentido político y administrativo de un Estado, por culpa del aislamiento en que la mantenía la metrópoli, dominaba el espíritu de familia, y era intolerante y corta de vista para mirar a la distancia las proyecciones que la desunión podía acarrear. La envidia podía mucho en esas cabezas desprovistas de conocimientos, pero abundantes en propia estimación.

Al finalizar el año 1811 cruzaba la cordillera de los Andes un viajero procedente de Buenos Aires, acompañado por dos criados y dos dragones que le servían de escolta. En coche había recorrido la inmensa distancia que separa esa ciudad de Mendoza, paso obligado de los caminantes que hacían el tránsito a Chile por la vía, del Aconcagua. Su edad era de unos treinta y tres años, alegre, de agradable rostro, buena estatura, y por su dificultad en el idioma castellano y el acento denotaba ser inglés. Se hacía llamar el coronel Poinsett y era norteamericano. Sus acompañantes transandinos hablaban del “gringo” y le admiraban por su carácter jovial y el sentido del humor con que llevaba las asperezas del viaje, y que en San Luis tuvo ocasión de demostrar durante su permanencia de dos días para arreglar los desperfectos que los pésimos caminos causaron en los vehículos en que viajaba. Con solicitud le servía un criado negro, esclavo suyo, y a quien trataba con afabilidad y respondía al nombre de Sam.

Poinsett era infatigable, apurando la marcha del carruaje para alcanzar Mendoza, donde esperaba cambiar su desvencijado medio de transporte. Gracias a la largueza de que hizo gala, pudo conseguir un coche nuevo y arrendar una recua de mulas a razón de “ocho pesos de Buenos Aires por cada una”. El negro Sam rió con entusiasmo cuando vio la campanita de la muía madrina y su amo se encargó de darle una explicación cuando gesticu-

laba ante los arrieros que trataban de hacerle comprender para qué servía.

La travesía de los Andes resultó novedosa para el viajero, que se maravillaba del paisaje, admirándolo en los atardeceres cuando se terminaba la jornada y muy de mañana al emprenderla.

En Santiago, ciudad a la que llegó al finalizar enero, se presentó a la Junta de Gobierno y desde el primer momento simpatizó con su presidente,~ el coronel Carrera. El 24 de febrero era recibido oficialmente en su carácter de cónsul de los Estados Unidos y a la ceremonia revistió la mayor solemnidad, encontrándose presentes las autoridades y corporaciones. Desde entonces Mr. Joel Roberts Poinsett se convirtió en amigo inseparable de don José Miguel, cuya índole era muy parecida a la suya, en el sentido de alegre buen vivir. El norteamericano era natural de Charlestown y descendiente de una familia calvinista francesa, por lo que no fue mirado con simpatía por la religiosa sociedad de la época. El no dio importancia a este asunto, y, hombre tolerante y culto, muy pronto se fue ganando voluntades, asimilándose a las costumbres nacionales y frecuentando las residencias de las mejores familias de la ciudad.

Los realistas vieron con profundo disgusto la llegada del representante norteamericano y se movieron para obtener que no se le reconociera su condición de diplomático. Sospechaban en él un agente revolucionario des-finado a alentar las ideas separatistas de los chilenos, y no se equivocaban en su apreciación. Poinsett era decidido partidario de la independencia de los países sudamericanos e iba a prestar buenos servicios a la causa de la emancipación de Chile, pues con su actividad, conocimientos y elevada inteligencia sirvió de elemento moderador al carácter impulsivo de don José Miguel Carrera.

El desagrado de los realistas trascendió hasta don Juan José, que cobró antipatía al cónsul, hasta convertir-se en el corifeo de aquellos que le achacaban una perniciosa influencia sobre su hermano y lo presentaban como el inspirador de las reformas que introducía en el país.

Por primera vez se iba a celebrar en Chile el aniversario de la independencia de los Estados Unidos, acon-

tecimiento que sacaba fuera de sí a los realistas, y Poinsett extremó las medidas para que resultara de extraordinario lucimiento. Don José Miguel ayudó a su amigo y autorizó el uso de la sala del consulado. Al sarao debían concurrir las autoridades y las más notorias familias de Santiago, y Carrera preparaba una sorpresa: deseaba exhibir por primera vez la nueva bandera que reemplazaría a la española, hasta entonces en uso. Sus colores eran azul, blanco y amarillo, y su confección, obra de doña Ja-viera Carrera de Díaz de Valdés.

En la cabecera del salón lucieron enlazadas las banderas de Chile y de los Estados de la Unión, y en su discurso el cónsul auguró para el flamante emblema días de gloria en lo por venir.

Doce días después de haber presentado la bandera con los nuevos colores nacionales, hacía obligatorio el uso de una escarapela tricolor a todos los ciudadanos civiles y militares y - posteriormente extendió su uso a los sacerdotes, pero en carácter de voluntario. “Este pequeño emblema de patriotismo” agitó vivamente la opinión y desconcertó a los realistas, de los cuales uno escribió que “no era lícito ocultar su opinión y su sistema bajo una conducta ambigua, sino era preciso llevar escrito en la frente el carácter de la Bestia, o servir de blanco al odio y persecución de todo el reino

Desde que se produjo en América el primer cambio de gobierno colonial, los españoles debieron pensar que la independencia de los países que formaban sus dominios era un hecho imposible de contener y que la vuelta de Fernando al trono no sería suficiente para mantener la débil unión que significaba su nombre en boca de los personeros de las Juntas de Gobierno. España sólo podía retener sus dominios por la fuerza de las armas, y para ello precisaba el empleo de todo su poder, obrando con

rapidez y energía. Las circunstancias le eran desfavorables y la agonía del antiguo régimen amenazaba pronto desenlace. Las ideas liberales se extendían entre los criollos, llenando de ira a los peninsulares, que debían tragar saliva y esperar. Esperar ellos, los señores de antaño, que todo lo poseían y ver levantarse a unos audaces que, a su criterio, carecían de capacidad para hacer la felicidad

de sus pueblos y se colocaban en beligerancia frente al poder de su adorable Majestad. El rencor les mordía el alma y no perdían ocasión de fomentar discordias y desparramar ponzoña para causar la lucha fratricida.

Así aconteció en Chile, donde encontraron al hombre en la veleidosa persona de don Juan José. Hechos como éste se repiten a menudo en la historia de la emancipación americana y dieron origen a las enconadas luchas que por espacio de medio siglo ensangrentaron los campos de todos los países sacrificando en aras del odio partidista vidas necesarias para la reconstrucción de los pueblos y atrasando su progreso.

Don José Miguel comprendió el fenómeno y las desgracias que traería a la causa sustentada y trató de acercarse a su hermano. Para ello pidió los buenos oficios de Poinsett, por intermedio de Camilo Henríquez. La elección resultaba desacertada. Don Juan José, lejos de deponer su actitud, se exaspera en su presencia y grita:

—¡ Usted me habla de armonía siendo el responsable de la equívoca conducta de José Miguel! ¡ Usted, señor Poinsett, que ha introducido la discordia entre nosotros y es el causante de los males que caerán sobre la patria!

Poinsett escucha con flemática calma y observa a don Juan José pasearse rojo de ira, gesticular y maldecir.

—Y bien, ¿ qué dice usted ahora, señor Poinsett?, ¡ Oh, el padre Camilo ‘Henríquez, que me solicitó esta entrevista, mal conoce a usted! ¡ Vaya a decir a José Miguel que a él hago responsable de todos los desaciertos del gobierno que han de llevar a la desgracia de la patria!

—Usted está equivocado, don Juan. Mi amistad con don José Miguel no es razón para culparme de influir en su ánimo en contra de Chile. Por el contrario, mis ideas son las de ustedes y deseo servir a la causa de su patria con desinterés y lealtad. Su actitud puede labrar la ruina de su hermano y con ella. la de los patriotas. El que yo. haya aconsejado adquirir aquellos elementos que Chile necesita para su defensa, no es razón para que usted me acuse de causar la ruina de este país; por el contrario, debía estarme agradecido. ¿ Quién le ha sugerido esas ideas contra mí?

Don Juan José clavó su mirada en el cónsul y la sangre se agolpó en sus mejillas. Sus labios apretados y sus puños cerrados demostraban su cólera. Así permaneció un instante apoyado contra su mesa de trabajo.

—No, señor Poinsett, nadie me ha sugerido ideas... Veo los hechos y me doy cuenta de que esto no puede seguir. José Miguel es joven y sin experiencia en el gobierno, por eso es necesario que se coloque frente a la Junta a un hombre de más edad y reposo que borre la mala impresión dejada por él. Así adelantaremos en nuestra felicidad, y le repito que no estoy dispuesto a tolerar por más tiempo la presencia de José Miguel en el gobierno. ¿Entiende usted? Manifieste mis propósitos a mi hermano en ese sentido.

—Pero, don Juan —contestó alarmado Poinsett—, debe usted deponer esa actitud y obrar con cordura...

—¡ Señor —lo interrumpió a gritos el comandante—, estoy harto de sus majaderías! Si vuelve a hablarme en estos términos, arrestaré a usted y lo mantendré como rehén hasta que se cumplan mis deseos.

Poinsett comprendió que era inútil tratar de convencer al testarudo y poco inteligente Juan José y dio término a su entrevista, comunicando por escrito el resultado a don José Miguel: “En la última cita con don Juan hubo violencia para con Ud. No aceptó la mejor, ni la más inspirada y desinteresada persuasión. Me amenazó con llevarme en rehenes si volvía a hablarle en términos de cordura para con Ud. En su opinión, tan injusta como atropellada, hay una ofuscación lamentable; ha dado en creer que el consejero del partido de Ud. soy yo, y que mucha parte de la mala amistad que Uds. conservan se debe a mi. Inútil ha sido convencerlo de lo contrario, y esto ha dicho al doctor Henríquez, haciéndole ver el mal humor en que se encuentra don Juan para entrar a arbitrar yo las diferencias. Las pretensiones tuyas no tienen por ahora tampoco una atención cierta:

nada sabría decirle sobre el juicio que lo guía, que no creo sea otro que el despecho”.

Juan José se encuentra cogido entre dos fuegos: la familia de su mujer y la propia. Rehuye a ésta y se abstiene de visitarla. Doña Javiera trina contra el testaru-

do y decide tomar a su cargo la mediación. Se acerca a él y por espacio de una hora agota su paciencia y sus palabras. Nada se consigue. Por último, la escena se hace violenta; se gritan, se insultan y la cuerda queda más tensa que antes. Javierita nunca ha tenido bastante influjo sobre este hermano y sus preferencias han sido para José Miguel y Luis. Comprende que nada puede hacer ante su vanidosa actitud y se retira disgustada.

La ira lo lleva a apurar los acontecimientos, mientras los godos dibujan una sonrisa de triunfo: el anhelado desquite está próximo y la caída de su burlador segura. Don Manuel de Manso y su pandilla- continúan la obra. Critican sin embozo en las reuniones de familia y en público las medidas y conductas del gobierno y los gastos que don José Miguel efectúa para adquirir el vestuario del regimiento de húsares de la gran guardia. ¡ Calamitosa edad, soplan al oído del vanidoso, en que se está al arbitrio de un joven inexperto que llevará a la ruina al reino! ¡ Qué diferente sería un gobierno que inspire confianza a su excelencia el señor virrey del Perú! ¡ Los negocios arruinados prosperarían de nuevo y el comercio con Lima renacería como por encanto! La guerra inevitable significa la ruina y vendrá por culpa de José Miguel Carrera y su séquito...

Don Juan escucha y la tormenta azota las playas de su alma. Recuerda con odio el sitio alcanzado por su hermano y se siente rebajado por él. Le resulta intolerable recibir órdenes tuyas y su vanidad herida lo ciega para ver la duplicidad que lo rodea. El desdén con que José Miguel mira su oposición lo lleva a arrojar en el platillo de la balanza las bayonetas de sus granaderos y encuentra el motivo de ruptura en la exigencia de fondos para la terminación del cuartel de su unidad que, a raíz del movimiento del 15 de noviembre, se le habían acordado, pero que la pobreza del erario no permitió entregar. Conoce los apuros fiscales y hasta ese momento se ha contentado con los 8.000 pesos mensuales que se le entregan con sacrificio; pero ahora está dispuesto a apremiar para provocar la crisis, y el primero de septiembre eleva un oficio insolente a la Junta de Gobierno, criticando su proceder, lo que causa su renuncia.

Alarmado, el Cabildo convoca para el día siguiente a una Junta de Corporaciones, que acuerda solicitar a los miembros del Ejecutivo que continúen en sus cargos, y suplica en nombre del pueblo, que no insistan en sus renunciaciones. Don José Miguel ve en su alejamiento el medio de solucionar el entredicho y mantiene su decisión.

La crisis provocada por la torpe actitud de don Juan lleva a alarma a todos los sectores y hasta el enemigo de ayer: el partido exaltado y la Casa Otomana buscan, con patriótico celo, una solución decorosa. El retorno al régimen colonial se les presenta claro y don José Miguel resulta preferible a los sarracenos, que quieren apoderarse del mando con la ayuda inconsciente del comandante de granaderos.

Las influencias se mueven vertiginosamente, y llegan hasta el apacible retiro de don Ignacio. El padre junta a sus hijos en una comida en que “poco falta para llegar a las manos”. La impulsiva Javierita desata la tormenta, irritando el ánimo de Juan José, y las canas del anciano no son suficientes para mantener la calma y reconciliar a los hermanos. Don Ignacio, indignado, abandona en la tarde la ciudad y va a buscar refugio en la paz de su hacienda de San Miguel. El asunto sale a la calle, y el temor de un nuevo golpe militar sume a Santiago en la desesperación. En los corrillos se afirma que don Juan José ha escrito al virrey, solicitando el envío de tropas para sujetar el reino a la obediencia de Fernando VII, con lo que la indignación de los patriotas sube de punto. En los cuarteles de los húsares de la gran guardia y artillería las tropas se mantienen alerta, bala en boca, mientras don Juan José, alentado por los realistas, infla su vanidad en el temor causado a sus adversarios y, en su desatino, adelanta las futuras desgracias que van a envolver a su familia.

La primavera de 1812 llegaba cargada por una atmósfera de plomo. Septiembre había visto culminar las rencillas entre los hermanos, y la anunciada pompa con que se celebraría el aniversario de la instalación de la Primera Junta de Gobierno no lograba apartar del pensamiento de los habitantes de la ciudad los negros presentimientos de futuras desgracias.

Pese a la adhesión de las corporaciones y vecinos influyentes, la situación del gobierno era inestable, y la opinión pública, agitada por oradores improvisados, se caldeaba; amenazando con un ruidoso estallido. Así, en un clima tenso, comenzaron a circular las invitaciones. Un tedéum en la Catedral, y una reunión ‘nocturna en la Casa de Moneda eran los actos principales con que debía “el digno vecindario chileno sensibilizar sus transportes por la libertad de la patria”. Las esquelas fueron repartidas entre las principales familias y se cuidó de hacer una severa selección, causa del descontento de muchos, que, creyéndose con derecho a ser invitados, vieron frustradas sus esperanzas.

Desde la mañana del 28 de septiembre la ciudad fue profusamente iluminada y las ventas y fondas establecidas en la Cañada dieron animación a los regocijos populares. “Grupos preparados de antemano entonaban himnos patrióticos que se distribuían impresos entre el pueblo, y se improvisaban tribunas al aire libre en que oradores populares declamaban esos mismos himnos o pronunciaban arengas patrióticas. El dinero y el vino que se distribuían alegremente excitaban el entusiasmo de las manifestaciones”.

En la mañana del 30 la Junta de Gobierno acompañada por las corporaciones asistieron al solemne tedéum, y el padre agustino Buenaventura Silva, en brillante y exaltada oración, recordó el feliz momento en que los chilenos decidieron darse un gobierno propio y desterrar a los “antiguos tiranos y mandones”. Afuera de la Catedral la tropa formada en batalla rendía homenaje a las autoridades y veintiún cañonazos disparados desde el pie del cerro Santa Lucía “consagraban el 18 de septiembre como nuestro gran aniversario

“La impresión social que dejaron estas fiestas tuvo una singular manifestación en nuestros trajes. Los hombres llevaban la escarapela tricolor en el sombrero y usaban corbatas flotantes con los colores nacionales. Esos mismos colores tenían las mantas y las cintas de los sombreros que usaban los que montaban a caballo. Las mujeres adoptaron con su habitual movilidad la ostentación del emblema, de tal modo que todo su vestido y adorno

debía contar del tricolor, sin omitirlo en las decoraciones de los edificios públicos y privados”

El sentimiento de independencia había prendido en el corazón de la aristocracia americana, pero, por desgracia, los pueblos continuaban siendo realistas, y cuando las invasiones españolas pusieron en peligro la libertad, gran parte de ellos siguieron las banderas del rey, dando a la lucha el carácter de una revolución más que de una guerra.

Con clima tenso vio la luz pública el Reglamento Constitucional de 1812. Desde fines del año anterior se trataba de dar al país una carta fundamental que lo organizara y a cuya sombra desarrollara sus actividades. El Congreso había tomado la iniciativa, nombrando una comisión que se abocara a su estudio, pero los golpes revolucionarios hicieron dormir sus propósitos.

La idea tomaba cuerpo entre los patriotas y la Junta se hizo eco del sentir e impulsó los trabajos. El secretario del Ejecutivo, don Agustín Vial Santelices, presentó un proyecto y el 12 de agosto se dictaba un decreto que nombraba una comisión para estudiarlo, la que lo devolvió informado el 22 de octubre. Después de un nuevo examen se redactó el texto definitivo del que se conocería en nuestra historia como el Reglamento Constitucional de 1812. Carrera tomó parte en las discusiones, que se llevaron a cabo en casa de Poinsett, y a las que asistían personas de reconocida competencia, como Manuel de Salas, Juan Egaila, Irisarri y otros.

Tal constitución fue motivo de dificultades para el gobierno por la oposición que encontró en las provincias y en las altas autoridades eclesiásticas. En las primeras, por el mayor número de senadores que se asignaba a

Santiago, y en las segundas, por la supresión de la palabra “Romana” al fijarse la religión del Estado. Los obispos Rodríguez Zorrilla y Villodres, que impugnaron el artículo primero, y los sacerdotes que tomaron el púlpito como medio de combate, hicieron un grave daño a la causa revolucionaria, moviendo la opinión del pueblo ignorante contra los mandatarios criollos.

Carrera cortó el asunto con energía: desconoció la autoridad del obispo de Santiago, Rodríguez Zorrilla, e im-

puso como obispo metropolitano a don Rafael Andreu y Guerrero, decidido patriota, prohibiendo al clero toda propaganda en contra de la Constitución. El momento era para tomar enérgicas medidas contra los que desprestigiaban al gobierno, fueran éstos civiles o religiosos; mas, para los pacatos habitantes del reino, resultaba un odioso atentado contra sus conciencias el hecho de que el presidente se atreviera a reprimir actividades de carácter religioso y a poner freno a la libre expresión de que hablan hecho gala hasta entonces los predicadores. Cierta es que nadie antes que él había osado colocarse frente al poder eclesiástico y se toleraban sus ideas monárquicas por temor a producir un movimiento de opinión. Carrera saltó por sobre todas estas vallas y limitó la propaganda, que amenazaba hacerse peligrosa para la causa de la patria, e hizo caso omiso de las protestas del airado clero y de las murmuraciones de los devotos habitantes.

Terminaba el año 1812 envuelto en las agitaciones producidas por la Constitución y se iniciaba 1813 con el descubrimiento de un nuevo complot con extensas ramificaciones en la capital y en el que figuraban los nombres de prestigiosos vecinos, entre ellos el del ex secretario abogado de la Junta de Carrera, don Manuel Rodríguez.

La justicia se encargó de aclarar los hechos, mientras el temor de todos a la reacción y escarmientos que pudiera hacer Carrera oprimía los corazones. La clemencia fue el sello con que se dio término al proceso y devolvió la calma a los espíritus.

En tanto, noticias desalentadoras llegaban desde el Perú: Abascal solicitaba el reconocimiento de la Constitución española de 1812 y ponía el dilema: aceptar sus pretensiones o buscar la decisión en el campo de batalla.

II

EL COMANDANTE EN JEFE

Los sucesos de Chile habían provocado intranquilidad en el ánimo del virrey del Perú, don Fernando de Abascal, que, desde la deposición del presidente don Francisco García Carrasco y la instalación de la Primera Junta de Gobierno, vigilaba receloso el giro que tomaban los acontecimientos. Decidido a poner término a las ideas separatistas de los sudamericanos, no trepidó en hacer uso de las armas para sofocar la rebelión del Alto Perú y batir los ejércitos insurgentes de Buenos Aires -que concurrían en su auxilio. Por momentos, la situación le aconsejó obrar con prudencia, evitando un nuevo frente de guerra que lo obligara a dividir sus tropas y, hombre prudente y equilibrado, habló el lenguaje de la concordia y aceptó, a regañadientes, las ocurrencias de Chile, en espera de una mejor ocasión para hacer sentir su voluntad a este revoltoso.

Las cosas no iban bien para los realistas: Belgrano, vencedor del general Pío Tristan en la decisiva batalla de Tucumán, lo obligaba a abandonar la línea de invasión de Buenos Aires.

Desde Chile, los realistas le informaban sobre los sucesos del reino, y de sus escritos dedujo las verdaderas intenciones que alentaban a los noveles gobernantes. El impulso impuesto al movimiento por Martínez de Rozas era separatista y Carrera lo alentaba sin embozo, de modo que las protestas de fidelidad a Fernando VII eran un velo para cubrir sus verdaderos pensamientos.

Un enojoso incidente que produjo el embargo en Montevideo de un cargamento de tabaco consignado a Chile y que las autoridades de ese puerto remitieron a Lima en pago de deudas, motivó el resentimiento de los

mandatarios chilenos contra el virrey, y, si guardaron silencio para no alarmar a la opinión pública, vieron en la conducta de Abascal el deseo de humillarlos y llegar a la beligerancia si era necesario. Las patentes de corso concedidas por el virrey, como respuesta a la libertad de comercio decretada por Chile, aumentaron la tirantez, y el temor de una paralización absoluta del comercio llevó hasta el pánico a realistas y criollos. El apresamiento de un barco norteamericano en aguas chilenas movió a Poinsett a presentar un formal reclamo, cuyos resultados fueron nulos, por cuanto Abascal se desentendió de su nombramiento diplomático.

Molesto el gobierno con la presencia de corsarios, elevó en agosto de 1812 una protesta. En ella se mencionaban el asunto del tabaco y los auxilios en dinero y armas a los sublevados de Valdivia. La nota era conciliatoria, pero el tono de los escritos de la Aurora “en que se publicaban violentos artículos contra España y su sistema colonial, dejaban nuestra actitud en completo descubierto”.

Las cosas habían ido tan lejos que no era posible pensar que Abascal se engañara y contestó la nota chilena en un extenso memorial en que trata con extrema dureza a los gobernantes y colocaba a Chile “en la ineludible alternativa de elegir entre la restauración del coloniaje y la independencia nacional”.

La situación empeoraba con los sucesos acaecidos en Valdivia en junio de 1812, y la negativa de reconocer al gobierno revolucionario de Santiago daba al virrey el apoyo que necesitaba para iniciar la invasión de Chile. Carrera lo estimó así, y, a pesar de haber socorrido a Valparaíso con víveres y dinero, juzgaba necesaria su presencia en el sur, donde prepararía el sometimiento de aquella plaza fuerte. En tal pensamiento comenzó los preparativos de su viaje a Concepción y obtuvo de la Junta de Gobierno el permiso necesario para actuar.

A media tarde del 31 de marzo de 1813 un jinete, cuyo caballo cubierto de sudor indica la premura del viaje cruza la Cañada y va a detenerse frente a la puerta del palacio de gobierno. A esa hora muy pocas personas

transitan por la Plaza de Armas, en cuya esquina poniente se encuentra el edificio donde tiene su asiento el Poder Ejecutivo. La pesada puerta aparece entornada y el centinela muestra su cara a través de la mirilla. El jinete desmonta y solicita hablar con el oficial de guardia.

—Despachos urgentes para el gobierno, que deben ser entregados inmediatamente —dice al oficial.

Este abre los ojos y contempla sorprendido al mensajero cubierto de polvo que se encuentra a su frente, y pregunta:

—¿De dónde viene usted y por qué tanto interés en ser presentado inmediatamente al presidente?

—De Concepción, señor teniente, y a nadie puedo informar de mi misión, sino al propio coronel don José Miguel Carrera. Ruego a usted me haga anunciar inmediatamente.

Recibido por Carrera, éste se impone del oficio en que el coronel don Pedro José Benavente comunica el desembarco de una expedición enemiga en San Vicente y las medidas de precaución que se han tomado para defender la ciudad.

La gravedad del momento no se oculta a sus ojos:

la guerra sorprende a Chile desarmado y hay que obrar con rapidez si no se quiere aparecer indefenso ante las armas españolas. Nadie habla dado crédito a Abascal y miraban lejano el día en que pudiera hacer realidad sus amenazas, y así, mientras Pareja navegaba rumbo a Chiloé para reclutar tropas y dar comienzo a la invasión, Santiago vivía preocupado de comentar la conspiración descubierta en enero, obra de unos cuantos ilusos a quienes la opinión pública concedía más importancia que la real.

Carrera interrogó al mensajero, pero éste pudo agregar muy poco a lo dicho en los papeles oficiales. Benavente lo despachó cuando las primeras fuerzas realistas comenzaban su desembarco en la desembocadura del río Lenga y desconocía lo ocurrido después de su partida. Tres días demoró en recorrer los cuatrocientos kilóme-

tros que separaban a ambas ciudades y no. tuvo tiempo de apreciar nada en el trayecto. Convocados inmediatamente el Poder Ejecutivo, el Senado y los jefes militares, se tomaron importantes acuerdos para detener la invasión. Carrera, ascendido a brigadier, asumía el mando del ejército como comandante en jefe para pacificar las provincias del sur-y expulsar al enemigo. Su hermano Juan José entraba a reemplazarlo en la Junta de Gobierno mientras durara su ausencia y se ordenaba la movilización de las milicias de todos los partidos. Una ola de ansiedad oprimía los corazones de los patriotas y sus esperanzas se colocaban en los conocimientos militares de don José Miguel Carrera, y no dudaban de que, en una corta campaña, se demostraría al virrey que Chile estaba dispuesto a hacer respetar sus derechos por la fuerza de las armas.

Sin pérdida de tiempo, el presidente comenzó su trabajo y citó a sus colegas de gobierno; don José Santiago Portales se encontraba enfermo y don Pedro José Prado creyó conveniente dejarlo obrar, de manera que, colocándose a sus órdenes, le dijo amistosamente:

—Haga usted cuanto guste, yo le acompaño en todo.

A las cinco de la tarde el gobierno hacía circular una proclama, imponiendo al país de los sucesos de Concepción, y en la noche, cuando las tropas formaban en los cuarteles para la retreta, se les leyó la orden del día con la solemne declaración de guerra al virrey del Perú. Los correos comenzaron a circular con acelerada diligencia, llevando órdenes a los comandantes de los partidos para reunir las milicias y al gobernador de Valparaíso, el entonces capitán Francisco de la Lastra, disponiéndole retener los buques de propiedad peruana y colocar los fuertes en estado de defensa.

Las horas transcurrían veloces en una febril actividad. En la plaza pública se levantó la horca y se formaron listas de los realistas reconocidos para imponerles una contribución, extraordinaria de guerra. Se trabajaba imprimiendo velocidad a la máquina guerrera y administrativa que por espacio de tres años se había dejado enmohecer por falta de previsión. Ahora se comprendía

la tragedia y se trataba de descontar tiempo con medidas precipitadas que, como era natural, tenían éxito dudoso. Las milicias, descuidadas en su disciplina, y las fuerzas de línea, únicas capaces de hacer frente a los realistas, eran escasas; los oficiales habían perdido su entrenamiento: faltaban municiones para cañones y fusiles, equipo y pertrechos de campaña.

A pesar de las dificultades, el espíritu patrio hizo explosión en el pueblo por primera vez y en los cuarteles “centenares de hombres, hijos y esperanzas de la patria, se agolparon armados, pidiendo la ocasión de servirla, y se encargó la organización de estos preciosos cuerpos a don Agustín de Eyzaguirre y a don Pedro Nolasco Valdés, que la aceptaron con gozo y la ejecutaron con actividad”. Las donaciones llegan hasta las arcas del Estado y todos hacen sacrificios para entregar su aporte, modesto o liberal. “Se ordena publicar en El Monitor esas listas generosas. Hay partidas que no se pueden leer sin emoción. Una de ellas dice: don Laureano Gallardo, tres pesos siete reales, que es todo lo que tiene”.

Las pasiones políticas se calman y los enemigos desaparecen confundidos en un mismo ideal: defender a Chile de la invasión realista. Se trabaja con entusiasmo en las esferas gubernativas y cuarteles mientras obreros especializados fabrican día y noche municiones o reparan las armas. Santiago es una inmensa colmena en actividad para poner recursos al servicio de la nación.

Comienza a perderse el sol tras los cerros que circundan a Santiago por occidente. Desde la cordillera baja el viento frío de otoño y una lluvia de hojas amarillas cae lentamente de los álamos sobre el piso de tierra de la Cañada. Hacia el oriente sobre los altos picachos de los Andes, el cielo cubierto de celajes rojizos pone una nota de color sobre la inquietud urbana. En la Plaza de Armas, el capitán don Diego José Benavente acompañado por otros oficiales y una escolta de 14 soldados de los húsares de la gran guardia esperan con los caballos de la brida que aparezca el comandante en jefe del ejército, que esa tarde parte al sur en demanda de Talca. Son las seis cuando en la puerta del palacio

de gobierno aparece el brigadier don José Miguel Carrera acompañado por el cónsul de los Estados Unidos, Mr. Joel Roberts Poinsett. La marcha se emprende inmediatamente para alcanzar las márgenes del Maipo como primera jornada. Carrera ha dejado sus órdenes para la salida de las tropas en dirección a Talca y espera reunir sus fuerzas antes que el enemigo logre cruzar la línea del Maule.

Los caballos galopan devorando las distancias y el brigadier, a cuyo lado cabalga Poinsett, va silencioso. La despedida de su novia, la hermosa Mercedes Fontecilla y Valdivieso, le ha dejado en el alma un pequeño escozor, que nubló la felicidad de su ascenso y nombramiento para el más alto cargo del ejército. Sus veintiocho años no pesan sobre sus hombros y en su imaginación pasan atropelladamente futuras acciones de la guerra. Sin embargo, no deja de asustarle la idea de su responsabilidad, y desde que llega a Rancagua al caer la noche del 2 de abril despliega su actividad, haciendo galopar correos en todas direcciones para apresurar la marcha de las tropas o la reunión de las milicias. Ella obedece a los nuevos partes llegados del sur: Pareja ocupó Talcahuano después de una corta resistencia, y la traición del comandante Ramón Jiménez Navia entregó más tarde la ciudad de Concepción en manos enemigas.

La caída de la capital de Penco sin resistencia es un duro golpe que hay que contrarrestar, y se envía a don Bartolo Araos a Los Angeles para prevenir al coronel de milicias don Bernardo O'Higgins que se retire -a Talca, conduciendo todas las fuerzas que pueda reunir. A medida que avanza hacia el sur va conociendo nuevos detalles de la sorpresiva -llegada de la expedición que comanda el brigadier don Antonio Pareja, por boca de los fugitivos que han logrado escapar de Concepción, y a las ocho de la noche del 5 de abril detiene su caballo ante la puerta de la gobernación de Talca, donde establece su cuartel general. La ciudad lo recibe friamente, contrastando su actitud con las muestras de regocijo que le brindó un año antes al enfrentar a Rozas. Ahora en toda la villa no existen 10 patriotas y - sus habitantes son

verdaderos espías dispuestos a entregar cuanto saben al enemigo.

Un grupo de patriotas lo espera para incorporarse sus filas y entre ellos están O'Higgins, Freire, Anguita

y otros, contrastando su fervor en el servicio de la patria con la frialdad de los talquinos.

El enemigo ha ganado a su causa a las tropas veteranas de Concepción y se apresta para avanzar hacia el norte. En tanto, las fuerzas patriotas se reúnen en Talca y se impulsa su instrucción, especialmente la de las milicias, que representan casi el 60% de las tropas.

Protegido en el Maule por 300 hombres y tres piezas que manda el coronel O'Higgins, espera el momento de desarrollar su plan de "extender la línea de operaciones hasta el otro lado del Ñuble y apoderarse de Chillán".

En tanto, el brigadier Pareja organiza su ejército en Concepción y el 18 de abril, domingo de Pascua, lo forma en la alameda situada al oriente de la ciudad y el obispo Villodres oficia la misa de comunión, <como si se quisiera dar a la campaña el carácter de una cruzada". El sermón va dirigido a templar el valor de los soldados en la causa del rey, asegurándoles la protección divina para sus armas, que, desde ya, se dan por victoriosas.

El mismo día rompe la marcha en demanda de la villa de Linares, que ocupa el 24, y al día siguiente levanta su campamento en Yervas Buenas, protegido por 400 hombres que, al mando del capitán don Ildefonso Elorreaga, cubren la ribera sur del río Maule. Desde allí envía al sargento mayor don Estanislao Varela, del regimiento de milicias de Rere, con oficios para Carrera, en los que solicita la rendición del ejército patriota para evitar el derramamiento de sangre. En cambio del reconocimiento de la autoridad real y jura de la Constitución española, ofrece reconocer los empleos y grados militares de todos los que los hubieran alcanzado y dar al olvido las ocurrencias posteriores al 18 de septiembre de 1810.

Separados por la línea del Maule y bajo bandera de parlamento, ambos ejércitos esperaban los resultados de las negociaciones recién iniciadas, cuando un incidente

vino a malograr la avenencia: disparos reas las avanzadas realistas dieron muerte a 2 centinelas patriotas y éstos decidieron “no contestar a Pareja hasta haberle vuelto la mano, pasándole a cuchillo la primera partida que pudiera sorprenderle o, si era posible, ejecutar este castigo en la misma división que vino al reconocimiento”.

Con tal objeto, Carrera preparó una sorpresa a las tropas de Elorreaga, a su juicio el autor de la -conducta y por enfermedad de O’Higgins, a quien iba dar el mando, dispuso que el coronel Juan de Puga con 600 hombres escarmentaran a los realistas la noche del 26 de abril los patriotas cruzaron el avanzando hacia el sur, donde suponían que Elorreaga descansaba con su tropa y, como no lo encontraron, continuaron caminando hasta Yervas Buenas. La oscuridad era completa y una niebla densa cubría el campo, el resplandor de los fuegos del campamento les sirvió de guía.

“Muy distante estaba el ejército real de ser insultado; cuando repentinamente, y en lo más tenebroso de la noche, fueron sorprendidos hasta el grado de que, cuando sintieron las primeras descargas, ya se hallaban las tropas independientes poco menos que posesionadas del campo tanto que, mezclándose los realistas con ellos, no podían distinguirse o conocerse para ofenderse o defenderse, fundiéndose las voces: ¡ Viva el rey! ¡ Viva la patria

El fuego se sostenía en medio de un desconcierto general, mientras los batallones veteranos Valdivia, Concepción y Chiloé se mantenían formados en espera las primeras luces del día. La aurora se anunció sobre los Andes y los patriotas sufrieron a su turno la sorpresa al verse cargados por todo el ejército adversario y tener que emprender una precipitada fuga hasta el Maule, donde auxiliados por la división de don Luis Carrera lograron escapar, llevándose armas, elementos y algunos prisioneros.

La sorpresa de Yervas Buenas, que costaba algunos muertos y más de 150 prisioneros, fue celebrada como una victoria en el campo insurgente y levantó la moral

de las bisoñas tropas. Un correo voló a Santiago llevando la noticia del triunfo y la capital la solemnizó echando sus campanas al vuelo, iluminación de calles y misas de acción de gracias.

Con su natural exageración, Carrera había teñido los colores del parte, dando comienzo a su desafortunada forma de comunicaciones. Sin duda, la sorpresa era un éxito para sus armas por los resultados que le siguieron, pero en los momentos en que el general en jefe escribía sus informes no los conocía ni podía apreciar.

Después de Yervas Buenas, el contacto con el ejército de Pareja se perdió. La incertidumbre produjo en el campo patriota la insubordinación de algunos granaderos, lo que impulsó a Carrera a retirar las fuerzas de la línea del Maule y concentrarlas en el llano de Cancha Rayada, movimiento que, conocido por los realistas, fue interpretado, como un ardid del adversario para colocarles el río a sus espaldas y trajo consecuencias insospechadas para el brigadier Pareja y su comando: la murmuración prendió entre sus soldados, a quienes pintó un cuadro diferente al emprender la marcha desde Concepción. Chilotes y valdivianos esperaban encontrar expedito el camino a Santiago y resultaba, ahora, que el enemigo le disputaba el paso con audacia y valor. No era el deseo de esos soldados batirse lejos de sus hogares y dejar los huesos al servicio del rey, en un suelo que consideraban suyo y hermanos de sangre y raza a los insurgentes, de manera que el descontento y la desconfianza comenzaron a invadir sus ánimos. La retirada de Carrera, interpretada erróneamente, llevó a los soldados de Pareja a la insubordinación y a resistir la orden de su general para cruzar el Maule.

Sintiéndose traicionados por sus oficiales, a los que, miraban con desconfianza por ser peninsulares, los soldados del batallón Chiloé hicieron fracasar el plan de campaña de Pareja que, 'sin medios para castigar en forma ejemplar la rebeldía y cediendo a su natural bondadoso, debió soportar la extraña y deprimente situación. El bravo comandante de Trafalgar, que nunca arrió su bandera y sólo abandonó su nave cuando se hundía en-

vuelta en llamas, sintió la humillante situación con que sus tropas manchaban su orgullo y su honor, y enfermo, más del alma que del cuerpo, dio la orden de retroceder hacia Chillán, enviando antes un parlamentario a Carrera, para solicitar por segunda vez la rendición de su ejército.

La nota la presentó el teniente coronel don José Hurtado. Carrera lo recibió en su tienda de campaña, colocada al abrigo del campamento del ejército restaurador. Pareja proponía una entrevista, que el patriota aceptó, y en la tarde el parlamentario regresaba a su campo. Hurtado había desempeñado su misión, tratando de convencer a Carrera de lo inútil de sus esfuerzos, y durante el almuerzo exageró los medios de que disponía el ejército real:

—Como usted puede ver, general —dijo—, la causa de la revolución en Chile está perdida, pues el reino se ha pronunciado por su Católica Majestad, como lo prueba la acogida que la ciudad de Concepción dispensó a las tropas reales. Su excelencia el virrey del Perú conocía muy bien la situación de Chile, y a través de las cartas que prestigiosos ciudadanos del país le remitían se formó el cuadro que inclinó su voluntad a enviar la expedición del señor brigadier Pareja. Nuestro ejército cuenta con toda clase de recursos y armas para someter el reino a la obediencia de nuestro soberano; pero el señor brigadier, obedeciendo a los llamados de su corazón, que repugna el derramar sangre de hermanos, desea dar solución pacífica al conflicto.

—Convengo en los buenos deseos del brigadier Pareja —expresó Carrera— y es por eso que aceptó la entrevista que me propone, estimando que el lugar más aparente para realizarla es el vado de Duao. Así he ordenado que se estampe en el oficio con que doy respuesta al que usted me ha entregado esta mañana. Advierto, si, que no haré concesión alguna que atente contra el honor

de nuestras armas o que sea destinada a restaurar el antiguo régimen. Bajo condiciones que sean aceptables, yo no tengo inconvenientes en llegar a un acuerdo con el brigadier Pareja, y así puede usted manifestárselo.

Después de esta conversación, Carrera continuaba a oscuras sobre la verdadera situación del ejército realista y las proyecciones que tuvo para él la sorpresa de Yervas Buenas. Su propia situación tampoco era brillante, la retirada de Talca a Cancha Rayada habla sido penosísima. Las tropas caminaron bajo un fuerte aguacero que las desorganizó y muchas de las milicias de caballería abandonaron el campo. Don Luis desguarneció la línea del Maule sin órdenes y las fuerzas que se le hablan anunciado en marcha desde Santiago no aparecían. La presencia de los realistas era un fantasma para sus colecticias tropas que difícilmente lograban ahuyentar los jefes, ya que muchos oficiales participaban del temor de sus soldados y estaban en espera de la ocasión para emprender la fuga. Se agravaba el mal con la presencia de don Juan José, otro de sus comandantes de divisiones, cuyas suspicacias habían renacido. No era ajeno a su estado de ánimo el coronel don Juan Mackenna, que con habilidad y desatino reavivó sus recelos durante el viaje que hicieron juntos de Santiago a Talca. Error de don José Miguel fue mantener a su hermano al frente de una de las divisiones del ejército, ya que su presencia hacía embarazoso el mando y podía temerse un fracaso.

Una nueva nota remitida por Pareja, donde solicitaba como rehén a don Luis Carrera, fue contestada en términos que impedían toda transacción, pues en ese entonces el general patriota estaba al tanto del momento que vivía su adversario y resolvió buscar en las armas la decisión.

Poinsett, su inseparable compañero, lo inclinó a la acción.

El tiempo había cambiado bruscamente y las lluvias caían en abundancia, empapando el terreno. Bajo un diluvio, Pareja comenzó su retroceso hacia Chillán. Los caminos eran lodazales donde las ruedas de los cañones

y de los carros se hundían hasta los ejes, debiendo los soldados trabajar hasta agotarse para hacerlos avanzar. La caballada se encontraba extenuada y los milicianos desertaron llevándose una gran cantidad. El término de la jornada diaria era un nuevo martirio: la tropa debía acampar sobre el lodo, lo que imposibilitaba el descanso y el sueño. Desmoralizado con tantos infortunios, el brigadier Pareja sintió agravarse su enfermedad y, consumido por la fiebre, hubo de abandonar su caballo y ser conducido en una parihuela en brazos de cuatro soldados. En tales condiciones, el ejército marchaba llevando el desaliento a las poblaciones por donde atravesaba.

Carrera, a cuyo campo llegaron refuerzos, emprendió la marcha con su ejército agrupado en tres divisiones. La disciplina de los patriotas era parecida a la de los realistas: poca solidez y escaso valer de conjunto. Sorteando toda clase de penalidades, cruzaron el Maule rumbo al sur. El tiempo se hizo sentir y la desorganización y la desobediencia aparecieron. Habría bastado la presencia de una corta división de buenas tropas para dar término a la existencia del ejército restaurador y conseguir la reconquista de Chile.

‘Carrera pasó la mayor parte de las noches a caballo; recorría el sitio de descanso y tomaba personalmente las medidas de seguridad que su criterio le aconsejaba para prevenirse de una sorpresa. Empapado por el agua, se desmontaba a ratos del caballo para fumar un cigarrillo. Una extraña nerviosidad lo invadía tan pronto llegaba la oscuridad, y desde ese momento en nadie confiaba. Cerca de él se encontraba, invariablemente, su asistente, José Conde, que lo acompañaba en sus duras tareas con la devoción de nuestros hombres de pueblo que sienten afecto por su patrón. Conde sirvió a Carrera en España y con su sencillo y buen temperamento le profesaba una lealtad sin límites. Al amanecer, don José Miguel dormía algunas horas antes de recomenzar la jornada, que prometía la misma dureza de la anterior. En esta forma sus fuerzas ocuparon Linares y continuaron marchando con la infantería montada en los caballos de las milicias

de esta ciudad para alcanzar el estero de Buli, al norte de San Carlos, situándose frente a su adversario, que ocupaba posiciones en unas pequeñas lomas al sur del pueblo, con su infantería y artillería al abrigo de un cuadro formado con las carretas de sus bagajes.

Por última vez el brigadier Pareja apareció ante sus tropas. A pesar de la fiebre, dejó sus parihuelas y se hizo montar a caballo, pero la enfermedad fue más fuerte que su voluntad. y entregó el mando al capitán don Juan Francisco Sánchez, haciéndolo reconocer como jefe en su reemplazo. Sánchez, a quien apodaban “El Gallego” resultaba una acertada elección y desde aquel momento se revela con cualidades de comandante poco comunes en los hombres que formaban las filas de los bandos en lucha.

El plan de batalla de Carrera- fue bien concebido:

el ejército debía formar fuera del alcance de la artillería y luego moverse para atacar al enemigo, con su centro compuesto por la infantería, la gran guardia y la artillería; a la izquierda, los infantes de la patria, y a la derecha, los granaderos. Las alas las ocupaban las milicias de caballería. Estas debían impedir una retirada, colocándose a espaldas de los realistas luego de tomar el camino que conduce a Chillán. La ruina de Pareja era segura, pero Marte había dispuesto otra cosa.

La indisciplina de los patriotas hizo fracasar el plan y, después de un día de infructuoso combate, Sánchez pudo retener su posición, mientras Carrera ordenaba a sus tropas replegarse a San Carlos, con intención de reorganizarlas e intentar un nuevo combate al día siguiente. La Villa era inapropiada para alojar al crecido número de hombres que componían el ejército, de modo que debían dormir a la intemperie. El problema se agravo por la falta de rancho, que recién se comenzaba a confeccionar en medio de la murmuración de los soldados. La dispersión en los cuerpos era grande y sus filas, raleadas por las desertiones, estaban reducidas en casi un tercio. Los muertos en la jornada no alcanzaban a 100; pero los fugados subían del millar entre los milicianos. La noche transcurrió en medio de la turbación y el desor-

den que dejara el combate y el amanecer sorprendió al ejército patriota reorganizando sus cuadros para atacar de huevo a los realistas. “Don José Miguel había sabido medidas superior a tamaña desgracia” y tomaba las medidas que le aconsejaba su criterio para aminorar su desventajosa situación.

Contrariando sus deseos, veía aplazarse la hora de partida por la confusión reinante: jefes y oficiales rivalizaban en ineptitud para organizar las columnas de marcha, de modo que, a pesar de la orden impartida de avanzar con las primeras luces de la aurora, sólo a las diez de la mañana el ejército se encontraba en movimiento.

Desde temprano, la guerrilla del alférez Francisco Molina había informado que el adversario, burlando la vigilancia de la guardia nacional, que se mantenía en el campo de batalla, se retiraba por el camino a Chillán, después de cruzar el Ñuble al amparo de la noche. El momento, era decisivo y segura la ruina de los realistas si se lograba alcanzarlos. Sus órdenes a los comandantes de divisiones para apresurar el paso de la tropa fueron inútiles y, adelantado en las primeras fracciones de su vanguardia, vio escapársele la oportunidad, por segunda vez, de batir a su adversario. Indignado, se dirigió a Poinsett, que lo acompañaba, para decirle:

La conducta de Mackenna y Juan José justificaría que los hiciera fusilar a ambos...

Conversaba con el cónsul y su ayudante, el capitán Benavente, desmontados a la orilla del camino por el que marchaba la vanguardia mandada por don Luis, cuando vio acercarse un grupo de jinetes, entre los que venían don Juan José y los coroneles Mackenna -y Mendiburu. Aquél, sin disimular su mal humor, dijo:

—He recibido sus órdenes para hacer marchar más aprisa mi división, lo que no ha sido posible cumplir en estas circunstancias.

—¿Por qué? —preguntó don José Miguel con aparente calma. -

—Ya he dicho a usted esta mañana que las tropas se encuentran en muy malas condiciones después del

combate de ayer y aterradas con la idea de una nueva batalla. Muchos hombres se han desertado en el cuerpo de granaderos con los capitanes Portales y Tuñón; la caballería miliciana ha sufrido una baja escandalosa por los fugados y las municiones con que cuentan los soldados no alcanzan para una hora de combate...

El comandante en jefe escuchaba a su hermano y, cuando terminó, le preguntó:

—¿Qué propone usted, señor brigadier, para salir del paso?

—Mi opinión y la de mis oficiales es regresar al norte del Maule para reorganizar el ejército y mientras tanto reunir una junta de guerra que estudie lo que se debe hacer.

Don Juan José decía la verdad, los oficiales que lo acompañaban pensaban así y Mackenna y Mendiburu, con su silencio, parecían aprobar sus palabras.

—No habrá junta de guerra se cumplirán mis órdenes y el plan que tengo ideado para continuar la campaña —manifestó con visible molestia don José Miguel.

—En tal caso, no seguiremos un paso adelante —contestó don Juan José con altanería.

Ambos tomaban una actitud beligerante y la tormenta parecía próxima a estallar. La situación era embarazosa, cuando intervino el coronel Mackenna:

—Explíquenos usted su plan, señor brigadier —dijo, dirigiéndose a don José Miguel Carrera—, porque hasta ahora no sabemos con claridad su intención.

Este expuso las razones que lo inducían a marchar sobre Sánchez y explicó su opinión sobre la moral del enemigo, su falta de caballería, las deserciones que afectaban sus cuadros y la escasez de víveres, que era conocida. En tales circunstancias estimaba imposible que pudiera resistir si se cortaba su línea de comunicaciones con su base, que era la ciudad de Concepción. Para asegurar la ruina del ejército enemigo dio a conocer las líneas generales de su plan de campaña, que en mucho obedecía a sugerencias hechas por Poinsett:

—Mantendremos entretenido al enemigo dentro de Chillán, mientras la vanguardia marcha sobre Concep-

ción y la ocupa. Una división permanecerá en observación en San Carlos para evitar que el adversario pueda marchar al norte; el centro quedará ubicado al sur del río Itata, cortando las comunicaciones hacia el sur.

—Me parece muy aventurado dejar a los realistas en Chillán y marchar sobre Concepción, abandonándoles el camino de la capital —objetó Mackenna.

—No es así, señor coronel. Los realistas no están en condiciones de iniciar la ofensiva al norte, y la marcha sobre Concepción es lo único que se presenta como posible en el momento; nuestras tropas no se encuentran en condiciones de atacar al enemigo encerrado en Chillán. Carecemos de artillería de sitio, las municiones son escasas, la moral está quebrantada. Si atacamos ahora iremos a un fracaso seguro y, en cambio, si logramos ocupar Concepción y Talcahuano habremos conseguido un triunfo que levantará la moral del ejército patriota, templará su instrucción y lo dejará en buenas condiciones para volver sobre Chillán con sus cuadros bien organizados y su armamento reparado. ¿Qué le parece? Mackenna hizo un gesto de duda, mientras don Juan José se adelantaba a decir:

—Insisto en que se reúna una junta de guerra..

Don José Miguel, molesto, contestó, sin dejarlo terminar:

—No habrá junta de guerra, señor brigadier, y mi plan lo llevaré adelante sin importarme que algunos me abandonen. Ya he dicho: marcharé con el ejército a posesionarme de Concepción y luego regresaré para batir a los realistas de Chillán. Mi plan se cumplirá y sobre mí echo la responsabilidad de las operaciones que se van a realizar.

La reunión terminó con profundos resentimientos y, desde ese instante, se pudo predecir el fracaso de los patriotas por el desacuerdo surgido entre el comandante en jefe y sus comandantes subalternos. Los partes que envió al gobierno rebosan optimismo y vaticinan la destrucción del enemigo a corto plazo, ocultando la realidad, en ese peligroso juego que lleva a todo comandante exagerado a perder la confianza de los pueblos cuando un

revés derrumba el castillo construido sobre la movediza arena de la fantasía.

La diferencia aparecía en los momentos más difíciles del ejército. Juan José Carrera no poseía talento ni criterio y se dejaba llevar por su puntilloso temperamento. José Miguel debió morderse para no romper definitivamente con su hermano y comprometer más la de por sí embarazosa situación en que se encontraba.

La noche cogió al ejército patriota marchando hacia Chillán y hubo de acampar a orillas del Ñuble, En la mañana del 17 de mayo la vanguardia al mando de don Luis Carrera se ponía de nuevo en movimiento rumbo a Concepción y en el vado del Itata “se le reunieron algunos fugitivos de esa ciudad, por quienes conoció que era posible que se rindiese sin disparar un solo tiro”. Don Luis encomendó la misión de solicitar su entrega a don Juan Esteban Manzano, y ante su exigencia el obispo Villodres, que desempeñaba la intendencia, resignó el mando y se retiró con las fuerzas disponibles al abrigo de los fuertes de Talcahuano.

Mientras su vanguardia realizaba su cometido, Carrera no había permanecido inactivo en la dirección del resto de sus fuerzas. “Nada se había hecho sin su intervención” y, a pesar de lo deficiente de sus tropas, demostraba habilidad para sacar partido a la situación y colocar a los realistas en la necesidad de rendirse por falta de base desde la cual continuar alimentando sus operaciones. Para desgracia suya, Chillán era también una zona de recursos y Sánchez no estaba dispuesto a capitular sin haber agotado antes sus municiones y tentado la última posibilidad de éxito.

Carrera comprendía bien que, en ese momento, un resultado favorable dependía de la rapidez de sus movimientos, pero tropezaba siempre con el mismo obstáculo:

la falta, de instrucción y medios de sus fuerzas. Los propios oficiales desertaban, abandonando a sus soldados o llevándoselos consigo, de modo que se hizo necesario tomar medidas dolorosas en beneficio del ejército, separando de sus funciones a los indisciplinados. “En todas esas medidas se siente la mano rabiosa con que Carrera

se empeñaba en depurar sus filas; pero esos jefes y oficiales bochornosamente arrojados del ejército llevaban a Santiago noticias desalentadoras y críticas acerbas de las disposiciones militares de Carrera”. Sus consecuencias se palparon más tarde, cuando el cambio de comandante en jefe produjo la división en el seno de la oficialidad patriota, arrastró al gobierno a pactar con el enemigo en Lircay, colocó a O’Higgins y Carrera en el camino de la revolución y acentuó las rencillas: el epílogo de toda esa incomprensión fue Rancagua.

Para realizar el plan proyectado, dejó al coronel don Luis de la Cruz con algunas tropas el encargo de vigilar la ribera del Ñuble, debiendo, en caso de ataque, replegarse sobre Talca y reunirse a la reserva que allí organizaba el coronel don Juan de Dios Vial. Despachó a O’Higgins hacia el alto Bio-Bio, con la misión de reunir los escuadrones de lanceros del Laja, apoderarse de Los Angeles y fuertes cercanos, recogiendo todo lo que pudiera ser de provecho para las tropas.

Tomadas estas medidas, movió el grueso de sus fuerzas por la ribera norte del Ñuble, en dirección a la costa, cruzó el río en Confluencia y fue a situarse en Collanco, vecino a Chillán. Desde aquí envió al capitán don Diego José Benavente a solicitar del brigadier Pareja la rendición de la ciudad. Carrera conocía en forma vaga el precario estado de salud del comandante en jefe español. por informe que le proporcionaron dos soldados de las guerrillas del capitán don Joaquín Prieto, que, huyeron de Chillán, después de permanecer prisioneros un tiempo.

“Benavente fue recibido a una legua de Chillán por una partida realista y, con los ojos vendados, le condujeron por entre mil rodeos y centinelas que se multiplicaban para dar una idea de un campo extenso y de fuerzas numerosas. Fue recibido por don Juan Francisco Sánchez, ascendido a teniente coronel por el agonizante Pareja.

Sánchez no era hombre que se dejara asustar por la difícil posición de sus tropas; por el contrario, demostrando una entereza de ánimo superior, se había dado a la tarea de reorganizarlas y dar solidez a las defensas

de la ciudad, sin preocuparse de las murmuraciones de los oficiales más antiguos, que velan en su nombramiento como comandante en jefe un atropello a sus personas y sus rangos.

En su cuartel general había reunido a todos los oficiales realistas para hacer más impresionante la ceremonia y delante de ellos recibió al parlamentario del general Carrera. La entrevista fue corta y en ella Benavente expuso el objeto de su misión y recalcó los deseos del comandante del ejército patriota:

Señor —dijo—, es inútil cuanto hagan por mantenerse en Chillán, ahora que las circunstancias han cambiado tan favorablemente para nuestras armas. El ejército restaurador marcha a posesionarse de la ciudad de Concepción y del puerto de Talcahuano y, una vez que lo consiga, vuestras tropas se verán privadas de refuerzos y de recursos con los cuales proseguir la guerra. El señor general Carrera solicita la rendición de esta plaza para evitar un inútil derramamiento de sangre...

Sánchez escuchaba sin exteriorizar la más ligera emoción. Al terminar el patriota, se limitó a contestar secamente:

—Diga al general Carrera que participaré de estas ocurrencias al señor general Pareja y él resolverá lo que crea conveniente. Por ahora hemos terminado...

Dos días permaneció Carrera esperando la respuesta de los realistas y, como ello no llegara, trasladó sus fuerzas a Concepción, ciudad que pensaba convertir en base de operaciones contra Chillán. Antes de partir dispuso que el brigadier don Juan José Carrera con trescientos soldados le aseguraran el camino desde los vados del Itata y mantuvieran la vigilancia sobre el adversario encerrado en Chillán.

El 25 de mayo entraba en la capital de Penco, donde fue recibido con general regocijo por la población, que había celebrado la partida de los realistas con solemnes misas de acción de gracias, iluminación y saraos cuando se hizo presente la división de don Luis Carrera. Numerosos soldados se habían plegado a los patriotas, y por uno de ellos, el sargento Tadeo Villagrán se impuso de

la difícil situación de Talcahuano, con lo que apresuró su deseo de rendirlo.

La contestación que recibió su parlamentario, el capitán Benavente, del coronel Tejeiro, gobernador del puerto, le hizo comprender que sería necesario el empleo de la fuerza para someter a su bravo adversario:

—Podeis. decir al señor general Carrera que no rendiré la plaza sino cuando las fuerzas insurgentes se encuentren en ella.

De inmediato comenzó a preparar el asalto de Talcahuano. En los almacenes abandonados por los realistas encontró una buena provisión de pólvora, algún vestuario y mil quinientos fusiles, que le iban a ser de gran utilidad para reponer los deteriorados por la impericia de sus hombres en la campaña.

Hasta ese momento Carrera había tenido algún éxito en sus operaciones contra Pareja, y sus tropas se encontraban en superiores condiciones que las de su enemigo. Resuelto a llevar el asalto, practicó personalmente los reconocimientos de la posición adversaria en compañía de Poinsett, y fue saludado por algunos disparos de cañón de las baterías de la plaza.

Amparados por las sombras de la noche del 28 de mayo, los patriotas, en número de 1.000, se aproximaron a Talcahuano. El silencio y la disciplina con que ejecutaron sus movimientos es un indicio cierto de que habían ganado bastante en instrucción en los días que siguieron al combate de San Carlos. Al amanecer los realistas se dieron cuenta de que el adversario se encontraba al frente.

La última tentativa de avenencia fracasó y, después de cuatro horas de intenso combate, el puerto se encontraba en manos de los patriotas. “La entrada a Talcahuano tuvo una nota pintoresca de la cual fue protagonista el capellán del ejército, don José Manuel Benavides. Este sacerdote, exaltado partidario de la causa patriota, avanzó hasta las primeras líneas, y en medio del fuego alentó a un grupo de granaderos para que lo acompañaran a sacar la bandera realista colocada a la entrada del puerto. Los soldados, entusiasmados con el ejemplo del heroico fraile, cargaron sobre los defensores de los

colores del rey y los pusieron en fuga. Entonces el capellán Benavides, como no pudiera desprender la bandera del asta, se colgó de ella hasta hacerla pedazos y luego pisoteó sus jirones en el suelo. Este gesto del apasionado y valiente capellán contribuyó notablemente al éxito”.

Carrera podía alentar en la opinión del país y sus gobernantes la esperanza de que la guerra terminaría pronto: la captura de Talcahuano era de gran significación y los elementos que perdían los realistas pasaban íntegros a manos patriotas. Los triunfos del ejército, aunque ordinarios, servían para mantener latente la esperanza y la fe en los destinos de la patria. Los enemigos del comandante en jefe, contra su voluntad, debían callar, y aun cuando se criticaba su nepotismo o se temía su influencia sobre las tropas, se le halagaba con la esperanza de que su dirección militar llevara adelante el éxito. Pero esos adversarios no dormían en espera de mejor ocasión en la cual renovar sus ataques y dar por tierra con el orgullo del general y su familia. La aristocracia, de la cual los Carrera eran miembros, no les perdonaba las humillaciones que habían hecho sufrir a otros de sus hombres, y como las relaciones de familia existentes enlazaban a la mayor parte de los connotados santiaguinos por línea de sangre, no era raro que en el bando contrario existieran casas completas, cuyos miembros les hicieran blanco de sus odios.

En tanto la Junta de Gobierno en Santiago se encontraba impresionada por la facilidad con que se habla perdido su esfuerzo de organizar una escuadra nacional, por la traición de algunos miembros de las tripulaciones, y comprendía el rudo golpe que este fracaso significaba ante la opinión pública. El triunfo obtenido en el sur venía a compensar la penosa sensación causada por este desastre, pero el saqueo de Talcahuano, permitido por el general en jefe y comentado en la capital, daba motivos para temer que la indisciplina que se atribuía a las fuerzas del ejército pudiera ser causa de alguna rebelión que diera por tierra con los esfuerzos hechos hasta entonces.

No era ajena a aumentar ese temor la situación de los prisioneros realistas y de los españoles influyentes a quienes Carrera había alejado de Concepción. Muchos de ellos mantenían relaciones con la capital, y no tardaron en llegar hasta allí las quejas contra la conducta del comandante en jefe del ejército restaurador. Para muchos su proceder no era otra cosa que la exteriorización de su carácter vehemente y su deseo de imponer su voluntad atrabiliaria; pero necesitaba limpiar a Concepción de los prisioneros de los realistas y emprendió la tarea con resolución y sin debilidades.

Consciente de sus deberes, se movía con actividad para limpiar las espaldas del ejército antes de iniciar la nueva operación contra Chillán. Deseaba asegurarse y obraba cuerdamente, y su juicio era acertado para apreciar las circunstancias del momento. No se le escapaba que el virrey podía reforzar sus tropas, tomando como base las fuerzas que comandaba Sánchez, y en esta opinión coincidía la Junta de Gobierno.

Distinto era el pensamiento del nuevo representante de las Provincias Unidas de la Plata, don Bernardo Vera, quien hacía llegar hasta Buenos Aires una severa crítica sobre los sucesos que se desarrollaban en Chile y sembraba al otro lado de la cordillera el desprestigio de los Carrera. Como es natural, las opiniones que llegaron a Buenos Aires a través de los informes de Alvarez Jonte y Vera formaron ambiente desfavorable a sus personas y repercutieron en los acontecimientos por venir. Carrera, para quien los representantes de las Provincias Unidas tuvieron siempre visos de intrusos, y cuyas actitudes de superioridad le eran intolerables, terminó por cobrar antipatía a cuanto tuvo color de tutelaje extranjero, y tal le parecieron los consejos o críticas que los representantes de Buenos Aires, con natural poco tino, hicieron al gobierno o al mando militar. La falta de tacto de los representantes de Buenos Aires fue, a nuestro juicio, determinante en las actitudes de don José Miguel. Patriota y chileno antes que todo, no soportó la suficiencia con que se revestían Alvarez Jonte, Dorrego, Vera y otros y siempre consideró de su deber mantenerlos alejados de los

asuntos de gobierno o militares, a fin de no dar ocasión para que las Provincias Unidas intervinieran en los asuntos de Chile.

Ocupado Talcahuano, entregó el mando de esta plaza al teniente coronel don José Santiago Muñoz Bezanilla, encargándole mantener izada la bandera española sobre los fuertes, para engañar a los buques realistas que visitaran el puerto. Su ardid dio el resultado que se esperaba, con la captura de la fragata Santo Domingo de Guzmán, llamada comúnmente Thomas, por haber pertenecido con ese nombre a Inglaterra. Lanchas cañoneras al mando de los tenientes Nicolás García y Ramón Freire la asaltaron al amanecer del 7 de junio. Este triunfo puso a disposición de la caja del ejército una buena suma de dinero que venía del Perú, destinada a sueldos de las tropas del rey. Cayeron prisioneros el brigadier don Simón Díaz de Rábago, sucesor de Pareja en el mando, y, con él, muchos oficiales. Pero dos fueron las personas que más agrado produjeron al general: el médico don Manuel Grajales, incorporado al hospital patriota, y el teniente de navío don Felipe Villavicencio, el mismo con quien cultivó amistad a bordo de la fragata Castor, cuando, discípulo joven, fué arrestado por orden del virrey y encargo de su tío, en el Callao. Carrera lo atendió en su cuartel general y lo declaró su huésped, demostrándole su gratitud por los servicios que le prestara en aquellos días de permanencia en su flotante prisión.

Otro suceso afortunado vino a alegrar a los patriotas: el bravo O'Higgins, valiéndose de la sorpresa, capturaba Los Angeles, sin importar le la fuerte guarnición que cubría la plaza.

El momento parecía favorable a las armas de la patria para terminar con el núcleo realista de Chillán. Sin embargo, se presentaban dos factores adversos que era necesario obviar antes de dar comienzo a las operaciones:

el primero, la estación del año. Las lluvias habían caído abundantemente en el otoño de 1813, de modo que los caminos de la región, de por sí malos, se encontraban intransitables para el paso de la artillería y los carros de los bagajes, y los terrenos donde debían ubicarse los

campamentos, pasados de agua, exponían a las tropas a enfermedades y epidemias. Se avecinaba el invierno, que prometía ser tan riguroso como la estación precedente con su cortejo de fríos y aguaceros. El segundo era la falta de medios para poner sitio a una plaza, en la que el adversario había levantado trincheras y acopiado víveres para mantenerse algún tiempo en condiciones ventajosas. Los trabajos realizados por Sánchez eran conocidos en Concepción y los realistas de esta ciudad se encargaban de exagerar su solidez. Resaltaba a la vista la necesidad de poner término a la presencia de tropas adversarias en el territorio nacional para volver la tranquilidad a los espíritus, especialmente en Santiago, donde comenzaba a manifestarse una inquietud febril por finiquitar la guerra.

Comprende el general que el cuadro que presenta la situación servirá para quitarle presión a la caldera nacional. Sus relaciones con la Junta se desarrollan en un ambiente de fría amabilidad, que es el velo con que sus personeros le ocultan sus verdaderos sentimientos. Está al corriente de los pasos que sus adversarios dan en la capital y de las críticas que se le hacen. El cielo se ve cargado de negros nubarrones dispuestos a desencadenar la tormenta en cualquier instante. Hasta entonces hay una aparente calma que oculta en su seno la tempestad que no tardará en producirse.

Penosamente arrastrada por los vientos del sur, la fragata Begoña que conducía a los derrotados de Talcahuano, fondeaba en el puerto de Huasca y su capitán, don Francisco Parga, remitía al subdelegado patriota una imperiosa nota de rendición, firmándola en forma apócrifa: “Coronel Mariano Osorio”. La alarma que causó la intempestiva comunicación, transmitida por el subdelegado al gobernador de La Serena, don Tomás O’Higgins, no tardó en llegar a Santiago y, cuando aún se celebraba la caída de Concepción en manos de Carrera, produjo una sensación de pánico en el gobierno, que comenzó a impartir órdenes para defender la zona central de territorio amenazada por “la gran expedición destinada al puerto de Valparaíso a las órdenes del señor brigadier

don Joaquín de la Pezuela”, como rezaba el documento de Parga. Esta sencilla estratagema del comandante de la Begoña, deseoso de obtener agua y víveres para su nave, tuvo enorme repercusión en los sucesos de Chile, ya que ‘la alarma producida dio un resultado que no era de esperarse: el gobierno encargó al general Carrera que activase las operaciones de guerra, a fin de concluir cuanto antes con las fuerzas que se hallaban encerradas en Chillan y para ponerse en estado de rechazar otra expedición De esta orden nació la actividad con que don José Miguel Carrera comenzó los aprestos para asediar al enemigo en sus posiciones.’

Mientras el general trabajaba para cumplir las órdenes de la Junta, ésta tomaba algunas medidas militares que estimaba convenientes para asegurar el centro del país. Los auxiliares que Chile había enviado en 1811 a Buenos Aires, para ayudar a los insurgentes del Río de la Plata, estaban de regreso. Eran 300 veteranos bien armados y pertrechados, a las órdenes del comandante don Andrés de Alcázar, y que Carrera solicitaba le fueran remitidos al sur; se pusieron bajo el mando del coronel don Francisco de la Lastra, gobernador de Valparaíso, y se acordó solicitar ayuda de Buenos Aires para hacer frente a la imaginaria invasión. El representante de las Provincias Unidas, don Bernardo Vera, reforzaba la solicitud del gobierno de Chile con un oficio en que insinuaba que se enviaran a este país los soldados existentes en Mendoza, bajo el mando del capitán don Juan Gregorio Las Heras. Buenos Aires contestó con oficios de promesas y buenos deseos, pero que no tuvieron realidad inmediata, ni la tuvieron nunca.

La nerviosidad se había apoderado del gobierno y de éste pasaba al pueblo convertida en desconcierto. La falta de experiencia en los asuntos públicos pesaba como un fardo sobre los hombros de los miembros de la Junta, que, incapaces de dominar su inquietud, cargaban a la cuenta del general todos los inconvenientes que la lógica

situación producida por la guerra, hecha con falta de elementos, traía aparejados.

La ciudad de Concepción duerme bajo la incesante lluvia que la azota. El viento norte suba, agitando los corpulentos árboles que crecen en las avenidas y plazas. De cuando en cuando se escucha el chocar de armas de los rondines o las patrullas que tienen a su cargo la vigilancia de la villa. La oscuridad reina en todas partes y sólo en el cuartel general del ejército restaurador se advierte luz, a pesar de ser pasadas las dos de la madrugada del 21 de junio, En la sala de trabajo del comandante en jefe, don José Miguel Carrera escribe con la barbilla apoyada sobre su mano izquierda. Un enorme brasero da calor a la habitación, y el capote, echado con descuido sobre los hombros, deja al descubierto los entorchados de su brillante uniforme de húsar. Una nube de preocupación flota en el semblante del soldado y su mirada se pierde vaga en la penumbra de la habitación. Los velones chisporrotean, dejando caer sobre las palmatorias sus lágrimas de cera, mientras el humo del último cigarrillo flota perezosamente, ascendiendo hacia el techo. De vez en cuando la pluma corre sobre el papel, trazando algunas líneas, para detenerse de nuevo y dejar paso a una larga pausa. La carta que escribe el general Carrera está destinada a don José Francisco Pérez su reemplazante como vocal de la Junta de Gobierno mientras permanezca al frente del ejército en campaña. El nervioso trazo deja de manifiesto el humor que lo domina al reprochar a Pérez su actitud de solicitarle el envío del armamento sobrante del ejército, para armar nuevos cuerpos en la capital.

—¡ Hum! Estos caballeros creen que puedo cometer la ingenuidad de’ desarmar al ejército para entregarles las armas con las cuales me despojen del mando...

—musita. Y luego agrega—: ¡ El señor Pérez... ! ¿ Se imaginará este tonto que no conozco el plancito que tienen preparado?

La pluma vuelve a correr sobre el papel, dando término a carta para el vocal que, llena de amargos reproches, dejaba entrever que estaba al corriente del “planci-

to” y agregaba irónicamente sus agradecimientos por la solicitud

Desde la distancia presentía el peligro que representaban para él los miembros de la Junta de Gobierno que ahora estaban en el poder, como don Agustín de Eyzaguirre y don José Miguel Infante. Los sabe sus adversarios desde que el pliego presentado por él, el 4 de septiembre de 1811 los separó del Congreso y se coloca en guardia para prevenir cualquier ataque. Por el momento, no tiene nada que temer. Puede contar con el ejército a sus órdenes, ya que oficiales y soldados le pertenecen con devoción a su persona. La ocupación de Penco y Talcahuano ha levantado la moral de las tropas; el armamento quitado al enemigo le ha permitido reponer el destruido en la campaña recién terminada; el vestuario ha mejorado y se cuenta con abundantes municiones.

El reloj ha dejado oír las tres de la madrugada y sus campanadas se pierden en la noche, llevadas por el viento que continúa barriendo la ciudad. Carrera se levanta después de lacrar cuidadosamente varios pliegos dirigidos a la Junta de Gobierno. Sobre el escritorio permanecen diseminados con descuido numerosos papeles y, entre ellos, el oficio mediante el cual el Ejecutivo lo urge a ordenar el avance del ejército restaurador sobre Chillán.

La noche del 20 de junio deja atrás los últimos triunfos de Carrera. La carta a don Francisco Antonio Pérez aguarda para ser despachada a su destino junto con los oficios. Ella provocará la renuncia del vocal y su reemplazo por el canónigo José Ignacio Cienfuegos. El alba del 21 que comenzaba a anunciarse sobre los cerros de El Caracol despierta a los soldados del ejército restaurador y las primeras patrullas se ponen en movimiento para cubrir el futuro avance de los cuerpos patriotas en dirección a Chillán, meta de las aspiraciones de los independientes para la reconquista de su territorio de manos españolas.

La última orden dictada en Concepción dispone el movimiento de las tropas, y en cumplimiento de ella avanzan hacia el norte los soldados, llevando sus esperan-

zas prendidas en los pliegues de la bandera. azul, blanco y amarillo, emblema de la patria y de Carrera...

Las fuerzas patriotas debían converger desde tres direcciones sobre la plaza enemiga: O'Higgins con 1.400 hombres desde Los Ángeles; Vial con su división desde Talca y el grueso del ejército, 3.000 hombres, al mando del general Carrera, saldrían de Concepción. Cuadrillas de peones precedían a las tropas para arreglar los caminos y facilitar el avance de la artillería y carros. El lodo llegaba hasta los ejes y era necesario emplear a cada momento los brazos de los soldados y enganchar numerosas parejas para sacarlos de los baches y hoyos de la ruta. La lluvia caía incesante, y durante el día la marcha se desarrollaba con toda clase de incomodidades y en la noche era necesario buscar refugio bajo las ramas de los robles, los ranchos campesinos cercanos a la carretera o pasar, sencillamente, a la intemperie, pues de todas maneras el suelo, pasado de agua, apenas permitía conciliar el sueño.

La crecida de los ríos y esteros se presentaba como un obstáculo de proporciones para alcanzar el fin de la jornada. Aquellos “eran verdaderos brazos de mar” y éstos “se habían vuelto torrentes invadables”. El frío, que hacía tiritar a hombres y animales, desgastaba las energías y producía numerosas bajas, todo lo cual redundaba en un quebrantamiento de la moral de aquellas tropas con escasa instrucción. Así marcharon por espacio de quince días, recorriendo un camino que, un mes antes, se había cubierto en ocho cuando avanzaban hacia Concepción.

Comenzaba a inquietarlo la suerte de las fuerzas de Cruz apostadas en las márgenes del Ñuble, pues los correos despachados a Vial en Talca demoraban en regresar, y decidió reunirlos para mayor seguridad. Con tal efecto, remitió a Vial disposiciones perentorias en estos términos: “En el momento de recibir esta orden, se pondrá V.S. en marcha con la división de su mando, y en caso de no poder moverla toda, ni la artillería gruesa por falta de bagajes, lo verificará V.S. aunque sea con un solo hombre y se dirigirá a Longaví”.

Pero Vial no estaba a la altura de las órdenes que le recibía: el temor a un encuentro con el enemigo lo hizo marchar con tal lentitud, que en quince días recorrió diez kilómetros. De aquí la inexplicable tardanza que el general advertía en sus movimientos y su silencio, ya que con razón temía la cólera del comandante en jefe..

Exasperado con tan anormal situación, Carrera decidió marchar para imponerse de la ubicación de esas tropas y haciéndose acompañar de una corta guardia que componían cuatro ayudantes y seis ordenanzas, al mando del bravo capitán José María Benavente, partió de Concepción por los caminos de la costa el 23 de junio. Después de pernoctar en Cauquenes, entraba en Talca a las once de la noche del 26. Había cubierto en tres días doscientos kilómetros para tomar contacto con Vial, que se encontraba descansando en un llano denominado la Ovejería, a doce kilómetros al sur de Talca. El estado de cosas que encontró allí entristeció su ánimo. Una gran intranquilidad reinaba entre los patriotas de esa ciudad, en la que se encontraban reunidos muchos oficiales separados del servicio por mala conducta y que lucían sus uniformes después de ser absueltos por la Junta de Gobierno. Ninguna noticia había sobre sus pedidos de hombres y pertrechos, por lo que remitió nuevos oficios al Ejecutivo, instándole a satisfacer sus solicitudes. Para asegurar la confianza nombró gobernador de Talca al coronel don Rafael de la Sotta, el bravo defensor de Talcahuano frente a las fuerzas de Pareja, y después de permanecer un día en la plaza marchó hacia la Ovejería.

Grande fue la sorpresa de Vial al recibir la visita del comandante en jefe, quien, sin consideración a las razones que exponía para justificar su conducta, lo relevó del mando, disponiendo la inmediata salida de las tropas hacia el Ñuble para reforzar al coronel Cruz. un Tardío esfuerzo: Sánchez, que había logrado sorprender las avanzadas patriotas mediante la traición del correo campesino de apellido Fuentes, batía más tarde al coronel Cruz, destruyendo todas sus fuerzas: era el resultado de la inactividad del coronel Vial.

Estos desastres hicieron que Carrera extremara las precauciones en las tropas que conducía, compuestas por 250 soldados y cuatro cañones de pequeño calibre. La noche del 3 de Julio, en una ronda a sus grandes guardias, observó un notable quebranto en la disciplina, lo que motivó una orden del día previniendo que sería pasado por las armas cualquiera que intentara vulnerar la moral o la disciplina, y como se sorprendiera a un soldado escapado de las fuerzas de Cruz en esta clase de delito, dispuso que fuera fusilado delante de la tropa formada en cuadro. La orden se cumplió con todo su rigor, y la división desfiló ante el cuerpo del ajusticiado como una advertencia de que el general no estaba dispuesto a tolerar su desquiciamiento.

El 11 de julio la división que perteneció a Vial, conducida por don José Miguel Carrera, cruzaba el Ñuble bajo el apoyo de parte de las fuerzas que mandaba el coronel O'Higgins y se reunía al grueso del ejército. Los soldados saludaron la presencia de su general y la artillería atronó el aire con sus disparos, con lo que se previno a Sánchez de la llegada de Carrera al campo patriota y de la iniciación de las hostilidades.

Mackenna, O'Higgins, Luis Carrera y Poinsett habían adelantado algunos reconocimientos de las posiciones realistas, y el primero confeccionó además un plano en el que se indicaban los principales accidentes del terreno. En la misma tarde de su llegada, el general, acompañado por Mackenna y Poinsett, recorrió a caballo el frente adversario para imponerse de su ubicación. Los realistas vieron pasar a lo lejos, como en una parada, la brillante cabalgata patriota, cuya escolta, formada por jinetes de los húsares de la gran guardia, lucían sus vistosos uniformes, ideados por don José Miguel, que recordaban a los de Galicia, donde el hoy general insurgente hiciera sus armas.

El cuadro no resultó halagüeño Las posiciones realistas, bien amoldadas al terreno, aprovechaban los salientes y entrantes del pueblo de Chillán. Fuertes de campaña daban resistencia a la línea defensiva y los soldados combatían la ruda estación al abrigo de construc-

ciones adecuadas que el previsor Sánchez se había preocupado de levantar. Carrera se dio cuenta de inmediato lo que significaba emprender una acción en tales condiciones y su entusiasmo había bajado algunos puntos. cuando regresó a su tienda de campaña.

Al día siguiente remitió oficios a la Junta, solicitando se le enviaran todos los elementos disponibles, especialmente caballos, pues las armas montadas habían sufrido notablemente por la escasez de forraje, causa de numerosas bajas. Esta situación debía tomar caracteres graves en los próximos días. La lluvia caía sin interrupción y el viento, convertido a veces en huracán, echaba por tierra las tiendas de campaña. El frío aumentaba el triste cuadro del ejército y diariamente morían algunos hombres y no pocos caballos, incapaces de soportar la cruda estación. En las noches las grandes guardias que velaban por la tranquilidad del campamento mostraban sus fuegos encendidos y alrededor de ellos los soldados se acurrucaban para combatir el frío. El campo patriota permanecía durante la noche con fogatas que delataban su ubicación al enemigo, pero que era imposible prohibir sin condenar a los hombres a morir helados.

Durante la quincena que medió entre el 12 y el 27 de julio se sucedieron numerosos combates de patrullas, siendo el más importante el que resultó entre un grupo de dragones encargado de recolectar caballos y la montonera de los hermanos Espinoza. Estos lograron sorprender a los patriotas y los conducían amarrados a Chillán, cuando fueron sorprendidos a su vez por otra partida insurgente que los llevó a presencia de Carrera. El mayor de los Espinoza, que hacía de jefe de la montonera, fue pasado por las armas, mientras su hermano recibía doscientos azotes amarrado a la rueda de un cañón. Este terrible castigo ya lo había recibido el campesino Fuentes, que sirvió a los españoles para sorprender al coronel Cruz, y que, junto con el capellán Javier Serrano, fueron apresados en las cercanías de Chillán. Los días pasaban sin que el tiempo mejorara, creando a los patriotas una grave situación. Carrera previó las consecuencias y lo manifestó a Poinsett una mañana en

que visitando en su compañía la avanzada de las grandes guardias que protegían la línea patriota, frente al fuerte realista de San Bartolomé y que aquellos denominaban “El Brujo”, se detuvo para observar a un centinela que había muerto sin abandonar el puesto que se le había encomendado:

—No sabe usted, mi amigo, cuán arrepentido estoy de haber emprendido este sitio en una estación como ésta. Si esto sigue así, será el tiempo el que nos impida acabar con los maturrangos del “Gallego” Sánchez.

Aún pensó Carrera que era posible una avenencia con Sánchez, y el 29 intentó reducir su resistencia proponiéndole una honrosa capitulación. La respuesta fue desfavorable. La realidad se estaba volviendo contra las armas de la patria y se notaban síntomas desalentadores en los pueblos del alto Bio-Bio. En Tucapel, Yumbel y otros pueblos de la frontera araucana surgían montoneras realistas que hostigaban a los moradores adictos a la causa patriota o caían sobre los convoyes, haciendo insegura la marcha en los caminos y esparciendo la alarma en todas direcciones. La activa propaganda de los agentes de Sánchez daba sus frutos. El español estaba a la altura de la misión que el virrey le había encomendado y la cumplía en forma honorable, haciéndose merecedor a la confianza y al mando que le entregó el brigadier Parejo.

En la tarde del 29 se inició un violento combate, que duró hasta el amanecer y llevó a los patriotas el deseo de apoderarse a viva fuerza de la ciudad. Dos nuevos esfuerzos realizados el 3 y el 5 de agosto tuvieron a los insurgentes al borde del triunfo, pero la plaza resistió con ayuda de todos sus habitantes.

Estos combates terminaron con las municiones del ejército patriota y con su moral. Las desertiones comenzaron y la dispersión de gran parte de las milicias de caballería impedían realizar nuevas empresas. El desaliento culminaba entre la tropa con la fetidez que producían los cadáveres insepultos de hombres y animales pudriéndose en el lodo. Los huracanes continuaban y el barro lo invadía todo. Esto era más de lo que se podía pedir a tropas no acostumbradas a tan duras pruebas. El error del go-

bierno de instar a Carrera a emprender una operación de invierno y el más grande de éste de no representarlo y cumplir tamaño absurdo, se pagaban muy caro, colocando a la patria al- borde de su total aniquilamiento.

El general, en sus partes rebosantes de optimismo, habla alentado la esperanza del Ejecutivo y del pueblo de Santiago que la campaña terminaría pronto, asegurando un rotundo éxito a sus armas Si hubiera expuesto en forma descarnada la realidad, las cosas habrían cambiado; sus enemigos no hubieran podido reprocharle sus medidas socavando su prestigio, y no cargaría hoy el pesado fardo d l fracaso del sitio de Chillán; fracaso que, en estricta justicia, debe cargar por partes iguales la Junta de Gobierno de la Patria Vieja. Don José Miguel Infante, mentor de sus colegas, no figura como responsable del mal éxito de esta operación, en circunstancias de que fue él uno de los principales, por haber insistido en que se exigiese a Carrera el inmediato ataque contra Chillán, a raíz del incidente de la fragata Begoña.

Carrera comprendió que no podía continuar la operación en tan desfavorables condiciones e intentó un último esfuerzo para reducir la obstinación de Sánchez, ofreciéndole una honrosa retirada de las fuerzas españolas del territorio chileno, y proponía su embarco hacia Valdivia o Chiloé. Don Raimundo Sessé, encargado de la negociación, regresó de Chillán con la respuesta del realista, quien, a su vez, hacía presente que el triunfo correspondía a sus armas e insistía en que los patriotas se retiraran al norte del Maule. Tales proposiciones resultaban inaceptables y colocaban a don José Miguel en una difícil alternativa: tomar la ciudad con los medios disponibles o suspender el sitio.

Lo primero resultaba imposible y lo segundo era la pérdida de su prestigio de comandante en jefe. La determinación era dura de tomar, pero ante las circunstancias no vaciló y echando sobre si la responsabilidad, sin citar a reunión de oficiales superiores, ordenó replegar las fuerzas avanzadas sobre la ciudad.

Al amparo de la oscuridad de la noche del 9 de agosto movió sus soldados y fue a situarse en las alturas

de Collanco, al abrigo de posiciones bastante fuertes como para resistir cualquier intento del adversario.

En buena hora se precavía de una sorpresa, ya que Sánchez ordenaba, esa misma noche, la persecución al mayor general don Julián Pinuel, con recomendación estricta de atacar donde encontrara a las fuerzas insurgentes. A favor de la niebla que cubría el valle pudo acercarse hasta la posición patriota y extender su línea de batalla, sin ser notado, a unos dos kilómetros de distancia. Desde allí despachó Pinuel al comandante don José Hurtado con una comunicación de Sánchez en la que pedía la rendición incondicional bajo las más severas amenazas. Tan desorbitadas pretensiones movieron a Carrera a contestar negativamente y declarar su decisión de combatir hasta el exterminio de los Invasores de Chile.

Formados en cuadro escucharon los soldados de la patria las palabras del general en jefe. Sepan los enemigos de Chile que desde este momento no se dará cuartel en la lucha en que estamos empeñados y se advierte que cualquier otro enviado del jefe realista que llegue hasta nuestras líneas será de inmediato ahorcado.

Un viva a la patria saludó las palabras de Carrera, y mientras la bandera tricolor era izada delante de las tropas, veintiún cañonazos a bala sellaban la solemne declaración. Satisfecho con haber intimado la rendición a los patriotas y sin cumplir las estrictas órdenes de Sánchez, Pinuel regresó a Chillán “seguido de una partida patriota, que lo pifiaba desde alguna distancia, disparándole, para mayor mofa, sonoros voladores”.

En la noche, bajo una lluvia torrencial, el general Carrera reconocía los vados del río Chillán y al amanecer iniciaba su cruce en dirección a Concepción. Los caminos, convertidos en lodazales, oponían seria resistencia a la marcha y los cañones hubieron de ser transportados a hombros para no dejarlos en manos de los realistas. Penosamente llegó hasta el Itata, que pudo atravesar por el paso de Quinchamáli a favor de la luna, que apareció.

en forma inesperada. En balsas improvisadas se venció el obstáculo tras penosos esfuerzos, dirigidos en forma personal por Carrera y sus comandantes superiores, dejándose el río a las espaldas como protección de las maltrechas tropas.

Al amparo del curso del agua combinó un nuevo plan de campaña. En conocimiento del malestar que se observaba en las poblaciones de la provincia de Penco y sus simpatías realistas, resolvió dividir sus fuerzas para mantener su autoridad en todos los puntos donde hubiera prendido el amor al rey. Consecuente con su idea, situó en Quirihue a don Juan José al frente de 300 granaderos y le asignó la misión de mantener abierto el camino a Santiago y asegurar el partido del Maule. A sus órdenes puso, en calidad de consejero, al coronel don Juan Mackenna, elección la más desacertada y de la que pronto tendría razones para arrepentirse. La posición de Collanco quedaba al cuidado del teniente don Juan Felipe Cárdenas con una guerrilla, mientras el paso del Itata lo entregó al capitán 'Calderón con apreciables fuerzas. El resto del ejército, bajo su mando, lo situó al sur poniente del Itata.

Tan pronto conoció Sánchez estas ocurrencias, apreció el error de su adversario y destacó partidas destinadas a mantenerlo en constante inquietud, llamando su atención desde distintos puntos. Para estas actividades encontró los hombres a propósito: Elorreaga, que ocupó Yumbel, Rere y Los Angeles; Lorca, que amenazaba Puchacay, a la entrada norte de Concepción; Olate, en los campos entre el Itata y el Maule; y en Hualqui, el famoso cura Gregorio Valle, fanático partidario del rey e infatigable organizador de guerrillas. Frente a ellos se encontraron adversarios del mismo temple: Bernardo O'Higgins, Joaquín Prieto, José María Benavente y Ramón Freire, cuyo comportamiento evitó el desastre que parecía inevitable.

La situación cambiaba rápidamente a favor de los realistas por la actividad que desplegaron sus guerrilleros y el cansancio de los habitantes de Concepción, sometidos a continuas vejaciones por los oficiales y soldados pa

triotas. Aquellos que en el primer momento sintieron simpatía hacia la causa de la libertad, regresaban al campo realista desilusionados y empobrecidos, dispuestos a prestar ayuda para terminar con tantos desmanes de los subalternos de Carrera que, empleando toda clase de abusos, se dedicaban al robo y la rapiña, quitando a los pobladores sus ganados, ultrajando a las mujeres y matando a quien oponía resistencia. En esta forma iban dejando tras de sí una ola de lamentaciones que se extendía por los campos y cuyos ecos llegaban hasta Santiago y los oídos de los miembros de la Junta de Gobierno.

El remedio era poner mano firme para cortar tales abusos, pero había que tolerar muchas cosas para evitar la dispersión de las pocas tropas que aún quedaban. La lucha de guerrillas alejaba de la mano del comandante en jefe a las fracciones patriotas y originaba toda clase de exacciones y, lo peor, que no eran ajenos a todo esto los miembros de su familia, que con grados militares comandaban partidas de soldados..

Don José Miguel buscó la forma de remediar estos males y castigó a muchos culpables, haciéndolos azotar atados a la rueda de un cañón, o pagó en dinero las pérdidas que ocasionaron sus subalternos. Sin embargo, no se logró calmar los ánimos y muchos chilenos se plegaron a las banderas de Sánchez y entregaron voluntariamente sus haciendas para hacer triunfar sus armas, prefiriendo la vuelta a la normalidad bajo el pendón de España que una libertad que se les hacía odiosa bajo el abuso de los criollos.

El gobierno veía con horror cómo se enfriaba el entusiasmo patrio y la afluencia de los habitantes del sur a la causa española. Las continuas quejas que llegaban de Concepción, las exageraciones de los adversarios del general, el trabajo subterráneo que realizaban los sarracenos y su propia pasión, ponían lentes de aumento en los ojos de los hombres que componían el Ejecutivo y, como era natural, les deformaba la realidad, inclinando sus ánimos contra el director de la guerra.

El cuadro que presentaba la lucha por la emancipación era bastante sombrío y deprimente para otro ánimo

que no hubiera sido el de don José Miguel Carrera. Su espíritu superior se muestra en esos momentos en que todos vacilan y con su ejemplo mantiene unidos a su persona a los oficiales y soldados que prestan servicios en el ejército restaurador. Sabe imponer afecto a sus subalternos y sus condiciones de carácter infunden ánimo en tan delicadas circunstancias.

La guerra arde en la línea del Bio-Bio y las guerrillas esparcidas por los campos practican la sorpresa, asesinando sin piedad al enemigo que cae en sus manos. El humo del incendio señala el lugar donde hasta un momento antes hubo una humilde morada campesina y los cadáveres marcan el sitio del encuentro. Lágrimas y sangre riegan el suelo de la provincia de Concepción. Banquillos improvisados sirven para sentar a los prisioneros; Damaso Fontalba, que dirige una partida realista, es fusilado junto a su yerno y su sobrino; Quintanilla degüella a un soldado patriota que embaraza su marcha; Olate fusila y mata al que cae en sus manos sospechoso de insurgente; el teniente Juan Nicolás Carrera corta las orejas y luego la cabeza a un infeliz miliciano; el teniente Ramón Gormaz hace otro tanto con las orejas de los sirvientes de la hacienda de don José Manuel Cruz, y los religiosos predicán en Chillán la guerra santa contra los enemigos del rey y para convencer a los ignorantes soldados de Sánchez se disfrazan en las noches y recorren los campos donde estuvieron los soldados de Carrera, simulando almas salidas del infierno para dejar oír sus téticos lamentos: “¡ Maldita sea la patria..., maldita sea la hora que yo seguí las banderas de la patria?.., malditas las ocasiones en que yo peleé contra el ejército del rey, que por esto me veo sepultado en los infiernos mientras Dios fuere Dios... Los pobres hombres, acostumbrados a la santa palabra de los sacerdotes, tiemblan y se arrepienten de haber caído en la tentación de seguir los pendones de Carrera y de sus huestes.

Mientras tanto, una nueva conspiración realista era descubierta en Concepción, apoyada por ese demonio que fue en la zona de Hualqui el cura Gregorio Valle. El secreto más absoluto había rodeado las conversaciones

de los conjurados, que contaban con elementos entre los militares de la ciudad. Carmen González, amiga del asistente del capitán Pedro Nolasco Vidal, comandante accidental de la artillería, oyó conversar a algunos soldados de infantería cívica y se impuso de la trama. La mujer, temerosa de que algo ocurriera a su amigo, el soldado Manuel Amaya, le previno para que no durmiera en el cuartel la noche que debía darse el golpe. Por Amaya conoció el capitán Vidal la conspiración y previno al presbítero Julián Uribe, vocal de la Junta de Concepción, quien frustró el plan.

Carrera conoció estas ocurrencias y la toma de Hualqui por el cura Valle y entró con sus fuerzas en Concepción, encargando a O'Higgins la recaptura de Hualqui, lo que éste hizo, persiguiendo al cura guerrillero hasta Yumbel. Pero de poco sirvió esta acción; Sánchez movió sus guerrillas en la frontera araucana y los indios, que por espacio de doscientos cincuenta años combatieron a los españoles, tomaron el partido del rey. La plaza de Arauco se perdió, abriendo las comunicaciones del mar a los realistas, y tras ésta cayeron San Pedro, Santa Juana y Nacimiento, interceptando el enlace con el sur a los patriotas.

Desconocedora de la mayor parte de la realidad, la Junta de Gobierno desaprobó la suspensión del sitio de Chillán y don José Miguel Infante atacó rudamente la dirección militar de la guerra, culpando a Carrera de todos los fracasos. La pasión política y la antipatía lo llevaban a exagerar los hechos y a pintarlos ante sus colegas con los más negros caracteres. Irisarri y Vera lo secundaban. Nada bueno se quería reconocer y, en lugar de buscar una solución aceptable y promisoria, se gastaba el tiempo en criticar sucesos pasados y fomentar la discordia. El mejor aliado que Sánchez contaba en esos momentos eran estos personeros del rencor de la aristocracia. Lejos de las vicisitudes de la lucha se desesperaban de ella, para ellos, inexplicable lentitud de las operaciones, y apoyaban sus críticas en opiniones de improvisados militares, cuyo único mérito era cargar el uniforme, ya que sus conocimientos profesionales estaban

a la altura de los que cualquier hombre de la calle pudiera tener sobre la guerra.

Hasta ese momento la tirantez había permanecido velada para la masa popular, pero la atmósfera se iba cargando de electricidad y los polos opuestos que podían producir la explosión: don Luis Carrera y don José Miguel Infante se encontraban muy próximos y así, mientras don José Miguel Carrera estudiaba el plan que pondría en práctica para batir a Sánchez, sus enemigos trabajaban tesoneramente en Santiago para alejarlo del mando del ejército y terminar con la denominada dictadura militar. Irisarri tomó la bandera de sus enemigos y atacó sin piedad desde las columnas de El Semanario todos sus actos y destacó con preferencia los atropellos que los subalternos de Carrera cometían con los habitantes de la provincia de Concepción. Dejando destilar su encono, cargo a la cuenta del general todos los males ocasionados por la guerra, con “estilo acalorado y burlón”, arrastrando al fango el prestigio del mando militar.

La Junta, que debió tomar medidas para cortar de inmediato tan perjudicial estado de cosas, prefirió ignorar el hecho y El Semanario continuó circulando ‘entre la población de Santiago, hasta formar un concepto errado de los sucesos. De esta manera, Irisarri e Infante, con el prestigio de sus nombres; van a hacer mucho más que Sánchez por la reconquista de Chile.

LA CRISIS POLITICO-MILITAR

Al lluvioso invierno de 1813 parecía que iba a suceder una primavera tibia y agradable. Los primeros días de septiembre se presentaban llenando a ‘la capital de claridad y de sol. El aire frío de la cordillera se olvidaba y el Mapocho recogía sus aguas dentro de los tajamares que defendían la Chimba. Alegres grupos de chiquillos del pueblo se daban cita en las explanadas para jugar al volantín y mujeres de vestidos multicolores o vendedores ambulante cruzaban por la ancha calzada del puente de Cal y Canto, llevando canastos llenos de mercancías para vender en las calles o ‘recovas de la ciudad.

La Cañadilla comenzaba a poblarse de elegantes vecinos que después de la misa de la mañana llegaban hasta ella para charlar o comentar-los sucesos de actualidad. Allí se congregaban muchos de los preocupados comentaristas de la guerra y los abundantes críticos que comentaban a su sabor los últimos artículos de El Semanario. Las alegres risas femeninas que se esparcían por el aire como trinos de pájaros inquietos apagaban la de por sí callada voz de los graves caballeros, o se confundían con los gritos de los pilluelos que saltaban y corrían por los prados.

La claridad de la mañana invadía el ambiente. Eco de campanas llegaban desde las torres de las iglesias, echando a volar innumerables bandadas de palomas que, asustadas, describían arabescos sobre los tejados de las casas.

Y mientras él bullicio lo llenaba todo y el sol doraba las nacientes hojas de los álamos, la serpiente de la maledicencia y el odio seguía mordiendo los corazones humanos y separando a los hombres. Una nueva publicación, La Ilustración Araucana, se sumaba a El Semanario y ambos dispararon contra la dictadura militar, la Constitución del año 1812 y el nepotismo ejercitado por Carrera, hasta hacer que los santiaguinos se inclinaran airados contra la familia. A lo anterior vino a sumarse ante la Junta el representante de las Provincias Unidas de la Plata, don Bernardo Vera, persona muy desafecta a don José Miguel, y cuyas opiniones, ya fuera para dar un consejo o un informe a su gobierno, eran dictadas por la pasión más que por el buen sentido.

En este ambiente caldeado debía don Luis Carrera, enviado por, su hermano, defender las resoluciones de la conducción militar de la guerra. No era, sin duda, el hombre idóneo para la misión que se le encomendaba, muy joven y de carácter apasionado que no demoraba en estallar, no sabía guardar la calma ni apariencia cuando las circunstancias lo precisaban, de modo que en cuanto llegó a la capital se desesperó por la incomprensión que, a su juicio, existía en todas las esferas para él y sus hermanos. Su confidente en sus amarguras era doña Ja-

viera y ésta resultaba la persona menos apta para el oficio. Con su orgulloso carácter aconsejaba con terquedad a su hermano, lanzándolo a la lucha contra los miembros de la Junta, a quienes calificaba de chismosos, intrigantes y enemigos de la felicidad de su familia. Doña Javiera tenía motivos más que sobrados para odiar a Eyzaguirre e Infante y comprometió el éxito de la misión encomendada a don Luis y comprometió aun más el prestigio de su familia.

La Junta se había propuesto destituir a don José Miguel del mando del ejército y todos sus planes convergían a dar realidad a este deseo. Suponían sus miembros, especialmente Infante, que el general reaccionaría oponiéndose y por tanto era peligroso que actuara con la fuerza y los barrera del gobierno con ayuda de las bayonetas de sus soldados. En esta virtud ante abogó en el seno del gobierno por la formación de un cuerpo que, dependiente del Ejecutivo, le permitiera hacer cumplir sus decisiones. La unidad debía contar con un millar de soldados de infantería y sería costeadada por los vecinos pudientes de la capital.

El telón de fondo con que se presentaba la tramoya era el de dar impulso a la guerra y reforzar el ejército restaurador para terminar con la resistencia de Sánchez. Don Luís cayó en el garlito y se entusiasmó con la idea y, olvidando sus resentimientos, apoyó con calor la decisión gubernamental. Pero no le duró mucho el fervor, pues alguien le contó que la nueva división sería entregada al coronel don Francisco de la Lastra, enemigo de su familia e incondicional de la Junta: Indignado, se dirigió a palacio y solicitó una audiencia para exigir su nombramiento como comandante de las nuevas tropas, lo que le trajo o una dura respuesta de Infante:

—Señor coronel, el gobierno no puede aceptar que V.S. quiera dictarle normas y se ve en la necesidad de rechazar sus pretensiones por ser lesivas a su dignidad ¿Cree usted, señor coronel, que al usar el gobierno de su legítimo derecho de designar a una persona para el mando de un cuerpo quiera hacer un agravio a una determinada familia o persona?... Por otra parte, la concentración

del mando militar en la familia Carrera ha traído como consecuencia la desorganización del ejército y el fracaso en sus actuaciones...

Don Luis escuchaba rojo de indignación, mientras don Agustín de Eyzaguirre y don Juan Egaña veían cómo la tormenta se desencadenaba sobre sus cabezas.

—Es conveniente que se desenmascare usted, señor Infante —gritó don Luis—; la nueva división no es ni será destinada a reforzar el ejército restaurador, sino puesta a disposición de los enemigos de mi familia y del general Carrera. La Junta de Gobierno busca la destrucción de nuestra felicidad y eso... escúchelo bien..., no lo permitiremos...

—Juzgue usted como quiera, coronel, pero ustedes son los culpables de la situación que vive la patria en estos momentos y la opinión pública así lo siente. La guerra ha sido llevada arruinando las haciendas y bienes de los habitantes de Concepción y hasta nosotros llega el clamor que produce la acción de tantos desalmados a quienes se permite robar y matar al amparo de sus galones...

—Ese es un cargo injustificado que se hace al general en jefe, señor Infante, y se castigará en su oportunidad, para que no quede sin sanción la palabra de un ignorante como usted.

—El escaso éxito de nuestras armas, lo repito —exclamó Infante con acaloramiento—, es la obra de la inexperiencia del general en jefe y de ustedes, sus hermanos. Muchos oficiales han preferido abandonar el ejército a continuar prestando servicios bajo tan perjudicial estado de cosas, y usted quiere que se le nombre para ocupar el mando de la nueva división. Los méritos que usted alega ganados en el campo de batalla, no son suficientes para justificar tamaña barbaridad y hacernos reos de lo que repugna a nuestras conciencias...

—¡ En tal caso, tengan ustedes la formal renuncia que hago en nombre de mi hermano y mía de nuestros puestos en el ejército...! —gritó don Luis, y sin esperar respuesta abandonó la sala de la Junta.

Mientras los pasos de don Luis Carrera se perdían en los pasillos y la escala de palacio, don José Miguel Infante se dejaba caer sobre un sillón y Eyzaguirre se secaba el sudor que aparecía en su frente. La situación producida encontraba a la Junta desarmada frente a la ira de Carrera.

Había que buscar una solución al difícil pie en que se encontraba el gobierno y se halló tratando de neutralizar al general en jefe con su hermano don Juan José. Las consecuencias del desafortunado paso no se midieron, y el 14 de septiembre la Junta escribía a don José Miguel para sondear las impresiones que le hubiera hecho llegar don Luis, y a don Juan José tentándolo con la esperanza de suceder a su hermano en el mando del ejército. La más nefasta intriga que registra la historia de la Patria Vieja estaba en marcha.

En su cuartel general de Concepción, don José Miguel Carrera recibe dos oficios: uno de la Junta y otro de su hermano Luis. El primero dice: Como nada sería más peligroso en las actuales difíciles circunstancias de nuestra situación que se creyesen disensiones entre el gobierno y los generales, y como los espíritus egoístas y sin amor a la patria, por la miserable bajeza de sacar partido, o de hacerse espectables, tiran a fomentar estos recelos, y a formar misterios de lo que no saben o de las acciones más sencillas; es preciso por el bien del Estado, por el nuestro individual, y por la responsabilidad en que nos hallamos con los pueblos, hablemos mutuamente de una vez franca y abiertamente, y que V.S. nos crea como unos hombres que no tenemos partida ni relaciones, que jamás hemos solicitado influencia en los negocios públicos: que tenemos la resolución más firme de no gobernar, y que sólo ansiamos la conclusión de esta guerra para retirarnos a nuestras casas, aun cuando nos costara la vida esta resolución.

El oficio, modelo de duplicidad, continúa dando pormenores sobre las actividades que se desarrollan en Santiago y consideraciones sobre la guerra y recomienda a Carrera: Por cuanto tiene de sagrada el nombre de la patria y el honor y opinión que en esta guerra debemos

ganar o perder enteramente, encargamos a V.E. que, despreciando absolutamente esos funestos y criminales chismes, que acaso puedan llegar a sus oídos... y termina:

P.D. Al marchar este propio, ha ocurrido nuevamente el señor don Luis, asegurando que acaba de recibir nuevas órdenes de V.E. en que le previene que absolutamente haga formal renuncia a nombre de V.E. del empleo de general, y repitiendo La suya. El gobierno, después de haberle propuesto las dificultades que ofrece este paso, ha resuelto no hacer novedad hasta que V.E., con la franqueza e ingenuidad que exigen las circunstancias, le hable de los motivos que le obligan a dar este paso.

Por su parte, don Luis le expone descarnadamente las intrigas que se suceden en la capital, y con su natural violento e impulsivo, pero con intuición, pinta con vivos colores los incidentes de que ha sido protagonista ante la Junta de Gobierno. Del fondo del papel emerge la maraña que se teje en Santiago, y don José Miguel comienza a ver con claridad la atmósfera que se le ha formado. Sobre la mesa están los números de El Semanario y La Ilustración Araucana que le ha enviado su hermano y también el oficio de la Junta. El general se pasea por la sala que le sirve de despacho y en su mente están fijadas las palabras de la Junta: “despreciar absolutamente esos funestos y criminales chismes que acaso puedan llegar a sus oídos...” Estas contradicciones lo tienen perplejo. El maquiavelismo de Infante lo desconcierta.

La sinceridad que parece brotar de las palabras de la Junta amortigua en su ánimo la explosión de ira que le producen las noticias de don Luis. Desde junio tiene conocimiento de que algo se trama contra él en Santiago y su intuición le aconseja estar en guardia. Una carta que el vocal don Francisco Pérez enviaba al coronel Mackenna había abierto sus ojos... Pero ¿cómo juzgar las amistosas palabras de la Junta?, ¿no se le pedía en nombre de la patria cerrar los oídos a los chismes en bien de la armonía general?... La sagacidad de Carrera no logra descubrir la duplicidad con que la pluma ha trazado sus rasgos, y su ira va transformándose en amargura contra sus acusadores del gobierno.

Mientras madura la respuesta que debe dar a la Junta, en el campamento de Quirihue don Juan José Carrera rebosa la felicidad y satisfacción que le produce el otro oficio de la Junta. Fingiéndose exponerle la situación del momento, se le deja traslucir la esperanza de nombrarlo sucesor de su hermano en el mando del ejército. La petulancia y la ambición, le hacen caer sin inconvenientes en la red. Tiene a su lado a Mackenna, pero éste, que olfatea la trama, nada hace por sacarlo de su error y prevenirla contra el canto de sirena que encierra el oficio del gobierno; por el contrario, alienta al envidioso, que será el instrumento de la venganza de la Casa Otomana.

Infante ha calculado bien: don Juan José se encarga de abrir la brecha por la cual va a penetrar la acción de los adversarios de su familia el desquiciamiento del mando militar y la indisciplina en las filas del ejército. Inconsciente de sus deberes de soldado, se presta al juego de sus adversarios e inclina a la Junta a continuar en sus peligrosos manejos.

El 18 de septiembre se celebra en Santiago un solemne tedéum en acción de gracias. Los miembros del gobierno, las corporaciones y una gran multitud llenan la Catedral. Don Luis representa a su hermano y con él asisten los miembros de la familia Carrera. El uso de la palabra se ha encargado al dominico fray José Arce, el cual, con más fogosidad que criterio, analiza la guerra y su dirección y hace una crítica dura al general en jefe, recordando los muchos errores que había cometido y tiñendo, con marcada malevolencia, la resolución de suspender el sitio de Chillán.

Se extiende en consideraciones militares sobre el uso de las nuevas fuerzas que creará el gobierno y que afianzarán la victoria de la patria bajo un comando más instruido y activo. hace velada e irónica referencia al nepotismo carrerino y alimenta la satisfacción de los enemigos de la familia con incisivas alusiones. Don Luis y doña Javiera se revuelven en sus asientos, mordidos por la rabia. El insulto público les ha golpeado el rostro

y cuando termina la ceremonia, el coronel dirige sus pasos a palacio.

La sala de audiencia se encuentra llena con los miembros de las corporaciones que han concurrido a presentar sus saludos al Ejecutivo, cuando don Luis hace su entrada e interrumpe la ceremonia para increpar en alta voz a los miembros del gobierno, culpándolos de haber permitido un ataque al ejército, al general y a su familia, al tiempo que solicitaba una severa sanción contra el culpable. Las risas se hielan en las bocas y la conversación se suspende. La voz de don Luis resuena atropellada y amenazante:

—Se ha insultado públicamente al ejército y a su general por un fraile ignorante que debe ser castigado como se merece... Exijo el castigo inmediato y ejemplar de quien ha tenido la audacia de ofender a nuestra familia con torpes alusiones; de otra manera será el ejército quien deba venir a poner freno a los que quieren arrastrar su prestigio ganado en los campos de batalla con la mordacidad de su lengua... Si no es el gobierno quien sancione al culpable, será entonces mi mano quien hará justicia...

Los miembros de la Junta escuchaban a don Luis, y don José Miguel Infante lo interrumpió con dureza:

—Recuerde usted, señor, que las palabras proferidas por el predicador de la Catedral son la expresión de la libertad que un ciudadano goza en este reino, donde todo hombre libre puede formar conciencia, manifestando sin restricciones sus ideas, ya sea la palabra o por escrito. La ley lo autoriza para ello y no pone obstáculo alguno. Por otra parte, las palabras del predicador son la expresión de las opiniones del hombre de la calle y por tanto deberla usted y su familia pedir al gobierno que amordazara las conciencias de todos los buenos ciudadanos e Impidiera toda suerte de libertad de expresión y el gobierno no está dispuesto a ella...

—¡ Cállese, ignorante, que ya estoy cansado de sus majaderías!... —gritó don Luis.

Un violento altercado en que intervinieron muchos de los presentes pone fin a la escena y la sala se despeja,

retirándose don Luis definitivamente divorciado con la Junta.

El 26 de septiembre el gobierno tenía en sus manos las respuestas de don José Miguel y don Juan José Carrera.

Infante podía darse por satisfecho del resultado de su obra. El general contestaba en términos respetuosos, dejando traslucir su estado de ánimo, y más quejumbroso que altanero, daba a sus enemigos la sensación de subordinarse a sus decisiones, acatando cualquier medida que el gobierno quisiera tomar en virtud de sus atribuciones.

Lejos estaba Carrera de pensar cuando escribía que la Junta sólo esperaba la coyuntura favorable para deshacerse de él y sus hermanos. Sus palabras no encontraban eco en el seno del Ejecutivo: Yo aseguro a V.E. por Dios y por mi honor que jamás he tenido otro interés y otras miras que ayudar en cuanto me permitan más débiles fuerzas a la salvación del país en que nací y que amo como su verdadero hijo... Sólo quiero la conclusión de la guerra para se pararme de unos hombres ingratos que tantas veces han fraguado planes los más horribles para acabar con la existencia de unos ciudadanos generosos que se han sacrificado por la libertad y por la felicidad general. Cuando se presentó el enemigo en esta ciudad aún no habíamos leído bien el parte del gobierno cuando tomamos a impulso de nuestros buenos deseos cuantas providencias estaban a nuestros alcances para salvar a la patria amenazada de un modo que hizo temblar a muchos de los que hoy desde su gabinete critican llenos de ignorancia los mejores pasos del ejército y de los que nos han salvado.

Termina su largo oficio recomendando se ponga a disposición de don Luis la nueva fuerza que se organiza en Santiago y que cree debe marchar al sur para la continuación de la guerra. Lamentable error: las fuerzas que se preparan, junto a los auxiliares de Buenos Aires, no se las piensa emplear en el teatro de guerra, como la más elemental lógica lo aconseja, sino en arrancarle el mando con su apoyo si pretende negarse.

El golpe de gracia lo dio don Juan José en su contestación: Con gran dolor acabo de ver en el oficio de V.E., fecho el 14 del presente, ¿os sentimientos y aflicciones que agitan su superior atención. Ellos son propios de unas almas virtuosas, y yo me lleno de honor cuando miro los míos tan íntimamente unidos a V.E.

Desde el principio de nuestra pasada campaña lloré las desgracias que veía sin remedio, consiguientes a los desórdenes que presenciaba sin poder evitar. . .“ y concluye: “Con esta fecha escribo a mi hermano José Miguel, manifestándole la sorpresa que me ha causado el proceder de Luis, que seguramente ha obrado a impulso de algunos de los muchos que se empeñaban en nuestra ruina, pero esté V.E. cierto que todo va a quedar en nada, y que luego se convertirán los disgustos en placeres...

Con ojo certero Mackenna capta la ingenuidad y falta de criterio de don Juan José para dejarse coger tan fácilmente en la trampa. El irlandés comprende que la caída de su adversario está próxima y será su propio hermano quien la cause...

En los primeros días de octubre la situación en Santiago era tensa. La campaña desatada por Irisarri en El Semanario había dado sus frutos. La opinión pública, representada por los partidarios de la Junta y otros elementos de la aristocracia que aprovechaban el clima, ya que opinión del pueblo propiamente tal no existía, se manifestaba irritada contra la dirección de la guerra y acusaba al gobierno de contemplaciones con el general. “Esa agitación, es verdad, no era bastante poderosa para alarmar al gobierno; pero comenzase a hablar de la ilegalidad de su elección, y de la nulidad de la Constitución política, y la Junta, comprometida en sus relaciones con el ‘general en jefe, embarazada por la agitación que reinaba en Santiago, y que de día en día tomaba mayor incremento, ‘se halló sin resolución para tomar medidas enérgicas. Era el antiguo partido exaltado de 1811 el que dictaba estas quejas: separado desde entonces de la administración de los negocios públicos había esperado una oportunidad favorable para reponerse de sus quebrantos, y sólo la vio en los momentos de conflicto entre

las autoridades militar y política. Por esto mismo, y contando entre sus enemigos al general en jefe y a la Junta gubernativa, sus ataques iban contra ambos”.’

Los cargos de ilegalidad alarmaron realmente a la Junta, y en lugar de tomar una actitud firme, como se necesitaba en los momentos críticos, uno de sus miembros, Infante, fue de opinión de dejar el poder y citar a las diversas corporaciones de la capital y á los militares de mayor graduación” para resolver qué debía hacerse en tales circunstancias. La resolución no podía ser más desacertada. En el momento que era preciso dar sensación de autoridad, los propios hombres del Ejecutivo se encargaban de hacerse eco de habladurías de corrillos y desquiciar todo lo existente, que, bueno o malo, era preferible a la anarquía que amenazaba al país. Nada de esto comprendieron los ciegos directores de la lucha contra el general. La cuestión era deshacerse de Carrera por cualquier medio, sin reparar que estaban dándoles en el gusto a sus adversarios políticos y comprometiendo seriamente la revolución.

El 3 de octubre se reunían las corporaciones, y como la discusión no pudo concretarse en conclusiones se procedió a efectuar una nueva reunión tres días más tarde. “El debate fue largo, y hubo gran divergencia de opiniones entre los concurrentes: cada cual opinaba a su modo según descubría la situación, y en realidad se emitieron casi tantos pareceres como eran los asistentes. El senador Henríquez, el regidor don Antonio de Irisarri y algunos otros miembros del Cabildo y del tribunal del consulado, opinaron que la Constitución era nula en todas sus partes y que el nombramiento de senadores y regidores era también nulo, reclamando la reunión de una junta popular para proceder a la elección de nuevos funcionarios; pero varios jefes militares y algunos miembros del tribunal de apelaciones pidieron que quedasen las cosas en el mismo estado, llenando sólo la vacante que

dejaba en el Poder Ejecutivo la renuncia del vocal Pérez”.

“Poner término a una odiosa y desgraciada dictadura militar era el propósito en que todas las opiniones coincidían. Camilo Henríquez, Irisarri y sus amigos revolucionarios veían un estorbo para la realización de sus fines en las disposiciones de la Constitución de 1812 y creían que ‘bajo el imperio de ese código político se hacía embarazosa la separación de Carrera del mando militar

—por la difícil lentitud de las tramitaciones del Senado— y hacía casi imposible eliminarlo del gobierno en que conservaba su puesto de vocal”.²

Una verdadera obsesión se había apoderado de los enemigos de Carrera, y bajo esta influencia se tomaron los acuerdos del día 6 de octubre, punto de partida de donde arrancan los males que terminaron con la Patria Vieja, y dos días más tarde la Junta daba a publicidad un decreto en que expresaba que: “el gobierno pasaría inmediatamente a Talca..., reasumiendo en sí todas las facultades ordinarias y extraordinarias en que debería necesitar el dictamen del Senado..., para proponer al enemigo las bases de un arreglo y atender a cuanto conviniera a la pacificación de las provincias y bien del Estado”, y el 15 los vocales Infante y Eyzaguirre con los secretarios Mariano Egaña y Tadeo Mancheño iniciaban el viaje. El tercer vocal, de reciente nombramiento, presbítero José Ignacio Cienfuegos, concurría más tarde.

Las ciudades habían sido advertidas del paso de la -Junta y en cada una se le hizo objeto de clamorosa recepción. Llegaron a Talca el 22, en los momentos en que se celebraba con alborozo el triunfo de los patriotas en El Roble.

De acuerdo con el nuevo plan que el general Carrera deseaba desarrollar, las fuerzas de don Juan José se habían situado en Membrilla Los auxiliares de Buenos Aires, que se encontraban en Talca al mando de Alcázar,

se habían negado a reforzar las tropas de este brigadier, alegando no tener órdenes de la Junta para marchar al sur. En esta forma, resultaban inútiles y hasta perjudiciales al mando los flamantes soldados que retornaban de una misión de las Provincias Unidas.

Al acercarse a Membrillar la división de O'Higgins, se reunía a los efectivos conducidos por el comandante en jefe desde Concepción, 'con lo cual se sumaron 800 infantes, cinco cañones y una numerosa caballería, que acamparon a las cuatro de la tarde del 16 de octubre en el vado de El Roble, sobre el río Itata.

Corpulentos árboles cubrían el lugar elegido, y en previsión de cualquier acontecimiento se colocaron grandes guardias y se instalaron, en una altura que dominaba el vado, 200 hombres y una pieza de artillería, al mando' del capitán Moría, con misión de contestar los disparos que, a través del curso del agua, hacían algunas partidas realistas.

Amparado por las sombras de la noche y contando con la ignorancia de los patriotas, avanzaba desde Chillán el comandante Luis Urrejola, con una columna de 1.200 hombres, que Sánchez enviaba para atacar a O'Higgins. Los patriotas dormían tranquilamente, reparando el cansancio de la jornada anterior, cuando el enemigo apareció por las espaldas del vivac. La oscuridad y las acertadas medidas de Urrejola impidieron a los centinelas divisar al enemigo, y el soldado Miguel Bravo, que dio varias veces la alarma, cayó muerto con tres heridas en la cabeza, y luego una descarga hecha contra el grupo del teniente Valenzuela anunció la presencia de los realistas en el campamento. La sorpresa era completa y pudieron pasar a cuchillo a los soldados patriotas que se encontraban más próximos, en medio de una confusión indescriptible: voces de mando, descargas, gritos y carreras de hombres y animales llenaban la noche.

Carrera, cuya tienda de campaña se levantaba a corta distancia del lugar donde estaban colocados los hombres del teniente Valenzuela, despertó con los primeros disparos 'y salió de su carpa con el deseo de organizar la resistencia, pero se encontró con que el enemigo había

extendido su línea “en el mismo sitio en que estaba destacada la guardia de Valenzuela y sus tiros caían por todas partes. A su propia vista cayó el caballo del capitán don Diego Benavente cuando lo montaba”. Junto a Benavente comenzó a subir la loma donde estaba la artillería del capitán Moría, y algunos dragones se agruparon a su alrededor. Alcanzado por uno de sus ayudantes, el capitán don Pedro Barnechea, que le ofreció un caballo, logró llegar hasta la pieza de Moría y después de dar algunas órdenes regresaba hacia la línea de infantería cuando fue atacado por “una corta partida de milicianos de caballería que, a las órdenes de Olate, había cruzado el río para apoyar a Urrejola. Carrera descargó sobre su jefe una pistola, que por casualidad estaba sin bala, y uno de los soldados de ella lo hirió de una lanzada en un costado, y su caballo recibió también dos golpes. Olate lo persiguió de cerca, preparando su carabina para descargarla a boca de jarro, pero por una feliz casualidad no le dio fuego y pudo salvar el general insurgente”.

Separado de sus ayudantes y seguido sólo por dos soldados: José Antonio Oróstica, del regimiento Talca, y el miliciano Uribe, Carrera se defendió valerosamente de los que querían hacerlo prisionero, y, cortando por el río Itata, se arrojó con su caballo a la corriente, para recorrer un largo trecho a nado, hasta que logró ganar la ribera opuesta.

Al paso de su caballo, extenuado por la carrera, la herida y el esfuerzo hecho en la corriente, el general avanzó hacia la segunda división, que se encontraba estacionada en Membrillar.

En tanto la sorpresa de El Roble era convertida por O’Higgins en un triunfo patriota, Urrejola se retiraba después de perder 80 hombres, su artillería y más de 100 fusiles que quedaron en poder de los patriotas.

A mediodía regresaba a El Roble don José Miguel acompañado por 200 granaderos de la segunda división “que acudían en auxilio de la primera”. Acompañaba al general el ayudante del coronel O’Higgins, cadete de dragones don Pedro José Reyes, a quien don Bernardo había encargado comunicar lo ocurrido a don Juan José y buscar

al general en jefe, que se creía prisionero de los realistas o muerto en el combate. Carrera “fue recibido con gran alborozo por los soldados y oficiales que acababan de batirse con tanto denuedo”. La división ocupaba el lugar del combate y don José Miguel, al divisar al coronel O’Higgins, exclamó desde su caballo:

—Gloria al invicto jefe que ha salvado la división y la patria...

Un “¡ Hurra !” vibrante, seguido de “Viva la patria !” fue la respuesta, mientras O’Higgins, levantando su sombrero, contestaba emocionado el saludo de su general.

El combate de El Roble probaba a Carrera, una vez más, que el enemigo estaba vigilante y pronto a disputarle el terreno por las armas. Si se le había infligido una lección bastante dura, no por ello debía pensar en que abandonara sus acciones ofensivas. La intención de Sánchez quedaba a la vista: batir en detalle las dos divisiones patriotas, por lo que se las acercó a puntos que les permitieran auxiliarse mutuamente, al mismo tiempo que cubrían la capital de Penco de cualquier intento del enemigo. Ambas recibieron orden de fortificar sus emplazamientos, y para ello el coronel Mackenna trazó los fosos y dirigió los trabajos.

Después de permanecer dos días en las márgenes del Itata, Carrera regresó a Concepción con el deseo de reunir todas las fuerzas que le fuera posible e intentar una nueva acción contra Chillán.

Mientras efectuaba su viaje, la Junta de Gobierno llegaba a Talca en la mañana del 22, y por la tarde enviaba a Chillán al capitán Francisco Vergara con oficios para el coronel Sánchez, en los cuales se le pedía entrar en negociaciones que pusieran término a la guerra. Se hacía presente que se contaba con grandes recursos para dar impulso a las hostilidades, y para evitar mayor efusión de sangre llamaba al general español al terreno de las realidades. Al mismo tiempo comunicaba a Carrera, por intermedio del capitán Patricio Letelier, su llegada a la zona del Maule y las gestiones que estaba realizando para llegar a un avenimiento con el realista.

La nota que la Junta le remitía “estaba escrita con toda la terquedad del tono y la firmeza del poderoso”, y como era natural representaba la mejor forma de producir en el ánimo de Carrera una reacción violenta: la falta de tacto de Infante quedaba nuevamente en descubierto. Así, en el momento más peligroso, en lugar de buscar una solución de conjunto que permitiera colocarse unidos frente a los realistas, el Ejecutivo se distanciaba del mando militar y daba al enemigo la brillante oportunidad de destruir por medio de sus agentes la moral de la población civil y del ejército.

Sánchez era hombre de educación imperfecta, pero que suplía sus escasos conocimientos generales con su perspicacia, tesón y dotes naturales de inteligencia, cualidades que determinaron al brigadier Pareja a entregarle el mando de sus tropas en los difíciles momentos de su retirada sobre Chillán, desentendiéndose de la mayor graduación de otros oficiales españoles. “El Gallego” correspondió a esta confianza y, después de la muerte de Pareja, continuó en el mando con la aceptación y colaboración de todos. Este era el hombre que la Junta quería reducir por temor, pintándole una situación falsa y aprovechando el combate de El Roble. El hombre no se dejó engañar: conocía mejor que nadie las hondas divisiones que afectaban a sus enemigos y, lejos de amedrentarse, “contestó a la Junta, en una nota firmada por las corporaciones del pueblo y por los oficiales de su ejército, en términos de obstinada negativa a toda transacción, vindicándose del cargo que se le hacía por los horrores y daño de tan prolongada guerra, como causados por los hermanos Carrera, protectores de sus perversos subalternos; mofándose de los poderosos refuerzos con que se le amenazaba, siendo que la carcoma de la división estaba entronizada entre los partidarios del nuevo sistema”.

No contento con burlarse de la nota de la Junta, picaba su amor propio deslizando frases que hacían comprender que Carrera sostendría su posición por las armas si se le intentaba quitar el mando. De esta manera ponía en descubierto que estaba perfectamente al tanto de las disensiones habidas entre el gobierno y el general.

El oficio debió abrir al instante los ojos al Ejecutivo y aclararle el peligroso terreno que pisaba y los resultados funestos que derivarían para la patria. Otro hombre más sereno que Infante seguramente habría encontrado otra solución. Carrera, citado a conferenciar con el gobierno, pudo acceder a dejar el mando sin afectar la disciplina del ejército o bien a cambiar a algunos jefes de división, entre los que estaban sus hermanos Juan José y Luis, sacrificando su amor propio y su situación por el bien común, siempre que se le hubiera dado una salida decorosa. El medio arbitrado por la Junta era el inaceptable para un hombre del orgullo de don José Miguel y los hombres de gobierno obraron con poco tacto en esos momentos, los más difíciles de la emancipación.

En su cuartel general Carrera recibía el 30 de octubre al coronel de milicias y justicia mayor del partido de Quirihue, don Antonio Merino, quien iba a participarle la sorpresa y muerte del capitán Pedro Valenzuela en Trocayán.

—Vea usted, coronel, he aquí los resultados de la criminal conducta del gobierno. Olate ha podido sorprender a los 100 granaderos de Valenzuela y darles muerte junto al teniente Valverde; matarnos algunos hombres y herir a otros. Si en lugar de tener 500 hombres ociosos en Talca, me los hubieran remitido para ponerlos a disposición de la división del centro, ésta habría podido mantener una acción ofensiva contra las guerrillas de Sánchez y aun amenazar sus posiciones en Chillán, de manera que el maturrango no habría tenido el atrevimiento de extender sus fechorías hasta el norte del Maule.

Carrera se paseaba vivamente agitado por la estancia que le servía de sala de trabajo. Su indignación se desataba contra los hombres de gobierno. Merino lo contemplaba en silencio, dejándolo dar riendas a su indignación:

—En el cantón de Talca se encuentran innumerables recursos de los cuales carece el ejército —exclamaba—. Allí hay miles de caballos y aquí andamos a pie, con lo que se me impide concurrir rápidamente a cual-

quier sitio amagado por el enemigo o perseguirlo, contando como cuenta con buena caballería... No hay plomo..., estoy sin municiones..., no tengo un real con que pagar las tropas..., ¿comprende usted, coronel, la situación en que nos encontramos? .. ¿ De qué sirven entonces los actos de valor, como los del teniente Manterola, que logra romper el cerco de Trocayán con las bayonetas de sus soldados? ¿De qué la valentía, el entusiasmo y los sacrificios del ejército restaurador? ¡Ah..., se me culpa porque la guerra es larga y no se me envían los medios para terminarla! ¡ Creen acaso estos ignorantes que al “Gallego” se le puede reducir con amenazas y papeles!... ¡ No, coronel; si seguimos así, los godos volverán a. encadenarnos!

Por la tarde; un mensajero salía de Concepción llevando a la Junta un oficio en que el general hacía presente su abandono por el gobierno y la situación desesperada de las tropas. La extensa nota llegó a su destino, y en contestación el gobierno le pedía “en términos corteses y hasta lisonjeros, la renuncia formal del mando del ejército”. En ella se le hacía presente que el gobierno no daría la dirección de las tropas a persona sospechosa de Carrera o con relaciones o partidos de familia. Estas seguridades respondían al temor que el general abrigaba de que se nombrara para sucederle al coronel argentino Marcos Balcarce, que acababa de llegar a Talca a reemplazar en el mando de los auxiliares de Buenos Aires al coronel Santiago Carrera. No estaba errado don José Miguel al suponer de la Junta tal intención. El deseo de entregar a Balcarce la dirección de la guerra estaba latente en los miembros del Ejecutivo para asegurarse la subordinación del nuevo general a sus mandatos. La opinión de Carrera no era misterio para la Junta, de manera que se apresuró a declarar que no sería sucedido por un extranjero, El oficio terminaba ofreciéndole la representación de Chile en Buenos Aires o Estados Unidos con “un buen sueldo cuyo pago correrá de cuenta del Estado de Buenos Aires y a ambos destinos irá V.E. con todas las distinciones que hagan honrosa su comisión.. .

Fácil es de imaginar cuál sería la reacción de don José Miguel al leer que se le quería enviar a Buenos Aires a recibir un sueldo por cuenta de las Provincias Unidas, en circunstancias de que él había sido y era el mayor adversario de cualquier naturaleza de dependencia del otro lado de los Andes. Chileno antes que todo, tal ofrecimiento debió parecerle un latigazo en pleno rostro, y, como era natural, lo rechazó de plano.

La situación era el comentario obligado de los oficiales de ejército y en Talca y Concepción constituía el tema obligado de las conversaciones. Tan deplorable estado de cosas, bajado al plano subalterno, venía a dividir las opiniones y, como por desgracia la disciplina de los cuerpos era deficiente y el concepto del cumplimiento del deber de jefes y oficiales poco definido, la cohesión se quebró y las faltas comenzaron a ser notorias entre los subordinados del general, que, imposibilitado para frenarlas, ya que los culpables escapaban para ir a engrosar las filas de Talca, hubo de aceptar mucho más de lo que aconsejaba el mando.

Abandonado a su suerte por la Junta de Gobierno y urgido de elementos para mantener en estado de servicio al ejército, Carrera recurrió a los medios que la comarca podía brindarles y desarrollé una actividad desconocida hasta entonces por los comandantes patriotas. Completó las dotaciones de las unidades y se continuó la instrucción con ejercicios en los que participa personalmente. Compró a los particulares toda la pólvora que poseían, pagando su valor con vales, por carecer de dinero, y gira éstos contra el tesoro público, actitud que desagradó a la Junta. Desde el puerto de Talcahuano hace traer plomo, quitándolo de los escandallos, bombas, descansos y forros de los buques. Como faltaran baleros, exigió al maltés que el ejército tenía a su servicio que los construyera. Este individuo servía contra su voluntad a los patriotas y se le hizo saber que si no ejecutaba el trabajo, se le propinarían doscientos azotes amarrado a la rueda de un cañón; fue suficiente para decidirlo a tra bajar y confeccionar los elementos que con tanta urgencia se necesitaban.

Concepción se convirtió en una fábrica que trabajaba para vestir y equipar a los soldados. Cureñas y carros fueron reparados por los carpinteros; de los talleres donde se reunieron costureras salieron uniformes y camisas. Ojotas y zapatos hechos con cueros requisados en los fundos realistas vinieron a reemplazar los destruidos en las últimas marchas y se repararon los fusiles para estrechar a Sánchez en una nueva campaña que el general pensaba hacer antes de entregar el mando.

Para obtener fondos se recurrió a la venta de vinos y mercaderías, requisados a los realistas, en las poblaciones de la provincia. Oficiales convertidos en mercaderes recorrieron, con peligro, los caminos cercanos al Itata. Freire fue uno de ellos, y en este riesgoso empleo tuvo con los realistas el encuentro de Cucha-Cucha.

Esta actividad de Carrera permite subsistir al ejército hasta fines del año 1814, y aunque estéril en sus resultados por las incidencias que siguieron a la entrega del mando, el nuevo comandante en jefe pudo realizar la marcha hasta Talca, antes que se firmara el Tratado de Lircay.

La lucha de guerrillas había recrudecido en la provincia de Concepción, activada por Sánchez, mientras la Junta mantenía ociosos a 600 soldados y muchos elementos en Talca, haciendo caso omiso de los realistas. Carrera se encontraba inmovilizado en Concepción por falta de caballos, mientras el enemigo los contaba en abundancia y de óptima calidad. Con la ayuda de sus audaces comandantes de pequeñas partidas, comenzó a propinar a los patriotas golpes en distintos puntos, a veces simultáneos, destinados a acelerar la desesperación del gobierno y de Carrera y a que la separación se hiciera más profunda.

Carrera arbitró medidas para contestar los golpes y “separó también de su ejército pequeñas partidas que se extendieron por varios puntos de los campos que eran teatro de guerra”. Los tenientes Esteban Manzano, Cárdenas, Freire y otros recorrieron las márgenes del Itata y sus zonas adyacentes y sostuvieron encuentros con los realistas.

Las acciones de Sánchez se extendieron al mar y el bergantín Potrillo, uno de los barcos que formaron la primera escuadra chilena, y que fue entregado al virrey -por la traición de sus tripulantes, llegó hasta Arauco y desembarcó a un cura que había sido párroco de Talcahuano, encargado por Abascal de tomar contacto con el jefe realista y verificar la situación de sus fuerzas. El cura Bulnes cumplió muy bien su comisión, y Sánchez aprovechó la presencia del bergantín para remitir a Lima a los prisioneros que se encontraban en su poder, entre los cuales se contaban el coronel Cruz, el capitán Victoriano y otros.

Inútiles fueron las protestas de la Junta ante el español, y en cuanto a Carrera, que deseaba interceptar la escolta que conducía a los, presos, se vio obligado a renunciar a sus propósitos por falta de caballos con los cuales mover a sus soldados.

ALEJAMIENTO DEL MANDO

A mediados de noviembre recrudecía la tirantez, al recibir el general un oficio en que, junto con hacérsele toda clase de cargos, se le pedía su inmediata renuncia. Carrera comenzó a sondear la opinión de sus subalternos para resistir a los deseos de la Junta y remitió al gobierno de Concepción la nota. Esta entidad reunió a “los jefes de mayor graduación, al Cabildo y demás corporaciones del pueblo, para el 18 de noviembre. Allí se trató con gran divergencia de opiniones de la conveniencia o perjuicios que podía acarrear a la patria la renuncia del general y se convino en oír el dictamen de los jefes que se hallaban fuera de Concepción, empleados en el servicio del ejército y muy en particular el del coronel O’Higgins”.

Este jefe se manifestó contrario al cambio, expresando en su informe la necesidad de mantener al general en el mando para no “variar la dirección de la guerra, quitándole un jefe utilísimo y necesario para la expulsión del enemigo”. En cambio, Mackenna, en una entrevista que sostuvo con Carrera, “trató de probarle por

todos los medios que, lejos de serle deshonroso dejar el mando del ejército en - aquellas circunstancias, era, por el contrario, el mejor medio de acallar las calumnias con que se pretendía mancillar su nombre”. Por desgracia, Mackenna estaba en esos momentos trabajando para minar el ascendiente del general ante sus subalternos. “La Junta fomentaba las deserciones de los soldados y el cuartelmaestre Mackenna, cuyo influjo en el ejército era muy -considerable, había interpuesto sus relaciones para atraer a Talca a muchos oficiales, creyendo desprestigiar con esto al general en jefe”.

Los días pasaban y la Junta vivía entre espinas pensando en la reacción de Carrera. Infante, que era el más animoso, comenzaba a perder la tranquilidad, y la sombra de una rebelión armada les ahuyentaba muchas veces el sueño. O’Higgins, a quien se le había pedido aceptar el mando, no se pronunciaba, hasta que, por fin, el 25 aparecía en Talca el cuartelmaestre Mackenna, que, “aprovechando la independencia que gozaba en su destino, pasó a Talcahuano el 23 de noviembre, y allí se juntó con el teniente García,- que mandaba las lanchas y botes del resguardo; en uno de ellos se embarcó con este oficial y, fingiendo que deseaba pasar a la isla de Quiriquina, dio la vela al norte, y al día siguiente tocó tierra en la boca del río Maule. En treinta horas más ambos se pusieron en Talca, en donde fueron recibidos con grandes consideraciones por la Junta gubernativa. Mackenna estaba resuelto a trabajar con actividad y decisión en favor de su pensamiento. Con este motivo expuso al gobierno que Carrera se hallaba dispuesto a dejar en manos de O’Higgins el mando de las tropas”.

Un suspiro de alivio se escapó de los labios de los miembros de la Junta. No habría revolución y cuando don Luis Carrera, que se encontraba en Talca, se declaró conforme con el nombramiento de O’Higgins, desapareció hasta el último motivo de temor.

Con fecha 27 se dictaban los decretos por los cuales se separaba del mando del ejército al general Carrera y a sus hermanos y se nombraba en su reemplazo al coronel O’Higgins, al mayor Juan Antonio Díaz Muñoz, al

coronel Carlos Spano y al capitán José Domingo Valdés.

Al día siguiente salían de Talca a gran galope el teniente Ramón Gaona y el oficial de secretaría de gobierno Gregorio Echagüe a cumplir con la misión de entregar a Carrera el oficio de su destitución y a O'Higgins su nombramiento. Este se encontraba en Concepción, alojado en casa de Carrera. La sorpresa de don Bernardo fue enorme al imponerse de los decretos de gobierno. Ambos conocían la desaparición de Mackenna, pero ignoraban que fuese la causa de la resolución.

A la hora de comida, encontrándose presentes los enviados de la Junta, O'Higgins continuaba en su negativa de aceptar el mando.

—Por ningún motivo echaré sobre mis hombros tan pesada carga. He manifestado a S.E. mi decisión de que no se alteren las cosas y no se cambie el mando del ejército, señor Echagüe —decía O'Higgins, dirigiéndose a aquél—. Nada se me ha consultado...

—Alguna razón debió tener el supremo gobierno, coronel, para nombrarlo en reemplazo del señor general contestó Echagüe.

—La razón es de lo más sencilla —manifestó don José Miguel—. Yo he aceptado dejar el mando con la sola condición de que se nombre a usted, mi amigo, para sucederme. Usted sabe que la Junta deseaba entregar el mando al trasandino Balcarce, y eso yo no estoy dispuesto a aceptarlo por ningún motivo. Usted debe hacerse cargo del ejército, que yo seré dichoso en verlo al frente de nuestros bravos soldados. Acepte usted, mi amigo, y su sacrificio por la causa de la patria le será agradecido por todos los pueblos.

—No, general —contestó O'Higgins con energía—. En este momento el cambio de general en jefe sería el paso más perjudicial que se podría dar para la causa de la patria. Yo he manifestado a S.E. que no es posible lograr en un solo instante vencer al enemigo y afianzar la libertad del Estado. Si ambas cosas se quieren obtener simultáneamente, perderemos todo lo que hemos ganado hasta este momento...

-No sea usted. pesimista, don Bernardo, y acepte el nombramiento hecho por el gobierno, pues de otra manera las cosas quedarán peor de lo que han sido hasta este momento. Haga usted este sacrificio —agregó Gaona.

—He dicho que no, y ésta es mi irrevocable decisión.

—Usted aceptará el cargo, O'Higgins —le dijo don José Miguel—. Es necesario que cumpla con las decisiones de la Junta, que yo le entregaré inmediatamente el mando, haciéndolo reconocer por una orden del día como el nuevo general.

—Repito a usted, general, que no aceptaré el mando y viajaré a Talca tan pronto sea posible para exponer a S.E. mi negativa. Soy un convencido de que no se puede alterar el orden de los negocios presentes ni menos variar la dirección de la guerra, quitándole al ejército el jefe que lo ha mandado con sagacidad.

—Eso lo piensa usted, mi amigo. El gobierno siente en forma distinta y las calumnias han podido más que nuestros deseos. Por otra parte, tenemos muchos enemigos en Talca que no dejarán nada por remover hasta no vernos alejados a mí y a mis hermanos del mando que tenemos. Por mi parte, estoy cansado de tan desagradable situación y ahora aspiro a vivir como un particular cualquiera y “presentarme ante la faz de Chile para que se juzguen mis acciones. Usted ha visto como se me quiere alejar cuanto sea posible, halagándote con el nombramiento de representante en Buenos Aires. No, mi amigo; viviré en Chile alejado para siempre de tantos ingratos que no han sabido apreciar los sacrificios de ciudadanos virtuosos que se han sacrificado desde el primer momento por la felicidad de la patria”.

Carrera hablaba sin pesadumbre, insistiendo ante don Bernardo para que se recibiera inmediatamente del mando del ejército, y nada pudo conseguir ante la tenaz negativa de éste.

La situación en el campamento de don Juan José Carrera había sido bien distinta. El irritable brigadier, sin querer imponerse del oficio, lo hizo pedazos y los pisoteó en el suelo delante de los aterrados prisioneros.

del gobierno, a quienes ordenó colocar en prisión, después de dirigirles los más terribles reproches y de expresar su cólera contra la Junta.

Llamado por don José Miguel, concurrió a Concepción y allí aconsejó a su hermano la resistencia por las armas y la guerra civil. Don José Miguel, más cuerdo, prefirió aceptar los hechos y separarse del mando. para que no se hundiera para siempre la causa de la patria.

En las primeras horas de la mañana del 6 de diciembre, O'Higgins galopaba en dirección a Talca, seguido por las guerrillas del coronel Manuel Serrano y teniente-Esteban Manzano, y a las tres de la madrugada del 9 entraba en la ciudad. Durante el camino había ido dando vueltas en su mente la carta que Mackenna le hiciera llegar sigilosamente hasta Concepción y cuyas palabras de comienzo eran Courage! Save your counfry!. (¡Valor! ¡Salve su país!).

La Junta lo recibió con grandes muestras de alegría, pero pronto la desesperación comenzó a hacer presa de sus miembros, cuando el coronel expuso con firmeza “que estaba resuelto a no echar sobre sus hombros tan pesada carga; ni se creía con los conocimientos necesarios para dirigir la campaña”. La situación era embarazosa ante la terca negativa de O'Higgins y la mañana se pasó sin que se hubiera adelantado gran cosa. Mackenna, que se encontraba presente en las deliberaciones, apoyaba con calor la causa del gobierno y sus exigencias, para decidirlo a aceptar. Por fin, en la tarde, vencido por las insistencias consintió en el mando y “juraba defender la patria de sus enemigos interiores y exteriores”.

La noticia del nombramiento del nuevo general trascendió a todos los puntos del país y los enemigos de Carrera expresaron su júbilo con aparatosas manifestaciones. Pero mientras con tanto ruido se celebraba el acontecimiento, el ejército restaurador entraba en una fase de descomposición alarmante: jefes y oficiales desafectos a Carrera se creyeron desligados del respeto que debían a su rango y los soldados comenzaron una deserción en masa, marchando sin control hacia Talca,

donde esperaban presentarse a la Junta de Gobierno para continuar sus servicios. “Sin duda alguna esta deserción era fomentada por la Junta gubernativa a fin de engrosar sus fuerzas y de quitar a don José Miguel todos los elementos de resistencia”. El enorme mal que se hacía a la causa de la revolución no se medía en toda su amplitud, cuando el enemigo estaba posesionado de Chillán y sobándose las manos de gusto al ver cómo las rencillas internas minaban el suelo en que se sustentaban sus contrarios.

Mientras don Bernardo permaneció en Talca, su espíritu fue influenciado notablemente por el coronel don Juan Mackenna. Este amigo, que lo había sido de su padre, tenía en su corazón un sitio predilecto: los unían la sangre y el idioma, ya que sus conversaciones se realizaban normalmente en inglés. Mackenna, sin darse cuenta, hizo a Chile el más flaco servicio que registra su historia: la separación de O’Higgins y Carrera.

En esta tarea fue secundado por el ayudante del nuevo general, el capitán Manuel Vega, realista disfrazado y traidor a la confianza con que su superior lo distinguía. Este oficial remitía al campo realista informes de las operaciones en curso o en proyecto de los patriotas, y aquí se encuentra la clave de las contramedidas de Sánchez, Gaínza u Osorio y que sorprendían a los insurgentes en plena ejecución.

“Hasta el día 6 de diciembre, podemos afirmar con plena certidumbre, ha existido entre O’Higgins y Carrera la más completa intimidad y los dos se han dado mutuas pruebas de la sinceridad de su afección. A partir del 9 de diciembre hay un cambio visible en la actitud de O’Higgins respecto a Carrera, asoma un desvío, una reserva, uno de sus bruscos enfriamientos en cuyo fondo hay siempre una oscura explicación”.

He aquí la labor de la cual Vega se vanaglorió ante las autoridades de la Reconquista.

“La intimidad en que vivían O’Higgins y Vega es un hecho que no admite discusión. Vega era el secretario

particular del brigadier, lo seguía a todas partes, estaba con él constantemente. Esta intimidad ha persistido mientras duró la ruptura entre O'Higgins y Carrera, hasta que se restablecieron relaciones que eran para Vega peligrosas si había entre ellos una franca explicación. Diez días antes de esa reconciliación, el 13 de septiembre, Vega huyó al campo realista”.

“El hecho es que O'Higgins varía, y que a su vuelta a Concepción ese cambio alcanzó hasta ser hiriente”.

“Y sin embargo, no había nada en la actitud de Carrera que autorizara ese desaire. Lejos de eso, desde que vio que sus planes fracasaban, aceptando O'Higgins el mando del ejército, y que él quedaba prendido en la trama de sus propias redes, asumió una actitud digna y decorosa”.

Hasta el momento de su designación como general en jefe, O'Higgins trataba de evitar a Carrera cualquier vejación inútil; así fue que al saber la resolución gubernativa de enviar a Concepción al presbítero Cienfuegos para recibirse del mando del ejército y pagar las tropas, se apersonó a Infante para hacerle presente su resolución de marchar inmediatamente a recibir el mando que Carrera debía entregarle. La Junta se negó a satisfacer sus deseos, por lo que O'Higgins presentó por escrito sus temores de un choque desagradable entre Carrera y Cienfuegos. No se le quiso escuchar, y se dio origen a otro incidente bochornoso en Concepción, que fue a hacer más grande la desmoralización del ejército.

Temerosa de las consecuencias que podían derivarse, la ciudad de Concepción puso empeño en variar la determinación gubernativa e impedir el cambio de comandante en jefe, “movido a ello, no por cariño a sus personas, sino por un bien dirigido patriotismo”. Los miembros del gobierno penquista hablaron con firmeza un lenguaje de claridad digno de la causa que se sostenía. Se reconocían las cualidades de O'Higgins, su probado valor, su buena fe, honor e intrepidez; “pero a juicio del Ayuntamiento tan relevantes cualidades no bastaban

a conquistarle todo el prestigio del general en jefe, ni a evitar la desertión y los motines de la tropa”, por lo que se llamaba a la Junta de Gobierno de Chile al terreno de las realidades y se le solicitaba dejar sin efecto la medida. Nada se consiguió: la terquedad de Infante fue inconvencible.

Mientras se realizaban estas gestiones, Sánchez no perdía el tiempo. Con sus agentes en Concepción movió la opinión de los realistas emboscados y planeó un movimiento revolucionario destinado a arrastrar la tropa de algunos cuerpos, apoderarse por sorpresa de la ciudad y desarmar a los que no participaran en los hechos. El hombre que hacía de cabeza era don Santiago Tirapegui, capitán de dragones retirado: enérgico, decidido y capaz.

El plan que iba a ponerse en ejecución consideraba las fuerzas realistas que se encontraban en San Pedro y Coelemu y soldados de las milicias, los que caerían sobre los patriotas acampados fuera de la ciudad, hasta reducirlos. Las conversaciones se llevaron a efecto en el mayor sigilo y se participó de ellas sólo a personas de reconocida lealtad al régimen español. Pero creyéndolo partidario y dispuesto a cooperar, se habló a don Francisco Javier Solar. Este llamó al licenciado don Manuel Novoa y le pidió encarecidamente hacer llegar a Carrera una cita suya, para las dos de la mañana del 22 de diciembre, en la iglesia de San Agustín, entonces en construcción.

—Hable usted con el señor brigadier y dígame en mi nombre que es de mucha urgencia que venga a hablar conmigo —dijo Solar a Novoa, y agregó—: El lugar que elijo no hará sospechosa nuestra entrevista. Ruéguele usted que no falte.

Novoa transmitió a don José Miguel el deseo de Solar. Carrera quedó perplejo:

—¿ No será ésta una trampa para tenderme un lazo en ese solitario lugar y cometer conmigo un alevoso asesinato, don Manuel?

—¡ Oh, no! no creo que puedan entrar esos planes en los pensamientos de don Francisco Javier. La

conozco desde hace muchos años y es hombre pacífico y cristiano, incapaz de prestarse para un asesinato.

Carrera llamó al comandante de artillería don Pedro Nolasco Vidal y le ordenó mantener sus fuerzas en alerta para concurrir a cualquier sitio y luego esperó la hora de la cita.

Poco antes de las dos de la madrugada, abandonó su domicilio acompañado por don Manuel Novoa. La ciudad se encontraba silenciosa y en el firmamento brillaban las estrellas. Los pasos de los dos hombres se perdían en la noche retumbando contra las paredes de las casas. La enorme mole de la iglesia de San Agustín recortaba sus perfiles contra el cielo y Carrera detuvo su paso, revisó el cebo de su pistola y avanzó solo hasta el lugar de la cita. De las sombras emergió un hombre: era Solar.

Impuesto de los pormenores de la conspiración, regresó a su hogar, donde se preocupó hasta la amanecida de dictar las órdenes necesarias para hacer abortar el complot, y antes del mediodía estaban en la cárcel todos los comprometidos. Tres asesores: don Manuel Vásquez de Novoa, don Juan Esteban Manzano y don Juan Vicente Aguirre, se encargaron del proceso, y, confirmadas las denuncias de Solar por el soldado Narciso Cigarra, a quien se le prometió la vida “si decía con verdad cuanto supiese”, se activaron las diligencias y se hicieron los cargos a los inculcados. Sólo Tirapegui se mostró digno de la confianza de Sánchez. Declaró su culpabilidad, negándose a dar los nombres de quienes estaban al corriente de la trama y se condujo con entereza y valor delante de los jueces.

La agitación que el proceso había causado era enorme y tenía caldeados los ánimos. Carrera comprendía lo peligroso de su situación y deseó escarmentar a los realistas que merodeaban cercanos a Concepción; pero la falta de recursos, especialmente caballos, no le permitía actuar. La Junta había paralizado completamente, desde hacía tres meses, los subsidios del ejército, que se mantenía gracias a la diligente actividad del general en jefe. En tal circunstancia pensó en recurrir a la provin-

cia y citó a las corporaciones y a los vecinos para el día 2 de enero. La reunión se efectuó con asistencia del general, quien, en vibrante discurso, requirió a los presentes para que auxiliaran las fuerzas de su mando y amenazó con abandonar la ciudad con sus tropas en caso de negativa. Como se retirara para dejar en libertad de opinión a los asistentes, la reunión se transformó en un tumulto en contra del gobierno provincial y del general en jefe, culpándolos de querer resistir los decretos del 27 de noviembre expedidos por la Junta de Gobierno. Especialmente enconados eran don Miguel Zañartu y el cura Isidro Pineda. El primero tenía a su hermano procesado en la causa que se seguía a Tirapeguí y el segundo era un connotado realista. En vista del ningún resultado de las discusiones, se llamó a Carrera para que pusiera orden en la sala y contra él se encaró Zañartu diciéndole:

—La voluntad del pueblo es que V.E. deje el mando del ejército en manos de la Junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V.E. no lo entregará al nuevo general, por cuya razón no remite los auxilios que se le piden. El pueblo se constituye en responsable ante el gobierno de la separación del mando que le solicita por mi intermedio. No haremos ningún sacrificio de nuestras haciendas para mantener a un general que el gobierno supremo desea alejar del mando del ejército y que es responsable de las inquietudes que se observan en estos pueblos.

Una salva de aplausos apoyó el discurso de Zañartu, pero Carrera, que sabía hacer frente a esta clase de situaciones, contestó con igual energía:

—Estoy dispuesto a dejar el mando en manos de un cabo de escuadra, si así me lo manda el gobierno superior, pero no lo estoy a acceder a las locuras que se me piden en nombre de] pueblo. Mi empleo y autoridad, como jefe que soy de un ejército reconquistador de estas provincias, no pueden someterse sino al gobierno superior del Estado. La Junta de esta provincia y los pueblos deben sujetarse a mis órdenes en la parte que corresponde. Sólo yo soy responsable del ejército y sería

un criminal si por debilidad accediera a tan locas pretensiones. Si mando ahora el ejército es a solicitud del nuevo general y con la voluntad del supremo gobierno. Usted, señor Zañartu, es el menos indicado para hacerme esta clase de peticiones en los momentos en que su hermano está procesado por intrigas reaccionarias en el conato revolucionario de Tirapegui... Usted, cuyo espíritu sedicioso lo hace arrogarse la voluntad de los pueblos para dirigirme tan infundados como irrespetuosos reclamos.

Un murmullo de protesta se escuchó en la sala, y Carrera continuó:

—Si mis palabras no son suficientes para calmar a los facciosos, les anuncio que estoy dispuesto a usar las bayonetas para hacerlos obedecer.

La amenaza heló la palabra de los que deseaban insultarlo, y después de algunas acaloradas opiniones, le fue acordado un empréstito de veinte mil pesos. En seguida se votó la formación de un nuevo gobierno provincial y se eligió a don José Antonio Fernández, don Pedro Ramón Arriagada y don Juan Esteban Manzano.

Los ánimos no se calmaron, y al día siguiente una nueva presentación de algunos miembros de la reunión anterior obligó al general a mandar arrestado a Penco al coronel Fernando Urizar, por faltarle el respeto con expresiones descompuestas. Este coronel había recibido una severa reprimenda por su conducta durante la campaña y su falta de ascendiente sobre la tropa, lo cual causó el fracaso de la expedición que se le encomendó para rescatar al coronel Cruz, a quien Sánchez enviaba a disposición del virrey, en Lima, a principios de noviembre de 1813.

Dispuesto a no mostrar debilidad, firmó sin vacilar la sentencia que se le presentó por la conspiración de diciembre. Por ella se condenaba a muerte a los reos:

Santiago Tirapegui, José María Plaza de los Reyes, Tadeo Rebolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, Hilario Vallejos y, en ausencia, a José María Carreño y otros que escaparon de la cárcel; a José Zapata y Manuel Zañartu. se les reducía a prisión a bordo de un buque; Juan

Alvarado, doña Dolores San Martín y doña Catalina Sepúlveda eran expatriados a perpetuidad, mientras a doña Aurelia San Martín se le confinaba por dos años a la Quinquina.

Varios de los reos pertenecían a la sociedad penquista, y la ciudad se encontraba consternada ante la negativa del general de perdonar la vida de los revoltosos. Muchas influencias se movieron para inclinarlo a la clemencia; pero don José Miguel estaba convencido de la necesidad de hacer un escarmiento que quitara a los realistas las ganas de repetir tan peligrosa aventura.

En la mañana del 14 de enero formé la división de Chepe en la Plaza Mayor de Concepción y con gran aparato fueron conducidos los reos hasta el lugar del ajusticiamiento. Un capellán de apellido Meneses dirigió a la numerosa multitud y a las tropas un sermón en términos enérgicos, y a continuación se procedió a pasar por las armas a los condenados.

Las medidas de Carrera quitaron los deseos de nuevas aventuras revolucionarias. Sánchez, que conoció la suerte de sus parciales, ofició a la Junta, amenazando con represalias en las familias que tenían en su poder, y ésta apuró las medidas para alejar de su cargo al general. El 16 de enero hizo salir hacia Concepción al presbítero Cienfuegos en compañía de don Luis Carrera, para obtener la entrega del ejército. Las razonables previsiones de O'Higgins se vieron confirmadas, y Cienfuegos, que fue recibido con mucha deferencia por don José Miguel y don Juan José, no tardó en verse en serias dificultades con el general, hasta que la llegada de O'Higgins el 2 de febrero terminaba la enojosa situación.

Pero si se ponía término a los sobresaltos de la Junta, un nuevo abismo se abría para la causa de la patria. “Desde su arribo pudo notar Carrera el cambio operado en el espíritu de O'Higgins, durante esos dos meses de ausencia, y pudo sentir que algo envenenado había venido a enturbiar sus relaciones”. Fingió no darse cuenta de lo ocurrido e invitó a comer a O'Higgins; éste

aceptó, pero no concurrió, e igual conducta observó, sin justificarse, al día siguiente.

Con fecha 1° de febrero Carrera se despidió de su ejército en una orden del día, cuyo tenor era:

El gobierno supremo del Estado ha dispuesto se reconozca por general en jefe del ejército restaurador al Coronel don Bernardo O'Higgins.

A las divisiones de Concepción. ¡Defensores de la libertad, restauradores de Chile!
¡Soldados constantes dignos de una memoria eterna!

Al retirarme de vuestro lado y al dejar el mando en manos del virtuoso O'Higgins, os pido que concluyáis la obra con el mismo entusiasmo que habéis manifestado y acreditado hasta hoy, que dejéis entre vosotros las ficciones e insubordinación, la pereza y todas las faltas impropias de un verdadero militar, y que sigáis ciegamente cuanto os mande vuestro jefe, para tener el consuelo de oír muy breve resonar en el globo entero las glorias americanas, a que es consiguiente la felicidad del Estado único objeto de los desvelos de quien fue vuestro general. Carrera.

Al día siguiente O'Higgins escribía a don José Miguel, acusando recibo de la orden del día del ejército, en los siguientes términos:

En este instante que acabo de llegar a esta plaza, recibo el suyo de US. 'del día de ayer con la orden. del mismo día en que me d« .a conocer como general en jefe del ejército restaurador por disposición del supremo gobierno del Estado de Chile. Debe serle a US. reconocido por haberle sostenido sus armas con honor y ventaja. He tomado el peso del mando del ejército porque las diferentes circunstancias así lo exigen. O'Higgins.

Había terminado el mando de Carrera. El ejército quedaba en manos de un nuevo general; pero maltrecho e inoperante. La disciplina, que la Junta de Gobierno y, por desgracia, el coronel Mackenna, habían socavado

para impedir que Carrera frustrara su cambio, estaba quebrantada, y una profunda división separaba a los oficiales y soldados. Muchos continuaron el servicio añorando a su joven conductor, dinámico y brillante, al que reemplazaba un hombre de corta figura, rubicundo, sin brillo exterior y que para muchos era extranjero, puesto que hablaba mal el español. Se le reconocía en cambio, su valor a toda prueba, pero eso no era suficiente para inculcar devoción en el alma de esos soldados.

Los miembros del Ejecutivo ayunos del alma del soldado, aconsejados por oficiales que servían lejos de los campos de batalla y nunca habían ejercido el mando bajo el fuego, o civiles como Irisarri, Camilo Henríquez y otros, ignoraron las condiciones del hispanoamericano, comunes a todos los países, y mataron lo único que pudo hacer frente con ventajas al mayor conocimiento y conducción realista: la devoción al jefe. El chileno, desde los días lejanos de la guerra de la conquista, miró la capacidad del conductor como su mayor virtud, y el ancestro indígena que llevaba dentro se la impuso. Por eso Carrera, que tenía las condiciones del caudillo y la prestancia del criollo audaz, fue seguido sin vacilar por sus tropas; como lo fueron Freire y Prieto durante la “guerra a muerte”; como Bulnes más tarde en Yungay; como lo fueron los audaces conductores del 79.

III

LA CRISIS DE LA REVOLUCION

LA PRISIÓN DE CHILLAN

Mientras la Junta se encontraba empeñada en la destitución de Carrera, desembarcaba en Arauco una segunda expedición realista, a cuya cabeza venía el brigadier don Gabino Gainza. Traía consigo 800 hombres bien equipados, armados y amunicionados y dinero para cancelar los sueldos y obligaciones atrasadas de las fuerzas del coronel Sánchez.

De esta manera pagaba el virrey los servicios de Sánchez y su tenaz resistencia frente al ejército restaurador. Las intrigas, nacidas de la envidia, lo mismo que en el campo patriota, habían conseguido remover al comandante en jefe.

Gainza desembarcó sin inconvenientes y marchó con sus tropas hacia Chillán, amparado por el desastroso estado en que se encontraba el ejército patriota, que imposibilitaba a O'Higgins mover fuerzas que interceptaran su aproximación al norte. Las deserciones y el desorden producidos por los últimos sucesos y la propaganda de los enemigos del gobierno, obraban en favor de los realistas.

El 8 de febrero Gaínza cruzaba el Bío Bío por el paso de Santa Juana y se reunía a las fuerzas de Elorreaga estacionadas en Rere. Desde aquí continuó a Chillán, después de encargar a éste la distracción de las tropas patriotas que cubrían Concepción. El 12 se recibía del mando en Chillán y comenzaba sus preparativos para destruir al enemigo de Concepción y Membrillar. La situación general le era favorable, y era natural que apreciara con optimismo el desenlace de las operaciones por desarrollar.

Alejado del ejército, don José Miguel permanece en Concepción con su hermano Luis O'Higgins, a quien "la Junta gubernativa le había pintado a Carrera como un ambicioso corrompido sin más mérito ni virtud que su audacia", vacilaba en obrar con violencia en su persona: por el contrario, a su llegada a la ciudad "tuvo una conferencia a solas con su antecesor. Usando de la intimidad del amigo y de la franqueza del soldado, le representó en ella la desconfianza que abrigaba de poder dirigir con acierto la campaña, y la necesidad de buenos consejos que tenía en aquellas circunstancias. Don José Miguel, por su parte, se empeñó en alentarle, manifestándole que su natural modestia le hacía ver escollos insubsanables en un sendero despejado, y que le sería muy fácil conducir la guerra con ventaja, si se aprovechaba con tino de su prestigio en el ejército y de los elementos y recursos que podía proporcionarle el gobierno".

Las fuerzas que entregaba Carrera ascendían a 2.300 hombres. Las desertiones habían raleado las filas y deshecho las unidades, de manera que lo más urgente por realizar era reorganizarlas. "El equipo del ejército correspondía al reducido estado en que se hallaba. Hacía cuatro meses que Carrera no recibía socorros del gobierno y los sueldos de los soldados se encontraban impagos. Sus caballos no bastaban para montar 800 hombres. No poseía ni siquiera un centenar de bestias de carga, y los víveres eran tan escasos en los campos que las guerrillas volantes sólo se mantenían con los carneros que compraban por la fuerza a los campesinos, convertidos a la sazón en declarados enemigos de los insurgentes".

"La desmoralización hacia aun más embarazosa la situación del nuevo general en jefe. Los últimos sucesos habían producido rasgos inauditos de desobediencia militar: los comandantes de guerrillas se hablan movido de un punto a otro con desprecio de las órdenes del jefe." Milagro fue que un ataque combinado desde Arauco y Chillán no terminara con el ejército de la patria.

Este sombrío cuadro no terminó con la renuncia de Carrera. "La permanencia de los hermanos se fue ha-

ciendo cada vez más difícil, a causa de las intrigas que fomentaba una división que llegó a formar dos bandos decididamente antagónicos y agresivos. Uno que defendía con lealtad el prestigio de su antiguo general y otro que, dando rienda suelta a pasados rencores, estimulados ahora por la astucia realista, no perdía oportunidad para inferir ofensas y atentar contra la dignidad del más altivo y orgulloso de los hombres.”

“Muy pronto O’Higgins, que mantenía una permanente comunicación con Mackenna, fue distanciándose cada vez más de la amistad del caudillo”, pero trató de hacer llevadera su situación y actuó con tino.

La Junta, en su deseo de hacer salir a Carrera de Chile, le había remitido, nuevamente, su nombramiento de ministro plenipotenciario en Buenos Aires y, en las instrucciones que se daban a O’Higgins para su cumplimiento, expresaba: “De todos modos, conviene que él no permanezca en Concepción por más tiempo y admita o no el nuevo empleo. V. E. lo obligará a que salga de ahí dentro de tres días con destino, en caso de no admitir, a la hacienda de su padre en San Francisco de El Monte”.

Carrera no aceptó y en carta a Poinsett escribía:

"He entregado el ejército, como dije a usted en mi anterior, y a pesar de esto observo en el gobierno una gran desconfianza. Ayer me escribe nombrándome plenipotenciario cerca del gobierno de Buenos Aires; se deja ver que es un destierro político, y que mi presencia les incomoda porque observa un partido fuerte”.

Su presencia en Concepción incomodaba al gobierno, que se daba cuenta de que mientras permaneciera cerca de los jefes y oficiales del ejército iba a ser una constante amenaza para él. Cualquier desacierto del nuevo general o suya, podía prender la mecha entre los carrerinos y producir una revolución. Era imprescindible para asegurar la victoria que abandonara la ciudad, y la más elemental prudencia aconsejaba este paso.

Hasta ese momento nada se había hecho para levantar el estado de las tropas, como si ningún peligro amenazara a la nación. El Ejecutivo continuaba preocupado de Carrera e ignoraba lo más importante: la llegada de ¡Gáinza a Chillán y el inevitable comienzo de nuevas

operaciones. Don José Miguel conocía la situación y nada bueno esperaba de ella, como lo expresó a Benavente:

—Será un milagro que sobrevivamos a esta nueva invasión, con el estado en que se encuentra el ejército por el criminal abandono en que se le ha tenido. Diviso inmediata la ruina del Estado si la Providencia no lo remedia y. si no establece un gobierno que sepa cortar la completa anarquía que nos. devora.

El 1° de marzo algunos jefes de cuerpos y vecinos dirigían a O'Higgins una presentación en que solicitaban la inmediata marcha de los Carrera de la ciudad, por sus expresiones insultantes para el gobierno, y el registro de sus equipajes, por considerar que llevaban efectos del erario público y armas del ejército. O'Higgins suavizó los términos de la nota y escribió a Carrera, pidiéndole, para el bien de todos, su alejamiento. Este contestó en un oficio no exento de ironía y que trasluce su estado de ánimo:

No es poca la admiración que me' ha causado la apreciable de Ud. cuando vea por ella la reunión de oficiales y jefes para pedir mi salida, fijándome poco menos la hora con amenazas terribles si no accedo. ¿Dónde estamos, amigo mío? ¿Es posible que hayamos llegado al tiempo en que cuatro miserables facciosos ignorantes puedan, a salvo, saciar sus pasiones? Amigo, me voy a los infiernos para no presenciar las desgracias que esperan al país en que nací; voy a buscar gentes más racionales para ser menos infeliz; voy, en fin, a separarme de hombres ingratos, que, lejos de conocer los beneficios, pagan con bajezas...

Es verdad que mi equipaje está al cargarse; y que esta tarde sale. Ojalá hubiera podido verificarlo días antes. Mi marcha y la de todos los que nos acompañamos está acordada para mañana, y a pesar de que me había propuesto no privar al ejército del menor auxilio, me veo en la necesidad de suplicar a usted por seis caballos para mis criadas. Esta noche pueden estar los señores suplicantes tan seguros de nuestros insultos como quedamos nosotros de los suyos, en la firme inteligencia que mientras ellos gastan el tiempo en intrigas y en conversaciones odiosas, nosotros lo empleamos en diversiones que a. nadie ofenden, y cuando andan cargados de armas y con escoltas para insultar, nos encuentran sin un palo...

Conozco, mi amigo, que Ud. se interesa por mi seguridad; no puedo menos de. serie reconocido, prometo a usted no comprometerle, ni ser autor de los males que se divisan y que procuraré evitar por cuantos medios están a mi alcance.

El general había dispuesto su viaje, pero, en conocimiento que las guerrillas enemigas acordonaban el Itata, creía prudente esperar el momento favorable para no verse expuesto a caer en manos de los realistas, En la tarde del primero de marzo se despedían de sus amigos, y por la noche, don José Miguel llegó hasta el cuartel general para cumplir con O'Higgins. La entrevista no fue cordial, y como éste hubiera puesto algunas dificultades a la solicitud de aumentar la dotación de cartuchos de la escolta, la despedida fue fría.

Las seguridades que dio O'Higgins a los peticionarios de la salida de Carrera no calmaron los ánimos y continuaron importunando. Mientras sus adversarios se reunían, el general, en compañía de don Luis y otros, llegaban a casa de doña María Luisa Benavente, donde comenzaron una animada tertulia. El ponche y la conversación les hicieron olvidarse del viaje, cuando resonaron afuera pasos de soldados y se presentó en el salón el capitán Juan Manuel Astorga, que en compañía de 30' fusileros llevaba la orden de arrestar a don Juan de Dios Martínez; lo que efectuó sin oposición, conduciéndolo al cuartel de artillería. El natural violento del general estalló en denuesos contra O'Higgins y la conversación giró en torno al atropello de que se creían víctimas. Cuando aún duraba la indignación, entraba el capitán Venancio Es-canilla con un oficio para don José Miguel, en que don Bernardo le hacía presente una nueva solicitud de los comandantes, oficiales y pueblo, que pedían el arresto, y terminaba: Hago de suma necesidad que ustedes se retiren si es posible antes de venir el día, afuera de la ciudad: ya no es posible contener a la oficialidad y pueblo.

Esto era más de lo que podía pedirse a Carrera. Sin medir consecuencias, abandonó la sala y se dirigió a la residencia de O'Higgins. Allí tuvo con él un violento al-

tercero e incluso le apretó con fuerza un brazo al despedirse, dejándose llevar de su indignación.

Al amanecer abandonaba Concepción. Lo acompañaban don Luis, don Estanislao Portales, don Diego José Benavente, don Juan Moría, don Vicente Garretón, don Toribio Rivera, don Rafael Freire, don Servando y don Manuel Jordán, don Manuel Lastra, don Bernardino Pradel, don Bonifacio Victoriano, don Mariano Benavente, don Cirilo Cárdenas, don Bartolo Araos, don Juan José Fontecilla, don Vicente Aguirre, don Hipólito Toro, don José Hurtado, don José Gaete y su hijo Calixto, don Marcos Trigueros, fray Juan Pablo Michelot, fray Francisco Solano García y nueve ordenanzas, entre los que se contaba el húsar José Conde. Una guerrilla de veintitrés soldados, al mando del alférez don José Ignacio Manzano, servía de escolta.

Durante el día marcharon cautelosamente, acercándose a la caleta de Penco, donde llegaron a alojar en casa de unos Nogueira. El día siguiente lo empleó en despachar espías que lo informaran de la presencia de realistas, y en carta que remitió a O'Higgins dice: no ignora mi marcha. un solo individuo de la campaña, y agrega que el enemigo ha colocado fuerzas en todas partes para sorprenderlo, por lo que ha tomado precauciones, y termina:

La guerrilla. del alférez Manzano apenas cuenta con 23 hombres mal montados municionados. Somos muchos los ciudadanos que marchamos expuestos a. ser víctimas, por los avisos que dan los muchos traidores que se pasean en Concepción, y no permitiré continuar el camino hasta. que sea de un modo que nos asegure no caer en manos de nuestros opresores. En esta carta Carrera ha suspendido su trato amigable con O'Higgins; éste lo había hecho ya al notificarles su decisión de que abandonaran la ciudad. La amistad había terminado; jamás habría reconciliación verdadera...

Al término de la tarde en compañía de don Luis se dirigió a Concepción, y aquél hizo entrega a O'Higgins de la carta de su hermano. Don Bernardo escuchó al coronel la descripción que le hizo del lugar donde se habían alojado y el deseo de cambiar -de ubicación por temor a las patrullas realistas que merodeaban en los al-

rededores. O'HIGGINS, al despedirse, expresó a don Luis:

—Diga al general Carrera que no tendré inconvenientes para que ustedes regresen a Concepción, si lo estiman conveniente por su seguridad.

La noche la pasaron los hermanos en amable tertulia y a la una de la madrugada montaban a caballo y emprendían el regreso a Penco.

Al amanecer del 3 en Rafael, lugar situado a pocas leguas al nordeste de Penco, el teniente coronel don Clemente Lantafío llegaba con su guerrilla para vigilar el camino que debía hacer el general Carrera. El brigadier Gaínza, informado por el propio ayudante, de O'Higgins, el capitán Manuel Vega, estaba prevenido y había tomado sus medidas.

La oscuridad comenzaba a borrar los contornos de los cerros en Rafael, cuando se presentó a Lantafío el español Pedro Nolasco Vidal, ex prisionero de la fragata Thomas, y le llevó la noticia del arribo de Carrera a Penco, explicando con lujo de detalles todos los pormenores del campamento que habían establecido los viajeros. Vidal llevaba la información exacta del número de personas que componían la caravana y su escolta, pues “se había acercado tanto a ella para imponerse de sus recursos, que uno de los soldados que la formaban le rompió la barba de un golpe que le dio con el cañón de su fusil para separarlo del paso”.

Acompañado por Vidal, partió Lantafío hacia Penco y, protegido por las sombras de la noche, recorrió sigilosamente los veintiséis kilómetros de camino, y al romper el alba atacaba vigorosamente las casas en que se hospedaban los patriotas. Sólo una hora hacía que los hermanos habían regresado, cuando las descargas y los gritos de ¡ Viva el rey los sorprendieron. No hubo tiempo para defenderse y la escolta, tomada desprevenida, fue pasada a cuchillo junto con su comandante, el alférez José Ignacio Manzano.

El estruendo de la fusilería hizo que el fuerte de Penco disparara sus cañones hacia el lugar donde se sentía el combate, y la fragata Sebastiana el bergantín Potrillo, que voltejaban en la bahía, contestaron por los rea

listas, produciéndose un corto e inútil duelo de artillería.

Don José Miguel y don Luis, hechos prisioneros por el capitán Lorenzo Plaza de los Reyes, cuyo hermano fue fusilado en Concepción el 14 de enero, junto con sus compañeros de viaje fueron llevados a Rafael, donde el comandante Lantaño los entregó a la guerrilla del capitán Angel Calvo, que los escoltó hasta el campamento realista.

Junto con la noticia de la prisión de los Carrera llegaba al cuartel general de O'Higgins otra tan importante como aquélla: el coronel Urizar había sido derrotado en Rere, por fuerzas inferiores que destruyeron la división entregada a su mando.

Y mientras tales desgracias ocurrían en el campo insurgente, en el vivac realista las tropas se encontraban formadas esperando a los prisioneros. La guerrilla de Calvo entró y fue a desmontar los presos frente al brigadier Gainza, quien, sentado ante una pequeña mesa que alumbraba una vela colocada sobre una cáscara de sandía> apenas dejaba ver sus ojos, bajo el ala de un enorme sombrero de paja.

Tras algunas preguntas, el jefe español los entregó a la custodia del regimiento de Luna, siendo instalados en una carpa a la que se le recogieron los costados, para que los centinelas pudieran verlos en todo momento.

El 6 en la tarde Gainza se hizo presentar a los Carrera, conforme éstos lo pidieran, y escuchó primero a don Luis y después a don José Miguel

—Su hermano me ha pedido escucharlo porque tenía algo importante que decir —expresó Gainza a don José Miguel.

—Sí, señor, se trata de nuestra libertad y la de nuestros compañeros.

—¡ Ah! ¿ Y cómo cree usted que yo pueda consentir...?

—Todo se reduce a que usted nos deje en libertad y oficie al gobierno de la capital, convidándolo a una composición amistosa, en la cual no hay dudas que consentirá, pues yo le prometo influir para que se ponga término a esta guerra, ya que los chilenos no somos capaces

de hacer solos nuestra felicidad, aun en el caso de vencer, porque la guerra civil se hará inevitable, debido a las facciones en que se encuentran separados y que, en la actualidad, han tomado un aspecto horroroso.

Gainza contemplaba a Carrera con ojos burlones y preguntó:

—¿Estima usted posible que el gobierno faccioso acepte una proposición para terminar esta guerra y volver a la obediencia de su legítimo señor, el rey don Fernando VII?

—Sí, señor; estoy seguro de que aceptará y yo influiré decisivamente para que así se haga.

_Bueno, remítame su proposición por escrito para tener una constancia de ella y en seguida voy a resolver lo conveniente.

El teniente Tirapegui entregó a don- José Miguel lo necesario para hacer su escrito, el que una vez terminado se llevó al español, el que posteriormente expresó a Carrera:

—He leído detenidamente su proposición, señor Carrera, y no la estimo de ningún modo realizable.

—¿Por qué, señor brigadier?

—Porque usted no es la persona más adecuada para inducir al gobierno insurgente a deponer su actitud revoltosa y aceptar un entendimiento que garantice su vuelta a la obediencia de nuestro amado soberano. Los papeles públicos de Santiago manifiestan el odio con que el gobierno de Chile mira a usted y a sus hermanos, de manera que nadie querrá escucharlos a ustedes como mediadores de paz. Esta guerra tendrá que terminar y la intimidación llegará a los facciosos basada en el poder de nuestras armas...

El 7 de marzo el capitán don Antonio Bulnes trasladaba los prisioneros a Chillán, y por la tarde hacía su entrada en la ciudad. Un kilómetro antes se había reunido una gran cabalgata para escoltar a los presos. En ella se encontraba “el ex general Sánchez con su mujer”, el cual, acercándose a don José Miguel, le dijo:

—Aquí tiene usted aquel hombre que tantas veces se le presentó a usted en el campo de batalla...

—Siento decirle que jamás he visto a usted en el campo de batalla —le contestó Carrera con altivez.

La respuesta no fue del agrado de Sánchez, y respondió con aspereza, lo que motivó un enojoso cambio de palabras.

En las afueras de Chillán, “soldados, muchachos y mujeres” rodearon a los viajeros, y, junto con los gritos de: ¡ Viva el rey... !, prorrumpieron en groseras amenazas y, no contentos con ellas, lanzaban piedras y terrones durante el trayecto a la prisión.

Carrera sufrió los insultos de la plebe y de los oficiales realistas con dignidad. El infortunio fue siempre recibido con calma por este espíritu rebelde y supo comportarse sin desfallecimientos aun en los momentos más amargos que éste la presentó.

El coronel Rodríguez Ballesteros fue designado fiscal de la causa que debía servir para su traslado a Lima, y su comportamiento caballeroso fue celebrado por los presos, a quienes trató con miramiento y ahorró inútiles vejaciones. Encarcelados en estrechos calabozos y con una barra de grillos en los pies, permanecieron durante dos meses. Algunos realistas a quienes Carrera había conocido en Lima trataron de hacer menos penosa su situación, y entre éstos se contaron el intendente del ejército don Matías de la Fuente y su esposa, doña Maria de Loaiza.

En este lapso tuvieron lugar hechos de gran importancia para la causa patriota.: la Junta de Gobierno regresó a Santiago el 10 de marzo y a su llegada se echaron al vuelo las campanas, hubo desfile militar y músicas marciales en las calles, y por la noche, una solemne recepción en palacio congregó a las corporaciones y autoridades de la ciudad. “El feliz resultado de su viaje y estada en Talca” era celebrado con parabienes y alegría, derrochada a la luz de cientos de bujías que alumbraban la gran sala. Pero repentinamente las caras se ¡adargaron y los caballeros comenzaron a repetir en voz baja una terrible noticia que acababa de llegar desde el sur y que la Junta guardaba celosamente: Talca había caído el 4 en poder de los realistas, y su defensor, el coronel Spano, el teniente Gamero y muchos de los 100 soldados que los

acompañaban quedaron tendidos en las calles. La noticia helaba el corazón de los santiaguinos, que veían abierto el camino de la capital ante el enemigo. De qué servían los actos de heroísmo de los defensores de Talca, si Spano, al morir defendiendo la bandera de Chile, había escrito con sus últimas palabras la sentencia: “Yo no debo sobrevivir a la patria”, era porque estaba convencido de la imposibilidad de detener la marcha triunfante del realista.

“La noche fue de agitación y conciliábulos”. El fantasma de la derrota se presentaba ante el gobierno y los enemigos aprovechaban la situación para atacarlo rudamente. “En todas partes hubo reuniones, en todas partes se discutía la manera de atenuar el efecto que debía producir la noticia del desastre y los medios de acumular fuerzas para salvar a la patria y la revolución en peligro”.

Amaneció el 7 y la agitación se encauzó hacia un cabildo abierto que se reunió a las nueve de la mañana. Irisarri propuso la elección de un dictador y finalmente se acordó elegir en calidad de director supremo del Estado al gobernador de Valparaíso, coronel don Francisco de la Lastra. La Junta aceptó esta revolución pacífica, e Irisarri se encargó del poder mientras llegaba Lastra. Con verdadera actividad, Irisarri comenzó a dictar disposiciones conducentes a reunir tropas y aprestar la capital a la defensa; así pudo, al término de cuatro días, contar más de 1.000 hombres, que colocó bajo el mando del teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, joven militar de veinticuatro años, cuya inexperiencia floreció luego en sangrientos y dolorosos frutos.

La premura del tiempo estaba en contra de los laudables deseos de Irisarri, y su inexperiencia en materia militar, unida al nerviosismo, lo llevaron a ordenar la marcha al sur de estas fuerzas improvisadas y sin preparación profesional.

Mientras en la capital la situación era tensa, en Concepción, O’Higgins era apremiado por Mackenna para que marchara al norte en auxilio de su división estacionada en Membrillar. El comandante en jefe, desde la derrota de sus fuerzas en Rere, la caída de Talca y los movimientos de Gainza en las cercanías del Itata, se ha-

bía vuelto tarde para realizar lo único posible en ese momento: la reunión de las fuerzas patriotas para intentar una acción ofensiva contra el enemigo.

Por fin el 12, después de vencer infinitas dificultades provenientes de la falta de elementos y ganado, O'Higgins se ponía en movimiento para efectuar la reunión con Mackenna, y el 18 de marzo llegaba hasta Curapalíhue, el mismo día que Blanco se encontraba en San Fernando en espera de las municiones de artillería que venían en marcha desde Santiago. Entre ambas fuerzas se interponían los realistas, con efectivos aproximados a los 2.500 hombres.

Al día siguiente Gainza atacaba a O'Higgins en Quilo y era rechazado con pérdidas, y al otro día amagaba la posición de Mackenna en Membrillar con idéntico resultado. Las dos victorias patriotas obligaban al realista a retroceder, y cambiar su plan de campaña. Aprovechando la lentitud con que sus enemigos realizaban sus operaciones, Gaínza tomaba la audaz resolución de dejarlos atrás, cayendo a marchas forzadas sobre la capital de Chile. Consecuente con esta idea, comenzó el avance desde Chillán y el 28 de marzo, después de reunirse a los 2.100 hombres que había colocado en San Carlos, como protección de sus fuerzas, se aproximaba al norte por el camino central. O'Higgins, que había resuelto ocupar la línea del Maule, para interponerse entre los realistas y Santiago, aprovechando este curso de agua como línea de apoyo, marchaba a tres leguas escasas, paralelamente a su adversario y cargado hacia la costa. Así se inició una carrera entre ambos para ganarse la delantera en el cruce del río.

Mientras tanto O'Higgins despachaba un estafeta al encuentro de Blanco, pidiéndole que no trabara acción alguna contra el enemigo, sino que se acercara al Maule y protegiera el paso del grueso del ejército. La comunicación llegó cuando Blanco se encontraba afectado por una curiosa estratagema del comandante Angel Calvo, cuyas guerrillas reconocían la posición de la división patriota. Este astuto español, para ganar tiempo, invitó a Blanco a batirse con fuerzas iguales en el lugar que designase. "Blanco creyó que era aquél un lance de honor

y que debía aceptar el desafío que tan paladinamente le hacía el enemigo”, y aceptó. Durante un día el patriota esperó con su ejército formado en batalla que llegara su adversario, que, como es de suponer, no concurrió y se burló de su ingenuidad. Blanco reunió a los jefes de su división para resolver, y como éstos fueran de opinión de atacar Talca, e influenciado por las bravatas del capellán Casimiro Albano, desoyó la orden del comandante en jefe del ejército y obró por su cuenta. El resultado fue una espantosa y vergonzosa derrota que infligieron a sus 1 . 500 soldados, 400 guerrilleros realistas en los campos de Cancha Rayada el día 27.

La pérdida de todo el material de guerra que con tanto sacrificio se había reunido era el colmo de la desgracia, y como las malas noticias tienen alas, el 29 era conocida en toda su magnitud, y el director supremo veía abierto el camino a Santiago para los realistas, sin que tuviera otras fuerzas que oponer.

La ciudad estaba sumida en la mayor consternación, en tanto en Chillán se echaban al vuelo las campanas y los realistas iban a contar a sus prisioneros la suerte que había cabido a los enemigos del rey.

Los hermanos habían sido asegurados con una nueva barra de hierro, producto del enojo que causó a Gáinza la nota que O’Higgins le envió con su ayudante, capitán Venancio Escanilla, a raíz de las victorias de El Quilo y Membrillar, y en la que protestaba por el trato injusto que se daba a los prisioneros chilenos que se encontraban en su poder.

Pocas esperanzas parecían quedar después de las desgracias de los ejércitos de la patria y el fantasma de los fríos y oscuros calabozos de las casamatas del Callao se alzaba amenazante. La causa continuaba progresando y el fiscal la aceleraba para tenerla terminada cuando la victoria de las armas reales permitiera embarcar a los insurgentes y ponerlos a disposición del virrey del Perú. Muchas veces don José Miguel pensó en terminar sus días en una horca levantada en la plaza de Chillán, siguiendo la suerte de los realistas que ajustició en Concepción y cuyos deudos servían en las filas de Gáinza. Sin embargo, nada de esto ocurrió y los días transcurrían

en el estrecho calabozo, sin que se permitiera verse con su hermano o sus camaradas de infortunio.

De vez en cuando algunos de los oficiales realistas visitaban la prisión con la velada intención de inquirir datos sobre la organización del ejército restaurador o imponerse por las palabras del prisionero de las verdaderas intenciones de los patriotas. Este se excusaba que por encontrarse alejado del ejército nada sabía sobre sus movimientos. Estas conversaciones, sostenidas con sencillez, cosa aparentemente imposible en un hombre del temperamento orgulloso de don José Miguel, le iban granjeando simpatías, y hasta el intendente don Matías de la Fuente, que sentía rencor hacia el general, por las confiscaciones de bienes de que lo hizo objeto, olvidó sus enojos, y con la generosidad que encierra el carácter español trató de hacer llevadero su estado y remitió a los hermanos la alimentación desde su casa. La hermosa doña María de Loaiza, su esposa, limeña que conociera en el Perú al joven general, intercedía por él, recordando, quizás, los días ya lejanos en que el apuesto chileno paseaba su arrogancia por las aristocráticas calles de la capital del virreinato. Su bien ganada fama de calavera que dejaba tras sí en la ciudad de Concepción traspasaba las líneas de batalla o las rivalidades, para impresionar el alma de las damas y encontrar abogados en ellas.

Comenzaba el otoño de 1814 cubriendo la capital del reino en un manto de hojas grises, y a la tristeza del paisaje venían a unirse las dolorosas perspectivas de la guerra. La derrota de Blanco y la falta de noticias de O'Higgins tenían en tensión los nervios del director supremo y de los allegados al gobierno. La nerviosidad subía de punto entre los más comprometidos en la causa de la independencia y el temor a las represalias de los realistas les ahuyentaba el sueño. Este estado febril exageraba, cualquier rumor que se lanzara en los corrillos de familia o en las conversaciones de la calle. El clima era desalentador y los enemigos del gobierno no perdían ocasión para reprocharle su actitud y recordar los manejos de la antigua. Junta.

Los partidarios de Carrera mantenían agitada la opinión desde que se conoció la noticia de su apresamiento,

y tocaron todos los resortes para obtener del gobierno que intercediera ante los realistas por su libertad. Doña Javiera llegó hasta el despacho del director supremo y, con la arrogancia que le era característica, le reprochó su poca actividad para obtener la libertad de sus hermanos. Poinsett hizo otro tanto ante las autoridades y O'Higgins, sin obtener resultados y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, tomó el camino de la cordillera en compañía de don Juan José, que, por deseos de don Ignacio, su padre, se alejaba a Buenos Aires.

Llegaba abril y las primeras lluvias ponían una nota melancólica en la Cañadilla. La tierra húmeda exhalaba un olor agradable a pasto tierno, cuando los rayos del sol se posaban sobre ella rasgando la capa de nubes que cubría el cielo. Las campanas herían el crepúsculo y congregaban los fieles en las iglesias. Allí, hombres y mujeres desahogaban sus temores en profundos suspiros, y con angustia repetían: “. . . mas líbranos de mal..., amén..

Mientras tanto, O'Higgins realizaba un milagro, marchando paralelamente a Gaínza desde el 28 de marzo. La pobreza de su ejército era alarmante: muchos soldados caminaban con sus sillas al hombro por falta de caballos; los cañones eran arrastrados a brazo por los artilleros para ahorrar energías a sus animales; los pies de los infantes se hundían en el fango de los empapados caminos y la lluvia y el viento castigaban a todos por igual. Con una voluntad que admira, el general y sus soldados iban en demanda del Maule, para cortar a los realistas el paso sobre la capital. Por fin, después de infinitas penurias, ambas fuerzas llegaban a las márgenes del río: los realistas al vado de Bobadilla, y al de Alarcón los segundos.

La energía desplegada por O'Higgins para cruzar el río le hizo vencer todos los obstáculos, y a las dos de la mañana del 4 de abril estaba en la ribera derecha y en la tarde del '7 en Quechereguas, al norte de Talca, cubriendo el camino a Santiago. Al día siguiente era atacado por Gaínza, a quien rechazaba victoriosamente, obligándolo a regresar a Talca para reorganizar sus fuerzas al amparo de esa ciudad. O'Higgins había salvado la capital de Chile...

TRATADO DE LIRCAY NUEVA ASCENSIÓN DE CARRERA AL PODER

La victoria de Quechereguas colocaba a O'Higgins en situación ventajosa frente a Gáinza, y con el refuerzo de 200 hombres y 500 caballos que llegaban desde Santiago, podía tomar la ofensiva. Estaba al tanto que las deserciones comenzaban en el campo realista, de modo que la situación cambiaba favorablemente. Para mejor fortuna, "en la segunda mitad de abril llegó a Quechereguas la división de reserva que mandaba don Santiago Carrera, y casi junto con ella algún dinero y vestuario que O'Higgins distribuyó a sus soldados, disponiéndolos a concluir en breve la campaña". Pero la suerte de la patria había dispuesto otra cosa...

En la mañana del 16 de abril llegaba Santiago el comodoro inglés Mr. James Hillyar, "comisionado por el virrey del Perú para pacificar el reino de Chile por medio de una honrosa rendición de las armas insurgentes". "Esas proposiciones llegaban en los momentos desgraciados en que una ola de desaliento envolvía y arrastraba la opinión". En el sur los realistas habían recobrado Concepción y Talcahuano; los argentinos sufrían las derrotas de Vilcapugio y Ayouma; las cosas andaban mal en Venezuela, y los españoles se aproximaban a Caracas; las tropas de Napoleón se retiraban derrotadas de España, y Fernando VII, libre de su adversario, se encontraba de nuevo en el trono. En esas circunstancias, la llegada de Hillyar pareció providencial a los gobernantes de la patria y, designados como plenipotenciarios, O'Higgins y Mackenna firmaban con Gainza el desastroso Tratado de Lircay, el 6 de mayo de 1814.

"Chile volvía al estado de colonia de España", mientras Gainza veía aclarársele el nublado cielo que lo cubría en Talca, justamente cuando el ejército patriota, reforzado, podía atacar y destruirlo.

El Tratado estipulaba el reconocimiento de Fernando VII, la salida de Chile del ejército real y el nombramiento de diputados ante el supremo gobierno de España que permitiera solucionar las dificultades existentes hasta entonces. Los prisioneros quedaban libres; pero,

por un artículo secreto, los Carrera permanecían en Chillán. “El director supremo, temeroso de que la presencia de don José Miguel en el campamento ocasionase movimientos y trastornos en el ejército, y a fin de evitarlos, dio sus órdenes a O’Higgins para que estipulase un convenio con el enemigo que pusiese al cuartel general al abrigo de los males que él presagiaba. En virtud de este encargo, el general patriota convino con Gaínza que los hermanos Carrera fuesen embarcados en Valparaíso. Desde allí don José Miguel debía partir para el extranjero, con una misión diplomática del gobierno de Chile”.

En la mañana del 9 de mayo, una vez más, las campanas de las iglesias, echadas al vuelo, anunciaban al pueblo de Santiago la conclusión de la guerra y la firma del Tratado de Lircay. Salvas de artillería atronaban el aire y los sones marciales de las bandas que recorrían las calles daban aspecto de fiesta a la ciudad. A mediodía un solemne tedúm, con asistencia de las autoridades civiles, militares y religiosas, congregaba a los habitantes para anunciar en solemne sermón la venturosa nueva. Un edicto del director supremo expresaba: “De hoy en adelante no será la sangre de los chilenos, no serán los estragos de la guerra los que comprenden la felicidad de Chile. Serán las razones, las amigables conferencias, la mutua confianza las que esclarezcan nuestros derechos... ¿Cuál ha sido el país que después de mil victorias ha sacado ventaja de la guerra.. .

En fin, tres días de retretas en las plazas publicase iluminación de las calles trataron de ahogar la verdad que surgía impetuosa a la vista de los más testarudos enemigos de la guerra: se había capitulado ante el enemigo, y la patria por la cual se habían hecho sacrificios dejaba de existir...

Una frialdad glacial se apoderó de la opinión pública frente a la alegría del gobierno, y pasadas las manifestaciones y el ruido, surgió ante el director supremo el fantasma de la revolución. Sus cartas a O’Higgins revelan su inquietud y su empeño por mantener alejado de Santiago a don José Miguel Carrera, a quien estima capitalizador del descontento y de las simpatías populares.

El Senado, por su parte, hacía acto de contrición y juraba fidelidad a “su rey Fernando, mandando a su nombre cuantas órdenes y títulos se expidieron, sin que jamás intentasen ser independientes del rey de España libre ni faltar al juramento de fidelidad”, y la culpa la descargaba sobre los Carrera, “que, hechos dueños de las armas y de todos los recursos, dictaron leyes y órdenes subversivas”. Así se retractaban los hombres de gobierno y abdicaban todos sus principios, ante los 2.000 soldados con que el brigadier Gainza les imponía respeto. Nada quedaba de honor nacional. Todo desaparecía llevado por el deseo de parecer gratos a los realistas. . ., de conservar el rango alcanzado durante la Colonia y hacerse olvidar debilidades pasadas...

El panorama cambiaba en la noche y en los cuartel-ciudadanos y soldados comprendían que esos trata-“eran una triste abjuración de sus ideales, de sus hermosas ilusiones y de sus grandes esperanzas; era una vuelta al pasado colonial”.

Los incidentes menudearon entre realistas y patriotas, con intervención de la policía, hasta obligar al director supremo a publicar un bando en que se disponía que “nadie, so pena de extrañamiento, insultara a otro llamándole sarraceno o insurgente”, y el mismo día, 11 de mayo, se firmaba un decreto que iba a llenar de indignación a los patriotas y a cavar el suelo bajo los pies del director supremo. Sus prescripciones eran: Por cuanto el abuso de una autoridad de gobierno arbitrario ha causado la guerra de estos dos países por haber ordenado caprichosamente cambiar la bandera y cucarda nacional reconocida por todas las naciones del orbe, comprometiendo la seguridad pública con unos signos que nada podían significar en aquellas circunstancias, por tanto ordeno y mando que desde hoy en adelante no se use en los ejércitos, plazas, fuertes, castillos y buques del país otra bandera que la española, ni que las tropas puedan llevar otra cucarda que la que anteriormente acostumbraban.

La indignación afloró por todas partes. En Santiago la bandera real apareció varios días seguidos colgada de la horca, frente al palacio de gobierno; las tropas con-

tinuaban usando la cucurda tricolor y entraban en la capital al grito de: ¡ Viva la ¿patria!; la guardia directorial arrancaba de sus morriones la insignia realista y la reemplazaba por la azul, blanco y amarillo en presencia de un desfile del batallón de voluntarios que llevaba aquellos colores, y en Talca el capitán don Joaquín Prieto, sus oficiales y soldados transitaban por las calles con la cucarda española prendida en las colas de sus caballos.

La reacción era parecida en el campo realista. Nadie quería oír hablar del pacto, y los sacerdotes españoles “atizaban el descontento en el ejército y abiertamente combatían los arreglos, declarándolos contrarios a los intereses de la religión y del rey”. Gainza, por su parte, obligado por las circunstancias, había pactado con los patriotas, sin pensar en cumplir sus promesas ni abandonar el país. Para el jefe español había sido una salida decorosa en el momento en que se encontraba más comprometido.

O’Higgins, que veía el incumplimiento de Gainza a las disposiciones del Tratado, solicitaba desde Talca que se recomenzara la guerra, sin obtener una decisión del Ejecutivo.

El 10 de mayo fueron puestos en libertad los prisioneros, y el gobernador de Chillán, coronel don Luis Urrejola, pasaba a visitar a don José Miguel Carrera, después de hacerle quitar los grillos, para anunciarle que, junto con don Luis, sería conducido a Talcahuano, donde embarcaría rumbo a Valparaíso.

Al día siguiente muchos oficiales y soldados abandonaron- Chillán con destino a Talca, bajo el mando del teniente de dragones Judas Contreras y el sargento Pedro Jacotar. Llevaban como único subsidio la suma de 500 pesos que les entregó Carrera, tomados en préstamo de don Juan de Dios Campillo, oficial español que le sirvió de defensor en la causa que se le instruyó, de don Salvador Contreras y otros.

El fiscal del ejército de Gainza, don José Antonio Rodríguez Aldea, se encargó de descubrir a don José Miguel los acuerdos secretos por los cuales quedaban reducidos a prisión. Rodríguez hablaba con fingido interés por

la situación de los hermanos, velando sus verdaderas intenciones.

—Como usted ve, general, si no logra escapar con su hermano serán remitidos a Lima, a disposición del excelentísimo virrey. No tenga usted dudas que es eso lo que desean los gobernantes de Santiago.

—¿Y qué lo hace pensar así? ¿ Cree usted que pueda existir tanta maldad en el director supremo Lastra, que es pariente nuestro?

—¡ Ah!... Las conversaciones sostenidas por el señor brigadier Gainza con O'Higgins y Mackenna me convencieron de lo que digo. Sepa usted que por encargo del gobierno de Santiago deberán quedar arrestados hasta que sean remitidos a Talcahuano y luego a Valparaíso y después... —Rodríguez hizo una intencionada pausa, levantando los hombros.

—El coronel Urrejola me manifestó lo mismo, pero cree que nos dejarán libres en Valparaíso...

—Sí..., pero es que Urrejola no asistió como yo a las conversaciones, y por eso puedo asegurar a usted que no se les dejará en Chile.

—Me es duro creer que O'Higgins y Mackenna se presten para tanta infamia, señor Rodríguez... —contestó con amargura Carrera.

—Le aseguro a usted, general, que Mackenna es peor que O'Higgins en el odio hacia ustedes. Fuguen ustedes, pero rehuyan presentarse en Talca si no quieren que sus vidas peligren... Ese es mi consejo...

Rodríguez Aldea envenenaba el alma del chileno, induciéndolo a un mayor distanciamiento con O'Higgins y Mackenna. Era indudable que llegaría libre a Santiago y no tardaría en producir la caída del gobierno. La guerra se encendería de nuevo y encontraría al ejército real en situación de hacer frente a los patriotas en la mismas condiciones que lo hizo Sánchez, y aun mejores ahora que las rencillas habían producido entre ellos profundas divisiones. Así se salvaría la enojosa reacción que el Tratado debía provocar en el ánimo violento de Abascal, por no haberse cumplido su voluntad y obtener la rendición de los patriotas. Rodríguez realizaba su tarea con seguridad, y, conocedor del carácter del chileno, introducía la

ponzoña con maestría y preparaba los acontecimientos por venir.

Sin pérdida de tiempo, los hermanos se pusieron en actividad y hablaron de sus temores a don José Riquelme, esposo de doña Dolores Lantaño, antigua amiga de su familia, y éstos no tuvieron inconvenientes para ayudarlos en su proyectada fuga.

Todo se allanaba como por encanto: las autoridades disimulaban su disgusto por el desenfado con que los hermanos visitaban sus relaciones, y el propio gobernador Urrejola se mostraba benevolente con los prisioneros. Así pudieron preparar todos los medios y reunir a sus amigos en casa de Riquelme, para simular una tertulia que evitara toda sospecha.

A las ocho de la noche del 1° de mayo, don José Miguel acompañado por don Luis, el teniente Manuel Jordán, el sargento Pedro López, el soldado Juan Cárdenas y el guía José Cardemil, montaban a caballo después de despedirse con un abrazó de sus amigos.

La noche era lluviosa. Negras nubes cubrían el cielo, y el viento del norte soplaba agitando con fuerza los árboles. Dentro de la casa, las notas de un clavicordio llegaban hasta la calle con el armonioso ritmo de un minué, y por las ventanas, de cerradas cortinas, se filtraba la luz del interior. Afuera de la casa ni un alma cruzaba por las dormidas calles. El rondín. había dejado oír su voz: “Ave María Purísima, las ocho han dado y lloviendo... “, y se había alejado, como si no quisiera ser cómplice de la fácil fuga de los chilenos. Las cabalgaduras hirieron con sus cascos las empedradas calles y sus ecos se perdieron en la noche, mientras a lo lejos, en casa de Rodríguez Aldea, la risa del auditor llenaba con estrépito la sala de despacho y el fuego de un gran brasero asomaba las lenguas de sus encendidos tizones por entre las rejas de su tapa labrada...

Una hora más tarde los viajeros cruzaban el río Ñuble y continuaban al norte. La oscuridad era impresionante y los árboles se balanceaban con estridentes crujidos, cuando se sintieron sobresaltados por un ruido semejante al de una tropa que toma sus cabalgaduras. Temerosos de encontrarse con patrullas realistas o con bando-

leros, tan abundantes en esos parajes, echaron mano a sus armas, mientras el guía Cardemil huía, dejándolos abandonados a su suerte. Por fortuna, resultaron ser arrieros que cuidaban sus mulas y pudieron continuar su camino. Perdidos en la noche, divisaron a lo lejos una luz “que despedía una fogata encendida en un rancho”. Una vieja estaba sentada ante el fuego y soltó el mate que tenía en la mano cuando vio ante sí la extraña figura de los empapados caminantes. Tranquilizada por las palabras de don José Miguel, la anciana les indicó el camino que debían seguir, y más adelante, en el lugar denominado Coronci, de amanecida, toparon con un salteador a quien don Luis amenazó con su pistola, “si hacia el menor ademán de dañarlos”. El hombre, llamado José Contreras, y conocido por el sobrenombre de “El Chingue” entre sus compañeros de fechorías, aceptó las proposiciones que se le hicieron para servir de guía hasta Talca, realizando su cometido a satisfacción de los viajeros, por lo que recibió de don José Miguel la suma de 100 pesos.

A las ocho de la noche del 14 entraban en Talca, después de recorrer caminos apartados, sólo conocidos por “El Chingue”, y que acortaron la distancia. Dirigieron sus caballos a la casa que ocupaba el general O’Higgins y allí se desmontaron. Grande fue la sorpresa de don Bernardo al encontrarse ante los hermanos, a quienes no esperaba. Su fuga le había sido comunicada por el brigadier Gainza y jamás pensó que tuvieran la audacia de llegar hasta su habitación, sino que seguirían el camino de la capital. Aparentando la mayor cordialidad estrechó en un abrazo a don José Miguel y apretó con fuerza la mano de don Luis.

La presencia de algunos oficiales en casa de O’Higgins hizo que la noticia del arribo de los Carrera llegara conocimiento del ejército, y al instante fue el tema obligado de las conversaciones de cuartel. Accediendo a los insistentes pedidos del general en jefe, aceptaron su hospitalidad. O’Higgins comprendía que la mejor manera de evitar cualquier actividad de los hermanos era tenerlos cerca y vigilarlos personalmente. Las conversaciones sostenidas durante la comida lo convencieron del deseo que tenían de llegar a Santiago, pero nada pudo sacar en lim-

pio sobre sus intenciones futuras. Don José Miguel no dejaba traslucir sus pensamientos y se limitaba a exteriorizar su anhelo de abrazar a su padre y hermana.

Al día siguiente, y aún en cama, Carrera recibió la visita del coronel Francisco Calderón, ayudante del general en jefe, que iba a solicitarle que se abstuviera de presentarse en público, para evitar que se le hiciera objeto de vejaciones por parte de oficiales que le eran desafectos. Don José Miguel lo escuchó con disgusto y contestó:

—Amigo mío, si es eso lo que usted viene a pedirme, puede estar seguro de que no saldré si me sujetan con bayonetas...

El coronel se retiró, comprendiendo que era inútil insistir ante tan terca negativa. No fue más feliz O'Higgins, al hacerle presente:

—Debe usted, mi amigo, entre tantos favores que me ha dispensado, el de no salir usted ni su hermano a la calle; los oficiales enemigos de usted pueden cometer algún atentado, porque con la venida de ustedes están medio locos.

Amigo —contestó Carrera—, no haré jamás favores que me desagraden; si me mantengo en casa de usted creerán con justicia que tengo motivos para ocultarme, y mis amigos se extrañarán de que no los visite. Si es indispensable mi sujeción, sea por un arresto o por las bayonetas, los oficiales enemigos que quieren ofendernos corren por nuestra cuenta.

Había puesto tanto énfasis en sus últimas palabras, que O'Higgins comprendió que sólo la violencia sería capaz de retenerlo en casa y prefirió callar y, sin dar mayor importancia al caso, pasó con los hermanos al comedor. La conversación giró sobre asuntos baladíes pero cualquier observador medianamente capaz de analizar a ambos personajes podía darse cuenta del abismo que los separaba.

Al término de la comida los hermanos salieron a visitar a sus amigos y recorrer la ciudad, mientras el general en jefe ordenaba a algunos cuerpos permanecer en alerta para prevenir cualquier incidente. La atmósfera de Talca resultaba desagradable, y a la mañana siguiente montaban a caballo, escoltados por 2 dragones que les

proporcionó O'Higgins, y cuatro días más tarde se encontraban en la hacienda de San Miguel, después de recorrer los doscientos treinta kilómetros que los separaban de Talca. Don Ignacio, enflaquecido por una delicada enfermedad, mostrando en su rostro las huellas de las preocupaciones pasadas, y doña Javiera, postrada por otra dolencia, recibieron a los viajeros con las más tiernas muestras de alegría.

No tardó don José Miguel en informarse de la grave situación que vivía la capital con motivo de los acuerdos de Lircay y, para alejar cualquier enojo hacia su persona, escribió el mismo día de su llegada al director supremo, participándole su huida y los padecimientos sufridos en su cautividad de Chillán. La carta, lejos de tranquilizarlo, renovó las inquietudes que le produjo la noticia de don Bernardo sobre la presencia de los Carrera en su cuartel general. El espectro de la revolución se' hizo tangible para el poco animoso director y llenó de sobresaltos a sus colaboradores. Irisarri vio el peligro muy cerca e indujo a Lastra a ordenar el arresto del brigadier.

Para evitar sospechas, Lastra contestó a Carrera anunciándole que estaba a su servicio “en todo lo que no comprometiera la autoridad que ejercía” ; pero éste, que oteaba el peligro, tomó precauciones para evitar cualquier sorpresa, de modo que cuando se presentó en San Miguel el capitán Pablo Vargas con un grupo de fusileros para aprehenderlo junto con su hermano ambos se encontraban a salvo y fueron inútiles las pesquisas que se hicieron: nadie conocía el paradero de los prófugos.

La misteriosa desaparición molestó a Lastra y sus consejeros, descargando sobre O'Higgins sus reproches por haberlos dejado salir de Talca. El temor del gobierno caía sobre los hermanos y se llegó a poner precio a sus cabezas.

Cansado de esa vida errante, don José Miguel resolvió alejarse de Chile. Le causaba dolor dejar a su familia y a su novia, la hermosa Mercedes Fontecilla, pero deseaba tranquilidad y olvidó para tantas amarguras pasadas. Así fue como partió hacia el sur y tomó el camino de la cordillera frente a Curicó, para atravesarla por El Planchón. La época no era propicia y las tempestades

de nieve le cerraron el paso, debiendo regresar a Santiago. Allí renovó su vida de sobresaltos y maduró la caída del gobierno que con tanto ahínco lo perseguía. El momento se presentaba oportuno. Tomó contacto con sus partidarios y comenzó a capitalizar el descontento. No se necesitaba mucho para salir airoso de la empresa: “El directorio se había desprestigiado completamente después de la ratificación de los Tratados de Lircay”.

Refugiado en casa de amigos durante el día., y recurriendo al disfraz en las noches, desafiaba las iras de sus perseguidores que lo buscaban afanosamente. Por fin, la noche del 9 de julio, el teniente Blas Reyes conseguía aprehender a don Luis en casa de la hija del conde de, la Conquista doña Ana María Toro de Gamero, madre de dos oficiales muertos en acción de guerra en Chillán y Talca. De inmediato comenzó el sumario para conocer el paradero de don José Miguel, y como don Luis se negara a proporcionar ningún dato, se le arrestó en el cuartel de voluntarios, que mandaba el comandante Plata.

El ánimo de los habitantes de Santiago se reflejaba en la carta que Mackenna enviaba a O'Higgins, a propósito del informe solicitado por el gobierno sobre la conducta de los Carrera: Como mucha parte del pueblo no está impuesta de las infames intrigas que impidieron o entorpecieron la salida de Ud. de Concepción, cree que si los Carrera hubiesen estado en el mando, los enemigos no hubiesen pasado al Maule; así el honor de Ud. y el mio están interesados.

El pueblo comprendió que “Carrera hubiera quemado el último cartucho y habría, hecho matar al último chileno, antes que tratar, transigiendo lo que su talento le hacía comprender era intransigible: la independencia y el coloniaje”. Por esta razón en todas partes encontraba adeptos dispuestos a jugarse una carta por él y a desafiar la cólera de Lastra, que amenazaba con la muerte a quienes lo escondieran.

Junto con iniciarse el sumario, se publicaron edictos y solemnes bandos, citando a don José Miguel a compa-

recer ante la justicia y, como último plazo, se fijaba el 23 de julio. Y en tanto los partidarios de Carrera se movían en la sombra y combinaban sus planes para dar por tierra con el gobierno. Las guarniciones eran ganadas por oficiales adictos y los soldados aceptaban las insinuaciones que se les hacían. El Ejecutivo estaba al tanto de los manejos de los carrerinos; pero sus medidas se estrellaban contra el vacío. Nadie aparecía para servir los intereses del gobierno, ni se prestaba a delatar los puntos de refugio de los conspiradores. Las horas pasaban, los días también, y la inquietud cundía entre las autoridades. Mientras tanto, Carrera estaba oculto en casa de don Juan Enrique Rosales, donde tenía su cuartel general, y “recibía visitas y despachaba emisarios”, con lo que tenía alarmada a la familia.

Don Juan Enrique le reconviene a menudo por sus actuaciones revolucionarias y le repite a modo de advertencia:

—José Miguel, usted me compromete en mi amistad con el director supremo. ¿Qué diría de mí si supiera que usted está refugiado en mi casa, burlando en esta forma sus repetidos bandos? Mi deber es denunciarlo y si no lo hago es por la antigua amistad que me liga a la familia de ustedes.

Este, a quien por cariño el viejo Rosales llamaba “El Loco”, sabía muy bien que don Juan Enrique haría cualquier cosa antes de quitarle su protección y echaba a la chacota las advertencias del dueño de casa, para continuar sus manejos sediciosos.

Aquella casa, protegida por la amistad que su propietario cultivaba con el coronel Lastra, era su mejor refugio y hasta ella no alcanzaría la mano policial. A su abrigo oculta sus manejos y desconcierta a sus adversarios. Manuel Rodríguez, este inquieto abogado de inteligencia despejada y reconocida audacia, es su confidente. Rodríguez, el mismo que lo acompañó en sus pilatunadas del Colegio Carolino y en sus tareas de gobierno y conspiró contra él, le ofrece su casa y lo aloja en repetidas ocasiones, gozando con la manera de burlar a los soldados, que, por amor al premio, revuelven la ciudad en busca del prófugo. Ambos se divierten con la deses

peración de Irisarri y Mackenna, cuya actividad sólo les ha. entregado la persona de don Luis. Usan la noche para ocultar sus pasos, y cuando arrecia el aguacero en esos días de invierno, galopan por los húmedos caminos en de manda del llano de Portales, en los arrabales de la capital, para conferenciar con sus partidarios al abrigo de un inofensivo rancho. Entonces es Rodríguez el que hace guardia, protegiendo al atrevido húsar que desafía a los mandatarios, y luego regresan de madrugada a casa o se dirigen a divertirse con muchachas amigas al son de arpas y guitarras. Carrera no olvida en sus trajines revolucionarios sus diversiones y amoríos y su afición a las mujeres persiste, en forma continuada, hasta en el peligro.

Así llegó la noche del 22 de julio. Don José Miguel pasó el día en los molinos de Espejo, atacado de un fuerte cólico, y atendido por el médico don José Ríos; pero tan pronto pudo montar a caballo salió hacia Santiago, donde llegó a casa de Rosales. Este no se encontraba allí y en la antesala fue recibido por doña Mercedes Rosales de Pérez, a la que impuso del motivo de su presencia. La señora, alarmada, trataba de hacer desistir al testarudo joven de su intento y éste se burlaba de sus temores, contestando con alegres chanzas. La risa de don José Miguel exasperaba a la señora, mientras los minutos pasaban y se acercaba la hora de comida. Dos velas chisporroteaban en un candelabro de plata colocado en la sala, y cerca de su madre jugaba el pequeño Vicente, de 7 años de edad. El niño miraba con curiosidad la escena, y se impresionó cuando la señora, amenazando al joven con un abanico que tenía en la mano, le decía en tono severo:

—¡ Hasta cuándo eres loco, José Miguel...! ¡ Mira que al cabo te ha de suceder alguna desgracia; espera siquiera que llegue mi padre...!

Carrera, en ese momento, parecía más abstraído en otros pensamientos que en atender las razones de doña Mercedes, y volviéndose con ligereza hacia ella, después de consultar su reloj y lanzar una sonora carcajada, le dijo, recogiendo al mismo tiempo su sombrero:

—No tenga usted cuidado, misia Mercedita; haga

usted de cuenta que el pájaro ya está en la jaula y, por si acaso, asegure usted las puertas de la casa...

En seguida, haciendo un alegre ademán de despedida, agitando las manos, se dirigió hacia la salida de la cochera.

—¡ Válgame Dios..., que niño...! —exclamó doña Mercedes, viéndolo desaparecer.

A las tres de la madrugada los cuarteles de Santiago eran ocupados por los parciales de Carrera y la tropa se pronunciaba contra el gobierno, En la mañana, cuando expiraba el plazo con que el Ejecutivo lo citara a presentarse, aparecía ante los cuerpos formados en la Plaza de Armas, y éstos lo recibían con el mayor regocijo.

El director supremo, Irisarri, Mackenna y otros fueron tomados presos, y después de efectuarse un cabildo abierto en que don Gaspar Marín y don Manuel Recabarren protestaron por la destitución del gobierno, se nombraba una Junta de Gobierno compuesta por Carrera, don Manuel Muñoz Urzúa y el presbítero Julián Uribe, que “era una mezcla abigarrada de personalidades y de ideas, cuyo lazo común era Carrera”. “Muñoz era amigo personal” y “Uribe era un fraile revolucionario que daba a sus doctrinas de partido el carácter fanático de un dogma religioso, temperamento violento, impetuoso, sin escrúpulos en el ejercicio del poder”.

Completaba el gobierno don Carlos Rodríguez, en la secretaria de Guerra, y don Bernardo de Vera y Pintado, en la de Gobierno y Hacienda.

Vera había. sido siempre enemigo de Carrera; de todos modos fue una política hábil del presidente de la Junta llevar a su lado en el gobierno a un hombre que diera a sus adversarios garantías y les pudiera servir de lazo de unión en caso necesario”.

El pueblo miró con indiferencia el cambio de personas en el gobierno y nadie alzó la voz cuando salían desterrados Mackenna, Irisarri, Urizar y otros.

Irisarri abandonaba Santiago después del susto que recibió al caer en manos de su adversario, lo que lo llevó

A escribirle en términos tan tiernos y quejumbrosos que ponen de manifiesto su bajeza de alma. Sin duda pensó ser condenado a la pena capital y el espectro de la horca o el pelotón de fusileros lo llenó de pavor. Su actitud mereció de don José Miguel el desprecio que siempre sintió para los tímidos en la hora de peligro; y terminada de leer su carta, monologó:

—¡ Ah!..., se acabó el orgulloso gobernador-intendente... Sólo piensa en pedir perdón... ¡ Infame!... Cree que yo soy capaz de hacer con él lo que él habría hecho conmigo si caigo en sus manos...

LUCHA CONTRA O'HIGGINS. RANCAGUA

Las primeras medidas del gobierno fueron dirigidas a consolidar su situación; se removió a los miembros del Cabildo y del tribunal de apelaciones, reemplazándolos por personas adictas. En los pueblos y villas cercanas a la capital se hizo publicar por bando la formación de la nueva Junta, y el coronel Diego José Benavente llevó a O'Higgins comunicaciones sobre los sucesos del 23.

O'Higgins convocó a reunión a los oficiales del ejército hasta el grado de capitán, después de poner en arresto a Benavente, y les leyó las comunicaciones de la Junta. En breve discurso explicó la situación y terminó diciendo:

—Yo no deseo seguir más tiempo a la cabeza del ejército, pero tampoco quiere sacrificar la obediencia de la tropa, poniéndola a disposición de los que han escalado el gobierno por medio de un motín.

Sus palabras fueron recibidas con aprobación por los cuarenta oficiales asistentes y se acordó que “el ejército debía ponerse en marcha para poner a los pueblos en el pleno goce de sus derechos, y mientras no elijan una legítima autoridad que los rija deben resumirse todas las facultades en el señor general en jefe para que éste tome todas las medidas de seguridad que le dicten su prudencia y las circunstancias”.

Un cabildo abierto declaró no reconocer la Junta de Santiago y acordó, entre otras medidas, que “se debía formar una nueva Junta para acordar los medios que con-

sulten la libertad de los pueblos y el bien general de la nación”.

En cuanto a las comunicaciones que Benavente llevaba para Gaínza, fueron retenidas por O’Higgins. En ellas se solicitaba al realista el cumplimiento de lo pactado en Lircay, abandonando el territorio de Chile. El nuevo gobierno se daba cuenta de que lo único factible para ganar tiempo era cumplir lo acordado, así se libraría de la presencia del ejército español hasta consolidar su autoridad, libre de sobresaltos, desconociendo, como era natural, la reacción de O’Higgins.

Así las cosas, se recibía en el cuartel general de Talca oficio de Gaínza, en que comunicaba el cambio de gobierno en Santiago y manifestaba dudas sobre el cumplimiento del tratado, para terminar: Espero que usted me saque de estas dudas y que por el resultado de ellas no tenga ‘a mal la marcha de una división de quinientos hombres hasta las orillas del Maule, que custodie la seguridad interior de las provincias de mi mando.

O’Higgins no contestó, por lo que el jefe realista se dirigió a la Junta de Santiago y ésta le manifestó su decisión de hacer cumplir los acuerdos. Así se pensaba inmovilizar al ejército realista, con declaraciones tranquilizadoras y amistosas”, mientras se buscaba una solución con O’Higgins, que, sordo a toda insinuación y corto de vista para ver las proyecciones, amenazaba con marchar sobre Santiago si no se reponía en el mando al coronel Lastra.

Para dar sensación de realidad a las comunicaciones enviadas a Gaínza, la Junta promulgaba un bando en que se reanudaba el comercio marítimo con el Perú. Al mismo tiempo se trabajaba con actividad desconocida para reunir los medios que permitieran una defensa fuerte contra O’Higgins, que, desde la noticia del destierro de Mackenna, su entrañable amigo, había resuelto no ceder un palmo en su actitud, y el 6 de agosto marchaba con su vanguardia, para ser seguido, siete días más tarde, por el resto de sus fuerzas. Talca quedaba al cuidado del capitán Joaquín Prieto, con muy pocos soldados. De esta manera se abandonaba la línea del Maule al avance del

enemigo, que quedaba con sus fuerzas intactas en el sur.

Carrera, en tanto, trataba por todos los medios de llegar a una solución pacífica y enviaba al campo adversario dos representantes: don Antonio Hermida y don Ambrosio Rodríguez, para proponer que se reconociera a la Junta y que ambos generales quedaran al mando de un cuerpo de ejército y sometidos a la voluntad de un tercero, que se nombraría de común acuerdo. O'Higgins rechazó de plano todo entendimiento.

Sobre los destinos de Chile sonaba con voz trágica la carta de don José Miguel a su adversario:

No sé si es Ud. o soy yo el boa desnaturalizado chileno que quiere envolver a la patria en sus ruinas; lo cierto es que no debe proceder sin, que antes nos estrechemos e indaguemos la verdad. En manos de Ud. y mías está la salvación o destrucción de un millón de habitantes que tanto han trabajado por su libertad. Maldecido sea de Dios y de los hombres el que quiere hacer infructuosos tantos sacrificios. Salvemos a Chile o seamos odiados eternamente.

Inútil ruego, inútil imprecación... O'Higgins es hombre fuerte en sus odios y ahora, cuando ellos se han apoderado, por desgracia, de su mente, sólo ve al adversario a quien tiene en sus manos y puede destruir. La hora de la Patria Vieja estaba señalada, y cuando se empecina en contra de su odiado émulo, Osorio ya ha desembarcado en Talcahuano y cinco días más tarde entra en Chillán, donde las campanas lo reciben con general alborozo. Es el 18 de agosto y, por última vez, en Rancagua, representantes de Carrera lo llaman a la concordia. Se niega, y expresa que sólo las armas darán la solución.

Mientras O Higgins continua su marcha al norte y las tropas de Santiago se aprestaban para salir a detenerlo, el día 20 el presidente de la Junta llegaba hasta la Catedral para recibir por esposa a su novia, doña Mercedes Fontecilla. Las campanas de la vieja iglesia hirieron la claridad de la mañana y el general Carrera, vistiendo el glorioso uniforme de los húsares de la gran guardia, hecho

a semejanza de aquel que llevara en los campos de Talavera y Ocaña, salía en compañía de esa niña, a la que la desgracia iba a servir de madrina, arrastrándola entre la miseria y la amargura, a través de campamentos de gauchos y salvajes, y cuyas lágrimas mojaron el pan que sus hijos comieron en el destierro.

La Junta de Gobierno, con una firmeza y resolución dignas de mejor causa, preparaba la defensa de la capital. En esos días llegaban a Santiago 200 auxiliares, al mando del mayor don Juan Gregorio las Heras, y como este jefe protestara que le estaba prohibido mezclarse en luchas intestinas, Carrera le ordenó retirarse a Los Andes, para, días más tarde, solicitarle que cooperase a la defensa de Valparaíso, cuando la amenaza de Osorio era una realidad al norte del Cachapoal. De esta manera el presidente se enemistaba con los transandinos y aumentaba los parciales de su rival.

La principal dificultad con que se luchaba era la falta de fondos del erario. La caja fiscal se encontraba exhausta; las tropas que existían, impagas; el armamento, en mal estado e insuficiente para poner en pie de guerra una regular cantidad de soldados. Pasando por sobre las dificultades, se comenzó a preparar vestuario y equipo y se pudieron reunir poco más de 2.000 hombres, de escaso valer militar, que se pusieron bajo el mando de don Luis Carrera.

El ancho valle del Maipo iba a ser el escenario de la tragedia que se comenzaba a representar en Chile. Tras el canal de Ochagavía las fuerzas de Carrera esperaban a las contrarias, que avanzaban con sus guerrillas desplegadas, haciendo vivo fuego. El punto elegido fue Las Tres Acequias y en él don Luis colocó a su infantería, sostenida por la caballería de Benavente. La acción iniciada en la mañana terminaba a la caída de la noche con el triunfo de Carrera, merced a un hábil involucrimiento realizado por sus jinetes. O'Higgins, derrotado, dejaba en el campo "mas de cuarenta muertos y cien prisioneros" y sus fuerzas huían en dispersión, tratando de ganar la orilla izquierda. del Maipo.

La noticia de la victoria se esparció por la capital y Uribe ordenó echar al vuelo las campanas para celebrarla. Al día siguiente entraban en la ciudad los prisioneros, muchos de los cuales iban engrillados, para hacer más impresionante la ceremonia. Y mientras se celebraba el triunfo se presentaba un emisario del general español don Mariano Osorio, que llevaba una comunicación dirigida: “A los que mandan en Chile”. O’Higgins lo había recibido en su campamento al sur del Maipo, en las casas de doña Concepción Jara, y “contestó al parlamentario realista que nada podía hacer él en particular, y que debía entenderse con el gobierno de la capital.”

Los términos en que estaba concebida la nota eran duros: venimos, o con la oliva de la paz, con la espada y el fuego, a no dejar piedra sobre piedra con los pueblos que, sordos a mi voz, quieren seguir su propia ciega voluntad... Diez días daba de plazo para deponer las armas, lo que colocaba a los patriotas en la alternativa de aceptar o de prepararse en un tiempo mínimo para hacer frente a tan grave situación. O’Higgins ofrecía desde el sur olvidar lo pasado y colaborar a la reorganización del ejército, con la unión de todos los chilenos. Proponía la elección de un gobierno provisorio, “la reinstalación de los cabildantes destituidos por Carrera y la vuelta inmediata de los patriotas relegados”. Estas solicitudes llevaron la desconfianza en el ánimo de don José Miguel y demoraron los acuerdos. Por fin una conferencia sostenida el 2 de septiembre en los callejones de Tango, abrió el camino de la reconciliación. Al día siguiente O’Higgins iba a desmontar, muy de mañana, en casa de Carrera y ambos recorrían juntos los cuarteles y las calles de Santiago, para demostrar públicamente su unión y voluntad de defender la patria. Una proclama firmada por ambos comenzó a circular, manifestando que un mismo deseo, un mismo empeño, un mismo propósito animaba el corazón de los generales y de toda la oficialidad y terminaba en un llamado: .. La muerte será el término preciso del que recuerde las pasadas disensiones condenadas a un silencio imperturbable. Conciudadanos, compañeros

de armas, abrazaos y venid con nosotros a vengar a la patria, a afirmar su seguridad, su libertad, su prosperidad con el sublime triunfo de la unión. En esta forma los rivales de ayer trataban de devolver la fe a aquellos que la habían perdido por culpa del cúmulo de errores que se venían sucediendo desde tres años antes y que culminaban con la sangre derramada en Las Tres Acequias.

El 27 de agosto la Junta había contestado a Osorio su nota en forma altiva, de modo que no quedaba otra cosa que prepararse para la guerra. La faena que se presentaba era abrumadora: “había que habilitar maestranzas, reparar las armas y los elementos, fabricar municiones y vestuarios, reorganizar las unidades, instruir y disciplinar los reclutas, recoger los desertores, tonificar la hacienda pública recolectando fondos” y hacer frente a las fugas que realizaban los más comprometidos partidarios de cada caudillo, por temor a las represalias que pudieran tomar con motivo de la reconciliación. “En esas condiciones, hombres de uno y otro bando, abandonando su patria y su partido, fueron a buscar refugio en el ejército realista”.

El estado de las fuerzas de O’Higgins distaba mucho de ser halagüeño: sólo le restaban 897 infantes con fusiles, de los cuales 500 estaban en condiciones de uso inservible el resto. Sobre la base de estas tropas que tenían experiencia de guerra, había que reorganizar el ejército y colocarlo en pie de hacer frente a los 5.000 soldados que el adversario traía desde el sur. Verdad que los patriotas desconocían absolutamente la cantidad de efectivos con que contaba Osorio y se les apreciaba en una cifra cercana a los 3.000. Este error persistió hasta el final y fue causa de muchas apreciaciones equivocadas en los planes del general Carrera.

El gobierno ordenó un empréstito forzoso, que afectaba en especial a los realistas, y llevó a efecto la recolección de los cupos sin consideración, sometiendo a prisión a aquellos que tardaban en cubrirlos o vendiéndoles sus bienes para pagarse. Como un medio de conseguir fondos se acordó la libertad absoluta de los esclavos, rolándolos en las filas como hombres libres, con lo que

el ejército llegó a contar 3.927 plazas, de las cuales 2.000 eran reclutas carentes de instrucción y con pésimo armamento. La caballería era en su mayoría miliciano. El todo se agrupó en tres divisiones al mando de O'Higgins, don Juan José Carrera y del general en jefe, don José Miguel Carrera.

Con este ejército había que enfrentar a los 4.972 realistas y dieciocho cañones que marchaban en demanda de Santiago, sin tomar en cuenta que la disciplina, armamento, equipo y dirección sumaban tanto como su poder en hombres. El general Osorio y los coroneles Ballesteros, Montoya y Maroto eran soldados profesionales de buenos conocimientos militares. Los otros, como Quintanilla, Carvallo, Lantaño y Elorreaga, siendo oficiales de milicia, no desmentían a aquellos en valor y audacia, y sus conocimientos, si no eran los de los profesionales de la guerra, bastaban para hacerlos manejar con desenvoltura sus unidades en cualquier actividad. No quedaba, pues, a los patriotas otra alternativa que un empleo acertado de sus medios, apoyándose en una movilidad, actividad y audacia que contrarrestara su inferioridad numérica, y eso era pedir más de lo que ellos podían dar.

Los planes de campaña resultaron manzana de discordia para los generales patriotas. Mientras Carrera estimaba conveniente disputar el paso del Cachapoal y luego defenderse en la cuesta de Paine, aprovechando las alturas, jugando en retirada hacia el norte y desgastando a Osorio, O'Higgins creía necesario defender el río Cachapoal y posteriormente ocupar una segunda posición dentro de Rancagua. Tales ideas dieron motivo para serios desacuerdos: O'Higgins insistió en su pensamiento y Carrera, falto de carácter o de medios para hacer cumplir sus decisiones, aceptó que su oponente, con su división, pusiera en práctica su plan, debiendo ser auxiliado por las dos restantes.

En los primeros días de septiembre la división de vanguardia, al mando de O'Higgins, con 1.100 plazas de los mejores soldados, adelantaba su instrucción en el llano de Maipo y luego marchaba a la línea del Cachapoal. La seguía la segunda, con 1.850 hombres, y, más atrás, la de reserva, con 950, a cargo del general en jefe.

Carrera, a pesar de haber transigido con el plan de O'Higgins, no cesaba de recomendarle que, en caso de rechazo en la orilla norte del Cachapoal, sería mejor retirarse hacia la Angostura de Paine, lugar en el cual los obreros del canal de Maipo construían algunas fortificaciones que reforzaban el terreno. Pero no era sólo la diferencia de opiniones de los jefes el mal existente en el ejército, sino que, a pesar de su aparente reconciliación, oficiales y soldados seguían recriminándose y provocando altercados que llegaron, en repetidas ocasiones, hasta el uso de las armas.

Como el ultimátum de Osorio se había rechazado, con altanería, se enlutaron las banderas para exteriorizar la resolución de luchar hasta la muerte, y se apresuraron las medidas para evitar la ayuda por parte de las poblaciones o los españoles residentes. Pero a pesar del empeño puesto por Uribe para proveer el erario, el empréstito no alcanzó a cubrirse en su totalidad, con lo que se dificultó la recluta y concentración de la gente destinada al ejército. De nada sirvieron los severos castigos señalados para los morosos, o para los que propalaran noticias alarmantes, sino más bien para alejar a aquellos que veían en peligro sus bienes y que cundieran las cartas y clamores al campo realista, solicitando a Osorio apresurar su marcha. El mayor escarmiento que se hizo en aquellos días de ansiedad lo sufrió un pobre sastre llamado Romualdo Espíndola, sorprendido bordando una bandera española. Reducido a prisión, fue conducido una tarde hasta la Plaza de Armas, jinete en un burro y semidesnudo, y ante una enorme concurrencia que se había reunido para presenciar el castigo, se le aplicaron veinticinco azotes en cada esquina, para terminar con otros cien amarrado al rollo. El bárbaro castigo terminó con la víctima sin conocimiento y colmé de irritación a los realistas, pero el temor hizo callar las bocas y nadie se atrevió a manifestar su desagrado.

La intención de Carrera de ganar tiempo no había prosperado: Osorio no se dejó engañar con sus protestas de negociaciones y promesas de elegir la diputación que

debía representar al reino en España. El español ya no entraba por otro sendero que el de la sumisión sin restricciones y eso era demasiado pedir a los patriotas.

El 15 de septiembre se colocaba precio a la cabeza de Osorio y se tentaba a jefes, oficiales y soldados con buenas sumas para que abandonaran el campo realista y pasaran al servicio de la patria, sin ningún resultado. El enemigo continuaba su marcha al norte, mientras las enlutadas banderas de la Patria Vieja marchaban al frente de las columnas insurgentes.

Para el realista era imprescindible la victoria. Había echado sobre sí la responsabilidad de reconquistar Chile, desobedeciendo las órdenes de Abascal, en que le mandaba concurrir a algunos de los puertos del sur del Perú y reforzar las tropas del general Pezuela, amenazado por las de Buenos Aires que acababan de vencer en Montevideo. Atendiendo a su delicada situación, Osorio marchaba con precaución para no exponerse a un desastre. Asesorado por el coronel don Rafael Maroto, que efectuaba los servicios de un jefe de estado mayor, su ejército se movía con seguridad y cubría sus operaciones con la caballería de Elorreaga. Las informaciones que obtuvo del adversario lo convencieron de su debilidad y las posibilidades de destruirlo: no se equivocó.

El 29 de septiembre hizo su último llamado a la rendición incondicional y el 30 se acercaba al Cachapoal. Los patriotas habían colocado vigilancia en los pasos, y en el de Las Quiscas, dos leguas al poniente de Rancagua, se encontraba el capitán Rafael Anguita con 20 dragones. La noche era excepcionalmente oscura y Anguita, confiado, descuidó la vigilancia. Osorio eligió ese punto y comenzó a moverse hacia él a las nueve. Las disposiciones fueron cuidadosamente adoptadas para evitar un contratiempo y sorprender al adversario, y son uno de los mejores ejemplos de conducción militar en las campañas de Chile. Se prohibió terminantemente hablar o fumar y se farraron las ruedas de cureñas y carros para evitar el ruido contra las piedras, de modo que el avance se efectuara en silencio, amparado por la gran oscuridad reinante. El éxito fue completo, y cuando Anguita se dio cuenta de la maniobra,

la vanguardia realista estaba en posesión de la margen norte del río y amenazaba el flanco derecho de los patriotas.

En las primeras horas de la mañana el ejército realista se encontraba al norte del río, formado en batalla e interpuesto entre las divisiones de vanguardia y centro. O'Higgins hizo comunicar a don Juan José su retirada hacia Rancagua, temeroso de que Osorio lo batiera en detalle, invitándolo a un movimiento conjunto. Desgraciadamente el comandante en jefe patriota no se encontraba con sus fuerzas avanzadas, de modo que las fuerzas actuaban bajo el mando de sus respectivos comandantes y, por tanto, faltas de una coordinación superior. El puesto del general don José Miguel Carrera debía ser en esos momentos junto al Cachapoal y no en la división de reserva, colocado a retaguardia de su ejército. Por esta razón las medidas para la batalla no se tomaron por el comandante en jefe y las divisiones retrocedieron para juntarse, obligadas por el adversario. En ese momento Osorio movía sus fuerzas hacia el norte, acercándose a Rancagua de frente y cubierto por los escuadrones del coronel Asenjo y capitán Leandro Castilla.

Dentro de la ciudad se sumaron 1.900 hombres, saldo que quedaba después del desbande de las milicias de Aconcagua, pertenecientes a la división del centro y que, separadas del grueso, huyeron hacia la reserva a los primeros disparos: esto nos da una idea del valor de estas tropas de caballería que formaban en las filas patriotas.

O'Higgins echaba sobre sí la desobediencia a las órdenes del general en jefe, que le indicaban retirarse hacia la Angostura en caso de ser forzado por el adversario el paso del Cachapoal, pero las circunstancias lo obligaban a buscar un refugio para sus fuerzas, frente a una superioridad numérica y de medios que no le permitía batirse en campo abierto. Rancagua estaba preparada con trincheras abiertas en las calles por orden de O'Higgins, las que se ocuparon para resistir al enemigo, que avanzaba en todas direcciones, cerrando el cerco sobre la ciudad.

Don José Miguel había sido avisado por O'Higgins de -la presencia del enemigo al norte del Cachapoal, y a

ello obedeció la orden de retirarse, pero conocedor de que éste obligaba a retroceder hacia Rancagua, acercó la tercera división hasta una legua al norte de la ciudad y la colocó en la Quinta de Olivos.

El combate se desarrollaba fieramente en Rancagua y desde el lugar donde se encontraba la división de reserva se escuchaba el intenso y sostenido cañoneo. Carrera hizo ocupar con la caballería, que mandaba el teniente coronel José María Benavente, y el batallón de libertos el callejón que, desde la Quinta de Olivos, conducía a Rancagua, y allí esperó que los sitiados, de acuerdo con las órdenes que mandaba a O'Higgins, trataran de romper el cerco para unirse a sus fuerzas. Sin embargo, nada hizo para aliviar el movimiento y permaneció inactivo durante todo el resto de la tarde del día 19 de octubre.

La noche cayó y al amanecer del 2 llegaba hasta la división un soldado de dragones disfrazado de mujer, con un mensaje del general O'Higgins. Don José Miguel pudo leer a la luz de un velón que alumbraba la estancia donde se encontraba: Si vienen municiones y carga a tercera División, todo es hecho. Contestó en otro pedazo de papel: Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta división; para salvar a Chile se necesita un momento de resolución.

Efectivamente, al amanecer del domingo 2 la división de reserva se ponía en movimiento, hasta alcanzar a unos 1.500 metros de las afueras de Rancagua, donde se encontró con la caballería de Elorreaga, que la detuvo hasta el mediodía. A esta hora, y sin intentar un nuevo esfuerzo, el general Carrera ordenaba su repliegue, dando por fracasado su ataque. El avance de la división, que fuera saludado con los sones de las campanas de la torre de la iglesia de la Merced, elevando el entusiasmo de los sitiados de Rancagua, se convertía en retirada, en medio de un impresionante silencio que venía desde el escenario de la lucha. Los fusiles habían cesado de disparar y los cañones de ambos bandos enmudecían en una pausa que se tomaban los combatientes para reponerse de tantas fatigas y emociones. Don José Miguel pensó que

la ciudad se había rendido y que era inútil esperar una salida de sus defensores. Aceptando la situación creada por la derrota, retornaba al norte para hacer la última defensa en la Angostura de Paine. En ese momento su estrella se ponía definitivamente en el horizonte de Chile y se levantaba la de O'Higgins que, a golpe de sable y con el pecho de sus caballos, rompía con sus soldados el cerco de Rancagua, salvando, si no su ejército, al menos el honor de las banderas de la patria.

Rancagua sucumbía envuelta en el humo y consumida por las llamas de los incendios que los realistas provocaron para obligar a los patriotas a rendirse, En la penumbra de un crepúsculo lleno de amargura, se ahondaban las divisiones que hacían presa del ejército y causaron todas las desgracias. La incomprensión y la ignorancia de la época, hechas carne en los actores que representaron, en el gran proscenio nacional, las escenas de la Patria Vieja, hicieron que el epílogo fuera una tragedia. De nada sirvió que pusieran buena fe en sus últimos actos, cuando no supieron desprenderse de sus pasiones y rencores. Ninguno supo esperar, ni tuvo paciencia para ello; precipitaron los acontecimientos con rapidez vertiginosa, y, sin tener la capacidad necesaria para encauzarlos, terminaron aplastados bajo el peso de las armas del brigadier Osorio. Sus odios se cebaron en el mutuo desprestigio, y el resultado fue la destrucción de la herramienta con que debían levantar el pedestal de la emancipación: el ejército, y causó la profunda separación de los partidarios de O'Higgins y Carrera, causa de muchos de los males que siguieron a continuación.

Mientras se desarrollaba la batalla de Rancagua, la capital vivía momentos de zozobra. Los más comprometidos en la causa revolucionaria hacían sus preparativos para marchar fuera de Santiago y escapar a las persecuciones que, necesariamente, tendrían que venir en caso de volver los españoles al poder. El presbítero Uribe, que reemplazaba a Carrera en la presidencia de la Junta, extremaba las medidas para conseguir elementos con los cuales organizar una nueva resistencia en caso de derrota.

Por desgracia, la derrota llegó y las fuerzas de don José Miguel que retornaban desde el sur hicieron conocer la verdad. El presidente entró en la ciudad en la madrugada del 3 y de inmediato comenzó a hacer frente a la angustiada situación. Reunido el gobierno, se acordó continuar la resistencia desde las provincias del norte de Santiago, y para ello se mandó reunir las milicias y se fijó Santa Rosa de los Andes como primer punto de concentración.

Todo era inútil: la noticia de la derrota de Rancagua se esparcía con la velocidad del rayo, y, al conocerla, las milicias que venían en marcha desde Melipilla y los refuerzos salidos de Santiago se dispersaron a los cuatro vientos. La consternación y el desaliento llenaban la capital y muchos sólo pensaban en reunir algunos caudales que les permitieran vivir lejos de ‘las represalias realistas y fijaban sus miras en Mendoza, queriendo colocar la cordillera entre los invasores y sus espaldas.

El camino a Los Andes comenzó a cubrirse de fugitivos: carruajes que llevaban familias; hombres y mujeres de a caballo; muchos a pie, se alejaban hacia el norte en busca de refugio. En los rostros iba pintada la desesperación, el miedo, el desencanto, y el único anhelo de sus corazones era llegar cuanto antes a las Provincias Unidas.

En medio de ese cuadro, “don José Miguel no se dejó abatir”. Con actividad tomó las medidas que le dictaba su criterio para hacer menos grave el desastre y privar a’ los realistas de los recursos que pudieran servirles para continuar la guerra. Se recogieron la plata labrada y los caudales públicos, se destruyeron la administración de tabacos y los depósitos del ejército. Se prendió fuego a la fábrica de fusiles, de pólvora y molinos, guardándose la imprenta para conducirla con las tropas. Todos los documentos públicos se incineraron, con objeto de no dejar huellas que pudieran servir a Osorio para tomar represalias.

Después de dejar patrullas civiles con armas para proteger a la población del saqueo, el general seguía a las tropas que habían salido al norte, dejando Santiago al oscurecer del 4 de octubre. Quedaba encargado de entregar la capital el vecino don Rafael Muñoz.

El 5 llegaba Carrera a Los Andes y ordenaba reunir todas las fuerzas disponibles; era tarde. Los auxiliares transandinos que mandaba Las Heras se negaban cumplir sus mandatos y tomaban el camino de la cordillera “seguidos de cerca por O’Higgins y muchos soldados”. La descomposición de los restos patriotas era completa. Divididos en dos grupos que se dirigían los más duros reproches, culpando mutuamente a sus jefes de la pérdida de la patria, dejaron más de un cadáver tendido en el camino.

Nada pudo contener la huida. Los auxiliares de Buenos Aires dieron el ejemplo y tras ellos siguieron civiles y soldados. La cordillera cubierta de nieve era un serio obstáculo para aquellos hombres y mujeres que marchaban arrastrando mil penalidades y sacrificios. Para colmo, Elorreaga se hizo presente en la cuesta de Chacabuco, aumentando el pánico.

Como si presintiera la suerte que iba a encontrar al otro lado de los Andes, Carrera permanecía en territorio chileno, moviéndose activamente para tratar de cambiar la suerte de las armas, y en un vano esfuerzo de reunir todos los soldados posibles avanzó hasta Santa Rosa, para conocer el último desastre: las partidas de Maruri y Molina habían desertado y Valparaíso quedaba, sin lucha, en manos españolas.

El 11 comenzó su retirada a la ladera de Los Papeles y el 12 estaba en Guardia Vieja. Sostuvo un último encuentro con los realistas y después de perder algunos hombres se retiraba al amparo del terreno y la noche, para llegar el 13 al amanecer a la cumbre de la cordillera. En su último encuentro se perdieron casi todos los caudales y efectos del ejército, arrojados al río para que no los tomara el enemigo.

Desde lo alto de la gran montaña, Carrera pudo mirar por postrera vez el valle de Aconcagua. Hacia el fondo envuelto en la bruma de la mañana quedaba el territorio de la patria. Era el último en retirarse, sirviendo de protección a aquella masa de desventurados que iban a buscar en otro suelo la tranquilidad que los invasores les ne-

gaban. Iba sin más patrimonio que su espada. Junto con él marchaban al destierro su joven esposa, doña Javiera, doña Ana Maria Cotapos y sus hermanos Juan José y Luis. Salían de Chile para buscar la mano amiga de los hijos del Plata, confiados en su generosidad. El sol alumbró sobre la cima los colores de la bandera azul, blanco y amarillo que descendía hacia el oriente, donde iba a eclipsarse para siempre...

IV
EL EXILIO – MENDOZA

Amanece el 13 de octubre de 1814. En la penumbra gris la cordillera de los Andes muestra su árido espinazo, emergiendo a trozos entre los pliegues de la sábana de nieve que la cubre. Barridas por el fuerte viento, las nubes huyen hacia el sur y plumillas sueltas se desprenden de los nevados conos de los volcanes, en vuelo a las quebradas. Un frío intenso corta las carnes. Hacia el oriente serpentea el camino a Mendoza, ubicada en la provincia de Cuyo, antiguo territorio del reino de Chile, que le fue segregado en 1778 por Carlos III, al crearse el virreinato del Plata, que este monarca entregó a don Pedro de Ceballos.

Como gobernador de la provincia se encuentra el coronel mayor don José de San Martín, el mismo que Carrera conoció en Cádiz como ayudante del general Solano.

La última mirada de don José Miguel abarcó en la lejanía los cerros del valle central y de la costa de Chile, semiborrados por la bruma y la distancia, y, volviendo los ojos, comenzó el descenso de la cordillera hacia el oriente. Junto con sus hermanos y sus esposas entraban en tierras extranjeras, formando parte de las 2.000 personas que la marea realista arrojaba fuera de las fronteras de la patria. O'Higgins con algunos soldados precedían la marcha. El largo camino recorrido quedaba jalonado con sus despojos y la nieve regada con sus lágrimas.

El 5 de octubre había escrito a San Martín en demanda de ayuda y éste remitió a Uspallata cerca de mil mulas, préstamo generoso de los habitantes de Mendoza, algún abrigo y víveres, mientras en la ciudad ordenaba preparar alojamiento para los fugitivos. La proximidad de Mendoza hacía renacer las esperanzas y olvidar las fatigas. Desgraciadamente, las rencillas que dividían a los parciales de los jefes chilenos iban a continuar y aun

a ahondarse muy pronto. San Martín, a quien los desterrados de julio habían predisposto contra los Carrera, al encontrarse con O'Higgins le encargó que pusiera orden en la columna e impidiera algunos desmanes que observó cometer a los soldados dispersos. El trato especialmente cariñoso que le dispensó no tardó en llegar a los oídos de don José Miguel Carrera y fue la chispa que produjo el incendio.

Orguloso hasta la exageración, creyó ver en esta actitud de San Martín una clara demostración de agravio a su persona y a su grado, de modo que, cuando se encontró con él, que, de a caballo y con sus ayudantes, presenciaba a la vera del camino el paso de los chilenos, continuó sin saludarlo ni dirigirle la mirada. Desde ese momento Carrera quedaba definitivamente descalificado en el concepto del gobernador, cuyo amor propio era tan grande como el suyo. La indignación que el hecho produjo en San Martín fue enorme, pero guardó silencio y prefirió callar en espera que una mejor ocasión le diera oportunidad de cobrar su desquite. El ejemplo de don José Miguel fue seguido por sus hermanos y algunos oficiales de su séquito. Esta falta de cortesía, inexcusable en esas circunstancias, perjudicaba a todos y ponía de manifiesto su difícil temperamento. San Martín no era hombre que se dejara burlar de esa manera., ni podía tolerar el gratuito agravio que se le infería delante de sus subalternos. Sin embargo, a pesar. de lo ocurrido, no se violentó, disimuló sus sentimientos y recibió a Carrera en el rancho que le servía de alojamiento y, con notable dominio de sí mismo, lo trató con cortesía y calma. Desde los lejanos días de España no habían vuelto a encontrar-se y las circunstancias los colocaban al frente en actitud hostil.

Carrera llevaba al gobernador sus quejas y las presentó en forma áspera, expresando:
—Tan pronto he pisado este territorio cuando mi autoridad y mi grado han sido desconocidos y usted ha dado orden de reconocer al brigadier O'Higgins, mi subalterno, como jefe de los chilenos que llegan a este país, en circunstancias que yo represento al superior, gobierno

de Chile. En esta forma, señor, se me infiere una grave injuria...

Sólo he ordenado en virtud de las prerrogativas que me corresponden como gobernador de estas provincias y dentro de mi jurisdicción. He visto una cantidad de soldados dispersos que cometían abusos y escándalos, saqueando los víveres que se remitieron para satisfacer la necesidad de todos. He mirado a los emigrados chilenos como mis hermanos y en tal sentido he dispuesto la ayuda, pero no estoy dispuesto a permitir excesos que perjudiquen los bienes o las vidas de estos pacíficos habitantes.

San Martín hablaba con calma, acentuando cuanto podía sus palabras.

—No sé cuáles sean los excesos y destrozos de que ‘usted habla, pero insisto en que se me ha faltado en mi calidad de jefe de las tropas chilenas, dando órdenes a mis subalternos.

—Repito a usted, general, que, deseoso de reprimir violencias inútiles, mandé reunir a los soldados dispersos, bajo las órdenes del brigadier O’Higgins, que es un jefe chileno, y con ello no creo haber ofendido a usted ni desconocido sus prerrogativas y empleo. Reconozco a usted como jefe de las fuerzas chilenas, pero no puedo permitir,’ que se rebaje mi autoridad de gobernador-intendente o se desconozcan las autoridades de mi país.

—Nadie ha desconocido su autoridad, y, sin embargo, se ha inferido otras injurias a algunos de mis subalternos. Al capitán Juan José Benavente se le ha amenazado con el sable y al teniente Ureta se le priva de su cabalgadura y se le ordena marchar a pie cargado con su silla. ¿ Es este proceder digno” de sufrirse...?

—Quien haya informado a usted estas groseras falsedades —contestó con firmeza San Martín— ha mentido señor general. Ni un solo soldado, menos un oficial o el último emigrado, ha sido tratado con desconsideración. Desafío a que se me presente quien haya padecido por mi culpa atropello de esta naturaleza...

La conversación entraba en un peligroso terreno, propicio al rompimiento, y tal actitud no entraba en los deseos de San Martín. Sabía que bastaba ‘poco para llevar

al chileno al choque, y en tal caso debería hacer respetar su autoridad y para ello no contaba con la fuerza. Sereno para buscar salida a una situación embarazosa, giró la conversación hacia una condescendencia, y cuando Carrera insistía en el reconocimiento de sus cargos y autoridad superior de las fuerzas chilenas, contestó:

—Yo nada tengo que ver en los asuntos internos de los chilenos, sino cuidar por el mantenimiento del orden en la provincia. Pido a usted, general, que se eviten los abusos y puede usted hacer desde hoy lo que juzgue prudente para el mantenimiento del orden y la disciplina de sus soldados. Para realizar una marcha ordenada, puede poner a su disposición los caballos que necesiten hasta llegar al campamento que se les destine en Mendoza.

Carrera y San Martín se separaban en aparente armonía, pero la entrevista, comentada por los oficiales chilenos, produjo un acalorado incidente que trascendió a los soldados y estuvo a punto de producir un encuentro armado. Desde ese momento las divisiones, que fueron causas determinantes de la guerra civil, derrota de Rancagua y pérdida de Chile, se acentuaron. O'Higgins y los suyos separaron tiendas definitivamente y se colocaron de parte del gobernador intendente de Cuyo.

El carácter altanero de los hermanos, impulsado por doña Javiera de Valdés, que, dejando esposo e hijos en Chile, compartía su suerte, los llevaba a peligrosos excesos de amor propio. De esta manera se hacían odiosos a los gobernantes civiles y militares de Mendoza, alejaban a los habitantes de su compañía y tornaban antipática la causa por la cual luchaban.

En la ciudad ocuparon con sus soldados el cuartel llamado de San Agustín y, al amparo de las bayonetas que tenían a sus órdenes, desconocieron o fingieron desconocer las disposiciones del gobernador.

Un nuevo incidente envolvió a don José Miguel con San Martín: éste le envió un oficio amenazador por no haber permitido el -registro de sus equipajes en la aduana de Villavicencio, cuyo origen era el reclamo que sobre el particular formulaba el oficial comisionado para revi-

sar las cargas y equipajes que se introducían a Mendoza.

Esta inútil formalidad de la cual el gobernador hizo caudal, envolvía el deseo de humillar a los Carrera y de cerciorarse de la efectividad del denuncia que se le hizo de ser portadores de “los caudales del Estado de Chile” y de la solicitud de que fueran secuestrados y empleados en el futuro en obtener la reconquista del país. San Martín se dejó llevar por la tentación y obró desafortunadamente y sin tino. Carrera hubo de aceptar el agravio que se le hacía por culpa de sus propios compatriotas, y el gobernador, siempre ávido de fondos, pudo cerciorarse de la falsedad del informe.

Carrera estampó su queja, ahora por escrito, y la contestación fue semejante a la que obtuvo en Uspallata. La antipatía se agudiza, ya que ninguno era hombre para olvidar ofensas; la generosidad nunca fue la virtud de San Martín, y en todos los actos de su vida el interés personal primó sobre cualquier otra consideración, alejando de su lado a quien no se rindió sin condiciones o hizo sombra a su vanidad. Si más tarde puso empeño en la libertad de Chile, no fue por amor a este país, aun cuando en sus informes se le dé el título de “envidiable”, sino porque convenía a sus planes, desde el momento que, con excelente visión de estratega, era su convencimiento de que sólo así se podía herir a España en el corazón de sus colonias sudamericanas y alejar sus tropas del norte argentino, usándolo como base para un futuro ataque al virreinato del Perú. El ojo certero de San Martín abarcó el conjunto y su apreciación fue genial. Si ella hubiera sido diferente en su plan, nadie lo hubiese llevado a Mendoza o movido a traspasar los Andes, como no lo movió la situación de su patria para poner fin a la anarquía naciente.

El carácter del chileno no se conformaba con su ambición; de aquí que “la principal razón que tuvo, entre otras tantas, para sacrificar a Carrera, fue la convicción de que no encontraría en él a un subalterno-y sí siempre a un igual, cuando no un superior”. Por eso, al descubrir en O’Higgins a un hombre dúctil a sus planes, lo atrajo hacia sí, y no se equivocó, ya que sin este hom-

bre, cuya modestia resultó a la postre perjudicial a su enorme sacrificio, nunca hubiera llegado a ser el Protector del Perú.

La presencia de los Carrera en Mendoza creaba una difícil situación al gobernador, por la intolerancia en reconocer su autoridad. Don José Miguel deseaba continuar actuando con independencia absoluta de los gobernantes del Plata y eso no era posible ni aceptable. El coronel argentino era la encarnación de otro poder cuya cabeza estaba en Buenos Aires: la Logia Lautarina, San Martín y Carlos María de Alvear la habían fundado en esta ciudad. Para los intereses de la Logia y de sus miembros Carrera debía ser sacrificado.. y lo fue.

El cuartel de San Agustín se había convertido en el refugio de los enemigos de San Martín y O'Higgins. Las divisiones se hicieron más notorias y los habitantes de Mendoza temían, y con razón, que cualquier día se produjera un tiroteo de proporciones entre los soldados chilenos. La nerviosidad ambiente era contagiosa y llegó al colmo cuando “una partida de húsares de la gran guardia arrancó de manos de la fuerza de policía de Mendoza a un soldado chileno que, por sentencia del alcalde de primer voto, marchaba a la cárcel en castigo de sus delitos”.

En el deseo de, terminar con tan lamentable estado de cosas, San Martín expidió un decreto donde ordenaba a Carrera, Uribe y Muñoz, los representantes de la fenecida Junta de Chile, y otros marchar a San Luis de la Punta. Todos se negaron altivamente, y don José Miguel, por escrito, le manifestaba que primero será descuartizarme que dejar yo de sostener los derechos de mi patria. El enojo del gobernador subió al rojo blanco, pero supo disimular y sostuvo una entrevista con Carrera, en términos amistosos, pocos días más tarde. Este quedó convencido de que sus amenazas habían surtido todo el efecto que buscaba e impuesto respeto a su adversario. Nunca, como ese día, salió más engañado de la sala de despacho de San Martín, sobre los verdaderos contornos de su personalidad: la astucia, cualidad sobresaliente de su enemigo, lo había cogido... Desde ese momento descuidó su vigilancia y le permitió desarrollar su plan.

La partida de Mackenna e Irisarri a Buenos Aires despertó las suspicacias de los carrerinos y su jefe pidió pasaportes para enviar a la capital al vocal Uribe. “El sujeto elegido era notable por su carácter enérgico y sagacidad superior, cualidades ambas que lo recomendaban para el desempeño de su misión; pero que, por lo mismo, lo hacían temible a San Martín, cuya conducta iba a ser apasionadamente explicada ante el director supremo. Sin tomar más que esto en cuenta, se negó a dar el pasaporte pedido, pretextando que Uribe, como miembro de la Junta gubernativa de Chile, debía quedar en Mendoza hasta que el gobierno de Buenos Aires determinase algo sobre la autoridad de ese gobierno que él había reconocido hasta entonces.

Halagado con la respuesta, Carrera no insistió y San Martín esquivó el golpe entregando pasaportes para don Luis y don José María Benavente. El director supremo, don Gervasio Posadas, los recibió afablemente y obtuvieron la promesa que aquellos oficiales que no fueran asignados a las tropas chilenas que debían reforzar el ejército argentino del Alto Perú, serían colocados en algún pueblo de su elección, hasta que fuera posible emplearlos en una futura invasión de Chile. Posadas tenía la intención de poner a los soldados chilenos a las órdenes del general Rondeau, comandante en jefe del norte, y había impartido las disposiciones pertinentes a San Martín.

Ambos se apresuraron a informar a don José Miguel del resultado de sus gestiones ante el director supremo y manifestar sus esperanza de que pronto dejarían Mendoza, donde las suspicacias y recelos que se levantaban en torno a su personas les hacían pesada la atmósfera. Estas comunicaciones no llegaron a manos del general, sino a las de San Martín.

Desde que la conducta del chileno puso en peligro su autoridad, el gobernador de Cuyo se preocupó de reunir medios para hacerse respetar, y como observara la enemistad entre los partidarios de O’Higgins y Carrera, vio allí un auxiliar de sus planes, y sagazmente se atrajo a los primeros a su causa. No necesitaba mucho para inclinarlos a la destrucción de sus rivales, y con acuerdo del brigadier O’Higgins, cuya amistad y devoción comen-

zaban a ser sólidas, se convino en emplear las milicias de la provincia, apoyadas por el batallón de voluntarios de Las Heras y 300 soldados chilenos al mando de Alcázar, Prieto y Freire.

Una negativa del coronel Alcázar a cumplir una orden de Carrera fue el pretexto. Este protestó ante San Martín, y la respuesta fue el sitio del cuartel de -San Agustín en la mañana del 30 de octubre. Al amparo de dos cañones que se abocaron a la puerta, las fuerzas del gobernador desarmaron a los soldados de Carrera, mientras su jefe, don Juan José, el coronel Benavente y el presbítero Uribe eran conducidos presos a la sacristía de San Agustín y más tarde colocados en estrecho calabozo.

El ultraje hirió profundamente a aquellos hombres; pero mucho más la conducta de sus compatriotas que colaboraron con San Martín, y en enérgica protesta escrita, decían: “Cuarenta y ocho horas hace hoy que presos en este cuartel estamos como expuestos a la expectación pública. Un cuarto asqueroso y reducido, guardado por un centinela, es el destinado para nuestra habitación Apenas caben las camas y nosotros de pie. No se permite cerrar la puerta y dormimos con vela encendida para aumentar el calor que nos tiene enfermos;... Si no se nos da asilo en este país y somos por cualquier aspecto perjudiciales en él, dígasenos para acabar en el momento que se nos ordene. Cuando no a la justicia’, apelamos a la generosidad y ofertas de US.

Inútil clamor. San Martín era hombre frío en sus apreciaciones y necesitaba que su resolución fuese conocida y comentada en la ciudad para. prestigio de su autoridad menoscabada por la actitud de Carrera y los suyos, que sufrían las consecuencias de su orgullosa conducta y su falta. de tino para manejarse en las relaciones con el extranjero. Carrera nada podía tener de común con San Martín y su presencia era perjudicial a sus deseos, pues comprendía que, mientras gozara del afecto de sus soldados y conservara su ascendiente, éstos jamás obedecerían sus órdenes y serían elementos negativos- en su ejército. O’Higgins, por el contrario, era un subordinado sin ambiciones ni orgullo; modesto y desinteresado; colaborador sin condiciones y abnegado hasta el sacrificio; valiente y

decidido hasta la temeridad. El porvenir necesitaba de una acción conjunta, bajo un solo mando y una sola inspiración, y éste era el hombre preciso.

San Martín hizo reconocer por comandante del cuartel de San Agustín al coronel Marcos Balcarce y dispuso al alistamiento de los soldados en las fuerzas destinadas al Alto Perú. El cambio de bandera no fue del agrado de Los chilenos, y cuando se les pidió su decisión, sólo dos salieron de la fila para enrolarse en el ejército argentino. La negativa puso fuera de sí a San Martín y, para hacer pesar su voluntad, dispuso que fueran expulsados del cuartel, lo que se cumplió con más violencia que beneficio. Triste espectáculo y lamentable fin de los que sirvieron con fe la causa de la revolución chilena y que se vieron arrastrados a esta situación por las rencillas de sus jefes. O'Higgins y Carrera son tan responsables el uno como el otro: ninguno supo deponer sus pasiones y prefirieron la humillación de sus soldados y compatriotas antes que hacer causa común. San Martín cumplió con su deber e hizo respetar su autoridad, aun extremando la dureza.

La prisión de los chilenos dio motivo a San Martín para practicar otro registro en sus equipajes, en la esperanza de encontrar los caudales de oro y plata que se decía que ocultaban. “Desde que ellos llegaron a Mendoza, San Martín había querido poner ese dinero en las arcas fiscales de aquella provincia, a fin de hacerlo servir en la realización de sus proyectos de futuras campañas”. Para alíó nombró una comisión compuesta de los más connotados enemigos del general Carrera, como eran el coronel Fernando Urizar, el licenciado Miguel Zañartu y el contador Francisco Prast, los que, quitando cuanto pudieron, alcanzaron a reunir con gran trabajo cerca de 100 marcos de plata, cantidad exigua para las esperanzas cifradas. En la última resistencia presentada a los realistas en la ladera de Los Papeles, éstos se apoderaron de as diecinueve cargas que conducían la plata labrada y los objetos que los patriotas llevaban de Chile. Lo que ahora

se ingresaba en arcas fiscales de Mendoza eran sus bienes personales, esperanza que llevaban para una existencia sin miserias. Las consecuencias de este acto de arbitrariedad del gobernador fueron las penalidades a que se vieron arrastrados los Carrera y sus partidarios en Buenos Aires. Al dar cuenta de su actividad para cautelar los bienes del gobierno de Chile, expresa: “Los caudales sacados de Chile por don José Miguel Carrera no pueden ni deben ser propiedad suya o de su familia: si yo los he hecho depositar en las arcas de esta provincia, ha sido con el objeto de hacerlos servir más tarde en beneficio de aquel país”.

Cansados de una vida que prometía ser dura, los chilenos solicitaron que se les permitiera viajar a Buenos Aires, y San Martín activó los medios para que realizaran, cuanto antes, sus deseos. En una larga caravana de carretas y con 400 pesos que entregó al coronel Andrés del Alcázar, hizo salir a los emigrados de Mendoza y con ellos a 800 soldados, en un viaje a través de las pampas que iba a durar dos meses.

Un mensajero se adelantó a llevar al director Posadas la noticia de la marcha de los chilenos hacia el este, a fin de que dispusiera lo que estimara conveniente.

La situación era aflictiva para los Carrera, sometidos a estrecha y arbitraria prisión por San Martín. Sus esposas y hermana vivían en la ciudad, miradas con desconfianza por los mendocinos y los chilenos rivales. Doña Javiera, acostumbrada a la cortesía de la sociedad de Santiago, y a ser considerada por su elevado rango y posición social, era la que más vivamente sentía estos desaires de gentes a quienes despreciaba con toda su alma. La madre y hermana de O’Higgins, con quienes en alguna ocasión se encontró en la calle, y el mismo brigadier, fueron víctimas de su desdén, y la orgullosa señora pasó a su lado sin dignarse dirigirles la mirada. En sus conversaciones, don Bernardo no era otro que “Riquelme”, y se complacía en nombrarlo de esta manera o hacer una despectiva alusión a su origen, ante personas que sabía iban a decírselo. Así se atrajo el odio de doña Isabel y doña Rosa, haciendo más fuerte el de O’Higgins, cuya madre y hermana formaban todo su cariño. Los resulta-

dos se vieron muy pronto, ya que éste, incapaz de olvidar por temperamento, puso todo su empeño en la destrucción de sus enemigos.

Llegaron los primeros días de noviembre y la atmósfera no se despejaba en Mendoza, por lo que San Martín creyó necesario para su tranquilidad alejar lo antes posible a la familia Carrera, y el 3 los hizo subir a un pesado carruaje e, en compañía de Uribe y Benavente, y ordenó su marcha a Buenos Aires. Como escolta llevaban 20 dragones, a los que mandaba el teniente Agustín López, oficial chileno que miraba, con profunda antipatía a los hermanos y que durante el viaje no escatimó medios para hacerles desagradable su situación.

En San Luis fueron desembarcados don Juan José y su esposa, continuando el viaje hasta Luján don José Miguel y los suyos. Durante el camino un enojoso incidente ocurrido a O'Higgins motivó un reclamo suyo ante San Martín: la pérdida de tres caballos que le sustrajeron ordenanzas desertores, hizo escribir al brigadier: La causa de su fuga pienso será al mal ejemplo de los Carrera., quienes, me aseguran, aconsejaron a. los soldados que aún no estaban corrompidos se pasaran. al enemigo antes que servir bajo las banderas de Buenos Aires.

Esta ingrata e injusta apreciación dio pie a San Martín para contestar en diciembre a don Juan José, cuando éste le exponía su aflictiva situación con motivo del secuestro de que se le hizo 'víctima en Mendoza, que pagara 20 pesos que "había defraudado en una posta y devolviera los tres caballos de cuya desaparición se había quejado O'Higgins, agregando que no fuese tan imprudente que quisiese apropiarse de lo ajeno", con lo que motivó una áspera respuesta del chileno, que, herido en su amor propio, le reprochaba "que un jefe, que debe ser el ejemplo de moderación, provocase con tanta grosería a un particular de educación y por lo mismo sensible y delicado a un insulto".

Indignado con la respuesta que él había provocado con su falta de tacto, San Martín ofició al gobernador de San Luis e hizo salir hacia Buenos Aires a los esposos. bajo vigilancia de un cabo y cuatro soldados.

En Luján, pueblo situado sesenta kilómetros al poniente de Buenos Aires, el teniente López puso en libertad a los chilenos en cumplimiento a disposiciones recibidas del director supremo, don Gervasio Posadas. Antes de permitir que don José Miguel continuara su viaje a la capital, el indecoroso oficial solicitó que le fuera entregada la suma de cincuenta pesos como gratificación de la escolta.

—Vea usted la situación afligida en que me encuentro por falta de dinero y comprenderá que no puedo acceder a su petición —contestó el general.

—No voy a cansarme rogándole que me entregue la cantidad que solicito —manifestó con altanería López— Sepa usted que si no los obtengo inmediatamente entregaré al saqueo de mis soldados los equipajes de ustedes.

Carrera habría deseado castigar la insolencia y maldad de su compatriota, pero éste se apoyaba en las bayonetas de sus soldados y en las órdenes de San Martín y le fue forzoso ceder a la amenaza. Entregado el dinero, López le extendió un documento de constancia en los términos siguientes: Recibí del señor José Miguel de Garrea. la cantidad de \$ 50 para. socorro de la escolta que está a. mi cargo, y que por orden ‘del gobernador-intendente de Mendoza. he exigido de dicho señor.

La resolución de Buenos Aires de dejarlos en completa libertad -hizo concebir a don José Miguel un cambio en la situación y apoyo del director supremo argentino, y bajo estas lisonjeras esperanzas reanudó su viaje, para entrar en la. capital de las Provincias Unidas el 24 de noviembre. Allí lo esperaba una desagradable sorpresa: don Luis se encontraba en la cárcel bajo acusación de asesinato del brigadier Mackenna. Las leyes de Buenos Aires eran terminantes, y el coronel chileno debía recibir la pena de muerte. Irisarri era el principal actor para mover la opinión de la ciudad y de las autoridades en contra de don Luis y, con maña, presentaba los hechos y los deformaba a su sabor, para hacer odiosa la actitud del victimario, hasta que logró formar conciencia de que Mackenna había sido asesinado, en circunstancias que la verdad era otra y su muerte el producto de un duelo.

Desde su llegada a Buenos Aires, don Luis pudo cerciorarse de las intrigas que Mackenna e Irisarri tejían contra ellos, por lo que se violentó. Hasta sus oídos llegaban diariamente los chismes que algunos le llevaban para darle a conocer las expresiones de Mackenna y la campaña de desprestigio en que estaba empeñado,, hasta no perdonar “medios para desconcepar a Carrera, haciendo valer las relaciones que había contraído en los ejércitos españoles con algunas personas que figuraban en primera escala en la revolución argentina, o las amistades que le preparaba su influjo y las cartas que traía de San Martín y sus parciales”.

Don Luis creyó necesario, para poner a cubierto su honor, llamar a Mackenna a este terreno, y le dirigió una carta de desafío. El duelo fue una realidad y, al caer la noche del 21 de noviembre, Mackenna se dirigió a un arrabal de Buenos Aires, en el lugar denominado el Bajo de la Residencia, en las orillas del Plata, acompañado por el capitán Pablo Vargas. No tuvo que esperar mucho para que apareciera don Luis, junto al cirujano Carlos Hamphord y Guillermo Taylor. Cambiaron un cortés saludo, y, como cada duelista llevaba un par de pistolas, los padrinos procedieron a cargar primero las de don Luis y las presentaron a Mackenna. Este. escogió, tomando la otra su adversario. Colocados a doce pasos, Taylor dio la señal golpeando las manos. Con rápido medio giro hicieron fuego, sin que ninguno hubiera dado en el blanco. La bala de Mackenna había atravesado el sombrero de don Luis, mientras la de éste se había perdido.

Creendo los padrinos que se había satisfecho el honor de los adversarios, trataron de reconciliarlos e impedir un nuevo lance, pero don Luis Carrera expresó:

—No tengo inconveniente en olvidar lo pasado, siempre que el señor Mackenna se desdiga, delante de una concurrencia pública, de lo que ha hablado contra mí y mis hermanos.

—¡No me desdeciré jamás —exclamó el brigadier—; antes de hacerlo me batiré un día...

—¡Y yo me batiré dos... ! —gritó don Luis.

Desde ese momento quedaba cerrada la. puerta a toda reconciliación y don Luis se apresuró a tomar una de

las pistolas de Mackenna y a colocarse en su puesto, acción que éste imitó.

A una nueva señal de Taylor, dos detonaciones rompieron el silencio, y pasados unos segundos se vio vacilar a Mackenna y caer a tierra sin lanzar un quejido. El cirujano Hamphord y los testigos fueron hacia él, y a la luz de la luna, que asomaba sobre el mar, pudo ver el primero, después de romper el corbatín, una herida que le atravesaba la garganta. La bala de don Luis había rozado el cañón de la pistola de Mackenna y después de romper la llave y destrozarse el pulgar fue a cortar la yugular derecha de la tráquea, haciendo inútil toda intervención. Pocos instantes después el brigadier Mackenna expiraba, y todos se alejaron para sustraerse al castigo que la legislación de las Provincias Unidas imponía.

El cadáver de Mackenna quedó tirado en el mismo lugar de su muerte, y al día siguiente fue encontrado por transeúntes y la autoridad ordenó ponerlo bajo los arcos de la cárcel para que fuera reconocido. Hasta allí llegó Irisarri, al que la desaparición de su pariente tenía alarmado, y al levantar el capote militar que cubría el cuerpo, pudo constatar, con desesperación, la certeza de sus temores. No tardó en saber la verdad por boca del capitán Vargas, pero era necesario vengarse, y para ello no vaciló en recurrir a la mentira y se dio a propalar los más injustos cargos contra don Luis, que, por su denuncia, era tomado' preso y conducido a la cárcel. Irisarri tejió una historia de falsedades que contó a sus amigos y pronto la ciudad tuvo por cierto que Carrera había asesinado a Mackenna alevosamente. Las opiniones se cargaron hacia la víctima y se agitaron influencias ante las autoridades y el propio director supremo para conseguir un castigo ejemplar. De nada sirvieron las diligencias de Benavente para desvirtuar ante los hombres de gobierno las calumnias de Irisarri. Don Gervasio Posadas, ser de carácter pusilánime, veía acercarse a la capital las rencillas que en Mendoza hubo de sofocar San Martín y, alarmado, tomó partido contra los hermanos, sin querer averiguar las razones que movieron a don Luis a llegar hasta el campo de honor. Irisarri vio despejado

el camino para alcanzar, definitivamente, la perdición de la odiada familia.

En esta atmósfera hostil llegaba a actuar don José Miguel. Su primera preocupación fue conseguir la libertad de su hermano, cuya inocencia resultaba evidente en el crimen que se le imputaba. Por don José María Benavente se informó de los pormenores del duelo y más tarde el norteamericano Guillermo Taylor se encargó de ratificárselos.

Sin pérdida de tiempo solicitó una audiencia a Posadas, que éste le concedió. La recepción fue fría pero cortés y allí mostró una carta del capitán don Pablo Vargas en la que daba todos los detalles del desafío, y como testigo de Mackenna su veracidad no podía dudarse.

Nada valedero resultó de la entrevista y el chileno se retiró de palacio con vagas esperanzas.

Decidido a no perder la partida, comenzó a mover cuanta influencia le pareció buena y a acumular declaraciones de testigos y documentos. En estos trajines terminó el año 1814, cuando una situación imprevista se encargó de despejar el camino.

A fines de noviembre el director Posadas designó para el mando del ejército del Alto Perú al general Carlos María de Alvear, nombramiento que produjo la rebelión del 7 de diciembre y en que hicieron cabeza los coroneles Rodríguez y Pagola y los comandantes Forest y Benito Martínez. De esta manera continuó en el mando el general Rondeau, y Alvear que tuvo conocimiento de los sucesos en la Posta de Santa Cruz, en la provincia de Córdoba, hubo de regresar a Buenos Aires.

El desconocimiento de sus órdenes por el ejército del Alto Perú, movió al director Posadas a renunciar al mando y la Asamblea General la aceptó el 10 de enero de 1815, para nombrar en su reemplazo a Alvear.

Este hecho fortuito cambió la faz de los sucesos y don José Miguel, apelando a la amistad que lo unía con el nuevo director desde los días de España, obtuvo la libertad de su hermano.

Miembro de la Gran Logia de Buenos Aires, el general Alvear llegaba al poder a la edad de veintiséis años. De carácter impulsivo y audaz, tenía muchos puntos de

contacto con su antiguo compañero de armas : el general Carrera. Al ascender a la primera magistratura, llevaba la aureola de la rendición de Montevideo y un vehemente deseo de imprimir a su administración su fogosa personalidad.

Con la rapidez con que salía apreciar los cambios de fortuna, don José Miguel vio el momento favorable para rodear de prestigio su nombre y su persona acercándose al nuevo director. Con sagacidad se ganó' la estimación del ministro don Nicolás Herrera, lo que le permitió frecuentar las esferas administrativas de la capital y abrir muchas puertas que sus adversarios le habían cerrado.

Hábilmente comenzó a influir en el ánimo de Alvear para inclinarlo en contra de San Martín, lo que no era difícil, dado el encono que aquél le profesaba. A su advenimiento al poder había firmado el ascenso de San Martín a coronel mayor y ahora, un mes más tarde, lo sustituía por el coronel don Gregorio Ignacio Perdriel. No prosperó la esperanza de Carrera de ver alejado de Mendoza a San Martín, porque éste “supo astutamente contribuir a que no llegara a entrar su sucesor en posesión del cargo”. El Cabildo de la ciudad encabezó al pueblo para unirse a la protesta unánime por la destitución del gobernador-intendente, el cual “consintió, en seguida, en no alejarse de Mendoza”.

Mientras estas maniobras estaban en juego, Carrera presionaba en el ánimo de su amigo para inclinarlo a intentar la reconquista de Chile. “Animado por el más vivo entusiasmo, Carrera concebía en aquella capital los más variados planes de campaña; y, mirando con alto desprecio los obstáculos sin cuento que tenía que vencer para llevar a cabo tan atrevida empresa., pensaba que al fin de unos pocos meses habría conseguido devolver la libertad a su patria sin necesidad de un grueso ejército, ni de poner en juego los arbitrios de la astucia”.

La persona de Alvear era mirada con recelo en las Provincias: su juventud y la ostentación que hacía de sus actos le restaban simpatías, y la presencia de don José Miguel Carrera en su séquito servía a sus adversarios, a los que se sumaban muchos chilenos, para minar su po

sición de gobernante. No eran indiferentes a la manera de actuar del director supremo los jefes del ejército, que criticaban sus, aparatosas presentaciones rodeado por ayudantes y seguido siempre por una guardia de granaderos montada. La murmuración y la negativa del ejército del Alto Perú para someterse a sus órdenes, hacían débil su posición en el mando supremo, y la rivalidad que mantenía con el gobernador de Cuyo era su talón de Aquiles frente a sus enemigos.

Desde 1813 existía un divorcio entre Buenos Aires y Montevideo: el rechazo de la diputación de la provincia oriental por la Asamblea General de Buenos Aires movió al general Artigas a separarse del ejército sitiador de Montevideo, actitud que colmó la irritación al entonces director supremo, Gervasio Posadas, que lo declaró “infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria”,¹ y lo movió a recompensar con 6.000 pesos a quien lo entregara vivo o muerto.

Artigas respondió sublevando los pueblos de la Banda Oriental, Entre Ríos y Corrientes, y tomó para sí el título de “Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres”. Alvear quiso poner orden en el norte y encargó a su ministro Herrera llegar a un avenimiento con Artigas, pero éste, que había cruzado el Paraná e invadido Santa Fe, se negó a todo arreglo y amenazó con marchar sobre Buenos Aires.

El director resolvió reducirlo por las armas y marchó con el ejército de Buenos Aires contra el adversario. Mandaba la vanguardia el coronel Ignacio Alvarez Thomas, el que la noche del 3 de abril sublevó las tropas. Pronto otros cuerpos se unieron al pronunciamiento de Alvarez Thomas, que contó con el apoyo de “los ejércitos de Artigas en el litoral, de Rondeau en el norte y de San Martín en Mendoza”.

El 15 se sublevaban los cuerpos cívicos y estallaba la revolución en Buenos Aires. La Asamblea General fue disuelta, y el Cabildo de la capital, encabezado por el suegro de San Martín, don Francisco Antonio Escalada, asu-

mía el poder supremo. En un comienzo Alvear pensó en la resistencia con los soldados que le eran fieles, pero se vio abandonado y tuvo que refugiarse en un barco que lo condujo al extranjero. Al día siguiente el Cabildo designaba director supremo al general José Rondeau y en carácter de interino al coronel Alvarez. Las pasiones políticas aparecieron con vehemencia y los revolucionarios establecieron tres comisiones: militar, civil y de secuestros, encargadas de ‘juzgar a los miembros del gobierno depuesto’, que, como es natural en estos casos, iban a ser instrumentos de odiosidades y venganzas. “El procedimiento seguido por estas comisiones y las magistraturas especiales que entraban a funcionar, señalan este acontecimiento entre los más condenables de la historia judicial argentina.”

La amistad de Carrera con el director exonerado sirvió para hacerlos sospechosos al nuevo gobierno, hasta decretar la prisión de los tres hermanos. Conducidos a la cárcel de Buenos Aires, tuvieron la fortuna de encontrar en el seno del Cabildo a un defensor, y lo fue el chileno don Diego Antonio Barros, que, convencido de la injusticia con que sus adversarios los trataban, gestionó y obtuvo su libertad, después de cuatro días de arresto.

Libres, pero estrechados por la pobreza que, les impusiera San Martín con el secuestro de sus escasos bienes, debían buscar la forma de ganarse la vida en un medio que les era hostil. La sociedad y los círculos gubernativos les estaban cerrados y se les hacía difícil obtener los medios de subsistencia para sí y sus familias. La situación política que vivía la capital era poco favorable para cualquier empresa. Las persecuciones de personas por simples opiniones, o bien por considerárselas ligadas al partido de Alvear, llenaban de sobresaltos a los particulares. El espectro de la cárcel o de las confiscaciones estaba presente para todos. Para justificar la culpabilidad de los acusados, la Comisión Civil inventó el crimen de facción “que indicaba simplemente la disidencia de opiniones”, y las sentencias que dictó este tribunal fueron

“un monumento, o de cínica injusticia o de obcecación, de que la historia argentina presenta pocos ejemplos” La Comisión Militar actuaba en forma parecida bajo la presidencia del coronel Miguel Estanislao Soler, el mismo que más tarde iba a ser jefe de estado mayor de San Martín en el paso de los Andes. Los destierros y confiscación de bienes a militares crearon profundos resentimientos que repercutieron en las relaciones del mando del ejército y fueron la leña con que se alimentó la gran hoguera de la guerra civil. “Estos actos de venganza, que en su tiempo se consideraron por algunos como actos de moralidad y de justicia, y que fueron el resultado de las exigencias de la mayoría, de la opinión pública, enseñan hasta qué punto puedan las malas pasiones enceguecer a los pueblos, viciando su juicio y falseando su sentido moral”

Sin descorazonarse por estos obstáculos, don José Miguel Carrera dedicaba su tiempo a la elaboración de un plan de reconquista de su patria, que presentó al director interino Álvarez Thomas el 8 de mayo. Desde el principio las autoridades platenses hicieron presente su precaria situación económica para emprender tan vasta empresa y el plan fue remitido por el secretario de Estado suplente Tomás Guido al coronel San Martín, para su estudio y opinión técnica. Como era natural, éste lo desestimó, y le era necesario hacerlo, para poner en ejecución el suyo de reconquista de Chile y de empleo de este país como base para operar sobre el Perú.

Si bien es cierto que el contingente de 500 soldados y mil fusiles que el plan consultaba para invadir a Chile era exiguo, la contestación de San Martín deja en claro su resentimiento hacia Carrera y el abismo abierto entre los habitantes de ambas bandas. Aún quiero establecer otra hipótesis —escribe en su informe del 10 de junio de 1815—.Supongo dominado a Coquimbo y Huasco podríamos mantenernos allí con quinientos hombres, pues los que se hallan a mis órdenes no pueden obrar en unión de los chilenos, primero por su absoluta desnudez y lo segundo porque no sería prudente que se encargase a

manos de don José Miguel Carrera; aun en el caso en que fuesen mandados por un oficial de estas provincias. ¿Se persuade V.E. qué obedecerían. en el momento que pisasen aquel territorio? Con sentimiento mío digo a V.E. que la generalidad de los chilenos preferirían ser mandados por los enemigos ante que por cualquier individuo de las provincias.

Razón tenía el gobernador de Cuyo al apreciar que los chilenos no deseaban ser mandados por extranjeros, y esto que con tanta clarividencia veía no lo captó el general O'Higgins y fue causa de muchos males ocurridos en Chile y en el ejército libertador del Perú, hasta pesar en su caída del gobierno en 1828.

Desechada toda esperanza de encontrar ayuda en el gobierno de las Provincias Unidas, y después de recibir como última respuesta los agradecimientos por su celo patriótico y su interés por la suerte de la libertad de América del Sur, su infatigable cerebro se volvió hacia el norte y comenzó a pensar en un viaje a los Estados Unidos como medio de lograr. la ayuda que Buenos Aires le negaba. El proyecto era una quimera más; pero la voluntad del general era realizarla.

Por aquel entonces el puerto de Buenos Aires era un hormiguero de marinos de muchas nacionalidades. Especialmente los había ingleses y norteamericanos, dedicados al comercio o al contrabando, ramos en que las armas tenían señalada preferencia por su amplio mercado. En las tabernas cercanas a los muelles, jugaban, bebían o cantaban marinos que hacían. su vida de aventuras, amigos ocasionales de quienes frecuentaban esos lugares. Muchos de ellos eran capitanes de barco, y otros, hombres de cierta cultura que buscaban compatriotas con quienes alternar y recibir informaciones de sus lejanas patrias. No escaseaban entre éstos algunos de verdadero valer, y hasta esos bajos fondos bonaerenses llegaban, a veces, el capitán William Brown, vencedor del almirante Michelena, frente a Montevideo, en mayo de 1814; el cirujano Hamphord o Mr. Watel Chitty. Otros más modestos, pero más presuntuosos, como los capitanes Jewett Smith. La taberna que poseía el ex capitán Guillermo

Taylor, el mismo que sirviera a don Luis como testigo en su duelo con Mackenna, era el centro de reunión de los norteamericanos, y, entre el humo de las pipas y el vaso de ron, se recordaban las hazañas de la lucha contra Inglaterra o una aventura con alguna muchacha dejada en los muelles de Nueva York o Baltimore. A veces los marineros borrachos se trababan en pendencia y el saldo de un muerto tirado en el camino de los muelles confirmaba el resultado de las rencillas.

Toda clase de aventureros llenaban las mesas de aquellas tabernas de Buenos Aires y banderas de muchas naciones ondeaban en los barcos que tenían ancladero en su abra. Por ese entonces la capital argentina comenzaba a adquirir ese carácter cosmopolita de su gente de puerto y se escuchaban cerca de sus muelles variadas y exóticas lenguas. En las noches la luz de los candiles iluminaba el recinto y el humo saturaba el aire, hasta volverlo denso y pesado, y cuando la claridad de la mañana comenzaba a anunciarse entre la espesa bruma que venía del río, los bebedores se marchaban en busca de sus barcos, o alguna pecadora hurtaba el cuerpo caminando apresurada hacia los chiribitiles de los barrios donde tenía su morada.

Alejados de la sociedad porteña, “cuyo acceso les vedaba por una parte la política y por otra sus escaseces y su orgullo, los tres hermanos Carrera se habían relacionado con preferencia entre esa gente advenediza de los puertos de mar”. Hasta la fonda de Taylor llegaba por las tardes don José Miguel en compañía de don Luis, y nunca faltaba algún amigo con quien entretener sus ocios en amable conversación. Allí trabó amistad con el capitán David William Jewett, hombre impulsivo y de cultura superficial, pero franco y audaz. La ágil expresión del chileno y su apasionado temperamento terminaron por captarle la voluntad del norteamericano y pronto estrecharon relaciones hasta vérselos casi todas las noches en la misma mesa. El círculo fue agrandándose y contó entre sus tertulios al capitán Brown y a su hermano Mr. Michel Brown. La conversación giraba sobre los más variados temas; pero el principal lo constituía la lucha por la independencia que libraban los pueblos americanos. Se

barajaban planes, algunos descabellados, pero que reflejaban el temperamento de aquellos hombres, muchos de ellos extraordinarios, dispuestos en cualquier momento a jugarse la vida en una sonada aventura. Allí nació y se discutió el plan de William Brown para recorrer en corso las costas del Pacífico. Los hombres que lo hicieron posible fueron los amigos del general en la mesa de la taberna del puerto: Mr. Watel Davis Chitty, el francés Bouchard y el impetuoso presbítero Julián Uribe. Carrera tomó parte en las acaloradas pero amigables discusiones y de su cerebro salieron muchas de las ideas que más tarde se realizaron contra la navegación española en las costas de Chile y Perú. Hasta la mesa llegaron muchos chilenos que sirvieron en las campañas de la Patria Vieja y formaron el núcleo de las fuerzas de desembarco que actuarían en la riesgosa y atrevida operación. Brown y sus asociados aceptaron a aquellos hombres probados por su audacia, y así Bouchard tomó a su servicio al capitán Ramón Freire y al alférez Juan José Fontecilla, hermano de la esposa del general.

El plan de corso de Brown tenía una variante terrestre ideada por Carrera. Una expedición a cargo del comandante Portus y de don Luis debía penetrar por los pasos de Coquimbo y darse la mano con la marítima en territorio chileno. La idea obsesionante de don José Miguel lo impulsaba siempre por el mismo terreno: obtener la libertad de su patria en cualquier forma, para abandonar las Provincias Unidas. Brown le había instado a acompañarlo, pero el general se negó, seguramente para dar realidad a su viaje a Río de Janeiro, ciudad que había llamado su atención y donde esperaba que la Regencia lo ayudara con elementos para su campaña en proyecto contra los españoles de Chile. Hasta ese momento no había confiado a nadie sus intenciones, y fuera de su amigo Jewett, que pronto partía a los Estados Unidos llevando una carta para su amigo el ex cónsul Poinsett y una clave para sus comunicaciones, ninguno estaba al corriente de sus pensamientos. Su deseo, expuesto a Jewett, era viajar a la Unión en caso de fracasar en el Brasil, Jewett le remitió sus primeros informes desde Río, instándolo a renunciar al viaje, por cuanto nada ganaría con entrevis-

tarse con el ministro norteamericano acreditado en la corte portuguesa exiliada en Brasil, dado su carácter poco estimable para sus propósitos. En cambio, le aseguraba éxito en la Unión, y así fue haciéndose más firme su voluntad de visitar los Estados Unidos y a esta idea consagró todas sus energías.

VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS

Por esos días la situación de los hermanos en Buenos Aires comenzaba a ser angustiosa. Para subsistir les había sido necesario recurrir a préstamos o empeños y para esto último sirvieron las pocas joyas que las mujeres llevaron de Chile. Don José Miguel logró salvar de la confiscación a que lo sometió San Martín cuatro barras de plata, que entregó en consignación al comerciante norteamericano Marcena Mosson, quien fue adelantándole dinero por ellas, hasta sobrepasar su valor, por lo que contrajo una deuda de 1.703 pesos, y que traspasó a los Estados Unidos, a Poinsett, “a cuenta de una suma de cinco mil pesos que éste había llevado en 1813 -a aquel país, del propio peculio de Carrera, para comprar una imprenta”. En consecuencia, no poseía nada para financiar el viaje a la Unión, donde pensaba obtener los recursos necesarios para dar libertad a su patria.

Entregarse así al azar, sin más medios que el deseo de encontrar apoyo para su magna empresa, resultaba a todas luces un desatino, que, para todo hombre cuerdo, sólo podía caber en un cerebro desequilibrado. Así se lo hizo presente su esposa, y doña Mercedes, deshecha en lágrimas, imploró y rogó que no la abandonara con su tierna hijita en un país extraño en que todos le eran indiferentes, cuando no hostiles.

Pero don José Miguel estaba resuelto y nada logró quitar de su cabeza la obsesionante idea. Doña Javiera y sus hermanos fueron de opinión que una empresa como la que pensaba realizar era una locura sin más base que sus ilusiones, desde el momento que carecía de recursos

para mover el interés de los comerciantes norteamericanos a financiar una expedición a las costas de Chile, que envolvía el riesgo de un fracaso. Todo debía ser financiado por quienes aceptaran la empresa: buques, armamentos, equipos, soldados... Era pedir lo imposible, y Carrera se creía capaz de hacer eso imposible...

Premunido de cartas credenciales que hizo firmar a Uribe y Muñoz, acreditándolo como agente del “Superior Gobierno de Chile”, iba a dar comienzo a su aventura. Estos documentos carecían de todo valor desde el momento que la reconquista había puesto término al gobierno revolucionario presidido por él. ¿Qué base tendría, entonces, para celebrar contratos y ultimar acuerdos en un país en que se le exigirían garantías de su cumplimiento? ¿Era acaso su posición social la que iba a invocar como fianza ante quienes tomaran a su cargo la tarea de equipar naves y soldados destinados a dar libertad a su patria? Ahora era un exiliado a quien las autoridades del país ‘que lo acogía miraban con desconfianza y negaban toda ayuda. Enemistado con gran parte de los más influyentes emigrados chilenos, sin representación efectiva de nadie, sólo podía confiar en su buena estrella y esa confianza tenía muy poca base de realidad. Pocos eran también los que esperaban algún éxito en los resultados de la empresa. El que más lo impulsó a realizar sus propósitos fue el capitán Jewett.

Para este norteamericano de aspecto duro y reservado, casi desagradable, la expedición proyectada era posible y de positivos beneficios para quienes quisieran tomarla a su cargo. Muchas veces lo había repetido mientras lanzaba al aire una gruesa bocanada de humo: “¡ Oh mister Carrera !.; vaya usted a nuestro país y encontrará seguramente muchos hombres dispuestos a ayudar a usted a reconquistar su patria.. “ Carrera lo escuchaba con atención hacer planes fantásticos de correrías y sabía de memoria sus aventuras como corsario, esquivando el encuentro con las naves de guerra españolas, cuando navegaba hacia el sur por el Atlántico, con cargamento de armas y equipos destinados a los insurrectos de Buenos Aires.

Inútiles fueron las razones que se le hicieron valer para que desistiera de sus propósitos. Con una tenacidad y firmeza incommovibles, dio comienzo a sus preparativos. Con el alma hecha trizas, su esposa le expresó:

—¿Vas a dejarme abandonada así, José Miguel?; piensa en nuestra hijita y en la criatura que está por nacer.

—No voy a dejarte abandonada, ¿pero qué quieres que haga, Mercedes, cuando debo buscar un medio para recuperar a nuestro Chile? Si no, nuestros enemigos jamás dejarán de calumniarnos y decir que por nuestra culpa los chilenos sufren el rigor de los tiranos.

—¿Pero qué puedes hacer tú en los Estados Unidos, sin dinero y sin relaciones para ayudarte a juntar elementos de guerra que valen mucho dinero y que nadie expondrá sin una garantía?

—No sé, Mercedes, lo que voy a hacer... pero creo que debo ir para justificar nuestro nombre ante aquellos ingratos que sólo ven en nosotros unos hombres ambiciosos, enemigos de su felicidad...

—~, Y mientras tanto, quién cuidará de nosotros...?

—Mientras esté ausente, que no será por mucho tiempo, Javiera y Luis se encargarán de ti y mi pequeñita.

Dona Mercedes, sentada en una silla, dejaba correr sus lágrimas frente a su testarudo esposo:

—¡ Ah, José Miguel!..., tú sabes cómo se nos trata en este país y cómo se recela de nosotros... Nuestros adversarios no cesan de inventar maldades para perdernos y hacer más difícil nuestra existencia.

—Lo sé, Mercedes; y es por eso que quiero encontrar el medio de libertar a Chile; para alejarme para siempre de estos hombres que han sido para nosotros peores que los mandones que tenía la patria y a quienes el cobarde Irisarri, Zañartu, el señor Riquelme y tantos otros han puesto contra nuestra familia... Comprendo que es difícil vencer en tales circunstancias en un país desconocido, pero tengo fe en que llegará el momento en que me escuchen y me ayuden y ése será el fin de nuestros sufrimientos...

—¡ Ah, esposo mío !~.. ¡ Cuántas ilusiones...! —exclamó doña Mercedes, secándose las lágrimas—. ¿ Por

qué no desistes de un viaje que a todos nos parece inútil?

—No, Mercedes...; voy a realizarlo, porque en él he cifrado todas mis esperanzas de libertar a Chile —contestó con resolución.

—Está bien, José Miguel; si ése es tu deseo, que Dios te ayude a ti y a nosotros; aquí tengo cuanto poseo y lo pongo en tus manos para ayudarte... Nada más me resta, y sabes que lo hago porque te amo tanto...

Doña Mercedes alargó a su esposo un pequeño envoltorio, al tiempo que se levantaba y salía de la modesta sala del hogar que les servía de recibo. Don José Miguel tomó aquello, que eran las últimas joyas de su esposa, y se dirigió a casa del comerciante irlandés Ricardo Orr, quien le entregó a cambio de ellas la suma de 1.000 pesos, cantidad insignificante para cubrir todos los gastos de su viaje.

Los amigos que frecuentaban la taberna de Taylor pusieron a don José Miguel en contacto con el capitán del bergantín Expedition, recién llegado a Buenos Aires con un cargamento de armas, pertenecientes a la firma D'Arcy y Didier. El capitán Smith no tuvo inconvenientes en aceptarlo a bordo y conducirlo a Estados Unidos. Llevando por compañía a don Mariano Benavente, que le servía de secretario, a su asistente Conde y un reducido equipaje, se embarcó el 9 de noviembre en Buenos Aires, después de encargar a don Luis el cuidado de su esposa e hijita. Iba a la ventura, confiado en sí mismo y en la Providencia, a enfrentarse con la realidad y el interés, hechos carne en los comerciantes norteamericanos. No conocía más de tres o cuatro personas en la Unión y a ellas pensaba entregarse para ejecutar la más audaz de sus obras.

El Expedition dejó atrás Punta del Este, en la costa uruguaya, y sus velas lo llevaron al norte, borrándose de la vista de los viajeros el litoral argentino, que, como una línea, se divisaba a través de la bruma que se levantaba de las aguas del Plata. El barco tocó la bahía de Río de Janeiro y continuó poco después para llegar sin contratiempos hasta Annapolis, capital del Estado de Ma-

ryland, donde desembarcó el 17 de enero de 1816, trasladándose el mismo día a Baltimore, ciudad. situada a diez kilómetros al norte y centro de gran importancia comercial.

Para cualquier otro que no hubiera sido don José Miguel, la primera contrariedad que le salió al paso habría sido suficiente para descorazonarlo: el idioma. Para conseguir sus deseos era indispensable entenderse con los productores de armas y los armadores de barcos hasta convencerlos de las pingües ganancias que les reportaría una expedición a Chile. El norteamericano era desconfiado hasta el momento que, abierto el horizonte, creía entrever una posibilidad de llenar la bolsa. Pero para llegar a demostrar esta utilidad era preciso hablarle y hacerlo con elocuencia, hasta llegar al convencimiento. Nada de eso podía realizar, ignorante como era del inglés. Por otra parte, desde su llegada pudo captar el ambiente poco favorable a sus deseos que existía en la Unión. El presidente James Madison y su ministro James Monroe no estaban dispuestos a secundar los planes revolucionarios contra España, por cuanto en esos días estaba en juego la compra de La Florida, territorio que los Estados Unidos deseaban adquirir para estructurar la fisonomía del país en la costa del Atlántico. Para estos gobernantes era indispensable mantener una neutralidad que les acarrearla la buena voluntad de España, además de no aparecer ingratos por la ayuda que ella les brindó para obtener su independencia de Inglaterra.

El 30 de noviembre de 1815 Monroe había dejado en claro una estricta neutralidad de la Unión al dar respuesta a una dura nota del ministro español don Luis de Onís. Esta nota no calmó por entero la desconfianza del ministro real, que se mantenía vigilante para denunciar cualquier intento de embarque de armas o envío de buques a los patriotas y desbaratar los planes de los agentes que éstos enviaban para ese objeto. El oficio del ministro Monroe confirmaba la determinación del presidente Madison dada a conocer al país el 15 de septiembre de 1815.

Así, las dificultades surgieron por todas partes desde que pisó tierras norteamericanas. Sin arredrarse por

ellas, buscó enlace con los dos amigos que vivían allí: el ex cónsul Poinsett y el comodoro David Porter, marino norteamericano que mandaba la fragata Essex cuando fue atacada en Valparaíso por el comodoro inglés Hillyar el 28 de marzo de 1814. Con anterioridad escribió al primero desde Buenos Aires, recordando su vieja amistad en Chile; exponía sus planes y le insinuaba su ayuda. Poinsett, que en aquel entonces residía en Charleston, Estado de Carolina del Sur, le contestó el 20 de enero, alentando un tanto sus esperanzas, pero recomendándole una excesiva circunspección y sigilo. Junto con su carta le remitía otra para el comodoro Porter encargándole a éste “manifestar alguna atención” para Carrera.

Mientras esperaba contestación de Poinsett, recibió una carta de Porter, a quien, en su impaciencia, había escrito el mismo día que lo hizo al ex cónsul. Llevaba fecha 18 y en ella el marino se manifestaba altamente complacido de su llegada y le informaba haber escrito al capitán Marcena Mosson, aquel que en Buenos Aires le adelantó dinero y que en Baltimore continuaba sus negocios de prestamista.

En la ciudad encontró a un amigo de Porter, Mr. William Shaw, ex comisario de la fragata Essex, el que le sirvió mucho para trabar relaciones con otras personas y sondear el ambiente y posibilidades de conseguir ayuda en las empresas relativas a los insurgentes sudamericanos.

Mr. Shaw se ofreció para acompañarlo a Washington y ponerlo en contacto con Porter, lo que aceptó de inmediato. El viaje lo realizaron el 25 de enero y Porter lo recibió con gran distinción, lo llevó a su casa y acompañó a conocer la capital de la Unión. Por ese entonces el comodoro pertenecía al Ministerio de Marina, como miembro de la Comisión de Asesores Navales de esa secretaría de Estado. Su posición le permitía ayudar con eficacia a su nuevo amigo y demostrarle su gratitud por las atenciones que recibiera en Chile de parte de sus hermanos, don Juan José y doña Javiera. Porter iba a ser un eficiente colaborador del chileno y una de las cartas de triunfo de su empresa.

Porter preparó a Carrera una entrevista con el presidente Madison, quien lo recibió en su casa en la tarde del 26 de enero. La conversación fue amable, pero no pudo sacar partido de ella por su desconocimiento del idioma, de manera que nada adelantó con el mandatario y en la noche fueron a visitar al ministro James Monroe, pero éste no se encontraba en casa.

La cercanía del ministro español y el peligro que entrañaba que descubriese los motivos que lo llevaron a los Estados Unidos, sumados al consejo de Poinsett, lo decidieron a regresar a Baltimore. Había logrado ser recibido por el presidente, y sobre todo hecho una amistad que le iba a resultar de gran provecho: el comerciante Enrique Didier, quien lo visitó, y el general devolvió la cortesía antes de salir de Washington.

En los últimos días de enero estaba en Baltimore. En la pensión que le servía de refugio, entretenía sus ocios en escribir algunos artículos de prensa, que fueron publicados por las gacetas de la ciudad, relacionados con la marcha de los asuntos sudamericanos. Carrera comenzaba a dar a conocer sus condiciones de periodista: escribía con facilidad, y su amigo el capitán Jewett se encargaba de traducir sus escritos al inglés.

David William Jewett había comenzado mucho tiempo antes sus relaciones con los sudamericanos, viajando entre Estados Unidos y la costa del Plata, de modo que conocía regularmente el idioma castellano. Sus viajes por el Caribe completaban su aprendizaje. Ahora se encontraba en Baltimore enredado en un asunto espinoso con las autoridades marítimas, relativo al comiso de un pequeño barco suyo, denunciado por los agentes del ministro Onís como contrabandista de armas destinadas a los insurrectos, y abrió los ojos de Carrera a la cautela y lo hizo ser más reservado en su trabajo.

Los días pasaban con lentitud desesperante y las entretenimientos de don José Miguel se concentraban en el estudio del idioma inglés, que tomó con dedicación para dar mayor amplitud y desenvoltura a sus conversaciones, ya que le resultaba peligroso el empleo de intérprete para el secreto que deseaba mantener.

Sospechoso de ser vigilado por los agentes de Onís, y con el deseo de ampliar sus relaciones, decidió viajar a Nueva York en los primeros días de febrero, para lo cual reservó pasajes en la diligencia del servicio bajo nombre supuesto. Dos días permaneció en Filadelfia y el 10 entraba en Nueva York. Aquí encontró agradable acogida en el seno de algunas familias a las que iba recomendado, y el 27 salía en compañía de su amigo Marcena Mosson a Connecticut, para residir por algunos días en el pequeño lugarejo de New Haven. En este pueblo recibió noticias de Poinsett, en una carta en que le hablaba de sus gestiones ante algunos comerciantes y lo invitaba a reunirse con él en Charleston, lo que seguramente habría hecho de no impedírselo la nieve que cubría los caminos.

Sus pensamientos estaban por ese entonces concentrados en su familia y la correspondencia con don Luis y su esposa absorbía sus preocupaciones. Con su hermano desahogaba su corazón oprimido por la indiferencia de los comerciantes para colaborar en la independencia de América del Sur y le informaba en detalle de sus gestiones y sus esperanzas. La lejanía de la patria y su felicidad bulle en su mente, y al 'escribir sobre ella al hermano más amado, le dice en carta confidencial de 12 de marzo: Si tienes la fortuna de pisar tu patria de tomar parte activa en su felicidad, acuérdate de las faltas que nos han perjudicado enmendémoslas. Inútil confidencia: sus enemigos no quieren nada con ellos y tratarán de alejarlos a cualquier precio. Los conocen y saben que no pueden servir sus propósitos como subalternos incondicionales y, por lo tanto, deben ser eliminados para dar cabida a aquellos que se prestan sin murmuración a cumplir los dictados de la Logia Lautarina, poder invisible pero poderoso, que obliga, bajo pena de muerte, a la subordinación y la obediencia.

A los pocos días de permanecer en New Haven regresa a Nueva York para dar mayor impulso a sus trabajos. Una desilusión grande lo espera: Poinsett comienza a eclipsarse y a olvidarlo. No quiere comprometer su situación y destruir su futuro diplomático. Sólo Porter permanece firme y mantiene su fe. Carrera le habla de

sus deseos de llevar a Chile una expedición naval que le permita poner pie en algún lugar de la costa y desde allí reunir otros medios para lanzarse contra los invasores del país. La expedición naval toma cuerpo en sus proyectos y la estampa en sus cartas: Quiero mucho que nuestra libertad empiece por donde empezó nuestra esclavitud, dice a don Luis, y luego le reprocha: Te olvidas que mis miras son marítimas, y nada me dices del estado del Pacífico. Carrera tiene bien clara la importancia que tiene el océano que baña las costas de su patria; sabe que el mar es el camino natural de Chile para la conquista de su grandeza y que su libertad se cimienta en el que quien sea dueño del Pacífico dominará Chile, mientras lo tenga bajo su imperio, podrá tener la seguridad en su futuro y desarrollar sin trabas su comercio. Esto es lo que don José Miguel Carrera ve con claridad e inculca a don Luis. De aquí sus esfuerzos para reunir medios marítimos que le permitan jugar a lo largo de su litoral, hasta encontrar el punto favorable para un desembarco y acción posterior.

Muchas veces el alba que se dibuja sobre el mar lo sorprende tendido en su lecho, con la mirada errante, barajando sus ideas y proyectos. La esperanza de mejores días lo alienta y hace amables las horas amargas de sus desengaños. Firme como una roca, deja estrellarse contra su voluntad las respuestas negativas de aquellos que trata de interesar en su empresa. Hay ocasiones en que lo agobia la desesperación y, entonces, “medio loco”, llega hasta su habitación y se deja caer con desaliento en su cama, mientras suena, como golpes de martillo en su cabeza, el tictac del reloj que ha dejado sobre su velador.

“Pululaban en la América del Norte verdaderos enjambres de aventureros, revolucionarios y militares, especialmente franceses, que habían dejado su patria con motivo de las guerras napoleónicas o de las conmociones políticas. Formaban un conjunto abigarrado. Oficiales de verdadero mérito y aun jefes de reputación mundial se codeaban con estafadores, bribones, sinvergüenzas y espías al servicio, de España. Desde que desembarcaba

un agente hispanoamericano, se acercaban a ofrecerle sus servicios militares o comerciales, unos deseosos de rehacer su vida, y otros de pescar a río revuelto. Si el hispanoamericano era un caudillo, lo abrumaban con ofrecimientos de toda naturaleza.”

Esto había ocurrido, en cierto modo, a Carrera, y con objeto de sacar el mejor partido de los oficiales franceses que le fueron presentados se dio a la tarea de aprender su idioma, que junto con el inglés le era indispensable para conocer sus cualidades militares y no dejar-se engañar. Pero no fueron sólo oficiales los que llegaron; los hubo especuladores y comerciantes que deseaban participar, pero obteniendo intereses usurarios. Los fabricantes de armas a los cuales se había dirigido no eran menos exigentes, pues la gran demanda y la facilidad de encontrar mercado, vendiéndolas a sudamericanos y españoles, hacían alcanzar a las armas precios prohibitivos para el general, que no poseía otro bien que la audacia y esperanzas de reunir una expedición libertadora bajo su mando.

En Nueva York había ingresado como miembro de la Logia San Juan y en la francmasonería norteamericana iba a encontrar hombres dispuestos a prestarle valioso apoyo ante respetables personalidades del país. La noble y leal ayuda de sus hermanos de logia dio simpatía a la causa por la cual trabajaba y fue determinante en el éxito. Por su intermedio conoció al vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Aaron Burr, el gobernante de Nueva York, Mr. De Witt Clinton, y otros.

El comodoro —Porter continuaba siendo su hada madrina desde Washington y en marzo le escribía: “Me he esforzado en encontrar algún medio de servir la emancipación de Sudamérica .y he encontrado el siguiente: Tenemos muchos valientes oficiales de la marina que con la conclusión de la guerra. serán reducidos a medio sueldo, por falta de servicio activo. .Si Ud. me ofrece la seguridad de que ellos tendrán un grado más que el actual en la flota patriota, enviaré a Ud. los hombres que han

castigado la insolencia de los ingleses para que impongan un merecido atajo a la arrogancia y opresión españolas.

Difícil resultaba en esos momentos a Carrera asegurar lo que se le pedía, cuando sólo tenía promesas en vías de cumplirse. Las negociaciones con los comerciantes caminaban con paso lento y los oficiales franceses lo asediaban para que los contratara de inmediato, asegurándose en esta forma algunos subsidios para hacer frente a sus necesidades y estrecheces. Lejos estaba Carrera de poderles brindar esos subsidios y dilató las contrataciones cuanto le fue posible, ganando tiempo habilidosamente para que no se descubrieran su juego y falta de recursos.

“A pesar de la escasez de sus medios, su bella presencia, sus modales insinuantes y su carácter simpático le permitieron relacionarse con militares europeos de valer, que le ayudaron mucho con sus consejos en la elección de los fusiles y de los oficiales, especialmente el célebre mariscal Grouchy, que estaba decidido a acompañarlo a Chile con sus dos hijos. El general Gravier lo presentó a José Bonaparte, que residía en Norteamérica bajo el seudónimo de conde de Souvilliers. El ex rey de España lo recibió cortésmente y se interesó mucho por la libertad de América, instándolo a que no retardara los preparativos de su empresa.”

Activo y laborioso, recorría las fábricas de armas en busca de los mejores precios y visitaba las personas que le ofrecían su ayuda, para obtener dinero. Grouchy se mostraba más dispuesto que ninguno a secundario y el general se aferró a su persona, hasta lograr que lo pusiera en contacto con los representantes de la casa Lapierre de París, los señores Jackelin y Durand, residentes en Filadelfia. Como fiador iba a servir Grouchy, pero el negocio fracasó, en igual forma que otro que inició anteriormente por mediación de Jewett, y Carrera vio derrumbarse sus proyectos, hundido en la indiferencia y la desconfianza.

“—Malditos comerciantes —dijo un día con desesperación a Benavente—; creen que ellos no pueden arriesgar su cochino dinero, mientras nosotros debemos sacrificar nuestra libertad y seguir bajo el yugo de los sarracenos. ¡ Oh, mi amigo, éstos son los días más amargos de mi vida!..

Mediaba el año 1816 y hasta ese momento no había conseguido sino promesas que estaban lejos de cristalizar en realidades. Poinsett continuaba demostrando escasa actividad y se limitaba a recomendarlo a algunos prestamistas a quienes debía ver, entre ellos uno de apellido Asthor, que lo entretuvo con esperanzas de entregarle la suma de 4.000 pesos a subido interés. Repentinamente, Asthor renunció a verlo y Carrera se encontró urgido por los oficiales que estaban contratados, sin tener con qué pagar sus servicios. A esta terrible situación se unió una carta de su esposa, en que le rogaba que regresara a su lado para sacarla de la espantosa miseria en que vivía en Buenos Aires. Doña Mercedes se ganaba la vida cosiendo, pero la proximidad del nacimiento de su nuevo hijo la había reducido a una desesperada condición. La pobre madre carecía de lo más preciso y los hermanos del general nada podían hacer por ayudarla.

Las ilusiones se esfumaban ante la dura realidad. Para distraerse solía caminar por las avenidas de Nueva York con Benavente y Conde, llegando hasta las orillas del Hudson, para ver subir y bajar a lo largo del río las embarcaciones que daban vida al comercio de la gran ciudad. Sus visitas llenaban algunas horas y regresaba al hotel descorazonado y abatido, para dejarse caer en su silla y vaciar sus sentimientos en largas cartas dirigidas a su familia o a sus amigos norteamericanos.

Muchas veces, mirando por la ventana de su habitación, volvía los ojos al sur, donde quedaba Buenos Aires, exclamando con amargura: “¡ Pobre Mercedes, pobre niña mía que sufre lejos de su familia y olvidada de todos. .. “¿ No hay en todo Buenos Aires quien se acuerde de mis servicios y de los motivos que me redujeron a una suerte tan infeliz?” “¡Ah, mi niña, mi úni-

ca ambición es hacer tu felicidad y la de mi patria!.. “ “Si mis recursos fueran como mis deseos, yo llevaría el mundo entero en vuestro auxilio...”

No son mejores las noticias que recibe de Chile: el gobierno de Osorio ha comenzado la persecución de los patriotas y reducido a muchos a prisión: su padre entre ellos, acusado de conspirar contra el rey por sus actuaciones en la Primera Junta de Gobierno.

Osorio ha dispuesto su traslado a la isla de Juan Fernández y ocupado su residencia en Santiago para convertirla en oficinas. San Bruno; con su reconocida violencia, lo ha requisado todo y hasta la hacienda de San Miguel llegan los comisarios reales para tomar por cuenta del Estado los animales e inventariar los bienes.

Don Ignacio sale de Chile y marcha al destierro, siguiendo el camino de sus hijos. Don José Miguel siente desgarrársele el alma y, con la cabeza hundida entre sus manos, permanece largo tiempo en su mesa de escribir... “¡ También mi padre...! ¡ Sus canas no infundieron respeto a estos infames godos... !”, exclama.

La débil luz de una lámpara de aceite agranda su silueta, arrojándola contra la pared de la estancia. El pesado calor del verano penetra por todas partes, sin que sea capaz de mitigarlo la brisa que viene desde el mar. Las ventanas de la pieza están abiertas y el general, con los ojos cerrados, evoca los días lejanos en que, jinete en su caballo de batalla, recorría las tiendas de campaña en medio de esos soldados que lo seguían, aclamándolo. Noches de lluvia y días de sol desfilan en presuroso tropel, confundidos con los recuerdos de San Carlos, Chillán y Talcahuano. Rancagua emerge del fondo del drama de su vida y luego la indiferencia y el odio en Mendoza y Buenos Aires.

El sueño viene y un nuevo amanecer renueva los desengaños y esperanzas...

Promediaba julio y don José Miguel tuvo conocimiento de la presencia en Baltimore del general español don Francisco Javier de Mina, que se dirigía a México con la intención de reanudar la guerra de la independencia, luego de la derrota y muerte de José María More-

los. Mina llegaba acompañado de un reducido número de partidarios desde Inglaterra, país que lo asiló después de su fracasada “tentativa para restablecer la Constitución española de 1812”, que Fernando VII había abolido a su regreso al trono.

Mina, que en esa época contaba con veintisiete años, era veterano combatiente contra Napoleón y se distinguió por su valor y temeridad al frente de sus guerrillas. Hombre de espíritu inquieto y reconocido por sus ideas liberales, venía a arrancar a Fernando sus posesiones en América, en represalia por haber abolido la Constitución, que, a su juicio, representaba para España un paso hacia el progreso.

Su presencia en Baltimore causó revuelo y sus proyectos de expedicionar sobre México le atrajeron una buena cantidad de voluntarios y de comerciantes dispuestos a servirlo. La noticia llegó a oídos de Carrera, que creyó posible aprovechar la oportunidad e inducirlo a abandonar su viaje a Nueva España y marchar con él a Chile. Este proyecto variaba momentáneamente sus planes. Había escrito a Bolívar a principios de junio, para proponer un plan de cooperación de los gobiernos insurgentes dirigido a formar una escuadrilla que quitara a los españoles el control del Pacífico. Dicha comunicación la encargó al canónigo chileno don José Cortés Madariaga, a quien llamaba su tío, y que, después de evadirse del presidio de Ceuta, llegaba a reunirse con el Libertador en Jamaica. La carta a Bolívar era otro resorte que tocaba para buscar la libertad de Chile.

Muchos de los amigos de Carrera habían viajado a Baltimore, entre ellos el mariscal Grouchy y los generales Brayer y Claussel, de manera que por un momento se encontró en el aire. Para asegurarse un éxito llamó a Poinsett, que consintió en reunírsele en Filadelfia, y pidió a Porter que lo ayudara desde Washington; luego se trasladó a Baltimore y se presentó a Mina. Largas conversaciones sostuvieron ambos caudillos y por algún momento el chileno pudo abrigar esperanzas de que el español accediera a sus deseos y se encaminara a Chile. Pero no tardó en venir el divorcio: los personajes eran parecidos en ambición y amor propio y sus caracteres

chocaron. Inútil fue tentar recursos: el general español no deseaba subordinarse a nadie, ni ceder el primer plano. Carrera fracasó, y Mina, que recibió apoyo de los negociantes norteamericanos con sumas enormes para organizar su expedición, partió a México con elementos y dinero que le permitieron abrir con fortuna la campaña contra los realistas, hasta que, después de coftas pero brillantes operaciones, la suerte de las armas le fue adversa y, cogido prisionero, se le fusiló como traidor al rey, el 11 de noviembre de 1817.

Sus actuaciones cerca de Mina le dieron experiencia y amigos dispuestos a ayudarlo. Su carácter, más asequible que el del español, le atrajo la simpatía de los prestamistas, que, por fin, se manifestaron inclinados a financiar la expedición a Chile. Por otra parte, la presencia de Poinsett y las cartas de recomendación de Porter

resultaron factores de gran importancia a los ojos de negociantes y armadores, como lo fueron también los primeros éxitos alcanzados por Mina en México. Carrera

captó al vuelo el momento favorable y se mostró dispuesto a aceptar condiciones que ningún otro habría aceptado, lo que era un nuevo aliciente para aquellos que se prometían excelentes ganancias.

Empezaban a abrírsele nuevas posibilidades en la creencia, manifestada por algunos armadores, de que esas expediciones que proponían los caudillos sudamericanos estaban muy cercanas al triunfo. El caso inaudito de un español que llegaba a Estados Unidos en busca de medios para combatir a su patria, no dejaba dudas de la debilidad de España frente a sus colonias y su próximo fracaso final. La viveza mental del chileno notó este vuelco de la situación y se dispuso a sacarle partido: estrechó sus relaciones con Grouchy y frecuentó el negocio de un tal Smith, principal colaborador de Mina, y se dio a la tarea de convencerlo de la posibilidad de reconquistar Chile a muy bajo costo. Don José Miguel entró de lleno en la vía de las exageraciones y pintó a su manera la situación que debía producirse tan pronto se presentara en algún punto de la costa chilena con un barco y las armas necesarias para organizar guerrillas, reclutadas entre los miles de descontentos que había en el país.

Tan bien supo pintar el cuadro, que no tardaron en brotar, como por encanto, los interesados en prestarle ayuda. Desde ese momento las velas de la nave de su fortuna comenzaron a hincharse al soplo de la brisa de su genio.

Su carácter afable e insinuante era su poderoso auxiliar. Caballeroso y distinguido en sus maneras, dio muestras de lo que era capaz su clara inteligencia, moviendo a su favor las voluntades de los fríos y nada sentimentales norteamericanos. Don José Miguel Carrera en su trabajo de reunir los medios para la expedición Chile se transfigura y muestra dotes difíciles de encontrar en otro chileno de su época.

Antes de regresar a Nueva York se dio a la tarea de visitar a sus amigos y en especial a don Enrique Didier, de la casa D'Arcy y Didier. Esta firma mantenía, desde tiempo antes, relaciones con Carrera, y por su intermedio tramitaba su correspondencia con Buenos Aires y había efectuado algunos cobros de dinero.

Al promediar agosto obtenía su primer triunfo: la casa D'Arcy y Didier se comprometía a poner a su disposición la corbeta Clifton, equipada y armada por su cuenta, mientras él se encargaba de reclutar el personal que debía acompañarlo. Halagado con estas gratas esperanzas, partió a Nueva York para continuar su trabajo.

La amistad que había contraído con el periodista Irvine, redactor del *Columbian*, le permitió dar a conocer algunos detalles de la situación de los países sudamericanos. Este periodista, de origen irlandés, era un joven "apasionado por todas las causas en que su espíritu encontraba el nombre de la libertad, que él mismo anhelaba para su patria". Con devoción "se entregó a servir los intereses de Carrera desde las columnas de su periódico", y junto a Irvine aprendió el chileno a manejar la pluma tan bien como en España el uso de la espada, comprendiendo su valor para formar conceptos y hacer simpática o desagradable una causa. Allí aprendió a atacar con ideas a aquellos que deseaba destruir con obras y comprendió la enorme fuerza de la prensa como

arma de combate. Este conocimiento robusteció su personalidad, y los daños que causó a sus adversarios con las armas fueron ínfimos, si se les compara con los que ocasionó con su pluma durante los años en que se iniciaba la anarquía argentina. Como justa compensación, esa misma pluma que escribió proclamas y encendió la guerra, sirvió para redactar más tarde el Tratado del Pilar, piedra angular de donde arranca el sistema federal y constitucional argentino, como lo reconocen sus historiadores y juristas.

Desde que vio asegurado su éxito, escribió a sus hermanos para darle cuenta de sus trabajos. Como todo hombre extravertido, no pudo guardar silencio en sus actuaciones y, creyendo que sería bien comprendido, puso en guardia a sus adversarios y los preparó para que le arrancasen por la fuerza el fruto de tantos trabajos y contrariedades.

Porter continuaba colaborando desde la sombra para ayudarlo a salir adelante con su empresa y le remitió muchos oficiales norteamericanos, incluso alumnos de West Point, que se interesaban por acompañarlo, como se lo hicieron saber en carta fechada el 22 de septiembre en la célebre escuela militar de los Estados Unidos. Pero a pesar de sus perspectivas halagüeñas, las dificultades continuaban por falta de dinero. Había celebrado dos contratos con la firma D'Arcy y Didier para que colocara a su disposición cuatro barcos: la corbeta Clifton, los bergantines Salvaje y Regente y la goleta Davei. Otra firma, Huguet y Tom, de Nueva York, le ofreció la fragata General Scott, de seiscientas toneladas y treinta y cinco cañones. Las cinco naves formaban una respetable división, capaz de enfrentarse con éxito a los barcos que el virrey del Perú tenía en el Pacífico. La dificultad estaba en tripularlo y dotarlos de soldados, pues siempre se topaba con el mismo escollo: el dinero, cuya escasez le impedía cancelar los gastos de los oficiales que contrataba, muchos de ellos en tal estado de necesidad, que era preciso pagar hasta las cuentas de lavado, como ocurrió con el coronel Dauxion Lavaysse, o de comida, por trece duros, al coronel Durentay. La estrechez de estos oficiales nos da una idea de las penurias que soportaban los ofi-

ciales exiliados por el gobierno de Luis XVIII, condenados, a pesar de sus méritos en los campos de batalla, por haber servido a Francia bajo la Revolución y el Imperio.

Sus proveedores de dinero: Mr. Forbes y Mr. Asthor, se negaban a concederle nuevos créditos, y Poinsett, a quien recurrió, guardó silencio. Por este motivo se enfrió el entusiasmo del mariscal Grouchy, que pidió como garantía un depósito de 120. 000 duros en un banco de la Unión, que serían retirados por él y los oficiales generales franceses una vez cumplidos sus contratos. Esta exigencia era exorbitante y Carrera no podía cumplirla.

En tales circunstancias apareció una inesperada providencia. El administrador de correos de Baltimore, Mr. John Skinner, “hombre modesto pero generoso e ilustrado”, que escribía en el periódico’ Niles Register bajo el seudónimo de “Lautaro”, le facilitó la suma de 4.000 pesos, que constituían todos sus ahorros. Este noble gesto sirvió al general “para dar impulso definitivo a la organización de la exigente comitiva de parciales que se aprontaba a seguirlo”.

Skinner colocaba en manos de Carrera el esfuerzo de muchos años de sacrificios y el único patrimonio de su familia, y así se lo expresó algunos meses más tarde, cuando la expedición soltaba sus velas rumbo a Sudamérica: “Sería para mí un motivo de verdadera satisfacción el reflexionar que mis cortos servicios han sido consagrados a un patriota extranjero que desde el primer momento me inspiró una amistad y una confianza sin límites, y a una causa que merece los más felices resultados”. Cuando los acontecimientos de Buenos Aires arrastraron a Carrera al fracaso, pudo confirmar sus nobles sentimientos, negándose a firmar ningún papel que pudiera comprometer a su amigo y que los acreedores de éste le solicitaron con insistencia.

El dinero de Skinner le dio seguridad para continuar sus trabajos y el 15 de octubre se trasladaba a Baltimore para constatar los adelantos que la casa D’Arcy y Didier hacía en el trabajo de alistamiento de los barcos. La impresión que le causó la marcha de sus asuntos y la seguridad de partir en una fecha próxima, lo

llevaron a comunicar al director supremo, Juan Martín de Pueyrredón, el resultado de sus gestiones, mientras a su hermano expresaba su satisfacción y la esperanza de que sería bien recibido en Buenos Aires, y con su natural exageración de las cosas, decía: “Mi expedición desafía al mundo, y es debida a mis únicas cualidades: constancia, actividad y buenas intenciones”.

Con la vista fija en los barcos que debían ser suyos y con el rostro acariciado por la brisa salina que llegaba del Atlántico, Carrera sentía henchirse su pecho al impulso de sus nobles esperanzas de alcanzar con ellos la libertad de Chile. Detrás de él la ciudad, indiferente, dejaba correr los días en el constante batallar de sus hombres por levantar fortunas, abriendo hacia lejanas playas las rutas del mar. El hormigueo de trabajadores y tripulantes se advertía en los muelles, mientras se balanceaban sobre las azules aguas los cascos de los buques y apuntaban hacia la altura las puntas de sus mástiles.

Mientras Carrera trabajaba en los Estados Unidos, el campamento de Los Plumerillos en Mendoza reunía los soldados que, bajo el mando de San Martín, iban a atravesar los Andes en busca de los realistas de Chile. El gobierno de las Provincias Unidas estaba de acuerdo con el plan del gobernador-intendente de Cuyo, y el director supremo, general Pueyrredón, lo apoyaba decididamente para sacarlo adelante.

La carta que Carrera escribió el 26 de octubre llegó en los momentos en que se ultimaban los preparativos para la marcha del ejército libertador, y la perspectiva de verlo al frente de una fuerte expedición naval produjo inquietud en sus organizadores. Pueyrredón comprendió que la presencia de Carrera en la costa argentina, con los barcos y armas que anunciaba, era una seria amenaza para los proyectos de San Martín, si lograba llevar adelante el plan que anticipaba y pasar a Chile cuando estuviera en pleno desarrollo la campaña libertadora.

Carrera, por su parte, venía animado de las mejores intenciones, pero nadie se fiaba de ellas. Por su carácter se le reputaba un obstáculo para cimentar la obra emancipadora próxima a emprender, y Pueyrredón, en-

tonces presidente de la Logia Lautarina, sabía de sobra que no poseía condiciones de subordinado y sería inútil tratar de reducirlo a la obediencia de una asociación que, actuando fuera de las fronteras de Chile, quisiera arrogarse la facultad de dictar disposiciones y normas dentro de este país. La Logia apoyaba a San Martín, que era uno de sus miembros fundadores, y sus estatutos disponían la obediencia ciega, lo que don José Miguel era incapaz de tolerar.

De aquí la alarma que su carta produjo y la resolución de Pueyrredón de mantenerlo alejado de Chile a cualquier costo. Esta resolución, apoyada por San Martín y O'Higgins, llevó a la familia Carrera a las peores desgracias y fue motivo para que don José Miguel se mezclara en los asuntos internos de Argentina y atizara hasta el delirio la anarquía que envolvió al país y que se prolongó por cerca de treinta años.

Así, mientras en Nueva York el prócer chileno se enorgullecía, y con razón, de los éxitos alcanzados a fuerza de tantos sacrificios, en Mendoza se preparaba la campaña terrestre que debía cruzar los Andes, adelantándose a sus proyectos, y en Buenos Aires se esperaba su arribo para destruir sus esfuerzos.

Finalizaba octubre. Los trabajos marchaban con cierta lentitud, y ante la impaciencia de Carrera se le dieron seguridades de que dentro de un mes estaría lista una parte de la escuadrilla para levar anclas. Efectivamente, al terminar noviembre la corbeta Clifton se encontraba en condiciones de zarpe con un cargamento de 1000 fusiles, que debían pagarse a razón de 20 pesos cada uno, y 12.500 libras de pólvora, a 10 reales. El resto del embarque se tasaba en una cantidad aproximada a los 40.000 pesos. Todos estos valores y los que resultaran del envío de los barcos restantes deberían cubrirse dentro del mes de llegada a los puertos chilenos por el gobierno del país, en cuyo nombre y en el propio Carrera suscribía los contratos. Lo que le interesaba era tener en sus manos los elementos con los cuales intentar la libertad de Chile; lo demás se arreglaría por sí solo, una vez alcanzado este supremo objetivo.

La audacia, nunca desmentida, de don José Miguel se ponía otra vez en juego. Había entregado patentes de corso y pesca en el litoral chileno, actuando como verdadero representante del gobierno de su país. Los contratos firmados imponían onerosas obligaciones, pero nada le importaba ante la magnitud de la empresa a la cual estaba entregado. 3.000 fusiles con sus bayonetas; 35.000 libras de pólvora de fusil y 15.000 de cañón; 3.000 cartucheras; 200 sables e igual número de pares de pistolas; 50.000 lingotes de plomo; 100 sillas de montar; carpas; herramientas; una imprenta, y otros elementos figuraban en las obligaciones de las casas comerciales para equipar el futuro ejército de Carrera, mientras éste se comprometía a cancelar el doble del valor de las especies, al mes de tocar tierra chilena. ¿Cómo iba a poder cubrir las enormes cantidades que tomaba en deuda? 1.000.000 de pesos en barcos y armamentos, conseguidos a costa de sacrificios y promesas, para montar una expedición destinada a aventurar, era cosa que sólo tenía cabida en la mente de Carrera y cuyo genio podía hacerla realidad, en su vehemente deseo de sacar a su patria del yugo español. Maquiavélico en su procedimiento, dio seguridades que estaba lejos de cumplir en ese momento y habló con tal convicción que muchos le creyeron, y, si no se convencieron del todo, por lo menos pensaron en la posibilidad de hacer un buen negocio a costillas del chileno o de Chile.

Si este procedimiento puede ser reprochable desde el punto de vista personal, por haber ocupado poderes de un gobierno que, aun cuando eran él y los firmantes sus últimos personeros, no existía, nadie puede negar la grandiosidad de su empresa y la capacidad de que dio muestras en esos momentos. Triunfó cuando todo le era adverso: idioma, personas, intereses, y eso basta para que Chile le agradezca sus desvelos y sacrificios. Muchos pudieron ser sus defectos, como los tuvo en realidad, pero por el amor a su país enfrentó lo imposible y venció, demostrando una capacidad que, tal vez, ningún otro habría sido capaz de igualar.

Aceptando condiciones que colocaban la escuadrilla bajo sus absolutas órdenes en operaciones militares y usando como bandera el tricolor de Chile: azul, blanco y amarillo, Carrera puso su firma en los contratos. Su misión estaba casi terminada y le urgía partir para deshacer los planes del ministro Onís y del cónsul español, don Miguel de Sarmiento, que gestionaban el embargo de los buques de su expedición.

Los dos realistas estaban furiosos contra él. Había cometido la imprudencia de interceptar la correspondencia particular y diplomática del cónsul. Valiéndose de medios a su alcance, y en, los que parece no estar ajeno el administrador de correos Skinner, amigo y confidente suyo, pudo averiguar los pasos del ministro Onís. Este, que “se había apoderado de la correspondencia del general chileno”, conocía sus gestiones y las había comunicado a Sarmiento en Baltimore, cuyos agentes no tardaron en averiguar la conducta de don José Miguel y comprobaron la efectividad del cargo de violación de correspondencia, por lo cual el cónsul se dirigió a ‘Washington y entabló una querrela judicial.

Informado a tiempo de la gestión de Sarmiento, apresuró su viaje, dejándolo burlado. El 3 de diciembre de 1816 la Ciifton soltaba sus velas en la bahía de Chesapeake y se lanzaba al mar, rumbo a Buenos Aires. A su bordo llevaba los oficiales contratados, franceses, ingleses y norteamericanos: 30 en total, y con, ellos “una colonia de artesanos, armeros, oficiales de maestranza e impresores con una imprenta que le pertenecía privadamente”. Convencido de la necesidad de adelantar la instrucción en Chile, había conseguido los servicios de dos profesores de matemáticas que debían enseñar este ramo en un colegio de Santiago.

Encabezaba el grupo de oficiales el general Miguel Brayer, siguiéndole en rango el coronel Dauxion Lavaysse. Este logró captarse la amistad del chileno, hasta vérselos siempre juntos. Carrera distinguía al francés y lo trataba con una cordialidad notoria, y Lavaysse retribuía sus atenciones enseñándole el idioma de su país, en el que don José Miguel hizo notables progresos. Prestigiaba el grupo de oficiales extranjeros el correcto co

mandante de escuadrón e ingeniero Alberto Bacler D'Albe, caballero de la Legión de Honor y reconocido por su capacidad y saber. Este oficial fue designado por Carrera para organizar con parte de la tripulación y el personal contratado una compañía de infantería, unidad que sirvió para que los oficiales aprendieran a dar órdenes en español y practicaran los ejercicios que se estudiaban, teóricamente, en reuniones diarias.

El viaje se hacía instruyéndose en el idioma castellano, y para su aprendizaje se dividió al personal en cuatro secciones, que estuvieron a cargo de don José Miguel, don Mariano Benavente y los capitanes Peña y Jordán. Los oficiales franceses enseñaban táctica y preparaban a sus compañeros en conducción militar. Carrera asistía a todas las clases y participaba en ellas.

En estas ocupaciones fueron transcurriendo los días de navegación, hasta completarse dos meses, y el 9 de febrero. Entraban en el puerto de Buenos Aires.

En los compromisos contraídos con Carrera, la casa D'Arcy y Didier se obligó a despachar tras la Clifton a la goleta Davei y un mes más tarde el bergantín Salvaje. En cuanto al Regente, debería estar en Chile a principios de febrero, después de un viaje de rutina a Europa. De esta manera la escuadrilla se encontraría reunida en aguas del Pacífico en el mes de marzo de ese año.

BUENOS AIRES

El ambiente que iba a encontrar en Buenos Aires se refleja en la carta enviada a O'Higgins por el ministro directorial Juan Florencio Terrada, para anunciarle que se había dispuesto su nombramiento como director supremo de Chile, en caso de tener éxito la campaña de San Martín. Esta carta, fechada el 17 de enero de 1817, dice entre otras cosas: Carrera viene en una fragata norteamericana: .vaya esta noticia para que todo no sea alegría; mucho siento este accidente, por lo que pueda influir en el desorden de su hermoso paje. Es de hacer notar que Terrada era uno de los mayores detractores que existían en Buenos Aires de los gobernantes de Chile, desde 1810

a 1814. “Ninguno escapaba a sus dicterios y calumnias”.

O'Higgins contestó el 28 en carta fechada en la cordillera de los Patos: En el conocimiento de la invariable opinión que Ud. siempre ha sostenido sobre que la pérdida de Chile fue debida a la ignorancia y debilidad, o a la corrupción y traición de los que lo gobernaron desde septiembre de 1810 hasta el mismo mes de 1814, y conociendo igualmente la opinión que el calor de su amistad le ha conducido a formar de mi carácter, no me sorprende que haya influido a fin de que luego que pise el territorio de Chile sea yo nombrado presidente de él, con entera y absoluta independencia de ese gobierno. Los fundamentos sobre que su gobierno ha decidido sobre esta materia reflejan tanto en su honor como en el mio. La llegada de Carrera en estos críticos momentos es una circunstancia que no puede halagar a Ud. como a ningún patriota recto y juicioso que esté bien impuesto de su conducta en Chile. No obstante, si la Divina Providencia fuese servida de coronar al ejército libertador con la victoria, las maquinaciones de ese hombre miserable no pueden injuriar mucho en un país donde es tan bien conocido, y por cuya traición el pueblo chileno ha sufrido más de dos años la opresión española, y a que exclusivamente se deben atribuir sus humillaciones.

Por su parte, Pueyrredón comunicaba a San Martín el próximo arribo de Carrera, para que tomara las providencias convenientes en caso de que se presentara con sus buques en la costa chilena.

Don José Miguel había sido advertido, por un barco inglés que iba de Buenos Aires, de la salida del ejército libertador desde Mendoza y de que se había firmado la paz con los portugueses del Brasil. La primera noticia variaba los planes que se tenía trazados, pero creyó que su presencia en el mar podría completar la acción de San Martín, y en esta virtud, después de abrazar a su esposa y hermanos, se apresuró a entrevistarse con el director supremo Pueyrredón.

Era el general Juan Martín de Pueyrredón uno de los amigos íntimos de San Martín y el jefe de la Logia Lautarina. Hasta entonces Carrera no había tenido oportu-

tunidad de conocerlo, pero los antecedentes que recogió lo hicieron ser desconfiado y se guardó su resolución hasta percatarse de su modo de pensar. Por esta rano hizo entrar su nave en el puerto de Buenos Aires que fue a anclar en la Ensenada, “catorce as al oriente de la ciudad, dejando el buque a cargo capitán Davey y del general Brayer”. La experiencia de las pasadas actitudes que tuvieron con él los hombres gobierno argentinos le enseñaban a ser prudente y confiar de ellos.

Al conocer su presencia, Pueyrredón se apresuró a irlo y lo trató con afectuosa cortesía. Le habló de desvelos que significaron armar y equipar el ejército de San Martín y las esperanzas que se cifraban en su campaña para expulsar a los españoles de Chile, y se cesó por la suerte de Carrera en la Unión y los resultados de sus trabajos.

La ansiedad por el desarrollo de la campaña de los es tenía sobrecogidos a los gobernantes del Plata y Pueyrredón necesitaba retener a Carrera hasta que se rara la situación. Consecuente con el plan que se a trazado, buscó ganarse la confianza del chileno. habló largamente de sus esfuerzos para conseguir armas y naves y detalló los barcos y su fuerza, manifesó al mismo tiempo su interés por continuar a Chile a fin de cooperar desde el mar a la destrucción de los realistas. “Pueyrredón le observó que aquella campaña . habría sido útil y eficaz si se hubiera emprendido s meses anteriores, pero que era extemporánea en momento presente, puesto que antes que su escuadrilla estuviera reunida y lista para darse a la vela, ya ha.. llegado a Buenos Aires la noticia del desenlace próspero o desastroso, y en todo caso definitivo, de la campaña terrestre”.

El mandatario deseaba hacer desistir a Carrera de su viaje a Chile, y le dijo con franqueza que en caso de triunfar San Martín se nombraría a O’Higgins director supremo y que estaba convencido de que actuaría en forma enérgica, prohibiendo la entrada en el país de él y sus hermanos, como también de sus partidarios. Carrera comprendió que no se deseaban sus servicios y guardó

silencio. Pueyrredón no tenía motivos particulares de resentimiento para con él, y ante la necesidad de salvar decorosamente la situación, le ofreció el nombramiento de agente representante de Chile y Argentina en los Estados Unidos, y para decidirlo le habló de la necesidad de reunir barcos para una futura acción en el Pacífico, y posiblemente en el Perú, y de los servicios que su sagacidad podría prestar a la causa de la emancipación. Finalmente, le propuso el traspaso de su escuadrilla a los gobiernos de Chile y Argentina, comprometiéndose a que ambos cubrieran los gastos en la forma en que estuvieran redactados los compromisos.

Carrera vio que sería inútil continuar en ese camino -y terminó su entrevista, diciendo a Pueyrredón:

—Estimo, señor, que en mi calidad de chileno me es imposible aceptar cargo alguno de un gobierno extraño al de mi país, mientras éste- no se constituya por la libre voluntad de los pueblos. Mi dignidad me impide ocupar un puesto de honor y lucro cuando se está luchando por la existencia de Chile. Mi lugar debe estar en un campo de batalla en el momento en que la patria invoca el socorro de todos sus hijos.

El director trató de hacerlo variar su resolución, pero se estrelló con la voluntad de Carrera, terminando la conferencia sin que se hubiese llegado a ningún acuerdo.

Don José Miguel abandonó el palacio muy contrariado. Por la tarde entraba en la bahía la goleta Davei, segundo barco de la escuadrilla a sus órdenes. La noticia llegó inmediatamente a Pueyrredón, haciéndolo resolverse a quitar del medio a Carrera en el más breve plazo.

Para desgracia de éste, los oficiales que le acompañaban solicitaron que se les permitiera bajar a tierra y visitar Buenos Aires. Carrera se opuso, pero ante sus protestas, tuvo que acceder, alojándolos de su peculio en una quinta de las afueras de la ciudad. Desde este momento el general estuvo perdido: “Pueyrredón estaba firmemente resuelto a no permitir a Carrera que pasase a Chile y a no suministrarle socorro alguno para sus buques mientras persistiese en no ponerlos a disposición del gobierno, resignándose a aceptar la comisión que se

le ofrecía en el extranjero”. Agentes del gobierno se encargaron de hablar secretamente con los capitanes de las naves y hacer proposiciones a los oficiales para que abandonaran el servicio de Carrera y entraran al de Buenos Aires. Los agentes no tardaron en descubrir el carácter petulante del coronel Lavaysse y decidieron convertirlo en su caballo de Troya. El francés, a quien Carrera sacó de la miseria, estaba alojado en casa de doña Javiera, y la chilena Le había hecho objeto de múltiples atenciones. Su calidad de amigo del general hacía que no se guardara con él ninguna reserva y en su presencia se discutían los temas que inquietaban los corazones de los hermanos y se tejían proyectos para alcanzar las playas de la patria. Ninguno sospechaba que el ingrato y pérfido francés estuviera trabajando para alcanzar un puesto al servicio de Buenos Aires y se preparara a tejer la más odiosa intriga en contra de sus benefactores.

Mientras ejecutaba su plan cerca de los oficiales de Carrera, el director supremo escribía a San Martín su resolución, diciéndole: Carrera y sus hermanos no se moverán de aquí.

El argentino tenía razón en temer que la presencia de los hermanos, especialmente la de don José Miguel, produjera trastornos en Chile en los momentos en que era necesario mancomunar los esfuerzos para dar consistencia a la estructura interna del país en caso de triunfar las armas libertadoras sobre las fuerzas del gobernador Marcó del Pont. Por mucho que fueran los deseos de don José Miguel Carrera de colaborar, el odio que su actitud sembró en el corazón de O’Higgins y sus partidarios le cerraba el paso a un entendimiento.

Si pudo abrigar alguna esperanza de arreglo, cuando, después de conocerse la victoria de Chacabuco, y escribir a Pueyrredón, indicándole la necesidad de dominar el Pacífico, conferencia con el ministro de guerra, Juan Florencio Terrada, y su secretario Tomás Guido, solicitando permiso para preparar su marcha a Chile y subsistencias para mantener sus oficiales y tripulaciones, fue sólo porque no vio sus intenciones. Ambos fueron extremadamente obsequiosos y Carrera “llegó a persua-

dirse de que se le franquearían esos socorros”, por lo que no reparó en la hábil maniobra que realizaba el gobierno del Plata, dilatando su estada, hasta que, agotados sus recursos, llegara el momento de imponerle una decisión. Este momento llegó y hubo de ceder y anunciar su resolución de entregar sus barcos al gobierno de Buenos Aires, para que se hiciera cargo de ellos. “Este, por su parte, contrajo la obligación de ‘cumplir los compromisos de Carrera y de dar ocupación a los oficiales de mar y de tierra que habían llegado de los Estados Unidos”.

Convencido de que había dado un corte definitivo al asunto, Pueyrredón escribió el 8 de marzo al gobierno de Chile una nota oficial, solicitando para Carrera el nombramiento de agente en los Estados Unidos y una pensión que lo librara de la indigencia: Existe en esta capital —dice— don José Miguel Carrera, perteneciente a ese Estado, con sus hermanos don Juan José y don Luis, y a todos por razones políticas he indicado la necesidad de no pasar a esos pueblos, con lo que se han conformado. El primero ha hecho recomendables servicios a su patria en los Estados Unidos, donde ha negociado una expedición naval con destino a la reconquista de ese reino, y hubiera llenado sus fines con probabilidad, en el caso que nuestras fuerzas no se hubiesen anticipado. En la actualidad puede ser útil a ese Estado y a la causa general, y se ha desprendido generosamente de toda intervención en ella, poniendo a disposición de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fueren los motivos de disgusto que se- hayan ofrecido en el curso de la revolución, no se puede negar el mérito de su constante resolución por la libertad, a que él ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una parte no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese Estado es distinguido y el honor patrio se interesa en que no se vean desvalidos, y después de pedir una pensión de 3.000 pesos anuales para don José Miguel y otra inferior para sus hermanos, Pueyrredón agregaba estas palabras: La delicadeza del director de Chile está interesada en esta medida, que no podrá ser menos de ser bien aceptada por la opinión de los pueblos, haciéndoles conocer que se ha puesto tér

mino a las antiguas discordias, preparando los caminos de una dichosa reconciliación.

El estafeta que llevó esta comunicación se encontró con, el general .San Martín en Mendoza, y éste, “que sin duda se impuso de su contenido”, escribió ese mismo día a O’Higgins, ofreciéndole los barcos de Carrera “para dentro de dos meses, si ellos eran de buena calidad”.

El mensajero de Pueyrredón tomó el camino de los Andes, y San Martín continuó su marcha a Buenos Aires, y en tanto...

La buena acogida que encontró en el director supremo llevó a Carrera al convencimiento de que su situación mejoraría, que era posible un olvido de lo pasado y su acercamiento a los gobernantes de su patria. En tal creencia, no vaciló en tomar la iniciativa de escribir a O’Higgins y ponerlo en conocimiento de sus gestiones en Estados Unidos y sus resultados. En uno de sus oficios dice: Persuadido de que es necesario ceder al imperio de las circunstancias, tomé desde luego mi partido de ponerlo todo, como lo hago, en conocimiento de V. E. para que determine lo que fuese de su superior beneplácito. Entretanto, temiendo ver deshecha o neutralizada la escuadrilla, no he omitido esforzar la persuasión a fin de que este señor director influya en el nombramiento de otra persona que ocupe mi lugar.

Estos escritos, fechados el 15 de marzo, no tendrían el honor de una contestación por parte del director supremo de Chile, cuyo ánimo hacia las personas de los hermanos iba reflejada en la respuesta que daba al oficio del general Pueyrredón: La sagaz ambición de los Carrera ha llegado a abrirse un patrocinio en el gobierno de las Provincias Unidas, sorprendiendo por la astucia la tramoya de unos hombres que deben ser proscritos como perversos, que, ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron a Chile a la rabia ferina de los españoles. Estos habitantes los detestan; y blasfemarían de su suerte y de la conducta del gobierno si presintieran que’ había disposición de protegerlos... El honor de Chi-

le se empeña en su castigo antes que considerarles atributos de que son indignos, y terminaba que sólo por deferencia a un gobierno aliado aceptaba dar una cantidad para que no vivieran en la miseria.

El mismo día escribía a San Martín: ¿ Se dota con 8.000 pesos anuales a don José Miguel Carrera y a proporción a sus hermanos en el momento de extraerlos del país? Pues entonces se autoriza el crimen, en tanto se premia al delincuente. En efecto, nada más podría apetecer el mejor ciudadano que una asignación semejante para ser feliz en cualquier parte de la tierra. ¿ Tememos acaso a los Carrera o se espera algo de ellos? Uno y otro extremo es indigno de la suprema autoridad. Es impudencia desterrarlos y enriquecerlos; pena y galardón se contrarían mutuamente. Yo no tengo poder para desangrar la nación en favor de sus enemigos.

Tales notas, que reflejan con fidelidad los sentimientos de O'Higgins, las redactó don Miguel Zañartu, que, como aquél, detestaba a la desgraciada familia desde los días en que el general lo arrestó y reprimió, junto con su hermano Manuel, por sus actividades realistas en Concepción, a fines de 1813.

La actitud de O'Higgins pesó en el destino de los Carrera y en los sucesos por venir. Al cerrarles las puertas de la patria y negarles toda ayuda, los lanzó a la desesperación y a la miseria.

Las actividades de Carrera eran vigiladas estrechamente por agentes de la Logia Lautarina, que mantenía informado a Pueyrredón.' Tal vigilancia se basaba en el deseo del director de evitar que abandonara el territorio de las Provincias en viaje a Chile. Ninguna actitud escapaba a sus adversarios, que, aun dentro del hogar de doña Javiera, contaban con un informante en la persona del coronel Juan José Dauxion Lavaysse.

La demora del gobierno argentino en finiquitar la situación de la escuadrilla llevó a Carrera a expresarse con vehemencia contra el director supremo y a responsa

bilizarlo del estado de abandono en que se encontraban él y todos los que lo acompañaban desde los Estados Unidos.. Sin duda tenía razón de encontrarse mortificado con la conducta del gobierno de las Provincias, y en cierta ocasión expresó en casa de doña Javiera:

—¡ Si el gobierno de Pueyrredón no me deja partir, de grado o por fuerza arrancaré mis buques del puerto de Buenos Aires e iré al Pacífico a cumplir mis compromisos!

Esta declaración iba a ser el comienzo de su nueva desgracia. El 20 de marzo llegaba a Buenos Aires el bergantín Salvaje, tercero de los buques que formaban su escuadrilla, y en él traía su capitán una importante partida de armas para vender en los puertos de Chile. En contacto con los otros barcos, el capitán supo, con desagrado, que el viaje no continuaba por disposición de las autoridades de las Provincias Unidas, y que debía permanecer en el puerto. Indignado con una resolución que no tenía por qué acatar, el capitán del Salvaje visitó al capitán Davey, de la Clifton, “y éste, que estaba en gestiones con el gobierno y que había convenido en entregarle su buque y tomar servicio en la marina insurgente”, trató de disuadirlo de no mover la nave y esperar la resolución de las autoridades. El capitán del Salvaje manifestó airado, que si no deseaban acompañarlo se marcharía solo a Chile, lo que originó una agria disputa que llegó a oídos del director supremo por un conducto muy singular.

El coronel Dauxion Lavaysse, el confidente y amigo de los Carrera, solicitó audiencia y lo informó de los hechos ocurridos a bordo de la Clifton, acusando a don José Miguel de ser inspirador de la resolución del capitán norteamericano. Para dar fuerza a su acusación, repitió, en su mal castellano, la conversación oída en casa de doña Javiera, y agregó que los hermanos estaban de acuerdo para fugarse a Chile en el Salvaje.

La conducta audaz de don José Miguel hacía verosímil cualquier acusación de esta naturaleza, y Pueyrredón no tuvo inconveniente en creerle. El ingrato francés, recogido de la mayor miseria en Nueva York por el chileno, pagaba su magnanimidad con la traición, precio del ho

nor que se le hiciera el 8 de marzo, al designársele coronel de las milicias nacionales argentinas.

En la noche del sábado 29, tres grupos de soldados cercaban la casa de doña Javiera y tomaban prisioneros a don Juan José y a don José Miguel, trasladándolos a dos bergantines al anda en la bahía. Inútiles fueron las protestas de los hermanos para que se les explicara la razón de tan insólita conducta. El silencio fue la única respuesta.

Don Luis se encontraba fuera de casa esa noche y pudo escapar a sus perseguidores, que abrumaron de preguntas a las mujeres, sin obtener otra ventaja que la inútil vejación de esas damas chilenas. Ningún papel escapó a la prolija búsqueda de los gendarmes y todos los que se encontraron se lacraron y llevaron a la policía.

El bergantín Belén recibió a don José Miguel en calidad de prisionero político. Capitán del barco era don Manuel (le Monteverde, hombre de espíritu caballeroso y que pronto cobró estimación al general. La natural simpatía de éste produjo en el Belén el mismo buen electo que, años antes, en los oficiales de la fragata Castor en el Callao.

Al cuarto día de reclusión, dirigió una nota a Pueyrredón, solicitando su proceso y exponiendo todas las injusticias que se habían cometido con su familia en Chile y Argentina y la arbitrariedad con que se le perseguía. Como resultado, fue bajado a tierra y trasladado en calidad incomunicado al antiguo cuartel de granaderos a caballo. Su situación no cambió: nadie se presentaba a preguntarle sobre sus presuntas actividades revolucionarias o sus intentos de evasión, razones suficientes para pensar que los motivos que el gobierno tuvo para decretar su arresto no se apoyaban sobre bases concretas. Así permaneció tres días y al cuarto tuvo una sorpresa al abrirse la puerta de su encierro: en el umbral se encontraba el general José de San Martín.

El argentino, “con aquella frialdad que le era característica en la discusión de los asuntos graves, expuso a Carrera que la prisión a que estaba sometido era puramente preventiva, que el gobierno estaba ahora como antes dispuesto a dejarlos salir en libertad a él y a sus her-

manos para que marchasen al extranjero, y que en efecto había pedido al supremo director de Chile que les asignase una pensión con que pudiesen vivir decentemente. Aconsejóle, en consecuencia, que aceptara esta determinación, ya que la necesidad de afianzar el orden público en Chile y de extinguir los antiguos partidos; aconsejaban al gobierno a no permitirles volver a este país”

Carrera expresó sus sentimientos con claridad y dignamente al manifestar que, como chileno, no tenía razón el gobierno de las Provincias Unidas para negarle la entrada a su patria, desde que Chile era una nación independiente de Argentina, y agregó:

—Mi deseo es regresar a mi patria a combatir a sus antiguos dominadores y así, como usted dice, el virrey del Perú está empeñado en arrojarlos de Chile, mi puesto y el de mis hermanos está en el campo de batalla desde que somos soldados y la patria necesita a todos sus hijos. ¿ Por qué razón se me impide la entrada en Chile, señor general? ¿ Será acaso por el prestigio que gozo entre mis conciudadanos que inspire temor a los vencedores de Chacabuco y por eso quieren tenerme alejado del país?

San Martín comprendió la sátira y contestó:

—No crea usted, general Carrera, que nosotros temamos a nadie. Por mi parte, yo no encuentro inconveniente alguno para que usted y sus hermanos regresen a Chile, porque O’Higgins y yo estamos resueltos a ahorcar en el termino de media hora a aquel que trate de oponer resistencia al gobierno, y lo ejecutaremos con prontitud y energía, porque no tenemos que consultar a nadie.

—Siendo esto así, ningún hombre racional se entregará a un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia.

—Entiéndalo usted como quiera; pero desde ahora le anuncio que ni usted ni sus hermanos entrarán en Chile mientras no se hayan llevado a cabo nuestros proyectos militares.

La entrevista terminó, aceptando Carrera, en principio, abandonar las Provincias Unidas y partir al extranjero.

En nuevo oficio, solicitó a Pueyrredón que se le pagaran los gastos en que había incurrido por la mantención de los oficiales que lo habían acompañado y que ahora iban a servir a Buenos Aires y, si no era posible, “al menos como empréstito, que pudiera cubrir con los bienes de su pertenencia en Chile, y se le permitiera embarcarse al día siguiente en un barco que se hacía a la vela, rumbo a Boston”.

Pueyrredón vio quebrantada la voluntad del chileno, y después de poner en libertad a don Juan José y enviarle sus pasaportes para que con don Luis se dirigieran a los Estados Unidos, trasladó nuevamente a don José Miguel al bergantín Belén, donde quedó bajo la autoridad del capitán Monteverde y la vigilancia inmediata del alférez Seguí.

La amistad que había empezado entre el capitán Monteverde y Carrera y el afecto que le unió a Seguí y a los oficiales del bergantín, hicieron que todos se convencieran de la arbitrariedad de los procedimientos usados con él por el gobierno de Buenos Aires y se prestaran a facilitar su fuga.

La noche del miércoles 30 de mayo una densa neblina proveniente del río cubría la dársena de Buenos Aires. A bordo del Belén dos oficiales daban algunas órdenes y preparaban un bote que debía conducir un hábil remero hasta las playas de Montevideo, en la costa uruguaya. Sonaban las seis en los relojes de la ciudad, cuando Carrera se despedía de sus amigos y bajaba a la embarcación que se mecía sobre las aguas del Plata. En su cámara fumaba impasible el capitán Monteverde, y el oficial de guardia rondaba por los entrepuentes. Los remos se hundieron en el agua y, manejados con destreza por el marinero Justo López, el bote se alejó del costado de la nave hacia el este. A los pocos minutos que don José Miguel navegaba por el río, se disparaban desde el bergantín algunos cañonazos y nutridas descargas de fusilería, que se repifieron desde algunas falúas

destacadas en su persecución. Monteverde tomaba sus precauciones para que no se le culpara de permitir la fuga de su amigo.

El bote que llevaba a don José Miguel continuó su navegación, sin ser alcanzado por las embarcaciones del Belén, y se perdió en la bruma y en la noche...

MONTEVIDEO

En agosto de 1816 la vanguardia del general portugués don Carlos Federico Lecor comenzaba sus operaciones desde Río Grande en el Brasil y se apoderaba del fuerte de Santa Teresa, para ir a situarse entre el río de la Plata y el lago Mirim, en territorio de la Banda Oriental. Otras fuerzas invadían el país, y después de vencer al general José Artigas en los combates de torumbá, Ibiracoy, Santa Ana, y al general Fructuoso Rivera en India Muerta, Lecor tomaba posesión de la ciudad de Montevideo.

Artigas culpó en todos los tonos a los argentinos de intervención y apoyo pasivo a los portugueses, y no estaba errado en sus apreciaciones, si nos atenemos a la conducta del ministro del directorio rioplatense don Manuel J. García y de algunos miembros del Congreso que alentaban las aspiraciones del rey don Juan de Portugal sobre los territorios de la Banda Oriental. El caudillo uruguayo, al que el director supremo don Gervasio Posadas diera el nombre de traidor, podía devolver con creces la mano a los mandatarios de Buenos Aires. La invasión “era fomentada por una diplomacia tenebrosa y combinada con la política interna y externa del gobierno argentino”.

Así, mientras Artigas abandonaba Montevideo a las fuerzas de Lecor para refugiarse en las márgenes del Uruguay, y el propio gobierno de Buenos Aires empezaba a reunir leña para avivar la hoguera de la anarquía, halagando a caudillos ambiciosos y llevarlos a la rebelión

contra Artigas en las provincias de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, don José Miguel Carrera llegaba a Montevideo y comenzaba a observar las oscuras maniobras de Pueyrredón, y su clara inteligencia penetraba sus pensamientos, descubriéndolos en las conversaciones de sus numerosos amigos o de los oficiales portugueses que frecuentaba en las reuniones del general Lecor.

En esta forma logró imponerse de los manejos monarquistas de los personeros del Plata y de sus actuaciones contra Artigas y comenzó a acopiar pruebas para atacar a los gobernantes que tanto daño le causaron como premio por sus desvelos por la causa de la libertad de Chile.. Pacientemente acumulaba material para trasladarlo a la imprenta y ponerlo al servicio de la anarquía mediante una pluma que no podía conocer rival entre los iletrados caudillos de las provincias del norte. La ilustración adquirida en sus viajes a España y Estados Unidos, junto a su viva inteligencia, fue el motor que dio impulso al caudillaje cuando, llevado de la desesperación que le causaron las injusticias cometidas con su familia, se decidió a obrar “para vengarse y vengar..”

Su refugio fue señalado por sus adversarios para ponerse en guardia, y San Martín, al informar a O’Higgins, le dice: “José Miguel Carrera se ha fugado a Montevideo, y, según me dice Pueyrredón, se aseguraba en aquella plaza que su ánimo era el de venir a formar montoneras a Chile; yo lo dificulto, pues para esta especie de guerra se necesita de más coraje que el de José Miguel.. ¡ Cómo se equivocaba San Martín...!

Montevideo vive los días alegres del vencedor: el general Lecor y los oficiales europeos entretienen sus ocios en brillantes veladas y ruidosos bailes que reúnen a la sociedad criolla. Carrera ha logrado captarse las simpatías del portugués y éste se las demuestra invitándolo a su mesa y a sus reuniones. Y mientras en Montevideo los uniformes portugueses lucen en plazas y salones, el año 1818 se anunciaba con las nuevas ideas de “Federación”, encarnadas en Artigas, y de “Unidad”, representadas por Buenos Aires con Pueyrredón a la cabeza. “Unidad” y “Federación” saltan a la arena del combate y sus partida-

ríos ensangrientan los campos argentinos en una guerra sin cuartel. Carrera observa el momento y ve en esa lucha el plano inclinado por el cual hacer resbalar a sus enemigos de Buenos Aires. No cuenta con medios para entrar en la -contienda que se desarrolla en los campos de batalla, pero tiene un arma. que es tan poderosa como la mejor espada: su pluma, y a ella recurre para orientar el desorden en beneficio propio y buscar por este camino la satisfacción de sus anhelos: regresar a Chile.

Los tres años de exilio lo habían reducido a una difícil situación económica. El viaje a los Estados Unidos terminó por lanzarlo a la miseria. Las gestiones hechas por San Martín y Pueyrredón para dotarlo a él y a sus hermanos de medios que les permitieran vivir con decoro, se estrellaron con la terca negativa de O'Higgins de aceptar cantidad alguna de los fondos del Estado de Chile para sufragar sus necesidades. Para el director supremo la existencia de estos desdichados chilenos era motivo de preocupación que no terminaría sino con su muerte. Así lo hacía saber- a San Martín al dar contestación a la carta que éste le escribiera a Talcahuano en agosto de 1817, para comunicarle el apresamiento de don Juan José y don Luis y el proceso que seguía a numerosas personas en Santiago, a raíz de una conspiración que le delataron. El propio San Martín había tomado la dirección del sumario contra los inculpados, entre los que se encontraban el padre de los Carrera, anciano de 80 años, el abogado Manuel Rodríguez, don Manuel Jordán, el asistente del general Carrera, José Conde, don Juan de Dios Martines, los tenientes norteamericanos que habían pasado a Chile para prestar servicios: Guillermo Kennedy, Tomás Eldredge y Exequiel Jewett, y algunos miembros de la familia Carrera.

La conspiración que puso en alarma a San Martín y lo impulsó 'a obrar con "gran despliegue y aparato militar", sirvió para que el director supremo cargara los tintes de sus cartas contra sus adversarios: Nada, de extraño es lo que. Ud. me dice acerca de los Carrera; siempre han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque es siempre mayor el número de los ma-

los que el de los buenos. Si la suerte nos favorece en descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna y no quede a los alcances del gobierno apagar el fuego ni menos prender a los malvados.

Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal; desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América; arrójese a sus secuaces a países que no sean tan dignos como nosotros de ser libres.

Llevados por la desesperación que les producía la persecución de las autoridades argentinas, don Juan José y don Luis habían resuelto marchar a Chile, aun con riesgo de su libertad, para poner término a su azarosa vida. Desgraciadamente, en las reuniones habidas en casa de doña Javiera en Buenos Aires, en la que tomaron parte muchos partidarios, se trazó un plan para derrocar a O'Higgins y San Martín, plan que no pasaba más allá de ser una descabellada idea en las cabezas de aquellos hombres y que, llevado a Chile por algunos parciales, encontró eco en unos cuantos ilusos. Don José Miguel se encontraba ajeno a estos manejos, pero su nombre debía ser mezclado en ellos por sus adversarios.

Era mediados de Julio cuando don Luis se ponía en movimiento en dirección a Mendoza. Bajo un disfraz de peón y con la cara atada con un pañuelo, acompañaba a don Juan Felipe Cárdenas, oficial chileno de veintidós años y conocido partidario de su familia. Un mes mas tarde partía don Juan José, en compañía del impresor chileno don Cosme Alvarez. Ambos hermanos viajaban con nombres supuestos: el primero como Leandro Barra y Narciso Méndez el segundo.

No era don Juan José el más organizado para dirigir un movimiento contra los mandatarios de Chile y cuando don José Miguel tuvo conocimiento de su marcha, expresó a don Pedro Nolasco Vidal:

—No dude usted, don Pedro; mis hermanos se pierden. No son hombres para estas empresas. No tienen ni discreción ni recursos, ni es ésta tampoco la época.

Presa de agitación, el general se paseaba por la sala donde se encontraba reunido con algunos amigos, repitiendo con amargura para sí mismo: “No son hombres para estas cosas... , y ojalá no caigan en manos de sus adversarios, porque entonces no tienen nada que esperar..”

Su angustia lo hizo escribir a doña Javiera, solicitándole informe sobre su paradero, y expresar su deseo de reunírseles: Dime por dónde se fue Luis a dónde; con qué intenciones, con qué esperanzas, con qué plan, con qué compañía, cuál es el estado de Chile, la disposición de padre de los amigos... Juan, supongo, sigue el mismo rumbo; y luego deja en claro su inquietud y su temperamento: Yo puedo irme por la Banda Oriental a Santa Fe y de ahí a Coquimbo. Puedo ir en el bergantín de guerra, desembarcar en Buenos Aires y de allí por el camino que Luis, a casa. Su existencia está siempre ligada a la de ese hermano querido: don Luis, y su instinto le anuncia la posibilidad de la desgracia.

En Chile la situación es delicada: la victoria de Chacabuco no logró, por falta de una adecuada persecución, aniquilar a los realistas, y el brigadier Ordóñez se mantiene con éxito tras las fortificaciones de Talcahuano. O’Higgins asalta la plaza y es rechazado. Desde el Perú llegan noticias de que el virrey reúne una nueva expedición que comandará el vencedor de Rancagua, general Osorio. Razón ha tenido San Martín para hacer presente a Carrera, en Buenos Aires, que los mandatarios de Chile están dispuestos a ahorcar, en el perentorio plazo de media hora, a quienes traten de alterar el orden. Una revolución en esos ‘momentos puede significar la pérdida de Chile, y O’Higgins lo sabe por experiencia propia con su actitud antes de Las Tres Acequias, por lo que no está dispuesto a permitir ninguna perturbación pública.

Hasta el refugio de Montevideo llegan las noticias de la patria y Carrera lee con avidez las cartas o interroga a quienes tienen alguna noticia que proporcionarle. Entonces, más que nunca, se arraiga en él la convicción de que no es momento para intentar nada y permanece quieto, dedicado a negocios de cueros y carnes que le permiten subsistir con extrema modestia.

Cerca de él se encuentran el general don Carlos María de Alvear y un grupo de exiliados argentinos que viven tranquilos al amparo de las bayonetas de Lecor. El portugués los deja obrar con libertad, porque espera servírse de ellos si llega el momento de tomar las armas contra Buenos Aires; aun los invita con frecuencia a sus reuniones, sin hacer caso de la ojeriza de algunos de sus oficiales que llegan hasta el desprecio por sus raídos uniformes. Carrera es uno de esos infortunados. Vive casi de la caridad de sus amigos, que sus negocios de cueros han resultada un fracaso. Su cama y sus camisas le han sido donadas por no disponer de dinero para comprar nuevas. Sin embargo, su arrogancia no declina. y su altivo carácter no se abate. Sin preocuparse, asiste a un baile con botas de campaña por habersele roto los únicos zapatos de que dispone. Su gallardía hace lucir el gastado uniforme de los húsares de la gran guardia, regimiento que formó en Chile, y sobre el cual prendió sus insignias de brigadier cuando era el primer comandante en Jefe que tuvo el ejército nacional. todavía siente cómo se clavan en él las miradas de alguna mujer de deslumbrante belleza, que observa sus movimientos y su elegancia en un paso de minué. Carrera en su pobreza no ha perdido su distinción: pulcramente afeitado, conserva el paso airoso y sus modales de sociedad que le señalan su educación y alcurnia en Chile. Habla con rapidez y sus ojos, siempre inquietos chispean cuando lanza sus diatribas contra los gobernantes de las Provincias Unidas o recuerda punzante “al señor Riquelme de Chile. Su rencor por Pueyrredón y las autoridades porteñas es mórbido, y a veces le atrae incidentes molestos que poco falta para que terminen en el campo de honor. Así ocurre en una ocasión en casa del general Alvear. Don José Miguel se expresaba con calor contra los mandatarios del Píata y sus críticas ásperas eran aceptadas y compartidas por sus amigos. Cerca de él se encontraba el general don Tomás de Iriarte, que ese día vestía de uniforme, a pesar de encontrarse alejado de las filas del ejército de Buenos Aires

—La desvergüenza del gobierno de Pueyrredón
—dice— ha llegado a límites inconcebibles. Un agente

suyo gestiona la venida de un príncipe europeo para entregarle la corona del Plata y de Chile, y a quienes no se conforman con sus ideas se les persigue, pero se deja obrar libremente a aquellos que sirven sus infames designios. Tales hombres al servicio de un gobierno abyecto son satélites de la tiranía e indignos del nombre de americanos.

La última frase hizo encenderse de ira al general argentino, que se creyó comprendido en ella, originándose un fuerte altercado que llevó a Iriarte a desafiarla a duelo. El lance que se 'gestaba hizo intervenir a los concurrentes y explicarle que el chileno no había tenido intención de herirlo en su honor, y luego de un apretón de manos, ambos generales se unieron en una amistad que perduró siempre.

La mortificante separación de su esposa le llenaba de angustia, que consolaba en sus cartas. Conocía su precaria situación y la de sus hijitas, y cuán poco podía darles doña Javiera, único ser a quien podían volver los ojos en tan oscuras circunstancias. Para desahogarse redactaba un manifiesto explicando sus actuaciones a sus compatriotas y que esperaba viera la luz pública a fines de 1817.

Finalizaba el año. Don José Miguel se encontraba entretenido con la redacción de su manifiesto y satisfecho con una entrevista que sostuvo con Artigas, en su refugio a orillas del río Uruguay, pues así podía contar con otro protector en caso de que las fuerzas del general Lecor se vieran forzadas a abandonar Montevideo.

En marzo de 1818 dio a luz el relato de sus hechos, legando a la posteridad el Manifiesto que 'hace a los pueblos de Chile el ciudadano José Miguel Carrera. Este documento, fruto de un trabajo reposado en Montevideo, difiere del resto de sus escritos y está redactado antes que la profunda herida que le abrió la muerte de sus hermanos y la despiadada persecución a que O'Higgins y San Martín sometieron a su familia, empañaran con el velo del odio la serenidad del escritor para apreciar las acciones de sus contemporáneos.

Desde su comienzo, en que expresa esta bella idea: Siempre me pareció digno de un hombre honrado sa-

crificar su reputación a la de su patria, se justifica de las negras calumnias que fulminó la envidia y la venganza de mis rivales, sin recordar sucesos que empañarían tal vez las glorias de mi patria, y celoso de su honor más que de mi nombre, sufra sin que arme los ataques de la injusticia, esperadero del tiempo el desengaño, y de la calma de las pasiones el triunfo de mi inocencia. Del tiempo “¡ la razón los vengadores de la verdad. Su pluma corre ágil, trazando las líneas que deben llegar a la posteridad para su juicio, y deja impreso en ellas su amor por Chile, amor que lo llevó a todas sus locuras y que, por eso, es perdonable...

Sus hermanos habían sido tomados prisioneros y conducidos a Mendoza. En Chile se había puesto en libertad a don Ignacio el 15 de octubre, y el 20, al resto de los complotados por falta de méritos. La Junta de Gobierno de Chile, que sucedió al director delegado, coronel Hilarión de la Quintana, nombrado por O’Higgins mientras dirigía las operaciones en Concepción, dio un corte definitivo a la causa, pero San Martín hizo enviar a Mendoza “un testimonio autorizado para adelantarlo y hacer valer sólo contra los hermanos Carrera”. El odio que sentía hacia don Juan José lo llevaba a cometer esta injusticia, convencido de ser efectivas las calumnias que sobre su persona se levantaban en Mendoza y de las cuales se dejaba especial constancia en el proceso. Acusado de asesinato en la persona de un menor que le sirvió de guía y que murió de frío en medio de una tormenta, vio comprometerse su situación ante las autoridades de esa ciudad que le procesaban con, su hermano por delito de alta traición.

La animosidad de San Martín quedó estampada en la carta que escribió a Luzuriaga: La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con Juan José Carrera, famoso criminal, y con su hermano Luis, quedan al eficaz celo de V.S., en tanto que el arresto de sus personas es la garantía de la quietud del actual y futuro engrandecimiento de este país.’

Aun cuando las diligencias practicadas poco habían arrojado en contra de los hermanos, y su único acusador, Juan Felipe Cárdenas, después de declarar fue trasladado a Santiago, se les mantenía estrechamente vigilados. No eran ellos lo que quitaban el sueño a San Martín y O'Higgins, sino don José Miguel, cuyo nombre y audacia podían dar por tierra con el mandatario y el general.

En Buenos Aires, Pueyrredón desechaba todas las solicitudes que doña Javiera presentaba en favor de los presos y Luzuriaga llevaba con lentitud desesperante la causa. Las peticiones hechas por el gobierno de Chile para que se le remitieran los reos, se estrellaron contra la negativa del fiscal de la Corte Suprema Argentina y del asesor letrado de gobierno, que se declararon en contra de ellas y estimaron que debían ser trasladados a Buenos Aires para ser juzgados allí. Pero el destino había dispuesto las cosas: Luzuriaga era un incondicional de San Martín y cumplía sus órdenes, y éste “manejaba desde el cuartel general todos los hilos de aquella trama, sin descuidar siquiera el menor de sus incidentes y sin querer tampoco comprometer su nombre. Para esto se guardaba bien de poner su firma al pie de ninguna providencia que pudiera descubrir su verdadero papel en aquellos sucesos”, y a fines de enero escribía desde Santiago: Redoble S.E. su infatigable vigilancia por la seguridad de los Carrera, pues se me repiten los avisos de que tratan con empeño de promover su fuga.

El 25 de febrero se descubría a Luzuriaga un intento de evasión de los presos y que su imaginación transformó en un vasto plan de conspiración, que puso en conocimiento de San Martín: Ellos se reducían a ponerse en libertad, ocupar la guardia, tomar el gobierno, apoderarse de mi persona ~¡ otras varias, hacerme firmar órdenes para la entrega del - cuartel de la Cañada y Maestranza, publicar bando al día siguiente, prohibiendo bajo pena de la vida que nadie saliera de la ciudad, convocar con promesas de premios ventajosos a los prisioneros

talaveras y demás confinados que ha remitido ese Estado a tomar parte en sus planes, empeñar a Artigas y al gobernador de Santa Fe para que cortaran el paso de las tropas de Buenos Aires, en caso que el supremo gobierno tratara de enviarlas a esta provincia. Formar una fuerza de 2.000 hombres con los recursos de esta provincia ~¿ aumentarlos con 108 chilenos que hay en Buenos Aires.

Esta absurda carta escrita por Luzuriaga habría hecho sonreír a cualquier hombre sensato, pues es tal el número de imposibles que reúne, que si semejante plan era esperado realizar por dos presos incomunicados del mundo exterior por los gruesos barrotes de sus calabozos y las bayonetas de sus guardianes, es necesario convenir que los dos Carrera habían perdido el juicio. Junto con enviar su carta, Luzuriaga estrechó la vigilancia de los hermanos y activó el proceso con nuevos cargos.

En la tarde del 19 de marzo de 1818 el ejército patriota, al mando de San Martín, acampaba al nordeste de Talca, en el llano de Cancha Rayada, después de un vano intento para obligar al general Osorio a presentar batalla. Los realistas lograron adelantarse a San Martín y, después de rechazarle su caballería, ocuparon la ciudad. El general insurgente dispuso el descanso, en espera de dar la batalla al día siguiente, pero la inferioridad de efectivos hizo concebir a los españoles un golpe audaz contra el enemigo para batirlo por sorpresa y lo prepararon para realizarlo esa noche.

“San Martín, entretanto, había tenido noticia, por sus espías, del movimiento de tropas que se operaba en la plaza, y comprendió que éstas preparaban una salida. Calculando que esa salida se verificaría en las altas horas de la noche, creyó tener tiempo para efectuar un cambio de posición que frustrase Los proyectos del enemigo”, pero éste no le dio el tiempo que esperaba para su maniobra, y, con audacia, le cayó encima cuando sus fuerzas estaban en pleno movimiento. La sorpresa se produjo con éxito y la batalla terminó con la derrota y dispersión del ejército patriota. Del campo de batalla huyeron desbandados más de 3.000 soldados y, con ellos, escapa

ba desalado el auditor de guerra del ejército: Bernardo Monteagudo.

Este mulato, de triste celebridad en los anales de la historia americana, pasó por Santiago pregonando el desastre y la necesidad de emigrar de nuevo a Mendoza, de manera que sólo se detuvo algunas horas y continuó su camino. Tres días más tarde estaba al oriente de los Andes. “La llegada de Monteagudo a Mendoza venía a decidir en ese proceso (el de los Carrera) . Instrucciones verbales muy terminantes debía tener para el gobernador Luzuriaga, bien de O’Higgins, bien de San Martín o de la Logia Lautaro, para acelerar aquella causa”.

La suerte de los presos quedó sellada, y el 8 de abril, a las cinco de la tarde, eran sacados de sus calabozos don Juan José y don Luis Carrera, conducidos a la plaza y fusilados.

La inútil crueldad llenaba de consternación a los chilenos existentes en la ciudad, y al ser conocida en Santiago, conmovió hasta los cimientos la silla del director supremo, en la reunión popular ocurrida el 17 de abril y cuya alma fue Manuel Rodríguez. Preso, el popular y famoso guerrillero fue conducido a Valparaíso bajo la custodia del batallón de cazadores de Los Andas, cuyo jefe era el comandante argentino Rudecindo Alvarado, En la noche del 24 de mayo fue asesinado en Tiltil por el teniente Manuel Navarro, español al servicio de los patriotas, después de recibir órdenes de Monteagudo y de Alvarado.

El 21 de marzo de 1818 anclaba en Montevideo la fragata Congreso, en la que viajaban los señores Bland, Rodney y Graham, enviados en misión especial de los Estados Unidos “con el objeto de inspeccionar el estado de los países insurreccionados, a fin de tomar una medida deliberada respecto del reconocimiento de su independencia”. Dicha misión traía cartas para don José Miguel y venía recomendada a su persona. La principal era de su amigo el almirante Porter, y en parte le expresaba:

Es Ud. considerado en este país como el solo campeón de las libertades de Sudamérica, sobre cuyos principios debe ponerse una entera confianza el único que puede conducir. la revolución a un desenlace feliz ~¿ a una útil conexión política entre Sudamérica y los Estados Unidos.

Yo espero, por mi parte, y tales son los deseos de nuestro gabinete, a Chile independiente y con un gobierno elegido por el pueblo; y mi más ardiente anhelo se refiere a que esa elección recaiga sobre Ud., porque siendo conocedor de nuestras instituciones políticas del valor de la libertad civil y de la igualdad de los derechos, Ud podrá más pronto, y con menos pérdida de sangre y tesoros, alcanzar las bendiciones que nosotros gozamos como nación.

Junto a esa carta venia otra de Mr. Irvine, redactor del Columbian, que decía: . y debe seros grato el saber que en la adversidad contáis con amigos que simpatizan con vuestro destino y que nunca mudan con los cambios del tiempo y de las circunstancias.

Esos norteamericanos reconocían sus méritos y desvelos por la causa de la libertad americana y sus palabras llegaban al proscrito como lenitivo a su dolor. De esta manera, mientras lejanos amigos le expresaban sus simpatías y su vida era protegida por la generosidad de un general portugués, sus hermanos caían en la plaza de Mendoza, víctimas del odio y las pasiones de los hombres de su época.

Recién había llegado hasta las playas del Uruguay la noticia del triunfo de los patriotas en Maipo, cuando el general entraba en su habitación y encontraba sobre su mesa de trabajo una carta, escrita en inglés, “que abrió casi con indiferencia y púsose a leerla”. Como herido por mano invisible, dejó caer la hoja de papel y, sentándose en una silla, permaneció largos instantes anonadado por lo que acababa de leer. La carta estaba en el suelo, y sus líneas eran:

Mi querido general:

Mi pluma se resiste a escribiros que vuestros valientes y amados hermanos don Juan José y don Luis ya no existen. Fueron asesinados por orden de San Martín, después de la victoria del 5 de abril que dio a Chile su independencia. Se les juzgó por un consejo de cinco abogados a las dos de la tarde del día 8 y a las oraciones fueron conducidos a la plaza pública, donde ambos se abrazaron, tomaron sus puestos y dieron las voces a lo tirad ores.

Es necesario, mi querido general, precaver vuestra existencia. El brazo del asesino está suspendido sobre vuestro pecho. En efecto, se susurra que se han ofrecido 30.000 pesos por vuestra vida, y que una persona ha cruzado el río con este objeto.

Vuestra hermana está postrada en cama, hubo momentos en que tuve pocas esperanzas de su vida. Ahora creo pasado todo peligro.

La señora doña Mercedes se ha esforzado por obtener un pasaporte para ésa. La familia está buena. Adiós. Kennedy.

El golpe era tremendo. Jamás pudo esperar un desenlace semejante en la vida de sus hermanos, después de conocer la libertad de Chile. Antes miraba a sus enemigos como hombres; desde ese momento los vio convertidos en fieras capaces de destrozarlo donde lo encontrarán. Su carácter violento estalló y la impotencia en que se encontraba llenó de angustia su alma. La pluma sirvió de nuevo como válvula de escape y comenzó a escribir para señalar a los verdugos de sus hermanos: víctimas desgraciadas de la tiranía más detestable de un triunvirato inicuo... perecieron en el patíbulo como criminales el día 8 de abril. ¡Día funesto en los fastos de Chile! Pueyrredón, San Martín, O'Higgins: ver aquí sus bárbaros ase-

sinos. EL cobarde y afeminado Luzuriaga no fue más que el verdugo de esos monstruos sanguinarios que vomitó el infierno para oprobio del nombre americano.’

Corrían los días y algunas tardes llegaba hasta la fragata Congreso, anclada en la bahía, y daba desahogo a su alma, conversando con aquellos americanos del norte que miraban con simpatía su persona. El capitán de la nave, comodoro Saint Clair, veterano de la guerra contra Inglaterra, le brindaba su cariñosa acogida, y, en la quietud de la cámara, el general acusaba con calor a sus perseguidores. Su imaginación formaba planes con vertiginosa rapidez; planes que jamás tendrían realización y que llevaban todos un mismo objetivo: vengar a sus hermanos sacrificados en Mendoza. La vehemencia con que se expresaba hizo decir un día a Saint Clair, golpeándole afectuosamente el hombro:

—Permaneced tranquilo, general, esperad que se presente la oportunidad para vuestra venganza y para servir a vuestro país. Por ahora no podéis hacer nada sino recordar que sois hijo único y que además tenéis deberes como padre y esposo..

Y esa oportunidad iba a llegar...

CARRERA RECURRE A SU PLUMA EN LA LUCHA CONTRA PUEYRREDON Y ESPARCE EN ARGENTINA LAS IDEAS FEDERALES

En su viaje a Estados Unidos se preocupó de adquirir una imprenta, la que, como todo lo suyo, fue confiscada por el gobierno del Plata. Con maña consiguió que desde Buenos Aires le remitieran algunos cajones de

tipos, y asociado con don Manuel José Gandarillas, desterrado por el gobierno de Chile a Montevideo, organizó la llamada “Imprenta Federal”, que “figuró de propiedad de William P. Grinswold y John Sharpe”.

Carrera, Gandarillas, el general Alvear y otros exiliados trabajaron en la imprenta como redactores y tipógrafos, ejerciendo funciones de obreros y empleados. De aquí salieron los escritos que son la base, entre otras cosas, de la anarquía argentina y de la calda de los enemigos de Carrera.

El 24 de junio de 1818 daba a luz su Aviso a los pueblos de Chile, que empezaba: Están decretados vuestros destinos. ¡Escuchad! Chile será una colonia de Buenos Aires como fue de España; su comercio e industria respetarán los límites que les prescriba el interés inmediato de la nueva metrópoli. Y continúa para picar ‘él orgullo de sus compatriotas: Destinado está Chile a constituir uno de los grandes Estados de’ la Confederación del Sur, en que debe partirse la vasta extensión del continente. Su posición física y geográfica, su situación política y moral, su riqueza, su industria, su numerosa población, no dejan un lugar al problema en el cálculo de las naciones libres e ilustradas. ... ¿Ah, qué esperáis, chilenos, para sacudir ese pesado yugo con que pretenden vuestros libertadores uncirlos al carro de sus caprichos ambiciosos?..., No, chilenos, no. Es bien conocido vuestro carácter para que pueda dudarse de vuestros sentimientos.

La prensa, arma formidable de acción de los tiempos modernos, la emplea para abatir a sus enemigos y dar satisfacción a su alma, poniendo en práctica en la Imprenta Federal las lecciones aprendidas con Irvine en el Columbian. Uno tras otro lanza sus ataques contra el gobierno de las Provincias y es Pueyrredón el mandatario a quien dirige sus dardos. A O’Higgins y San Martín los asocia a Chile y sobre ellos descarga la culpabilidad de la muerte de sus hermanos. La Logia Lautarina, poder oculto y tenebroso a la que los tres pertenecen, es el símbolo que representa para él la tiranía en Argentina y Chile, y carga la tinta cuando recuerda que de su seno salieron las órdenes de ejecución de los Carrera y de Rodríguez.

El amor a su patria se revela en cada página de sus escritos y su temor a verla sometida a la voluntad extraña lo lleva a decir: La expedición a Lima se costeará con la sangre chilena y los soldados de Buenos Aires conservarán por el terror la conquista de Chile. Ganando las batallas con jefes iniciados en el gran misterio> será Buenos Aires, cual otra Roma, la capital que dará leyes al continente del Sud.

Conoce el descontento que existe en Chile contra el director supremo por su apoyo sin medida a San Martín, su preferencia por los oficiales transandinos, a los que el Estado de Chile paga el doble del sueldo que a los nacionales, la subordinación de O'Higgins a Pueyrredón y San Martín. La sorda resistencia de la aristocracia y el ejército por la entrega del mando supremo en las ineptas manos del coronel Hilarión de la Quintana, pariente de San Martín y "hombre petulante y de superficiales conocimientos y tino".

Ve con temor el peligro en que se encuentra la libertad de su patria, amenazada de convertirse en satélite de las Provincias Unidas por voluntad de Pueyrredón y falta de un carácter que se oponga a las miras argentinas. Sabe los pasos que se están dando en Europa para conseguir la venida de un príncipe que reine sobre las dos naciones desde Buenos Aires y culpa a O'Higgins de colaborar al encadenamiento de Chile.

Consecuente con su deseo de ver en tierra a Pueyrredón, hace suyas las ideas federales y se entrega por entero a esparcirías dentro del territorio de las Provincias. Desde que la muerte de sus hermanos carga de dolor su corazón, su cerebro no cesa de producir proyectos de venganza, y su pluma, puesta a su servicio, corre veloz sobre el papel para hacer llegar a los pueblos y a los campamentos el hálito que ha de levantar a los hombres en una formidable reacción. Señala a Buenos Aires como la "Nueva Babilonia" y exhorta a los caudillos federales contra los porteños, para arrebatara a la metrópoli su orgullo y su poder.

Don José Miguel sabe a lo que se expone. Conoce a sus adversarios, pero no trepida en jugar su última y

definitiva carta. Se encuentra unido a sus amigos de Montevideo por el lazo común de la miseria y el despecho, y no es raro, entonces, verlos moverse activamente para empezar la campaña destinada a aventar a los que los han llevado a, tan desesperada situación y cuentan, dentro y fuera del territorio de las Provincias, con tantos enemigos, ni tampoco que encuentren agentes dispuestos a secundar sus planes y se encarguen de la distribución de los impresos, con prontitud y diligencia, introduciéndolos en los cuarteles y las propias esferas de gobierno.

Bajo la firma de William P. Grinswold y John Sharpe, lanzó la Imprenta Federal el prospecto de El Hurón, redactado por la pluma de Carrera para dar a conocer la conducta pública y secreta del gobierno en todos los ramos de la administración, la de los individuos que tienen verdadero influjo en los negocios y son los compañeros y agentes de sus crímenes; si se les deja llevar a cabo sus trabajos, este papel será la verdad era historia de la revolución en el estado presente; de sus rasgos resultará el cuadro en que los americanos vean con horror la suerte que les espera... El Hurón los va a sacar a luz cual ellos son; sus almas cobardes abandonarán acaso el teatro de sus crímenes o enmendarán su conducta... aunque los vicios más grandes de la administración le ocuparan especialmente, para que el pueblo pueda penetrar el laberinto de que se compone, no es menos esencial detenerse en el carácter de cada uno de sus agentes; por eso será que El Hurón saque en cada número un gazapo de su cueva.

El prospecto penetra en Buenos Aires y en las Provincias argentinas, llevando al colmo la indignación del director supremo Pueyrredón y de San Martín contra su autor, lo que impulsa a éste a escribir a O'Higgins para ponerlo en antecedente de unos papeles incendiarios, nuevamente salidos del cuño de don José Miguel Carrera.

Aparece el número uno de El Hurón y en él se lee: La publicación del prospecto ha producido un desengaño fatal: lejos de arrepentirse los malvados, se volvieron furiosos, y en efecto, el dardo dio en el blanco y los gobernantes tomaron "estrictas medidas para evitar la in

roducción profusa y clandestina que se hacia en Buenos Aires de los escritos de Carrera”.

El número dos está destinado a execrar a los miembros de la Logia y a señalar a Pueyrredón y San Martín como los responsables de todos los males que ocurren en aquel momento. “El célebre fundador de esta sociedad en Sud-América es José de San Martín. ¡ Monstruo de corrupción, de crueldad y sobre todo de ingratitud !“

El proscrito se desahoga haciendo destilar a sus escritos odio y amenazas contra sus adversarios, señalándolos a la opinión de los pueblos como sus opresores y enemigos.~ Director supremo, Logia, Congreso y todo cuanto es un obstáculo para él, trata de removerlo formando ambiente, y en el número tercero ya sopla sobre las cenizas que el fuego de la guerra ha dejado entre Buenos Aires y los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos, tratando de reanimar la lucha. El pueblo de Buenos Aires está sobre un volcán espantoso que amenaza envolverlo en ruina y desolación —escribe—. El gobierno se empeña en ocultarle el peligro que, los progresos de la combustión le harán advertir acaso cuando su suerte esté decretada sin remedio; la ominosa guerra contra Santa Fe, esa lucha terrible de los déspotas contra los pueblos, se enciende hoy con un furor desconocido en el siglo XIX y la mayor parte de los habitantes de la capital ignora la causa de esta desgracia y los resultados que ofrece a nuestras armas... Los sucesos del año 19, disolviendo los vínculos de las provincias y pueblos, condujeron al de Santa Fe a arreglar por si mismo su administración. El gobierno de Buenos Aires sancionó su independencia y se comprometió a sostenerla más allá de los intereses que exigían; pero esa promesa falaz era dirigida a adormecerlos para sacrificarlos.

No caerán en terreno estéril las palabras de don José Miguel Carrera y la guerra civil no tarda en asomar su sangrienta cabeza sobre las márgenes del Plata. ‘Sus adversarios se defienden, cargándolo de acusaciones y de ofensas, y anotan en el haber de su cuenta todo lo malo que ocurre, presentándolo como un aborto del infierno.

La lucha es a muerte y no hay tregua posible. En ella caerán todos los actores: Carrera, Pueyrredón, O'Higgins, San Martín. La sangre va a llenar muchas páginas de la historia argentina, y mientras la marea roja a las playas del Plata a Rosas y sus mazorqueros, encarnados en las ideas federales, y se funde en dolor el futuro de la República Argentina al este de los Andes, hasta hacer de ella una gran nación, Chile reacciona contra sus libertadores de 1817 y se hace voluntad popular su independencia sin sujeción a amos ni tutores...

V
LA ANARQUIA ARGENTINA

El gran teatro está dispuesto y tras los telones que ocultan los lados de la escena se mueven con rapidez los actores del intenso drama próximo a empezar. La intriga, por un lado, y la audacia, por otro; el odio y la venganza; la envidia, la traición, el heroísmo, la abnegación, se conjugan y cada hombre toma su puesto según el papel que desea representar. Nadie se imagina que el acto va a ser de larga duración y de una crudeza que deja profundas huellas en el ánimo de espectadores y actuantes, llegando su influencia hasta lejanos días después y conmoviendo hasta sus cimientos la estructura de las Provincias Unidas de la Plata.

Entre los principales actores está don José Miguel Carrera, y su figura toma formas impresionantes por espacio de tres años. Su nombre llena las páginas de la llamada anarquía y se une al de muchos caudillos, infinitamente peores que él en sentimientos y ferocidad y muy lejos de su inteligencia. Carrera se muestra superior a todos los que actúan en esos tristes días de los años 1819 a 1821, en los que la duplicidad, la ambición personal, el orgullo y la crueldad para con el semejante fue norma de conducta y objeto de alabanza. Hay pocos ejemplos parecidos en la historia de los pueblos americanos, de tan deplorables hechos y hombres, como éste. Sobre tal época escribió fray Cayetano Rodríguez: “El pueblo de Buenos Aires está convertido en una horda de bandidos, al extremo que es menester que cada casa tenga armas para defenderse de los mismos ciudadanos. Presenta el espectáculo más triste a los ojos sensatos. Así está la campaña. Así se va poniendo el pueblo y todo va a la última disolución”. “Tal anarquía —agrega Ibarguren— era la consecuencia de la Revolución de Mayo. Cumplíase así la ley: el caos es resultante inmediato de toda revolución”. “La revolución de 1810, lanzada de Buenos Ai-

res por una minoría, penetró durante la primera década hasta el fondo de la masa social, pasando por varias zonas de diferente naturaleza: la ciudad, la campaña, las provincias, En la ciudad de Buenos Aires, el grupo revolucionario director ejerció un gobierno centralista, con el que quería regir a todos los pueblos, la campaña y las provincias. Este grupo urbano, imbuido de cultura europea, constituyó una suerte de oligarquía aristocrática. En las campañas y provincias, las masas campesinas militarizadas por la revolución rebeláronse contra la ciudad metrópoli, de su gobierno centralista y de su oligarquía aristocrática y se agruparon en derredor de caudillos, con fuerzas políticas considerables, en contra de la absorbente autoridad metropolitana. Artigas en la Banda Oriental, Ramírez en Entre Ríos, López en Santa Fe. Y comenzó el proceso de disgregación, que pronto se extendió en todo el país, trayendo la guerra civil”.

Este momento difícil de Argentina lo aprovecha don José Miguel Carrera para entrar en acción. La Imprenta Federal es su cuartel general de campaña y sus boletines son sus manifiestos, sus cartas o su periódico: El Hurón. Con su ojo de revolucionario y su instinto político, adivina lo que va a ocurrir en el momento en que las Provincias se levanten contra Buenos Aires: el vendaval terminará por aniquilar a sus adversarios y él se encargará de destruir cualquier barrera que se oponga a su paso.

La desunión era manifiesta y así lo expresaba tres años antes fray Cayetano Rodríguez al escribir a don Agustín J. de Molina: ¿Dónde quieres que sea el Congreso? ¿En Buenos Aires? ¿No sabes que todos se excusan de venir a un pueblo a quien miran como opresor de sus derechos u que aspira a subyugarlos...? ¿ No sabes que el nombre de porteño esta odiado en las Provincias Unidas o desunidas del Rio de la Plata...?

La constitución unitaria de 1819, rechazada en todo el país, provocó el estallido anárquico. Las provincias del -

litoral, bajo la influencia de Artigas, Ramírez y López, proclamaron la federación republicana y atacaron en guerra a Buenos Aires, “para libertarla del Directorio y del Congreso, que pactaban con las Cortes de Portugal, España, Francia e Inglaterra la coronación de un príncipe europeo en el Río de la Plata, contra la opinión de los pueblos que han jurado sostener la forma republicana federal”. Triunfaban las ideas que desde Montevideo esparcía el general, exiliado por la voluntad de los mandatarios chilenos y argentinos. La maldición de la anarquía asomaba su cabeza sobre los pueblos y empujaba a los hermanos a exterminarse sobre la tierra patria convertida en campo de combate.

La federación debía ser aprovechada para derribar a sus adversarios, y Carrera y el grupo de exiliados de Montevideo lo comprendían bien. El efecto que iba a producir lo anticipaba don José Miguel en conversación con don Pedro Nolasco Vidal:

Esta campaña dará el fruto deseado y así llegarán castigo y mi venganza hasta las más remotas genera de los verdugos de mis hermanos. No sabe usted qué demonio es el federalismo. Los Estados Unidos son federales, porque cada Estado es más fuerte que cada una de nuestras repúblicas. Figúrese usted federados a Mendoza, San Luis y otros pueblos llenos de odio y mutuas rivalidades...!

No se equivocaba al pensar que la federación llevaba envuelta la guerra civil, pero la grandeza de Argentina iba a surgir, al correr del tiempo, de esa misma idea que esparcía para aniquilarla. Su obra iba a ser el mejor y más efectivo motor del poderío de las Provincias Unidas, al hacer que se plasmara en sangre la unidad nacional. Eso no lo pensó, ni lo pensaron los caudillos que, movidos por sus escritos y su palabra, desencadenaron la terrible tormenta, pero resultó como un corolario del intenso drama que vivió esa nación.

La lucha entre las provincias y Buenos Aires preocupaba al gobierno central y la presencia de Carrera en Montevideo, protegido por el general Lecor, era una espina clavada al flanco. Buenos Aires y Santiago vivían preocupadas de sus pasos en Uruguay, y tanto Pueyrre-

dón como O'Higgins y San Martín hacían esfuerzos desesperados para librarse de los ataques de su pluma. En la capital del Plata la prensa oficial contestaba sus escritos en su Gaceta, y en la del Mapocho, Irisarri publicaba El Duende para desacreditar a su odiado enemigo. La calumnia contó con dos buenos maestros: Tomás Guido y José Antonio de Irisarri. Ambos fueron apoyados con decisión por los mandatarios, y sus falsificaciones de documentos, que aparecieron como oficiales y verídicos, recibieron la aprobación y estímulo a trueque de difamar a Carrera.

Llegó la primavera de 1818. Pueyrredón se encontraba preocupado con las relaciones diplomáticas de las Provincias y el éxito que deseaba para conseguir la coronación de un príncipe europeo como soberano del Plata y Chile.

Premunido de los poderes que el gobierno argentino le otorgó, don Bernardino Rivadavia iba de Corte en Corte, gestionando ante los ministros de Los países que formaban la santa Alianza el nombre definitivo del príncipe que debía ceñirse la corona americana que le preparaba el gobierno de Buenos Aires.

El territorio sobre el cual iba a extender su jurisdicción el nuevo reino comprendía las Provincias Unidas y Chile, ocupado en esos momentos con el ejército de los Andes, bajo el comando de San Martín, y quien, como es natural, conocía los pasos de Rivadavia en Europa. El representante de Pueyrredón, como lo expresa en uno de sus informes, asociaba “siempre la suerte de Chile”, no dejando dudas de las intenciones que tenían los mandatarios porteños respecto a este país.

Tales gestiones monárquicas encontraban muchos adversarios dispuestos a combatir las por todos los medios a su alcance, y a pesar de la reserva con que se conducían las conversaciones, los pormenores, a veces exagerados, llegaban hasta los oídos de Carrera en Montevideo, dándole material para atacar en forma enérgica a los gobernantes chilenos y argentinos y acusarles de traición. Para él la idea de la monarquía era incompatible con la independencia de los países sudamericanos, y cualquier monarca que llegara a reinar sobre sus territorios signi-

ficaba la muerte de la libertad de su patria, por la cual había sacrificado bienestar y familia. De aquí el ímpetu con que movió a la opinión pública y denunció ante ella los manejos de los gobernantes del Plata, incluyendo en ellos a San Martín y O'Higgins en Chile, que respaldaban los pasos para establecer la monarquía.

Cualquier medio para dar por tierra con sus odiados enemigos parecía justo a don José Miguel, y en sus planes era secundado desde Buenos Aires por doña Javiera, cuya casa era el centro de reunión de los enemigos del gobierno de O'Higgins, y bastaba este título, para ser bien recibido en ella. Así fue como llegó desde Montevideo un ex oficial del ejército de Napoleón, M. Carlos Robert, trayendo un plan para terminar con O'Higgins y San Martín en Chile, según se desprendió de las acusaciones que les hizo el gobierno de Pueyrredón a los implicados. Este descabellado plan jamás quedó en claro, sino que se dedujo de una carta encontrada a Robert y dio motivo para el encarcelamiento de numerosas personas, entre las cuales se encontró doña Javiera.

Los hechos llegaron a conocimiento del gobierno por delación de una -persona cuya identidad se mantuvo en estricto secreto y que hizo entrega de algunas comunicaciones que los amigos de Carrera le dirigían al Uruguay. Esto acontecía el 21 de noviembre, y siete días antes, Robert en compañía de otros dos, ex oficiales franceses, Marcos Mercher y Jorge Young, y del chileno Mariano Vigil, habían abandonado la capital rumbo a Santiago, pagando su pasaje en una tropa de carretas que se dirigía a Mendoza. Como enlace entre los viajeros y don José Miguel quedaba en la capital el francés Juan Lagresse, quien debía transmitir sus mensajes en clave de cifras por intermedio de tercera persona.

Conocida la existencia de la conjuración, el gobierno ordenó la aprehensión de los viajeros y la tropa actuó con tanta energía que dio muerte a Young por no querer entregarse tan pronto como se le intimó. Conducidos a Buenos Aires, se les procesó con presteza y se tomó a otras personas, entre los que figuraron, además de doña Javiera, los franceses Agustín Dragumette y Narciso Parchappe. Todos fueron cargados de grillos y tratados con

gran severidad, para inducirlos a confesar el crimen. Pero por más esfuerzos que gastaron los jueces, sólo se pudo obtener como prueba del plan de asesinato un párrafo de una carta de Robert que rezaba: Yo creo que si llegamos a Chile, nuestro encargo será fácil y el resultado pronto; no se trata sino de deshacerse de dos hombres y cuando se está decidido, la cosa no es difícil. Creo, pues, asegurar a usted, mi general, que muy pronto será usted dueño de sus enemigos, o nosotros habremos probado a usted nuestro celo y nuestra adhesión de la manera más inequívoca.

“Tal era el único capítulo de acusación contra Carrera y sus agentes. En aquellas palabras, deshacerse de dos hombres, que podían tener mil interpretaciones diferentes, creyó verse un asesinato, y, como los símbolos fatales que se aparecieron en el festín de Baltasar, bastaron para sellar el destino de aquellos desgraciados extranjeros”.

La amistad de Robert con Carrera y el hecho de haber traducido al francés su “Manifiesto”, eran motivos más que suficientes de acusación a los ojos de los mandatarios argentinos que, en ese momento, estaban preocupados de hacer efectiva la alianza de Chile con las Provincias Unidas. Remover la voluntad de Carrera y hacer desaparecer la influencia de sus escritos sobre sus compatriotas era cuestión vital y de aquí que todo pareciera aceptable. El resultado no se hizo esperar: se dictó sentencia y se condenó a Robert y a Lagresse a la pena de horca, la que por gracia fue cambiada por el fusilamiento.

A las diez de la mañana del 3 de abril, Robert y Lagresse eran conducidos a la plaza del Retiro para ser ejecutados. Ambos alegaron hasta el último momento su inocencia, y Robert dejó impresas sus convicciones sobre sus enemigos en estas palabras dichas en el patíbulo:

—Mi solo crimen es mi amistad con Carrera, pero si la simpatía por la desgracia es un delito, yo lo acepto con placer y dejo a la posteridad la absolución de mi memoria.

Carrera protestó desde Montevideo por el nuevo crimen que se cometía en su nombre, ya que “fuesen cuales fuesen sus sentimientos respecto a O’Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, el proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato, por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata”.

Esta conspiración, llamada en Buenos Aires de los franceses, sirvió en Chile para que Iris arri llenara las páginas de El Duende con cargos contra Carrera y se diera visos de verdad a un célebre documento que se dijo encontrado entre la correspondencia de la fragata de guerra española María Isabel, tomada por Blanco Encalada el 28 de octubre de 1818, y que se publicó in extenso en la Gaceta de Buenos Aires en su número 102, de 23 de diciembre. El documento era una nota reservada del Ministerio de Guerra español y firmada por el ministro E guía para el virrey del Perú. Su tenor era:

El estado a que han llegado las cosas en la funesta rebelión de las provincias de Chile Buenos Aires ha hecho conocer a S.M. que es más fácil atraer a los rebeldes a la observancia de sus antiguos deberes por medio de la política que por el de la fuerza, en. que, por des gracia, están ya aquellos gobiernos ilegítimos demasiado adelantados; y como nada puede traer peores consecuencias para la pacificación de esa parte de la monarquía que la estrecha unión de los rebeldes, será el primer cuidado de V.E. promover la desconfianza mutua entre ellos, fomentando aquel a aquellos partidos que naturalmente se presentan en el curso de los sucesos ocurridos en los países rebelados, valiéndose para el efecto de cuantos medios y arbitrios son necesarios en tales casos, hasta echar mano de los fondos del erario para fomentar las desavenencias de dichos partidos.

El antecesor de V.E. el señor marqués de la Concordia prestó a S.M. mejores servicios con los manejos los de destreza política con los rebeldes de Buenos Aires y Chile que con los ejércitos puestos en esos países, y observará V.E. que! tuvieron más felices resultados la protección concedida a los Carrera por el general Gaínza en Chile, después de la capitulación simulada, y los recelos sembrados en Buenos Aires contra la primera junta, que la guerra formal sostenida en Venezuela y Santa Fe por el general Morillo.

En el día,, según se advierte de la carta de V.E. de diciembre del año anterior, se presenta la mejor oportunidad para debilitar las fuerzas de Buenos Aires y Chile, protegiendo los partidos de los Carrera y Alvear que, resentidos con los actuales dominantes de aquellos países, no deben dejar de obrar en su contra, y' harán tantos esfuerzos cuanta más empeñada sea la oposición que encuentren; debiendo conocer que la situación en que se hallan aquellos hombres fuera de su país y relaciones es la más ventajosa para sacar el partido más conveniente.

Si V.E. pudiese, valiéndose de manos diestras, auxiliar abierta u ocultamente a estos sujetos, no excusara diligencia ni sacrificio para conseguirlo, así como pondrá a disposición del ministro de S.M, en la corte del Brasil las cantidades que para este objeto pudiese, teniendo advertido que antes de ahora se le han dado a aquel ministro las instrucciones convenientes.

De real orden lo comunico a V.E. para su cumplimiento. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid 22 de abril de 1818. Egula. Sr. Virrey del Perú.

Al tener conocimiento de esta publicación, Carrera escribió una carta que intituló: El ciudadano José Miguel Carrera a un amigo de sus corresponsales en Chile. En ella hace sus descargos y estampa lo siguiente, entre otras cosas: Y observará V.E. que tuvieron más felices resultados la protección a los Carrera por el general Gainza, después de la capitulación simulada, y los recelos sembrados en Buenos Aires contra la primera junta, que la guerra formal sostenida en Venezuela y Santa Fe por el general Morillo. De estas expresiones infiero yo una de dos

cosas, o que la real orden es forjada en Chile, o que allí sustituyeron la palabra Carrera en donde dirá, sin duda, O'Higgins y Lastra, porque ellos hicieron la capitulación, y no yo que estaba cargado de cadenas en un calabozo; porque ellos hicieron la entrega del Estado al general español; porque ellos tenían con él sus comunicaciones secretas en que entró el proyecto de la ruina de tos Carrera; porque O'Higgins tuvo en recompensa la gloria de ser elegido diputado de Chile en las Cortes Generales de España; y porque, finalmente, a no ser la energía de mi patriotismo y el valor y virtudes del pueblo chileno, habría quedado el reino en cadenas para siempre. Haga usted, amigo, esfuerzos para ver la ponderada orden real y verá que no me engaño en mis cálculos.

Carrera tenía razón: la real orden era apócrifa y redactada por dos enemigos suyos en el seno de la Logia Lautarina de Santiago de Chile: Tomás Guido y José Antonio de Irisarri, argentino el primero y guatemalteco avecindado en el país el otro.

La publicación levantó una ola de enojos contra Carrera y Alvear, que fueron señalados como traidores a la causa de la emancipación y simpatizantes con los opresores realistas. Fue un gran paso en las imputaciones calumniosas contra el proscrito, ya que, desde ese momento, a nadie extrañó ver su nombre mezclado en otros asuntos delictuosos o repugnantes, por la magnitud de sangre derramada, como fue el provocado por la inepticia del gobernador Dupuy,— de San Luis, y en el cual- la negra mano de Bernardo Monteagudo vuelve a poner su sello de inútil y espantosa maldad”.

CARRERA Y LOS CAUDILLOS LOPEZ Y RAMÍREZ

La presencia de don José Miguel Carrera en Montevideo y sus escritos contra los gobernantes de Chile y el Plata movieron a éstos a solicitar su expulsión al general Lecor, pero el portugués, que sentía afecto por el chileno, honrándolo con su amistad y apoyo en su difícil situación económica y moral, se resistía a tomar una actitud que lo colocara en manos de sus adversarios. Las continuas presentaciones que se hicieron al gobierno de Río de Janeiro lo forzaron a ordenar la clausura de la Imprenta Federal y a cancelar la autorización de la firma William P. Grinsworld y John Sharpe. El cierre no fue obstáculo para que continuaran los escritos en forma clandestina, con la condescendencia de Lecor y las autoridades de Montevideo.

La aspiración de O'Higgins de que Carrera fuera entregado se frustró por la misma razón, y Pueyrredón se lo hizo saber en carta de 8 de agosto, al escribirle: Nada haríamos con reclamar la persona de Carrera al gobierno de Montevideo; la cosa se hará directamente a la Corte del Brasil. Y así fue: el asunto se agitó ante el rey don Juan, el que dispuso la expulsión del chileno del territorio de la Banda Oriental. La situación se agravaba para él; sus recursos eran nulos, y en los últimos meses se había visto en la necesidad de vivir de la ayuda que la prestaban sus amigos. Urgido por la necesidad, continuaba sus negocios de cueros, pero su ninguna experiencia en el ramo lo terminó por llevar a j fracaso.

No fue sorpresa para Carrera recibir de boca de Lecor la confirmación de las diligencias que se realizaban en Río de Janeiro, cuando, citado a su domicilio, le expreso:

—General, el gobierno de las Provincias Unidas gestiona ante la Corte de Su Majestad la entrega de su persona por ser un prisionero político fugado de un barco de guerra en el cual se le mantenía arrestado y lo presenta a usted como un perturbador de la tranquilidad de esas provincias.

—No me extraña esta conducta de los mandones de Buenos Aires y Chile —contestó Carrera—. Usted sabe cómo han perseguido a mi familia y a mí, hasta hacer asesinar a mis hermanos en Mendoza y arrojar en un estrecho calabozo y luego enviar al territorio de los salvajes a mi hermana doña Javiera; ni su sexo, ni su posición social han valido nada para ellos. Se me trata como un traidor y un revoltoso por haber abierto los ojos a los pueblos sobre la calidad moral de esos tiranos, y “Venga usted la seguridad de que si llegara a caer en manos de esos tigres no me fusilarían por descuartizarme...”

—No exagere las cosas, general —respondió Lecor, riendo—; pero, de todas maneras, debe usted estar prevenido para partir tan pronto yo le comunique que se me ha dado el orden de arrestarlo y entregarlo a los representantes de Buenos Aires.

—Partiré inmediatamente que usted me avise, general.

Mientras se realizaban estas gestiones, en el villorrio de San Luis había tenido lugar un sangriento suceso que, por sus resultados, “levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América. La guerra a muerte entre los partidarios recrudesció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú”¹ y repercutió dolorosamente hasta en el Viejo Mundo. En ese pueblo de la pampa estaban confinados los prisioneros españoles tomados por San Martín en su campaña libertadora, y entre ellos figuraban jefes de gran prestigio que habían estado al servicio del rey como gobernantes o comandantes de sus ejércitos. Estos hombres iban a ser el blanco de las maquinaciones del mulato Monteagudo, a quien San Martín y O’Higgins “para librarse de sus peligrosas intrigas confinaron a San Luis”. Pueyrredón, junto con reprocharles la confianza que le habían dispensado, les escribió: “pero ni allí me acomoda que esté”. El conocimiento que el director supremo tenía del doctor Monteagudo era tan

exacto, qué “su corazón le anunciaba que el intrigante y sádico mulato iba a cometer una fechoría mayúscula”.

Llegado a San Luis, se prendó de una hermosa joven, a la que cortejaba el brigadier Ordóñez: Margarita Pringles. “Estalló la rivalidad amorosa, que se resolvió pronto en mezquinas venganzas, propias del carácter de Monteagudo”. “La joven estaba enamorada del sobrino de Ordóñez y se mostró esquiva a las sollicitaciones del mulato”.

El desprecio hizo concebir a Monteagudo una diabólica tramoya. Logró ganarse el pusilánime corazón del gobernador de San Luis, don Vicente Dupuy, y éste cayó en la debilidad de imponer severas restricciones a los prisioneros, que, hasta ese momento, gozaban de alguna libertad de acuerdo con las disposiciones de San Martín. El vencedor había hecho gala de su generosidad, endulzando a esos valientes e infortunados militares realistas su cautiverio, y recibía en cambio la estimación de ellos expresada en cariñosas cartas. La injusticia del trato que recibían por culpa de Monteagudo hirió el corazón de esos pudonorosos soldados y de aquí resultó el complot para recuperar su libertad. Aun cuando no entraba en los planes de los prisioneros españoles verter sangre, sino solamente apoderarse de las autoridades y anular la escasa guarnición, y posteriormente unirse a las montoneras de Córdoba o a los realistas del sur de Chile, la tentativa resultó singularmente sangrienta para los complotados, pues la reacción popular y la guardia dieron muerte a casi todos ellos y por extensión a muchos españoles que, ajenos a los sucesos, vivían en San Luis. Así perecieron el brigadier Ordóñez, los coroneles Morgado, Primo de Rivera y Moría y muchos otros oficiales y soldados realistas. Los que fueron tomados prisioneros sirvieron para que Monteagudo se diera la satisfacción de sumariarlos y condenarlos a muerte; fueron pasados por las armas, algunos días después, otros 8. Con éstos, el total de los muertos subió a 41. La guarnición de San Luis, en cambio, había tenido un herido de mediana gravedad y

tres levas. Estos hechos ocurrían a mediados de febrero de 1819.

La atroz represión hizo reaccionar a Dupuy y a medir su responsabilidad, y para salvarla no encontró mejor medio que el de exagerar los hechos, inventando un vasto plan de revolución, en que Monteagudo fue su inspirador. Los asesinados de San Luis, según él, eran meros ejecutores de las consignas de Alvear y Carrera, distantes del lugar de los hechos más de mil kilómetros y ajenos a los sucesos que se desarrollaban. Sin embargo, era necesario hacerlos aparecer mezclados en el sangriento drama, ya que sus nombres servían de muletilla para todos los acontecimientos desagradables que ocurrían en esta parte de América del Sur. Dupuy escribió a Pueyrredón en su parte de 11 de febrero: Creo de necesidad informar a V.E. que está plenamente comprobado que el plan de los conjurados era irse a reunir con la montonera en virtud de comunicaciones que decían haber recibido de don José Miguel Carrera y don Carlos Alvear; éstas no se han encontrado, y aún no hay razones bastantes para darlas por ciertas, pero es indudable que su proyecto era irse a reunir con las montoneras.

Las comunicaciones de Carrera y Alvear no podían haberse encontrado ni se encontrarían jamás, pues ellas eran el producto de la imaginación de Dupuy y Monte-agudo, para los que cualquier especie en que figuraran los personajes era prenda segura de ser creída por los gobernantes de Buenos Aires y Santiago. La necesidad de recuperar la estimación de San Martín y O'Higgins llevaba al astuto Monteagudo a la calumnia, y así fue como logró impresionar a San Martín y que éste escribiera a O'Higgins el 18 de febrero desde Uspallata: Los sucesos no han sido favorables, porfió que veo, y me escriben los portugueses: Alvear y Carrera están metidos en este negocio. Yo voy a ver si puedo transarlo, pero al mismo tiempo armar la provincia de Cuyo para caer con ella sobre los anarquistas, siempre que éstos no vengan en razón. Y agregaba: Dupuy sigue fusilando los prisioneros de la conjuración; entre ellos ha empezado por su criado, que estaba metido en ella.

Como premio de su honrosa actuación, Dupuy recibía el grado de coronel y Monteagudo se rehabilitaba a los ojos de San Martín y O'Higgins, y a principios del año 1820 estaba de vuelta en Chile, para seguir más tarde al Perú con el ejército libertador y ser elevado por San Martín al rango de ministro, puesto en el que causó el desprestigio del Protector, hasta obligar al pueblo a pedirle su expulsión. Monteagudo fue desterrado a Guayaquil, de donde regresó para ponerse a las órdenes de Bolívar. Su agitada vida de odiosidades y pasiones fue tronchada en Lima en 1825 por el puñal del negro Candelario Espinosa, que le partió el corazón, aprovechando una andanza nocturna del odiado mulato.

Mediaba el mes de junio de 1819 cuando- la orden de expulsión llegaba a Montevideo, y Lecor, caballeroso y cumplido amigo, se la hacía conocer, previniéndole a emprender su viaje donde más le acomodara. La situación era angustiosa. Desde Buenos Aires el embajador de O'Higgins, don Miguel Zañartu, vigilaba para lograr su arresto, y otro tanto hacía el gobierno argentino. Los espías se mantenían alerta, informando sobre sus pasos, de modo que lo urgente era despistarlos y ocultar sus intenciones.

Para conseguirlo, hizo propalar la especie de que se embarcaba a bordo de la goleta corsaria, Congreso, mandada por el capitán Dautant, abandonó por algún tiempo la ciudad de Montevideo, marchando a la campiña. La estratagema dio buen resultado y los agentes de Pueyrredón y Zañartu perdieron su pista. Este transmitió a Chile la noticia, y O'Higgins ordenó una severa vigilancia de la costa y dio instrucciones para que el barco fuera apresado tan pronto como se constatará su presencia. De sus inquietudes da cuenta a San Martín, que por esos días se encontraba en Mendoza, expresándole: "Tengo cruzando entre la isla de la Mocha y la Santa Maria la goleta de guerra Moctezuma, buque el más velero que se conoce en su clase; su destino es dirigido a apresar la goleta Congreso, en que se decía se habla embarcado Carrera.

Mientras los adversarios se quemaban las manos con la noticia, Carrera preparaba su viaje a Entre Ríos. En

el momento de abandonar Montevideo escribió a su padre su última carta, que fechó en 28 de junio, remitiéndola con su amigo don Pedro Vidal. A este buen amigo —le dice— he dado mis amplios poderes para que entienda en mis intereses y en cuanto me concierne; a él debo mi subsistencia por un año y de él espero mucho en lo futuro. Yo cuento como seguro con el placer de ver a usted pronto, pero si me engañase en mis cálculos, Vidal es el depositario de mi confianza y a quien quiero que trate como a mi mismo..

Don José Miguel se engañaba: don Ignacio de la Carrera, su padre, no existía cuando la carta llegaba a Santiago: El anciano había cerrado los ojos, martirizado por el dolor que le causó la muerte de sus hijos. en Mendoza y la atroz injusticia que se le hizo al remitírsele por orden y con la firma del director supremo de Chile la cuenta pasada por Luzuriaga al gobierno de esta nación, con el cobro de los gastos que demandó el fusilamiento de don Juan José y don Luis. Estériles fueron las protestas del anciano padre; nada se hizo valer en su favor y hubo de pagar a los asesinos de sus hijos por orden expresa y conminatoria del general O'Higgins, en el acto más cruel que registra. su vida pública. Antes le habían sido cobrados otros dineros por deudas contraídas por el hijo en los Estados Unidos y después de su muerte los bienes de su pertenencia fueron confiscados para pagar: “los grandes caudales que extrajo de Chile después del desastre de Rancagua don José Miguel Carrera”.

La visita que había hecho a Artigas le indujo a pensar en refugiarse en su campamento, pero quiso estar seguro de esa hospitalidad y con este objeto encargó a fray Solano García, chileno perteneciente a la orden de San Francisco, que sondeara la disposición de ánimo del caudillo. Sabía que habían intrigado contra él ante el “Protector de los pueblos libres”, haciéndosele aparecer como cómplice de los portugueses en las campañas emprendidas por éstos en su contra, de manera que no deseaba exponerse a un mal paso. Su resolución fue prudente:

Artigas hizo saber al franciscano “que si don José Miguel Carrera caía en sus manos le ahorcaría en el acto”.

No desesperó por este contratiempo, y usando su nunca desmentida audacia tomó la resolución de presentarse en el campamento de uno de sus lugartenientes, el general don Francisco Ramírez.

Iba a comenzar su más grande aventura. Llevaba en su equipaje un nutrido cargamento de proclamas, 400 pesos en plata y 4.000 varas de cinta de color punzó en las que se leía el lema: “¡ Federación o muerte !” Tales cintas iban destinadas a los soldados que debían levantar-se contra Buenos Aires, siguiendo los impulsos que les iba a imprimir con sus proclamas y por medio de sus jefes gauchos: Ramírez y López. No abandonaba su sueño de reconstituir su mando sobre sus compatriotas dispersos en la pampa y enrolados, por la fuerza de la necesidad, en los ejércitos porteños y provinciales, y para realizar su quimera había redactado su última proclama en estos términos:

A los chilenos, su compatriota José Miguel Carrera:

Como esclavos fuisteis arrancados del seno de vuestras madres esposas, e incorporados por la fuerza en las tropas de los déspotas. Basta de sufrir la tiranía. Venid, paisanos, antiguos compañeros de armas, unios a vuestro general para restablecer la libertad de Chile, nuestra patria querida, derribando ese monstruo que, con el título de director de Buenos Aires, sostenido por una logia de malvados, oprime y esclaviza las provincias -de Sudamérica. Venid a las banderas de la liga federal de los pueblos contra el tirano, y adquiriréis un nuevo título a la inmortalidad.

¡¡¡La sangre inocente de los Carrera y de los Rodríguez!!! ¡¡¡Tantos pueblos invadidos!!!
¡¡¡Tantos ilustres patriotas desterrados, mendigando el alimento en tierras extranjeras!!!
¡¡¡Tantas familias llorando su deshonor o la pérdida de sus riquezas usurpadas por los mandones con aparentes títulos de una política feroz!!! ¡Ah!, no, para vosotros están de más los recuerdos de las atrocidades de las Direcciones de Buenos Aires y Chile, después de haber sido sus víctimas. Yo soy vuestro camarada: venid y volveréis a coronaros de laureles, sirviendo la causa de los pueblos contra los esfuerzos del des-

potismo central y de la tiranía del gobierno español, José Miguel de Carrera.

Esta proclama representaba el primer paso para reunir en torno a su persona a sus antiguos compañeros de armas. Deseaba estar frente a ellos para buscar juntos el camino de Chile, su única ambición, derribando a sus adversarios. Si se mezclaba en las luchas intestinas de las Provincias era por la necesidad de apoyarse en el desorden para conseguir la vuelta a su amada patria. Argentina, con sus vicisitudes políticas, no le interesaba pero la necesitaba y, aun a trueque de destruirla, lo haría con tal de obtener su objetivo.

Cuáles eran los motivos que lo impulsaban a obrar así lo dice en su “Segunda carta del ciudadano José Miguel Carrera a uno de sus corresponsales en Chile”:

Mis hermanos, que fugaron por tierra, fueron sorprendidos en Mendoza, tratados como facinerosos y fusilados bárbaramente como traidores, sin haberlos juzgado. Mi padre, que acababa de venir de la isla de Juan Fernández, en que lo tenían preso los españoles por patriota, fue como un criminal, cargado de cadenas y encerrado en un calabozo a la edad de 86 años. El Congreso de Buenos Aires, a quien presenté estos atentados y reclamé contra la violación de todos los derechos, se hizo sordo a mis clamores y a los de mi familia afligida por la más encarnizada persecución. Todos mis amigos, sin otro crimen que serlo, gimen en la prisión o en el destierro; mi hermana doña Javiera, después de un arresto e incomunicación indignos de su sexo, ha sido confinada en las aldeas casi desiertas del interior. Uno de mis sirvientes, sólo por serlo, se halla en Mendoza cargado de cadenas, y otro criado de mi hermano don Juan José sufrió por la misma causa la infamia de doscientos azotes y un presidio por diez años. Nuestras propiedades o embargadas o saqueadas al arbitrio de la venganza de nuestros tiranos. A la vista de estos hechos públicos y notorios en ambos estados, preguntamos a los pueblos, a los hombres justos, a las almas sensibles de todos los países, ¿ qué recurso le queda a un americano que en recompensa de señalados servicios se le trate con este sanguinario furor, que no es

oído ante la ley, que se le acecha en todas partes para devorarlo? ¿No tendrá un derecho fundado en la naturaleza para defenderse de tanta tiranía? Sí: la naturaleza y el odio justo de los pueblos vengarán un día tantos agravios; yo serviré siempre el partido de los libres; pelearé a su lado mientras exista; si me abandona la suerte en medio de mis esfuerzos, moriré invocando el auxilio de las generaciones futuras en favorece la libertad de la patria, contra las ambiciones de sus crueles opresores.

Por estas razones se puso en campaña al finalizar junio de 1819. Acompañado por tres de sus más leales amigos, salió una tarde de Montevideo, dejando atrás las murallas de la ciudad. No lejos de ellas se despedía de don José Manuel Vázquez de Novoa y don Diego José Benavente, para continuar a 19 desconocido, confiado en su estrella, con el capitán Marcos Mercher, uno de los hombres que hemos visto figurar en el complot de los franceses, oficial de mérito en el ejército napoleónico y que fuera ayudante del general Gautier en la campaña de 1815.

Los viajeros tomaron la dirección oeste y debían tocar el río Uruguay, para continuar por la vía fluvial hacia Gualedaychú, localidad donde se encontraba el campamento del general gobernador de Entre Ríos, don Francisco Ramírez. Cerca de trescientos kilómetros los separaban del punto de embarque y el general fue jalonando su camino con las cartas que escribía a su esposa. El trayecto debía efectuarse con sumo cuidado, pues los caminos se encontraban a merced de merodeadores y bandidos, que, lejos de la vigilancia que la policía realizaba en los poblados, cometían sus fechorías con los viajeros, quitándoles cuanto poseían y en muchas ocasiones dándoles muerte. Carrera se había preocupado de adquirir para su montura y equipaba buenos caballos, y los nobles animales respondían admirablemente a sus jinetes. Así, en continuo galopar durante el día, el 3 de julio estaba en el lugar denominado Carreta Quemada; siete días más tarde, en La Higuerita, después de sortear un intento de asesinato en San José, posiblemente de alguien enviado desde Buenos Aires con tal misión, ya que su vida estaba

puesta a precio y decretada su muerte por la Logia Lautarina. El 17 estaba en la desembocadura del río Yaguarí, y el último día de julio llegaba a Soriano, sobre el río Negro. Aquí debía embarcarse, pero fue detenido por sospechoso por personal de la flotilla portuguesa que patrullaba las aguas del río Uruguay. Nuevamente fue en su auxilio el general Lecor, haciéndolo poner en libertad y ordenando que, se le permitiera seguir su camino sin incomodarlo.

Quedaba la última etapa del viaje, que debía hacerse por el río desde Soriano a Gualeguaychú. No llevaba más credencial que su esperanza de ganarlo a su favor, y si la carta que iba a jugar no era de triunfo, sabía muy bien que su perdición era segura.

En la puerta del rancho que le servía de cuartel general apareció Ramírez.. En su cara se pintaban la sorpresa y el desdén; detrás, una figura femenina contemplaba al chileno con curiosidad: era doña Delfina, la amante del entrerriano: joven, esbelta, hermosa, hacía contraste con la rudeza del caudillo gaucho. Hubo un momento de silencio, hasta que Carrera se adelantó a los soldados que lo acompañaban, para decir:

—General, perseguido como una fiera por mis enemigos de Buenos Aires y Chile, vengo a buscar . en vuestra generosidad la calma que ellos me niegan y poner en vuestras manos mi destino, -antes de buscarlo entre los salvajes, que creo que serán para mí más comprensivos que los, civilizados..

La voz emocionada pero entera del general sonaba con timbre metálico bajo los enormes ombúes que daban sombra al campamento, y las miradas curiosas de los lugartenientes de Ramírez se clavaban escudriñadoras en él.

—General —contestó el caudillo—, puede usted permanecer en este campamento mientras yo comunico su llegada al general Artigas, quien dispondrá de su persona en adelante.

La frialdad con que se le recibía' no lo desconcertó, y Ramírez, temeroso de la irritación de su jefe, se apresuró a comunicarle la presencia de don José Miguel Carrera en su campamento. Artigas contestó con la orden

de remitirlo preso al pueblo de la Purificación, a orillas del río Uruguay, donde tenía su cuartel general; pero, para desgracia suya, era tarde: el chileno había ganado el corazón del entrerriano y se había apoderado de su afecto, inflamando su vanidosa personalidad, de manera que la respuesta pudo escribirla la propia mano del proscrito y con la firma de Ramírez llegó a manos del “Protector de los pueblos libres”, conciliatoria pero negativa.

En el momento que Carrera llegaba al campamento de Ramírez, la beligerancia entre las Provincias y Buenos Aires estaba en calma,, como resultado del armisticio de Rosario, acordado en abril, y que sancionó luego el tratado de San Lorenzo, firmado en mayo de 1819.

En junio renunciaba al poder el general Pueyrredón, agotado por la estéril lucha contra la anarquía y las protestas que se levantaban en su contra por su zigzagueante política monarquista. Las publicaciones de los exiliados, especialmente Carrera, entraban como motivo principal en su alejamiento y desprestigio. “El director Pueyrredón abandona el gran escenario y se perdía para siempre la penumbra, circundado por aquella sombra que acompaña a los mandatarios que resignan el poder en los tiempos difíciles. Tuvo la desgracia de que bajo los auspicios de su diplomacia tenebrosa se realizara la invasión lusobrasileña a la Banda Oriental. Las dificultades de aquellos tiempos lo obligaron a seguir una política internacional equívoca, que no respondía a un propósito deliberado. Buscó la solución de los grandes problemas políticos y sociales fuera de las condiciones generales del país, reaccionando contra la ley de la democracia en el hecho de propiciar la idea de una monarquía imposible. Provocó inmediatamente la guerra social, que debía acabar con el director y su sistema, y en esta empresa malgastó las últimas fuerzas militares de la nación.

Partía amargado por la desobediencia de las fuerzas nacionales, cuyos comandantes se negaron a defender el gobierno central. San Martín, a quien se ordenó marchar con sus tropas hacia Buenos Aires para aplastar a los

caudillos y restablecer la normalidad, se dio maña para desentenderse de esa obligación, abandonándolo a su suerte.

Los dos núcleos principales de las fuerzas dependientes del gobierno se encontraban colocados: uno en la provincia de Córdoba, sobre el río Segundo, en el campamento del Pilar, y el otro en Mendoza. Aquél era el ejército auxiliar, bajo el mando del general Belgrano; éste el ejército de los Andes, con San Martín. Pese al tratado de San Lorenzo, firmado por Belgrano en representación de Buenos Aires y el gobernador de Santa Fe, don Estanislao López, y sus aliados y a la aparente quietud que había llevado al país, la anarquía estaba latente, y los caudillos López, en Santa Fe; Ramírez, en Entre Ríos; y Artigas, en la frontera del Uruguay, se encontraban al acecho de la ocasión que les permitiera reanudar las hostilidades. Con esta atmósfera cargada se juró el 25 de mayo de 1819 la nueva Carta Fundamental, de la que dijo Belgrano: “Esta Constitución y forma de gobierno adoptado por ella no es la que conviene al país”. La Constitución era unitaria, pero no era ése el motivo de sus palabras, sino su convicción de que la monarquía moderada era la única salvación de la unidad Argentina. La Carta fue recibida con frialdad por los caudillos y las Provincias.

La idea monárquica, combatida por Carrera, había provocado la caída del directorio, de manera que pensar en un monarca que fuera aceptado por los belicosos gobernadores era, sencillamente, una candidez de Belgrano.

Para reemplazar a Pueyrredón, el Congreso designó al general José Rondeau, “una de aquellas figuras simpáticas, sin significado propio, que la oligarquía gubernativa colocaba al frente de su decoración constitucional. Sin ambición y sin odios, respetado por sus virtudes, capaz de abnegación como ciudadano, valiente como soldado, fiel a sus amigos y dócil a sus consejos, era el hombre de las circunstancias; pero era el único hombre negativo que podía aceptar con candorosa serenidad las tremendas responsabilidades de una situación desesperada, porque para él el gobierno no era una simple cuestión

de sumisión al deber” .~ Este era el hombre que debía enfrentarse a la recia lucha que los caudillos, inspirados por don José Miguel Carrera, iban a provocar y que por largo tiempo llevaría la muerte y el incendio, el robo y la rapiña, el rapto y la violación por todas partes, hasta hacer añicos la Constitución unitaria que acababa de jurarse.

Carrera comenzaba a poner en ejecución su proyecto de buscarse los medios para volver a Chile. Su actual protector, el general don Francisco Ramírez, veía crecer su prestigio, y su fuerza en Entre Ríos, y, vanidoso por naturaleza, “aspiraba al dominio del litoral y desde entonces se hacía apellidar el “Supremo Entrerriano”; lleno de ambición soberbia, no se resignaba a una paz negativa., que no importase un triunfo y le proporcionara nuevos elementos militares que consolidasen su preponderancia”.’ Su temperamento violento y apasionado iba a ser explotado por el chileno y a colocarlo bajo su influencia, manteniéndose como consejero y amigo. Carrera no necesitaba. esforzarse mucho para entrar profundamente en el alma soberbia de Ramírez, y éste, que tenía la cualidad del gaucho de la veneración por la amistad, lo distinguió con su afecto, el que a la postre, retribuido con magnanimidad por don José Miguel, causó su propia perdición y le privó de realizar sus sueños de entrar en Chile. Carrera -fue en la amistad todo un caballero, y en sus relaciones con amigos y enemigos, tan elevado de sentimientos, que cayó en la exageración y hubo de arrepentirse de haber tenido a mano a hombres como el comandante Arias, al que debió fusilar en San Luis y no. aceptarlo como compañero, pues recibió en pago la traición y la muerte.

Instalado en Gualeguaychú, se dio maña para obtener el envío de su imprenta al campamento de Ramírez y comenzó la publicación de un periódico que denominó La Gaceta Federal, y cuyo objeto era afianzar las decisiones de los caudillos contra Buenos Aires. Esta tarea absorbió los dos primeros meses de su permanencia en En-

tre Ríos. Soplando sobre las cenizas que ocultaban el fuego de la guerra en el corazón de Ramírez, logró decidirlo a la lucha contra los odiados porteños, y, premunido de poderes del “Supremo Entrerriano”, viajó al campamento de López a fines de septiembre, para buscar un entendimiento, que no le fue difícil lograr.

López no había olvidado que, al firmar el tratado de San Lorenzo, el director supremo lo había considerado como “rebelde a quien se aplicaría sin dilación la última pena”. Tampoco se borraba de su mente que el general Balcarce entregó a las llamas a Rosario antes de retirarse con su ejército a San Nicolás, ni las depredaciones ocasionadas por los porteños en las propiedades de los santafecinos.

Al regresar de Santa Fe, Carrera sabía que la decisión de López era reanudar la guerra. La fortuna comenzaba a sonreírle y su primer pensamiento fue dedicado a su familia, que se encontraba en La Bajada, frente a Santa Fe, a la orilla izquierda del Paraná. El poder de Ramírez prestaba protección a los suyos y pudo escribir a su esposa: La casa del generoso y liberal general Ramirez. debes mirarla con la mayor confianza. Asegurado el bienestar de los suyos, podía ponerse en campaña para participar en la guerra contra Buenos Aires.

El general Estanislao López era un antiguo “soldado de la reconquista de Buenos Aires. sargento en la expedición al Paraguay. prisionero en Paraguay; se había incorporado al ejército patriota que sitiaba Montevideo, fugándose a nado de un buque de guerra español donde se hallaba detenido en el puerto de esa plaza. En clase de alférez había regresado a su provincia, donde organizó un cuerpo de dragones, que fue el núcleo de su ejército. De un valor sereno, manso por temperamento, ambicioso y emprendedor, poseía un talento natural y cierta habilidad gaucho-política, que le granjearon gran ascendiente entre sus paisanos. Elevado por Vera (entonces gobernador de Santa Fe) de la clase de teniente a la de coronel, no había de tardar en sobreponérsele nombrándose a sí mismo gobernador y general vitalicio”.

Poco importaban a López los medios que se emplearían para lograr sus objetivos, y, deseoso de imponer su voluntad a los porteños, vio en el plan ideado por Carrera y aceptado por Ramírez la realización de sus sueños de humillar a la orgullosa capital.

Hombre de escasa ilustración, pero que sabía emplear su instinto político, atraía sobre su persona la admiración del gaucho hasta inspirarle gran confianza en su mando. Su ejército era una abigarrada turba de milicias irregulares integradas por gauchos e indios, y en sus marchas la columna de este singular caudillo “presentaba un aspecto original y verdaderamente salvaje. Su escolta, compuesta de dragones armados de fusil y sable, llevaba por casco (como los soldados de Atila una cabeza de oso) la parte superior de la cabeza de un burro, con las orejas enhiestas por crestón. Los escuadrones de gauchos que le acompañaban, vestidos de chiripá colorado y botas de potro, iban armados de lanza, carabina, fusil o sable, indistintamente, con boleadoras a la cintura, y enarbolaban en el sombrero, llamado de panza de burra, que usaban, una pluma de avestruz, distintivo que desde entonces empezó a ser propio de los montoneros. Los indios, con cuernos y bocinas por trompetas, iban armados de chuzas emplumadas, cubiertos en gran parte con pieles de tigre del Chaco, seguidos por la chusma de su tribu, cuya función militar era el merodeo”.

Bravos por excelencia, estos hombres despreciaban la vida en los combates y no tenían ningún respeto por las de sus semejantes. Para ellos matar era un placer. “El degüello fue, durante el siglo pasado, para el soldado y el gaucho el medio preferido de deshacerse de sus enemigos. Experimentaba cierta fruición feroz y voluptuosa al hundir la daga en la carne palpitante, sentir los estremecimientos de la víctima y ver borbotar la sangre tibia. Hudson, que tan bien conoció al hijo de la pampa, recuerda que, conversando con viejos milicianos que habían peleado en las guerras de montoneras, les oía decir que no perdían pólvora con los prisioneros y que era una

satisfacción compensadora el encontrar un buen cuello joven, cuando se había tenido mucho que hacer con pescuezos y gargantas duras y viejas”.

Ellos mismos morían sin pedir cuartel, y así lo testifica el general José María Paz, cuando dice: “Aunque los federales o montoneros no tuviesen táctica, o mejor dicho, tuviesen una de su invención, se batían con el más denodado valor; su entusiasmo degeneraba en el más ciego fanatismo, y su engreimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires se parecía al delirio. Entre los hombres que perdieron en la carga (acción de Cruz Alta), que serían, treinta, sólo uno se pudo tomar vivo, y herido también, pues los otros prefirieron morir con las armas en la mano. Vi un indio (no hablo de los salvajes que traían algunos del Chaco) que, habiendo perdido su caballo, había quedado a retaguardia de los nuestros cuando había pasado el momento de la carga, y que rodeado de diez a doce soldados, que le ofrecían salvarle la vida, los desafiaba con la lanza en la mano, despreciando su perdón; a alguno hubo de costarle cara su clemencia, pues el bárbaro hirió a uno de sus generosos vencedores. Semejante a una fiera acosada por los cazadores que vuelve a esperarlos para vender cara su vida, así, éste, furioso, no escuchaba sino su rabia y su desesperación. Fue preciso matarlo, como se hubiera hecho con una pantera o con un tigre”.

Esta era la gente que se desparramaba por la pampa en pos de los caudillos y éstos, necesitándola para continuar la lucha, dejaban hacer sin reprimirla. Su benévola actitud para con hombres desalmados les aseguraba su concurso y era razón de existencia mantenerlos contentos.

El aspecto que presentaban los campamentos militares era el compendio de esa vida salvaje y primitiva. Allí se reunían hombres y mujeres en escandalosa promiscuidad para celebrar sus borracheras y carneos. Junto al asado que se cocinaba en los fogones y al son de las guitarras que entonaban vidalas y bailes de las pampas, el desenfreno y la lubricidad llegaban a su apogeo. “Soldados ne-

gros y mestizos de siniestra catadura, envueltos en ponchos rojos, iban y venían; pelotones de indios, hombres y mujeres, pasaban cabalgando, semidesnudos, o agrupados bebían sangre fresca de las reses recién carneadas entre suciedad y cuajarones”.

En Entre Ríos el panorama era más o menos similar: el general don Francisco Ramírez, “hombre dotado de ciertas cualidades que en el medio en que figuraba asumían proporciones del genio nativo, y que en un estado de civilización embrionaria, como se ha dicho de él, poseía aquellas prendas físicas que abrieron a un pastor errante de los bosques del Da nubio la carrera por donde pudo llegar triunfante hasta las puertas del Capitolio romano. Soberbio, ambicioso y valiente, había establecido una disciplina severa en sus tropas, que le había granjeado el respeto de los soldados y el temor de los habitantes de la comarca. En sus venas corría sangre indígena, y su fisonomía lo revelaba. Era de baja estatura, pero de condición hercúlea. Tenía la cabeza muy abultada, que imponía; ojos negros y penetrantes; manos gruesas, cortas y cuadradas como las garras de un león.”

Tales son los dos principales personajes’ que actúan contra Buenos Aires y a los que Carrera empuja, para producir el aniquilamiento de sus adversarios.

La guerra comenzó el 7 de octubre de 1819 con el ataque, por las fuerzas de López, a un convoy de carretas pertenecientes al gobierno de Buenos Aires y que marchaba por el territorio de la provincia de Santa Fe. Este convoy llevaba al general Marcos Balcarce, “que se dirigía al Tucumán en comisión política del gobierno”. Balcarce estaba destinado a hacerse cargo del mando del ejército de Chile por disposición del director supremo de Argentina, en reemplazo del general San Martín, cuya desobediencia en acudir en su auxilio motivaba la medida. En carta del 19 de octubre, San Martín comunicaba a O’Higgins desde Mendoza la noticia, expresándole:

“Don Marcos Balcarce, que pasaba a ésa; el doctor Castro, Serrano, diputado de la Asamblea, y varios otros que iban a Tucumán los han agarrado”.

El 20 O’Higgins escribía al libertador: Don Marcos Balcarce me anuncia desde Buenos Aires venir a incorporarse al ejército de Chile, del cual dice ser brigadier; me sorprende resolución tan decisiva y le contesto a Mendoza que no habiendo constancia en el Tribunal Mayor de Cuentas y Oficinas de La Tesorería General, del grado de brigadier conferido por el gobierno de Chile, y sólo encontrándose un “Monitor” que hace referencia a la de brigadier de las Provincias Unidas, me remita los documentos que acreditan .1 empleo a que hace relación (dudo los tenga) para resolver sobre la materia. Hay muchos motivos para no admitirlo y creo que la 00 (Logia Lautaro) así lo piensa. No obstante yo desearía saber a fondo la causa de venida tan violenta, que no le ha permitido esperar siquiera contestación a su solicitud.

La razón era la dicha: el deseo del gobierno de las Provincias de eliminar a San Martín, de manera que la súbita declaratoria de guerra de López y la cautividad de Balcarce fueron providenciales para el ex gobernador de Cuyo.

En la misma carta del 19, San Martín daba noticias sobre las actividades de Carrera, expresando: Artigas ha pasado, según noticias, con tres mil quinientos hombres a Santa Fe. José Miguel Carrera lo acompaña con alguna fuerza que ha levantado en Entre Ríos, y entre ellos varios chilenos de su devoción. O’Higgins, por su parte, contestaba el 29: Yo no creo que Artigas quiera envilecer más su nombre y ver recaer sobre sí la execración de este Estado en general por la admisión en sus tropas del inmoral José Miguel Carrera y facinerosos que lo acompañan. Don Marcos Balcarce tiene él mismo la culpa de haber sido presa de los disidentes: sin ser brigadier de este Estado; ni menos aguardar contestación a su solici-

tud de incorporación a este ejército (que te ha sido negado,), se puso en marcha para acá, que a no haberte sucedido la desgracia de caer prisionero, se encuentra en Mendoza con mi repulsa, que le hubiera sido poco menos desagradable que lo sucedido.

La referencia de O'Higgins sobre Artigas se relacionaba con la campaña de difamación desatada en Buenos Aires por haberse negado a aceptar la soberanía de las Provincias Unidas sobre el Uruguay. La política seguida por Pueyrredón fue contraria a los intereses de la Banda Oriental y sirvió para tejer infinitas intrigas en las que, no pocas veces, se mezcló el nombre de Carrera. Una de ellas lo culpaba de instigar al general Lecor contra el "Protector de los pueblos libres", especie mentirosa y que era realidad en el gobierno del Plata, hasta cargar con ella el director supremo, el Congreso, la Logia Lautarina y todos los que participaban en el poder.

El general chileno acompañaba al gobernador de Santa Fe en esta primera campaña contra Buenos Aires, cuyo éxito dependía de la rapidez de movimientos para impedir a la capital la reunión de sus fuerzas, mientras el general Francisco Ramírez cruzaba el río Paraná en un esfuerzo para concentrar los medios y propinar un golpe fulminante.

López invadió el norte de la provincia de Buenos Aires al frente de 800 soldados de caballería, realizando el plan presentado por Carrera, algunos días antes al ser enviado por Ramírez a su campamento, y logró sorprender al coronel don Francisco Picó en Pergamino. Este valiente jefe porteño resultó muerto y sus tropas aniquiladas. "López, después de hacer una correría por las inmediaciones, arrebatar caballos y ganados y saquear todas las expediciones comerciales que encontró en los caminos, regresó a su territorio cargado de botín, dejando tras de sí el espanto y la desolación en toda la extensión del Arroyo del Medio".

El clamor de los habitantes por “el espanto y la desolación” que causó la intempestiva acción del gobernador de Santa Fe llegó hasta la capital y el director supremo se preparó a hacer frente a los caudillos revoltosos; pero mientras reunía los medios para la defensa de la provincia, otros sucesos de gran importancia y trascendencia tenían lugar en las provincias de Córdoba y Cuyo.

El ejército auxiliar del Alto Perú, cuyo mando dejara el general Belgrano, se había colocado a las órdenes del general don Francisco Fernández Cruz en el campamento del Pilar. Con motivo de la nueva guerra encendida por los caudillos, el director supremo, general Rondeau dispuso su marcha hacia Buenos Aires y lo propio se hizo con el ejército de los Andes, que comandaba San Martín. La concentración de los dos ejércitos permitía una acción decisiva contra las fuerzas federales, y el general Rondeau obraba con prudencia y acierto militar al disponerla. Por desgracia, los acontecimientos posteriores dieron por tierra con sus esfuerzos para ahogar la guerra civil, y la desobediencia y la traición se coligaron para entregar la iniciativa y la victoria ‘a los federales. Veamos cómo.

Cumpliendo la orden de Rondeau, el ejército auxiliar se movió de su emplazamiento a fines de diciembre de 1819, y en los primeros días de enero de 1820 cruzaba por el territorio de Santa Fe, para ir a acampar en la tarde del 7 en las cercanías de la Posta de Arequito, situada en las márgenes del río Carcarañá. “El ejército auxiliar, hondamente trabajado por el estado del país, se hallaba completamente desmoralizado”, ‘de modo que no fue difícil a los descontentos, a cuya cabeza “estaba don Juan Bautista Bustos, hecho general después de los combates de Fraile Muerto y La Herradura y que a la sazón desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor”, insurreccionar a la mayor parte de las tropas y producir en la noche del 7 al 8 el movimiento que significó la destrucción de ese ejército como elemento de defensa para Buenos Aires.’ “La sublevación de Arequito no iba

sino a precipitar aun más esta guerra civil. Los males que sufrió el país fueron tales, que el propio general Paz debe disculparse diciendo: .. jamás pensaron sus autores que sobreviniese el cúmulo de desgracias y desórdenes de que hemos sido testigos” “Las provincias del interior apoyaron la sublevación de Arequito, declarando disuelta la solidaridad política con la capital”. En medio de tanta calamidad, resultante de la falta de cumplimiento de sus deberes por parte de los oficiales del ejército auxiliar del Alto Perú, el general Juan Bautista Bustos se apoderaba del gobierno de la provincia de Córdoba, apoyándose en los partidarios del general Artigas, y establecía una despótica autoridad.

Casi el mismo día, 9 de enero, se producía otro hecho similar: la sublevación del regimiento N° 1 de cazadores de infantería, perteneciente al ejército de los Andes, con efectivos de más de 1. 000 hombres y destinado a marchar al Perú en la expedición libertadora que se organizaba. Este regimiento se encontraba reunido en San Juan, a las órdenes del teniente coronel don Severo García de Sequeira, y fue seducido por el capitán Mariano Mendizábal, “el cual por mala conducta había sido separado de las filas. Valiente, corrompido y bullanguero”, y por los tenientes Morillo y Francisco del Corro. “La soldadesca sublevada se entregó a la más desenfrenada licencia. Sus caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí”. El pronunciamiento produjo la caída de los gobernadores de Mendoza, coronel Toribio Luzuriaga, y de San Luis, coronel Vicente Dupuy, extendiendo la anarquía hacia las regiones próximas a los Andes. Arequito y San Juan quitaron al gobierno central de las Provincias Unidas la posibilidad de ayudar a San Martín en la campaña libertadora del Perú y, salvo unos 700 hombres que pudo llevar hasta Chile el coronel Rudecindo Alvarado, muchos de los cuales eran chilenos enrolados en esa unidad después de la batalla de Maipo,

ninguna otra fuerza cruzó el macizo andino para tomar parte en la expedición y hubo de ser Chile el que hizo frente a la organización del ejército, adquisiciones de armas y municiones, pertrechos y víveres, sin contar la escuadra, que le pertenecía íntegramente.

El movimiento de Arequito hizo entrar en escena un tercer caudillo: Juan Bautista Bustos. “Siendo una completa nulidad como militar, era valiente y tenía autoridad moral en el ejército de línea. Aunque de muy limitados alcances, no carecía de astucia para gobernarse en los negocios de la vida práctica y tenía talento para la intriga. Desprovisto de resorte y elevación moral, su fuerza era la de la inercia, y su móvil, un egoísmo frío y taimado, que le infundía ambiciones estrechas, sin predilecciones políticas, sin amor y sin odio por todo aquello que, no afectase sus apetitos inmediatos”. Su actitud no se había definido hasta el momento en que entraban en guerra en la provincia de Buenos Aires López y Ramírez y era necesario conocer sus inclinaciones para no dejar a la espalda un adversario que pudiera caer sobre ella en cualquier momento. Por esta razón los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos trataron de buscar un entendimiento y asegurar, por lo menos, su neutralidad si no se podía conseguir su alianza. Encargado de esta misión fue el general Carrera, que llegó al campamento del Cordobés acompañado por don Cosme Maciel, secretario de López y ‘una escolta numerosa y bien armada. El campamento de Bustos se levantaba en la Posta de La Herradura, a cuarenta leguas de Córdoba; allí el chileno expuso su misión y, dejándose llevar de sus impulsos, habló de sus

proyectos en Chile y el deseo de ser ayudado en sus empresas, olvidándose del verdadero objetivo que lo llevaba a La Herradura. Sin embargo, se consiguió que Bustos se desinteresara de la guerra civil, dejando hacer a los caudillos del litoral hasta humillar a Buenos Aires, como veremos luego, con lo que se deja ver en los entretelones de la escena que la comisión encargada a don José Miguel fue cumplida con éxito y aseguré la causa en que estaba empeñado.

Con sus espaldas libres, gracias a la gestión de Carrera, los caudillos se dirigieron sobre las fuerzas de Rondeau para enfrentarse.

En tanto, el desconcierto tomaba cuerpo en Buenos Aires y se escuchaban toda clase de rumores, propalados por los enemigos del gobierno o por los desesperados habitantes que miraban con lente de aumento la proximidad de las fuerzas federales. La salida de las tropas de la ciudad hizo circular la especie de que estaba en camino una traición para entregar el país a los portugueses o sacrificar la independencia, aceptando un rey extranjero. Ante tanta alarma, el Congreso hizo oír su voz, declarando “por su honor” que “no había tratado existente con la Corte del Brasil”. Sin embargo, “el tiempo ha revelado que, si no había un tratado secreto con el Brasil, existía uno negociado, cuyas principales cláusulas estaban en vigencia por medio de un recíproco compromiso internacional; y que en esa época se formulaba otro proyecto de tratado para establecer una monarquía en el Río de la Plata, punto sobre el cual el Congreso guardaba silencio”.’ “A estos rumores alarmantes que minaban el crédito de la administración, se agregaban las alarmas reales de la próxima guerra con los caudillos y el desgobierno que todo ello producía”.

El proyecto de monarquía que con tanto sigilo llevaba el gobierno del Plata y compartían San Martín y O’Higgins, incluía a Chile para formar un todo con las Provincias del Plata, y era el punto neurálgico atacado por Carrera en sus escritos de Montevideo. Pueyrredón y los

monarquistas tenían en don José Miguel un decidido y formidable adversario a sus descabellados sueños para coronar un príncipe en esta parte de la América del Sur.

El ambiente que sus publicaciones habían formado a Pueyrredón lo hizo blanco de los ataques de la opinión pública, y su principal detractor en la capital, amigo íntimo del general Carrera, el fogoso pero audaz y ambicioso tribuno don Manuel de Sarratea, mantenía ocultas relaciones con los caudillos de Entre Ríos y Santa Fe. La política desarrollada durante su administración repercutía ahora., madurada por los panfletos que lanzó la Imprenta Federal. Todo el silencioso manejo ante las Cortes europeas y las actuaciones con el general Lecor para procurar la destrucción de Artigas y sus partidarios se volvían en su contra y obligaban al Congreso a acordar el 31 de enero de 1820 “que convenía a la tranquilidad pública que saliesen del país el ministro Tagle y el brigadier Pueyrredón, hasta que, mejorada las circunstancias, pudiesen restituirse a su hogar”, y entonces, ironía. del destino, el poderoso director supremo de otrora, que manejó a su arbitrio la Logia Lautarina y dispuso de la libertad y vida de los Carrera, que hizo expulsar a don José Miguel de Montevideo por ampararse bajo las armas portuguesas, marchó al destierro y fue, a su vez, a pedir asilo al general Carlos Federico Lecor, colocándose bajo la protección del pabellón lusitano en la plaza de Montevideo.

Mientras tanto Rondeau, al frente d su ejercitó, fuerte de más de 2 . 000 hombres, iba a situarse en la Cañada de Cepeda a la vista de los federales que, con Ramírez como general, López y Carrera y el aventurero irlandés don Pedro Campbell, reunía 1 . 600 soldados en su línea.

Don José Miguel Carrera presentaba por primera vez en el campo de batalla las tropas que había podido reunir bajo su. mando y que titulaba “división chilena”, y en las que se contaban muchos de los oficiales que vinieron con él de los Estados Unidos: veteranos de las guerras napoleónicas y chilenos que hicieron las, memorables campañas de 1813 y 1814.

“Amaneció el 19 de febrero y. Ramírez, acompañado de Carrera, se adelantó a reconocer el terreno. Com-

prendiendo desde luego que un ataque de frente, con la desventaja de tener que vencer un obstáculo, presentaba inconvenientes, resolvió en el acto ponerse a retaguardia del ejército directorial, atravesando la cañada, fuera del alcance de sus fuegos, y así lo verificó con rapidez. Rondeau apenas tuvo tiempo para dar media vuelta, quedando por este movimiento su línea, formada en orden inverso, con el grueso de la caballería a la izquierda y las carretas a vanguardia de la artillería, que formaban una especie de baluarte”.

“A las ocho y media se levantó una bandera colorada en ‘el centro del, ejército federal. A esta señal se oyeron los clarines de los dragones de Santa Fe, los timbales de los guaraníes de Misiones y las bocinas de los indios del Chaco, sonando la carga de los montoneros, en medio de gritos salvajes que atronaban el aire. López y Campbell, a la cabeza de la columna, cargaron sable en mano y a carrera tendida sobre la caballería directorial, que los esperaba a pie firme. La infantería y la artillería directorial, con una compañía de cazadores desplegada sobre su izquierda, abrieron fuegos diagonales con el intento de contener la carga; pero fueron ineficaces. La caballería porteña, al amago de la carga, se dispersó sin combatir, envolvió en su derrota al director supremo, y fue perseguida por lo menos cinco leguas en todas direcciones, sufriendo considerables pérdidas entre muertos y heridos y prisioneros”.

El general Rondeau, sin más compañía que un ayudante, galopó apresuradamente a Buenos Aires para llevar la noticia del desastre. En tanto la infantería, mandada por el general don Juan ‘Ramón Balcarce, formada en cuadro, resistía el ataque que Ramírez en persona le llevaba, pero “como el terreno estaba cubierto de pajonales y pastos secos por los ardores de la estación, éstos se incendiaron con los tacos, y el campo de batalla quedó muy luego envuelto en humo y rojas llamaradas, activando la quemazón la ventolina del oeste que a la sazón soplabla. En este trance, Balcarce, valiente, proclamista y activo .como en el día en que acaudillaba la caballería gaucha en Tucumán, y Rolón, callado y metódico como un veterano suizo, dispusieron todo para la retirada; y arras-

trando toda la artillería y parte de sus carretas de municiones, acompañados por 150 dispersos de la caballería., descendieron al fondo de la cañada, donde permanecieron como tres horas. Allí formaron en columna cerrada, cubriendo sus flancos y retaguardia con líneas de tiradores a pie, y en esta disposición se movieron con rumbé al oriente,

débilmente hostilizados por los federales. A corta distancia del campo de batalla hicieron alto a la orilla de una pequeña laguna, donde después de un ligero refrigerio se dispusieron a continuar la marcha”.

No tardó en llegar el comandante José María Pérez de Urdininea, que había caído prisionero de los federales, con una intimación del general Ramírez, redactada por don José Miguel Carrera, en la que el “Supremo Entrerriano” daba a los porteños dos horas para rendirse bajo amenaza de ser pasados todos a cuchillo.

Balcarce rechazó con dignidad la nota y Urdininea regresó al campo de Ramírez., a quien expresó:

—General, el general Balcarce se niega a rendirse por cuanto se considera dueño del campo y expresa que deja a usted la voluntad de obrar como quiera por cuanto no teme sus amenazas.

—¿Cómo, no se encontraba entre los muertos de la caballería porteña el general Balcarce?

—No, general, él es quien tiene el mando en el campo de Buenos Aires, pues se ignora la suerte corrida por el director supremo, después de la dispersión de su caballería..

—¡ Conque no quiere rendirse, eh... !; entonces cumpliremos nosotros, destruyéndolo por completo, hasta pasar a cuchillo al último de sus hombres. . —contestó malhumorado Ramírez.

Luego el “Supremo Entrerriano” se aproximó a su caballería y la hizo formar en columnas de divisiones para reanudar el ataque a la infantería porteña. Don José Miguel Carrera se encontraba a su lado y observaba al caudillo. Junto a Ramírez ejercía el puesto de un jefe

de estado mayor, “edecán, secretario y consejero político y militar”, por lo que acercó su caballo al suyo y le dijo, señalándole la línea adversaria que se divisaba en lontananza:

—General, una victoria sobre esa infantería costará muchas pérdidas y necesitamos economizar nuestros soldados para avanzar sobre Buenos Aires. Déjelos usted que se retiren y nosotros hostigaremos su marcha hasta producir el desbande de la columna.

No costó trabajo convencer a Ramírez y Balcarce pudo retirarse acosado por la caballería federal, que le causó más de 300 bajas antes que pudiera llegar al pueblo de San Nicolás. Carrera había tenido sus razones para aconsejar a Ramírez y las comunicó al teniente Kennedy al iniciar la marcha:

—Vea usted, Kennedy —le dijo—; he convencido a Ramírez de no atacar a los porteños, porque en sus filas hay muchos soldados compatriotas míos y yo conozco su valor para batirse. Ellos serán los primeros en caer y yo los quiero para más tarde, cuando, triunfantes sobre Buenos Aires, organice las fuerzas con que pasaré a Chile para arrancar mi patria de manos de sus actuales tiranos.

Carrera suspiró y su rostro se cubrió de un velo sombrío, al mismo tiempo que volvía su vista hacia el oeste, donde quedaba Chile, y agregaba:

—Usted sabe cuánto deseo regresar a mi patria. Ver sus campos y olvidar todo esto en la tranquilidad de mi hogar, casi destruido por culpa de mis enemigos. Espero alguna vez cruzar los Andes y dar felicidad a mis compatriotas que suspiran por que se les arranque de las cadenas que les han puesto sus mandones. Así vengaré a mis hermanos asesinados en Mendoza, y a mí mismo, que tanto daño me han causado... Mi nombre será terrible para ellos... ¡ Ah..., pero si llegan a cogermé, entonces todo habrá acabado para mí, porque de ellos no puedo esperar nada...!

Carrera emprendió la marcha silencioso, mientras, como langostas, los gauchos se desparramaban sobre el terreno, haciendo ondear sus ponchos colorados y llenando ,el aire con sus salvajes alaridos. El sol caía con fuer-

za sobre las cabezas y los caballos respiraban fatigosamente ese aire caldeado que azotaba la pampa. A menudo se escuchaban disparos que indicaban el ataque de los federales a los

porteños, y sobre el terreno, algunos muertos iban jalando el camino de los caudillos hacia Buenos Aires.

TRATADO DEL PILAR
EL EJERCITO RESTAURADOR
APOGEO DE CARRERA

La noticia de la derrota de Cepeda consternó por un momento a la capital. El espectro de los terribles caudillos del norte y de sus salvajes huestes se presentó ante la ciudad con caracteres de tragedia. Nada bueno podía esperarse de esos hombres, y la posibilidad del saqueo llenaba de pavor a los desgraciados habitantes.

Pero el 4 llegaba, reventando cinchas, un mensajero de Balcarce a anunciar la salvación de la infantería del campo de Cepeda. “Esta noticia reanimó el espíritu de los ciudadanos, y desde entonces todos pensaron más formalmente en la resistencia, como medio de alcanzar una paz honrosa, salvando la provincia del conflicto en que se hallaba comprometida”. En escaso tiempo se reunieron más de 3.000 hombres y se llamó para comandarlos al general don Miguel Estanislao Soler, el mismo que mandara una de las divisiones de San Martín en Chacabuco. Su misión era oponerse a los vencedores de Cepeda y salvar la ciudad amenazada.

“Soler tenía a la sazón treinta y seis años de edad. Soberbio y mal avenido con la disciplina, hacía cerca de tres años que vegetaba en el retiro, frecuentando los cafés, muy desaplicado, poseído de pasiones intemperantes y con un carácter iracundo y dominador; era, sin embargo, un excelente táctico de infantería y poseía verdaderos talentos de organizador militar, bien que careciera de las dotes

de mando en jefe. Hombre sin equilibrio moral y de principios fluctuantes, poseído de ambiciones sensuales que obedecían a sus pasiones o a las impresiones del momento, no

era el héroe de la causa cuya bandera se le había confiado, ni estaba destinado a imponerse a la situación? Llevaba como jefe de estado mayor al general don Hilarión de la Quintana.

Soler estableció su cuartel general en el Puente de Márquez, a 25 kilómetros de Buenos Aires, mientras los federales iban a situarse en El Pilar. Una nueva batalla era inminente y de ella dependía la suerte de la capital. Desafortunadamente, el hombre elegido para defender Buenos Aires era el menos indicado de los que allí existían, pues “era enemigo de Rondeau desde el sitio de Montevideo; lo era de San Martín después de la campaña de Chile, y por lo tanto de Pueyrredón, que lo había tenido arrumbado; lo era igualmente de los miembros del Cabildo por sus conexiones personales, y todo esto lo colocaba entre los descontentos. Por otra parte, los hombres políticos del antiguo partido saavedrista, con los cuales estaba más en contacto, y cuyas sordas maniobras eran dirigidas por Sarratea, lo inducían a constituirse en su campeón, mientras que los militares que le rodeaban lo impulsaban a hacerse árbitro de la situación. Obedeciendo a estas influencias y a sus impacientes ambiciones, Soler se decidió a resolver la situación en provecho propio y de su círculo.

Durante el lapso del 1° al 10 de febrero, los caudillos inundaron Buenos Aires con proclamas destinadas a hacer caer las autoridades centrales. Su principal exigencia era la libre elección por el pueblo para designar sus mandatarios, y sobre esta base realizar las negociaciones de paz. En vano será que se hagan reformas por, la administración — expresaba una de ellas—, que se anuncien Constituciones, que se admita un sistema federal: todo es inútil si no es la obra del pueblo en completa li-

bertad. El general López firmaba esta proclama y otra en que su nombre aparecía junto al del general Ramírez:

Marchamos sobre la capital, no para talar vuestra campaña, multar vuestras personas, ni para mezclarnos en vuestras deliberaciones, sino para castigar a los tiranos, cuando fueren tan necios que os hagan pretender el mando con que casi os han vuelto a la esclavitud.

Tales declaraciones, en las que se nota el estilo inconfundible de Carrera, iban destinadas a ganar a la opinión pública de la capital y a tranquilizar el ambiente, que, por esos días, era de terrible desconcierto, hasta hacer caer las autoridades y verse el Cabildo en la necesidad de tomar el control de la situación. Pero el general Ramírez aumentó la confusión cuando se negó a reconocer la autoridad del Cabildo y se inclinó a la amistad con el general Soler, expresando: “Me acerco a estrechar mis relaciones con el benemérito brigadier Soler; con él únicamente me entenderé mientras exista la actual administración, cuyas ramificaciones conocemos”.

Esta declaración colmó de satisfacción al general porteño, y el 10 recibía en su cuartel general en el Puente de Márquez a “todos los jefes y oficiales del ejército exterior”. “Esta junta de guerra no tenía por objeto defender la capital ni contener la marcha de los vencedores, sino volver las armas contra los poderes existentes y entregar al enemigo el escudo de la resistencia, inhabilitándose hasta para alcanzar una paz decorosa”. Con tal conducta esperaba Soler ocupar el sillón gubernamental próximo a crearse. “El pronunciamiento del ejército ex-tenor indignó y entristeció a Buenos Aires, avergonzando hasta los mismos antidirectoriales” Pero las esperanzas de Soler iban a salir fallidas, pues don José Miguel Carrera trabajaba para colocar al frente de la provincia, a un hombre que garantizara sus futuros planes. El que le pareció conveniente fue su amigo don Manuel de Sarratea, con quien mantenía estrechas relaciones desde

su arribo a Montevideo, expulsado por el gobierno de Pueyrredón.’

Sarratea era hábil, pero de pocos escrúpulos, lo que lo hacía aparente a los ojos del general chileno, y éste se dio a la tarea de inclinar a Ramírez y López para que, llegado el momento de elegir, se le favoreciera con la designación de primer mandatario de Buenos Aires.

Soler, por su parte, se movía activamente para ser favorecido por los hados y atacaba rudamente a Sarratea desde la sombra, valiéndose de toda clase de intrigas que iban a aumentar la confusión reinante.

El 17 de febrero se firmaba el armisticio de Luján, que hacía cesar las hostilidades por seis días, y se comenzaba la redacción del tratado de paz. En las discusiones tomaron parte activa los generales Ramírez, López y Carrera, y este último aprovechó la ocasión para hacer prevalecer su criterio y sus intereses. Buenos Aires vio su humillación, y los grillos que en la prisión le colocaron sus enemigos iban a pesar en sus decisiones para pisotear el orgullo porteño. Los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos miraban por sus ojos y se inclinaban ante su opinión. Entonces era el momento de aprovechar su influencia para colocar a Buenos Aires al nivel de las demás provincias, quitándole el privilegio que hasta entonces gozara frente a ellas.

El texto del Tratado de Paz y Amistad estaba, en sus líneas generales, redactado por el chileno, y en las discusiones particulares iba a poner toda su sagacidad para hacer triunfar sus puntos de vista. Sabía muy bien que Ramírez y López, halagados por su vanidad y apoyados por su escasa cultura, mantendrían con insolencia sus pretensiones ante los representantes porteños, que, im-

sibilitados para resistirse después de la derrota de sus armas, deberían acatar y sufrir sin remedio lo que se les quisiera imponer.

Ahora podía gozar su triunfo, y lleno de satisfacción escribía a su esposa el 22 de febrero: Los aspirantes trabajan en vano. Soler me ofrece no dejarles ni una rama de que agarrarse; ellos rabian contra mi y buscan los medios de desacreditarme sin sacar otro fruto que redoblar su cólera impotente. Iré a la gran capital, sin temer su presencia ni su mordacidad. Ellos irán pagando sus crímenes horrosos.

La Junta de Representantes eligió el 17 de febrero a Sarratea gobernador de Buenos Aires. El 23 se firma el Tratado del Pilar y se incluían cláusulas secretas que colocaban a disposición de Carrera los medios para su campaña en Chile. “Tales cláusulas se referían principalmente a los auxilios bélicos prometidos por Buenos Aires en términos generales, y a la actitud respecto a la invasión portuguesa en la Banda Oriental, cuestiones que se complicaban con la de los caudillos federales respecto a Artigas y la de Carrera con relación a Chile”

“Se dice que este tratado no se escribió ni firmó (el secreto) para evitar que el Brasil se alarmara... Si esta parte de la negociación no fue escrita, hubo otra que ha sido publicada por algunos historiadores, aunque otros la nieguen. Pero no son, en estos casos, los documentos los que prueban la veracidad de los hechos, sino los hechos mismos... Apócrifa o no, esta parte del tratado fue cumplida en gran parte por Sarratea... Envió grandes cantidades de armamento no sólo a Ramírez y López, sino también a don José Miguel Carrera, como lo demostraremos luego. Sometió a juicio a todos los miembros del, Congreso y del Directorio, a excepción de aquellos que le facilitaron en una u otra forma su tarea” ·

Comenzaba a cumplirse el programa de Carrera. Llevar la guerra a Buenos Aires para, más tarde, hacer tambalear a sus odiados enemigos: San Martín y O'Higgins. Con este objeto

reunía habilidosamente a su lado a los caudillos de Entre Ríos y Santa Fe y al nuevo gobernador de Buenos Aires. Influyente en el ánimo de los mandatarios, su fortuna parecía asegurada y no lejano el día en que se abrieran para él las puertas de la patria. Volveremos a Chile, mi virtuoso amigo, escribió a su esposa desde el campamento federal, y, próximo a entrar en Buenos Aires, el Tratado del Pilar, con sus cláusulas secretas, parecía anunciarlo.

“El advenimiento de la paz que se creyó estable fue saludado jubilosamente por el pueblo de Buenos Aires, a pesar de sentirse humillado por la derrota: iluminación de las calles por tres sucesivas noches, misa de gracias en la catedral, recepción en el Cabildo y otras entreteniciones populares.

Don José Miguel Carrera, en tanto, estaba instalado en San José de Flores con el flamante gobernador de Buenos Aires, que lo había convertido en su consejero político.

El día 25 se fijó para la entrada del ejército federal en la ciudad, y don José Miguel cabalgó junto a Sarratea, participando del triunfo. Las calles se habían engalanado para recibir a los vencedores de Cepeda, que llegaron “acompañados por el gobernador Sarratea y seguidos de una siniestra escolta de indios andrajosos que amontonaron sus caballos junto a la pirámide de Mayo, convirtiéndola en palenque”. No era menos vistosa la escolta de López, cuyos dragones, que hemos descrito; tenían toda la apariencia de la salvaje mentalidad del hombre semicivilizado de las pampas. Sus uniformes llamaban la atención de los porteños, que miraban con ojos espantados a aquellos soldados que llevaban por casco la cabeza de un asno y cuyas erguidas orejas les daban una extraña apariencia. Los sombreros de panza de burra de los gauchos, adornados con plumas de avestruz, sus cabellos y

barbas desgreñados y sus armas, lazos, boleadoras y cuchillos al cinto, no ofrecían a los habitantes que observaban aquel singular desfile muchas seguridades. “El caudillo Ramírez

era el que, sobre todo, suscitaba más curiosidad al vecindario: su figura robusta, su garbo altanero, atrevida la expresión de su rostro tostado y barbudo, de nariz aguileña y ojos renegreantes. Vestía pantalón azul con vivos encarnados, chaquetilla corta con alto cuello rojo y un amplio pañuelo punzó que, ceñido a la cabeza por alto sombrero de copa con barboquejo, caía sobre los hombros en forma de esclavina”.’ El general López tenía aire marcial. Como Ramírez, vestía pantalón azul, chaquetilla ordenada con vistosos entorchados y cubría su cabeza con gorro militar. Todos lucían cintas punzó, en las que se leía: “Federación o muerte”, llevadas por Carrera a los campamentos desde Montevideo.

Pasados los primeros momentos de euforia, el chileno ‘acometió su principal empresa: reunir los elementos chilenos dispersos en las fuerzas de Buenos Aires y formar con ellos un cuerpo bajo sus órdenes. Sarratea debía franquearle los medios de vestuario, equipo y armamento, de acuerdo con las estipulaciones secretas, de modo que era el momento de emprender la tarea. Contaba a su lado con el eficaz apoyo del coronel don José María Benavente, brillante oficial del ejército de Chile, y cuya espada sólo conocía rival en la de Freire, que hizo las campañas de 1813 y 1814, distinguiéndose por su valor y cualidades de conductor de hombres. Su reconocida devoción a los Carrera hizo que San Martín no le permitiera enrolarse en el ejército de los Andes y que Pueyrredón le cargara de vez en cuando la mano, sometiéndolo a innecesarias vejaciones. Junto a éste había un grupo de oficiales chilenos y extranjeros para ocupar los puestos subalternos y cuyas capacidades los hacían idóneos para formar un excelente cuerpo de tropas.

Con amplia libertad para entrar y salir de los cuarteles de Buenos Aires, pudo organizar “una brillante división de caballería, compuesta de setecientos hombres,

TODOS CHILENOS”, veteranos de las guerras de Chile y Buenos Aires, perfectamente armados y equipados, capaces de sostener su voluntad e inclinar la balanza donde él

quisiera. Su cuartel general lo instaló en Chacarita y dejó allí a Benavente, mientras él iba a instalarse en casa del gobernador Sarratea, aceptando la invitación que le hiciera por carta: Si no tiene Ud. casa donde venir a parar, mediante la ausencia de mi señora doña Javiera, ofrezco a Vm. un alojamiento frugal en la que yo habito. La amistad llegaba hasta compartir el mismo techo. De la inspiración de Carrera salió el ataque de Sarratea a la Logia Lautarina y la persecución de sus miembros, los que se transformaron en los Caballeros de América y respondieron con un activo trabajo “con el fin de dar por tierra con la autoridad del gobernador”. El hombre indicado para realizar estos planes se encontró en el general don Juan Ramón Baicarce, que el 19 de marzo aparecía en Buenos Aires con la infantería escapada de Cepeda.

Otro personaje aparecía al mismo tiempo en la capital: el general don Carlos Maria de Alvear, y al instante que fue conocida su presencia en la ciudad reanimó el odio a su persona, que “era la pasión dominante en Buenos Aires: bastaba pronunciar su nombre para que todos los cívicos acudiesen a las armas en su contra”.

La conmoción no se hizo esperar. El 6 de marzo estallaba la revuelta, encabezada por el general Balcarce, que en esta forma quebraba todas sus protestas de adhesión a los pactos del Pilar. Un cabildo abierto celebrado por los revolucionarios destituyó a Sarratea y nombró en su reemplazo a Balcarce. La opinión del general Soler, que, en violento discurso, atacó las cláusulas secretas por las cuales se entregaba a los caudillos, y en especial a

Carrera, grandes partidas de armas, fue decisiva y el depuesto gobernador hubo de ir a refugiarse al campamento del Pilar.

La caída de Sarratea era un fuerte golpe para la posición alcanzada por Carrera, y de la cual daba noticias a O'Higgins su representante ante el gobierno de las Provincias Unidas, don Miguel Zañartu, en carta del 4 de marzo, diciendo: Yo me hallo en un mundo diverso de aquel a que fui enviado. Yo vine cerca del Gobierno Supremo de las Provincias Unidas, y ahora, como por encanto mágico, me veo, no en la capital del Sud, sino en una provincia devastada y desunida de las otras. Y lo más gracioso es que se ha separado contra derecho y contra su voluntad y solamente por la de cuatro miserables que sin patentes de los demás pueblos pidieron a su nombre el desquiciamiento del Gobierno central. Pero mandaban apoyados por una fuerza victoriosa (aunque despreciable en sí), y así es que aunque en esos días había protestada Mendoza no separarse de la capital, ellos la separaron de hecho, y Buenos Aires pasó por la vergüenza de darla por separada y de recibir la ley que le impusieron. Bien es que si piden también, como los romanos, mujeres, habría sido forzoso dárselas sin necesidad de que las robasen como aquellos'; porque si la ciudad se habría defendido de los sables, no habría podido hacerlo del hambre después de haber, perdido toda la campaña. Este convencimiento presentó como un beneficio del cielo el allanamiento de los vencedores y dio a Carrera, MEDIADOR DE LA PAZ, una importancia cual V. no puede concebir. Vive en casa de Sarratea disfrutando del cortejo y adulaciones de todo el pueblo; y tomando en los negocios una mano que muchos lo miran como un secreto gobernante. Ni podía ser de otro modo, porque desde la primera hasta la última autoridad se ha puesto al gusto de los montoneros a quienes gobernaba Carrera, todos en el día se consideran como sus hechuras, y en lo concerniente a pasos de armonía, y tranquilidad CONSULTAN SU VOLUNTAD. El sabe demasiado hacer valer su influjo y sacar partido aun de las sombras. ... Este bicho se ha puesto en un pie que puede hacer mucho daño, y lo más admirable es que en casa de San Martín, coito el bruto

de Quintana y Escalada por destruir a Pueyrredón., que, consideran enemigo del general, han contribuido 'al ensalzamiento de Carrera y son tan inocentes o tan estúpidos, que lo

consideran de buena fe. En días pasados se lisonjaba la suegra de San Martín de que Carrera habría brindado por la salud de aquél, siendo así que yo sé por conducto seguro que no lo llama por otros nombres que los de monstruo, cobarde, asesino, ladrón, etc. Ahora está trabajando para que vuelva Alvear y se saldrá con ello, a pesar de que para ello tiene que vencer la oposición de Soler. Pero su influjo y sus intrigas todo lo allanan.

El odio morboso que Zañartu profesaba a Carrera desde los días del proceso de Concepción y el desempeño de su cargo lo llevaban a seguir los pasos del caudillo. El 16 de marzo reclamaba, por la protección que el gobernador le dispensaba y pedía sus pasaportes. El 29 Sarratea daba contestación a su nota, ordenándole abandonar Buenos Aires en el perentorio plazo de cuatro horas. El Cabildo de la ciudad medió en la enojosa situación y obtuvo una prórroga, pero el 10 de abril era sometido a prisión -y expulsado a Montevideo. El trato que se daba a su representante hizo intervenir al director supremo de Chile en una enérgica protesta por tan inamistosa actitud. Sarratea se desentendió de la nota oficial de O'Higgins y Zañartu no regresó a Buenos Aires hasta la caída definitiva del mandatario.

La revolución seguía su marcha. El ejército federal avanzaba sobre Buenos Aires para poner fin al efímero mando de Balcarce, que, ante la presión de los caudillos, hubo de huir al amanecer del día 12 de marzo. El mismo día se reunió un cabildo abierto para designar sucesor, y se encontraba en las deliberaciones cuando de improviso se presentó don José Miguel Carrera, acompañado por el general Alvear, y ante el estupor de los cabildantes, gritó:

—¡ Señores, aquí no hay más autoridad legítima que la del gobernador don Manuel de Sarratea, que de un momento a otro reinstalará su gobierno en la ciudad, de modo que es

inútil que quieran hacer reconocer a otra persona...! ¡ Yo vengo de su parte a hacer presente aquí que ha nombrado al general don Carlos María- de Alvear (y mostró su persona.) comandante general de armas y ordena que se le reconozca por tal y que inmediatamente se le entregue el mando de la tropa...

Del asombro los asistentes pasaron a la indignación, y pronto la reacción fue terrible y todos cargaron contra Alvear y Carrera, que abandonaron la sala y pasaron a las casas vecinas por los tejados. Don José Miguel logró retirarse sin ser molestado, pero Alvear fue preso y remitido a un barco surto en la bahía.

La situación resultaba inconfortable para el chileno, que desapareció de Buenos Aires por algunos días, dedicándose a terminar la organización de sus fuerzas.

“Sarratea retorna el gobierno y el secretario-asesor de Ramírez, don José Miguel Carrera, se convierte en el asesor del gobierno repuesto. Se traslada a Buenos Aires, se aloja en su casa y no lo deja un instante . “ De esta manera llega a convertirse en el hombre fuerte del gobierno. La ciudad está bajo su voluntad a través de su mandatario, que lo escucha y sigue sus inspiraciones.

Pero Sarratea había hecho un nombramiento poco feliz en la persona de Soler, designándolo comandante de armas. Soler hacía una sorda y tenaz oposición al mandatario que, sin ningún arraigo en la opinión pública, se encontraba incapacitado para deshacerse de él. En este trance Sarratea tuvo la inspiración de quitarle el mando por medio de un pronunciamiento de las tropas en favor de Alvear. “Esta vez Sarratea consultó con los jefes federales y con Carrera, quienes le aconsejaron prudencia. No por ello dejó- este oscuro personaje de alen-

tar el golpe de Alvear”. Este no se hizo de rogar par tomar parte en la aventura. y desembarcó en la noche del 25 de marzo. Envuelto en su capa y llevando com única arma

su espada, se dirigió al cuartel de aguerridos, donde el segundo comandante puso el cuerpo a sus órdenes. Acto seguido, se proclamó comandante general de armas y ordenó el arresto de Soler y otros oficiales. Carrera se encontraba esa noche en Buenos Aires y, tan pronto tuvo noticias de la conducta del general Alvear, abandonó la ciudad y se retiró a su campamento, para no aparecer mezclado en los bochornosos hechos.

La presencia de Alvear trajo nuevos desórdenes y el Cabildo solicitó a Sarratea “su destitución del mando que había usurpado y lo expulsara del territorio”, devolviendo el mando a Soler. El 27 don Carlos María de Alvear huyó, perseguido por las fuerzas del general Hilarión de la Quintana, encargado de satisfacer el enojo de Soler. Avisado. Carrera, movió sus fuerzas y se interpuso entre el fugitivo y sus perseguidores. Alvear, seguido por 50 oficiales y 100 soldados, fue a armar sus tiendas en el campamento de Carrera, colocándose bajo el amparo de los jefes federales. “Entonces intervino Ramírez en favor de Alvear, conminando a Sarratea en esta forma: Está en mi deber y exige mi honor el acordar toda hospitalidad al general Alvear y numerosa comitiva de oficiales que le acompañan... Quiera V . S. dar sus órdenes para que las fuerzas del general Soler suspendan sus marchas. Sarratea obedeció y la persecución de Alvear cesó.”

Terminaba la primera etapa de la guerra emprendida por los caudillos contra Buenos Aires y de la que Carrera fue inspirador y animador. En el solio de los gobernadores de Buenos Aires quedaba colocado su amigo y confidente don Manuel de Sarratea y el Tratado del Pilar consagraba el federalismo argentino. El gobierno central había desaparecido barrido por el viento de la anarquía y la voluntad de los caudillos. En Montevideo, Pueyrredón comía el pan del destierro, y un proceso por traición se formaba al “Directorio y al Congreso caídos”;

la Logia Lautarina ocultaba sus miembros bajo el nombre de Caballeros de América; el ejército de los Andes, con que Pueyrredón tenía sujeto a Chile, había desaparecido junto

con el ejército auxiliar del Alto Perú, al soplo del desorden, y un nuevo ejército restaurador, formado por 700 hombres, levantaba su nombre y su prestigio en las afueras de Buenos Aires..

CAÑADA DE LA CRUZ —SAN NICOLAS

Cargado de densos nubarrones políticos terminaban para Sarratea los días de marzo de 1820. Artigas amenazaba a Entre Ríos y obligaba al general Ramírez a marchar en defensa de su gobernación. López necesitaba regresar a Santa Fe, para poner en orden su administración, y Carrera y Alvear hacían sus aprestos para dirigirse a San Nicolás. En esta forma el ejército federal desaparecía de las inmediaciones de la ex capital y con él el apoyo que contaba su mandatario para mantenerse en el gobierno. La opinión pública le era adversa hasta el odio y sus enemigos no perdían la ocasión para reprochar sus entregas de materia y dinero a los federales y a Carrera. Especialmente a este último, al que se terminó por identificar con Alvear, hasta hacerse aborrecible su nombre.

A fines de abril, Sarratea era destituido y obligado a huir. La Junta de Representantes designó por gobernador a don Ildefonso Ramos Mejía. “Pero esta Junta, una vez que ya había utilizado a Soler, tomó sus medidas para desalojarlo del mando. Quitó del Departamento de Guerra a su primo hermano Hilarión de la Quintana y puso en su lugar a Marcos Balcarce. Esto excitó los recelos de Soler contra la Junta. Desde su “Campo de la Libertad”, establecido en Luján, se dirigió a aquella pidién-

do explicaciones sobre su situación. Al mismo tiempo, la Junta recibió cartas de López y Ramírez, en las que éstos, luego de desaprobar el relevo de Sarratea, amenazaban con una nueva guerra contra Buenos Aires”.

Las hostilidades se iban a reanudar. “Estanislao López cruzaba ya el Arroyo del Medio en dirección a Buenos Aires”. Carrera, que había marchado hacia el norte en busca de un sitio donde instalar su campamento, se encontraba con sus fuerzas en el Rincón de la Gorondona, “lengua de tierra entre las márgenes de los ríos Paraná y Carcaraña, que se pierde en aquél”, marchó a reunirse con el gobernador de Santa Fe, con lo que el ejército federal subió a 1.300’ hombres.

Buenos Aires vio venir de nuevo la tormenta. Ramos Mejía renunció a su cargo, y bajo la presión de los jefes del ejército, la Junta y el Cabildo repusieron a Soler en el mando y lo designaron gobernador. De inmediato tomó sus medidas para detener a los federales, que marchaban dispuestos a “castigar la destitución de Sarratea, aunque no pensaban hacerlo reponer en el mando, pues su candidato era ahora Alvear” .~ El general Estanislao López, “al mismo tiempo que proclamaba la candidatura del antiguo director para gobernante de la provincia, escribía una carta confidencial a Soler, en la que le ofrecía entregarle a Alvear, por ser sujeto “peligroso y suspicaz”. Soler pasó la carta a la Junta, la cual aceptó lo que ella llamó “fineza” de López, y encargó a Soler que arreglara la forma en que se haría la recepción de la víctima”. Así las cosas, desde Buenos Aires el coronel Manuel Dorrego escribía a López y a Carrera para que le ayudaran en sus pretensiones de ocupar la gobernación “en previsión de la ineluctable caída de Soler”

En ese momento el núcleo del ejército federal estaba formado por el ejército restaurador de don José Miguel Carrera, fuerte de 700 soldados, a los que se sumaban 150 oficiales y soldados del séquito de Alvear. Carrera tuvo en aquella oportunidad el mando en el campo de batalla

y formó la línea con el ejército restaurador en su izquierda, el centro con los dragones de Santa Fe y la derecha con las milicias de Santa Fe, sostenidas por un destacamento de chilenos. El frente fue cubierto por las guerrillas del general Alvear.

Era el 28 de junio y ambos ejércitos se encontraban separados por un hondo tajo del terreno, llamado la Cañada de la Cruz. Soler tendió su línea con 2.000 hombres, que aparecía imponente ante la inferioridad numérica de sus adversarios.

La batalla la iniciaron los porteños atacando la izquierda federal. Blandengues y colorados, al mando del coronel Pagola, chocaron contra el ejército restaurador, que, mandado por Benavente, los rechazó con energía y sus sables hicieron estragos en sus filas. Al mismo tiempo los dragones de Santa Fe, con el general López a la cabeza, cargaron contra el centro porteño, destrozándolo, hasta dejar aislada la izquierda de Soler, que, inmobilizada en el suelo pantanoso de la Cañada, fue hecha prisionera con su comandante, el general Domingo French. La victoria de los federales era completa y podían dictar la ley a su adversario.

Al día siguiente Carrera escribía a su esposa desde su campamento cercano al campo de batalla: Ayer a las 4 de la tarde hemos concluido con el miserable de Soler, que quiso sorprendernos, y se nos presentó en la Cañada de la Cruz con 1.600 hombres de caballería y 4 piezas volantes. Hay 100 prisioneros en mi campo, incluso 12 oficiales, entre los que se hallan French y Montes Larrea. Pagola murió con otros muchos oficiales y como 200 hombres. Los chilenos en la carga horrorosa que dieron acreditaron ser araucanos. No llegaban a 200 los que acuchillaron, sin un tiro de fusil, a más de 400 de Soler. Yo estoy engreído. Las 4 piezas las tomaron y son mías exclusivamente. Era la alegría de la victoria, ganada por el esfuerzo de sus- bravos soldados, que hacía llegar al ser más querido para él: doña Mercedes Fontecilla y Valdivieso.

La derrota dejaba a Buenos Aires desarmada frente a los federales y Carrera hizo pesar su espada para colocar a Alvear en el gobierno de la provincia. López aceptaba y apoyaba al socio de la Cañada de la Cruz que, frente a sus guerrillas, se comportó con bizarría y arrojo.

El entendimiento que se creía posible con la victoria se vio ensombrecido, pues Dorrego, “que días antes se había ofrecido a López, lanzó un llamamiento que decía:

Corred a las armas para vengar la afrenta con que se os veja. Volad conmigo al lado del señor capitán general”. Y mientras Soler renunciaba y se trabajaba por designar gobernador, el coronel Pagola, a quien Carrera había dado por muerto, con parte de la infantería que libró del campo de batalla, se declaraba a sí mismo comandante general de armas, apoderándose de la fortaleza de Buenos Aires. El caos reinaba en la ciudad mientras los vencedores iban a establecerse en el Puente de Márquez, y el general Alvear, al frente de 800 hombres, se instalaba en la Villa de Luján. Los efectivos federales ascendían ahora a 2.000 soldados de las tres armas. Bajo la presión de los acontecimientos, Buenos Aires elegía por gobernador a Alvear, “levantándole la proscripción y declarándolo salvador de la patria”.

Pero su impulsivo temperamento iba a cambiar los acontecimientos por venir. “Los comisionados de paz que iban al campamento de López toparon al flamante gobernador en el Puente de Márquez, y éste, sin tino para guardarse sus iras”, se acercó a ellos con insolencia y, en presencia del general Carrera, les dijo:

—Una vez me han depuesto ustedes del gobierno; pero no volverán a hacerlo otra vez, porque, si lo intentaren, colgaré de la horca a la mitad de Buenos Aires.

Los comisionados regresaron el mismo día a la capital y contaron, llenos de inquietud, las intenciones del gobernador y lo que se podía esperar de él.

Una segunda comisión enviada a López llegó hasta los Santos Lugares sin encontrar al gobernador de Santa Fe, y en cambio se entrevistó con el general Carrera, y como en la conversación los representantes porteños di-

jeran que si los caudillos no accedían a tratar con Buenos Aires en pie de igualdad se defendería, el chileno contestó con sarcasmo:

—Mis amigos, parece que Buenos Aires no ha oído todavía a mis muchachos tocar el clarín de saqueo...

Los comisionados quedaron espantados ante esta impolítica respuesta, que, conocida en la ciudad, hizo unánime el deseo de defenderse de la suerte que le reservaban los caudillos federales.

Aceptada la guerra, fue elegido gobernador el coronel Dorrego y se esperó al enemigo que avanzaba a poner sitio a la ciudad.

Con sorprendente actividad, Dorrégo preparó la defensa, llamando a las armas a todos los ciudadanos capaces de manejarlas, y pronto reunió una apreciable cantidad de soldados. En cambio, los jefes federales, dormidos en sus laureles de Cañada de la Cruz, se movían con lentitud, hasta permitir la reacción del adversario. El sitio de la capital se concentró en dos puntos principales: los Santos Lugares, donde se situó el general Estanislao López, y la localidad de Morón, que ocupaban los generales Carrera y Alvear. La extensión de la línea y la escasez de medios hacían poco efectivo el cerco y permitieron la sorpresa de la noche del 8 de julio, con la deserción del campo de López del batallón de cazadores, tomado prisionero en Cañada de la Cruz. El contraste sufrido por el gobernador de Santa Fe hizo fracasar el cerco y decidió a los federales a retirarse hacia el norte. El sitio de Buenos Aires alcanzó a durar una semana.

El 12 de julio se apagaban los fuegos de los campamentos federales ante Buenos Aires. López iniciaba su marcha hacia Santa Fe. mientras Carrera se dirigía a Luján, y, desde este punto, a San Isidro, que tomó a filo de sable, para caer luego sobre San Pedro destruyendo cuantas fuerzas de Buenos Aires encontró delante.

Urgidos a vivir de la comarca, los hombres de Carrera como los de López tomaban a su paso por las poblaciones y las haciendas cuanto podía serles útil y despojaban las estancias de sus ganados y a los particulares de sus bienes. La campaña gemía, azotada por la desgra-

cia de esta guerra que hacia odiosos a los soldados y predisponía los ánimos a terribles venganzas.

Un día Carrera cabalgaba silenciosamente, seguido por sus ayudantes, y presenciaba la violencia de sus hombres. Junto a él iba el coronel don Tomás de Iriarte, que, observando a un grupo que saqueaba una casa, dijo:

—General, este sistema de hacer la guerra, quitándoles a los pacíficos habitantes sus bienes y cometiendo toda clase de excesos, desacredita nuestros propósitos y aumenta el número de nuestros enemigos... ¿ No cree usted que habría alguna forma de evitarlo?

—Amigo —respondió Carrera, moviendo la cabeza con tristeza—, yo me lastimo más que usted de esos males. Pero ¿ cómo evitarlos?... El compromiso que yo he contraído es inmenso. Mi misión no es para este país; es para libertar a Chile, mi patria, de la tiranía de sus actuales mandones. Necesito, en primer lugar, para llenarla conservar mis soldados. Estos están impagos, no les puedo proporcionar ni tabaco, ni yerba, ni nada; y el día que quiera sujetarlos al yugo de la disciplina, me abandonarán, me dejarán solo, y entonces no sólo seré preso de mis implacables enemigos que han jurado mi exterminio y el de mi familia y han hecho desaparecer a mis dos hermanos, sino que se malogrará la oportunidad de dar libertad a Chile...

...—Encuentro a usted razón, general; pero, como porteño, me duele ver estas bárbaras e injustas depredaciones en mi provincia y cómo la sombra de las fuerzas federales sirve a los facinerosos para quitarse la máscara, y, usando nuestra divisa, cometen los mayores atentados.

—Estos son males imposibles de remediar, y no somos nosotros los únicos que hacemos la guerra en esta forma; nuestros enemigos, que son sus compatriotas, lo hacen igual.’ Carrera tenía razón. Las fuerzas de Buenos Aires pisaban sus talones en la retirada e iban cometiendo los

mismos o mayores excesos que las tropas federales. Así, durante su avance, “Dorrego se reúne con las tropas en el monte del Durazno y la indisciplina y el desorden cunden en las filas, al punto de que los soldados se desgranán y desbandan así que ven una avestruz, llevándose por delante al gobernador, y sin que éste les diga una palabra. Roban todo lo que encuentran y carnean las reses que hallan en el camino”.¹ “La campaña de Buenos Aires no había presenciado nunca un destrozo semejante, ni por los mismos santafecinos, que eran abonados para eso de destruir el pueblo que invaden”.² “Se acampa en los alrededores de la Villa de Luján. A la sombra de unos álamos descansan el gobernador Dorrego, el general Rodríguez, los coroneles Lamadrid y Pacheco y el comandante Juan Manuel de Rosas. Pasan delante de ellos soldados cargados de pavos, patos y gallinas, robados. Dorrego, en tono festivo y haciendo con su mano la indicación de que las aves eran hurtadas, les dice:

—“ Las habrán comprado?... ¿ Cuánto les han costado a ustedes?...

—“Sí, mi general, nos han costado cinco —repiten en el mismo tono los soldados”.

Desde San Pedro, Carrera prosiguió su marcha al norte. Las duras jornadas agotaban las fuerzas de las cabalgaduras y disminuían su rendimiento. La situación se agravó al tenerse noticia de que el enemigo había aniquilado una partida de 18 soldados que conducían las caballadas de repuesto. En semejante trance se decidió tentar un golpe de mano contra las caballadas que el ejército de Buenos Aires tenía en las islas del río Paraná, cuidadas por algunos milicianos y soldados de línea. La empresa era riesgosa, pero se encontraron voluntarios decididos a ejecutarla.

Para alcanzar su objetivo de sorprender a los cuidadores, Carrera fue a situarse con sus tropas en Los

Hermanos y desde allí despachó sus partidas. En el sitio elegido por los porteños para el pastoreo el río forma un laberinto de canales e islas que prestaba seguridad y hacía difícil un ataque. Eligiendo los más fuertes y mejores nadadores, y al abrigo de las brumas del río, los chilenos se acercaron a la orilla para cruzar el curso del agua. La vigilancia adversaria los sorprendió y comenzó contra ellos un vivo fuego de carabina. “Trabóse desde ese instante un combate fantástico y extraordinario. Nadando de canal en canal y refugiándose de isla en isla, la pelea continuaba con crudeza por una y otra parte. Las aguas del río rebasaban sobre sus márgenes cada vez que los caballos en confuso tropel se precipitaban en los canales, pereciendo muchos antes de ganar la escarpada orilla de las islas vecinas, hasta que esta escena singular y terrible, que los chilenos contemplaban formados en línea desde la alta barranca de la margen principal, se cargó de los más sombríos colores, y el trueno y los rayos mezclaron sus fuegos y su imponente estampido al furor de aquel combate extraordinario”.

Horas más tarde los chilenos festejaban el triunfo al calor de los fuegos de su campamento. En los fogones se asaban enormes pedazos -de carne que esparcían un apetitoso perfume, mientras las risas y los cantos poblaban el aire y se encuchaba la voz de un viejo sargento que contaba:

—Desde Chillán que no me caía tanta agua en un combate. La lluvia “convirtió las armas de fuego en instrumentos inútiles y embarazosos. Cesó, pues, el fuego, y como ahora se iba a decidir el combate al arma blanca, desesperaron los enemigos de alcanzar la victoria y se embarcaron en unas grandes balsas, atravesando el riacho más ancho, rumbo a una isla próxima. Dejaron sus mujeres e hijos en nuestro poder y dos mil excelentes caballos”. Los valientes no esperaron la lucha cuerpo a cuerpo y escaparon... Dejamos a las mujeres en posesión de la isla y nosotros nos fuimos.. ., pero. . . con todos los caballos de los porteños.

Una gran carcajada coreó las palabras del sargento. El fuego hizo saltar una lluvia de chispas brillantes que rasgaron las sombras del crepúsculo, mientras arriba las estrellas parpadeaban ajenas a los afanes de los hombres...

El 28 de julio el ejército restaurador llegaba a San Nicolás, puerto en el río Paraná, en las proximidades de la frontera de la provincia de Santa Fe. Ese era el punto elegido por don José Miguel para establecer su cuartel general, en espera de mejores condiciones de tiempo que le permitieran emprender su marcha de acercamiento a la frontera chilena y, posteriormente, el cruce de la cordillera.

Dos días más tarde llegaba a reunírsele doña Mercedes Fontecilla, a la que instaló en su residencia, que era la casa del alcalde de San Nicolás, mientras arreglaba otra que pensaba ocupar por el tiempo que permaneciera en ese lugar. Las incomodidades de todo orden que los esposos experimentaron desde su salida de Chile en 1814, se olvidaron y juntos dejaron vagar sus espíritus en sueño de felicidad. Lejos de la persecución de sus enemigos de Chile y Buenos Aires; un hogar para compartir su vida; un ejército para sostener su voluntad; todo se había realizado como en los cuentos de hadas.

En tanto la suerte parecía sonreírles en forma definitiva, el coronel Dorrego se acercaba sigilosamente a San Nicolás con 2.000 hombres bien montados.

López acampaba con sus fuerzas al norte del Arroyo del Medio, junto al Estero de Pavón. Tenía pendientes negociaciones con Dorrego, y las protestas de paz del gobernador de Buenos Aires habían calmado el espíritu bélico. Pero tras las declaraciones pacíficas de Dorrego estaba su verdadera intención, cual era de batirlos por sorpresa. Su habilidad le dio resultado: Carrera se dirigió al campamento de López, deseoso de participar, en su calidad de aliado del santafecino, en la redacción y discusión de los acuerdos y descuidó su vigilancia. Ese fue el momento elegido.

Sus espías informaron al general López que los porteños se preparaban a atacar San Nicolás, por lo que encargó al general Alvear de llevar a Carrera la noticia. Alvear anduvo poco diligente en el desempeño de su misión, “cenó en una casa de campo y durmió allí toda la noche”, mientras amanecía el 2 de agosto, y Dorrego atacaba por sorpresa a los chilenos. Benavente se defendió con bizarría. “Dos columnas enemigas se abrieron hacia la izquierda y rodearon la ciudad por medio de una numerosa línea de batalla para que nadie pudiera escapar. El bravo Benavente reunió todos sus hombres en la plaza, donde con ayuda de unos pocos soldados de infantería se mantuvo en desigual combate por más de dos horas, al cabo de las cuales no le quedaban más que treinta hombres y algunos oficiales a caballo. Con ellos se decidió a abrirse camino a través de cualquier obstáculo que pudiera oponérseles. Se colocó al frente de su partida y salieron todos al galope, atravesando el pueblo:

saltaron el foso y se lanzaron con intrepidez a romper la línea enemiga que rodeaba la ciudad. Los pelotones o pequeñas divisiones contra las cuales se lanzó con furia Benavente rehuyeron el encuentro y le abrieron paso girando sobre derecha e izquierda, en retroceso, lo que permitió pasar a Benavente con pocas pérdidas, bajo un fuego oblicuo que les hacían las dos divisiones... De los treinta hombres que acompañaban a Benavente sólo quedaban catorce...

Mientras la batalla se desarrollaba, hombres, mujeres y niños buscaban refugio en la iglesia del pueblo. Conocían la furia de los vencedores, de modo que poco tenían que esperar de sus pasiones. Entre las mujeres estaban doña Mercedes Fontecilla y sus cuatro hijitas. Hacia mediodía, las tropas de Dorrego eran dueñas de la ciudad y el gobernador de Buenos Aires la entregaba al saqueo de sus soldados. Dos días duró aquel horror imposible de describir. “La soldadesca iba y venía cargada de botín; cintas y encajes colgaban de la crin y de las

colas de los caballos, y cuarterolas y barriles con bebidas eran arrastrados de la cincha”.’ “La disputa de los despojos daba motivo a enconadas pendencias y los soldados se mataban en las calles- a tiros y puñaladas, para hacerse dueño de lo que otro era feliz poseedor. Las mujeres huían desnudas y despavoridas de aquellos asesinos que las violaban y que con el sable en una mano, y en la otra un frasco de aguardiente, recorrían las calles de San Nicolás”. “Al vandalismo de Carrera seguía ahora el vandalismo de Dorrego, pues se había ensayado en la Banda Oriental y en Santa Fe años atrás. El saqueo, rasgo típico de las guerras entre señores feudales, se repite aquí con detalles”. Una densa columna de humo cubría el cielo y los incendios iban terminando la obra de los hombres. La iglesia no fue lugar seguro para que se detuviera la furia de aquellos demonios vomitados por el infierno que eran “los libertadores y compatriotas de aquellos miserables. Es decir, no eran únicamente los chilenos de Carrera los vándalos inhumanos y desmoralizados”.

Contrastando con tanto desmán, hubo una nota caballerisca que pinta a lo vivo el modo de ser del jefe vencedor: caballero al estilo antiguo, rindió el airón de su yelmo ante la esposa del vencido, y por su orden el general don Hilarión de la Quintana envió a uno de sus ayudantes a darle protección, al tiempo que le llevaba como mensaje de paz “que aquélla no era guerra para damas”. Prisionera de Dorrego, se le trató con todo el respeto que merecía su sexo, y el coronel argentino, que fuera amigo de la familia Carrera en Chile al comenzar la revolución emancipadora, la hizo escoltar hasta el campamento de su esposo, al otro lado del Arroyo del Medio, en el Estero de Pavón.

La sorpresa de San Nicolás aniquiló al ejército restaurador y colocó a López en difícil situación frente a

los vencedores. Su cólera estalló y se descargó contra el infeliz general Alvear, disponiendo que fuera pasado por las armas. Trabajo costó a don José Miguel Carrera arrancarlo del patíbulo, y el futuro vencedor de Ituzaingó salió del campamento en un bote que lo llevó por el Paraná, camino de Montevideo, a colocarse de nuevo al abrigo de la bandera portuguesa.

Frente a López, Dorrego trató de renovar su política para destruir sus fuerzas y mañosamente propuso una entrevista. El Cabildo de Buenos Aires, satisfecho con la victoria de San Nicolás, exigía la destitución de López y la entrega de Carrera y Alvear.~ Dorrego no quiso insinuar lo primero, convencido de que el gobernador de Santa Fe lo rechazaría, dando por terminada toda negociación, y prefirió llevar las cosas por un camino más suave. La última sí que la hizo pesar, y como no viera decidido a López a traicionar a su amigo, se resignó a continuar la guerra. Por sorpresa cruzó el Arroyo del Medio y el 12 de agosto derrotó a su adversario en Pavón.

La victoria movió a Dorrego a hacer nuevas proposiciones de paz, manteniendo como condición ineludible la salida de Carrera del país. En carta de 14 de agosto decía al general López: Penétrese US. de la necesidad de que don José Miguel Carrera salga del país y quede inhabilitado por Tratado Secreto de obtener cargo un empleo político en ambos territorios. Es la manzana de la discordia. Esto exijo a US. como base y como el paso más aparente para llegar al advenimiento.

López contestó evasivamente, en nota redactada por don José Miguel Carrera, a las proposiciones de Dorrego, en vista de lo cual el gobernador de Buenos Aires determinó continuar la guerra hasta el fin.' Contrarios a la invasión de Santa Fe, se le separaron el general Martín Rodríguez y el comandante Juan Manuel de Rosas; pero el gobernador, confiado en su buena estrella y envane

cido por sus triunfos de San Nicolás y Pavón, continuó su avance.

El gobernador de Santa Fe, secundado activamente por Carrera, llamó a sus milicias y a los indios de la frontera del Chaco, “respondiendo todos con decisión a su llamamiento”. En poco tiempo reunió más de mil hombres, con los que marchó al encuentro de Dorrego. Carrera, seguido por unos 200 soldados, restos de su numerosa división, cruzó el río Carcarañá y fue a situar-se en Las Barrancas, próximo al Rincón de la Gorondona.

El 31 de agosto la suerte volvía a sonreír a los federales y batían al comandante José Obando, “santafecino decidido por la causa de Buenos Aires y enemigo irreconciliable de López”, en el Pergamino. En conocimiento Dorrego del desastre de su subalterno, marchó contra los vencedores y el encuentro tuvo lugar en los campos de Gamonal, el 2 de septiembre. La derrota de Dorrego fue completa. Benavente y sus chilenos se batieron valerosamente, haciendo honor a la bizarría con que Dorrego se expuso en el campo de batalla. La persecución fue implacable y alentada por el recuerdo de San Nicolás y Pavón. Más de 300 porteños sucumbieron a la furia de los - sables y lanzas federales y el gobernador escapó casi solo del desastre. La retirada se hizo juntando a algunos dispersos y revivió los horrores del avance, pues los porteños regresaron su ciudad llevándose cuanto encontraron a su paso: cargados de patos, pavos, gallinas; el uno con una lengua de buey o de vaca en los tientos, el otro con un sobrecostillar con cuero, aquél con una picana, etc.” “Se repetía el saqueo. Los partidos de San Vicente Lobos, Monte y Ranchos han sido arrasados”, escribía Rosas.

La victoria de López fue el desprestigio de Dorrego y el 26 de septiembre la Junta de Representantes elegía gobernador de Buenos Aires al. general don Martín Rodríguez “con el propósito de evitar una nueva guerra

sangrienta con López y para que celebrara un tratado amistoso con los caudillos del litoral”.

El 19 de octubre la guarnición de Buenos Aires se amotinaba con el coronel Pagola a la cabeza. Rodríguez corre a la campiña en busca de tropas y allí encuentra al comandante don Juan Manuel de Rosas, el futuro tirano, “que marcha a la ciudad desde Santa Catalina, al frente de mil hombres perfectamente equipados; montados y mantenidos a su costa. Los insurrectos mandados por Pagola y Quintana, se concentraron en trincheras y cantones en la plaza de la Victoria y sus alrededores. Después de mediaciones entre los beligerantes, conferencias, idas y venidas de emisarios, la Junta de Representantes, reunida en el convento de las capuchinas de San Juan, ratificó en el general Rodríguez el nombramiento de gobernador, acordando una amnistía general”.

“El día 5 de octubre los rebeldes desconocieron la resolución de la Junta y la autoridad del gobernador Rodríguez, lo que decidió a éste a ordenar al comandante Rosas que sometiera por la fuerza a los amotinados. Se llevó a cabo el sangriento ataque, con tanto empuje por parte de los colorados, que los insurgentes quedaron vencidos” y “todos revueltos se mataban unos a otros sin compasión. Muchos de los facciosos ocultos detrás de los pilares de la recova nueva prefirieron morir a rendirse. Porción de heridos yacían en las calzadas esperando su turno de las camillas para ser llevados a los hospitales, o el de morir allí sin socorro. En uno de los costados de la pirámide de Mayo se veía una dolorosa pila de cadáveres, horrible testimonio de la bárbara matanza producida por la lucha”.

La acción colocaba a Rosas en el primer plano de la escena argentina. La cabeza del monstruo asomaba entre sangre derramada por sus colorados y que luego haría más siniestra la mazorca. Pero en ese momento, y con razón, Rosas era el héroe de la jornada y fray Cayetano

Rodríguez dedicaba un soneto a “Los Colorados”, en cuyo final se leía:

Grabad por siempre en vuestros corazones de
Rosas la memoria y la grandeza, pues restaurado
el orden os avisa que la Provincia y sus
instituciones salvas serán: la ley es vuestra
empresa, la bella libertad vuestra divisa.

No iban a tener necesidad de sonetos los argentinos para recordar a Rosas y sus colorados; los muertos a cuchillo mellado por la nuca en el cuartel del siniestro comandante Ciriaco Cuitiño, o el bárbaro Santa Coloma con sus mazorqueros; la pirámide de cráneos unitarios y los gemidos de miles de víctimas fusiladas por “salvajes unitarios”, grabaron el mejor recuerdo de lo que vale la libertad cuando se pierde por la opresión de la ensangrentada mano de un tirano. Rosas fue un producto de la anarquía que preparó y desató don José Miguel Carrera, como el federalismo fue impulsado por el chileno hasta triunfar en el Tratado del Pilar.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, don José Miguel trataba con empeño de inducir a López a una nueva invasión de la provincia de Buenos Aires. Pero el gobernador de Santa Fe se contentaba con asolar las estancias del norte de la provincia, mientras Carrera hacía otro tanto en las inmediaciones. Inútil fue el empeño del chileno para sacar partido de la revolución en que estaba envuelto el bando porteño: “López rechazó tenazmente la indicación; empezaba a mirar con celos la superioridad de don José Miguel; y, además, había prestado oídos a las proposiciones de los agentes del general Rodríguez, gobernador de Buenos Aires. No pensaba ya López en hostilizar la capital, sino en desligarse de su asociado”.

No le iba mejor a Carrera con el gobernador de Córdoba, general Bustos, que rechazaba sus emisarios

y se declaraba en su contra, haciendo lo propio los gobernadores del Tucumán y Cuyo. Cansados todos de tantos males como trajo la anarquía, aspiraban a volver a la normalidad y terminar con el vandalismo y sus desmanes. La tranquilidad que los pueblos reclamaban para su progreso se volvía contra don José Miguel.; y la soledad y el abandono iban a ser sus compañeros. Ramírez, su fiel aliado, estaba envuelto en guerra contra Artigas y el caudaloso Paraná y muchas leguas de terreno los separaban.

Su estrella comenzaba a declinar y no brillaría con el fulgor de antes sino ocasionalmente...

TRAICIÓN DE LÓPEZ —MARCHA A LAS TOLDERÍAS

El afianzamiento del general don Martín Rodríguez en la gobernación de Buenos Aires iba a ser de fatales consecuencias para el chileno. Con inteligencia y astucia, el porteño buscó el acercamiento definitivo con el gobernador de Santa Fe, que éste aceptó. López necesitaba regresar a su provincia para poner en orden sus finanzas y contener las depredaciones que realizaban en el norte los indios del Chaco. Inteligente para captar la situación favorable que se le presentaba, no la desperdició. Vencedor en Gamonal, renunciaba a los derechos del triunfo para transformarse en un colaborador de la paz, haciendo, de esta manera, olvidar los odios que sus actuaciones pasadas suscitaron. “Por este medio se proponía asegurarse su gobierno, sacrificando a su aliado Carrera, que ya era para él un estorbo, y obtener a la vez algunos recursos de Buenos Aires; emanciparse de la dominación de Ramírez y aliarse con Bustos que hacía tiempo lo trabajaba en el sentido de separar su causa de la de los caudillos del litoral”.

La superior inteligencia de Carrera terminó por causar recelo a aquellos hombres de escasa cultura, pero

de enormes ambiciones. Mirado desde el punto de vista nacional, el general López es digno de elogio, pues tomaba la resolución que como argentino convenía a su país. Para los mandatarios de Buenos Aires la presencia de Carrera cerca de los caudillos era prenda segura de una nueva revuelta, y es natural que trataran por todos los medios de alejarlo para alcanzar la paz. El general Rodríguez así lo comprendió, como antes lo hiciera el Cabildo al entenderse con el gobernador de Santa Fe.

Don José Miguel Carrera, después del Tratado del Pilar, no supo sacar partido de su situación: se empeñó en la amistad -con Alvear, y por esa lealtad al amigo y compañero de armas de España, por cuya causa sufrió el desastre de San Nicolás, destruyó su prestigio y se hizo intolerable al pueblo de Buenos Aires. Don Miguel Zañartu lo adivinó y vio allí la mejor forma de atacarlo.

Desde Chile, San Martín y O'Higgins minaron su posición en las provincias argentinas cercanas a la frontera, y, desaparecido su brillante ejército restaurador, no fue raro verlo caer frente a sus adversarios, traicionado por los mismos a quienes ayudó a encumbrarse. Cuando Rodríguez y López llegaban a entenderse, sus fuerzas no sumaban más de 200 hombres, que les seguían por el incentivo del pillaje o el temor que su pasado les causaba en caso de caer en manos de las autoridades porteñas. Poco podía esperar de tan escaso número cuando se comenzaban a juntar nubes en ese cargado cielo para precipitar sobre él la furia de la tempestad.

En su campamento de Rosario, supo el entendimiento de los mandatarios de Buenos Aires y Santa Fe. Sus espías lo mantenían informado de las ocurrencias, y conoció a tiempo los pasos que se daban para la firma de un tratado de paz, en la estancia de don Tiburcio Benegas, situada en el límite de las dos provincias y junto al Arroyo del Medio.

“La tramitación de la paz escollaba en un obstáculo que parecía insalvable: el gobierno de Santa Fe exigía una indemnización en ganado, que Rosas había prometido confidencialmente a López, considerándola conve-

niente para la mayor unión de ambos pueblos, y que el de Buenos Aires rechazaba por juzgar que tal requerimiento era humillante para los porteños”. Rosas se ofreció para entregar de sus haciendas el ganado; “López aceptó inmediatamente la garantía personal de Rosas, y el tratado de amistad y unión con Santa Fe se firmó sin aludir a indemnización alguna el día 24 de noviembre de 1820”.’ Lo que tampoco se colocó fue que “López, al fin, tuvo que traicionar a Carrera”² y “en el tratado secreto que hizo con el general Rodríguez, estipuló la ruina de su antiguo y fiel aliado”. “En esta forma, el noble y generoso José Miguel Carrera, que tantos servicios había hecho al mulato López, fue traicionado por éste”

El tratado de Benegas sancionaba la ruina de Carrera, y López no se hizo esperar para poner en ejecución la pactado. Don José Miguel presintió el futuro y se preparó a hacerle frente. A mediados de octubre cruzó el río Paraná y se presentó en casa de su esposa para ver sus seres queridos. Inútiles fueron los ruegos de doña Mercedes para retenerlo en el hogar. El hado había dispuesto que marchara errante por las pampas, hasta encontrar reposo junto a esos hermanos a los que tanto amó y que las pasiones de los hombres y la injusticia le arrebataron en Mendoza. Repasó el Paraná y el 19 de octubre escribió desde su campamento: Yo no estoy tranquilo cuando te dejo; pero la necesidad aconseja lo que hago. No quise despedirme de mis hijitos. Hazles cariño por mí.

El gran río quedaba a las espaldas del caudillo; frente a él, la pampa y sus adversarios buscando la manera de atraparlo. Zañartu, su implacable enemigo, había penetrado en el seno de sus hombres mediante el soborno y preparaba la herramienta de la insubordinación. Entre los soldados que han quedado a ese malvado después del

suceso de San Nicolás —escribía a O'Higgins el 18 de diciembre— todavía le acompañan tres individuos que llevan en cifras credenciales más para V. Dos de ellos valdivianos, un sargento Arriaga y un compadre suyo, cuyo nombre no recuerdo. El primero me había ofrecido en los días en que me botaron a Montevideo aprovecharse del ascendiente que tenía sobre los soldados de Carrera para formarle una revolución y librar a la humanidad de semejante monstruo, añadiéndome que, si no podía verificarlo en esta provincia, trataría de ganarle su confianza para darle el golpe cuando le fuese posible. Yo le adelanté dos onzas con este objeto y a su compañero recuerdo di doce pesos, ofreciéndole al primero, a más de gratificaciones pecuniarias, el grado de teniente y que fijaría su residencia en Valdivia, según lo pedía.

El instinto de Carrera lo hizo presentir la traición que iba incubada en el seno de su gente, y desde que abandonó el campamento de Rosario se le observó rondar sobresaltado sus tiendas y velar hasta avanzadas horas de la noche, para recogerse al lecho cuando el sueño lo había rendido.

Al corriente de la actividad de López, apura su partida. Al caer la noche del 26 de noviembre escribe por última vez a su esposa: Voy a marchar, mi amada Mercedes. Jordán se ha fijado en ir al pueblo y allá fue, y quizás no lo aguardo, ni a los amigos si no llegan muy pronto. Todos mis papeles manuscritos guárdalos bien; esconde el vestuario si puedes; ten mucha política; manda entregar a López la inclusa; saluda a mi nombre a todos mis amigos y conocidos; ajusta una cuentecita pendiente con don Juan Antonio; cuida tus bueyes que están gordos y deben servirte.

Consérvate, no te agites; que mande 4 compadre a colocar este ganado; caricias a mis chiquitas y recibe el corazón de tu eterno amante. José Miguel.

Doña Mercedes quedaba esperando su quinto hijo. Su porvenir era la soledad y las lágrimas.

Mientras huye traicionado por su aliado de ayer, éste escribe, el mismo día, al gobernador de Cuyo, don Tomás Godoy Cruz, desde Rosario:

Cuando tenía tomadas las medidas conducentes al logro de impedir que don José Miguel Carrera dirigiese su corta. división a los objetos particulares de sus miras, en perjuicio de la general tranquilidad de las provincias, después de haber sellado una paz firme con Buenos Aires el 24 del presente, he tenido el sinsabor de haber sabido en este momento su fuga con dirección a Melincué, según presumimos, unidos con algunos indios que. habían llegado a su campamento, distante legua y media de este punto. La tropa con que yo contaba se hallaba a casi cinco leguas por la falta de caballadas, lo que; acaso presintió por algún conducto que ignoro, y estimuló su precipitada partida. He creído de mi deber comunicarlo al señor general don Martín Rodríguez y por éste a US. para que tomen las medidas que convengan a evitar cualquiera sorpresa a que pueda arrastrarle su cuasi desesperado predicamento.

Tras este oficio vuela otro firmado por el ministro Zañartu: El infame Carrera, cuya alma negra no se ha saciado de derramar la inocente sangre de estos pueblos, toma ahora el rumbo para esa provincia con el destino, si puede envolverla en los mismos males que su perfidia ha ocasionado en las de Buenos Aires y Santa Fe. La fuerza que lo acompaña es sólo la de 100 bandoleros cobardes que lo desamparán al primer amago de peligro. El va huyendo del castigo que le tenían preparado todos los amantes del orden.

La ruta que lleva es la de Melincué. Probablemente después de saquear esa población, si llega a sorprenderla, se dirigirá al sur de Chile.

El castigo que le tenían preparado “los amantes del’ orden” era sin dudas el patíbulo, y cuando don José Miguel se sustraía a él, sus adversarios rompían sus vestiduras y echaban sobre sus cabezas cenizas de dolor ...

...Vae victis...

Una última carta dejó escrita para que fuera entregada al general López, y seguido de sus soldados se internó en la inmensidad de la pampa...

VI

EL PICHI REY

El nombre de Carrera había traspasado las barreras de Buenos Aires y llegado hasta las tolderías de los indígenas. Así fue como mientras el gobernador Martín Rodríguez buscaba afanosamente su alianza, ellos se presentaban en Rosario e iban a ofrecer al chileno su amistad y apoyo.

Era el momento de aprovechar su alianza para refugiarse con los ranqueles en sus tolderías. Allí vivía un antiguo capitán de indios llamado Gúelmo, que habitó en Chile en la época del mando de don José Miguel Carrera y fue quien indujo a sus compatriotas a remitirle una embajada que integraban el cacique Ancalifá y algunos capitanejos. Esta representación llegó al campamento de Rosario el 18 de noviembre y el general la entretuvo hasta esperar el resultado de las gestiones de paz que se realizaban en Buenos Aires y Santa Fe, en la esperanza que tendría éxito con López y este caudillo no firmaría el tratado, pero, como hemos visto, los gobernadores estaban cansados de anarquía y deseaban poner orden en sus asuntos particulares y los de sus provincias, gozando en calma los despojos que su ambición y la fuerza les habían entregado. El general Rodríguez captó el momento y, con diplomacia, removió el obstáculo que representaba el proscrito, haciéndolo aparecer intruso en los intereses de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En esta forma Carrera estaba perdido y no tenía más que dos caminos a elegir: marchar a Entre Ríos para reunirse de nuevo con Ramírez o internarse en la pampa para buscar en la unión con los indios el camino de Chile. Optó por lo segundo.

Comienza a amanecer sobre la pampa el 27 de noviembre de 1820. Una claridad opalescente se divisa hacia el este y la brisa de la mañana empuja hacia el inte-

rior los humos que despiden los fuegos medio apagados del campamento de los fugitivos de Rosario. El toque de diana se esparce alegre en la semiclaridad y los hombres hacen sus preparativos para la marcha que dirigen los indios amigos y que tendrá como fin las tolderías de las tribus.

“El indio pampa, conocido bajo el nombre de raza de ranqueles, huilliches, puelches y aucas, según la localidad en que habitan de preferencia o el agrupamiento de las tribus, ocupa, se puede decir, una categoría intermedia entre la bestia feroz y el ser humano. De éste sólo tiene la figura y los sentidos; pero sus instintos, sus hábitos, sus facultades predominantes son puramente animales y eminentemente feroces. Atendidas su fisiología moral y sus costumbres y necesidades locales, los pampas se presentan como un eslabón de carne humana entre el tigre, a que continuo dan caza, y el potro salvaje, sobre cuyos lomos nacen; viven después nómades y mueren, las más veces, en sus guerras. Existen sólo para alimentarse con sangre y para verterla a torrentes. Apenas sueltan el seno de sus madres, ponen los labios en las venas abiertas de los potros que degüellan en sus sacrificios o para sus festines.” “Era imposible sujetar tan sangrientas fieras. Una vez que se les descubrían los puntos desguarnecidos o abiertos; se lanzaban sobre las aldeas fronterizas, asesinando a sangre fría a los indefensos y desprevenidos habitantes y arrebatando las mujeres y niños para llevarlos a. una esclavitud de la más horrible especie”.

En medio de estos salvajes iba el proscrito a buscar su último refugio para encontrar la tranquilidad que los hombres le negaban. Le seguía una abigarrada turba de soldados de varias naciones y veteranos de guerras del imperio y de América. Oficiales voluntarios que le acompañaban seducidos por sus cualidades personales y aventureros dispuestos a caer sobre la propiedad ajena para saquearla, componían la montonera que reemplazaba al ejército restaurador.

La marcha a través del desierto duraba ya cuatro días, alimentándose los viajeros de huevos de avestruces, patos y otras aves que se encontraban. De éstos, muchos estaban descompuestos, pero la necesidad los hacía comerlos. La soledad reinaba; a lo lejos solían divisarse manadas de guanacos que se perdían velozmente, y los esperados aliados no aparecían por parte alguna.

En la noche del 30 de noviembre el campamento se animó con algunas ceremonias celebradas por los indios acompañantes, destinadas a que los adivinos y hechiceros rectificaran la ruta hasta encontrar a sus caciques. Terminados los ritos, fueron hasta la tienda de Carrera y anunciaron que antes del mediodía siguiente llegarían al campamento de los ranqueles. En efecto, a media mañana los viajeros avistaban la columna indígena y por ambos campos se enviaban algunas guerrillas a reconocerse. “No tardó mucho en aparecer sobre el horizonte el grueso de la indiada y avanzaron desplegados en línea.” Una diputación con algunos intérpretes llegó hasta el general y luego los hombres de Carrera ampliaron su frente, quedando los oficiales delante. “Los indios iban desnudos, si exceptuamos la cintura, donde llevaban una pieza triangular de cuero de oveja, curtido, guarnecida con flecos de plata. Llevaban el pelo largo y arreglado de manera uniforme; caído sobre la frente y las orejas, recogido luego hacia arriba en todo el contorno de la cabeza y atados sus extremos con un cintillo que ellos usan para este objeto. Mantenían empuñadas perpendicularmente sus lanzas, largas, de catorce pies; los caballos eran excelentes y cubiertos de fantásticos arreos; la línea que formaban, correcta.”

La ceremonia de alianza comenzó al momento y ambas líneas avanzaron al trote “y al aproximarse se lanzaron al galope una contra otra, como en una carga. Los indios colocaron sus lanzas en posición de ataque y a medida que avanzaban prorrumpieron en espantosa gritería” que hizo dudar a Carrera y los suyos si acaso aquello no sería una celada para destruirlos en medio de la pampa.

Cincuenta pasos antes de chocar las líneas hicieron alto envueltas por un torbellino de polvo y se saludaron

rodeándose, por tres veces cada una, al galope de sus caballos. Luego los caciques se reunieron con Carrera y sus oficiales y después de una larga y monótona arenga que nadie entendió se estrecharon las manos en señal de alianza. La marcha continuó y al mediodía del 19 de diciembre llegaban al campamento para ser agasajados por sus anfitriones.

Los indios marchaban resueltos al ataque del pueblo-El Salto, fuerte construido en épocas de conquista por los españoles y que servía de avanzada al ejército de Buenos Aires para prevenir los malones y correrías. Poblado por unas 1.500 almas, entre las cuales se contaban 40 soldados, Carrera podía repetir con amargura sus palabras dirigidas a don Juan Antonio García: “Soy víctima de mi constante carácter, de mi patriotismo. Yo veré cosas que partan mi corazón y que despedacen mis sentimientos humanos; pero no oiré decir a mis compatriotas y amigos que dejé de dar un solo paso que condujere a sacarlos de la ignominiosa esclavitud a que los ha reducido la ambición de un infame tiranuelo”.

Era la realidad: iba a ver cosas que partieran su corazón y de las cuales no podía sustraerse en aquellos difíciles momentos. 2.000 guerreros ranqueles rodeaban sus 150 soldados, de modo que era imperioso marchar con ellos hacia la frontera de Buenos Aires. Entonces escribe a su eterna confidente, su esposa: Ayer a las doce de la mañana llegué al campo de los indios, compuesto como de 2.000, enteramente resueltos a avanzar a las guardias de Buenos Aires para saquearías, quemarías, tomar las familias y arrear las haciendas. ¡Doloroso paso! En mi situación no puedo prescindir de acompañarlos al Salto, que será atacado al amanecer. De allí volveremos para seguir a los toldos, en donde estableceré mi cuartel para dirigir mis operaciones como más convenga. El paso de mañana me consterna y más que todo que se sepa que yo voy, pero atribúyase por los imparciales a la cruel persecución del infame complot.

Regalados por los indios con caballos, ponchos y otros atavíos, los soldados pasaron el día 1º en el campamento ranquel, mientras todos se preparaban a marchar al

ataque del desdichado pueblo. El deseo de Carrera era arrear algunos animales para tener subsistencias en la jornada que luego emprendería a los toldos de los indios, y el de sus aliados, saquear El Salto y apoderarse del más preciado botín que el indígena encontraba en sus malones: las mujeres blancas.

Al amanecer del 3 de diciembre el pánico se apoderaba de los habitantes. ¡ Los indios..., los indios....!, era el grito general. Los hombres acudieron a defender la plaza, mientras las mujeres y los niños se refugiaban en la iglesia. De poco valió la resistencia. Los montoneros atropellaron a cuanto se les puso por delante y comenzaron el saqueo, mientras los indios echaban abajo las puertas del templo e irrumpían en él “posesionándose de todo: mujeres jóvenes y ancianas, niños, vasos sagrados; ni las imágenes de los santos escaparon. Un cacique se sintió atraído por la imagen de la Virgen, ricamente ataviada, y la arrebató apresuradamente, llevándosela. Hasta que estuvo en la calle no advirtió que su presa era un objeto inanimado y que se había engañado con la brillante apariencia de la efigie. Ya no le quedaba otro botín mejor y la despojó entonces de sus vestiduras, telas y ornamentos, arrojando el armazón con ademán de despecho y enojo”. La escena fue horrible y propia de los desmanes que se cometían en aquellos tiempos de barbarie y crueldad. Se repetía aquí la escena de San Nicolás y las que tuvieron lugar en la Banda Oriental años antes. Por desgracia, no era más que la represalia de los indios en contra de los porteños que asolaban sus campos al sur de Buenos Aires, dando muerte a cuanto ser caía en sus manos y convirtiendo sus tierras en desiertos de cenizas y ruinas. Estas escenas fueron comunes en la pampa, como veremos luego.

Carrera tuvo que dejar hacer. Sus soldados ya no eran los hombres a quienes sujeta el sentimiento de la disciplina o la piedad. Ahora estaban adentrados en la vida salvaje del desierto, junto a los indios ranqueles y pampas que eran sus aliados y cómplices. Casi todos esos soldados eran chilenos y estaban al tanto del sentimiento de aversión que había para con ellos en la capital argentina. Sabían de sobra que nada salvaría sus cabe-

zas si llegaban a caer en manos enemigas, y eran testigos presenciales de los horrores que los soldados porteños y santafecinos habían cometido en las propiedades y haciendas de sus connacionales durante la tristemente célebre campaña de los caudillos de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba. El general chileno sólo pudo mitigar en parte lo que la fatalidad había consumado, y amenazando a uno, halagando a otro, comprando a un tercero, alivió la suerte de muchos desdichados e hizo menos dolorosa la tragedia. Sus oficiales lo imitaron, y a costa de sus capas, casacas y armas dieron libertad a muchas cautivas y las restituyeron al seno del hogar. La tragedia quedaba dolorosamente prendida en la pampa y luego iba a tener horribles repercusiones.

Como un eco inmenso surgido del fondo del drama, llegó hasta Buenos Aires la toma de El Salto por Carrera y los indios y abrió los diques de la indignación contra el chileno. El gobernador Martín Rodríguez lanzó una proclama que se publicó el 6 de diciembre en la Gaceta de Buenos Aires. Ved mis compatriotas —decía— los últimos y extremos excesos que acaba de cometer el horrible monstruo que abortó la América por su des gra..... José Miguel Carrera, ese hombre depravado, ese genio del mal, esa furia bostezada por el infierno mismo es el autor de tamaños desastres... Bárbaro, cien veces más bárbaro y ferino que los salvajes errantes del sur, a quienes se ha asociado, acaba de invadir el pacifico pueblo de El Salto, en la forma inhumana y sacrílega que habéis oído; y tengo por otros conductos noticias fidedignas que hizo romper a punta de hacha las puertas de la iglesia, en que se habían refugiado todas las familias indefensas, haciéndolas arrancar con la osada mano de esos caribes del pie de los altares, sin que valiesen sus lágrimas y sus Yo marchó, compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad... Yo juro al Dios que adoro perseguir a ese tigre y vengar a la religión que ha profanado, a la patria que ha ofendido, a la naturaleza que ha ultrajado con sus crímenes...

La expulsión de cuanto amigo tenía Carrera en la ciudad no se hizo esperar. Doña Javiera tuvo que salir

inmediatamente a Montevideo y con ella el canónigo Tollo, Camilo Henríquez, Gandarillas, Benavente y muchos otros. Buenos Aires no quería oír el nombre de Carrera sino para conocer su muerte.

¿QUIEN DESTRUYO EL PUEBLO DEL SALTO EN 1820?

Cuando se lee la historia de las guerras civiles argentinas, acaecidas entre los años 1814 y 1821, el lector que desconoce o conoce a medias la historia de esa época, termina angustiado ante la terrible barbarie que ellas encierran y al ver mezclado allí el nombre del general José Miguel Carrera y su actuación en la toma y destrucción del Salto, pintados por historiadores transandinos con la más negra tinta, siente rechazo hacia la persona del prócer nacional y acepta como una reparación justiciera su sacrificio en Mendoza.

Pero en honor a la verdad, que tarda pero llega en todos los acontecimientos humanos, los documentos que hoy ven la luz, emergiendo del fondo del pasado, contradicen lo que en esa época se escribió sobre la acción llevada a cabo al amanecer del 8 de diciembre de 1820 por los soldados que seguían a don José Miguel Carrera ~¿ los 2. 000 indios ranqueles de la región SO. de Buenos Aires. El saqueo del Salto al amanecer del día señalado fue una realidad, pero la- masacre y destrucción total que se mencionan en el parte del “jefe interino de la sección del centro de campaña” y cuya fecha parte por ser errada, pues, lleva el día 2 cuando nada habla ocurrido, deja una razonable duda de que los sucesos están tergiversados y falseada con deliberación la realidad. Veamos por qué.

Cuando se celebró el Tratado de Benegas, firmado entre el nuevo Gobernador de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, y el Gobernador de Santa Fe, general Estanislao López, se estipulaba la entrega, por este último, de la persona de don José Miguel Carrera a las autoridades porteñas como un medio de terminar con la anarquía, ya que se reputaba la persona del chileno, decisi-

va en la efervescencia política reinante. Así López traicionaba a su aliado de ayer y éste al saberlo decidió buscar refugio en las pampas del sur “escapando del castigo que le tenían preparado los amantes del orden”. Tal resolución fue el resultado de la invitación que le extendieran los indios, ranqueles del SO. para que se refugiara en sus tolderías y que tenía como mentor al cacique Guelmo, hombre que había vivido en Chile cuando don José Miguel Carrera gobernaba a este país. Carrera aceptó como único medio de salvar su vida y las de sus soldados, a quienes el gobierno de Buenos Aires habría recluido en las cárceles o exterminado, de acuerdo a la costumbre de la época, al tenerlos en sus manos.

El mismo Carrera nos ha dejado en una carta escrita a López las razones por las cuales huye hacia el sur y que contradice lo que se ha escrito por don Vicente Fidel López, y don Julio César Raffo de la Rcta y otros historiadores argentinos y chilenos, que hubiera sido el propio López quien le avisó que emprendiera la fuga.. La verdad comienza a aflorar a la distancia: López traicionó a Carrera, aceptando entregarlo a sus adversarios, como dice el historiador Del Real en su Historia de Argentina, pero debemos ser justos para reconocer que el santafecino obraba conforme a los intereses de su nación, pues Carrera representaba, sin dudas, “la manzana de la discordia”, como escribió el coronel don Manuel Dorrego; pero también debemos reconocer que éste era el fruto que se recogía en Buenos Aires como resultado de la implacable persecución a que lo sometió la Logia Lautarina a inspiración de sus más destacados personeros, entre los cuales San Martín y Pueyrredón no fueron, ni con mucho, ajenos.

La toma del Salto y su saqueo por las fuerzas de Carrera y los indios aconteció al amanecer del día 8 de diciembre de 1820 y, terminado el acto, todos emprendieron su marcha hacia las tolderías, que se suponen cercanas al Río Colorado. No regresaron al sitio del suceso, ansiosos, como estaban, de poner espacio entre ellos y sus posibles perseguidores de Buenos Aires. Pues bien el parte oficial, fechado el día 2, antes de los sucesos, del jefe interino de la Sección del Centro de campaña,

Manuel Correa, dirigido al Inspector Brigadier General don José Rondeau, desde la Guardia de Luján, establece:

“Han llevado sobre trescientas almas de mujeres, criaturas que sacándolas de la Iglesia, robando todos los vasos sagrados, sin respetar el copón con las formas consagradas, ni dejarles como pitar un cigarro en todo el pueblo, incendiando muchas casas, y luego se retiraron tomando el camino de la guardia de Roxas; PERO YA SE DICE QUE ANOCHE HAN VUELTO A ENTRAR AL SALTO. Es cuanto tengo que informar a V.S. previniéndole, que dice, que es tanto la hacienda que llevan, que todos ellos no son capaces de arrearía... “(sid). (En cursiva altas es del articulista).

Estos hechos los había sabido el señor Manuel Correa por oficio del Comandante del Fuerte de Areco, don Hipólito Delgada, y a quien se los hablan expuesto el cura del Salto don Manuel Cabral, don Blas Represa, don Manuel Macarucci, don Diego Barruti, don Pedro Canose y otros vecinos de la localidad atacada.

Lo primero que salta a la vista es que la fecha del parte es falsa, ya que el día los hechos no habían ocurrido y como el Fuerte de Areco se encuentra distante muchos kilómetros del Salto y separado de Luján por otros tantos, es imposible que lo acaecido se conociera inmediatamente, pues se supone que es preciso hacer el trayecto a lomo de caballo o a pie si los montoneros no “dejaron a los vecinos ni para pitar un cigarro” y milagro habría sido que a estos mensajeros de la noticia se les hubiera permitido conservar sus bestias para que fueran rápidamente a poner los hechos en conocimiento de las autoridades encargadas de sancionarlos. En segundo lugar se expresa: “pero ya se dice que anoche han vuelto a entrar al Salto... “, ¿ qué velocidad dé información..., ya que tal entrada debió efectuarse la noche del 3 o del 4 y en esos momentos Carrera y los indios marchaban hacia el sur. (Ver Raffo de la Reta.. El general José Miguel Carrera en la Argentina, págs. 413 y 414. Librería y Editorial La Facultad. 1935).

Pero hay más: El Gobernador de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, lanza su vibrante proclama en contra de “José Miguel Carrera, ese hombre depravado,

ese genio del mal, esa furia bostezada por el infierno mismo, es el autor de tamaños desastres” y la fecha el día 4 en Buenos Aires, distante también algunos kilómetros de Luján (págs. 414-415 y 416 de la obra de Raffo de la Reta).

¿ Qué ocurre entonces con las fechas de estas comunicaciones, informes y proclamas? ¿ Hay en ellas un error, que se estima improbable, ya que son muchos los que intervienen o sencillamente se está ocultando algo? Se está ocultando con ellos la masacre realizada por las fuerzas del propio Gobernador entre los indios de las comarcas cercanas al Salto y la destrucción que realizaron los propios habitantes de las cercanías y desmanes de las tropas porteñas, después que Carrera y sus huestes se retiraron de esta desgraciada población, llevando al extremo la desesperación de aquellos infelices.

Quien lea la historia de estos hechos narrada por la pluma de prestigiosos historiadores transandinos, como Vicente Fidel López, Mitre, Levene y otros, se da cuenta de inmediato de esta situación y de un ocultamiento de la verdad en los días que siguieron a la toma del Salto por Carrera, y al desarrollo de la campaña del general Martín Rodríguez. Esta casi no narra y tan pronto lo encontramos iniciándola, como de regreso para hacer frente a la sublevación de los indios pampas. ¿ Por qué esta sublevación? La verdad al lora de las narraciones de los contemporáneos en memorias y crónicas y allí puede el historiador de hoy desprovisto de pasión, rastrear la verdad. Ejemplo son las Memorias del general don Tomás de Iriarte, argentino, reproducidas en el Tomo 40 de la Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, págs. 5 a 78 y fechadas en Buenos Aires el 9 de Julio de 1863.

Es muy lógico por lo demás que a Carrera se le cargue la tinta y se le haga el único responsable de lo ocurrido, pero es lógico también, que quienes han escrito para desentrañar la verdad no la oculten y en esto estamos en completo desacuerdo con la forma como el señor Raffo de la Reta ha llevado el plan de su obra “El General José Miguel Carrera en la República Argentina”, ya que no es en este solo hecho donde se demuestra mala

fe, sino en muchos otros, como ser, por ejemplo, el capítulo: “Un documento acusador” págs 288 y siguientes, en que a base de un documento apócrifo, salido de la pluma de Irisarri y de la de Guido lo inculpa de traición a la causa de la Independencia y junto con Carrera al general don Carlos María de Alvear, olvidándose que éste es el vencedor de Ituzaingó.

El saqueo fue práctica corriente en las luchas de la anarquía argentina y ordenado por hombres como Rodeau o Dorrego, cuya educación era distinta a la de un Ibarra, los Reinafé o Facundo Quiroga, sobre todo este último: perverso, inculto y con un salvajismo difícil de concebir. (Véase la obra) Los Caudillos del año XX o Facundo Sarmiento. En las guerras civiles no hubo ningún respeto por la persona o la propiedad de los connacionales y los caudillos abusaron del poder que les daban las abigarradas hordas que los seguían. Nada ni nadie gozó de seguridad frente a la montonera que “era una bárbara caterva de milicias irregulares compuesta de gauchos e indios que seguían fanáticos a sus caudillos, empujados por el odio tan delirante al gobierno de la capital y a sus ejércitos regulares que dice el general Paz, “sofocó hasta el noble entusiasmo de la independencia: nadie se acordaba de los ejércitos españoles que amagaban por diferentes puntos y es seguro que se les hubiera visto penetrar, en nuestro territorio, sin que se hubiesen reconciliado los ánimos”. (Ibarguren: Juan Manuel de Rosas, pág. 84 Edición Sopena, 1988).

“El mismo general Paz, refiriéndose al valor y a la ferocidad de los montoneros, que preferían morir con las armas en la mano antes que rendirse, recuerda el siguiente episodio: “Vi un indio que habiendo perdido su caballo, había quedado de retaguardia de los nuestros cuando había pasado el momento de la carga, y que rodeado de diez o doce soldados, que le ofrecían salvarle la vida, los desafiaba con la lanza en la mano, despreciando su perdón; a alguno hubo de costarle cara su clemencia, pues el bárbaro hirió a uno de sus generosos vencedores. Este furioso no escuchaba sino su rabia y desesperación. Fue preciso matarlo como se hubiera hecho con una pantera o un tigre”

En la acción de San Nicolás, Dorrego, después de destrozar sorpresivamente” a los soldados de- Carrera, entregó la ciudad al saqueo. Dos días duró aquel horror imposible de describir, “la soldadesca iba y venía cargada de botín; cintas y encajes colgaban de la crin y de las colas de los caballos y cuarterolas y barriles con bebidas eran arrastrados de la cincha”. (J. J. Real: Historia de Argentina, Tomo 1). “La disputa de los despojos daba motivo a enconadas pendencias u los soldados se mataban en las calles a tiros y puñaladas, para hacerse dueño de lo que otro era feliz poseedor. Las mujeres huían desnudas y despavoridas de aquellos asesinos que las violaban y que con sables en una mano ú en la otra un frasco de aguardiente,. recorrían las calles de San Nicolás. Al vandalismo de Carrera seguía ahora el vandalismo de Dorrego, pues se había ensayado en la Banda Oriental y en Santa Fé años atrás. El saqueo, rasgo típico de las guerras entre señores feudales se repetía aquí con detalles”. (J. J. Real, Obra citada). Los que así actuaban eran “los libertadores y compatriotas de aquellos miserables. Es decir, no eran únicamente los chilenos de Carrera, los vándalos inhumanos y desmoralizadores’?. (Gral. Iriarte. Memorias).

No pretendemos justificar la actitud de Carrera en la acción del Salto, pero podemos repetir aquí la conocida frase: “Culpa fue de los tiempos, no de Es’pafia”, para hacer comprensible una conducta que ha sido vituperada en los términos más crudos para con los chilenos que tomaron parte en ella y los historiadores del vecino país no escatiman ningún epíteto para designarlo, siendo corriente ver escritas las palabras “bárbaros”, desalmados, asesinos”, olvidándose que muchos de los que acompañaban a Carrera eran argentinos, que no hacían más que seguir su vida de aventuras y merodeos, robando y pillando a sus connacionales.

Pero lo que llama poderosamente la atención en historiadores que se reputan serios, es la manifiesta ocultación de hechos que se producen en esta época y el deseo de tender un piadoso velo sobre la acción desarrollada por las fuerzas del Gobernador de Buenos Aires, ge-

neral Martín Rodríguez, durante la persecución de la montonera y de los indios.

Rodríguez partió de Buenos Aires hacia el SO. en persecución de Carrera tan pronto tuvo conocimiento de lo ocurrido y ello no pudo ocurrir antes del 8 de diciembre, pues hay que suponer unos cuatro días entre la llegada de la noticia desde el lugar de los hechos, a la capital, considerando una distancia entre puntos de más de cien kilómetros. Pero si ello ocurrió tal como dicen los historiadores transandinos o sea que el día 4 el Gobernador pudo partir, se da pie para creer en lo dicho por el general don Tomás de Iriarte en sus memorias. “El (Carrera) se mantuvo con su destacamento durante el saqueo a distancia del Salto, lamentando los males que no podía impedir y contribuyendo a disminuirlos con sus ruegos. Así pudo salvar muchos desgraciados del furor de los bárbaros. Pero algo más había hecho Carrera. Calculando por la dirección de marcha, que los indios se proponían caer sobre la población del Salto, y deplorando los males que preveía, para salvar la población, dio aviso anticipado a algunos de los principales vecinos, a fin de que tomasen las medidas de precaución y evitasen la catástrofe que les amenazaba. No pudo hacer más. Muchas personas que aún existen de aquel tiempo recordarán que fue público este proceder de Carrera. Dos años después del suceso, nos lo aseguró así un vecino notable”. El teniente William Yates expresa lo mismo en su obra “Un breve relato de hechos y circunstancias relacionados con la familia de los Carrera en Chile; y somero relato de la última expedición del Brigadier-general don José Miguel Carrera, su muerte, etc.” que apareció como apéndice en el Diario de Maria Graham, publicitado en Londres en 1823. Este apéndice sólo figura en la obra inglesa y fue suprimido en las traducciones en lengua española. (Prólogo de Busaniche para la edición hecha en Buenos Aires en 1941. Ediciones Argentinas SOLA), y finalmente el mismo Carrera expresa su dolor y su impotencia para impedir lo inevitable en sus cartas a su esposa de fecha 2 y 4 de diciembre de 1820. Suponiendo que lo aseverado por Iriarte y Yates y las cartas de Carrera esté destinado a disculpar en par-

te el terrible hecho, quedan en pie las fechas para inducirnos a una razonable duda sobre la veracidad con que se han narrado los acontecimientos y la comprensible parcialidad con que se ha descargado sobre el chileno toda la culpa de lo ocurrido. En tal caso, admitiendo que el Gobernador puso su máxima diligencia en el castigo, el la debió encontrarse en la zona del Salto y loor tanto con un considerable retraso respecto a su enemigo. Ahora bien, se sabe que Rodríguez no respetó el trato suscrito con los indios pampas en la Estancia de Ramos Mejía el 7 de marzo de 1820 que establecía “paz y buena armonía entre las partes contratantes”. Por el contrario: cegado por el furor que le causa lo acaecido en el Salto “em- . prendió una campaña contra los indios pampas, creyendo a éstos aliados con Carrera como lo eran los ranqueles. Las tribus pampas al ver que el propio firmante de este tratado lo violaba, e iniciaba la guerra contra ellos, traspusieron la frontera e invadieron las estancias limítrofes, arrasando ferozmente las poblaciones y robando los ganados. El resultado de la campaña fue desastroso para Rodríguez quien tuvo que retirarse derrotado por los pampas en enero de 1821”. (Ibarguren. Obra citada pág. 48). Un año después don José García, comisionado. del Gobierno de Buenos Aires para procurar la paz con los pampas escribía: “Al aproximarnos a las márgenes del aquel rio (El Salado), veíamos todo el horizonte cubierto de montes, al parecer poblaciones de labranza solamente, pues ganados no se veían por parte alguna. Un aspecto bastante triste presentaba esta campiña, aunque por todas direcciones llena de bosques de duraznos de los antiguos establecimientos. Pero muy poco tardó el desimpresionarnos de nuestra ilusión. ¡Ah. . . Al acercarnos a ellos no encontramos sino vestigios de que un día existieron. Los bárbaros en sus últimas y sangrientas incursiones asolaron todos los situados en esta parte y la otra parte del río en este partido. Al aproximarnos descubrimos las ruinas de aquellas pequeñas poblaciones de labradores que sirvieron de abrigo a su indigencia y que el fuego devorador había. consumido: sólo existían tristes y ensangrentados restos de algunos árboles, rastrojos destruidos o pequeñas sementeras, que servían de sustento a las

familias de labradores honrados que allí moraban. Descubrimos más: vimos aún sus cadáveres que servían de alimento a los pájaros ‘y fieras. Al lado de los restos de un arado cadáveres de los asesinados por los bárbaros, entre los arbustos y lagunas que la sorpresa les hacía ganar para defenderse; allí perecían, y aún más, llevando a la tumba el desconsuelo de ver arrastrados por los asesinos a su mujer e hijos, los que se libraban de ser envueltos en estas ruinas que el fuego consumía” (Ibarguren. Obra citada. pág. 51).

Al saqueo del Salto se sumó la acción de Rodríguez en su indiscriminada campada, y la destrucción de esos establecimientos y la zona no fue obra de Carrera sino de los pampas; auxiliados ahora por blancos de las inmediaciones, como se deja ver en los partes que el coronel don Cornelio Saavedra eleva a la consideración del Gobernador Rodríguez el 2 de febrero de 1821. Estos escritos dejan en claro que hubo un segundo saqueo de la infeliz población del Salto y que fue obra de gente de los alrededores, como puede verse en lo que copiamos a continuación y que corresponde al documento 127 de los “Partes de Batalla de las Guerras Civiles 1814-1821”, recopilados por don Julio Arturo Benecia y publicados por la Academia Nacional de la Historia, “Biblioteca de Publicaciones Documentales”, Tomo X - Buenos Aires, 1978. Págs. 393 - 89 y 395.

(127)

NUEVO SAQUEO DEL SALTO DESPUÉS DE RETIRARSE DEL PUEBLO,
CARRERA Y LOS INDIOS.

XII-1820

(Oficio del brigadier D. Cornelio de Saavedra al Gobernador de la provincia. Después de haberse retirado Carrera y los indios del pueblo del Salto se consumó su ruina entregándose a nuevos saqueos de los restos que habían escapado de la voracidad de aquéllos. Este saqueo fue realizado por gente de las inmediaciones y de otras

distintas. Ha pasado comunicación al comandante de la guardia del Salto para que tan pronto haya una autoridad civil en ese partido se persiga y escarmiente a los autores. Arrecife 2 de febrero de 1821).

Excmo. Señor.

A mi arribo a la guardia del Salto hoy ratificadas las noticias que anteriormente tenía del infame hecho, no sólo de muchos de aquellas inmediaciones, sino también de otras distintas que después de haberse retirado Carrera y los indios que capitaneaba con las familias que cautivaron e intereses que robaron de aquél desgraciado pueblo, consumaron su ruina entrando a nuevos saqueos de los restos que habían escapado a la voracidad de aquellos caribes, cargando estas en carretas con quanto quedó y procediendo a venderlos hasta por San Pedro y el Baradero.

Esta constancia me ha movido apasar al Comandan-te de la Guardia del Salto el oficio del 81 del pasado que en copia se acompaña a V.E. Su contenido le evacuará del objeto a que se dirige, En la duda de si corresponde o no al fuero militar el conocimiento y... tuición de este proceso, sólo me he determinado a que se me interpele por el Comandante de la autoridad civil del Juez que debe nombrarse en aquel Pueblo, invitándole a que persiga aún en ajenas jurisdicciones a los autores de tan execrable crimen, como comisionado especialmente para, esta causa por ese- Superior Gobierno.

Tengo el desconsuelo de que ni aún así tendrán cumplido efectos mis deseos porque no se me ocultan las conecciones y apatía que en lo general se observa en los jueces de la Campaña. Si V.E. tuviese a bien mandar que un oficial de inteligencia y celo se encargase de esta comisión, podría ponerse en su claro día la verdad de un hecho tan atroz y sus autores servir de escarmiento para que en lo sucesivo no se repitiese igual atentado. Sobre todo V. E. resolverá lo que tenga por más justo y conveniente.

Dios guarde a y. E. muchos años. Arrecifes y Febrero 2 de 1821.

Exmo. Señor
Cornelio de Saavedra

Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Ayres, Brigadier
Dn. Martin Rodriguez.

(Oficio de Saavedra al comandante militar de la guardia del Salto; 31 -1-1 821).

Se dice por el vecindario de ese punto con generalidad que el desgraciado suceso con los Indios y Carrera se experimentó la orenda conducta de no pocos de esas mismas inmediaciones, y aun de otras distancias de haber robado los restos que escaparon a la rapacidad de aquellos infames. Este echo tan público que se cometió a la luz del día, y que en carretas se transportaron los trastos y demás cosas robadas, no puede dejar de haber echo conocer á sus auctores: los compradores de estas especies, tampoco pueden dejar de conocer a los vendedores.

La criminalidad de este infame hecho no debe quedar impugne; sus auctores deben ser perseguidos con todo el rigor de la ley, y servir de excarmiento para en lo sucesivo no se repita.

Por esto es que ordeno a V. a nombre del Superior Gobierno de la Provincia, que luego que haya en esa Alcalde o Juez Civil que exerza jurisdicción, le interpele a fin de que por primer paso de su judicatura haga la averiguación con la mayor escrupulosidad de los executores de trangrabe atentado, obligando a los ‘compradores a la devolución de todo lo comprado, sin dejarles derecho a reclamar un sólo real del dinero que hayan dado en pena de lo mal que han comprado.

Aun cuando los compradores y ladrones sean de agena jurisdicción, deben ser perseguidos por el Juez de esa Guardia, como comisionado especialmente por mi, y con la aprobación del Superior Gobierno, a quien doy cuenta de esta resolución; V. me la dará igualmente si advirtiere en dicho Juez, poca actividad ú omisión en el esclarecimiento de tan privilegiada causa haciendo saber al vecindario de ese desgraciado Pueblo que cualquiera tiene igual facultad de delatar a los executores tan feo

crimen, como de noticiar a V. de las omisiones que adviertan en su persecución y descubrimiento reservando la comunicación de este oficio, para el nuevo Alcalde o Juez Civil, que he pedido para ese Pueblo, a quien se lo transcribirá luego que haya tomado posesión de su empleo.

Dios guarde a V. muchos años. Arrecifes y Enero 81 de 1821.

Cornelio de Saavedra - al Comandante Militar de la Guardia del Salto.

Es copia.

Saavedra.

(Carrera y los indios se apoderaron del Salto y lo saquearon el 2-8-2<11-1820).

FUENTE: Archivo General de la Nación; X-28-2-1. Guerras civiles 181 4-1 821.

Original

Estas son las comunicaciones con la ortografía que tienen en el citado texto.

El general don Bartolomé Mitre en el Tomo III de la Historia del general Belgrano, pág. 546 escribe: “Don José Miguel Carrera, con sus 120 aventureros, unido a los indios salvajes de la pampa, había invadido la frontera por aquella parte; apoderándose del pueblo del Salto; saqueando su población, incendiándolo después; “y don Julio César Raffo de la Reta, después de narrar la salida del general Rodríguez hacia el SO. y su fracaso dice:

“Pero la expedición no pudo llenar sus objetivos y su jefe tuvo que regresar a Buenos Aires, con motivo de la amenaza de Ramírez que, vencedor de Artigas, se lanzaba por tercera vez sobre la Capital del Plata. Poco tiempo después, la banda de Carrera arreaba ganados en las inmediaciones de Melincué, y asolaba las estancias de esos lugares”. (Obra citada, pág. 416).

En ambas obras la verdad está cubierta por un velo que comienza a rasgarse: Carrera tomó El Salto al amanecer del día 8 de diciembre y así lo consigna a su

esposa en carta de fecha 4, y la población fue saqueada r las turbas de aventureros e indígenas, pero no incendiada y destruida como se ha afirmado. Muchas cautivas fueron llevadas por los indios, como era la costumbre de aquellos salvajes, pero posteriormente fueron los opios habitantes de la región, y por tanto, connacionales de los asaltados, que unidos a otros indios destruyeron el pueblo y lo saquearon “llevándose en carretas” bienes de los pobladores para venderlos en la comarca. ESTA SEGUNDA PARTE ES LA QUE SE CALLA y se hace recaer sobre Carrera todo el peso de la responsabilidad. Ya hemos dicho que no justificamos en manera alguna el saqueo del infeliz pueblo, pero lo sentimos atenuado por la persecución tremendamente injusta que se sometió a Carrera en la Argentina. Su acción. resultó un producto de odio morboso que sus adversarios dispensaron a él y a su familia y, inteligente como era, aprovechó sus cualidades para ganarse las voluntades de gobernadores de Santa Fe 2/ Entre Ríos, generales Estanislao López y Francisco Ramírez y atizar la anarquía, siendo motor 2/ fuerza destructiva en la lucha de estos caudillos contra Buenos Aires.

Los Partes que reproducimos hablan por sí solos de que fueron los hechos en la realidad y nuestra conclusión no puede ser otra que la de establecer un ocultamiento de la verdad histórica y que la destrucción del pueblo del Salto no es sólo la obra de los parciales de u José Miguel Carrera, sino además contribuyeron, 2/ u mucho, los propios compatriotas de ese pueblo diseminados por los alrededores 2/ los indios Pampas, como resultado de la torpeza del general y Gobernador de Buenos Aires don Martín Rodríguez al hacer una guerra indiscriminada después de haberse firmado un convenio de Paz y amistad con los indígenas en la Estancia de Miraflores de Ramos Mejías, representando a éstos don Francisco Ramos Mejías y al gobierno, el propio general Rodríguez

Mientras se retiraba hacia el sur, el general Martín Rodríguez se ponía en campaña, para castigarlo, con una respetable división que llevaba adelantadas las fuerzas del coronel Lamadrid. Rodríguez no pudo alcanzar a los chilenos y emprendió una acción contra los indios pampas que llevó al colmo la tragedia. Estos habían suscrito un tratado de alianza con Buenos Aires el 7 de marzo de 1820, que se firmó en la estancia de Miraflores, propiedad de don Ildefonso Ramos Mejía, y ahora veían al propio firmante por Buenos Aires atacar sus aldeas y reducir a polvo y cenizas sus cosechas, dando muerte a cuanto se encontraba a su paso. En esta forma a la barbarie de los salvajes respondía la barbarie de los civilizados porteños. El alzamiento fue general. “Las tribus pampas, al ver que el propio firmante de ese tratado lo violaba e iniciaba la guerra contra ellos, traspusieron la frontera e invadieron las estancias limítrofes, arrasando ferozmente las poblaciones y robando los ganados. El resultado de la campaña fue desastroso para Rodríguez, quien tuvo que retirarse derrotado por los pampas, en enero de 1821”.

La campaña quedó arrasada, y don José Andrés García, comisionado por el gobierno de Buenos Aires, un año después, para procurar la paz, escribía: Al aproximarnos a los márgenes de aquel río (el Salado) vejamos todo el horizonte cubierto de montes, al parecer poblaciones de labranza solamente, pues ganados no se velan por parte alguna. Un aspecto bastante triste presentaba - esta -campaña, aunque por todas direcciones llena de bosques. de duraznos de los antiguos establecimientos. Pero muy poco tardó el desimpresionamos de nuestra ilusión. Al acercarnos a ellos no encontramos sino vestigios de que un día existieron. Los bárbaros en sus últimas y sangrientas incursiones, asolaron todos los situados en esta y la otra parte del río, en este partido. AL aproximarnos descubrimos las ruinas de aquellas pequeñas poblaciones de labradores que sirvieron de abrigo a su indigencia y que el fuego devorador había consumido:

sólo existían tristes y ensangrentados restos de algunos árboles, rastrojos destruidos o pequeñas sementeras quemadas, que servían de sustento a las familias de labradores honrados que allí moraban. Descubrimos más: vimos aun sus cadáveres que servían de alimento a los pájaros y fieras, al lado de los restos de un arado con el que hacían menos penosa su existencia. Por otra parte, se encontraban huesos de cadáveres de los asesinados por los bárbaros, entre los arbustos y lagunas que la sorpresa les hacía ganar para defenderse; allí perecían, y aun más, llevando a la tumba el desconsuelo de ver arrastrados por los asesinos a su mujer e hijos, lo que se libraban de ser envueltos en estas ruinas que el fuego consumía.

Era el resultado de la torpe actuación del general Rodríguez...

La ola de indignación llegó hasta Chile. Don Miguel Zañartu noticiaba O'Higgins, dándole detalles de las habladurías de corrillo de Buenos Aires, y le prevenía contra una entrada de don José Miguel Carrera por la cordillera de los Andes. El mandatario chileno tomó sus precauciones y dictó órdenes terminantes para que Freire y Prieto, que se encontraban en campaña contra Benavides, procedieran a detenerlo tan pronto pisara territorio de la República.

Continuando lá marcha hacia el sur, llegó, treinta y dos días después de la toma de El Salto, al campamento de los indios, situado en las márgenes de un gran río, que todo hace suponer era el Colorado, y fue a levantar su campamento al abrigo de sus aguas para evitar cualquier sorpresa. La posición era excelente, pero los indios le pidieron abandonarla, por cuanto la colina elegida para levantar las tiendas era habitada por innumerables "gualichos" o espíritus del mal y los cristianos "corrían serios peligros de permanecer allí". "Carrera los tranquilizó, asegurándoles que esos gualichos no tenían poder contra sus soldados y que en pocos días más los ahuyentaría de la loma. Los indios se retiraron del lugar profanado, desconfiados y temerosos por la suerte de sus aliados. Al día siguiente, muy de mañana, fueron a visitarlos y a oír ~' el relato de lo que les habría ocurrido durante la noche.

Mostráronse maravillados que los diablillos de la loma no tenían poder contra ellos. Poco a poco perdieron el miedo a aquel sitio y algunos días después sus visitas se hicieron tan frecuentes y largas “hasta poner a prueba la paciencia de aquellos desgraciados”. Había por la persona de Carrera un respeto supersticioso que éste se esmeraba en acrecentar, demostrando ante los indígenas los conocimientos del hombre civilizado y que, para estas mentes primitivas, eran signos de la divinidad. El hecho de que el general pudiera orientarse en el desierto, para lo cual usaba una pequeña brújula y un mapa, era para ellos un misterio incomprensible y muchas veces quisieron conocer su secreto, que Carrera cuidaba bien de no proporcionarles. Tal respeto hizo nacer el nombre de Pichi Rey con que lo conocieron y su lealtad para servirlo, ya que es sabido que la mala fe es clásica entre los indígenas americanos.

Algunos rumores propalados por indios aliados de Buenos Aires tuvieron a los chilenos al borde de su ruina y trabajo costó hacer entrar en razón a los amigos. Finalmente, se acordó hacer la guerra a Buenos Aires y para ello se reunieron los caciques en magna asamblea. “Empezaron por un sacrificio a su patrono y protector el Sol, antes de iniciar el consejo. Para este sacrificio los sacerdotes eligieron un potro salvaje “sin defecto” y lo amarraron con sus propias manos. El primer sacerdote abrió una herida en el costado del animal, introdujo el brazo en el cuerpo todavía vivo y le arrancó el corazón y otras entrañas. Con la sangre del corazón hizo ademán de asperjar el Sol, mientras los otros hechiceros le imitaban con la sangre del cuerpo de la víctima. Luego se comieron el corazón, el hígado, los bofes y otras entrañas humeantes. A los caciques les estaba permitido comer solamente el cuerpo del sacrificio.”

“Terminada esta ceremonia, los sacerdotes iniciaron sus augurios y profecías. Las revelaciones fueron las más halagadoras y entonces se abrió el consejo bajo los auspicios del Sol. Los indios iban desnudos, como se presentan siempre que se trata de guerra, consejos, ceremonias religiosas o ejercicios atléticos. Habían adornado como nunca sus largos cabellos con plumas blancas, colo-

radas, azules y amarillas. Llevaban las caras espantosamente pintadas de tierras negras, rojas y blancas. El cacique más viejo se sentó en el suelo de piernas cruzadas, sobre un paño preparado al efecto; el que le seguía en edad tomó asiento a su izquierda, y así sucesivamente, hasta que el más joven vino a cerrar el círculo, a la derecha del primero. El general y sus intérpretes se sentaron en el centro. Los oficiales de Carrera y los capitanejos indios formaron otro círculo en derredor y se sentaron a escuchar a aquellos turbulentos hijos de la libertad que exponían los intereses de sus representados al aire libre, y expuestos a los rayos de un sol abrasador. Una vez que todo estuvo listo, reinó un profundo silencio que rompió uno de los caciques con una arenga dirigida a los demás componentes de la Junta, para exponerles el objeto de la reunión”.

“Luego se dirigió a Carrera, para decirle que, habiéndose reunido en consejo las tribus indias, él había sido autorizado para congratular y dar la bienvenida al Pichi Rey, para informarse de su salud y de las dificultades que había encontrado en el camino, la situación del país que había dejado, las fuerzas militares de que disponían, cómo las empleaban y qué planes se proyectaban. Le pidió también una relación detallada de las ofensas recibidas. Hízole presente que, en testimonio de adhesión, se ponían todos a sus órdenes y no tenía más que encabezar las tribus para que volaran a vengar sus agravios y a empapar sus manos en sangre enemiga. Guelmo, el lenguaraz, anotó las ideas principales del cacique, y Carrera, después de examinarlas detenidamente, respondió con una arenga muy formal que el mismo Guelmo tradujo. Cuando terminaron estos primeros discursos, Carrera se dirigió a todas las tribus y les habló, agradeciéndoles la confianza que le dispensaban y las fuerzas que ponían a su disposición. Se declaró protector y enumeró las ventajas que sobrevendrían de esta unión”.

“Interpretado su discurso por el lenguaraz, se le acercaban los indios con las manos tendidas y él se las estrechaba cordialmente a cada uno”.

“Todo cuanto expusieron los caciques en un principio fue dicho por ellos en representación de sus tribus y

sólo después expresaron en nombre propio su adhesión personal al Pichí Rey, colmándolo de regalos”.

“La asamblea se suspendió por fin, y Carrera y sus oficiales se retiraron con los caciques a comer algunas reses que se habían asado para la oportunidad. A esto se sucedió una bacanal en que los indios se entregaron a sus excesos habituales, que se traducen en escandalosas borracheras. Continuó el jolgorio toda la noche entre las profecías y los cantos de los bardos y adivinos.

Durante un mes permanecieron las fuerzas acampadas en las proximidades de las tolderías y la ociosidad indujo a los soldados a continuar insubordinaciones que tuvieron que ser reprimidas en forma enérgica. La falta de pago hizo de esos hombres seres díscolos y en continua acechanza para despojar a los demás de su propiedad. El campamento estaba en constante ebullición causada por el juego y las disputas por la posesión de las mujeres que seguían a la montonera. La mayoría de éstas eran voluntarias amantes de los aventureros y compartían alegremente su suerte. Desempeñaban el papel de enfermeras, cocineras y esposas, cambiando constantemente de dueño por juego, préstamo o venta, sin que para ellas este singular sistema tuviera nada de extraño o desdorado.

Se dio el caso de que se presentó ante el general Carrera una mujer, madre de dos muchachas, a reclamar que éstas habían sido tomadas por sus hombres y que rogaba fueran puestas en libertad. El general hizo comparecer a las muchachas y a sus captores y aquéllas se negaron terminantemente a volver con su madre e hicieron presente que, si se las obligaba, regresarían de nuevo, por cuanto voluntariamente seguían a esos hombres, y fuerza fue acceder a su solicitud y la mujer se retiró sin haber conseguido torcer la decisión de sus hijas.

Terminaba enero de 1821. Para mantener a raya la inquietud de los soldados y entretenir su ociosidad, fue necesario hacer algunos ejercicios de adiestramiento, pero la conveniencia de guardar el ganado para la marcha que se proyectaba los restringió al mínimo. Las faltas

continuas que se cometían originaron numerosos y drásticos castigos, que fueron aliciente para que prendiera entre los sargentos una conspiración contra Carrera y sus oficiales.

Cabeza del motín fue un sargento de apellido San Martín, hombre audaz e impulsivo que sirvió en el ejército realista y cayó prisionero en Maipo. La conspiración fue denunciada a Carrera por uno de los soldados, de modo que sin hacer ninguna demostración de desconfianza los oficiales procedieron a asegurar las municiones, y el general encargó a San Martín, acompañado por los principales culpables, una comisión “a los toldos de algunos caciques distantes, que ya tenían orden de no permitir la vuelta de los soldados hasta no recibir nuevas órdenes”.

“Asegurada la munición, separados los conspiradores y dirigentes principales y todos listos para resistir, el general llamó a los sargentos a su alojamiento y les hizo saber que estaba en antecedentes del villano complot y aplicaría los castigos que correspondían. Los sargentos se retiraron, y los soldados, una vez que tuvieron noticias de la conferencia celebrada, empezaron a lamentarse de haber perdido la confianza del general y descargaron toda la culpa sobre el jefe de los conspiradores: San Martín; luego solicitaron al general que se presentara ante ellos para pedirle perdón”.

Como un nuevo Alejandro en el desierto de Gedrosia, Carrera se enfrentaba a este grave problema: la deslealtad de sus soldados. Por fortuna para él,- hubo quienes le siguieron siendo fieles y pudo conjurar el peligro.

Desde lo alto da una pequeña colina que dominaba el campamento, el general saludaba a sus soldados que, formados, presentaban armas. El sol marchaba a rechinarsse tras los Andes y por espacio de una hora el viento de la tarde llevó sobre la pampa el eco de sus palabras. Sobre los bronceados rostros de muchos brillaron las lágrimas cuando don José Miguel recordó lo que habían hecho juntos e hizo desfilar por su recuerdo los lejanos días de la Patria Vieja: San Carlos, Talcahuano, Chillán, El Roble y Rancagua. Como entonces, los colores azul, blanco y amarillo, que eran los de la bandera usada por sus tropas, y lucieron besados por los brillantes rayos de

ese sol de verano que estaba en aquel instante más cerca del territorio de Chile que del argentino.

Las armas volvieron a presentarse y se tomó un nuevo juramento de fidelidad, que fue contestado con voz sonora por los soldados. Entonces Carrera anunció su nueva campaña, y terminó:

—Preparaos para marchar a Chile a libertar a vuestros compatriotas del mandón que los tiraniza, y cuando hayamos recuperado la libertad de ese país de delicias que es Chile recibiréis la recompensa que vuestros servicios os han merecido y podréis volver al seno de vuestras familias para gozar de un reposo reparador de tantas fatigas como hemos soportado juntos.

—¡ Viva el general Carrera...! —contestaron los 150 hombres, y aquél los despidió quitándose su gorra... El sol seguía acercándose al horizonte de la cordillera y don José Miguel volvió su rostro hacia ella, como si quisiera ver por sobre sus picachos el campo chileno..

CAMPAÑA DE CÓRDOBA Y SAN LUIS

A fines de enero todo estaba listo para emprender la marcha hacia el norte. Los indios se reunieron por última vez y renovaron sus protestas de amistad y lealtad, que Carrera agradeció, expresándoles que, por el momento, no necesitaba sus servicios, pero los llamarla tan pronto fuese conveniente. Aceptó que le acompañase un capitanejo de cada una de las tribus como guía, y el 29 de madrugada, la columna se puso en movimiento para alcanzar la frontera sur de la provincia de Córdoba.

Contra toda previsión, la travesía del desierto iba a resultar excepcionalmente dura. Los intensos calores del día y los fríos de la noche hacían agotadoras las jornadas, y la carencia de aguadas mortificaban a hombres y animales hasta la desesperación. Los capitanejos que servían de guías se desorientaban en esa ‘enorme extensión desolada, donde escapaban a lo lejos avestruces y guana..

cos, asustados de la presencia de esos hombres. Carrera se guiaba por la brújula y corregía los rumbos que sus acompañantes señalaban. Así caminaron veinticinco días. La carne de los caballos en peores condiciones para marchar servía de alimento y llegó el momento en que la falta de agua, comenzó a hacerlos perecer en la pampa. En estas circunstancias, don José Miguel dividió la tropa en pequeños grupos y cada uno comenzó a cavar un pozo a alguna distancia de un lago salitroso. El resultado se obtuvo a los dos metros y brotó agua “salobre y nauseabunda”. A pesar de esos inconvenientes, el agua fue consumida por hombres y animales, resultando enfermos los primeros y en los segundos una notable mortandad durante la noche.

Por fin, después de treinta y tres días de marcha la columna estaba en la frontera de Córdoba y pudo reponer sus fuerzas en una estancia que encontró cerca. No pasó el primer día sin ser inquietada, y al crepúsculo se presentaba una partida de cordobeses a atacarla, y fue necesario aceptar el combate, que terminó con la fuga del adversario y la captura de algunos prisioneros. Uno de éstos ofreció, a cambio de la vida, guiarlos hasta el sitio donde las fuerzas cordobesas tenían sus cabaladas, las que fueron atacadas y se obtuvo una gran cantidad de nuevos caballos para reemplazar los agotados.

La noticia de la presencia de Carrera al sur de Córdoba se extendió como una mancha de aceite por las provincias y agregó una nueva alarma a la que había causado el general Ramírez a fines de 1820, al contestar en términos de beligerancia la nota del general Rodríguez en que le participaba su elección como gobernador y los acuerdos de Benegas.

El “Supremo Entrerriano”, después de vencer a Artigas en una activa campaña, se había apoderado de Misiones y Corrientes, proclamando la República de Entre Ríos y su persona como jefe supremo. Envanecido por sus éxitos y dueño de un ejército numeroso. y una escuadrilla compuesta por el bergantín Belén, tres goletas y varias lanchas armadas que mandaba el comandante Monteverde, no titubeó en declarar la guerra a ‘Buenos Aires. Las provincias hicieron causa común en contra del cau-

dillo, y el general López, invitado a dejarle paso franco por su territorio, se lo negaba y rompía abiertamente con él. Se encendía de nuevo la guerra civil.

Ramírez concentró su ejército en Punta Gorda (Diamante de hoy), al este del río Paraná, y se dispuso a cruzarlo para atacar a Santa Fe, mientras Rodríguez reunía las fuerzas de Buenos Aires para entrar en campaña.

En los primeros días de marzo, el general Carrera, que había solicitado por nota a los gobernadores de Córdoba y San Luis paso por sus territorios para encaminarse a Chile, recibía como respuesta los aprestos bélicos de aquellos para destruirlo. El director supremo de Chile y San Martín clamaban de los gobernadores transandinos que impidieran su paso, y un tratado suscrito con Cuyo en marzo de 1820 aseguraba a Chile la cordillera frente a Santiago.

En virtud de estos acuerdos y de la decisión de los gobernadores de hacer causa común con Buenos Aires, Carrera se encontró en la necesidad de combatir por su existencia. Sus fuerzas habían crecido, con algunos guerrilleros cordobeses que se le plegaron, hasta, más o menos, 400 hombres, y con ellos hizo frente al gobernador de Córdoba, general Juan Bautista Bustos, el cabecilla de Arequito, que avanzaba al mando de una columna de caballería de 600 jinetes. A mediodía del 9 de marzo la división de Carrera descansaba en Chajá, “ondulación de la pampa rodeada de altas lomas, que formaba una especie de valle”. El sol caía verticalmente sobre las cabezas y los hombres preparaban su almuerzo. Tres centinelas oteaban el terreno y desmontaron para “protegerse del sol a la sombra de sus caballos y fueron vencidos por el sueño. La casualidad protegía a Bustos y pudo sorprender a Carrera con una carga que desorganizó sus filas; pero, repuestos los montoneros, gracias a la presencia de ánimo de una partida de soldados chilenos e indios amigos, volvieron las caras contra los asaltantes y los pusieron en “vergonzosa derrota”. Ante la carga de Carrera, que pudo saltar sobre el caballo de una mujer en mangas de camisa. Bustos huyó, desbandándose su ejército. 7 oficiales y 50 soldados quedaron en poder del vencedor, y sobre el campo, numerosos cadáveres de cordobeses.

Gran cantidad de heridos “horriblemente mutilados, pero todavía curables”, fueron recogidos por los montoneros y remitidos a San Luis, recomendados a la protección del gobernador don José Santos Ortiz, respondiendo éste con una conceptuosa nota al acto humanitario de don José Miguel. En ese tiempo en que los prisioneros eran fusilados de inmediato y los heridos rematados a cuchillo sobre el campo de combate resultaba desusado el procedimiento del chileno, a quien se acusaba en todos los tonos de ser un desalmado.

Los prisioneros informaron a don José Miguel del avance de las tropas del gobernador de San Luis, 500 hombres, que mandaba el coronel don Luis Videla, que descendían por la margen izquierda del río Quinto. El chileno resolvió su ataque inmediato y tomó sus medidas para no ser sorprendido, hasta que, al anoecer del 9 sus guerrillas chocaban con la línea adversaria.

El fuego de la fusilería en la noche descubrió los contornos de la posición y Carrera resolvió atacarla al día siguiente, pero Videla realizó un movimiento a retaguardia y fue a ocupar una nueva posición en las márgenes del río y al abrigo de un espeso bosque. Hubo una momentánea suspensión de la batalla para atender a un parlamentario de San Luis, y por la tarde una carta de Ortiz presentada a Carrera aplazó de nuevo la acción, y en la madrugada del 11 el fuego de los puntanos sorprendió a los chilenos. Benavente cargó con sus jinetes y batió a la caballería enemiga y luego atacó a la infantería, que se negaba a rendirse. 200 infantes, con el coronel Videla y el teniente coronel Suasti, formaban cuadro alrededor de un corpulento y solitario algarrobo que se alzaba en el centro del campo de batalla y sostuvieron el combate con un valor sobrehumano hasta caer el último hombre. Heroica y valerosa defensa digna de ser escrita en bronce para honor de aquellos bizarros soldados de San Luis. El lugar donde se desarrolló esta memorable acción era un meandro del río Quinto, denominado Ensenada de las Pulgas, y el triunfo abrió a don José Miguel Carrera el camino de la ciudad de San Luis.

Las derrotas de Bustos y Ortiz alarmaron a la pampa. La ciudad de San Luis se sintió consternada ante el-

avance de Carrera y todo el mundo esperó una escena similar a la toma de El Salto. Cuando se supo que acampaba a una legua de la villa, en Los Chorrillos, las mujeres corrieron a refugiarse en la iglesia y los sacerdotes esperaban en la puerta del templo revestidos de sus ornamentos sagrados para conjurarlo a respetar aquel recinto. Todo era confusión, rezos y llantos cuando hizo su aparición una guardia de prevención para evitar desórdenes y dar alientos a la desesperada población. Carrera fue uno de los primeros en llegar y se dirigió al Ayuntamiento y allí dio garantías de hacer respetar la tranquilidad y la propiedad de todos. Su proceder dejó perplejos a los puntanos: aquel hombre no era el tigre que pintaban las proclamas del general Rodríguez, ni el salvaje que estaba en boca de los pobladores de la pampa. Por el contrario, era un hombre que se granjeaba las simpatías y el respeto del pueblo

En Buenos Aires la aparición de Carrera y la toma de San Luis fue un rayo en la noche de verano. El enemigo amenazaba a Santa Fe en sus fronteras oriental y occidental. Nadie dudaba de que Ramírez y Carrera unirían sus fuerzas para atacar de nuevo a Buenos Aires y había que aprestarse a su defensa.

Todas estas ocurrencias venían a perturbar hasta el fracaso el desarrollo del congreso que se celebraba en Córdoba, a iniciativa del gobernador de esa provincia, general Bustos, y en Chile O'Higgins se alarmaba con el giro que tomaban las cosas en el centro de las Provincias Unidas. Todas las fuerzas de este país se habían empleado en la organización de la expedición libertadora del Perú, que se hizo a la vela el 20 de agosto de 1820, y Vicente Benavides, repuesto de la derrota que le infligiera Freire en la Alameda de Concepción el 27 de noviembre de ese mismo año, mantenía sujetas en el sur las tropas

disponibles del Estado. En estas circunstancias, y con el malestar que se hacía visible contra su gobierno, era natural que se desvelara con los éxitos alcanzados por su rival. En carta a San Martín, fechada el 23 de marzo

de 1821, deja en claro la situación del país y trasluce sus temores: Está este Estado tan desacreditado respecto a dinero, que las más veces no ocurro al despacho por falta de cien pesos para tapar la boca aun a los más necesitados.

Desde que salió la expedición no se paga mesada a empleado de clase alguna, sin reserva del mismo gobierno; los pocos pesos que entran se dedican al pago de las tropas. Estas han sido las razones por qué no he podido equipar tropa alguna para Intermedios; y ahora lo embaraza más que nada el monstruo de América, Miguel Carrera, este malvado que fue dejado a su arbitrio en las fronteras de Buenos Aires. Entre los indios ha podido rehacerse y atacar a los tropas de Bustos cerca de Rio Cuarto, donde fue éste derrotado, y, según tres declaraciones contestes, muerto por una lanzada. La mayor parte de los soldados de este general desgraciado, se pasaron a la montonera. En seguida derrotó a la división de puntanos, que salió a oponérsele contra las depravaciones del desnaturalizado en aquella provincia, y también fue derrotada con pérdida total de toda la infantería.

El malvado tenía su cuartel general en La Barran-quita y dicen se dirigía a Punta de San Luis, que habían abandonado sus habitantes. El gobernador de Mendoza dirige sus clamores a mi para que lo auxilie, y me ha sido casi precisa arrebatarse para equipar una división capaz de hacer oposición a Carrera; en efecto, mañana salen por el camino de Portillo 200 granaderos de la guardia de honor, bien equipados y la flor del regimiento, todos a caballo, 30 artilleros con 2 piezas de artillería y 70 soldados escogidos de la escolta directorial; manda esta división el teniente coronel Astorpa, jefe valiente y de toda mi confianza. Esta fuerza puede sostener a Mendoza, y con un escuadrón de la escolta que se está aprontando, puede perseguir a los bandidos hasta el último rincón de la otra banda, ya que Buenos Aires no lo ha querido practicar.

En ese momento la situación de Chile era delicada: el gobierno enfrentaba las severas críticas de sus adversarios y el cansancio que la guerra en el sur producía al país. La especulación de muchos inescrupulosos, entre los

que sobresalía el proveedor del ejército Antonio Arcos, con artículos de consumo, en especial el trigo, y el amparo que aquellos encontraban en la persona del ministro Rodríguez Aldea, fomentaban la indignación, y a pesar de las advertencias que sus amigos, como Freire, Cochrane, Lantano y otros varios hicieron a don Bernardo para que buscara solución a tantos males, éste continuaba atento sólo a los pedidos y exigencias que San Martín hacía desde el Perú, descuidando por completo la realidad nacional. No era, de extrañar, entonces, que la proximidad de Carrera preocupara al mandatario y quisiera alejarlo de las fronteras patrias, convencido de que, en los momentos en que Chile afrontara solo la grandiosa obra de liberación del Perú y aniquilamiento de las últimas fuerzas realistas en su territorio, su presencia significaba el mayor desastre que pudiera sobrevenir para la tranquilidad del país y el término de su magna empresa.

Por fortuna para O'Higgins, don José Miguel Carrera recibió en San Luis despachos del general Francisco Ramírez en lo que informaba de su situación en Entre Ríos, le exponía sus proyectos y lo invitaba a unírsele para iniciar la campaña contra López y luego seguir con Buenos Aires.

En tales circunstancias, Carrera citó a los oficiales a reunión para acordar la futura conducta, prevaleciendo la opinión de Benavente de marchar hacia Santa Fe, ganar la ribera del río Paraná y unirse a Ramírez en una nueva campaña.

A principios de abril se dio comienzo a la marcha, que debía resultar extremadamente dura, y llegó a Concepción del Río Cuarto, donde permaneció hasta el 26, fecha en que reanudó su movimiento, girando un poco hacia el sureste para levantar el campamento de Loboy, y más tarde, acompañado por una escolta, hacer un reconocimiento hacia Melincué en busca de noticias del "Supremo Entrerriano". Mientras efectuaba este reconocimiento, el general Bustos atacaba a Benavente en Las Tunas y era rechazado.

Una nueva, que le causó gran alegría, le esperaba en Melincué. Su esposa le había dado un hijo varón con el que se continuaba su apellido. “Le había nacido aquel recluta que él tanto le pidiera en sus desahogos joviales de su correspondencia de esposo, pues ya en sus cuatro hijitas el viejo soldado tenía un número suficiente de bellas cantineras para el servicio, de sus armas”. Un correo voló hacia Rosario, llevando una carta en que decía:

No tardaré en abrazarte y en darte las gracias por mi José Miguel, cuyo cuidado es de más encargarte, y luego agregaba sobre su persona: Estoy flaco y enfermo, hace un mes que no como pan ni me afeito la barba. La alegría que le produjo el nacimiento de ese hijo fue su último consuelo: jamás volvería a ver a su esposa y, en cuanto a la criatura, no la conocería.

Cargado de presentimientos, regresó a su división para hacer frente a Bustos, que lo inquietaba con nuevas fuerzas.

El gobernador de Córdoba., después de sus fracasos en Chajá y Las Tunas, se volvió cauteloso para medirse con los chilenos en campo abierto y decidió atrincherarse en espera de auxilios de Mendoza y San Luis, que le habían sido prometidos.

Por esos días las fuerzas de Carrera sumaban más de 500 hombres, aumentados con algunas montoneras que se le plegaron y que levantaban como bandera el odio y el descontento que las - poblaciones de Córdoba sentían hacia la persona de Bustos por su intransigencia y despotismo.

El rechazo de don José Miguel Carrera a la ayuda ofrecida por los indios, que en número superior a 500 llegaron hasta su campamento y a los que despachó después de hacerles un regalo de “algunos centenares de yeguas”, que ellos arrearon felices hacia sus tolderías, le granjeó la fidelidad de los gauchos que formaban en su columna. Es conocido el odio con que el habitante de la pampa mira al indígena y éste no siente por él mayor aprecio. Sus constantes encuentros les han llevado a sentirse enemigos y a destruirse mutuamente sin ninguna contemplación. Algunos años más tarde de los hechos que narramos, Darwin, que visitó la pampa, “vio partir una

tropa de soldados con facha de bandoleros para batir a una tribu de las Salinas Chicas y escuchó relatos de los últimos combates; el narrador le describió cómo degollaban a los indios”, y cuando el naturalista contestó que le parecía salvaje e inhumana esa forma de tratar a los naturales, el soldado contestó con la mayor tranquilidad:

“Y ¿qué hemos de hacer? Así aprenden.. .

de Lo que acontecía en la campiña, donde las pasiones los soldados semisalvajes que acompañaban a los caudillos no podían ser enfrenadas, se puede decir de la conducta que observaban en pleno Buenos Aires, algunos años después, los soldados de Rosas con su celeberrimo comandante Ciriaco Cuitiño, cuyo cuartel gozaba de horrorosa fama. “Ser enviado allí equivalía a una sentencia de muerte casi segura. Lugar de infierno, de suplicios espeluznantes, de muerte precedida de escarnios y martirios, tal era la reputación siniestra que se había ganado en buena ley, consagrada por la tradición de monstruosidades Habitado por el odio, por la ciega pasión del crimen y de la venganza, de la burla siniestra, en que se befaba y martirizaba antes de degollar, se referían al respecto casos horripilantes, que daban escalofríos. La imaginación de los atemorizados habitantes de Buenos Aires debía tener constantemente ante sí visiones horrendas, tales como la de las ejecuciones a cuchillo mellado por la nuca y otras formas más dolorosas y crueles antes de pasar a mejor vida; visiones dantescas, de angustiosa pesadilla, como la de los ajusticiados a medias bailando la “refalosa”, vale decir, levantándose del suelo y patinando semidegollados en el pavimento resbaladizo de su propia sangre y la de otros compañeros de martirio”.’

El período de la anarquía argentina se recuerda como uno de los más crueles que tenga la historia. amen cana, y Carrera, juzgado en conjunto con los caudillos que le dieron vida, es, sin duda alguna, el menos cruel y sádico de todos. Ningún fusilamiento, ningún suplicio empañó sus actos. Su única mancha es El Salto, y allí nada pudo hacer para contener a las hordas indígenas. Mu-

cho, pero muchísimo peor, es la conducta de Dorrego en el saqueo de San Nicolás. Dorrego era el gobernador de la provincia de Buenos Aires y entregó al saqueo uno de sus pueblos, sin tener indios a quien respetar o temer. Nada de lo que ocurrió puede servir para rasgar las vestiduras y lanzar contra Carrera tantas imprecaciones si no se hace lo mismo con Dorrego, Rodríguez, Dupuy y los demás.

Hasta ese momento Ramírez no había pasado el río Paraná y don José Miguel resolvió aniquilar a Bustos antes de juntarse al “Supremo Entrerriano”. Para ello atacó el campo atrincherado de Punta del Sauce, pero, carente de artillería, desistió y se dirigió a Córdoba para apoyar a algunas partidas rebeldes. Durante su marcha se le unió el coronel don Felipe Alvarez con un número apreciable de milicianos. El camino se continuó por “las sierras y montañas de Córdoba”, cubiertas de bosques que dificultaban el paso y favorecían la sorpresa. Así ocurrió en el lugar denominado El Salto, y los cordobeses sorprendieron a los montoneros cuando cenaban, pero con mal éxito, pues fueron rechazados y obligados a huir después de sufrir algunas bajas en muertos y prisioneros. En la campaña quedó organizando algunas fuerzas el comandante de milicias Manuel Arias, y Carrera continuó a posesionarse de la capital de la provincia, donde se encontraba el gobernador suplente don Francisco Bedoya, hombre enérgico y activo que colocó la ciudad en estado de defensa, haciendo cavar trincheras y emplazar cañones en las calles por donde debía presentarse el enemigo. Carrera consiguió algunos éxitos locales que no pudieron cambiar a su favor la situación y Córdoba resistió con fortuna.

La suerte iba a modificar el rumbo del chileno: el general Francisco Ramírez había cruzado el Paraná y atacaba la provincia de Santa Fe. El 24 de mayo, después de algunos triunfos y al frente de 700 hombres, derrotaba al coronel Lamadrid, que con 2. 500 trataba de echarlo sobre el río Paraná. “Ramírez, aunque era un soldado valiente, tenía poca elocuencia para arengar a sus soldados, pero, mostrándoles sus flancos y su frente tomados por el enemigo, exclamó:

“—¡Muchachos, aquí no hay retirada.. .

“Sonó el toque de carga y los orientales respondieron con su acostumbrada presteza.. Los porteños esperaron a pie firme y a pocos metros hicieron una descarga general de artillería y otras armas. Cayeron más de 90 soldados de Ramírez, pero el resto se entreveró con el enemigo y muy pronto lo puso en desorden. Los porteños, ya habituados a la derrota, vieron se una vez más obligados a ceder terreno y fueron perseguidos con mucha saña, sien do al final derrotados y destruida toda la división”.

No duró mucho la ventura de Ramírez y fue derrotado por López, dos días más tarde, en la batalla de Coronda. Seguido de 400 hombres que consiguió juntar, tomó el camino de Córdoba para unirse ‘a Carrera, que avanzaba en su busca. Ambas columnas se avistaron el ‘7 de junio en el paso de Ferreiras, sobre el río Tercero.

Era cercano el mediodía cuando apareció Ramírez. A su lado galopaba una airosa amazona vestida con elegante chaquetilla roja “galoneada de oro y un sombrerillo a la chamberga emplumado de rojo y negro” que el viento hacía flotar graciosamente: era doña Delfina, la hermosa porteña amante del “Supremo Entrerriano” y a quien éste profesaba un amor ciego y apasionado. En la última campaña doña Delfina había cargado junto al general llevando en su diestra una ligera espada, y su valor no había desmerecido al del hombre que amaba. Su figura era popular en los campamentos y el pueblo de Entre Ríos la saludaba con el mismo respeto que dispensaba al general.

Carrera se adelantó al galope, seguido por su escolta, que desplegaba al viento,, llevada por las manos de un alférez chileno, la bandera tricolor, azul, blanco y amarillo, y fue a detener su caballo frente a Ramírez, a quien tendió la mano, para quitarse luego su gorra y saludar a doña Delfina, que le respondió con una leve inclinación y una amable sonrisa. Por esta hermosa mujer Carrera sentía un especial afecto, ya que fue ella la que dos.. años antes hizo posible su amistad con el “Supremo En-

terriano”, cuando, prófugo de Montevideo, iba en busca de asilo al campamento de Gualeguaychú. Mientras tanto, las columnas se reunían y los soldados confraternizaban al calor de los fuegos y al abrigo de las tiendas de campaña.

El ataque a Bustos fue acordado en reunión de oficiales superiores y las fuerzas se pusieron en marcha hacia El Sauce, lugar donde se suponía que continuaba el gobernador de Córdoba. Pero éste, que supo la reunión de sus adversarios, se movió hacia Cruz Alta, “buscando contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fe.

La marcha de los caudillos en persecución de Bustos se vio entrabada por la presencia de doña Delfina, cuya delicada naturaleza era impropia para soportar tantas penalidades como las sufridas desde la retirada de Coronada, hasta el paso de Ferreira. Por cuatro días hubo de galopar sin descanso para dejar atrás a sus perseguidores, de modo que se encontraba rendida. Ramírez la hacía ir junto a él y no permitía que se mezclara a las mujeres que seguían la columna, de manera que éstas miraban con desagrado su orgullosa presencia. A fin de dar descanso la bella amazona fue necesario hacer continuos. altos, con los que se dio a Bustos el tiempo suficiente para terminar los trabajos de atrincheramiento de su. Campo

El 16 de junio los aliados estaban frente al pueblecito de Cruz Alta, fortificado en otras ocasiones para protegerse de las incursiones de los indios y que, en ese entonces, tenía tres pequeños fuertes de empalizadas y terraplenes, protegidos por cercos vivos, formados por tunales, que impedían el paso a infantes y jinetes. Estos trabajos fueron reforzados por Bustos con una cantidad de carretas amarradas entre sí y caballos de frisa. En cada fuerte se colocaron una pieza de artillería y una fracción de infantería ligera. Los corrales y casas adyacentes fueron guarnecidos con infantes, y en esta disposición el gobernador de Córdoba esperó a sus adversarios.

En la mañana del día indicado los caudillos remitieron a Bustos un ultimátum, pidiendo su rendición incondicional, y éste contestó con arrogancia al oficial en-

cargado de llevarlo: “Señor, diga usted a Carrera y Ramírez que las armas federales no se rinden sino al precio de la sangre de quienes las empuñan”. Esta varonil respuesta decidió el ataque. Bustos disponía de 600 hombres frente a los 1.200 del enemigo. La defensa fue activa, y enérgica, y los caudillos, faltos de artillería e infantería, hubieron de retirarse, sin poder tomar las trincheras cordobesas.

Las cargas llevadas por Ramírez con la caballería bajo un recio fuego de fusil y cañon provocaron un elevado número de bajas, lo que disgustó a Carrera y sus tropas, que culparon al “Supremo Entrerriano” de imprudencia.

Dos días permanecieron frente a Cruz Alta los aliados y, convencidos de que Bustos no se movería de su posición, contramarcharon a El Sauce, donde se instaló el campamento. El rechazo de Cruz Alta colocaba a los caudillos en delicada situación. Habían perdido la oportunidad de deshacerse de uno de sus rivales, en circunstancias de que Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza y San Luis hacían converger sus fuerzas sobre ellos, estrechándolos en un círculo de bayonetas y de sables. Era necesario actuar con rapidez, dando golpes certeros para evitar la conjunción de las columnas y la catástrofe que -significaba hacer frente a los adversarios reunidos.

Pero, para desarrollar un plan tan atrevido, se necesitaba de una gran movilidad y disciplina en las tropas, y, por desgracia, desde Cruz Alta había una distancia-miento entre las fuerzas de ambos caudillos, que mutuamente se culpaban del fracaso.

En esos días llegó hasta el campamento un emisario de Mendoza, el cura Guiraldes, con el pretexto de negociar el término de las hostilidades o por lo menos la neutralidad de la provincia de Cuyo, pero en realidad con la velada intención de sobornar a los oficiales y las tropas de Carrera. Traía una carta para el coronel Benavente escrita por su hermano don Juan José Benavente, residente en Mendoza, y que las autoridades obligaron a redactar. Además le ofreció el grado de brigadier y un ascenso para todos los oficiales a cambio de su traición.

Benavente, indignado por el torpe proceder del religioso, lo hizo comparecer ante Carrera, y después de conocerse los móviles que lo llevaron hasta allí fue encerrado bajo custodia, logrando algunos días más tarde la fuga en la confusión de un combate.

Junto con Lorenzo Guiraldes actué el secretario de Ramírez, el fraile apóstata Monterosa. Este individuo, que había sido secretario de Artigas y a quien guardaba gran lealtad, era ahora confidente del “Supremo Entrerriano” y miraba con desconfianza al general chileno, que le pagaba con la misma moneda. Pero si el proceder del mendocino no hizo mella en el ánimo de don José Miguel, no ocurrió lo mismo con Monterosa, y habló de él a Ramírez e “hizo presente a su amigo su disgusto y sus temores de verlo dominado por aquel mal sacerdote que no era en su concepto sino un solapado enemigo de ambos y un agente secreto de los partidarios de Artigas; y le rogó en consecuencia que se deshiciera de tan peligroso personaje, enviándolo con cualquier misión honrosa a Entre Ríos”. Igual temperamento adopté para hacerle entrar en razón respecto a doña Delfina, “pero tan ciega era la pasión del caudillo semisalvaje que, por entregarse a ella con más libertad, por proporcionarle las comodidades posibles, descuidaba sus deberes militares, comprometiendo así el éxito de la campaña. Murmuraban sus subordinados, pero le estaban sometidos por el terror, y las quejas no salían del vivac. Varias veces Carrera conjuré seriamente a Ramírez para que variase de conducta, para que dejase a aquella mujer, poniéndole de manifiesto los peligros a que se exponía él, y todas las tropas, por su criminal debilidad; pero como Ramírez no cambiase de conducta, Carrera, lleno de previsión y dignidad, tomó a buen partido separarse de él con sus chilenos”.’

En tanto los caudillos apartaban sus rumbos, en Cruz Alta se reunían las fuerzas de los generales Estanislao López y Bustos para iniciar una nueva campaña contra aquellos.

La noticia de la marcha de Carrera al sur y de Ramírez al norte hizo que se acordara que Bustos y Lamadrid persiguieran al chileno, mientras López lo hacía con el “Supremo Entrerriano”.

Carrera encaminó sus pasos a La Herradura, en las márgenes del río Tercero, llevando consigo más de 500 hombres y un pesado convoy de carros. Siguió luego hacia el río Cuarto para entrar de nuevo en la provincia de San Luis. Las deserciones entre los cordobeses que formaban en sus filas se comenzaron a sentir y pronto las fuerzas quedaron reducidas a poco más de 200 hombres, que debían hacer frente a los cuyanos,~ que, al mando del coronel don Bruno Morón, avanzaban en forma amenazante.

No tardaron éstos en amagar las tropas de Carrera y con feliz golpe cortaron su retaguardia y se apoderaron de sus bagajes al amanecer de un día de junio en San Bernardo, sitio contiguo al río Cuarto. Los soldados de Carrera se defendieron con ‘desesperación y las numerosas mujeres que marchaban al cuidado de los heridos y enfermos se unieron a los hombres y empuñaron las armas. 20 muertos y 30 prisioneros, en su mayor parte heridos, fue el precio del combate, además de muchas mujeres que los soldados mendocinos se disputaron ferozmente, siendo la principal presa una hermosa muchacha salteña:

Juanita Martínez, que, comprada a un indio, acompañaba al general Carrera y que por esta razón era más codiciada. El capitán Manuel de Pueyrredón la encontró y protegió del furor de esa, desalmada soldadesca, cuando, muerta de terror, se defendía valerosamente. Junto a ella estaban el teniente Lucas Novoa, joven oficial perteneciente a una distinguida familia de Concepción, conocida del capitán Pueyrredón, y el capitán William Kennedy, que en El Sauce perdiera la vista como resultado de un pistoletazo que recibió a quemarropa. Novoa, que por encontrarse desnudo era auxiliado por Pueyrredón, dijo a éste, señalándole a Kennedy:

—Gracias, capitán, por lo que hace por mí, pero sé la suerte que me espera; abandóneme a mí, que nada valgo, y salve usted si puede a ese desgraciado. Es el capitán Kennedy, que perdió la vista en una acción sobre

El Sauce; ya lo ve usted, ¿ qué se va a hacer con matar a un hombre que no tiene vista?

El caballeroso capitán defendió la vida de aquel pobre ciego, que, sentado con tristeza sobre el pasto, esperaba tranquilo su destino, protegió los demás prisioneros y entregó a Novoa la muchacha.

La campaña se iniciaba con fortuna para Morón. La suerte de los prisioneros estaba sellada con la resolución del gobernador de Cuyo de pasar por las armas a cuanto montonero cayera en sus manos. La guerra se resolvía en una lucha sin cuartel, y las fuerzas de Carrera supieron su destino en caso de rendirse al enemigo. Esta orden de Trimás Godoy Cruz es el reflejo de -las luchas de la época, y no hay que extrañarse de ella, por lo que resulta inútil tratar de justificar con sofisticas razones los motivos que se tuvieron en cuenta para dictarla. Era la ley de la pampa y, como hemos visto, se puso en práctica hasta muchos años más tarde. Basta para convencerse leer cualquiera de las memorias de los oficiales argentinos que hicieron las campañas de la anarquía o de la tiranía de Rosas para comprender tales disposiciones. Godoy Cruz no era mejor ni peor que los demás, a pesar de comulgar todos los días y hacer alarde de religiosidad. El fraile Aldao, gobernador más tarde de Mendoza, es otra prueba bien elocuente.

El momento de la decisión se acercaba y el coronel Morón esperaba impaciente el encuentro con Carrera. Por fin tuvo su oportunidad a orillas del río Cuarto. El mendocino fue advertido de la presencia de los montoneros y tomó sus medidas para no ser sorprendido. Sus fuerzas, más de tres veces superiores a las de Carrera, le prometían un fácil triunfo; pero no contaba con la destreza de aquellos hombres acostumbrados a batirse en inferioridad numérica.

El día era uno de esos de junio en que las neblinas se arrastran pegadas al suelo, ocultándolo todo de la vista. Morón marchaba con su tropa lista para entrar. en batalla, dispuesto a pulverizar a su adversario. Carrera, también en aviso de la proximidad del ejército de Mendoza, avanzaba con iguales precauciones. Frente a su línea iba el bravo coronel don José María Benavente. La

neblina continuaba ocultando la marcha de los adversarios y sólo algún relincho en la lejanía delataba la marcha. De repente la proximidad los llevó a encontrarse y ambas líneas hicieron un súbito alto, como sorprendidas de verse separadas por sólo cincuenta metros. La pausa fue corta. Carrera y Morón ordenaron cargar y los soldados chocaron con violencia, sableándose sin piedad. Aquella mañana el coronel mendocino montaba un brioso tordillo herrado en sus cuatro patas y que en el momento de la carga resbaló en el pasto húmedo, haciendo rodar a su jinete. El soldado Monroy, muchacho natural de Concepción, lo traspasó con su lanza y allí mismo lo despojó de su brillante uniforme. Una sangrienta lucha siguió a la muerte de Morón, hasta que, rotos sus escuadrones por los sables carrerinos, sus soldados se dieron a la fuga, dejando sobre el campo una apreciable cantidad de muertos y heridos.

La batalla resultó una de las más encarnizadas que sostuvieron los hombres de Carrera. 80 muertos y muchos heridos a arma blanca testimoniaban en el campamento la violencia del entrevero. “Muy raro era el tiro que se oía. Se combatió a fierro frío por lo menos durante tres cuartos de hora, dando vueltas en círculo, sobre el mismo lugar, como se hace en las trillas; quedó el lugar completamente trillado por el pisoteo de los caballos y cubierto de muertos y heridos, cuyo número fue imposible calcular; no se veían más que cabezas y caras ensangrentadas”.

La victoria abrió por segunda vez el camino a San Luis y fue providencial para los prisioneros que tenía Morón en capilla para ser fusilados inmediatamente después de la batalla. Carrera recuperó sus bagajes y carros y continuó a San Luis. La muerte del coronel don Bruno Morón, distinguido oficial, llenó de consternación a Mendoza. Había pertenecido al ejército que se sublevó en Arequito, y como no quiso tomar parte, abandonó a los amotinados y regresó a su ciudad natal. Allí fue hecho comandante de

armas y nombrado general de las fuerzas que se pusieron en campaña para combatir a Carrera. El pánico cundió y traspasó de nuevo las fronteras. Mendoza, que no aceptó el refuerzo de O'Higgins en el mes de marzo por la negativa del comandante José León Domínguez a permitir la presencia de oficiales o soldados chilenos en Cuyo, volvía ahora sus ojos al mandatario de Santiago y clamaba por una pronta y eficaz ayuda, remitiendo a su presencia dos diputados y uno de San Juan, para que representaran la grave situación.

O'Higgins poco podía dar. El estado de la hacienda pública era desastroso y nadie quería entrar al ejército para trasponer la cordillera en persecución de Carrera. Por otra parte, hemos dicho que existía cansancio en el país por las continuas solicitudes de dinero que el gobierno hacía para socorrer a San Martín, tonel de las Danaides en el Perú y cuya ingratitud para con Chile era ya conocida a través del almirante de la flota, Lord Cochrane. El director supremo, a pesar de la pobreza, reunió unos 4.000 pesos, 300 sables, 20 pares de pistolas y 160 tercerolas que remitió a Cuyo. Sobre estos incidentes escribía a su amigo San Martín y dejaba en claro las suspicacias y recelos que sentían por ambos al este de los Andes: Después de haberme aniquilado en la remisión de una división preciosísima. que llegó hasta la guardia, no quisieron admitirla por serias desconfianzas y temores a mí y a Ud., a pesar de los esfuerzos de nuestro digno amigo el gobernador Godoy. Ordené que se retirase la expresada fuerza y ahora que la cordillera no lo permite, son lamentos y clamores que ocasiona la baja desconfianza a nuestras personas, criticándolas de monarquistas: que es la conversación favorita de la otra banda para desacreditar a los amigos del orden.

Fácil es comprender lo que significó a O'Higgins reunir esos 4.000 pesos, cuando en la misma carta exponía: No hay quien lo preste ni con un interés del 40%. Nuestro ejército del Sur no se paga por su falta.. Los empleados civiles y aun mis propios sueldos no se pagan desde la salida de la expedición. De suerte que parece exageración que para mis gastos de mantención tengo

que buscar mensualmente, con vergüenza mía, quien me preste \$ ¿500... “Este era el estado en que se encontraba Chile después de financiar a su costa toda la expedición libertadora del Perú y hacerla zarpar bajo su bandera”.

Mientras Cuyo daba estos pasos, Carrera continuaba su marcha a San Luis desde el campo de batalla de Rio Cuarto. La campaña recibió horrorizada la derrota de los mendocinos y nadie se explicó cómo, con tan escasas fuerzas, pudo vencer a la mejor espada de la provincia. Toda clase de rumores hizo nido en las sencillas almas de esas gentes campesinas y el nombre del chileno fué pronunciado con terror supersticioso.

Algunos días después de la derrota de Morón, don José Miguel practicaba un reconocimiento, acompañado por una partida de soldados. Era media mañana y el sol brillaba, llenando de luminosidad la campaña, cuando llegó hasta un rancho, delante de cuya puerta una mujer realizaba algunos menesteres domésticos. Sorprendida por la presencia de aquellos soldados, en época en que el soldado era símbolo de atropello y violencia, la mujer trató de refugiarse en su casa, pero Carrera la detuvo, saludándola con amabilidad:

—Buenos días, paisanita. —dijo, mientras echaba pie a tierra y un soldado tomaba las bridas de su caballo.

—Muy buenos se los dé Dios a su merced —respondió la mujer, mirando con curiosidad al recién llegado y a sus hombres.

—¿Qué nuevas hay por estos mundos de las fuerzas montoneras, señora? —preguntó el general, al tiempo que se acercaba a la mujer. Esta retrocedió con muestras de inquietud, y Carrera la tranquilizó, diciendo—: No tema usted, paisanita; somos soldados mendocinos que marchamos en auxilio de las fuerzas de la provincia a castigar al enemigo. ¿Sabe usted algo de la presencia de Carrera?

La mujer se santiguó al escuchar el temido nombre y respondió:

—Señor, ese hombre debe andar muy cerca de aquí. Regrese usted a Mendoza, porque si cae en sus manos lo matará a usted y a toda su gente.

—¿Tan malo es...?

—¡ Ah, señor!, dicen los paisanos que ha hecho pacto con el diablo.

—¿Pacto con el diablo?

—Sí, señor. Todos los paisanos de la región han sido muertos por Carrera en un combate en la Concepción del Río Cuarto con ayuda del diablo, de modo que, por todos los santos del cielo, huya usted a Mendoza si no quiere correr la misma suerte.

—¿ Cómo ocurrió eso?...

—El pícaro tenía muy pocas fuerzas, pero, como había hecho pacto con Satanás, sacó un papel blanco del bolsillo y murmuró algunas imprecaciones; arrojándolo luego al aire, dio una gran patada en el suelo, del que empezaron a brotar soldados que le mandaba el demonio y mataron a toditos los nuestros. Este es el secreto de sus victorias, señor — continuaba la buena mujer, haciendo el signo de la cruz con su mano para apartar algún maleficio.

—¿Es posible este extraño hecho? —preguntó con soma Carrera.

—Si, señor, no hace diez días se le vio llegar casi solo y ahora ha destruido todas las fuerzas de la provincia, valiéndose de este poder que el infierno le ha entregado. Este es el secreto, señor, de que salga vencedor.

—repetía la sencilla mujer, convencida de la verdad de su relato.

Durante algunos momentos Carrera conversó frente al rancho y luego montó y se alejó, seguido de los suyos, muy complacido, al parecer, del terror que su nombre causaba en aquellas almas simples de la pampa.¹

La marcha continuó al oeste sin que se interpusiera ningún adversario. Lamadrid, encargado de perseguir al chileno, fue entrabado en su acción por Bustos, temeroso de que los cordobeses se unieran a los montoneros para provocar su caída. La Gaceta del 19 de agosto daba

cuenta de este suceso en Buenos Aires, diciendo: “Lamadrid se retira de regreso a causa de no haber podido continuar sus marchas en persecución de Carrera, que no tuvo permiso Bel señor gobernador Bustos obrar por sí solo y la lentitud de dicho señor con a ría y carretas, no le había permitido alcanzar oportunamente al enemigo, que después de haber tenido vent sobre las fuerzas de Cuyo al mando del coronel Morón halla tan cerca de la Punta de San Luis nuestra división cabalgaduras, ni arbitrio para perseguirlo”

Mientras Carrera se acercaba a San Luis, las autoridades huían, dejando acéfalo el mando. Muchas personas siguieron su ejemplo, especialmente aquellos militaron en las filas de las tropas cuyanas.

Para no causar temor, el general hizo alto con fuerzas en El Chorrillo, y allí las estableció en un campamento.

En la sierra de Brunigas una partida de reconocimiento tomó prisionero si capitán Manuel de Pueyrredón ayudante del coronel Morón en Río Cuarto, y que iba en fuga desde San Luis. Pueyrredón era testigo presencial de los fusilamientos practicados por Morón antes combate de Concepción del Río Cuarto, cumpliendo las órdenes del gobierno de Cuyo, de manera que nada podía esperar de bueno.

Carrera estaba en San Luis, cuidando de que no cometiera ninguna arbitrariedad en la vida o hacienda los habitantes, cuando Pueyrredón fue introducido el cabo que lo capturó, a su presencia. Don José ocupaba una casa de la ciudad, y en ese momento estaba sentado ante una mesa escribiendo su correspondencia El cabo se adelantó y anunció:

—Mi general, traigo aquí a este oficial que capturamos en la sierra esta mañana.
—Hágalo pasar —contestó el general.

El cabo salió e hizo entrar al capitán. El corazón de Pueyrredón latía con violencia. “Me encontré de pie delante del hombre que se nos pintaba con colores tan negros, de ese jefe de bandidos que llevaba una guerra de exterminio por doquier y de quien la credulidad po-

pular hacia un monstruo, un antropófago... Yo debía temerlo todo de ese hombre, porque era el enemigo jurado de mi familia. . . “, escribe en sus memorias el ahora coronel Pueyrredón.

Carrera dejó la pluma y levantó la cabeza, fijando sus ojos oscuros en el capitán, muchacho de poco más veinte años, que tenía delante.

—¿Es usted el oficial prisionero...?

—¡Sí, señor...!

—¿Era usted oficial de Morón...?

—¡Sí, señor, su primer ayudante de campo...

—No le pregunto por su grado, porque veo que Ud es el capitán. ¿Su gracia de usted?

El corazón del capitán golpeó en el pecho con fuerza. Iba a dar su nombre a “tan terrible enemigo” y con tal vez a causar su desgracia, pero contestó con firmeza, “tranquilo y sereno como si compareciese ante un amigo.

—Manuel de Pueyrredón.

Carrera fijó con asombro su vista en el capitán y contestó:

—¿Cómo? ¿Es usted el capitán Pueyrredón, que esa es en el ejército de Morón?

—¡Sí, señor, el mismo!

—¿Había otro de su apellido allí?

—¡No, señor, ningún otro!

Carrera sonrió y, alcanzando una silla al capitán, le habló en tono amistoso, al tiempo que se acercaba a estrecharle la mano:

—Entonces está usted entre amigos. Usted tiene aquí deudores y deudora.

—¿Yo, señor? No lo sé.

—¿Cómo? ¿Tan pronto olvida usted lo que hizo por Novoa, Kennedy y la niña tomados en San Bernardo?

—No creo haber hecho sino lo que otro hubiera hecho en mi lugar —respondió con emoción el capitán.

—Y, sin embargo, solamente usted se atrevió a hacerlo —contestó Carrera. Luego se acercó a la puerta de despacho y, dirigiéndose a un soldado que estaba de guardia ante ella, dijo:

—¡Que venga en seguida mi ayudante!

Pocos momentos después se presentaba el capitán Doolet, inglés venido con él desde los Estados Unidos. Doolet vestía “un pantalón de galón de oro, chaqueta bordada de trencilla negra, chaleco bordado de oro a lo húsar, gorra con ancho galón y hermosa borla en el plato”.

—¿Conoce usted esa ropa? —dijo el general.

—Sí, señor, la conozco.

—¿Era equipaje del general Morón, no?

—¡ No, señor, la gorra solamente era del general!

—¿Y lo demás?

- Lo demás era mío!

Carrera rio y replicó:

—Lo siento, pero yo no puedo hacerlo... devolver porque son despojos de la guerra, único sueldo que doy a quienes me acompañan.

—Yo nada reclamo, señor general —respondió Pueyrredón.

Capitán Doolet —dijo don José Miguel a su ayudante—, llame usted al capitán Kennedy y mientras el capitán iba a cumplir la orden se sentó y continuó escribiendo.

En la puerta de la sala se presentó el capitán Kennedy, -llevado de la mano por Doolet. Carrera dejó de escribir y volvió a ponerse de pie, acercándose al ciego.

· Capitán Kennedy —le dijo—, ¿desearía usted ver a algún amigo suyo?

—¿Que si yo desearía ver a un amigo mío ha dicho el general? ¡ Oh, sí señor, pero eso es imposible; yo ya no veré más a mis amigos, pero mis amigos pueden ver-me a mí...!

Kennedy hablaba con voz “quebrada y tierna que conmovió al general”.

—¡ Es cierto, he dicho mal, pobre ciego, pobre amigo mío! Pero bien, ¿ desearía usted abrazar a un amigo suyo que le haya hecho un gran servicio hace poco tiempo?

—¡ Oh, sí, señor general —contestó Kennedy—, particularmente a mi amigo Pueyrredón!

—Pues abrace usted al capitán Pueyrredón —le dijo

el general, al tiempo que empujaba al argentino a los brazos del ciego.

“Kennedy abrió los brazos y se arrojó en los de Pueyrredón, dando un grito de: ¡ mi amigo!, al tiempo que lloraba como una criatura”.

Carrera volvió la cara, emocionado, y el capitán Pueyrredón lo vio acercar un pañuelo a sus ojos.

El ciego sollozaba unido al capitán, y después de un rato se dirigió a Carrera para decirle:
—Señor general, si algo he hecho; si algo valgo, todo lo interpongo, yo me hago responsable del señor, mi vida por la suya...

—Muy bien ---contestó Carrera—, me gusta verlo a usted con esos sentimientos, pero el señor no necesita nada de eso: ya le he dicho que está aquí entre sus amigos.

El ciego se retiró al cabo de un rato y Carrera comenzó a interrogar a Pueyrredón. Hablaron sobre los últimos sucesos de la campaña de San Luis y el general explicó sus movimientos antes de la batalla que costó la vida al coronel don Bruno Morón. Sobre la mesa de trabajo había una proclama dirigida a los pueblos de Cuyo, “prometiendo formalmente no disparar ni un tiro y respetarles sus propiedades, siempre que no le estorbasen el paso de la cordillera de los Andes”. El general la pasó al argentino y éste, después de leerla, preguntó:
—¿Y por qué no se ha hecho siempre así, respetando la vida y hacienda de estos habitantes?

—Así hubiera sucedido, si hubiese podido, pero el hombre no siempre es dueño de sus acciones. Mi cuestión no es con la República Argentina, sino con Chile; pero yo no dependía de mí mismo, estaba aliado con el general Ramírez y tenía el compromiso de ayudarlo para que él a su vez me ayudara. Pero hoy él se ha separado, no ha querido oír mis consejos. Soy libre de mis acciones, entro en el camino en que siempre hubiera querido estar. Usted verá que en adelante mi conducta será diferente de lo que ha sido.

La conversación duró hasta la noche. Pueyrredón veía pasar el tiempo sin que su situación se definiese, lo que

no dejaba de tenerlo con cuidado. Por fin el general preguntó:

—¿Usted tiene su familia aquí en San Luis, verdad?

—j Sí, señor general, la dejé en esta ciudad cuando salí de ella y creo que mi madre debe encontrarse en casa del señor Daract.

—Es cierto —contestó Carrera—; allí está su familia, y ya sabe que usted está aquí; he mandado a un oficial para tranquilizarla y espera a usted allí.

—Agradezco a usted, señor general, lo que ha hecho y deseo saber cuál será mi suerte.

—Está usted en completa libertad, voy a darle un soldado de confianza para que le acompañe y viva en su casa hasta que mis soldados le conozcan. No vaya a creer que le pongo un vigilante; es uno de mis ordenanzas, que hará respetar a usted y a su casa; éstas son mis órdenes que lleva, porque no tengo confianza de mis soldados, que no han hecho profesión de ser virtuosos. Deseo que no olvide usted esta casa; visíteme, particularmente por las mañanas. Tomaremos mate juntos y hablaremos de Chile.

Carrera estrechó la mano del capitán y lo despidió con estas palabras:

—No olvide, capitán, que esta casa lo espera y tendré mucho gusto en recibir su visita.

—Vendrá a menudo a saludarle, señor general, de eso puede usted estar seguro.

Pueyrredón abandonó el cuartel general de Carrera y en compañía del ordenanza se dirigió a ver a su madre. La pobre señora estaba muy afligida por la suerte de su hijo y, ‘aun cuando la presencia del oficial enviado por don José Miguel calmó en parte su ansiedad, un amigo le había llevado la noticia de que su hijo sería fusilado, con lo cual llegó al colmo la desesperación de la anciana. Por fortuna para ella y su hijo, el general Carrera no era hombre capaz de asesinar a sus prisioneros, aun en el caso de Pueyrredón, de cuya familia era “enemigo jurado y fue el principal autor de su caída desde Montevideo”.

Desde ese momento el capitán Pueyrredón se quedó en compañía del chileno, seducido por sus dotes de ca-

ballero, que más tarde se encargó de retratar en sus memorias, diciendo: “El general don José Miguel Carrera era un hombre de estatura más que regular, delgado de cuerpo, color blanco, de mirar tierno y penetrante, nariz grande; tenía la boca casi siempre entreabierta; al hablar mostraba sus dientes blancos y bien conservados, algo grandes; en su frente espaciosa y ‘elevada se notaban a ambos lados dos prominencias pronunciadas, y la cabeza desde allí se elevaba como un globo; un observador inteligente hubiera podido estudiar en aquella cabeza que revelaba tanta inteligencia y, en efecto, ese hombre era una de las capacidades de América”.

“Poseía en grado sumo el don de la palabra, el don de gentes y con una seducción irresistible; no se podía hablar cuatro minutos con el general Carrera sin ser su amigo; hasta su voz era notable, daba a sus palabras una entonación metálica, que parecía una campana” Este era el hombre dueño de San Luis, el montonero al que sus adversarios buscaban afanosamente para matarlo como a una fiera...

EN LAS SIERRAS DE CUYO

El deseo de Carrera de traspasar la cordillera y pasar a Chile le hizo solicitar de los gobernadores de Cuyo y San Juan permiso para cruzar sus territorios, a lo que éstos se negaron y combatieron por las armas, obligándolo a defenderse.

Instalado en San Luis, creyó oportuno cumplir su programa y encaminarse a Coquimbo, en Chile. La falta de tropas, derivada de la salida de la expedición libertadora del Perú, debía poner a sus adversarios en sus manos, ya que el país, pensaba, se levantaría contra su gobierno. Estaba al tanto de la sorda resistencia que se ejercitaba contra O’Higgins y del malestar que reinaba por su intransigente preferencia por San Martín y su

equipo de colaboradores argentinos. La incondicional adhesión del mandatario al general trasandino, hasta colocar a su disposición cuanto medio tenía el país, sin hacer pesar lo suficiente los intereses nacionales y destacar los sacrificios de Chile, causaban malestar, y en su oportunidad el propio Senado de la nación hizo presente su descontento y solicitó que el mando de las fuerzas lo tuviera un oficial general del ejército de Chile. Por esta razón San Martín tuvo que ser investido de tal rango y la expedición zarpó bajo la bandera chilena. San Martín olvidó inmediatamente todo lo que debía a O'Higgins y a Chile, pero no olvidó sus continuas solicitudes de dinero y soldados para continuar sus operaciones. Argentina nada le entregaba; por cuanto tal expedición la consideraba ajena a sus esfuerzos y de ello ha dejado clara constancia don Miguel Zañartu en carta escrita el 9 de octubre de 1821: Pero también los devoraba la idea de' que Buenos Aires no llevase las glorias. Ahora es cuando estos habitantes han pronunciado su rabia de no ver flamear el pabellón de Buenos Aires en la plaza de Lima. Antes, cuando creían la empresa quijotesca, cuando esperaban que Chile pagase su temeridad, guardaban un profundo silencio, indicando en él que toda empresa que no fuese dirigida por este pueblo debía ser ignominiosa y que Chile sólo recibiría venganza. Pero al presente, se cubren de ella cuando ven en mi casa flamear triunfante dos banderas de lujo que he formado, a pesar de que yo cuido de contemporizar con aquellas pasiones mezquinas y de no avivar ese sentimiento indigno que los agita.

Poco tiempo más tarde decía en otra carta: Ya está el camino libre (se refiere a la muerte de Carrera) y puedo hablar a usted sin reserva. Sin tal seguridad, no me atrevería a denunciarle el vergonzoso, el estúpido y criminal silencio que se ha guardado en este país a presencia del sublime triunfo sobre Lima y feliz derrota de Carrera. Parece que la mayor parte de estos hombres devorados ya por un espíritu de envidia hacia Chile, ya de indignación contra San Martín, olvidan sus ventajas efectivas y sus propios intereses. Sus pequeñas almas verían con un ojo tranquilo y acaso placentero la destruc-

ción de un ejército cuyo triunfo no les ha dado glorias pomposas que satisfacen su hueca vanidad..., porque e no pueden digerir que la bandera de Chile se lleve glorias..

Lo expresado por Zañartu era la verdad. Buenos res no hizo suyo el triunfo de San Martín, por cuanto sabía que la expedición la había costado Chile y qu dinero, ejército y escuadra eran de este país. Por el contrario, se avivó el desencanto que tenía por el vence de Chacabuco, hasta ignorarlo por completo.

En cambio, en Chile la noticia causó un enorme alborozo y afianzó el mando del general O'Higgins, haciendo olvidar los sinsabores causados por la preparación de los elementos necesarios para tentar tan magna e presa. La expedición libertadora dio a Chile orgullo nacional y fe en sus destinos.

Para don José Miguel la noticia del triunfo de armas chilenas en Lima significó un rudo golpe, pues echó por tierra sus planes de hacer caer al director supremo con sólo presentarse en Coquimbo. La posibilidad de una. revuelta en que cifraba sus esperanzas se alejó. en cambio se robusteció la situación de su rival.

El triunfo de San Martín en el Perú consolidaba situación interna de Chile y no era el momento oportuno para intentar la travesía de la cordillera. Consecuente con esta nueva situación, permaneció en San Luis tratando de volver a su favor los acontecimientos. Prohibió con dureza cualquier desmán que pudiera cometer en la ciudad y llamó al gobernador, don José Santos Ortiz, para que reasumiera sus funciones. Como éste se negara, hizo escoltar a su esposa hasta su campamento colocó guardias en su casa para evitar atropellos.

El 24 de junio de 1821 se reunían los más prestigiosos vecinos de la ciudad para proceder al nombramiento de un gobierno en ausencia de Ortiz y se designaba sargento mayor don José Gregorio Jiménez. En el acta

suscrita para el objeto se dejaba constancia del término de “la guerra entre las provincias de San Luis y el ejército restaurador del mando del señor brigadier general don José Miguel Carrera”.

Un día llegó hasta San Luis una noticia que ensombreció la faz del general Carrera: Ramírez, el “Supremo Entrerriano”, había muerto a manos de los cordobeses. En efecto, el general Francisco Ramírez, después de separarse de don José Miguel,- trató de regresar a Entre Ríos para hacerse cargo del mando de las fuerzas que el general Mansilla tenía al este del río Paraná. Para ello tomó el camino seguido de unos 400 hombres, de los cuales no tardaron en desertar cerca de 100. El gobernador sustituto de Córdoba, don Francisco Bedoya, inició una persecución tenaz y terminó por alcanzar al caudillo en la mañana del 10 de julio en San Francisco, donde lo derrotó, matándole casi todos sus soldados. Ramírez, bien montado, salió del campo de batalla, en presurosa huida, seguido por su capellán Monterosa, doña Delfina y algunos soldados. La hermosa muchacha había peleado con bravura a su lado. La carrera es desenfundada y el viento hace ondear el poncho punzó de Ramírez y el airón rojo y negro de la dama. Los perseguidores ganan terreno y uno logra acercarse al caballo de doña Delfina. y bolearlo. El animal rueda, arrastrando a su preciosa carga, y los cordobeses se arrojan a despojar a su presa de ropas y alhajas. Doña Delfina se defiende como una leona y en su desesperación grita: “¡ Panchoooo-o. . . !” Ramírez escucha el llamado de su dama. y con mano firme sienta su caballo. Sus hombres lo imitan y con el sable desnudo y levantado regresan en imponente carga. Se lucha cuerpo a cuerpo. Doña Delfina salta sobre su caballo y huye. Sobre el terreno han caldo muchos soldados cordobeses bajo el filo de los sables de los indómitos gauchos de Ramírez, pero una detonación rasga la claridad de la mañana y el “Supremo Entrerriano” vacila sobre su caballo; el sable cae de su mano y se abraza al cuello del animal, que emprende rápida carrera. Poco a poco se va inclinando hacia el costado, hasta caer al suelo, envuelto en su poncho colorado, en tanto “su brioso pingo se pierde desbocado en la pampa”. Un pistoletazo le ha atrave-

sado el pecho y allí está: los brazos abiertos, cara. Al sol. A lo lejos huyen en gran galope doña Delfina y los últimos compañeros del vencido, mientras los vencedores rodean su cadáver,~ como si dudaran de que ese hombre hubiera muerto. El famoso caudillo de Entre Ríos yace sobre la hierba, que un chorro de sangre mancha, cayendo desde el pecho. Los soldados “miran con terror, como si viviera, este cuerpo hercúleo y retacón de tipo aindiado y cabezudo, de pelos y barbas hirsutos, de manos macizas y cortas como garras de puma”. Uno desmonta y de un golpe de su sable separa del tronco la cabeza, que luego envuelven en un pellejo de carnero por orden de Bedoya y remiten como trofeo al general Estanislao López, en Santa Fe.

El mestizo la recibe y se apresura a comunicar al gobernador de Buenos Aires la feliz noticia.: “La heroica Santa Fe, ayudada por el Alto, y aliadas provincias, ha cortado en guerra franca la cabeza del Holofernes americano

El general Rodríguez hace llegar hasta el campamento da López, en Córdoba,. al joven doctor Dalmacio Vélez Sarsfield y otras personalidades a felicitar al gobernador de Santa Fe y “el héroe” los recibe “sentado ante una pequeña mesa de tijeras, encima da la cual estaba la cabeza de Ramírez, mesa en la que aquél despachaba su correspondencia en compañía de su secretario, don Francisco Seguí”. Más tarde López remitió su sangriento presente a Santa Fe, “con orden de que se colocara en la Iglesia Matriz encerrada en una jaula de hierro”. Tales eran los hombres. . ., tales los tiempos.

La muerte de Ramírez debió llevar al ánimo de Carrera tristes presentimientos y recuerdos. La guerra era a muerte, y sus enemigos, implacables.

Más de un mes permanece Carrera en San Luis y durante este tiempo pone orden en sus fuerzas y reprime muchos desmanes de sus hombres. Lo más grave es la conducta de algunos oficiales. Debe castigar al comandante de milicias Manuel Arias, obligándolo a devolver a sus padres a una muchacha a quien había, seducido por engaño, y al capitán chileno Eugenio Cabrera a casarse con otra por iguales razones. “Por este mismo sistema de

prudencia reconvino ásperamente a su importante aliado el coronel Felipe Alvarez, por haber cometido el robo venial y apetitoso de trece pesos de pan blanco, y aun amonesté al teniente Francisco Rodriguez por la ingeniosa travesura de despojar a nuestro padre Santo Domingo del estandarte de su orden para hacer con su asta una lanza sagrada con que defender su vida en los combates”.

Estas medidas eran desagradables para aquellos hombres acostumbrados a hacer su voluntad y dieron como resultado dos conspiraciones contra la vida del general, que fracasaron por la lealtad de los soldados. Arias, sobre todo, que era un hombre inmoral y de perversos sentimientos, guardó desde ese día un encono incurable contra el chileno, que dio sus frutos, algunos días más tarde, como lo vamos a ver.

Inútiles eran estas medidas de Carrera. Sus adversarios sólo deseaban su destrucción, sin reconocerle nada bueno, y hubo de ponerse de nuevo en campaña para hacer frente a las fuerzas de Mendoza despachadas en su contra. “El gobernador de Mendoza, Godoy Cruz, y el coronel Pérez de Urdinineá, que el Cabildo de San Juan había hecho venir desde Córdoba para encargarlo del mando de su división, eran los principales resortes puestos en juego para levantarle un formidable atajo en su camino a Chile. El director O’Higgins, con poderosa y oculta mano, manejaba aquellos, y los dirigía al fin exclusivo, y para él importantísimo, de hundir para siempre en la impotencia a su temido rival” .

El 21 de agosto se movió desde San Luis hacia San Juan, buscando el camino de Chile. La senda por recorrer era desconocida y hubo necesidad de confiarse de guías y del capitán Aldao, hombre que decía conocer la región y que resultaron al final unos pérfidos.

Desde el comienzo de la marcha se hizo sentir la dureza del camino. La zona desértica de los contrafuerte orientales de la cordillera iba a agotar las fuerzas de hombres y animales. Había que cruzar una parte are-

nosa, “escasa de aguas, sin otra vegetación que algunos mezquinos malezales cuyos desecados ramajes fueron el único alimento de los caballos en una distancia de ochenta leguas”. Era imposible pensar en el regreso; el enemigo había ocupado San Luis tan pronto Carrera lo abandonó y era forzoso seguir adelante si no se quería perecer en aquellas soledades.

Impulsados por la necesidad, los montoneros iban adelante. La columna marchaba con un indescriptible desorden. Gran parte de los hombres que la formaban eran argentinos de las provincias de Córdoba y San Luis, restos de antiguas montoneras que acompañaban al general chileno en un número cercano a 500. Una enorme cantidad de mujeres seguía a aquellos hombres que “eran voluntarios y dueños de sus acciones y en ninguna parte se manifestaba más esa libertad que en el ramo de las mujeres; cada uno era dueño de llevar las que quisiera, a veces sucedía que uno llevara dos o tres, y otros que entre dos llevaban una sola, compartiéndose sus favores sin que por esto hubiese jamás discusiones entre ellos. Como el juego era libre, cuando perdían sus prendas apostaban las mujeres, de lo que resultaba que el más afortunado tuviese a veces muchas que vendía, prestaba o volvía a perder en el juego. Aquello era el siglo de oro para esa gente”.

Pero las mujeres representaban un serio inconveniente: usaban los mejores caballos y los exigían sin ningún cuidado, de lo cual resultó su destrucción y con ello el poder combativo de las fuerzas se terminó, hasta dejar de ser un elemento efectivo de guerra. Desde este momento, Carrera estaba perdido.

Se había apoderado del general una nostalgia por volver a ver su país, y en las noches, cuando los fuegos del campamento hacían menos dura la vida de sus hombres, llegaba hasta el grupo de oficiales y se entretenía en conversar con el capitán Pueyrredón, cuya educación esmerada le agradaba, y su tema era recordar los días

pasados en su patria. Pueyrredón había regresado poco antes de Chile y don José Miguel escuchaba con gusto todos los pormenores que éste le daba de su viaje. “El recuerdo de sus días de gobierno, el mando del ejército restaurador y hasta su infancia, desfilaban por su mente en vigorosa charla, hasta que, cercana la medianoche, se retiraba a su tienda de campaña”.

Un día, caminando Pueyrredón junto a don José Miguel, le representó la condición de sus soldados, como antes lo hiciera el coronel Iriarte. El general suspiró y contestó:

—Es cierto todo lo que han dicho de mis soldados, son unos facinerosos a quienes tengo que soportar a pesar mío, siendo ésta una de las fatalidades de mi posición. Usted ve, capitán, yo no puedo pagarles, nada tengo que darles, y si no les permitiera esa licencia, me quedaría sin uno solo. Pero en llegando a Chile me las van a pagar.

—¿ Su única ambición es llegar a Chile, general?

—preguntó Pueyrredón.

—Sí, don Manuel, quiero regresar a mi patria para buscar tranquilidad, “esa tranquilidad que me niega el ingrato y pérfido O’Higgins, y dar libertad a mi país que gime bajo la tiranía de ese hombre. Muchas veces he dicho a usted cómo me han perseguido y cómo me han negado hasta lo necesario a mi existencia y la de mis seres queridos. Mi padre, mis hermanos han muerto asesinados por él y yo vago errante, sin poder encontrar refugio por su culpa. Ah, mi amigo, el señor Riquelme no pagaría ni con cien pescuezos el mal que me ha causado.. !”

Carrera continuó silencioso la marcha junto a la columna que marchaba en busca del camino a Chile... Cerca, el coronel Benavente fumaba con indiferencia un cigarro en medio de un grupo de oficiales.

BATALLA DE LA PUNTA DEL MEDANO

Después de soportar infinitas penalidades en que asta el tiempo demostró su inclemencia en terribles tormentas, Carrera llegaba con sus caballos agotados a las márgenes del río San Juan en la mañana del 29 de agosto. Una guerrilla enemiga guardaba el paso y fue rápidamente dispersada, a pesar de estar protegida por las escarpadas laderas de la orilla, y se continuó en dirección al lugarejo de San Juan.

Por la tarde llegaba la columna a La Ligua, situándose a corta distancia de las tropas de Urdininea. El ataque se esperaba para el amanecer del día siguiente. A medianoche cayó un prisionero que, interrogado, informó de proximidad de las fuerzas de Mendoza e hizo presente u carencia de infantería. Con las noticias proporcionadas, Carrera cambió su plan y decidió contramarchar para atacar a los mendocinos, dejando libres a los de San Juan. Este error fue su perdición.

Las fuerzas de Mendoza que había reunido el gobernador, don Tomás Godoy Cruz, sumaban un millar de hombres y las puso a las órdenes del coronel de milicias don José Albino Gutiérrez, hombre rudo pero enérgico, que en su juventud fue arriero y más tarde llegó a tener una espectable situación como hacendado en la provincia; lego en materia militar,. “no había sido bautizado por el humo del combate, ni tenía la menor idea de la ciencia de la guerra, ni nada entendía de milicia” .‘ Por esta ausencia de conocimientos militares se le dio como segundo a don Augusto Bardel, antiguo oficial de caballería de Napoleón. Los soldados eran en su mayoría milicianos a los que el terror que inspiraba, el nombre de Carrera llevaba a defender la ciudad, convencidos de que si ésta caía en sus manos se repetirían con creces los desmanes ocurridos en El Salto. Las autoridades se encargaron de pintar con sombríos caracteres los peligros a que todos estaban expuestos, y Godoy Cruz, en manifes-

tación pública celebrada en la plaza de Mendoza, expresó:

—Hay que salir a batir esa horda de asesinos, o resignarse a morir como corderos en sus manos, cuando invada la provincia.

La campaña resultaba una cruzada y el entusiasmo suplía la falta de conocimientos del general y sus soldados. Había en todos una fuerte voluntad de vencer a los temidos montoneros así cruzaran con ellos sus armas. El temor los hizo prudentes y, asegurados contra las sorpresas, caminaron lentamente al encuentro del enemigo.

Acampado en El Retamo, Gutiérrez conoció la dirección de marcha de Carrera y el 27 movió sus fuerzas a su encuentro, avanzando hacia San Juan. En esta forma Carrera quedaba colocado entre las fuerzas de Urduinea por el norte, por el sur Gutiérrez, mientras las de Córdoba y La Rioja le amenazaban por el este. Su única esperanza estaba en vencer desde su línea interior o pasar a Chile, dejando a sus espaldas a los argentinos.

Tomada su resolución de no atacar a los sanjuaninos, Carrera ordenó la contramarcha. Los soldados obedecieron, pero de malas ganas, “y aunque no- murmuraban, marchaban desalentados, como quien va a entregarse, víctima indefensa en manos del enemigo Sin duda éste fue el más grave error que el general chileno pudo cometer en esta campaña. La batalla debió darla contra el enemigo más cercano: de otra manera se exponía a que, siguiéndolo, lo colocara entre dos fuegos cuando se encontrara amarrado con las fuerzas principales, que, en este caso, eran los mendocinos. Carrera, sin quererlo, entró en la trampa y la trampa era mortal.

Para remontar sus hombres despachó una partida a Guanacache, donde el enemigo tenía pastando un gran número de caballos, la que tuvo éxito, y sorprendió a los mendocinos, pasándolos a cuchillo y arrebatándoles el ganado, pero de nada sirvió aquella victoria: el ejército de Mendoza estaba interpuesto entre los vencedores y Carrera.

En la noche del 30 de agosto Carrera pernoctó en un páramo arenoso por cuyo centro pasa el camino de San Juan a Mendoza y es conocido por la Punta del Médano, mientras Gutiérrez tendía su línea frente a él al abrigo de un arenal, después de escuchar la opinión del comandante don Manuel de Olazábal. Gutiérrez se encontraba en ese momento adelantado a su división y escuchaba:

—General, las fuerzas enemigas están acampando en la Punta del Médano, “según me lo indica el movimiento de su real’ que yo he observado con mi partida adelantada”. Sus fuerzas deben, ser aproximadamente unos 600 hombres, que he podido observar muy bien desde una posición avanzada.

—¿Está seguro usted de que sean solamente 600?

—preguntó Gutiérrez.

—No los estimo en más, general; “no obstante esto, es necesario tener presente que vamos a combatir con soldados llenos de orgullo por sus glorias y que por eso son temibles”.

—Tenemos una superioridad que nos asegura la victoria contra esos montoneros, ¿verdad?

—Sí —contestó Olazábal—; “pero nuestro ejército está falto de una regular organización, por lo que necesitamos echar mano de una estrategia que llene con parte aquella falta”.

—¿Y qué sugiere usted, comandante?

—Mañana sucederá el encuentro y “la posición para dar la batalla no puede encontrarse más ventajosa que la que estamos pisando; ella por sí sola nos da una inmensa superioridad; tendida aquí la línea —y Olazábal señaló el sitio en que se encontraban extendiendo sus brazos a derecha e izquierda—, nuestros flancos están bien res— guardados; al frente tenemos un gran arenal, que para llegar los enemigos lo harán con sus caballos fatigados, y si los vencemos, con dificultad escapará uno, mientras que nosotros tenemos a retaguardia un suelo duro y sin

escollos. No obstante, repito a usted, mi general, que es necesario tener presente que nuestros enemigos son solos de gran valor y que el general Carrera, que los ada, es de una capacidad inmensa y un valiente a toda prueba y lo acompañan algunos jefes impertérritos”, Como el coronel Benavente. “Formemos el ejército de esta manera: la infantería en el centro en batalla cubierta de fila de caballería que al llegar los enemigos a nuestra a y a una señal convenida se corra por derecha e izquierda a retaguardia, y despejando el frente para romper el fuego. Yo con mi división me colocaré a la derecha y Aycardo, con la que está a sus órdenes, formará la extrema izquierda. Hay que tener presente de abandonar la línea de batalla para evitar un entrevero los de Carrera, porque en esta forma de combate están muy amaestrados; a no ser que el fuego de la infantería los pusiese en completa derrota”.

El coronel Gutiérrez escuchaba con atención las palabras del comandante Olazábal y, luego en materia militar, aceptó complacido su plan de batalla.

—Está bien, acepto y daré las órdenes necesarias dijo.

—Tenga usted confianza en mí, general —agregó Olazábal—, conozco el valor denodado de los soldados mendocinos, porque los vi batirse en Putaendo, Chacabuco. Cancha Rayada, Maipo y he combatido con ellos. manera que me garanten sus esfuerzos.’

En efecto la línea mendocina estaba colocada en una excelente posición, cuyos flancos se apoyaban en el lago Guanacache y en una altura cubierta de árboles que imposible el ataque por ese lugar. Como lo estimara Olazábal con excelente ojo de soldado, resultaba muy fuerte ante cualquier ataque llevado de frente y se necean grandes esfuerzos para romperlo si no se contaron los medios necesarios. Al abrigo de estas ventajas le daba el terreno, Gutiérrez esperó el ataque del adversario.

Amaneció el 31 de agosto. El sol iluminaba los contrafuertes cordilleranos y el paisaje árido del Médano aparecía saturado de luz. Carrera tomó sus medidas para dar ese día la batalla contra los mendocinos con la intención de abrirse camino a Chile. El estado de sus tropas era bastante deficiente por las malas condiciones en que se encontraban los caballos, pero el general chileno esperaba de su buena estrella y del valor de sus soldados el triunfo en el campo de batalla. Se trató de reunir todo el personal disperso que cumplía misiones en Guanacache y en la Sierra, y con ese objeto se despacharon chasques que llevaban la orden de regresar al grueso de la columna. Por desgracia, tales disposiciones resultaron tardías: el adversario había ganado una notoria ventaja en sus aprestos para el combate que se iba a realizar

No desesperó por ello don José Miguel y con calma dio sus órdenes para la acción. Apreciada la posición enemiga, se estimó su ala izquierda como la más fuerte y contra ella se resolvió el esfuerzo principal, en la esperanza de que caída esa parte de la línea sería fácil la destrucción del resto. El cálculo de las fuerzas adversarias se hizo entre 700 y 800 hombres, lo que daba una superioridad numérica enemiga posible de contrarrestar con un mayor empuje.

Reconocida la posición enemiga “por dos piquetes que debían aproximarse todo lo posible”, las columnas de carga comenzaron a acercarse hasta ganar la distancia conveniente para entrar en acción. “Así se avanzó en línea sobre el enemigo, mientras el resto no combatiente, incluso las mujeres, arrieros y bagajes, marchaba en columnas con mucha lentitud” y a alguna distancia simulando una fuerte reserva.

A fin de ahorrar las fuerzas del ganado, se suspendió el reconocimiento próximo de la posición mendocina y se decidió a llevar una carga impetuosa desde el primer momento. El coronel Benavente, usando esa mañana el mismo caballo tordillo que montaba el coronel don Bruno Morón en Río Cuarto, se colocó a la cabeza de sus hombres, “y como advirtiera que los soldados se mantenían irresolutos les preguntó perentoriamente y con fiero sem-

biente si iban a entrar o no en batalla. Respondieron entonces animosamente que seguirían a su comandante y morirían con él”.

En ese momento se encontraban a tiro de fusil y los mendocinos abrieron el fuego. Los caballos en línea tascaban los frenos y se escuchaban las espuelas que chocaban contra los hierros de los sables listos para levantarse contra el enemigo. Aquello fue sólo un momento. Parado sobre sus estribos el corneta tocó carga y aquellos hombres, acostumbrados a la muerte, se lanzaron contra la posición de Gutiérrez “con orden e intrepidez”, pero un pequeño zanjón protegía el frente, y los caballos, extenuados por el arenal que hubieron de atravesar, y en el que se hundían hasta las rodillas, fueron impotentes para salvar ese obstáculo y los que lo intentaron cayeron en él, siendo muertos sus jinetes por los mendocinos. La carga había fracasado y era forzoso retroceder. Cargados por la caballería de Gutiérrez, los carrerinos fueron, perseguidos por espacio de tres cuadras, hasta que, rehechos, volvieron caras y, sin pedir cuartel ni darlo, sablearon a sus perseguidores hasta hacerlos huir tras los cuadros de su infantería. El coronel Gutiérrez y el comandante Aycardo, que se habían adelantado para saborear la victoria, huyeron desolados a refugiarse tras el cuadro de infantes, salvándose de los fieros sables que dejaban al caer la sangrienta huella del combate, hundiendo cabezas o cercenando miembros.

La nueva carga no logró deshacer la línea y Benavente repitió con furia sus ataques hasta agotar el último esfuerzo de sus caballos en busca de la ansiada y necesaria victoria. Todo fue inútil. Carrera, que llegaba en ese momento hasta el frente mismo, vio la inutilidad de los esfuerzos de sus maltrechos soldados y ordenó tocar retirada. En aquel momento un polvo fino impedía casi la respiración. Hombres y animales jadeaban sudorosos. La retirada comenzó en orden y aun se hizo el último alto para tomar alientos. Pero el hado había dispuesto, ya la suerte de Carrera. Hacia el norte una polvareda indicaba la presencia de jinetes y se estimó que eran las fuerzas de San Juan que concurrían al campo de batalla.

Desde allí la retirada iba a convertirse en fuga y desastre.

“Muchos soldados abandonaban sus caballos cansados y montaban a la grupa de sus compañeros para no caer prisioneros”, tratando de escapar a la persecución del campo de batalla. En dispersión los soldados llegaron hasta las chácaras de Guanacache y allí se reorganizaron hasta formar una columna en marcha y tomar el camino de la Posta de Cañada Honda.

El comandante Olazábal persiguió con empeño a Carrera hasta caída la noche y logró aproximarse bastante al general, pero el respeto que causaban esos hombres aun vencidos los salvó de caer prisioneros.

Durante la marcha, el ánimo de Carrera no decayó con la derrota. Las pérdidas eran sensibles y era necesario colocar la mayor distancia entre ellos y sus vencedores, por lo que resolvió dirigirse a Jocolí para tomar una partida de caballos mendocinos que se guardaban en esos pastizales. Aún lo acompañaban más de 100 hombres, que, bien montados, impondrían respeto al enemigo. Su pensamiento lo dio a conocer al capitán Pueyrredón, que en un momento de la marcha se le aproximó. El general le habló en francés:

—Mala jornada: para nosotros, capitán; lógico resultado del pésimo estado de nuestros caballos. ¿ Pero por qué no se ha salvado usted? Ellos no saben que usted ha peleado a mi favor y aún es tiempo de que nos abandone.

El capitán miró con profunda simpatía á Carrera. Vencido, se presentaba ante el noble argentino en todo su valor. Pueyrredón era un caballero y su contestación fue digna de los tiempos de Francisco I

:

Ya es tarde, señor, antes tal vez lo hubiera hecho. pero hoy no. Si ellos no saben que yo he peleado, yo lo sé yo hubiera huido del general Carrera feliz, pero no abandonaré al general desgraciado; cualquiera que sea su suerte participaré de ella, a lo menos mientras haya peligro.

—Gracias, capitán —contestó Carrera—; usted es un caballero y un valiente; lo probó en San Bernardo y ahora lo confirma.

—Sólo cumplo con lo que estimo que es mi deber, general...

Carrera guardó un momento de silencio y suspiro hondamente y, al cabo de un rato, volvió a decir, siempre en francés:

—Tengo noticias de Jocolí, que está en este camino a doce leguas de Mendoza; hay como cuatrocientos caballos guardados por una partida que sorprenderemos o derrotaremos. Una vez dueños de esa caballada, atravesaremos el Tunuyán. Tengo el mapa y una brújula. Puestos en la pampa seguiremos por el desierto hasta Rosario; allí nos embarcaremos para Montevideo, para luego seguir a los Estados Unidos, donde podemos ser felices, porque tengo buenos amigos, pero es preciso para esto que se resuelva usted a olvidarse de su país, como yo he resuelto hacerlo. Se acabaron para mí la política y la guerra: José Miguel Carrera no volverá nunca a estos países, que serán siempre para él un ingrato recuerdo;. ¿ Se acomoda usted a este plan?

—Sí, señor, lo acompañaré a los Estados Unidos y participaré de su suerte...

—Pues bien, es cosa ya decidida; nos marcharemos a los Estados Unidos y allí podré ser feliz junto a mi esposa y mis hijitos...

El rostro de don José Miguel se ensombreció con profunda tristeza y continuó al galope de su caballo, mientras quedaban como huella de su paso las gotas de sudor que iban cayendo del noble animal sobre el polvoriento y áspero camino...

Al crepúsculo, hacían alto en la Posta de la Cañada Honda, y sin bajar de los caballos bebían algunos sorbos de agua que les brindó el posadero. A alguna distancia, el comandante Olazábal detenía sus caballos sin atreverse a cargar y luego se reemprendía la marcha a Jocolí.

LA TRAICIÓN Y LA MUERTE

Cayó la noche y los fugitivos del Médano, envueltos en sus ponchos, dormitaban sobre sus cabalgaduras, que avanzaban con lentitud.

En tanto la traición consumaba su obra en el alma de algunos de los acompañantes del general. Como contraste de la nobleza de Pueyrredón estaba la infame conducta del comandante de milicias de Córdoba, Manuel Arias y los tenientes Pablo Inchausti, José María Benítez y Nicasio Moya, este último chileno, quienes, aprovechando las sombras, seducían a los soldados y los incitaban a apoderarse del general y entregarlo a las autoridades de Mendoza a cambio de la amnistía y de los premios ofrecidos.

A las dos de la madrugada las voces: ¡Alto! llevaron la alarma a la cabeza de la columna, donde se encontraban los oficiales, y se escuchaba la voz de Arias resonar en la noche para decir a Carrera:

—¡ Traiga usted su sable y sus pistolas, que usted está preso!

—¡ Cállese usted, miserable! —contestó don José Miguel—. Traidor fue usted a sus paisanos, ¿ qué extraño es que lo sea a mí? Acuértese, hombre infame, que lo he sacado de la cárcel.

—¡ Amarren a todos los oficiales y maten al que hable! —gritaba Arias.

Todos fueron obligados a bajar de sus caballos por los soldados amotinados y el teniente Nataniel Doolet “fue herido porque quiso defender a su jefe y su carácter”. Sólo Benavente, seguido por el capitán Aldao y el baquiano Ansorena lograron escapar.

Los prisioneros fueron conducidos a una casa existente en las inmediaciones y colocado bajo fuerte custodia, mientras el Judas cordobés y sus cómplices se ocupaban en redactar el parte a las autoridades mendocinas.

Al amanecer del siguiente día se reanudó el camino a Mendoza. La traición estaba consumada, finalizando en esta forma la gran jornada que comenzó con el cruce

del río Paraná. Estaba en manos de sus enemigos y “sabía que nada podía esperar del hombre que había dado la orden al general Morón de fusilar a todos los prisioneros”.

Marchaba tranquilo, como si aún fuera el comandante en jefe. Cerca de él, con el alma traspasada de angustia, iba Pueyrredón, que trataba de mitigar los amargos momentos del chileno.

—Esos traidores nos llevan a Mendoza, general, y es posible que allí cambie nuestra suerte...

—No lo espere usted —contestó don José Miguel

Usted trata de hacerme concebir alguna esperanza de la suerte que me reserva el gobernador Godoy, pero yo sé que nada debo esperar de ese hombre “de alma pusilánime, vengativo e hipócrita que va a comulgar y a oír misa todos los días y vuelve a su casa para firmar sentencias de muerte”.

—El gobernador puede tratar a usted como prisionero de guerra, general... -

—No; eso no sucederá!... Yo le agradezco a usted, capitán, su empeño e interés por mí, pero “mi muerte hace mucho tiempo que está decretada, Godoy pertenece a la Logia que la decretó, y, aunque en su mayor parte no existe, quedan Godoy Cruz y O’Higgins, que están de manos dadas. Mis enemigos son implacables; hicieron perecer a mis hermanos, y ¿cree usted -que me han de dejar con vida? Sí, tendrán mi vida, pero aun así no quedarán satisfechos. ¡Ojalá fuera éste el último sacrificio! .

—¡Oh!, no hable así, general, anticipando la idea de su muerte...

—Ya le he dicho que no me van a dejar con vida y “por lo que hace a la muerte, yo no la temo, he pensado mucho en ella y estoy completamente familiarizado con esta idea. Como yo sabía lo que me esperaba, me he preparado para este trance. Además..., ¿qué es la muerte...? Estoy persuadido de que es una sombra oscura que pasa.. .“ —y el general hizo un ademán con su mano, pasándola de izquierda a derecha.

La marcha continuó hasta llegar a Jocolí y de allí a la Quinta de Segura, donde esperaban las tropas e Mendoza. Carrera fue entregado al coronel García y los capitanes Videla y Arellano, quienes cometieron la barbaridad de insultar al prisionero, despojándolo de su abalzo, dinero y efectos personales.

Amarrado fuertemente, tomó con sus nuevos guardianes el camino de la ciudad, distante unos ocho kilómetros, mientras Arias recibía de manos del gobernador un indulto, que eran los 30 denarios con que se pagaba u obra.

La tarde tocaba a su fin cuando partieron y era ya e noche cuando llegaron a las afueras de Mendoza.

Mientras estos sucesos se desarrollaban, en la tarde leí el coronel don José Albino Gutiérrez, feliz vencedor de la Punta del Médano, escribía sobre un pedazo e papel su parte de campaña, anunciando su completo triunfo:

Acabamos de lograr una Victoria Completa sobre el invasor Carrera; lo he destruido al todo; he hecho muchos prisioneros y Prisioneras, muchos muertos y aún estamos en el Campo de Batalla persiguiendo al enemigo.

El va huyendo enteramente a pie, no tiene por donde escapar, si no cae en mis manos caerá en las de San Juan.

Tengo su caballada y cargas, nada le queda si no lleva una soga para ahorcarse.’ La batalla tocó a su término y numerosos prisioneros testificaban las palabras del parte de Gutiérrez. a noche suspendió la persecución y al día siguiente el vencedor recibía el saludo del comandante Olazábal, su mentor en la víspera del triunfo, y le dijo, tomándolo afectuosamente del brazo:

—Mi amigo, “estoy resuelto a fusilar a ese extranjero ciego que tengo prisionero y que me han dicho que Carrera hacía pasar por su adivino; así como también

entresacar de los prisioneros a los que ellos mismos indiquen como los más criminales durante el tiempo que han andado con Carrera”.

Olazábal quedó helado al oír aquella terrible determinación y de inmediato intervino en favor de aquellos desgraciados, haciendo ver a Gutiérrez lo inhumano de su proceder y la responsabilidad que se echaba encima.

Este se encerraba en una obstinada negativa y, acosado por las razones del comandante, terminó por ceder en lo tocante al ciego, que era el capitán Kennedy, pero mantuvo su resolución de fusilar a los prisioneros. En efecto, a media mañana se les hizo “formar en línea y se les ordenó dijese cuáles habían sido más criminales mientras habían andado con Carrera” para ser pasados por las armas.

Quince fueron señalados entre la confusión que causara la orden y en seguida se procedió a ejecutarlos frente a las tropas vencedoras.

Más tarde llegaba hasta el cuartel general de Gutiérrez la noticia de la prisión de Carrera por sus subalternos y éste escribió al gobernador Godoy Cruz la conocida y célebre carta que decidió la suerte del vencido:

En este momento acabo de tener parte que, el capitán don Manuel Arias (uno de nuestros más acérrimas enemigos), acompañado de los demás facinerosos que fugaron con Carrera, lo han prendido a éste, y se dirigen a ésta en circunstancias que ya les era preciso caer en manos de mis partidas que los seguían desde su derrota, y que había dado orden de que todos los que alcanzasen desde anoche los degollasen, excepto Carrera, para llevarlo vivo a fin de que los vencedores tuviesen el gusto de fusilarlo en la plaza, teniéndolo US. a bien.

La orden que di de no hacer prisioneros fue resultativa de que aquellos bandidos se encontraron con la partida del alférez Calvo y degollaron cuatro o cinco, correspondiendo de este modo esta canalla a mi generosidad de haber hecho 140 prisioneros sin haber hecho morir uno solo después de concluida la acción.

Yo me intereso con US., me lo han suplicad todos mis oficiales, que el día de su entrada a la capital esté en estado Carrera de habérsele seguido su consejo de guerra, para fusilarlo

con sus tropas el mismo día en-que entremos, si es asequible mi solicitud y demás beneméritos.

Los demás que lleguen con Carrera, es preciso ponerlos en seguridad, esto es, si acaso mis partidas no los han alcanzado y ejecutado mis órdenes. Dios guarde a US. Señor Gobernador de Mendoza, don Tomás Godoy Cruz, Punta de la Laguna, en marcha, septiembre 2 dc 1821. José Albino Gutiérrez.

No contento con las órdenes dadas a sus partidas, Gutiérrez fue sembrando de cadáveres la pampa para jalonar su camino de triunfo y “en los días siguientes de su marcha para la ciudad de Mendoza fueron fusilados como cuarenta hombres más o menos”.’

En la noche del 1° de septiembre la ciudad de Mendoza se preparaba alborozada a presenciar el término de sus sobresaltos: Carrera prisionero entraba para ser juzgado.

Una multitud formada por todo el pueblo de Mendoza esperaba ver al hombre que había llenado la pampa con su nombre, a “ese jefe de bandidos que llevaba la guerra de exterminio por doquier y de quien la credulidad popular hacía un monstruo, un antropófago, y pintaba con colores tan negros”. Allí estaba montado sobre un caballo, que conducía por la brida uno de los soldados encargados de su custodia, el hombre que para vencer a Morón había hecho pacto con el diablo. Impotente, “miraba con firmeza, pero sin afectación”.

Las calles de la ciudad se encontraban repletas de tropas para evitar incidentes y en la casa de gobierno Godoy Cruz y las autoridades de Mendoza esperaban al general vencido, que llegó poco después de las diez de la noche. Pesados grillos unían- sus pies, de modo que “caminaba con dificultad”. Godoy Cruz lo recibió con ironía:

—Ya ve usted que lo recibo con acompañamiento, como a un hombre grande —le dice.

—Señor gobernador, nada tengo de grande —contesta con dignidad Carrera.

—Pues como a un hombre célebre.

—Tampoco, señor, sólo soy célebre por mis crímenes —responde con igual ironía el chileno.⁷

Acto continuo se le hace pasar. Se le pide que explique su actuación.

Carrera está de pie frente a esa multitud que lo ha escupido desde que entró en la sala y mira con semblante tranquilo, hasta que se hace silencio y empieza a hablar:

—Me veis aquí reo de una culpa que no es mía sino de mi destino. Cuan grande y terrible sea la acusación que vais a hacerme, yo la acepto, sin embargo, toda entera para mí...

La entonación metálica de las palabras del montonero llena la sala y el silencio se hace imponente en su derredor. Aquel hombre comienza a despertar simpatías en los que lo escuchan por la elocuencia y dignidad de que hace gala. No rehuye su responsabilidad; por el contrario, la acepta para él. Habla sobre los vejámenes que se le han inferido desde el momento en que pisó el territorio de las Provincias Unidas y la conducta atrabiliaria de San Martín para con su persona. Narra sus relaciones con Ramírez y López, recuerda su amistad con Alvear, Sarateo o Soler. Su palabra hace la descripción de la anarquía Argentina y su participación en ella.²

Por espacio de una hora Carrera habla en la casa de gobierno, hasta hacer toda la historia de su vida en

Argentina. La sesión termina y es conducido a la cárcel de Mendoza, donde debe esperar el juicio. En el mismo calabozo se encuentran los coroneles Felipe Alvarez y José María

Benavente, este último tomado prisionero por el encargado de llevar el mensaje de Arias a Mendoza, cuando, a pie y desfallecido se encontraba sentado a un lado del camino que usaba para escapar. Ambos tenían colocada una pesada barra de grillos. Una vela alumbraba el lúgubre recinto y su luz se reflejaba en los gruesos barrotes, tras los cuales pasaba la silueta de un centinela encargado de la vigilancia. Terminaba el primero de septiembre de 1821

El 2, muy de mañana, el gobernador Godoy Cruz enviaba al comandante de armas de Mendoza un oficio en que le ordenaba “nombrar un consejo de guerra de oficiales generales” para juzgar a “los reos brigadier José Miguel Carrera y los coroneles don José María Benavente y don Felipe Alvarez, de los crímenes de lesa patria cometidos a la faz de todos los pueblos de la Unión”.

Dicho oficio establecía que con la acusación fiscal y la defensa de los acusados se procedería a la sentencia “conforme a Ordenanza” por su “horrorosos crímenes”.

De más está decir que el gobernador se anticipaba a calificar a los acusados en su oficio con el tratamiento de “reos” y “horrorosos crímenes” antes que éstos hicieran sus descargos. Por otra parte, el exiguo plazo que se le daba era garantía, más que cierta, de que sólo se deseaba dar al asunto algunos visos de proceso, pero ya era cosa juzgada la suerte de los prisioneros.

El general Carrera lo había comprendido bien y lo dijo al capitán Pueyrredón cuando éste se
hacerle ahuyentar de su cabeza la idea de que sería fusilado:

—Le aseguro a usted, capitán, que yo seré el pavo de la boda...

La idea de la muerte la tuvo siempre presente y jamás dudó en creer que, si caía en manos de sus enemigos, éstos le quitarían la vida. Si me cogieran no me fusilarían por descuartizarme, había escrito, y eso es prueba de los sentimientos que imputaba a sus enemigos. Por eso es que desde el primer momento dio por resuelto su problema y se preparó a hacer 'frente a su destino con entereza y dignidad.

Tan pronto recibió el oficio el comandante de armas, coronel de artillería don Pedro Regalado de la Plaza, nombró fiscal a don José Cabero y - escribano al ayudante don Juan Bautista Chenaut. Eran las ocho de la noche cuando fueron conducidos desde el sótano a una pieza en que se encontraban Cabero, Chenaut y el mayor de plaza Corbalán, don José Miguel Carrera, Benavente y Alvarez y notificados que debían nombrar defensor. El general, molesto con la farsa, expreso:

—Comprenderá usted, señor, que es impropio que nombremos defensor sin haberse formado la causa. Ignoramos los cargos que se nos hacen y por tanto no sabemos en qué podemos apoyar nuestra defensa, a no ser que se nos exija que nos -acusemos de crímenes que no hemos cometido y seamos fiscales de nosotros mismos. Esto es un absurdo, porque si todo esto se hace con intención de fusilarnos, creo que es bastante y más propio de gente honrada dictar un decreto por el cual se mande ejecutarlos.

—Señor general, usted debe comprender mi situación, para mí es preciso cumplir la orden que se me ha dado.

—Lo comprendo, señor —contestó Carrera—. pero usted debe entender también la informalidad de esta medida; pero por cumplir nombraré defensor. Indíqueme usted algunos oficiales del país y, si conozco uno, lo designaré como mi defensor.

Se dieron nombres y el general designó a don Bruno García.

Cabero, al escuchar la resolución, dijo:

—Este caballero es tenido en la ciudad como su amigo, señor.

Carrera no contestó.

Benavente nombró a don José María de Reyna, y Alvarez, a don Juan Corbalán.

Realizado este trámite, fueron conducidos de nuevo al sótano, donde se les encerró en espera de los acontecimientos.

Los tres defensores se excusaron “por enfermedad”, por lo que se solicitó de los prisioneros la designación de otras personas, a lo cual se negaron) declarando que “era inútil defenderse”.

Mientras tanto el fiscal trabajaba apresuradamente para redactar su acusación, que, terminada, presentó al consejo de guerra, formado por los tenientes coroneles de milicias: José Clemente Blanco, Domingo Correa, José Antonio Sosa, José María de Reyna, Ignacio Lima, José de Susso y José Valeriano Godoy. El singular documento dice:

El fiscal nombrado para acusar al brigadier don José Miguel Carrera, coronel don José María Benavente, y de igual clase don Felipe Alvarez, de los horrorosos crímenes públicos cometidos a la faz de todos los pueblos de la Unión, en el tiempo que han andado con las armas en las manos, dice al Consejo: que al entrar a registrar la vida del primero, que por nuestras desgracias pasó los Andes para estas provincias, y recordar los cargos que lo conduce al estado de reo en que hoy se presenta, tiembla y se enmudece porque ni le sorprende menos que un hombre de su clase los haya cometido ni que el siglo en que estamos se hayan efectuado.

Carrera, después de haber envuelto en las mayores desgracias a su país nativo en el año 1814, haciéndolo sucumbir al abominable yugo español, huyó con los restos de su ejército a Mendoza, donde por recompensa a la buena hospitalidad y consideraciones que le dispensó el gobierno y sus habitantes, se erigió en una república ambulante con independencia y sujeción absoluta al gobierno de esta ciudad. No dejó de exponerse la tranquilidad de este virtuoso pueblo para castigar tamaño in

sulto, que por consideración a sus circunstancias de emigrados desgraciados, se contentó el gobierno con expulsar a don José Miguel y sus hermanos para Buenos Aires, a disposición del Supremo Gobierno, que entonces residía en aquella ciudad.

Atendidos y considerados en Buenos Aires, nadie llegó a presumir intentasen éstos contra las autoridades que los protegían, y a cuyos esfuerzos se debía restaurar alguna vez el Estado de Chile que ellos perdieron, hasta que descubierta una conjuración en que hacían de jefes, fue preciso tomar medidas de seguridad que ellos alcanzaron y burlaron con su fuga, el acusado don José ‘Miguel para Montevideo y los otros dos para Chile. Aprehendidos estos últimos por el gobierno de Mendoza en su tránsito, y descubiertos sus planes e intenciones sobre este pueblo en el tiempo de su prisión, se les levantó la causa, cuyo resultado fue ejecutarlos, como todos saben.

Esta lección terrible en que debió haber aprendido don José Miguel, no sirvió sino para acabar de desplegar su feroz carácter y sed de sangre; y desde ese instante juró hacerlo, seguramente, sin reparar en los medios. Adoptó el plan de destruir al Gobierno y Congreso de las Provincias Unidas, aun que sea a costa de entregar éstas a la dominación portuguesa. Al abrigo de este gabinete, desde Montevideo inundó el país de libelos incendiarios contra dichas autoridades y las de Chile, acompañados de caricaturas las más indecentes, que ponían en ridículo los gobiernos de ambos Estados, sin dispensar aún las personas del vencedor de los Andes y libertador del Perú; por este medio y el auxilio de dos jefes de las mismas provincias, a quienes logró alucinar con el sistema de la Federación, a cuya sombra trazaba sus negros planes, consiguió destruir el gobierno y envolver a todos los pueblos en la más espantosa anarquía y desgracias del año veinte y parte del veintiuno, que formará época y recordará siempre con lagrimas la historia de nuestra revolución.

La provincia de Santa Fe y su Gobernador López, que hasta entonces había obrado con Carrera, horrorizada de tantos males, consulta terminarlos por un tratado

de paz que firma con Buenos Aires, a que se negó Carrera, prefiriendo sostener la guerra y asolar el país, aunque fuese con los salvajes del Sur. Huye a éstos, y adoptando su religión y costumbres, logra seducirlos, e incorporarlos con sus soldados, arrojarlos como fieras carniceras para que se cebasen en las inocentes víctimas del Salto y Río Cuarto. La humanidad se resiste al contemplar que en nuestros días haya habido un hombre más cruel que Nerón. Los robos, muertes, saqueos, violencia y profanación de templos y altares, no eran seguramente unos excesos que satisficiesen la ferocidad del caudillo Carrera y sus dos brazos fuertes Benavente y Alvarez, pues, a todos estos crímenes ya estaban familiarizados. Preciso era que añadiesen otros nunca vistos, y que entregasen a sus aliados, los indios, más de trescientas personas del Salto de todas clases, sexos y edades que gimen aún bajo el yugo de estos bárbaros; las fronteras de Buenos Aires y Córdoba han sentido correr a igual destino a muchos de sus habitantes.

Un acto semejante que sólo parecía practicado en acto de desesperación, lo hemos visto ejecutado, por último, en todos los puntos donde se han presentado éstos forajidos. No hay una choza por desdichada que sea de los lugares por donde han pasado estos hombres, que 'no haya experimentado estragos de estos monstruos y ni una sola persona que no llore la muerte de su esposo, de su hijo, de su padre, de su hermano, de su mujer, la pérdida de su honor y de sus intereses. Ya se sabe que la guerra trae por consecuencia precisa muchos males por justas que sean las causales que los hayan producido y ésta es la razón por que todas las naciones civilizadas han fijado las leyes de hacerla para evitar que sean mayores. Carrera ha unido a la injusticia de emprenderla el modo horroroso de ejecutarla. ¿ Qué autoridad, le ha faltado? ¿ Cuáles los derechos que le asisten para autorizarla? El mundo imparcial contará que sus derechos son saciar sus bajas pasiones y el origen de su autoridad indicado en ellos mismos.

En otras circunstancias, al fiscal le parecería imposible justificar crímenes de tanta gravedad, pero en las

presentes su notoriedad lo releva de la prueba: citar las leyes penales condignas a los delitos de estos tres, seria escribir todo el tratado 8º, tit. 10, de las Ordenanzas del Ejército en las palabras robo de vasos sagrados, ultraje a imágenes divinas, insultos a lugares sagrados, sedición, tolerancia o asilo de reo prófugo; sentimiento o abrigo de un delito, robo, incendiarios, violencia de mujeres, conato de desertión, robo con muerte, etc. Basta decir que Carrera ha sido el caudillo de ese complot de crímenes que ha puesto en conmoción a todos los pueblos; que Benavente ha sido su segundo en tan honrosa campaña, y que Alvarez, no satisfecho con sacrificar a sus vecinos del Fraile Muerto, acompaña a formar la liga que casi ha llevado la nación al precipicio de ser envuelta en sangre o dependiente de una nación extranjera; ellos han venido hasta nuestro mismo territorio con las armas en la mano; la suerte de los perversos, que siempre es precaria, quiso sucumbiesen a los bravos de Mendoza, justo es que purguen unos delitos de cuija impunidad seríamos responsables si no los expiasen: en este concepto fallo por la Patria a que sean fusilados y mutilados sus miembros, que serán distribuidos en los puntos principales en que se han hecho memorables para su ignominia y escarmiento de los que en el futuro intenten imitarlos. Plaza de Mendoza, septiembre de 1821..

Impresionados por la acusación fiscal y sin esperar otro trámite ni defensa de los presos; los miembros del consejo de guerra votaron la pena y la dejaron redactada en la siguiente sentencia:

Vistas las diligencias practicadas y el mérito del oficio que encabeza, y atendiendo la notoriedad de los crímenes de que son acusados por el fiscal de la causa los reos brigadier don José Miguel Carrera y coroneles don José María Benavente y don Felipe Alvarez, y a que se ha pasado el término sin haberse querido defender, a pesar de las repetidas notificaciones, según consta en las diligencias que aparecen, condena el Consejo a los expresados reos a la pena de ser fusilados, como previene

la Ordenanza en el tratado 8º, tit. 10, arts, 3, 4, 6, 26, 70, 80 y 88, en cuyos crímenes se hallan incurso. Mendoza, septiembre 3, a las tres de la tarde, de 1821. José Clemente Blanco. Domingo Correa. José Antonio Sosa. José Maria de Reyna. Ignacio Lima. José de Susso. José Valeriano Godoy.

Pasada al gobernador la sentencia, Godoy Cruz estampó al pie de ella:

Vistos: Conformándome con el Consejo de Guerra dictamen del Auditor he venido en confirmar la sentencia de dicho Consejo. En su consecuencia, serán pasados por las armas los reos mencionados, brigadier. don José Miguel Carrera, coronel don José Maria Bena—vente y el de la misma clase don Felipe Alvarez, en el término de dieciséis horas que se les permite para sus disposiciones civiles y religiosas. Godoy Cruz.

A las ocho de la noche llegaba a la cárcel el fiscal para comunicar la sentencia a los condenados. Las pesadas barras de la puerta se corrieron y el chirriar de los goznes anunció su presencia en el sótano. Informados de la razón de su visita y puestos de pie, los prisioneros esperaron la lectura de la sentencia. Se hizo un silencio embarazoso, que fue roto por Cabero:

—Señores, de acuerdo con las disposiciones de la Ordenanza deberán escuchar ustedes la sentencia de rodillas.

Carrera se irguió y sus mandíbulas se contrajeron de indignación para contestar:

—No se canse usted, señor fiscal, en pedirme cosas que jamás haré, y si es para comunicarme que seré fusilado, hace mucho tiempo que sabía la suerte que Godoy Cruz y sus amigos me deparaban. Lea usted y termine esta farsa de proceso a que se nos someto Cabero vio.- que sería inútil insistir y dio lectura al documento. Carrera lo escuchó sin que un músculo de su cara demostrara impresión. Benavente estaba sereno, mientras el anciano Alvarez se cubría el rostro con las

manos. Cuando terminó, don José Miguel Carrera dijo:

—Todo lo que se me imputa es falso; yo no he cometido crímenes; que respondan por mí San Martín y O'Higgins, ellos son los únicos criminales que deberían estar en este lugar...

La voz de Carrera era alta y vibrante y demostraba una extraña firmeza en tan angustiosos momentos. Dos cirios derramaban su luz y arrojaban sobre las paredes del sótano las sombras de los condenados a muerte, mientras en la gobernación multitud de luces y el eco de las copas que chocaban llenaban las salas donde Godoy Cruz festejaba, a esa misma hora, a los vencedores de la Punta del Médano y a los que con su traición habían comprado su indulto.

—Señor Cabero —expresó el general antes que éste se retirara—, deseo que se me permita hablar con el cura Peña y con mi suegra, doña Rosa Valdivieso, que se encuentra recluida en un 'monasterio de esta ciudad.

—Está bien, lo veremos —contestó el fiscal, abandonando el sótano.

La puerta se cerró tras él. Afuera continuaban los sonos de campanas que pregonaban la victoria del coronel Gutiérrez.

La noche cayó y el sueño rindió a los condenados, hasta que a las seis y media del día 4 fueron despertados por el ruido que hizo la puerta del calabozo al abrirse para dar paso a don Juan José Benavente, que iba a despedirse de su hermano. Carrera aprovechaba la presencia de un guardia para solicitar de nuevo la visita del cura Peña, y como se le contestara que Peña y su suegra se encontraban enfermos, pidió que se le trajeran papel y tinta para escribir a su esposa. Le fue concedida su solicitud y el general comenzó a escribir:

Sótano de Mendoza, septiembre 4 de 1821, 9 de la mañana.

Mi adorada pero muy desgraciada Mercedes: Un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste; ten resignación para escuchar, que moriré hoy a las once. Sí,

mi querida, moriré con el sólo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hilos, en pais extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede lo Providencia que los hombres.

La carta había quedado interrumpida por un momento. Don José Miguel “estaba sentado en una cama tendida en el suelo en un ángulo del cuarto. Tenía las piernas estiradas fuera de ella, unidas por una formidable barra de grillos que sustentaba con un pañuelo. Un poncho cubría su cuerpo y estaba comiendo una sandía, con la serenidad del héroe”, cuando entró el comandante don Manuel Olazábal.

Al verlo, don Juan José Benavente lo señaló a su hermano, diciéndole:
—Aquí está tu libertador, el señor Olazábal...

El argentino tendió la mano a Carrera y los Benavente y fue a sentarse cerca del primero. Benavente sollozaba abrazado a su hermano y don José Miguel, interrumpiendo su comida, le dijo:

—Vamos, hombre, ya eso es bastante, eso es bueno para las mujeres...

—Bastante he probado que no temo a la muerte, a quien he despreciado tantas veces; lloraba sólo por estar aquí mi hermano —contestó con altivez el coronel.

Carrera se volvió entonces a Olazábal y, mirándole fijamente, le dijo:

—Me parece que usted es el oficial que tan cerca me persiguió el día de la batalla hasta la Cañada Honda.

—Si, señor, yo fui —respondió Olazábal.

Carrera pasó su mano por la frente, moviéndola varias veces por ella, y luego dijo:

—Si yo hubiese sabido que usted, tan valiente, era quien me perseguía, yo me habría entregado a usted y no me vería, estoy cierto, en este fatal trance, a donde nos han conducido unos pocos traidores.

Olazábal asintió y ambos continuaron conversando por algunos minutos. Carrera narraba su vida y el comandante, impresionado, se levantó, diciéndole al tiempo que se disponía a marchar:

—Señor general, voy a poner en juego todos mis esfuerzos para ver si puedo salvar a usted también.

—Señor Olazábal —respondió---, no se comprometa usted por mí; el único pesar que me atormentaba al ir a morir, era la suerte de mi amigo Benavente. Pero ahora que lo ha salvado usted me verá salir al patíbulo con la misma serenidad con que estoy en este momento.

Carrera tomó la carta inconclusa que tenía para su esposa y, mostrándola a Olazábal, le expresó:

—Voy, pues, a agregar en esta carta cuánto debemos a los esfuerzos de usted. Olazábal abandonó la cárcel de Mendoza para solicitar de Godoy Cruz la suspensión de la sentencia en la persona de don José Miguel, y al recibir del gobernador la respuesta: “Bien está, indultaré también a Carrera, pero quedará preso a disposición del Director O’Higgins, a quien daré cuenta para que mande a buscarlo”, regresó y dio la noticia al general que, continuando su interrumpida carta, escribió: No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial Olazábal con la noticia de que somos indultados con mi buen amigo Benavente y el vie jito Alvarez que nos acompaña.

Más tarde, cuando tuvo conocimiento de que Godoy Cruz había cambiado de nuevo de opinión y debía afrontar el cadalso, escribió:

Miro con indiferencia la muerte, 8610 la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos, despedaza mi corazón.
¡Adiós..., adiós. . .!

Su última carta fue para recomendar su familia a su amigo don Francisco Martínez Nieto:

A las 11 del 4 de septiembre de 1821, en la cárcel de Mendoza.

Hoy antes de la. doce seré víctima en la plaza; fui entregado por mis soldados después de La derrota del 31. Apenas me dejan tiempo para recomendar a Ud. a mi

desgraciada familia, aislada y sin recursos, en un país desconocido, con cinco tiernos hijos; toque Ud. todos los recursos imaginarios para atenderla y consolarla, hable Ud. a todos los amigos, a su país, donde quizás consiga la devolución de sus intereses a cuyo fin voy a escribir en éste.....

La carta quedó inconclusa. El alcaide de la cárcel, Corres, y el ayudante Cristóbal Barcala, oficial negro del batallón de cívicos, llegaron a sacarle:

—Ya es la hora, señor —dijo Corres.

—Voy a concluir esta carta —contestó Carrera.

—No es posible, señor, la hora es pasada —y le quitó el tintero.

—Déjeme mojar una sola vez la pluma y estoy con usted.

Correa le acercó el tintero y el general escribió sus últimas palabras en la prisión: En este momento muere José Miguel Carrera.

Eran las once y diez de, la mañana del 4 de septiembre de 1821. Justamente se cumplían diez años del 4 de septiembre de 1811, cuando, arrogante jinete en su caballo, lucía su gallardía en la esquina de la Casa de Moneda de Santiago de Chile en su primera revolución. La claridad de la mañana envuelve a la ciudad de Mendoza, trágico escenario de la muerte de sus hermanos, tres años antes.

La puerta de la prisión quedó franca para dar paso a los condenados, que mostraban sus gruesas prisiones. Un oficial se acerca y les previene que marchan al patíbulo. Carrera la pregunta:

—¿Y cómo se va a esta ceremonia? ¿Con el sombrero puesto o quitado?

—Con el sombrero quitado —contesta el padre Lamas, encargado de auxiliar al general chileno, al ver el asombro del oficial—, porque debe reverencia. a ese crucifijo que lleva usted en la mano, imagen de Dios.

Carrera sonríe al sacerdote y se pone en marcha seguido por el coronel Alvarez y el soldado Monroy, el

matador de Morón en Cuarto, y que, sin proceso, era destinado a tomar el lugar que dejaba vacante el indulto del coronel Benavente.

Llegan al umbral de la cárcel y, como hay que bajar algunos escalones, el padre le dice suavemente:

—Apóyese en mi brazo, general.

—No, dirán que tengo miedo —contesta, y de un salto, que deja a todos asombrados, salva el obstáculo no obstante sus pesados grillos.

El sol hiere su rostro y lo hace pestañear con fuerza. Entonces observa el gran cuadro de tropas que se encuentra formado, haciendo honor a las palabras de Gutiérrez: “que los vencedores tuviesen el gusto de fusilarlo en la plaza”.

Pero si iban a tener el gusto de verlo morir, sería para dar fe de su entereza y valor ante la muerte. Para verlo caer como caen los hombres a los que la historia consagra una página y la filosofía sus elogios; como un héroe de Plutarco, según la expresión del padre del hombre que lo mandaba fusilar, el doctor Clemente Godoy.

El banquillo se hallaba a pocos pasos de la puerta de la cárcel, pero se le hizo recorrer el cuadro para que la tropa pudiera contemplarlo. Carrera comprendió la intención de sus ejecutores. La cantidad de la tropa le impresionó y preguntó a un oficial que se encontraba próximo:

—¿Cómo han podido ustedes formar un cuadro tan grande?...

El oficial no contestó.

““Con la vista alta”, erguido y desdeñosa sonrisa, el general chileno observaba a los soldados de Mendoza en su última revista. Esto fue notado por el religioso, quien’ le expresó:

—Señor, ese modo de mirar no es el de la contrición cristiana fije usted la vista con humildad en el crucifijo que lleva en las manos.

—Padre —contestó—, no se canse usted, que no me ha de hacer abandonar mis principios.

Lamas guardó silencio, pero no tardó un religioso mercedario en acercársele y reconvenirle por su actitud:

—Hermano mio, clave usted los ojos en la imagen de Nuestro Señor Jesucristo...

—¡ Qué padre tan afligido! —contestó con ironía don José Miguel, “y el mercedario se retiró con la cara ardiendo”.

El pueblo se mantenía silencioso ante el suplicio, cuando se escuchó la voz de una mujer:

—¡ Ahí va el montonero...! ¡ Facineroso...! Chileno ladrón...! ¡ Asesino de Morón...!

Era la voz de la querida del general mendocino muerto en Río Cuarto que desahogaba su dolor por la derrota y muerte de su amante.

—¡ Pueblo bárbaro! —exclamó don José Miguel al escucharla—. ¿Dónde se ha visto que las señoras se presenten de esta manera en tales espectáculos?

—Sufra usted estas incomodidades con paciencia, no olvide que Nuestro Señor también fue insultado cuando marchaba con la cruz camino del suplicio —susurró el religioso.

Carrera, que se había detenido para mirar a la exaltada mujer, volvió sus ojos a Lamas y contestó:

—Marchemos, padre...

Los banquillos se presentaron a la vista de los condenados. Al contemplarlos, el adolescente Monroy se desmayó.

—¡ Qué muchacho! —exclamó Carrera—; tan valiente en la guerra y se desmaya ante la idea de la muerte.

—En la guerra —contestó el padre Lamas—, el que combate está libre y no engrillado como ese pobre joven; tiene la esperanza de vencer y no la horrible realidad de una muerte infalible.

Por fin llegan al término del camino. Todo está preparado. Frente a los bancos de ejecución está el ayudante Cristóbal Barcala. Los fusileros tienen sus armas en posición de descanso. Carrera está de -pie ante el banquillo. Viste su uniforme de campaña: chaquetilla bordada de paño verde con cuello, bocamangas adornados

de rojo, chaleco claro con botones de metal, pantalón de paño con bota simulada que llega hasta la rodilla y gorra. Una manta blanca le sirve de abrigo.

En ese instante escucha pronunciar con emoción su nombre:
—¡José Miguel...!

Levanta la cabeza y en un balcón cercano hay una dama que se enjuga los ojos con un pañuelo. Se descubre y le hace una ligera inclinación de cabeza. Allí está una mujer que es un recuerdo de sus días de España: la misma que vio llorar por culpa de los mamelucos de Murat en la Puerta del Sol...

Dobla su manta y la entrega junto con su reloj y un poco de sus cabellos al padre Lamas para que los haga llegar hasta su esposa, y como el verdugo quiere amarrar-le al banquillo, lo rechaza diciendo a Barcala:

—¿Ha visto usted que un oficial de honor se deje amarrar por un rufián? —y agrega—: Quisiera morir de pie, sin que me venden los ojos y mandar yo la ejecución.

—A lo primero puedo acceder —contesta el negro—, pero a lo último no, por ser ésa una obligación mía.

—Por lo menos que apunten donde yo ponga mi mano.

Luego se limpia algunas pelusas que tiene en su uniforme, saca su pañuelo y lo coloca sobre su corazón, exclamando:

—¡ Muéro por la libertad de América!

Su voz retumba en la plaza de Mendoza y es apagada por el redoble de los tambores y la descarga que lo deja exánime junto con el coronel Alvarez y el soldado Monroy. El cuerpo rueda al suelo y el verdugo se encarga más tarde de mutilarlo para que su cabeza y brazos sean colocados en puntos visibles, como ejemplo de esa época de sangre y venganzas.

Las tropas desfilan y se alejan del lugar del suplicio. El sol llega al cenit y un mensajero cruza veloz las calles de Mendoza, haciendo resonar el empedrado pavimento con los cascos de su caballo, para llevar a Chile la noticia: José Miguel Carrera ha muerto...

NOTA FINAL

1. La Real Orden del ministro Eguía, publicada por la Gaceta de Buenos Aires en su número 102, de 23 de diciembre de 1818, pág. 323.

Carrera tenía razón al estimar apócrifa la Real Orden; ésta había sido redactada en el seno de la Logia Lautarina de Santiago de Chile por dos enemigos suyos:

Tomás Guido y Antonio José de Irisarri.

Tal acontecimiento pudo establecerse por la declaración que hizo el ex director supremo Pueyrredón al general don Carlos Alvear en Montevideo y que consignó en sus Memorias el general don Tomás de Iriarte.

El mismo don Bernardo O'Higgins expresó, en carta de 2 de junio de 1827, a Mr. Thomas, refiriéndose a la biografía que éste pensaba escribir sobre sus actuaciones:

“Reflexionando sobre la última carta del Ministro español Eguía al Virrey del Perú, pienso que sería mejor no mencionarla, porque quizás desprestigiaría el trabajo a causa de haberse pensado que no era auténtica”. O'Higgins sabía muy bien su procedencia y conocía a sus autores.

El almirante don Manuel Blanco Encalada, que tomó la fragata María Isabel, declaró que “él no vio ni supo que tal real orden se hubiese tomado en la María Isabel”. Esta afirmación tuvo su origen en la carta que el general Alvear remitió a don Diego José Benavente el 29 de febrero de 1824, solicitando de Blanco una aclaración, cuando le dice: “En fin, yo fío que el certificado venga como debe venir, para que sirva para confundir hasta la evidencia a los que nos calumniaron en aquellos tiempos”.

Don Mariano Egaña, en carta a su padre, le dice el 13 de abril de 1827: “El mismo señor Irisarri tuvo frente serena para falsear aquella orden que se suponía dirigida por el Ministro de Guerra español Eguía al Virrey del Perú, para que auxiliase a Carrera. Lo he sabido aquí por el

instruidísimo e intachable amigo don Juan García del Río, quien me ha contado que Insarri y Guido fueron los autores de esta falsificación”.

A pesar de lo expuesto, el señor’ Raffo de la Retta, que tuvo que conocer como cualquiera que investigue los hechos la falsedad de la nota, la consigna en su libro: El General don José Miguel Carrera en la Argentina, pág. 293, 294 y 295, sirviéndose de ella para enlodar la memoria del chileno, suponiéndolo como traidor en el capítulo que dedica al “Documento Acusador”.

2. Tratado del Pilar, pág. 335. La mayoría de los autores argentinos niegan a Carrera toda participación en la redacción y gestación del Tratado del Pilar, ya que su importancia en el futuro argentino ha sido decisiva: “El 23 de febrero de 1820 se firmó la paz, mediante el tratado que se llamó del Pilar y que ha pasado a la historia como uno de los documentos fundamentales de nuestra organización constitucional; En los textos de derecho se le considera uno de los pactos preexistentes a la Constitución del 53. Contado es el historiador que haya dejado de cantarle loas”, escribe Juan José Real en su Historia de Argentina (tomo I, págs. 284 y 285), y agrega Mitre en la Historia del General Belgrano (tomo Iii, pág. 377): “La Convención que ha pasado a la historia con la denominación de Tratados del Pilar es la piedra fundamental de la reconstrucción argentina bajo la forma federal”.

¿ No fue acaso éste uno de los cargos que se hicieron a Carrera para condenarlo a muerte: alucinar con el sistema de la federación?

Que Carrera tomó parte en las discusiones y redacción del Tratado es evidente y lo prueban las palabras del general Lucio Mansilla: “Recordando que había tenido relaciones íntimas en Chile con la familia Carrera, monté a caballo en busca del ejército vencedor (de Ccp~da) con el fin de evitar, si me era posible, su entrada en la ciudad. Más afuera del Pilar encontré a Carrera, López y Ramírez que se disponían a marchar al Puente de Márquez a tratar con el general Soler, que, al mando de una fuerza de la capital, los había invitado a un arreglo”. Cita de la Histo

ria de la Confederación Argentina, de don Adolfo Saldías, tomo 1, pág. 41.

“Pero lo más indigno fue el compromiso que contrajo secretamente Sarratea, de habilitar a don José Miguel Carrera con armas y hombres, para hacer la guerra a la Re-pública aijada de Chile y combatir al general San Martín, que se preparaba a llevar al ejército argentino-chileno al Perú, pagando con esta doble traición de parte que el proscrito chileno había tenido en el ajuste de Los Tratados Públicos del Pilar” Mitre, Historia del General Belgrano, tomo nI, pág. 382

Nadie puede negar que el Tratado del Pilar fue el resultado de la obra de Carrera a través de la imprenta y de su influencia sobre los caudillos federales. Los resultados que el chileno obtuvo son otra prueba concluyente y, como expresa Del Real,, “se dice que este tratado no se escribió ni firmó (el secreto) para evitar que el Brasil se alarmara... Si esta parte de las negociaciones no fue escrita, hubo otra que ha sido publicada por algunos historiadores, aunque otros la nieguen. Pero no son, en, estos casos, los documentos los que prueban la veracidad de los hechos, sino los hechos mismos.. .“ ¿Si no cómo se explica que este tratado sea un anticipo de lo que Cabero va a estampar más tarde en su famosa vista fiscal cuando se trata del juicio de Carrera?

Batalla de Cañada de la Cruz, pág. 366. Los historiadores argentinos Mitre, López y otros niegan que Carrera haya mandado en jefe la batalla de la Cañada de la Cruz, como sostienen Yates y Vicuña Mackenna, pero lo ocurrido en el campo de combate lo confirma. El ejército federal estaba constituido en ese momento por las fuerzas de Carrera, que sumaban 700 soldados, a los que se agregaban los 150 que llevaba el general Alvear, en tanto los efectivos de López sólo alcanzaban a 600 hombres.

Por otra parte, López figura como comandante del centro y no como comandante en jefe de la acción. ¿Quién

entonces coordinaba los movimientos del ejército sobre el campo táctico? Nadie? Esto no es posible. Toda acción se realiza bajo la dirección de un comandante, que es el encargado de coordinarla y mandar el total de las fuerzas. López tenía el mando de sus tropas y cargó con ellas sobre el centro porteño participando en la acción como Alvear, que mandó las guerrillas, y Benavente, que dirigió a los chilenos.

El comandante en jefe no aparece y no es otro que el general Carrera, quien escribió a su esposa: “Ayer a las 4 de la tarde hemos concluido con el miserable Soler, que quiso sorprendernos, y se nos presentó en la Cañada de la Cruz con 1.600 hombres de caballería y 4 piezas volantes. Hay 100 prisioneros en mi campo, incluso 12 oficiales, entre los que se hallan French y Montes Larrea. Pagola murió con otros muchos oficiales y como 200 hombres. Los chilenos en la carga horrorosa que dieron acreditaron ser araucanos. No llegaban a 200 los que acuchillaron, sin un tiro de fusil, a más de 400 de Soler. Yo estoy enreído. Las 4 piezas las tomaron y son mías exclusivamente”.

¿ Por qué los prisioneros y la artillería tomados estaban en poder de Carrera y no en el de López? Si éste era el comandante en jefe, ¿por qué perdía sus prerrogativas para entregarlas a un subordinado? La razón está en lo que hemos transcrito anteriormente de la obra de Del Real: “no son en estos casos los documentos los que prueban la veracidad de los hechos, sino los hechos mismos y este hecho es que Carrera tenía el mando en aquella ocasión y fue el vencedor de la batalla de la Cañada de la Cruz.

San Luis, pág. 426. El Coronel don Juan Manuel de Pueyrredón ha escrito en sus memorias sobre la entrada de Carrera en San Luis: “Después, siempre que mi madre hablaba del general Carrera, lo hacía con mucho elogio”, refiriéndose a la conducta que éste tuvo para con su hijo.

“¡ Compárese esta conducta con la de algunos de nuestros jefes, que hacen gala de ser déspotas V’

“Por mi familia supe que, a su entrada al pueblo, todas las familias se refugiaron en las iglesias, y los sacer-

dotes, revestidos, esperaban su entrada para conjurarle a no hacer el mal que se temía. Su proceder había hecho desaparecer los temores. Había entrado sólo, dirigiéndose a casa del cura, con quien fue inmediatamente a las iglesias para dar seguridad a las familias y hacerles regresar a sus hogares.

“Ningún daño, ni insulto, ni violencias se habían hecho, el orden no fue alterado en manera alguna, lo que le granjeó la simpatía y respeto de aquel pueblo.

“Yo encontré el pueblo de San Luis en el mismo estado en que lo había dejado, con algunos vecinos menos que habían emigrado a la campaña.”

Esto es lo que ha escrito en sus memorias el coronel Pueyrredón, testigo presencial de los hechos y que se contrapone con la narración del historiador argentino Vicente Fidel López, que no vio las cosas, pero acoge todos los informes contrarios al chileno. ¿ A quién creer?.. La respuesta huelga.